

Fuentes y estrategias para la prehistoria de Baja California

Don Laylander

**Centro INAH Baja California
Mexicali, Baja California, México**

Fuentes y estrategias para la prehistoria de Baja California

© Copyright 2016

Publicado por Instituto Nacional de Antropología e Historia

Primera edición

PRÓLOGO: 1987–2016

El presente estudio fue escrito hace más de un cuarto de siglo como una tesis de maestría en antropología en San Diego State University (Laylander 1987). El objetivo era intentar resumir y evaluar la información disponible sobre la prehistoria de la península de Baja California. Desde 1987, muchos investigadores han aportado importantes contribuciones adicionales a este campo. En las notas breves, señalaré algunos de las más notables y accesibles de esas contribuciones.

Quiero agradecer a los colegas y amigos que han contribuido a mi entendimiento de la prehistoria de Baja California, tanto antes como después de 1987. Silvia Yee hizo la traducción inicial del texto de inglés al español. Se hicieron traducciones adicionales por Marion Vomend Teuscher (Capítulos 1, 2 y 8), Miguel Agustín Téllez Duarte (Capítulos 1 y 2), Julia Bendímez Patterson (Capítulos 3 y 6), Daniela Leyva González (Capítulo 4), Martha Elena Alfaro Castro (Capítulo 5), Andrea Guía Ramírez (Capítulo 7) y Enah Monserrat Fonseca Ibarra (Capítulo 7). Marion Vomend Teuscher y Horacio González Moncada ayudaron a completar la edición. Un agradecimiento especial se debe a la Arqlga. Julia Bendímez Patterson, directora del Centro Baja California del Instituto Nacional de Antropología e Historia, por iniciar y concluir el proyecto de publicar esta traducción.

CONTENIDOS

PRÓLOGO: 1987–2016	iii
RESUMEN	vi
AGRADECIMIENTOS	vii
I. INTRODUCCIÓN	1
Marco geográfico	1
Marco cronológico	3
Marco metodológico	4
Algunas dicotomías	5
¿Por qué Baja California?	7
I. ORIENTACIÓN GEOGRÁFICA	9
Características generales de la península	9
Fisiografía e hidrología	9
Clima	21
Geología	24
Flora	25
Fauna	28
Cambios prehistóricos en el ambiente	29
Extensiones	33
III. ORIENTACIÓN HISTÓRICA	35
De Cortés a Kino (1533–1697)	36
El periodo jesuita (1697–1768)	43
Los periodos franciscanos y dominicos (1768–1830)	57
Siglos XIX y XX	61
Extensiones	63
IV. LINGÜÍSTICA Y PREHISTORIA	64
Estudios descriptivos de lenguas	65
Lenguas y territorios	68
Agrupamientos genéticos de lenguas	104
Categorías semánticas, culturas y proto-culturas	116
Préstamo lingüístico	121
Extensiones	122
V. ANTROPOLOGÍA FÍSICA Y PREHISTORIA	124
Estudios descriptivos	124
Observaciones en población viva	126
Observaciones en materiales óseos	126
Demografía	142
Extensiones	146
VI. ETNOLOGÍA Y PREHISTORIA	148
Estudios etnográficos de campo	149

Subsistencia	154
Asentamiento y organización social	168
Cosmovisión	182
Extensiones	190
VII. ARQUEOLOGÍA Y PREHISTORIA	193
Estudios arqueológicos de campo	193
Cronología	202
Sistemas socioculturales	229
Extensiones	254
VIII. CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA PREHISTORIA DE BAJA CALIFORNIA	256
BIBLIOGRAFÍA	263

RESUMEN

La prehistoria de Baja California, México, abarca varios milenios de existencia de sociedades cazadoras-recolectoras y agricultoras antes de la llegada de los europeos en el siglo XVI, adaptadas a ambientes tanto cercanos a la costa como el interior de la península. Los modos de vida de los nativos fueron descritos con cierto detalle en los informes de los primeros exploradores y misioneros. Durante los últimos 100 años, las investigaciones antropológicas han añadido detalles sustanciales al panorama de la prehistoria bajacaliforniana: contribuciones importantes han venido del registro y análisis lingüístico de las lenguas nativas sobrevivientes en el norte, del trabajo de campo etnográfico entre los grupos de la misma área, de los estudios de antropología física de restos óseos humanos y del reconocimiento y excavaciones arqueológicos en toda la península. De la misma manera, han sido editados y analizados documentos dejados por los primeros exploradores y misioneros.

La presente tesis examina esos esfuerzos, analizando también la información y conclusiones sobre la prehistoria de Baja California a las cuales se ha llegado a partir de dichas investigaciones. Se evalúa del estado actual de una variedad de cuestiones interpretativas, sugiriéndose la revisión de algunos modelos o generalizaciones sobre prehistoria peninsular que son muy extendidos. Finalmente, se proponen varias direcciones prometedoras y prioridades para las futuras investigaciones sobre la prehistoria de Baja California.

AGRADECIMIENTOS

Una tesis como ésta es inevitablemente producto de una compleja cadena de desarrollo o crecimiento, y cualquier mérito que pueda tener, refleja la contribución en forma de ayuda o estímulo intelectual de muchas personas e instituciones.

Los miembros de mi comité de tesis, el Dr. Brad Bartel, el Dr. Philip Greenfeld y el Dr. Murney Gerlach, han sido más que considerados ayudando a que el proyecto se completara, siendo igualmente escrupulosos al evaluar su gran volumen. Particularmente, el Dr. Bartel ha sido paciente aguardando la maduración del proyecto, aportando invaluable críticas y sugerencias.

Los otros instructores de los cursos que he tomado en San Diego State University, incluyendo la Dra. Lois Lippold, el Dr. Daniel Whitney, la Dra. Mary Jane Moore y el Dr. Joseph Ball, fueron importantes estímulos. Especialmente, el Dr. Joseph Ball y la Dra. Jennifer Taschek-Ball ampliaron mi pensamiento sobre la prehistoria.

Julia Bendímez, del Instituto Nacional de Antropología e Historia en Mexicali, jugó un papel indispensable en despertar mi interés en Baja California, al proporcionarme la oportunidad de participar en el trabajo de campo arqueológico al sur de la frontera, ayudándome a obtener acceso a las fuentes de información mexicanas y discutiendo críticamente ideas sobre prehistoria bajacaliforniana. Lowell Morrison, el Dr. Dennis O'Neil, Steve Crouthamel y Paul G. Chace tuvieron papeles protagónicos en mi iniciación a la arqueología y a la antropología. Rose Tyson ayudó con sugerencias bibliográficas y Lynne Christenson brindó gran ayuda con las interpretaciones de antropología física.

Las bibliotecas y sus bibliotecarios son fuentes centrales en este tipo de tesis. Merecen mención especial el personal del Departamento de Colecciones Especiales de la biblioteca de la University of California, San Diego y de la sala californiana de la biblioteca de la City de San Diego. Las facilidades brindadas en las bibliotecas de la San Diego State University; el San Diego Museum of Man; la University of California, Los Ángeles y U.C. Irvine; la California State University en Fresno y en Humboldt; y la Bancroft Library de la University of California, Berkeley, también ganaron mi agradecimiento.

I – INTRODUCCIÓN

En esta tesis están representados dos objetivos principales. Primero, se sintetiza la información ahora disponible sobre la prehistoria de Baja California.¹ Segundo, se proyectan algunas rutas para mejorar el entendimiento de la misma en el futuro, a partir del conocimiento existente de los registros prehistóricos y las técnicas analíticas. Antes de comenzar, es pertinente explicar y justificar los marcos de referencia y los métodos del presente estudio.

Marco geográfico

El tema de esta tesis es la península de Baja California, comprendiendo los estados mexicanos de Baja California y Baja California Sur (figura 1).

En la mayoría de las síntesis regionales, la delimitación geográfica de su tema es un tanto arbitraria. Las diferencias en cuanto a la cultura y la biología humana en esta escala geográfica tienden a ser graduales y sin discontinuidades abruptas. Sin embargo, en nuestro caso la delimitación geográfica es relativamente libre de problemas. De sur a oeste, la extensión abierta del océano Pacífico es una frontera obvia. Al este de la península, el golfo de California generalmente también ha constituido una barrera casi impenetrable para la interacción humana en tiempos prehistóricos. Sin embargo, existe por lo menos una excepción a lo anterior, al este de la porción septentrional-central de la península, donde un grupo de islas han sido vistas como un puente que cruza el golfo. Así pues, para tal área se han sugerido interacciones prehistóricas entre los bajacalifornianos y la gente de la isla Tiburón y la costa central sonoreense. Más adelante, este trabajo presta atención a dicho posible vínculo al este. No obstante, el límite político actual parece coincidir con una discontinuidad etnográfica y lingüística –y posiblemente también arqueológica– bastante bien definida en esta porción del golfo así como al oeste, sur y este en general.

Al norte de la península el caso es diferente. La frontera noreste de Baja California con Sonora y Arizona coincide más o menos con el curso del bajo río Colorado, mientras que la frontera con la Alta California es simplemente una línea recta hecha por un cartógrafo. Estos límites al norte son claramente arbitrarios en términos de la geografía humana prehistórica de la región. Sin embargo, resulta de cierta utilidad apegarse a ésta (aunque sea de manera parcial) para definir la materia de estudio. Los límites al norte han sido reales desde mediados del siglo XIX, y como tales han introducido cierta diferencia en la manera en que los datos básicos se han recolectado y utilizado para reconstruir la prehistoria de la región en ambos lados de la línea internacional. En las futuras investigaciones, es muy probable que las fronteras políticas sigan influyendo en modos particulares de estudiar la región. Incluso, el uso de fronteras norteñas alternativas, como la del límite lingüístico en el periodo del contacto, contribuiría poco a reducir la arbitrariedad de la delimitación geográfica de la península, ya que los límites lingüísticos no fueron necesariamente fundamentales con respecto a otros aspectos de la cultura, y probablemente se volvieron inestables conforme pasaba el tiempo. Sin embargo, la observancia aquí de los límites políticos modernos es bastante libre en el sentido de que, por ejemplo, la información etnográfica que ha sido recolectada sobre los grupos étnicos que habitan Alta California o Sonora, se aplica a la interpretación de los

¹Ahora existe también un estudio sintético de la prehistoria de Baja California, con discusiones de aspectos particulares de varios expertos, publicado en inglés en Laylander y Moore 2006, y en español en Laylander et al. 2010.

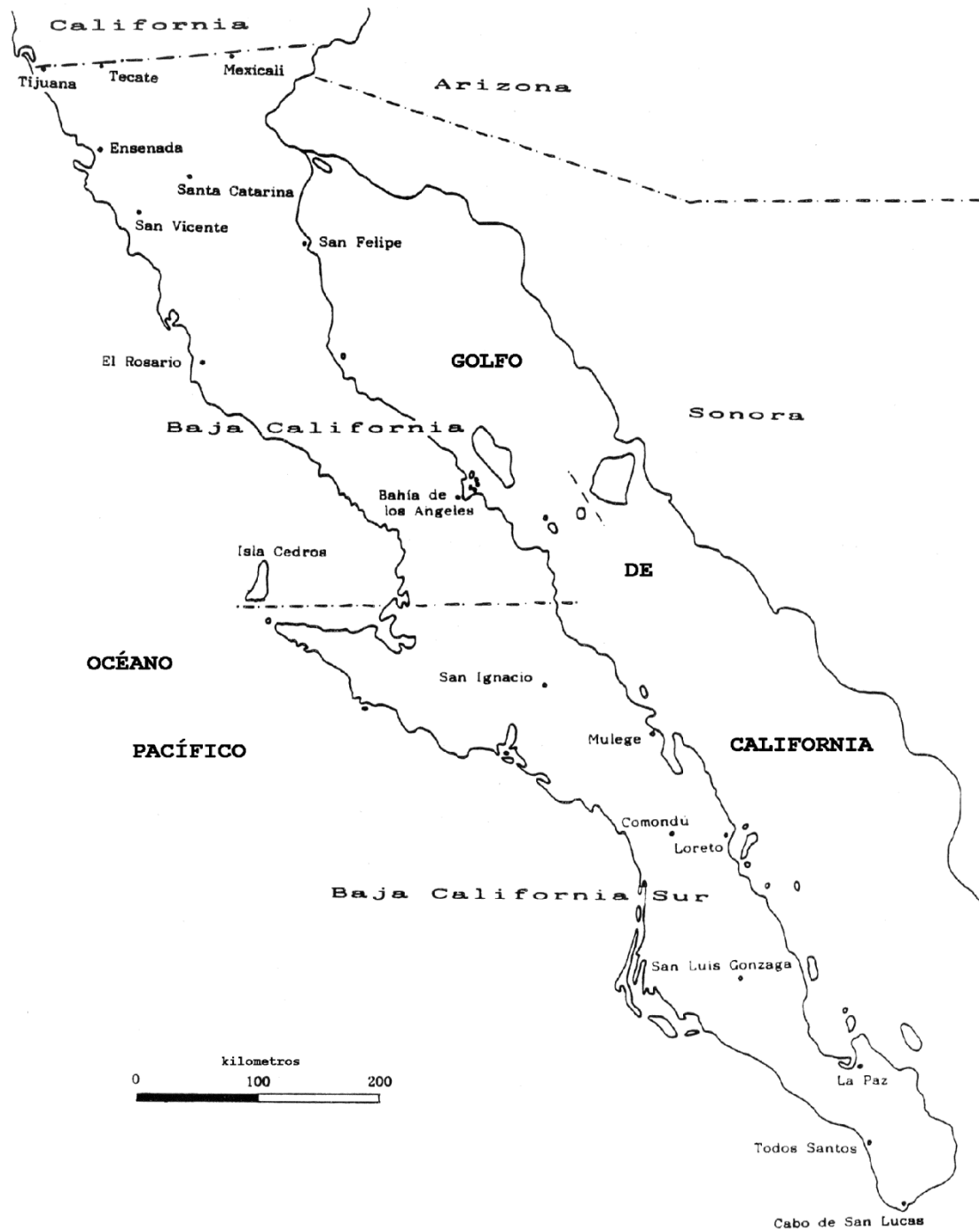


Figura 1. Mapa de los estados mexicanos de Baja California y Baja California Sur.

pueblos correspondientes en Baja California.

Marco cronológico

La materia de esta tesis es “prehistoria”, es decir, los periodos de ocupación humana en la península de Baja California antes de que se dejara sentir en la región cualquier impacto sustancial directo de las culturas letradas derivadas de Europa. En la práctica, este límite cronológico es a menudo difícil de aplicar rigurosamente. Los primeros contactos registrados entre Europa y Baja California ocurrieron a partir de 1530, pero algunas porciones de la península no experimentaron los primeros impactos sustanciales directos de la cultura euroamericana antes de los principios del siglo XIX. El final cronológico de esta tesis es el “presente etnográfico”, una reconstrucción hipotética a partir de varias fuentes, de cómo eran las culturas nativas de la región justo antes de manifestarse las influencias externas europeas.

La elección de dicho límite cronológico no pretende minimizar la importancia o el interés antropológico en el periodo histórico. Al contrario, dicho periodo es una materia importante por sí misma, ya que abarca la extinción o profunda alteración de los pueblos nativos y el desarrollo de nuevas adaptaciones radicales de la península por parte de los recién llegados. La historia recibe aquí cierto grado de atención detallada, particularmente en el Capítulo III, donde la consideración se concentrará en el periodo histórico, no por su interés intrínseco, sino por su papel de prisma a través del cual ha sido transmitida la información para reconstruir periodos más tempranos.

La prehistoria como materia cronológica para esta tesis es más que una categoría residual o la parte que queda después de que es excluido el periodo histórico, que se encuentra mejor documentado. El estudio de la prehistoria es más que sólo un ejercicio de ingenuidad metodológica, un intento de ver qué tanto del pasado puede ser reconstruido por aquellas técnicas indirectas como la arqueología, o por inferencias de la etnología o lingüística comparativas.

Uno de los principales valores que ha tenido la antropología para la cultura occidental durante los últimos dos siglos, ha sido su papel para clarificar los alcances de la experiencia y el potencial humano. Esos alcances, tal como son percibidos por el hombre occidental, se han ampliado a través de la descripción y explicación de las culturas humanas exóticas, las cuales se percibían como radicalmente diferentes, o diferentes en formas imprevistas, de los patrones de experiencia más familiares. También se han definido, en cierto grado, a partir del descubrimiento de características universales o similitudes fundamentales que subyacen a las –aparentemente diversas– formas de vida los límites de los alcances de la experiencia y la posibilidad humana.

Para la visión antropológica de explicar tales alcances, son un asunto primordial las contribuciones al número de casos diversos y relativamente independientes en el registro. Mientras que el estudio de los procesos relacionados con la asimilación de la cultura occidental (o de la cultura mundial contemporánea) por parte de varios pueblos, es igualmente materia de gran interés práctico y teórico, el involucramiento de la mayoría o de todos estos mismos pueblos y culturas en el proceso de asimilación introduce en el registro etnográfico un elemento de uniformidad histórica. Es evidente una parte de esta uniformidad histórica, pero cierta parte puede ser más sutil y por lo tanto, potencialmente engañosa. (El registro etnohistórico por lo general también es cronológicamente superficial, lo cual limita su utilidad en la interpretación de procesos de adaptación a largo plazo). Los estudios de sociedades no occidentales con sus propios registros históricos pueden suministrar de manera parcial la independencia necesaria en la tradición y en los límites cronológicos para enfrentar estas limitaciones, pero las sociedades que tienen registros de este tipo son grupos especiales culturalmente, que tienen bastante en común con la cultura

occidental, la cual no es representativa de las sociedades más pequeñas y sin historia. La unicidad del entorno físico de Baja California, así como la pequeña escala y el relativo aislamiento de sus sociedades prehistóricas, dan un motivo para intentar superar las dificultades metodológicas en la reconstrucción de su prehistoria y la contribución al registro antropológico.

(Para expresar las fechas listadas en esta tesis se utilizan varios formatos. Fechas basadas en tiempo exacto o estimado en los años del calendario normal son expresadas, por ejemplo, como “2000 a.C.” o “d.C. 1520”. Las fechas de radiocarbono son expresadas en años radiocarbono antes del presente tal como vienen en las fuentes publicadas, sin correcciones de calibración, en el formato “3000 a.p.”. En los pocos casos en que las fuentes publicadas dan fechas en el formato “3000 a.P.” sin indicar la naturaleza de las posibles correcciones de calibración, repetimos aquí dicho formato).

Marco metodológico

En ocasiones, la “prehistoria” ha sido más o menos equiparada con la arqueología. Aquí, estos términos son usados de manera diferente (cf. Rouse 1972). De acuerdo a como comúnmente se define y organiza la disciplina de la antropología en Norteamérica, la arqueología es una de sus cuatro subdisciplinas, que se aboca específicamente a reconstruir el pasado a partir de los objetos físicos que han perdurado. Así definida, queda claro que la arqueología juega un papel importante –pero no exclusivo ni preeminente– en el estudio de los periodos prehistóricos.

Las otras tres subdisciplinas –la antropología física, la antropología lingüística y la etnología– también transmiten información relevante sobre el pasado prehistórico. La antropología física es relevante en tanto que los restos óseos recuperados arqueológicamente pueden revelar patrones en el flujo de la información genética entre regiones, así como patrones en la demografía, la nutrición y las enfermedades en la época prehistórica. Las observaciones históricas de las características físicas que presentan las sociedades nativas vivientes también aportan pistas para los patrones del pasado. Los patrones demográficos de la época del contacto euroamericano sugieren adaptaciones bioculturales anteriores.

Las lenguas contienen información sobre patrones de movimientos poblacionales en el pasado. También reflejan patrones de interacción pretéritos entre diferentes culturas, así como entre culturas individuales y sus entornos físicos.

La etnología proporciona la línea base del “presente etnográfico”. Desde ésta, los estudiosos de la prehistoria trabajan para reconstruir la cultura de periodos anteriores. Un patrón de distribución de rasgos culturales en el periodo histórico, así como los patrones biológicos y lingüísticos correspondientes, sirve para revelar patrones prehistóricos.

En esta tesis se examinan las contribuciones de estas cuatro subdivisiones antropológicas. Aquí, el primer principio organizativo es el tema del pasado, en vez de la fuente de información sobre el pasado.

Otro subcampo de estudio que merece incluirse en este esquema es la geografía física de la península. Las características geológicas, climáticas, botánicas y zoológicas de Baja California han jugado un rol significativo en su historia humana. En gran medida, han sido estos elementos no humanos a los que debieron adaptarse los pueblos prehistóricos y las culturas. El papel del ambiente físico tampoco fue totalmente pasivo o estable: experimentó cambios importantes en el lapso de tiempo que comprende este trabajo, y del mismo modo, fue influenciado por las actividades humanas. Estos factores se discuten en el Capítulo II. El hecho de que en esta tesis no se recurra en mayor medida al análisis geográfico, se debe a fronteras disciplinarias y limitaciones

en tiempo y habilidad, y no a las demandas propias del tema.

El enfoque básico de la presente tesis es la síntesis. En lugar de reportar trabajo de campo nuevo, aquí se estudian fuentes de información previamente recuperadas sobre la prehistoria de la región. Si se tiene éxito, esta síntesis debe constituir contribuciones originales al tema en tres sentidos. Primero, une hilos dispares de información. Segundo, evalúa críticamente esa información. Finalmente, sugiere un marco dentro del cual se puede buscar, o interpretar significativamente, nueva información. Se espera que los futuros investigadores interesados en diversos aspectos de la prehistoria de Baja California encuentren en este sumario una guía útil, y que encuentren oportunidad de elaborar o discutir algunas de las interpretaciones.

Necesariamente, una síntesis así no puede ser exhaustiva. El material considerado aquí proviene casi exclusivamente de registros accesibles al público, en la forma de libros publicados y artículos o disertaciones académicas y tesis. La compleción o representatividad de la suma de conocimientos disponibles en la materia es mayor que el caso de síntesis con restricciones similares de muchas otras regiones. La relativa integridad de esta tesis viene de una combinación particular de circunstancias, que incluye las relativamente abundantes publicaciones de documentos históricos tempranos sobre la Baja California, y la relativa parquedad del trabajo de campo arqueológico en curso en la península.

Algunas dicotomías

Durante el cuarto del siglo anterior a esta tesis, los métodos y objetivos apropiados para la arqueología (y por implicación al menos, para la prehistoria en general) fueron fuertemente debatidos en los círculos de la academia antropológica norteamericana (Willey y Sabloff 1980). Una serie de sectas de la “nueva arqueología” se han puesto unas contra otras y todas contra los viejos y jóvenes “fogies” (Flannery 1973:49) de la arqueología pre-“procesual”. Podría decirse que este ejercicio ha generado algo de luz, pero sustancialmente lo que ha generado es más calor. El enfoque de la presente tesis no es la filosofía arqueológica o la teoría, pero parece apropiado dar por lo menos alguna indicación en cuanto a dónde la presente discusión puede caber en dichas controversias.

Primero, debe señalarse el papel asignado aquí a la teoría. Visualizamos que la teoría juega legítimamente un rol esencialmente subordinado, en analogía con el rol de la filosofía dentro del positivismo lógico británico. Los valores (intereses específicos en la prehistoria) y los problemas (interpretaciones contradictorias de la evidencia, generalizaciones contradictorias) emergen espontáneamente, independientemente de y anteriores a la teoría. Proponemos un papel terapéutico para la teoría, ocupándose del tratamiento de esos problemas, diagnosticando confusión y falta de lógica cuando ocurren y sugiriendo formas de remediarlos. La teoría está para servir al conocimiento, y no al revés.

En arqueología se ha hecho una distinción estándar entre la reconstrucción de la historia de la cultura (entendida primeramente como sistemas espacio-tiempo), la reconstrucción de modos de vida prehistóricos y el estudio de procesos culturales, como metas para estudiantes del registro prehistórico (Binford 1968). Esta distinción parece legítima y útil. Mucho menos legítimamente, algunos arqueólogos consideran que estas metas compiten entre sí, e incluso que son incompatibles (Watson et al. 1984:266). Se ha argumentado sobre cuándo la arqueología realmente “es” historia o ciencia, y lo que el programa de investigación de la disciplina debería ser. La postura adoptada aquí es que la investigación del registro prehistórico continuará siendo, como debería de ser, una empresa esencialmente ecléctica (Harris 1968:284-285), sin uniformidad de agendas de

investigación, valores y metodologías rígidas, pero vinculada por dominios de investigación superpuestos y por, esperemos, una vigorosa crítica mutua creciente entre los resultados de la investigación. Pensamos que una uniformidad impuesta en el programa de investigación no es deseable. Además, la investigación de los aspectos de la prehistoria acerca de los procesos culturales, la historia cultural y los modos de vida no son vistos fundamentalmente como objetivos antagónicos, sino como aspectos de un mismo ciclo de avance en el entendimiento científico, en el que ninguno de ellos puede florecer independientemente de los otros.

La cuestión y el papel particular seleccionado para esta tesis puede ser discutido en términos de unas cuantas dicotomías conceptuales. Una de éstas es el contraste entre particularización y generalización. La ciencia es particularizante en la medida en que se ocupa de describir y explicar entidades específicas o eventos. Es generalizante cuando su meta es formular leyes u otras reglas ampliamente aplicables. Esta dicotomía refleja un contraste pero no un conflicto; cualquier disciplina probablemente trate con ambos de estos aspectos en escalas variables, en momentos diferentes y en distintas proporciones. Los dos aspectos están intrincadamente vinculados. La generalización normalmente surge por inspiración pero siempre debe recibir su confirmación de casos particulares. La validez de las formas en que esos casos particulares son establecidos e interpretados depende a su vez de la aplicación de reglas generales. La relación entre particularización y generalización es cíclica, con cada fase del ciclo retroalimentándose de la otra. En esta tesis se hará énfasis sobre una fase en particular: el conocimiento que ha ocurrido en una región particular, durante un periodo de tiempo particular. Aunque el foco de atención estará en lo particular, se necesitará involucrar a lo general en la periferia, en los procesos de generalización que permiten inferir y reconstruir lo particular (“teoría de nivel bajo y medio”) y en consideración de algunas de las implicaciones de casos reconstruidos para más asuntos (“teoría general”) (Willey y Sabloff 1980:249-257).

Otra dicotomía común es entre la descripción sincrónica y la descripción diacrónica de una cultura, una dicotomía que corresponde en cierto grado, al contraste que existe entre la reconstrucción de la historia de la cultura y la reconstrucción de los modos de vida prehistóricos. De nuevo, el contraste no implica incompatibilidad. Una imagen sincrónica es a menudo mejor iluminada trazando el desarrollo diacrónico de algunos de sus elementos particulares. Una representación diacrónica es a menudo más efectivamente realizada como una secuencia de instantáneas sincrónicas. En el título de esta tesis, “prehistoria” intenta referir a un dominio cronológico más que a una orientación diacrónica. En la práctica, dada la naturaleza de los materiales actualmente disponibles sobre la prehistoria de Baja California, mucho de lo que sigue será una amalgama precaria de una imagen en gran medida sincrónica del último periodo prehistórico con un estudio en gran medida diacrónico de periodos más tempranos. Esta no significa una división permanente o deseable. Imágenes sincrónicas válidas y abigarradas de periodos más tempranos pueden volverse posibles. El “presente etnográfico” puede ser mejor elucidado en su contexto en evolución. Esto es simplemente porque las fuentes de información desarrolladas en el presente tienden a producir dicho contraste.

Otra dicotomía importante en la explicación antropológica existe entre los que pudieran nombrarse modos de explicación “adaptativa” o “histórica”. Los modos de explicación adaptativa dan cuenta de la presencia de rasgos en términos de su sobrevivencia selectiva frente a las formas alternativas. Los rasgos pueden ser adaptativos en su fomento de la sobrevivencia de humanos individuales o de grupos humanos, o en su integración funcional dentro de sistemas de rasgos estables y mayores. Los modos históricos de explicación ponen énfasis en el repertorio limitado de formas, biológicas o culturales, las cuales se encuentran actualmente disponibles para ser

probadas por selección adaptativa. Invención única, migración y difusión son conceptos explicativos claves en estos modos históricos. Los dos tipos de explicación compiten a veces de manera legítima. Mucha de la literatura antropológica parece basarse en el potencial explicativo exclusivo de un solo modo. El modo histórico ha sido favorecido por la “vieja” arqueología y por la antropología ligada a nombres como Kroeber o Childe. En la “nueva” arqueología, ecología cultural y materialismo cultural, los modos adaptativos de explicación fueron enfatizados. En este trabajo, el punto de vista es que ambos tipos de explicación son considerados genuinos y partes indispensables de una solución realista a cualquier problema antropológico moderadamente complejo. Incluso un estudio que puede estar estrechamente enfocado a un modelo explicativo particular no puede evaluar adecuadamente el éxito de este modelo al dar cuenta del fenómeno, a menos que considere el éxito potencial de enfoques alternativos. De acuerdo a ello, aquí se emplearán y mezclarán libremente ambos tipos de explicación, y su yuxtaposición será un tema recurrente.

¿Por qué Baja California?

La elección de Baja California como un área de investigación también pide cierta explicación. Las fuentes sobre su prehistoria se encuentran relativamente sin desarrollar. Arqueológicamente, se ha hecho mucho menos trabajo que en otras regiones circundantes, como California y Arizona. Los restos arqueológicos de Baja California pueden bien ser considerados menos espectaculares o imponentes que los de Mesoamérica o el suroeste de los Estados Unidos. Los primeros registros etnográficos para el periodo misional de Baja California son bastante buenos (mucho mejores que aquellos disponibles para la Alta California, por ejemplo). Sin embargo, la extinción física y cultural de los pueblos de los tres cuartos sureños de la península ha significado que no existan reportes etnográficos del siglo XX para ellos. Incluso los grupos aborígenes norteños, los cuales han sobrevivido, han recibido menos estudios científicos modernos que los indígenas de la cercana Alta California. El registro para la antropología física en la península es bastante escaso, debido a la temprana extinción y asimilación, la limitada investigación arqueológica y la extendida práctica de cremación en la prehistoria tardía. Lingüísticamente, el sur y el centro son conocidos y cognoscibles sólo a través de registros tempranos considerados inadecuados, mientras que algunas de las lenguas en el norte han sido bien estudiadas en años recientes.

Para propósitos antropológicos generales, el caso de Baja California presenta cierto interés e importancia. Al tiempo que las complejas interrelaciones históricas y adaptativas se vuelven reconocibles en los rasgos humanos físicos y culturales, se reduce el número de los casos relevantes y verdaderamente independientes a partir de los cuales pueden ser formuladas las generalizaciones antropológicas. Así, se vuelve esencial el uso pleno incluso de aquellos casos en los que el registro es incompleto o no está desarrollado. El inventario de sociedades no agrícolas bien estudiadas es pequeño, a pesar de la gran preponderancia de dichas sociedades en la historia del desarrollo humano. Adicionalmente, el poblamiento prehistórico de una región árida costera es de cierto interés particular. La estrecha configuración de la península ayudó a promover el aislamiento físico y cultural de sus habitantes de las influencias continentales más amplias. Más de un estudioso ha sugerido que la porción sur de Baja California constituyó un tipo de cápsula del tiempo sellada, dejada allí desde la ocupación más temprana del hemisferio occidental y excepcionalmente excluida de desarrollos posteriores.

Desde una perspectiva estrictamente regional, los antropólogos y arqueólogos con intereses de investigación principales en la prehistoria del sur de California tienen razones para interesarse

en Baja California. Junto con el Suroeste Norteamericano, la Great Basin y California central, Baja California es una de las cuatro regiones vecinas mayores que provee un contexto para interpretar la prehistoria del sur de California. Los antropólogos y arqueólogos que trabajan en California meridional generalmente prestan menos atención a Baja California entre el resto de las regiones vecinas, posiblemente por las barreras del lenguaje y nacionalidad, tal vez en parte porque Baja California incuestionablemente es la región menos conocida antropológicamente. Sintetizar lo que se conoce sobre el registro prehistórico de la península puede ayudar a alentar a los especialistas en la prehistoria del sur de California a mirar con mayor frecuencia a través de la frontera, e incluso tal vez a alcanzar algunos de sus intereses de investigación usando los recursos antropológicos disponibles sobre Baja California.

A un nivel más humanístico, algunos de los contenidos de esta tesis pueden servir a los pueblos contemporáneos de Baja California. Entre las regiones de México, Baja California es la que crece más rápido y menos enraizada en la tierra —una perspectiva no desconocida para un habitante del sur de California. En México en general, se encuentra más extendida la identificación con el pasado prehistórico que en los Estados Unidos, pero los bajacalifornianos modernos en su gran mayoría no rastrean localmente sus antecedentes físicos y parece, así, que tienen sólo un débil sentido de identidad y adhesión regional. Los bajacalifornianos se enfrentan a tremendas presiones económicas y políticas para desarrollar su territorio a través de la agricultura, la industria y el turismo, y parece importante que ellos desarrollen un sentido de conciencia e interés en el ambiente como un contrapeso a las tendencias potencialmente explotadoras y destructivas. Como es el caso del sur de California, tal vez fomentar el entendimiento y apreciación de la prehistoria de Baja California pueda jugar algún papel en el cultivo de dicha apreciación ambiental.

II – ORIENTACIÓN GEOGRÁFICA

Resumir el contexto geográfico de la prehistoria de Baja California tiene dos propósitos principales en esta tesis. El primero es introducir las regiones, ubicaciones y características significativas del ambiente natural, a las cuales se hará referencia en los capítulos que siguen. El segundo propósito es introducir un campo importante de investigación futura sobre la prehistoria de Baja California. Este campo de investigación concierne a los límites que las configuraciones físicas y biológicas no humanas imponen a las actividades humanas que ocurren en éstas, las oportunidades ofrecidas por los recursos y los patrones de cambio en los cuales el ambiente natural alteró las condiciones de vida humana o las actividades humanas alteraron el ambiente natural.²

Características generales de la península

Baja California se localiza en el extremo suroeste del continente norteamericano, entre los 109° 30' y los 117° 30' longitud oeste y entre los 23° y 32° 30' latitud norte (figura 2). Se define políticamente como los dos estados mexicanos de Baja California y Baja California Sur. A excepción del extremo norte, Baja California consiste en una península larga, estrecha, dentada. Por conveniencia, y siguiendo el uso general en Norteamérica, las referencias hechas aquí a “Baja California” o “la península” incluirán toda el área de estudio de esta tesis, agrupando ambos estados mexicanos, a menos que se especifique otra cosa.

La orientación del eje longitudinal de la península es aproximadamente de norte-noroeste a sur-sureste. Con cerca de 1,300 kilómetros de longitud, Baja California varía en anchura con una máxima de 200 kilómetros al norte en la frontera internacional y al centro en el desierto de Vizcaino, y con una mínima de aproximadamente 40 kilómetros al suroeste de La Paz. El área de la superficie total de Baja California es de alrededor de 138,000 kilómetros cuadrados. No se trata ni de la más larga ni de la más delgada de todas las penínsulas en el mundo, pero ninguna otra es tan larga y delgada al mismo tiempo.

Al este, Baja California está separada de los estados mexicanos continentales de Sonora y Sinaloa, por aproximadamente 100 kilómetros en el curso bajo del río Colorado y, en el resto de su longitud, por el golfo de California o mar de Cortés, un cul-de-sac del océano Pacífico que se estrecha muy gradualmente al norte pero generalmente conserva una amplitud entre 75 y 100 kilómetros. Dos tercios de distancia arriba del golfo, el espacio entre la península y el continente se reduce ligeramente y está cruzado por un grupo de islas grandes y pequeñas. En general, existen más de cuatro docenas de islas a lo largo de aproximadamente 3,000 kilómetros de litoral en el Pacífico y en el golfo.

Fisiografía e hidrología

Los paisajes físicos naturales de Baja California pueden considerarse convenientemente en términos de cinco regiones, cuyos límites siguen cercanamente la definición de Aschmann (1959:9). Aquí, y en los capítulos siguientes, dichas regiones serán designadas como las regiones noroeste, desierto del Colorado, desierto central, de la Giganta-Magdalena y del Cabo (figura 3).

² Loren G. Davis (2010) ha analizado el contexto geográfico de la prehistoria de la península.



Figura 2. Localización general de Baja California.

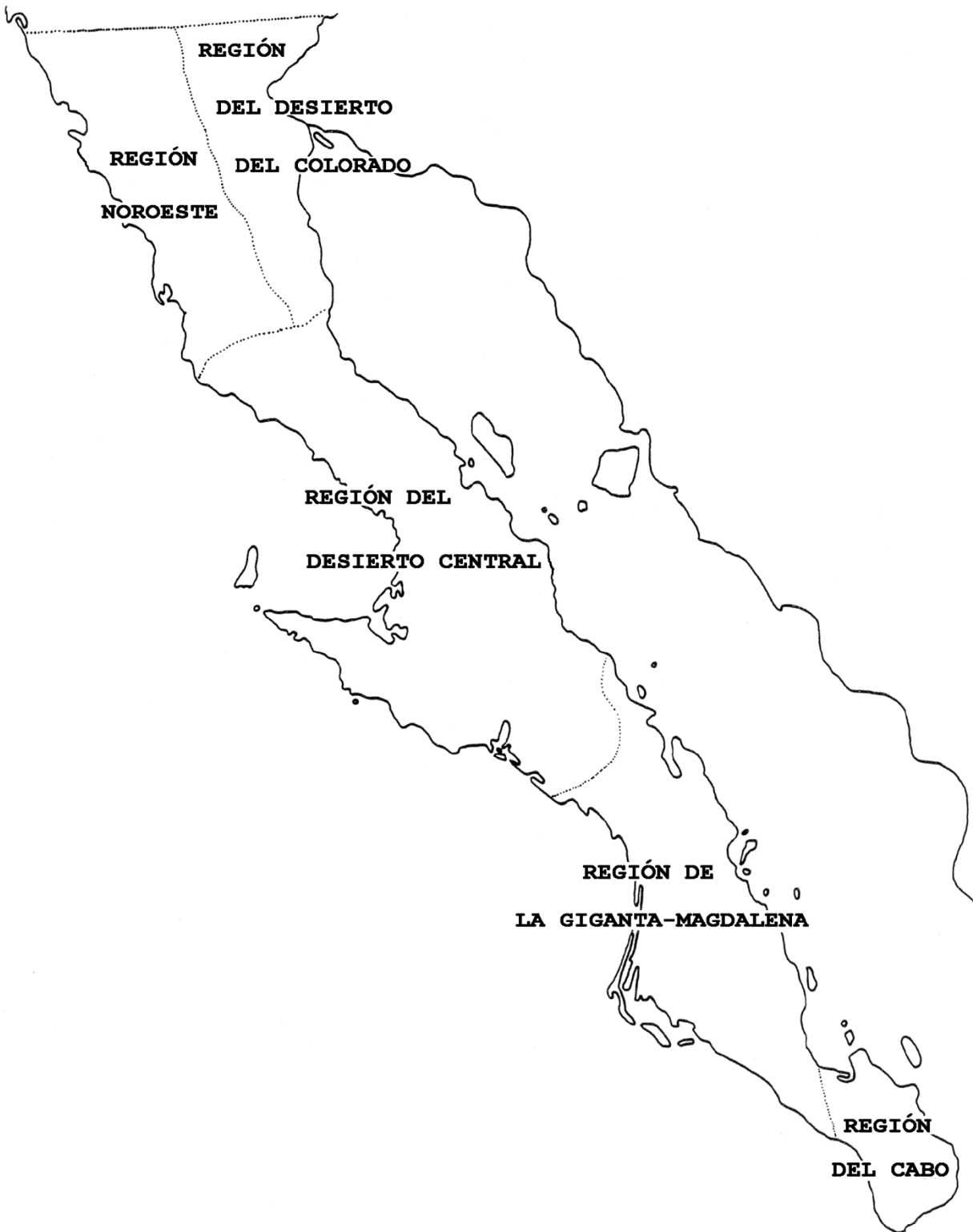


Figura 3. Regiones de Baja California.

Las siguientes descripciones topográficas se basan en gran medida en Nelson (1921) y Topografía Internacional (1986). (Una variedad de nombres diferentes han sido aplicados a muchas de las características del paisaje de Baja California. Complicando más la situación, algunos nombres, especialmente de santos o etiquetas descriptivas, han sido usadas repetidamente en diferentes secciones de la península. Para simplificar, se adoptó una sola designación, de cierta manera elegida arbitrariamente pero que refleja generalmente el uso predominante, para cada localidad mencionada aquí.)

La región noroeste. Esta región puede ser definida a grandes rasgos como el área comprendida al interior de la frontera internacional al norte, el océano Pacífico al oeste, las cimas de la sierra de Juárez y la sierra de San Pedro Mártir al este, y el límite del drenaje del río El Rosario al sur (figura 4).

La cima de la sierra de Juárez constituye la continuación hacia el sureste de las cadenas montañosas del condado de San Diego, California. Dicha cima tiene generalmente una altura alrededor de los 1200 metros en el norte pero se eleva a los 1800 metros en el centro, cerca de la laguna Hanson. Más al sur, el paso bajo de San Matías, a menos de 1000 m, marca la división entre la sierra de Juárez y la sierra de San Pedro Mártir. La última cordillera es sustancialmente mayor que su vecina septentrional, que se eleva rápidamente sobre los 2000 metros y alcanza poco más de 3000 metros en su cumbre. En su límite sur, la sierra de San Pedro Mártir se fusiona con la meseta más baja de Matomí. A lo largo de los márgenes occidentales de las cadenas montañosas de la región noroeste hay cuencas altas, parecidas a parques, algunas de las cuales, como la laguna Hanson, contienen estanques poco profundos.

Al oeste de las sierras se extiende una meseta inclinada hacia el oeste, con valles o llanuras abiertas y amplias. El valle de la Trinidad yace al lado oeste del paso de San Matías con elevaciones entre los 1000 y 750 metros. Al noroeste del valle de la Trinidad está el llano del Álamo, entre los poblados de El Álamo y Santa Catarina, aproximadamente a los 1100 metros. De nuevo al noroeste se encuentra el valle de Ojos Negros, al este de Ensenada, sobre cerca de los 800 metros. Todavía más al noroeste, con una elevación por debajo de los 400 m, está el valle de las Palmas, al sur de Tecate.

Una segunda sierra occidental se distingue en la zona septentrional de la región noroeste. Esta sierra costera llega a las cercanías del océano Pacífico en las inmediaciones de la frontera internacional, pero al sur se separa gradualmente de la costa hasta que finalmente se funde con la sierra de San Pedro Mártir. Las altitudes en la sierra costera alcanzan hasta los 1500 metros pero generalmente son mucho más bajos.

El terreno al oeste de la sierra costera continúa de cierta forma el terreno al este de la misma, consistente en tierras altas de pendiente suave interrumpidas por los llanos costeros o valles. Constreñido a un cinturón estrecho al norte por las montañas costeras, los llanos costeros se vuelven más amplios en el sur, incluyendo el llano de Camalú, entre San Telmo y Santo Domingo, y más al sur en el llano de San Quintín, desde el sur de Santo Domingo a cerca de 30 kilómetros al sur de San Quintín.

A pesar de ser la región noroeste una de las porciones mejor irrigadas de la península de Baja California, se caracteriza, como otras regiones, por la escasez de flujo superficial permanente de agua. Un gran número de drenajes paralelos se extienden en dirección oeste-suroeste desde la sierra de Juárez y la sierra de San Pedro Mártir hasta la costa Pacífico. Sólo dos, el río Santo Domingo y el río del Rosario, tienen agua superficial en la costa, pero sólo uno, el río Santo Domingo, cuenta

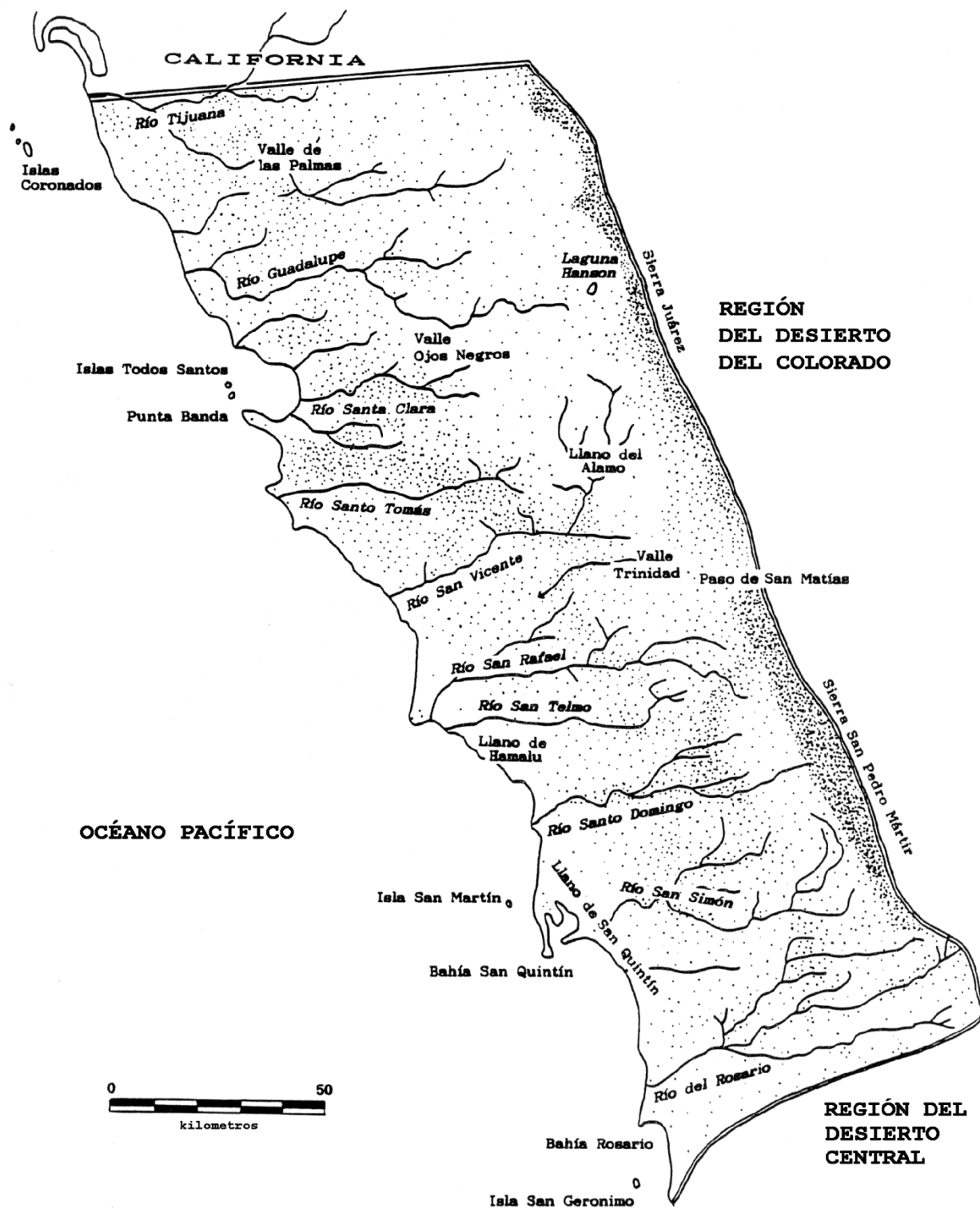


Figura 4. Características físicas de la región noroeste.

on flujo superficial perene en toda su extensión (Nelson 1921:80).³ Los drenajes más notables de la región noroeste, de norte a sur, son el río Tijuana (incluyendo el río de las Palmas), el río Guadalupe, el río San Carlos, el río Santa Clara, el río Santo Tomás, el río San Vicente, el río Salado, el río San Rafael, el río San Telmo, el río Santo Domingo, el río San Simón y el río El Rosario.

La costa de la región noroeste es moderadamente irregular, interrumpida frecuentemente por cabos que se proyectan hacia el oeste y bahías amplias. Dos bahías más restringidas están presentes en la región: la bahía de Todos Santos, cerca de Ensenada, protegida ampliamente (con excepción del noroeste) por la península de punta Banda y su extensión en las islas de Todos Santos; y la bahía de San Quintín, que está casi completamente cerrada.

Las islas de la región noroeste son menores en número y tamaño que las de otras regiones de Baja California.⁴ Las islas Coronados están localizadas justo al sur de la frontera internacional, las dos islas de Todos Santos se encuentran frente a la bahía del mismo nombre, la isla San Martín está al noroeste de la bahía de San Quintín, y la isla San Jerónimo se encuentran frente a la amplia bahía del Rosario al extremo sur de la región. Cada una de las islas de la región noroeste tiene alrededor de 5 a 10 kilómetros de costa, no mucho más de 1 kilómetros o 2 de longitud, rocosa y sin agua dulce. (En la isla de Guadalupe, más grande que las señaladas aquí, con una longitud aproximada de 35 kilómetros y localizada a 200 kilómetros al oeste de la bahía El Rosario, no se ha reportado ninguna evidencia de ocupación prehistórica, y por lo tanto no será considerada más adelante en esta tesis).

La región del desierto del Colorado. Se define esta región iniciando en las empinadas laderas orientales de la sierra de Juárez y la sierra de San Pedro Mártir (figura 5). Al sur está delimitada aproximadamente por la convergencia de la cordillera peninsular y la costa del golfo, justo al sur de punta San Fermín. El límite septentrional es la frontera internacional, y los límites orientales son el golfo de California y la línea de división estatal Sonora-Baja California, que más o menos coincide con el curso bajo del río Colorado.

La ladera oriental de las sierras septentrionales es mucho más abrupta que la occidental. Si bien no fue una barrera para los viajes este-oeste y las comunicaciones prehistóricas, la cordillera peninsular por lo menos existió la tendencia a canalizar el movimiento humano a través de pasos más favorables, como el paso de San Matías separando la sierra de Juárez y la sierra de San Pedro Mártir. Al igual que la región del desierto del Colorado en general, las laderas orientales de las cordilleras peninsulares se encuentran dentro de una sombra pluviométrica y son notablemente secas. Sin embargo, una serie de drenajes llevan agua hacia el este desde las cumbres de las montañas, formando manantiales a los pies de las montañas antes que su humedad se pierda por filtración dentro de los aluviones de arena más al este. En las porciones septentrionales y centrales de la sierra de Juárez, los cañones importantes, de norte a sur, son Palmas de Cantú, Tajo, Guadalupe, Palomar y Jamaú; los drenajes más grandes son Jaquejel y arroyo Grande, emergiendo del extremo sur de la cordillera. La sierra de San Pedro Mártir tiene drenajes orientales más grandes, incluyendo, de norte a sur, Esperanza, Diablo, la Providencia, Agua Caliente y Matomí.

Al norte del arroyo Matomí, la ladera oriental de la sierra de San Pedro Mártir está bordeada por el valle de San Felipe, con aproximadamente 100 kilómetros de longitud en una orientación noroeste- sureste y entre 5 y 20 kilómetros de anchura. El paso de San Matías conduce hasta el

³ “En la actualidad el Santo Domingo no presenta en toda su extensión, y en el caso de El Rosario solo hay superficial intermitentemente cerca de su desembocadura en el océano Pacífico, en las inmediaciones del poblado del mismo nombre” (Miguel Téllez, comunicación personal, 2016).

⁴ Acerca de las islas de Baja California y sus roles en la prehistoria, véase Bowen 2009b y Laylander 2009.

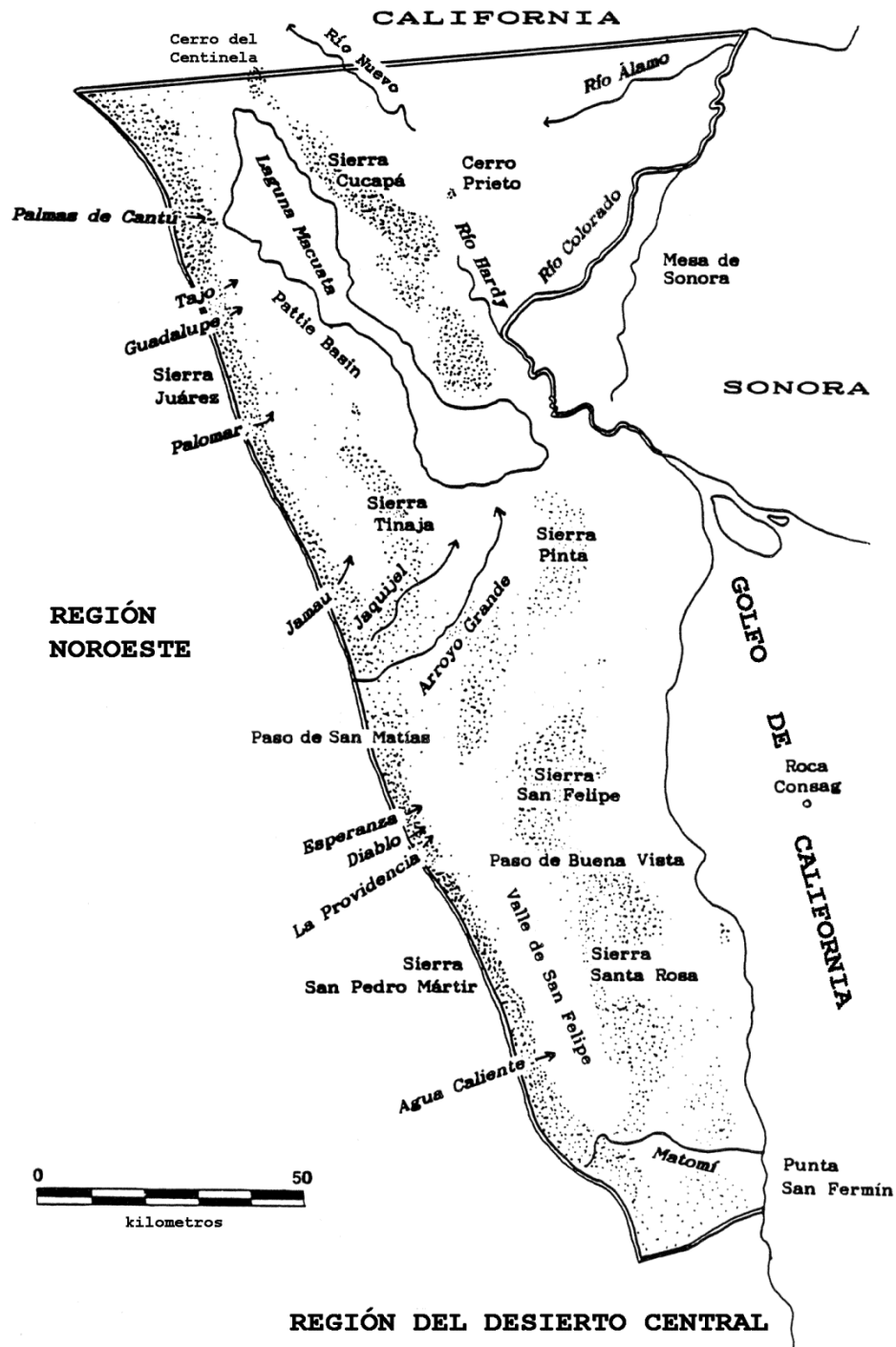


Figura 5. Características físicas de la región del desierto del Colorado.

final septentrional de este valle, el cual se caracteriza por dunas de arena e inmensos abanicos aluviales. El valle de San Felipe está limitado al este por dos sierras costeras, la sierra de San Felipe y la sierra de Santa Rosa, cada una con una elevación de menos de 1500 metros y separadas una de la otra por el paso Buena Vista cerca del pueblo de San Felipe.

La sierra Tinaja se extiende al noreste de la sureña sierra de Juárez, separando los arroyos Jamau y Jaquejel. Paralela a la sierra Tinaja y más al este se encuentra la sierra Pinta, y cruzando un amplio espacio a partir de los extremos septentrionales de estas dos cordilleras se encuentra la sierra Cucapá, que continúa hacia el norte como el cerro del Centinela en la frontera internacional. Todas estas zonas desérticas tienen elevaciones máximas de entre 700 y 900 metros. Entre la sierra de Juárez y la sierra Cucapá está la cuenca Pattie o cuenca laguna Salada-arroyo del Diablo, que se extiende por debajo del nivel del mar y recibe flujos irregulares de agua del río Colorado a través del espacio entre la sierra Cucapá y la sierra Pinta, para formar la somera laguna Macuata o laguna Salada.

Al este de la sierra Cucapá, hasta la mesa sonoreense, se extiende la zona principal del delta del río Colorado, una red irregular de volubles cursos de agua. El tercio noroeste de esta área, norte del cerro Prieto, desagua hacia el norte por Mexicali dentro de la cuenca del mar Salton en el sur de California, que en efecto se trata de un inmenso brazo del delta del río Colorado. La porción principal del delta en Baja California desagua primero al suroeste y luego al sureste, hacia la cabeza del golfo de California. Un prominente brazo occidental del delta recibe el nombre de río Hardy es dado. Como se ha mencionado, parte de las aguas del río Colorado también han desaguado irregularmente incluso más lejos hacia el oeste, dentro de la cuenca Pattie.

Siendo sus aguas derivadas de una gran porción de la ladera occidental de las montañas Rocosas en los Estados Unidos, el río Colorado es por mucho el más grande e importante curso de agua en Baja California. Antes de que sus aguas fueran represadas y desviadas, el río se desbordaba durante principios de verano y típicamente irrigaba más de 1200 kilómetros cuadrados del delta, depositando igualmente una fuerte carga de sedimentos ricos en nutrientes (Kelly 1977:17-18). Sin embargo, la fecha y la extensión de las inundaciones eran altamente irregulares, haciendo la dependencia en la siembra agrícola muy arriesgada. La planicidad del delta, así como la irregularidad en la magnitud de la inundación, habría desalentado la construcción de cualquier sistema de control de aguas extensivo con tecnología premoderna.

La parte más baja y con presencia de mareas del delta del río Colorado es un área de marismas, en la cual pueden darse olas de marea, por lo que ha sido adecuado sólo para ocupaciones humanas irregulares. La costa del golfo desde la boca del río Colorado hacia el sur, casi hasta el poblado de San Felipe, es igualmente una zona de salinas, bastante inhóspita. De San Felipe a punta San Fermín, las sierras de San Felipe y Santa Rosa constriñen la delgada llanura costera, y al sur de la punta San Fermín la cordillera peninsular principal bordea la costa. A excepción de las islas de bajo relieve en la boca del río Colorado y la pequeña roca Consag, localizada 30 kilómetros al este de San Felipe, la región del desierto del Colorado carece de las islas tan características de otras regiones de Baja California.

La región del desierto central. Esta región, como la define Aschmann (1959), está delimitada al norte por las regiones noroeste y desierto del Colorado, discutidas arriba, y al sur por una línea curva que corre más o menos de norte a sur, excluyendo a Santa Rosalía, Mulegé y la Purísima Concepción, pero incluyendo a Guadalupe (figura 6).

A través de su mitad septentrional, el parteaguas de la región del desierto central es una continuación de la sierra de San Pedro Mártir, pero en lo general con elevaciones mucho más bajas y con más interrupciones topográficas. Una serie de sierras se distinguen al sur del arroyo

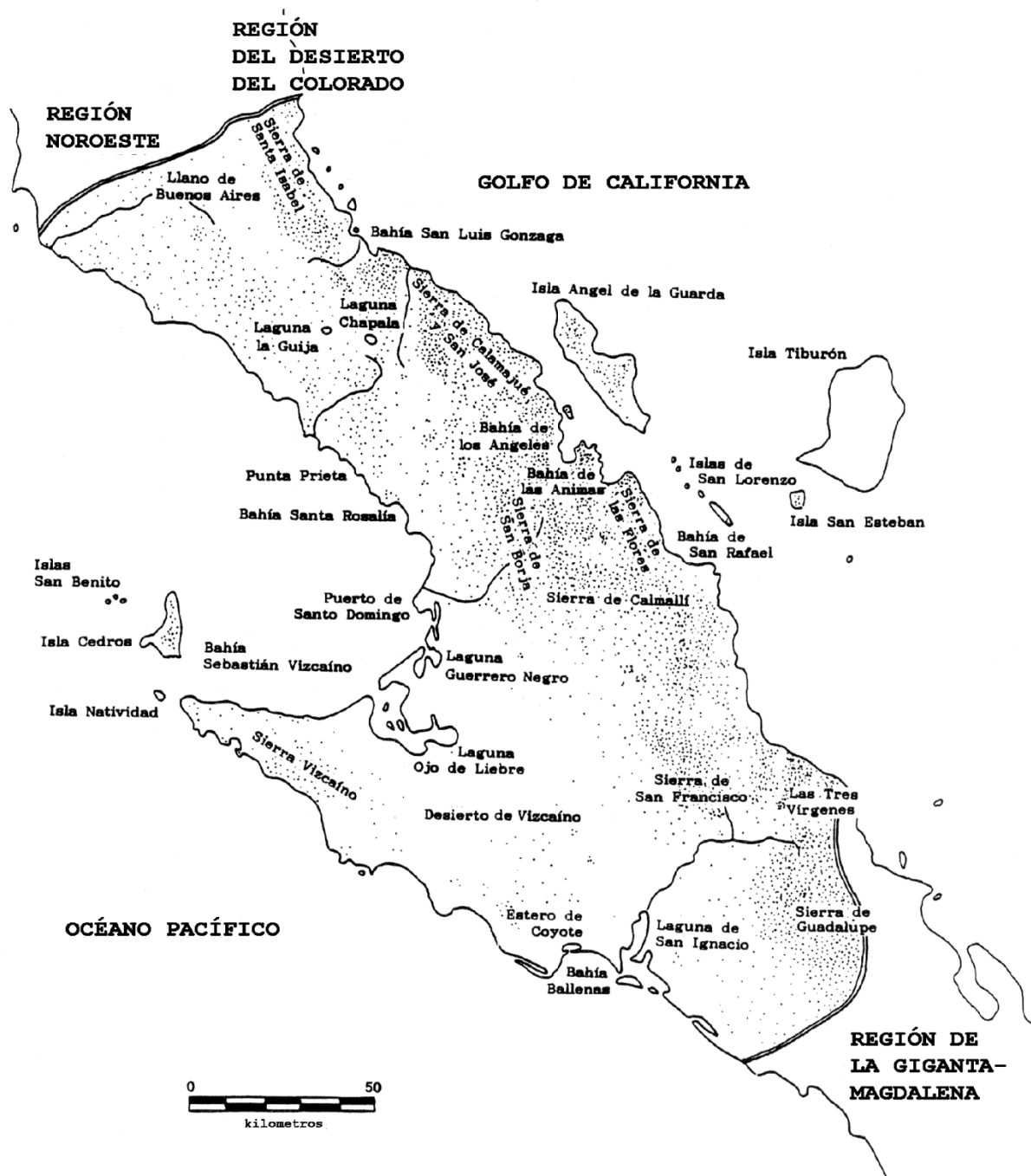


Figura 6. Características físicas de la región del desierto central.

Matomí hasta la península media: la sierra de Santa Isabel al suroeste de punta San Fermín; la sierra de Calamajué y San José, del sur de bahía San Luis Gonzaga hacia la bahía de los Ángeles; y la sierra de Las Flores, de bahía de los Ángeles a la bahía de San Rafael. Estas sierras generalmente corren paralelas a la costa del golfo y descienden abruptamente hacia él. Una rama occidental se separa desde el extremo septentrional de la sierra de Calamajué y San José y, como la sierra de San Borja, continúa paralela a las otras sierras hacia el sur de la bahía de los Ángeles. Más allá del extremo meridional de la sierra de San Borja, la sierra de Calmallí se orienta hacia el este y se une con la sierra de Las Flores extendiéndose en dirección sur hacia los alrededores de Santa Gertrudis. Las cumbres ocasionales en estas sierras exceden los 1500 metros de elevación, pero lo más típico son 1000 metros.

En esta sección de la península la accidentada costa del golfo es notable por una serie de bahías (San Luis Gonzaga, Los Ángeles, Las Ánimas, y San Rafael) y por un grupo de islas frente a ellas. La isla más grande, de cara a la bahía de los Ángeles, es la isla Angel de la Guarda, de unos 65 kilómetros de largo y a 20 kilómetros de la costa, cruzando el canal de las Ballenas. Más lejos alejada hacia el sur, frente a la bahía de San Rafael cruzando el canal de Salsipuedes, se encuentra la diminuta isla de San Lorenzo, que apunta más al este a la isla San Esteban y a la isla Tiburón, aún mayor, formando una cadena de posibles recaladas para la navegación temprana a través del golfo entre Baja California y Sonora.

Al oeste de las sierras peninsulares de la región del desierto central se extiende una meseta interrumpida por áreas accidentadas en una serie de valles: de norte a sur, el llano de los Buenos Aires, al norte y este de San Fernando Velicatá; el llano de Santa Ana, abarcando los lagos secos de laguna Chapala y laguna la Guija y extendiéndose al sur a punta Prieta, al oeste de la sierra de San Borja; los llanos del Principio, que contienen el sitio de San Borja; el desierto de San Julián, entre la sierra de Calamajué y San José y la sierra de San Borja; y el desierto de Santa María y el llano de San Pedro, entre la sierra de las Flores en el este y la sierra de San Borja y la sierra de Calmallí en el oeste. Esos valles de mesetas generalmente tienen alrededor de 600 metros de elevación y son muy áridos.

Más al oeste, una prominente meseta costera bastante baja y quebrada, con elevaciones de 750 metros o menos, puede distinguirse por dichos rasgos como la mesa de San Carlos, al este de la bahía del Rosario. Montañas costeras o las orillas de la inclinada meseta se extienden tan lejos como la costa, produciendo una línea de costa irregular y empinada entre la bahía del Rosario y la bahía de Santa Rosalía.

Al sur de Santa Gertrudis, cambia el carácter de la columna peninsular de crestas graníticas que se extienden desde la frontera internacional. En la porción austral de la región del desierto central, la sierra peninsular se convierte en una meseta volcánica inclinada, puntuada por picos volcánicos más altos. La sierra de San Francisco, entre Santa Gertrudis y San Ignacio, es la más septentrional de estas sierras. La menor masa de montañas de las Tres Vírgenes se extiende más cerca de la costa del golfo, mientras que la sierra de Guadalupe está al oeste de Mulegé. Las cumbres de estas sierras sobrepasan los 1400 metros. Los manantiales que recolectan el agua de estas sierras han producido el aislado oasis de San Ignacio.

Al oeste de las sierras meridionales del desierto central se encuentra el extenso, bajo, arenoso y extremadamente árido desierto de Vizcaíno. En sus extremos norte y sur, el desierto de Vizcaíno está invadido por lagunas saladas largas y pantanosas casi cerradas al Pacífico por barras arenosas. Estas lagunas incluyen el puerto de Santo Domingo, la laguna Guerrero Negro y la laguna Ojo de Liebre (laguna de Scammon) en el norte y la bahía de Ballenas, el estero de Coyote y la laguna de San Ignacio en el sur.

El desierto del Vizcaíno bajo está protegido de la erosión oceánica en el oeste por una sierra costera inconfundible, la sierra de Vizcaíno. Hacia el noroeste, la sierra se proyecta como la península de Vizcaíno y continúa más lejos hacia el noroeste como las islas de Natividad, Cedros y San Benito. Las cumbres de la sierra de Vizcaíno alcanzan casi los 700 metros de elevación tierra adentro y más de 800 metros en la isla Cedros. La última isla, a pesar de su carácter alto y rocoso, es importante por contener agua dulce confiable y un ambiente propicio para asentamientos prehistóricos permanentes de al menos un carácter semi-marítimo. Una bahía amplia y semicircular, la de Sebastián Vizcaíno, se forma por las islas, la península de Vizcaíno, el desierto de Vizcaíno bajo y el cuerpo central de la península.

La región de la Giganta-Magdalena. Esta región está delimitada al noroeste por la región del desierto central, y al sureste termina en el bajo istmo de La Paz (figura 7).

La sierra peninsular en esta región es la continuación del sistema volcánico más al norte, con acantilados escarpados orientales en general sobre la costa del golfo y una meseta amplia e inclinada hacia el oeste. Frente a la bahía Concepción está la sierra Zacatecas; de ahí al sur, casi hasta La Paz, la sierra se denomina como la sierra de la Giganta. Sus cimas ocasionalmente alcanzan los 1400 metros de elevación, pero generalmente se encuentran abajo de los 1000 metros.

La costa del golfo está cercanamente bordeada por las montañas peninsulares en su mayor parte, pero hay llanuras estrechas en la zona, como en Loreto y justo al norte en San Bruno. Una serie de amplias bahías se encadenan a lo largo de la costa, pero la muesca más destacada es la bahía Concepción, de aproximadamente 40 kilómetros de largo y casi cerrada por la montañosa península Gavilán o Concepción al este. Esta costa también es notable por sus numerosas islas, incluyendo, de norte a sur, Tortuga, San Marcos, San Ildefonso, Coronados, Carmen, Danzante, Monserrate, Santa Catalina, Santa Cruz, San José y San Francisco. Tanto la isla del Carmen como la isla San José contienen agua dulce.

Al oeste de la sierra peninsular yace la meseta volcánica. En la porción noroccidental de la región de la Giganta-Magdalena, la meseta se extiende hasta la costa del Pacífico y marca el fin meridional del desierto de Vizcaíno. Más al sur, una extensa tierra baja yace al oeste de la meseta: los llanos de Magdalena, los cuales, al igual que el desierto de Vizcaíno, son un lugar relativamente severo para establecer un asentamiento, excepto donde hay agua disponible. Sin embargo, a diferencia del desierto de Vizcaíno, el agua en los llanos de Magdalena se encuentra frecuentemente a poca profundidad. Similarmente, en el área de la meseta volcánica, a pesar de que las tierras altas son marcadamente áridas, algunos de los drenajes delgados, atrincherados y de fondo plano, como el del río de la Purísima y el arroyo de Comondú, contienen agua adecuada, y el entorno es relativamente exuberante. Varios drenajes más que corren al oeste de la sierra de la Giganta llevan estacionalmente agua en cantidad considerable antes de que ésta se filtre dentro del llano de Magdalena.

Cerca de la mitad de la costa de Magdalena está delineada por un sistema interconectado de lagunas de marea, bahías e islas. En el norte, una serie de barras arenosas, estrechas y con tendencia noreste a suroeste, cubren un intrincado sistema de angostas lagunas de marea e islas. La elongada isla Magdalena culmina este sistema, pero contiene unas pocas elevaciones rocosas, en Cabo San Lázaro y en el extremo sur de la isla, al sureste del cabo. Una bahía mucho más grande, la bahía Magdalena, yace detrás de la extensión sur de la isla Magdalena y detrás de la mitad norte de la larga y rocosa isla Margarita, la cual continúa a la isla Magdalena a través de un estrecho canal. Atrás de la mitad sur de la isla Santa Margarita y los arenales de la isla Creciente se encuentra otra bahía de gran tamaño, la bahía Almejas. Bahías protegidas y navegables se extienden así hacia el norte desde la bahía Almejas hasta casi el extremo norte de los llanos de Magdalena. Agua

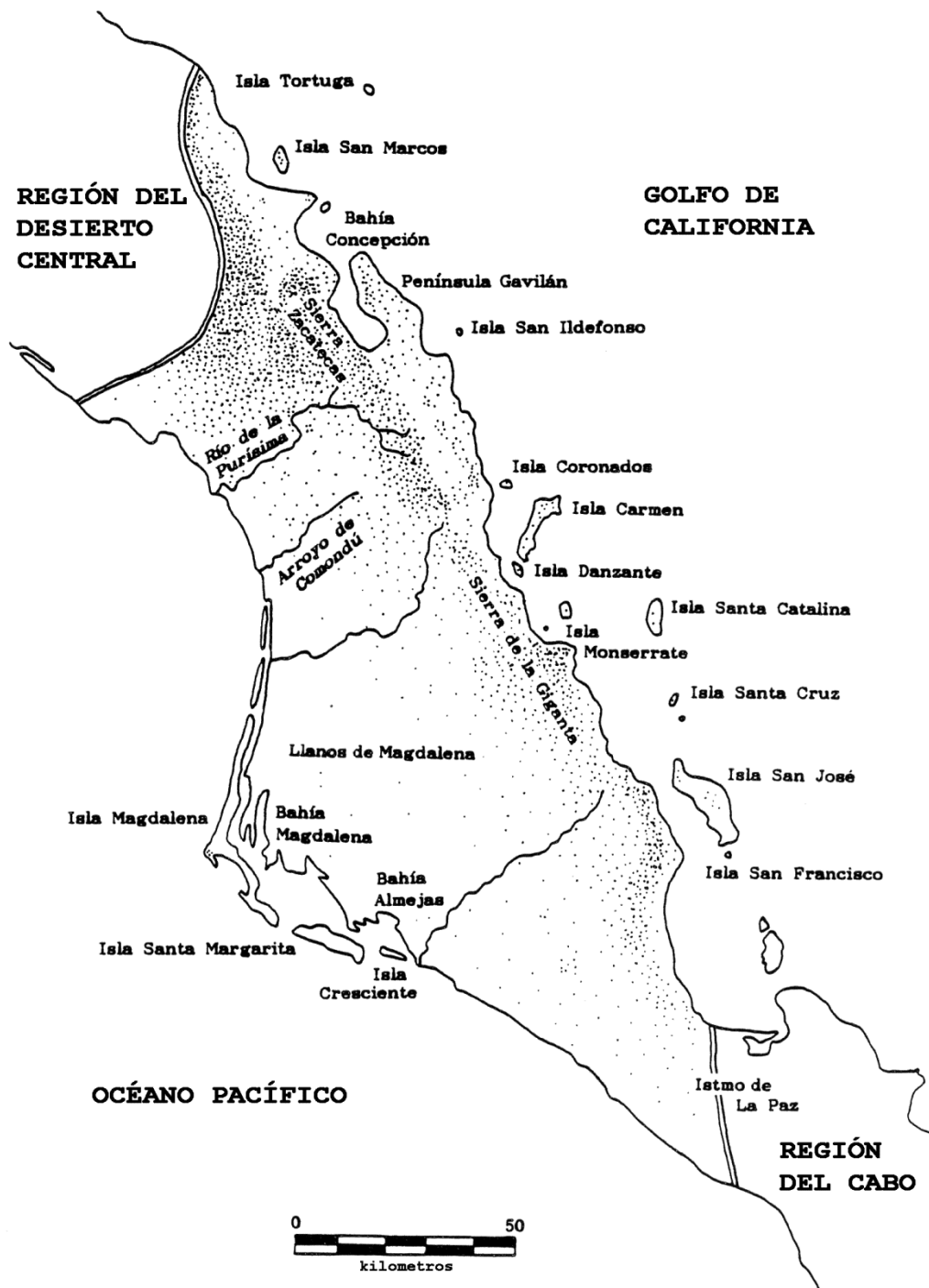


Figura 7. Características físicas de la región de la Giganta-Magdalena.

dulce o salobre yace cerca de la superficie de las dos islas mayores.

La región del Cabo. Esta es la más pequeña de las regiones de Baja California en cuanto a área, pero es notablemente particular en cuanto a topografía (Hammond 1954). Sus límites están definidos por el bajo istmo de La Paz al noroeste y por el océano Pacífico y el golfo de California en todos sus otros lados (figura 8).

Las montañas de la región del Cabo son divergentes de las del resto de la península en dos aspectos: los acantilados escarpados en el Cabo se encuentran del lado del Pacífico, mientras que las pendientes suaves se dirigen hacia el golfo; y la orientación de las cadenas montañosas es generalmente norte-sur, en contraste con la orientación noroeste-sureste en el resto de la principal cadena montañosa de la península.

La sierra más alta y occidental en la región del Cabo es la sierra de la Victoria. La masa meridional principal de las montañas forma una cresta linear aguda, elevándose en ocasiones por sobre los 2000 metros. Sin embargo, hacia el norte la sierra se ensancha, reduce su elevación, y se divide en dos espuelas. La rama occidental de la sierra, bajo una sucesión de nombres incluyendo los cerros de El Triunfo, meseta del Ancón, sierra de la Cacachilas y sierra Riolítica, continúa en dirección norte-noroeste a través de la península de Cacachilas y las extensas islas golfeñas de Espíritu Santo y la Partida. La rama oriental continúa directamente hacia el norte como la sierra de la Boca del Álamo y, a través de la bahía de la Ventana, como isla Cerralvo. Las tres islas de la región del Cabo son inclinadas y rocosas, y carecen de agua dulce permanente. Entre los dos brazos de la sierra de la Victoria se encuentra el valle de los Planes, el cual se drena hacia el norte dentro de la bahía de la Ventana.

Al este de la sierra de la Victoria, la región del Cabo tiene otra sierra mucho más baja y menos escabrosa. Los cerros de la Trinidad y sus pequeños testigos de erosión, los cerros de San José justo al este de San José del Cabo, permanecen bajo los 900 metros de elevación. Dos valles separan la sierra de la Victoria y los cerros de la Trinidad. El más grande, inclinado hacia el sur es el valle de San José, en el cual el río San José colecta aguas tanto de la sierra este como de la sierra oeste. Cerros bajos separan este valle de San José del valle de Santiago, el cual es drenado por el río Santiago y el río Trinidad dentro de la bahía de las Palmas y tiende hacia el noreste.

Al oeste de la sierra de la Victoria, en el norte, se encuentran las tierras bajas del llano de La Paz, limitadas al oeste por el margen de la meseta volcánica de la Giganta-Magdalena pero en efecto una continuación de los llanos de Magdalena a través de la península. Hay presencia de fuentes de agua cerca de la superficie alrededor de la bahía de La Paz en el norte, y en Todos Santos, a una corta distancia pasando el extremo sur del llano. Más hacia el sur, una estribación montañosa se extiende de la sierra de la Victoria hacia la costa del Pacífico.

La línea de costa de la región del Cabo es relativamente recta y limitada por acantilados en la mayor parte de su lado Pacífico, pero al este y al norte de cabo San Lucas hay más variedad, alternándose cabos rocosos y bahías amplias. Después de las pequeñas bahías de San Lucas, San José del Cabo, y los Frailes vienen las bahías mucho más grandes de las Palmas, los Muertos, la Ventana y La Paz. Dentro de la bahía de La Paz, el cordón litoral o barra arenosa de 11 kilómetros de longitud llamado El Mogote prácticamente encierra una bahía más pequeña, la ensenada de los Aripes.

Clima

Entre las características más sobresalientes de Baja California se encuentra su calor y su aridez. Sin embargo, hay una considerable variabilidad, entre el clima bastante húmedo y

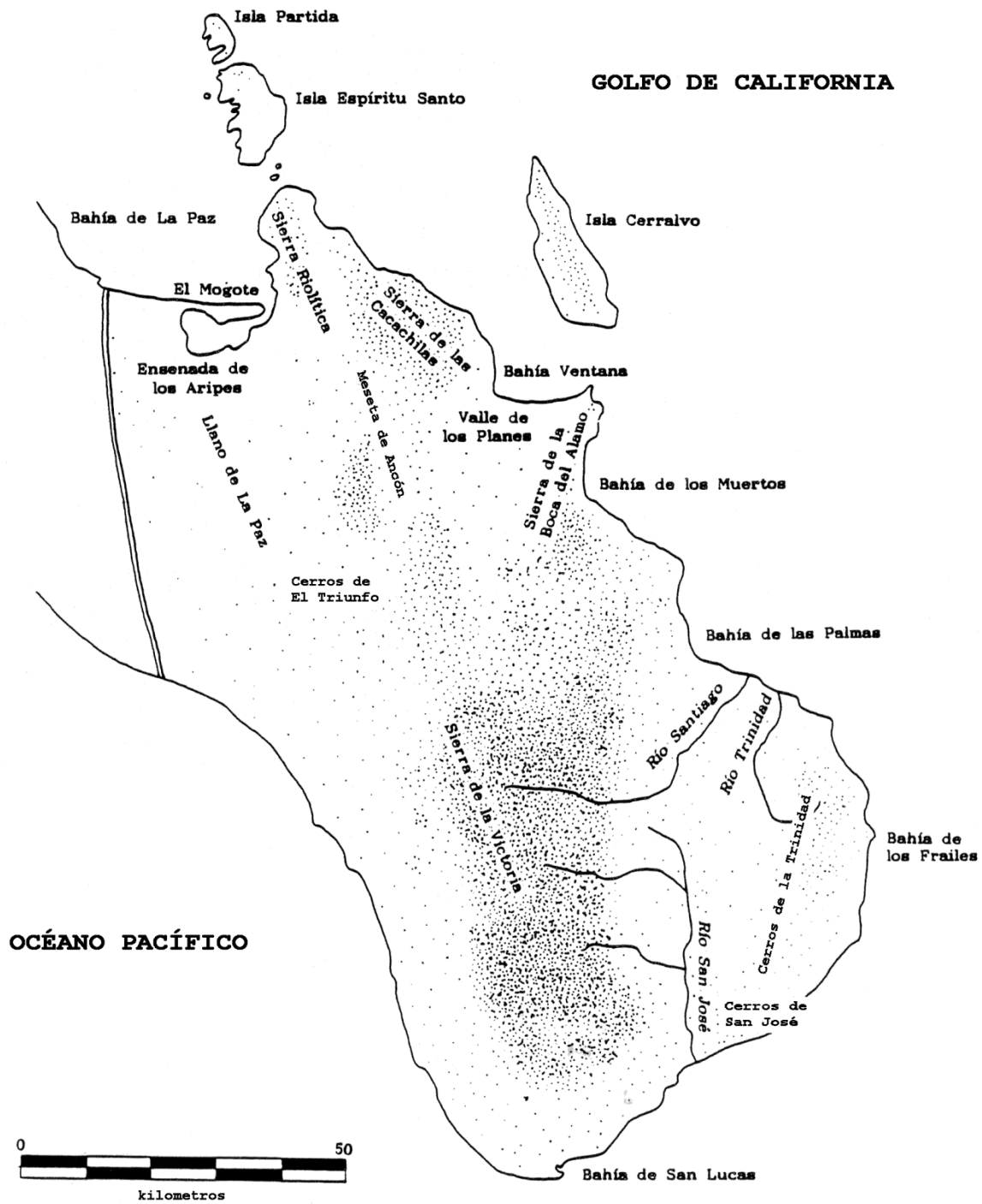


Figura 8. Características físicas de la región del Cabo.

estacionalmente frío de la sierra de San Pedro Mártir y el ambiente tropical del Cabo en el extremo sur.

Las dos costas son notablemente diferentes en cuanto a sus efectos sobre la tierra. La costa Pacífico de Baja California es enfriada por las aguas de la corriente de California, las cuales fluyen hacia el sur, con temperaturas mensuales promedio de 12° a 16° centígrados en enero y 20° a 24° en agosto. Las aguas frías de la costa moderan sustancialmente la temperatura en la costa y en la tierra cercana a ella, produciendo neblina y rocío. En contraste, las aguas del golfo de California son más cálidas, con promedios de temperatura mensuales de 16° a 19° en enero y 28° a 30° en agosto, y poco influyen en enfriar la tierra adyacente (Gierloff-Emden 1964:41). Los promedios de temperatura anuales son más bajos en áreas costeras de la región noroeste, como en Ensenada; la variabilidad es más extrema a elevaciones mayores en la misma región, sobre todo en la sierra de San Pedro Mártir, así como tierra adentro en la región del desierto del Colorado, como en Mexicali (Aschmann 1959:6).

Dos regímenes de lluvia definen el clima de la península. Desde el noroeste vienen tormentas invernales, nombradas localmente como *equipatas*, cuyo impacto principal ocurre sobre la región noroeste, pero que a veces llega hasta el límite sur de la península. La mayor parte del noroeste recibe por lo menos 30 centímetros de lluvia por año, y las cumbres montañosas reciben más de 40 centímetros. Son comunes las nevadas invernales en la sierra de Juárez y la sierra de San Pedro Mártir. Al este de estas montañas, la región del desierto del Colorado se extiende bajo una sombra pluviométrica y recibe menos de 5 centímetros anualmente. Igualmente, la minoría de las *equipatas* alcanzan la región del desierto central, donde la precipitación anual es generalmente de menos de 10, y a menudo inferior a 5 centímetros.

Hasta la mitad de la península, una línea con dirección norte-sur es el límite entre el área noroeste que recibe la mayoría de su precipitación anual en el invierno, y el área en el sureste con lluvias predominantemente al final del verano. En la región intermedia del desierto central, la precipitación pluvial tiende a ser menor en cantidad y confiabilidad. La lluvia al final del verano al sur de la península viene a partir de tormentas tropicales que suben hacia el noroeste por la costa oeste de México. Estas tormentas veraniegas en el sur, localmente llamadas *chubascos*, ocasionalmente llegan hasta la frontera internacional e incluso más allá, pero sus impactos primarios ocurren en las porciones meridionales de la península. La mayor parte de los llanos de Magdalena reciben menos de 15 centímetros de precipitación pluvial anualmente. La sierra de la Giganta y la costa del golfo corren con un poco de mejor suerte, con más de 15 centímetros. La región del Cabo generalmente recibe más de 20 centímetros, y una porción de la sierra de la Victoria en la región del Cabo recibe más de 70 centímetros (Gierloff-Emden 1964:33; Reygadas Dahl y Velázquez Ramírez 1983:47).

Aún más significativo que la baja cantidad total de precipitación pluvial en la mayor parte de la península, es su imprevisibilidad. Las tormentas característicamente dejan caer sus aguas en áreas localizadas y dejan casi sin tocar los lugares cercanos. Cuando esto ocurre, la lluvia es a menudo intensa, produciendo inundaciones y erosión. Muchas áreas, particularmente en la región del desierto central pero no limitadas a ésta, no reciben ninguna precipitación pluvial medible durante años y años.

Las condiciones climáticas sugieren un número de implicaciones acerca de la prehistoria humana de la península. La aridez es claramente un tema dominante. Los asentamientos y actividades humanas debieron de haber dado una consideración importante al aseguramiento de la disponibilidad de acceso al agua para beber. La manipulación intensiva de entornos muy localizados, asociados a la agricultura, habría sido una empresa precaria en la mayoría de las áreas.

Incluso las fuentes naturales vegetales habrían sido altamente impredecibles en una escala localizada, dada la naturaleza errática de la lluvia. Una densidad demográfica extremadamente baja, una movilidad sustancial del grupo, o la organización de un sistema fiable de intercambio de materiales de subsistencia, habrían sido esenciales, particularmente en las porciones centrales de la península. La temperatura por sí misma limitó mucho menos la cultura prehistórica. La vestimenta y los refugios residenciales sustanciales no habrían sido indispensables en la mayor parte de la península. Las temperaturas extremas del invierno se presentaban sólo en las montañas más altas al norte, un área suficientemente pequeña como para que los habitantes prehistóricos la desocuparan estacionalmente en vez de adaptarse a ella durante todo el año.

Geología

La península de Baja California es un fenómeno relativamente reciente en términos geológicos, arrancada de la tierra central mexicana y desplazada alrededor de 700 kilómetros en una dirección noroeste durante los últimos 25 millones de años. Los abruptos declives orientales en la mayoría de las montañas peninsulares reflejan este proceso. Sin embargo, dichos cambios tectónicos vastos y continuos han producido pocas alteraciones visibles en la península durante el breve periodo de ocupación humana. Fallas menores han producido sin lugar a dudas elevaciones pequeñas, depresiones y desplazamientos locales, alterando así los litorales y los cursos de los ríos, abriendo y cerrando manantiales.

La columna de la mitad septentrional de la península es una continuación hacia el sur del batolito del sur de California, compuesto predominantemente por rocas plutónicas (granito, granodiorita, tonalita, gabro, etc.) que se cristalizaron durante la era Mesozoica (230-65 millones de años atrás). Rocas metamórficas (esquisto, gneis, mármol, etc.) derivadas de las rocas sedimentarias y volcánicas tempranas que precedieron la intrusión plutónica están también presentes localmente dentro del área del batolito. Igualmente, el núcleo montañoso de la región del Cabo está compuesto por rocas plutónicas mesozoicas. Las rocas plutónicas habrían suministrado excelentes superficies de rocas de fondo y cantos rodados para la molienda prehistórica piedra-sobre-piedra de materiales vegetales. Diques de pegmatita localizados proveían cuarzo adecuado para ser trabajado en agudas herramientas de piedra, y los relativamente raros cristales euhedrales de cuarzo y otros minerales fueron atesorados por sus supuestos poderes chamánicos por algunos grupos, como se hace notar en el Capítulo VI.

Entre el límite estatal en la mitad de la península y el istmo de La Paz, el núcleo montañoso se compone de rocas volcánicas terciarias y cuaternarias (basalto, andesita, riolita, etc.). Áreas de rocas volcánicas también se dispersan a lo largo de ambos flancos del batolito en el norte. Las rocas volcánicas duras y de grano fino ofrecieron un buen material para la manufactura de herramientas prehistóricas talladas. Era especialmente apreciada la obsidiana, un vidrio volcánico relativamente raro, del cual se conocen por lo menos dos yacimientos en la península y probablemente se encuentre presente en varios otros sitios más también (Bouey 1984).⁵ Los flujos volcánicos y las capas de tobas produjeron un paisaje distintivo, con colinas bajas de material resistente, socavadas por niveles más suaves y erosionados, creando los refugios rocosos que atrajeron la habitación temporal y que protegieron las pinturas rupestres a través de los siglos. También se conocen abrigos rocosos en las áreas plutónicas y sedimentarias, pero son particularmente característicos de la amplia área volcánica.

⁵ Acerca de los yacimientos de obsidiana en Baja California, véase Bowen 2015; Hyland y Gutiérrez Martínez 1995b; Panich et al. 2012.

Afloramientos de rocas sedimentarias del terciario (arenisca, lutita, piedra caliza, etc.), principalmente de origen marino, se encuentran dispersos a lo largo del lado occidental de la península. Ocasionalmente, dichos depósitos contienen sílice criptocristalina (chert, etc.), valioso prehistóricamente para confeccionar herramientas agudas de piedra. Depósitos sedimentarios de conglomerados fueron fuentes potenciales para cantos rodados de rocas volcánicas o plutónicas, también valiosas para la fabricación de herramientas.

Sedimentos más recientes y en gran parte no consolidados, que datan de la era cuaternaria, aún cubren amplias áreas en el desierto del Colorado, el llano de Vizcaíno, el llano de Magdalena y el istmo de La Paz. La permeabilidad de gran parte de esta cubierta aluvial en muchas áreas removió aguas superficiales a profundidades difíciles o imposibles de alcanzar para el hombre utilizando tecnología prehistórica. Donde el agua ha estado disponible, sobre todo en el desierto del Colorado, han sido sustanciales las posibilidades productivas tanto en lo que respecta a los recursos naturales como el desarrollo de la agricultura.

Flora

La flora de Baja California ha sido descrita como nueve comunidades vegetales mayores, y varias asociaciones más localizadas (figura 9). La discusión siguiente se basa primordialmente en resúmenes de Wiggins (1980) y de Coyle y Roberts (1975).

La comunidad de bosque de coníferas, encontrada en las tierras altas de la sierra de Juárez y la sierra de San Pedro Mártir en la región noroeste y en las elevaciones altas de la isla de Cedros en el desierto central, está caracterizada por arbolados abiertos de pinos piñoneros y pino negro. Otros árboles notables dentro de la comunidad incluyen el pino de Murray, el pino dulce o de azúcar, el pino de Coulter, el piñón (*Pinus monophylla*), abeto, cedro de incienso, ciprés de San Pedro Mártir, encino dulce y álamo temblón. También son comunes las áreas cubiertas de hierba. Los piñones y bellotas estaban entre las fuentes de alimentos prehistóricos más importantes en esta región, como se nota en el Capítulo VI.

La comunidad de chaparral se encuentra en la región noroeste, predominantemente al oeste, pero también en el lado este, del bosque de coníferas, en los valles centrales, las áreas de las mesetas y en laderas de las montañas bajas del noroeste. Las plantas características incluyen el chamizo, la manzanita, el encinillo, ceanoto, lentisco, saladito, salvia blanca, lila de California, yerba santa, yuca, artemisa, y castilleja. Las semillas y otras partes de una variedad de especies de chaparral se utilizaron prehistóricamente como fuentes importantes de alimento y medicina.

La comunidad de matorral costero se extiende al oeste de la comunidad de chaparral, entre la frontera internacional y El Rosario. Especies representativas incluyen trigo sarraceno, cacto aterciopelado, liga, quelite, siempreviva, y agave. La última de éstas fue una fuente prehistórica mayor de alimentos.

Al este de la sierra de Juárez y la sierra de San Pedro Mártir, la región del desierto del Colorado estaba ocupada por la comunidad vegetal desértica micrófila. Esta se extendía hacia el sur a lo largo de la costa del golfo dentro del desierto central hasta bahía de las Ánimas. Las especies dominantes son gobernadora y chicura; también son característicos ocotillo, palo verde, falo palo fierro, torote y varios tipos de cactus. En el área del delta del río Colorado son comunes el mezquite y otras especies de tierra más húmeda, todos los cuales en tiempos prehistóricos fueron importantes para la subsistencia.

La comunidad desértica sarcófila cubre la parte más austral del noroeste y la mayoría de la región del desierto central, siendo exclusiva de la costa del golfo y la sierra de Guadalupe. Agave,

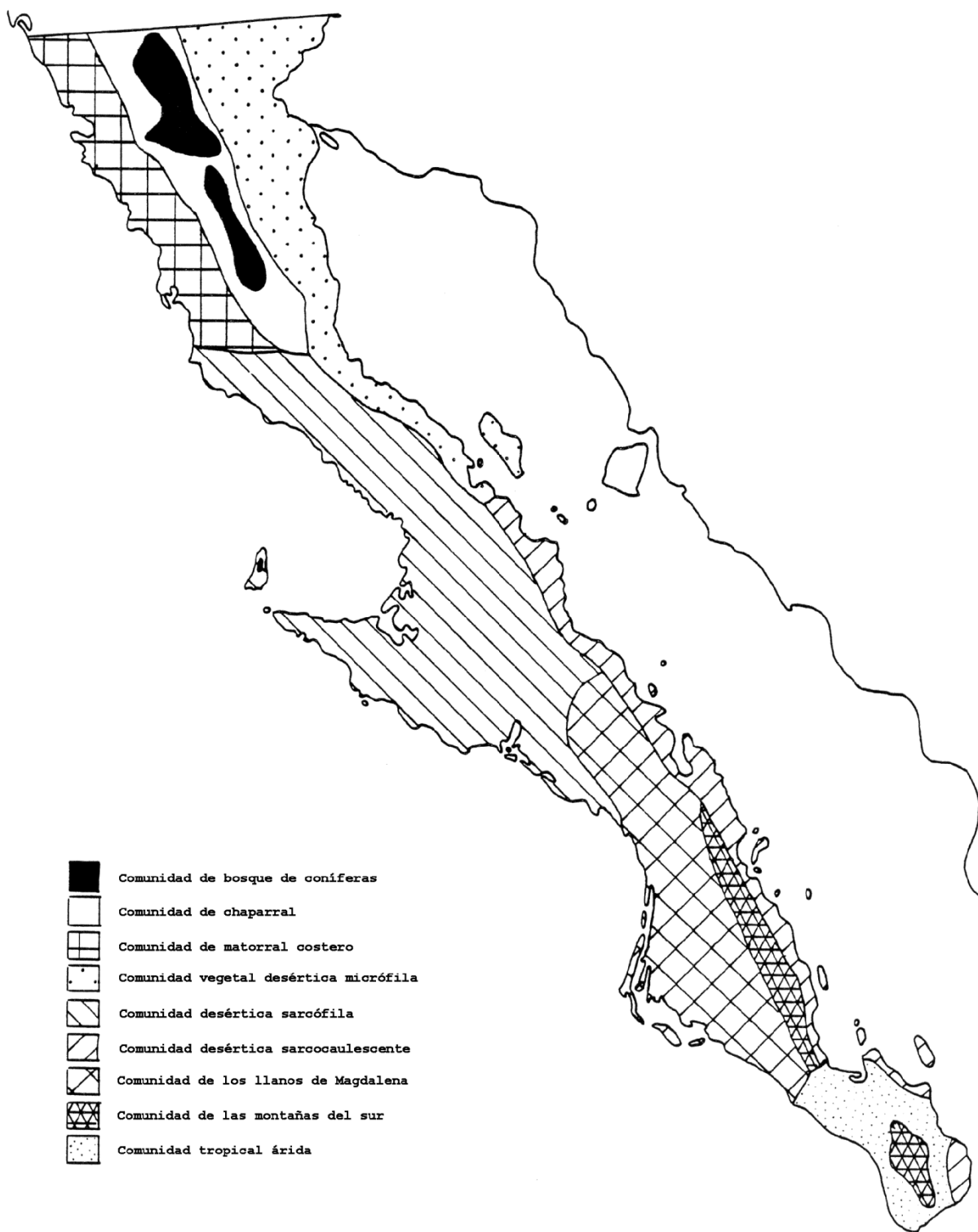


Figura 9. Comunidades vegetales de Baja California.

chicura, yuca, cirio, torote, pitahaya, planta de sal, manzano del desierto, cholla, cardón, acacia y liquen son característicos. Dunas de arena, salinas, y una extrema aridez general adelgazan la cubierta vegetal en esta comunidad. La pitahaya fue una fuente preeminente de alimento en la región del desierto central, así como más hacia el sur.

La comunidad desértica sarcocauléscente domina la mayor parte sur de la costa meridional del golfo, extendiéndose continuamente casi hasta La Paz y en pequeños parches en la región del Cabo entre la península de Cacachilas y la bahía de la Ventana, y alrededor de los cerros de El Triunfo. Predominan el torote, copal, lomboy, palo verde, cardón, cirio, palo fierro, ocotillo, gobernadora, hierba del bazo, ambrosía, flor de cera y choya.

La comunidad de los llanos de Magdalena incluye el área occidental al oeste de la sierra de la Giganta, extendiéndose al norte para incluir la sierra de Guadalupe. Plantas notables en esta comunidad son el palo blanco, la pitahaya, el cardón, la choya, el mezquite, el palo verde, el palo Adán, el torote, el lomboy y el liquen.

La comunidad de las montañas del sur se encuentra presente en las áreas altas de la sierra de la Giganta y en la sierra de la Victoria en la región del Cabo. Ahí se encuentran el piñón, el encino, las palmas abanico, el lentisco, el madroño, la pitahaya, el palo blanco, el palo fierro, varias especies de *Acacia*, el mezquite, varias especies del género *Cassia*, el palo verde, y una variedad de cactus del género *Opuntia*.

La comunidad tropical árida incluye la mayor parte de la región del Cabo, excluyendo las porciones de la costa del golfo y la parte alta de la sierra de la Victoria mencionadas arriba. Especies características incluyen palmas, ciruelo, palo verde, palo blanco, cardón y otros cactus.

Una gama de comunidades más localizadas y botánicamente significativas también podrían ser distinguidas en varias partes de la península. Estas podrían incluir comunidades de duna de arena costera, marismas salobres costeras, ciénegas de agua dulce, acantilados marinos, manglares, y de lagunas temporales.

Nelson (1921:121-132) presentó una clasificación geográfica más vieja de la península de Baja California que denomina como zonas de vida. Las zonas Canadiense y Transición corresponden esencialmente con la comunidad de bosque de coníferas discutida arriba. La zona Sonorense Alta corresponde a las comunidades de chaparral y matorral costero, con la suma además de pequeñas áreas en la isla de Cedros y la sierra de la Victoria. La zona Sonorense Baja incluye la región del desierto del Colorado, los tres cuartos septentrionales de la región del desierto central, y las mesetas de la sierra de la Giganta y la región del Cabo, abarcando así la totalidad o partes de las comunidades desierto micrófilo, desierto sarcófilo, desierto sarcocauléscente, y montaña del sur. El resto de la península sur, incluyendo la mayor parte de la región del Cabo, la región de la Giganta-Magdalena y una parte de la región del desierto central, son clasificadas dentro de la zona de vida Árida Tropical, correspondiendo a la mayor parte de las comunidades vegetales de llanos de Magdalena y tropical árida, así como a porciones de las comunidades desierto sarcocauléscente y desierto sarcófilo.

Mientras que un gran número de comunidades vegetales son geográficamente distinguibles dentro de la península, muchas especies muestran una gran variedad de distribuciones más allá de los confines de comunidades particulares. Esto también aplica a plantas señaladas etnográficamente como importantes fuentes de alimento nativo en el pasado (a pesar de que en el registro de sus posibles distribuciones se puede cometer una injusticia con la gran variabilidad en sus números y productividad dentro de dichas zonas). Varios tipos de encinos de se encuentran presentes en las regiones del noroeste, desierto central septentrional, isla de Cedros, sierra de la Giganta, y del Cabo. Se encuentran la agave, el mezquite y la pitahaya en las regiones del noroeste,

desierto del Colorado, desierto central, Giganta-Magdalena y del Cabo. No parecen haber existido en la península barreras fitogeográficas agudas que limitasen la propagación de poblaciones humanas o culturas adaptadas a sistemas particulares de recursos.

Las barreras entre la península y las áreas exteriores hacia el norte y al este también parecen no existir. Una península desértica estrecha parece ser un lugar ideal para un nivel bastante alto de endemismo vegetal (Coyle y Roberts 1975:11). Sin embargo, de acuerdo a Wiggins (1980:26), la proporción actual de la flora de Baja California que es exclusiva a la península es relativamente baja: 2.2% de los géneros de Baja California son endémicos, en comparación con el 6.6% de los géneros en la vecina provincia florística de California; 23.2% de las especies peninsulares son endémicas, en comparación con el 47.7% de las especies de California. La flora compartida para la región del noroeste es primariamente con California; para la región del desierto del Colorado en Baja California, con el mismo desierto en el sureste de California, Arizona y el noroeste de Sonora; para gran parte de la costa del golfo, con la costa de Sonora frente a ella; y para el extremo sur, con México occidental y central.

Fauna

Baja California nativa tenía una población considerable y variada de animales que suministraban carne y materiales a sus poblaciones humanos. La zonificación de fauna en la península (Nelson 1921:118) generalmente corresponde a las comunidades vegetales. Dichas divisiones de fauna son por lo general incluso más tenues que las de flora, y los animales característicos quizás pueden ser mejor considerados en referencia a la península como un todo, con limitaciones distribucionales significativas señaladas como apropiadas. La siguiente discusión está basada en Nelson (1921).

En el caso de los mamíferos, se reportan en la península 51 géneros y 166 especies y subespecies. Los grandes mamíferos terrestres, aptos para la cacería, incluyen venado bura, borrego cimarrón y berrendo. Los carnívoros incluyen puma, gato montés, lince, coyote, zorra gris, y zorra del desierto. Los mamíferos más pequeños incluyen tejón, castor, zorrillo, liebre, conejo, rata canguro, rata cambalachera, ratón del desierto, ratón de patas blancas y ardilla antílope; las liebres y los conejos fueron sin lugar a dudas particularmente importantes para los aborígenes. Los mamíferos marinos incluyen ballena, marsopa, elefante marino, lobo marino y nutria marina.

Los reptiles están representados por 39 géneros y 102 especies y subespecies, mientras siete géneros y ocho especies de anfibios están presentes. Además de las lagartijas y culebras, las tortugas marinas son señaladas como una fuente nativa de alimento especialmente valiosa. Sobre las aves terrestres se dice que suman un total de 142 géneros y 286 especies, mientras que las aves acuáticas añaden adicionalmente 100 géneros y 142 especies. Tanto especies residentes como migratorias están presentes, aunque Baja California se sitúa al oeste de las mayores rutas migratorias de aves en Norteamérica.

Los peces son abundantes a lo largo de la costa del Pacífico y del golfo. Varias especies de peces de agua dulce estaban disponibles primitivamente en el río Colorado, y una especie de trucha está presente en por lo menos uno de los ríos en el noroeste (Nelson 1921:80).

Existen innumerables géneros y especies de invertebrados. Sobre tierra, los artrópodos fueron sólo ocasionalmente fuente importante de alimento. Sin embargo, hay abundante evidencia arqueológica de que los invertebrados marinos de ambas costas fueron fuentes de comida muy importantes. Las temperaturas cálidas del agua en el alto golfo de California en comparación con la misma latitud en la costa del Pacífico significan que los habitantes de la porción septentrional

de la península habrían tenido acceso a dos faunas distintas de mariscos en las dos costas.

Cambios prehistóricos en el ambiente

La discusión anterior sobre la geografía de Baja California representa, en efecto, la descripción de un “presente etnográfico”, una imagen basada esencialmente en las primeras observaciones del siglo XX, con algunas correcciones hechas para alteraciones ambientales que se sabe han ocurrido durante el periodo histórico. Sin embargo, el ambiente natural de Baja California ciertamente no fue constante a lo largo del periodo prehistórico. Ocurrieron tanto alteraciones naturales como provocadas por el hombre. Algunas alusiones sobre los impactos humanos aparecen en los últimos capítulos, pero el problema de las variaciones naturales merece ser discutido aquí.

Los últimos 10.000 años abarcan al menos la parte la más documentada de la prehistoria de Baja California. Los cambios del medio ambiente más tempranos ocurridos durante el curso del Pleistoceno eran sustancialmente más dramáticos, pero su conexión a la prehistoria actualmente conocida de la península es demasiado problemática para justificar una revisión detallada de ellos aquí.

Nivel del mar. Uno de los cambios ambientales de importancia para la reconstrucción de la prehistoria de Baja California durante finales del Pleistoceno y el Holoceno es la variación en el nivel del mar. Este fue un fenómeno complejo, relacionado en instancias específicas no sólo con el derretimiento de los glaciares continentales y la liberación de su agua contenida sobre los océanos del mundo sino también con elevaciones o hundimientos tectónicos locales, la elevación isostática de regiones deshieladas, y la depresión isostática de plataformas continentales sumergidas. Baja California está bastante al sur de las partes de Norteamérica que estaban congeladas, y algunas de sus áreas costa afuera descienden abruptamente en vez de formar plataformas amplias. Sin embargo, también había áreas de plataformas bastante amplias, y Baja California se localiza en una zona inestable tectónicamente, asociada a la juntura de las placas de Norteamérica y Pacífico. Por lo tanto el potencial de una elevación o depresión local de la tierra complica el empleo de curvas de cambios del nivel del mar mundiales con la costa peninsular. No se han hecho estudios específicos para reconstruir las paleocostas de Baja California.⁶

Se han propuesto varios modelos competitivos para los cambios mundiales en el nivel eustático del mar durante los últimos 15,000 años (por ejemplo, Berger 1983:54; Bickel 1978; Searle y Woods 1986:299). Al parecer existe un consenso bastante general en reconocer un rápido aumento en el nivel del mar entre aproximadamente 15,000 y 6,000 a.P., de quizás 130 metros bajo el presente nivel medio del mar a 10-20 metros bajo el nivel actual. En Baja California, dado lo abrupto de sus costas, los niveles del mar reducidos en el pasado implicaron diferencias menos radicales en la geografía pretérita en comparación con muchas otras áreas del mundo, pero las diferencias en términos del ambiente humano, no obstante, fueron sin duda considerables. La figura 10 ilustra los efectos de una disminución de 100 metros en el nivel del mar en la costa de Baja California, dada una superficie terrestre estable. En dicho escenario, la mayoría de las islas del presente estarían conectadas a la península, con la notable excepción del grupo del golfo medio (islas Ángel de la Guarda, San Lorenzo, San Esteban y otras), las cuales están separadas de la península por profundas depresiones. Arqueológicamente, la elevación de los niveles del mar

⁶Para un análisis de los cambios en las condiciones prehistóricas costeras en las zonas adyacentes en California, véase Masters y Aiello 2007.

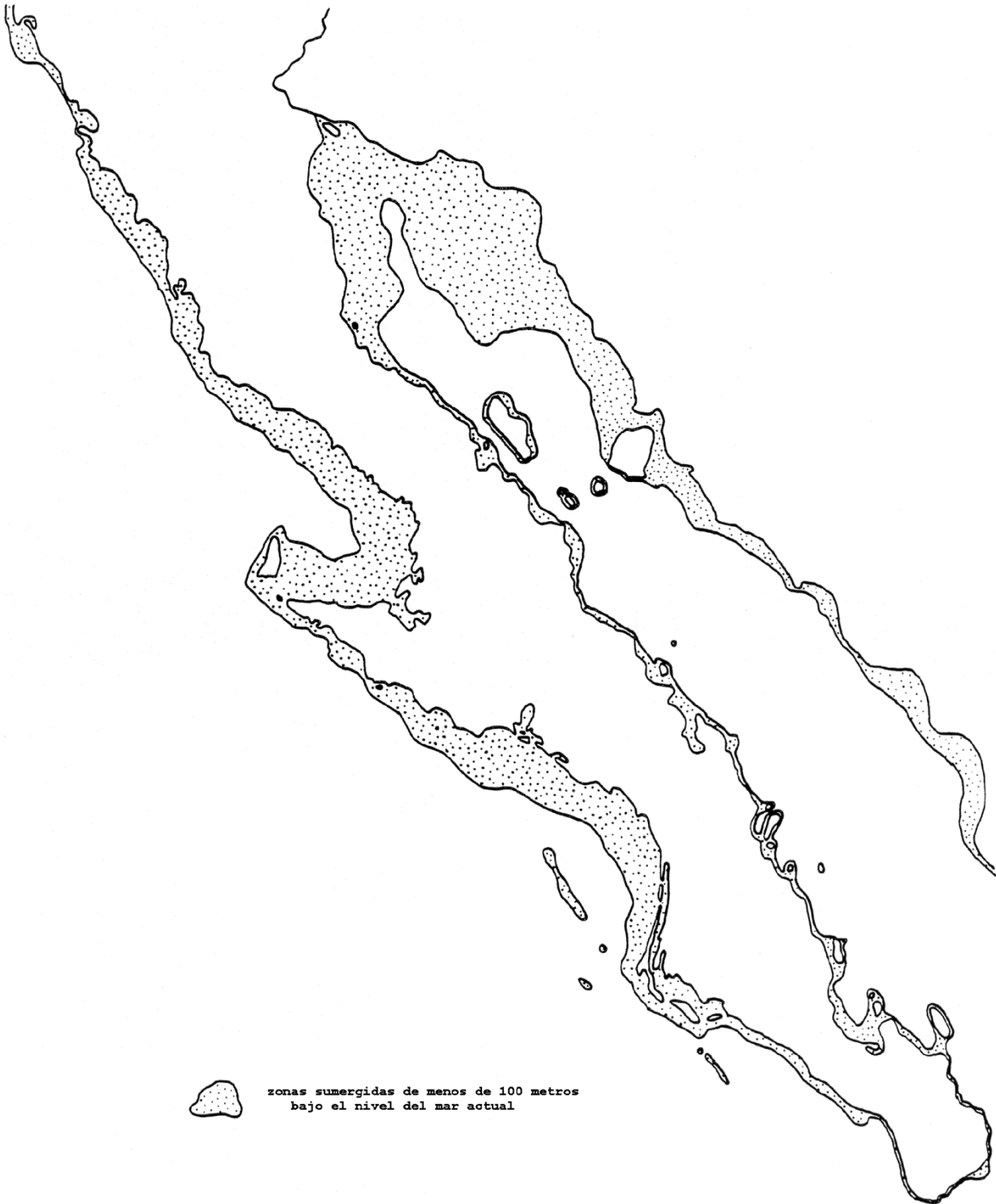


Figura 10. Litoral hipotético de Baja California con 100 metros menos en el nivel del mar.

implica que la mayor parte del registro de milenios tempranos de prehistoria costera se encuentra sumergido o ha sido destruido.

Del Holoceno medio a Holoceno tardío, hay menos consenso respecto a los patrones mundiales de cambios en el nivel del mar. Por una parte, existen reconstrucciones que proyectan un ligero aumento en el nivel del mar entre hace 6,000 años y el presente. Otras interpretaciones apelan a fluctuaciones sustanciales, con uno o más periodos de nivel del mar arriba de los tres metros sobre el nivel actual. El último punto de vista, si se adopta, tendría cierta importancia para la interpretación de algunos depósitos de basura prehistóricos cercanos a la costa.

Cambio climático. El conocimiento de los cambios climáticos durante el Holoceno es de gran importancia para reconstruir e interpretar la prehistoria de Baja California. Hasta la fecha, sin embargo, poco estudio del problema ha sido llevado a cabo.

Los modelos y las reconstrucciones mundiales para áreas adyacentes son guías importantes, pero dichos estudios por sí mismos no son más que tentativos y sujetos de disputa, y su extrapolación a la península es arriesgada. En un modelo basado en cinturones de viento en el hemisferio norte, se piensa que los periodos glaciares estuvieron asociados con precipitaciones más abundantes que las actuales en un cinturón entre los 12° y 45° latitud norte, lo cual abarcaría Baja California (Flint 1971:419). Para California central y septentrional, el uso de una variedad de indicadores paleoclimáticos ha sugerido a algunos investigadores una historia climática compleja del Holoceno con 15 subdivisiones, basada en varias combinaciones de condiciones frías o calientes y húmedas o secas (Moratto et al. 1978:149). En términos generales, se propone una tendencia al calentamiento entre 10,000 y 3,000 a.P., seguida por una tendencia al enfriamiento desde 3,000 a.P. hasta el presente. Otros estudios enfatizan la moderación de la variación climática en la costa de California, incluso durante el máximo glacial (Johnson 1977:154).⁷

En general, dichos estudios sugieren varias conclusiones tentativas en lo que respecta a la prehistoria de Baja California. La península pudo haber tenido un ambiente un poco más húmedo, y por lo tanto más favorable al asentamiento humano, al final del Pleistoceno. Desde aquel tiempo parece que haber habido periodos de calentamientos y desecación sustanciales, quizás con picos de calor y aridez más severos que los actuales. Sin embargo, no existen indicios de condiciones tan extremas como para que la ocupación humana de la península se haya interrumpido por completo.

Cambios en fauna y flora. Los cambios en las comunidades vegetales están cercanamente relacionados con la cuestión de los paleoclimas. Usando la evidencia de nidos de rata, se ha sugerido que hubo un cambio más o menos sincrónico de comunidades de bosque a comunidades de matorral desértico o pastizales en los desiertos Chihuahuense, Mojave y Sonorense alrededor de 8,000 años a.P. (Van Devender 1977:189). Sin embargo, dichos estudios no han incluido el área de Baja California.⁸ La península tiene notablemente menos configuración continental que los otros desiertos y puede, por lo tanto, haber sido menos susceptible a dichos cambios.

La discusión sobre cambios en la fauna también está estrechamente vinculada a cambios en el clima y la vegetación, así como al continuo debate sobre el posible papel humano en la extinción de la megafauna del Pleistoceno tardío (Martin y Klein 1984). La presencia de restos rancholebreanos, incluyendo mamut, bisonte, camello y caballo, ha sido advertida en posible contexto arqueológico en el área de Comondú (Massey 1947:352, 1961a:416, 1966b:44).⁹

⁷ Condiciones del Pleistoceno tardío y del Holoceno en California también se discuten en West et al. 2007.

⁸ Para un estudio que incluye datos de Baja California, véase Wells (1976).

⁹ Véase también Guía Ramírez y Oviedo García 2011, 2012; Guía et al. 2013.

Cambios en el delta del río Colorado. Varios otros cambios ambientales más localizados se han observado en la península (por ejemplo, Arnold 1957). De estos, alteraciones relativamente recientes y dramáticas en la región del desierto del Colorado, en la forma de cambios en el bajo curso del río Colorado, merecen consideración particular. Dentro del delta al sur de Yuma, Arizona, durante el periodo prehistórico pero antes del inicio de manipulación sustancial moderna del curso del río, su canal principal canal cambió su curso varias veces (por ejemplo, Sykes 1937:38). Es razonable suponer que cambios similares ocurrieron a lo largo del periodo prehistórico, con efectos importantes en el modo de vida de los habitantes nativos del delta. Sin embargo, cambios mayores también ocurrieron, principalmente por la desviación de las aguas del río Colorado hacia el norte, dentro de la cuenca del mar Salton.

Tectónicamente, la cuenca del mar Salton es una extensión del golfo de California, separada de este por un cono deltaico de sedimentos que el río Colorado ha ido construyendo gradualmente al oeste de Yuma. Cuando el cono sedimentario fue terminado en el oeste hacia el cerro Prieto y la sierra Cucapá, se bifurcó en dos brazos: uno bajando hacia el sur desde la línea de la cima Yuma-cerro Prieto hasta la cabeza del golfo de California, y el otro bajando en dirección norte hasta la cuenca del Salton (los valles de Coachella e Imperial-Mexicali). La división temporal y accidental del flujo entero del río Colorado hacia la ladera norte en 1905-1907 resultó en la formación del mar Salton. Desviaciones naturales parciales produjeron canales y lagunas efímeras en la misma región en el siglo XIX.

Hay amplia evidencia geológica y arqueológica de que las desviaciones naturales completas y prolongadas del río Colorado hacia el norte ocurrieron prehistóricamente, formando un inmenso lago de agua dulce, generalmente conocido como lago Cahuilla, con una elevación superficial de 12 metros.¹⁰ El lago Cahuilla estaba principalmente localizado en el sur de California, pero se extendía todavía más hacia el sur hasta el cerro Prieto, aproximadamente 30 kilómetros al sur de la frontera internacional. Los cálculos de Weide (1976) y Wilke (1978) indican que, bajo las condiciones modernas (naturales) del volumen y la evaporación del río, algo más que la mitad de su volumen de flujo en el lago Cahuilla habría estado disponible para desaguar al sur del cerro Prieto hasta el golfo, manteniendo así una orilla razonablemente estable y un lago de agua dulce, así como un río en el delta meridional por lo menos durante parte del año. Bajo esas mismas condiciones, se ha estimado que el relleno del lago hubiera tomado aproximadamente de 12 a 20 años, pensando en que toda la desviación del río Colorado se vaciara dentro de él, y que la evaporación del lago hubiera tomado cerca de 60 años, suponiendo la desviación completa del río apartándose del mismo.

La cronología del lago Cahuilla (así como la de sus posibles predecesores del Holoceno en la cuenca del mar Salton) es aun altamente incierta. Basándose parcialmente en los datos cruzados de los sitios arqueológicos a la orilla del lago Cahuilla con restos mejor documentados en el suroeste, Rogers (1939:4, 1945:191) estimó la última situación del lago con una duración desde 1000 d.C. hasta 1450 d.C. Wilke (1978:45-58) revisó evidencia radiométrica, histórica y etnográfica y distinguió tres “intervalos lacustres” durante los últimos 2000 años, en los periodos de 100 a.C. a 600 d.C., 900 a 1200 d.C., y 1300 a 1500 d.C., siendo un “intervalo lacustre” un tiempo que implica uno o más llenados del lago. Waters (1983) usó evidencia estatigráfica y radiocarbónica adicional para argumentar cuatro intervalos lacustres durante los últimos 1200 años, en los periodos 700-890, 950-1150, 1210-1400 y 1430-1530 d.C.

¹⁰ Importantes avances se han hecho en el estudio de Lake Cahuilla desde 1987. Estos incluyen la identificación de una fase final de un lago en el siglo XVII, así como anteriores episodios lacustres. Ver, por ejemplo, Laylander 1995a, 1997a, 2006a; Love y Dahdul 2002; Schaefer y Laylander 2007:250-251.

Estos estudios aún no precisan convincentemente la cronología del llenado y secado del lago, incluso durante el último periodo prehistórico. Una crítica detallada de las líneas de evidencia disponibles sobre este tema está fuera del alcance del presente trabajo. Sin embargo, varios puntos generales parecen haber sido establecidos. Hubo más de una disposición del lago durante el último periodo prehistórico. Probablemente los recursos importantes para las adaptaciones humanas estaban asociados con dichas disposiciones (Wilke 1978:39-42). Hubo una inestabilidad en las condiciones ambientales esencialmente afectando las adaptaciones humanas tanto en la cuenca del Salton como en el bajo delta del río Colorado en una escala de tiempo intermedia.

En una escala geográfica menor, un caso similar a la historia del cambio ambiental en la cuenca del Salton es suministrado por la cuenca Pattie (Laguna Salada, Laguna Macuata), un brazo del bajo delta del río Colorado al oeste de la sierra Cucapá (MacDougal 1907; Pérez Bastidas 1982).¹¹ La cuenca Pattie se encuentra más hacia el sur dentro del delta del río Colorado y presumiblemente fue un brazo de golfo de California posterior a la cuenca del Salton, permaneciendo conectada hasta el extremo del cono deltaico haciendo contacto con el margen septentrional de la sierra Pinta. La tierra franja de que separa la cuenca Pattie del golfo es todavía muy baja; mareas altas a veces desvían agua marina del golfo a su interior.

El agua del río Colorado, fluyendo en su canal occidental, el río Hardy, también ha sido intermitentemente desviado de manera natural hacia el oeste dentro de la cuenca Pattie durante el periodo histórico, formando un lago de agua dulce poco profundo y efímero, llamado laguna Macuata. Sitios arqueológicos en evidente asociación con las orillas de la laguna Macuata indican que este rasgo fue de cierta importancia en el periodo prehistórico. Sin embargo, aún no se ha establecido claramente cuándo, y si estas ocupaciones se relacionan con un lago de agua dulce o con un brazo del golfo, o si cuándo las varias orillas existieron. La boca estrecha de la cuenca Pattie sugiere que, a diferencia del lago Cahuilla, la laguna Macuata nunca tuvo canales separados de entrada y salida de flujo. A su vez esto sugiere que la existencia del lago probablemente ha sido de corta duración, llenándose la cuenca superficial rápidamente pero regresándose el agua del río Colorado hacia sus canales normales orientados al sur.

Extensiones

La utilidad potencial del conocimiento geográfico de Baja California para la reconstrucción de la prehistoria de la península no se ha agotado por la breve orientación presentada aquí. Tampoco esa utilidad está limitada al ámbito del conocimiento actual de la península. Unas cuantas vías de potenciales futuras investigaciones geográficamente orientadas de las que se espera avancen el entendimiento de la prehistoria de Baja California se observarán brevemente en lo que sigue.

Un grupo de estrategias geográficas viables para la prehistoria se centrará en mayor determinación del alcance de las fuentes de la península y las restricciones que se han impuesto sobre las actividades humanas prehistóricas. Por ejemplo, los patrones geográficos de la disponibilidad geológica de fuentes líticas particulares, sobre todo de obsidiana, son poco conocidos actualmente. Inventariar y caracterizar químicamente las áreas fuentes de obsidiana de la península podría ser una contribución sustancial en el desarrollo de conocimiento del registro arqueológico prehistórico del área, en particular en lo tocante a sistemas de cronología e intercambio, como se discuten en el Capítulo VII. Otro ejemplo, la información cuantitativa de los recursos naturales vegetales y animales disponibles en Baja California podrían ser usados para

¹¹ Véase Laylander et al. 2016.

desarrollar modelos de subsistencia prehistórica, estacionalidad, asentamiento y demografía. Dichos modelos podrían entonces ser probados contra la evidencia etnográfica y arqueológica disponible, tanto para evaluar lo último como para explorar los procesos de toma de decisiones reflejados en los modos de vida nativos.

Otro grupo de estrategias de investigación geográfica para la prehistoria tienen que ver con la reconstrucción del cambio ambiental durante el periodo de ocupación prehistórica. Como se ha señalado arriba, se ha hecho muy poco trabajo para determinar los patrones generales de cambio prehistórico en nivel del mar, clima, flora y fauna. Tanto los métodos geológicos, oceanográficos y paleontológicos generales como técnicas especializadas de análisis de polen, anillos de árbol e isótopos de oxígeno están disponibles para dirigir estas preguntas. Cuestiones localizadas sobre cambio ambiental, que incluyen esencialmente pero no están limitadas a las historias hidrográficas de la cuenca del Salton y la cuenca Pattie, también esperan estudios más profundos que podrían alterar sustancialmente nuestro entendimiento de las centurias y milenios precedentes.

III – ORIENTACIÓN HISTÓRICA

La Baja California del periodo histórico es, por sí misma un tema digno de consideración antropológica. Este es el caso para las experiencias tanto en lo que respecta a su población nativa progresivamente aculturada, enclavada o extinguida, como para su lentamente creciente flujo de extranjeros que explotaron y se adaptaron a este paisaje. Ningún estudio integral que contemple de esta manera la historia de Baja California ha sido publicado, aunque varias historias útiles se encuentran disponibles. Hubert Howe Bancroft, en un trabajo sobre la historia del norte de México (Bancroft 1884), incluyó capítulos sobre Baja California que para su tiempo fueron eruditos, pero que en la actualidad son obsoletos. Pablo L. Martínez (1956) escribió una historia detallada y integral sobre la península, pero este trabajo fue a menudo acrítico y carente de una estructura de documentación académica. Una compilación más reciente de capítulos realizada por diferentes autores (Piñera Ramírez 1983) está más actualizada, aunque se enfoca principalmente en la parte norte de la península y en el último siglo de su historia. Un libro por Walther Meade (1983b) también estuvo limitado a un ámbito tardío y septentrional. Zephrein Engelhardt, un franciscano, escribió un reporte detallado pero demasiado parcial sobre la historia del periodo misional en la península (1929). Un jesuito, Peter Masten Dunne, escribió una narración del periodo jesuito, sustancialmente mejor, pero también parcial (1952). De manera general, los mejores exámenes críticos del periodo histórico se encuentran en los numerosos estudios cortos y más concentrados en algún punto específico.¹²

El presente capítulo no intenta, incluso dentro de su limitada extensión, ser un bosquejo exhaustivo de la historia de Baja California, ni tampoco un análisis antropológico de dicha historia. En vez de ello, el interés aquí es el periodo histórico como un medio a través del cual, de una manera u otra, toda la información sobre la prehistoria peninsular ha pasado.

En el caso de los varios tipos de evidencia física que ha sobrevivido desde el periodo prehistórico, estos restos han sido preservados selectivamente o destruidos, descubiertos o pasados por alto, en patrones que están directamente relacionados con la sucesión de usos históricos y modernos en los que la península ha sido ubicada. Considerar los sesgos que ha introducido la supervivencia y el descubrimiento selectivos en el registro de los restos físicos, es un paso importante para interpretar dicho registro.

Incluso de manera más importante, mucha de nuestra mejor información sobre la cultura prehistórica, el lenguaje y la biología humana de la península se deriva por extrapolación de las culturas nativas, sus lenguas y la gente que fue observada ahí durante el periodo histórico. La evaluación efectiva de dichas extrapolaciones depende de dos factores. Primero, es necesario algún conocimiento de las vías en las que el fenómeno ya ha sido alterado desde las condiciones anteriores prehistóricas, por procesos de cambio peculiares al periodo histórico en el momento en que fueron observados y registrados. En segundo lugar, es necesario tener en cuenta las formas en que las limitaciones en la perspectiva de las personas que realizaron los registros históricos –sus expectativas, entrenamiento, intereses adquiridos y centros de atención– sesgaron su registro de los fenómenos en cuestión.

¹² Muchos relatos históricos de los diversos aspectos de la historia de Baja California han aparecido desde 1987 en artículos de revistas y en volúmenes editados con capítulos escritos por diversos autores. Entre las visiones generales de interés en el presente contexto, véase Crosby 1994; Río 1990, 2004; Rodríguez Tomp 2002.

Este capítulo no intenta terminar definitivamente incluso estas limitadas metas. Parece razonable decir que a la par de los factores geográficos, la investigación y el análisis histórico son por sí mismos, indirectamente, una estrategia mayor para elucidar la prehistoria de la región. Este capítulo establece el escenario para la consideración de varios tipos de evidencia sobre la prehistoria de Baja California. De manera particular, se bosquejan los eventos importantes que han alterado las condiciones aborígenes y se identifican en sus contextos históricos fuentes principales de información etnohistórica.¹³ Proporcionalmente, se da más espacio a los periodos más tempranos sobre los más recientes, tanto porque los cambios modernos en la sobrevivencia de las culturas nativas son actualmente un problema menos importante en la interpretación del registro etnográfico para esta región, como por el hecho de que las fuentes especializadas modernas de información antropológica que contemplan la prehistoria se introducen convenientemente de manera separada en los capítulos que siguen.

De Cortés a Kino (1533–1697)

La prehistoria comenzó a dar paso a la historia en Baja California en los siglos XVI y XVII. Durante este periodo, los exploradores españoles se encontraron con la península y comenzaron a explorar a lo largo de sus costas, mientras que los empresarios trataron de aprovechar algunos de sus recursos costeros. Dos cambios significativos ocurrieron durante estos siglos. Por primera vez, se hicieron reportes escritos sobre la península. Además, una cultura completamente distinta, con nueva tecnología, nuevas organizaciones sociales y nuevas ideas sobre el universo, comenzó a interactuar con los mundos localizados de los habitantes nativos de la península.

Descubrimientos y exploraciones. Los primeros contactos europeos y euroamericanos con Baja California fueron resultado de los esfuerzos del conquistador del centro de México, Hernán Cortés. El estado azteca fue sometido en los primeros años de 1520, y un creciente círculo de otros territorios al sur, oeste y norte rápidamente cayó bajo el dominio español. Las ambiciones personales de Cortés, al principio ampliamente cumplidas, pronto se tropezaron con desafíos más implacables que la resistencia nativa, bajo la forma de las ambiciones en competencia de otros españoles y el deseo de asegurar el control sobre las tierras de la Nueva España por parte de la corona española. Parcialmente bloqueado en el corazón mismo de sus conquistas, la atención de Cortés se dirigió rumbo al oeste, hacia el océano Pacífico, el cual había sido recientemente cruzado por el viaje de Magallanes alrededor del mundo.

Cortés envió varias expediciones hacia el lado oeste de la costa Pacífico de la Nueva España. Una de las embarcaciones involucrada en dichas exploraciones, despachada en 1533, estaba capitaneada por Diego Becerra de Mendoza. Tan pronto como la embarcación bordeó hacia el oeste, Diego Becerra, reportado como un líder cruel y arrogante, fue asesinado por amotinados bajo las órdenes del piloto en jefe Fortún Jiménez mientras Becerra dormía. Los amotinados continuaron navegando hacia el noroeste y descubrieron Baja California, al parecer desembarcando en la bahía de La Paz. Fortún Jiménez y un grupo de hombres que bajaron a tierra fueron asesinados por los habitantes nativos de dicho lugar. Los sobrevivientes regresaron a la costa de la Nueva España y contaron su historia. Sus reportes describieron Baja California como “buena, bien poblada y rica en perlas” (Mathes 1973:48).

Insatisfecho con los resultados obtenidos por haber delegado la responsabilidad, Cortés decidió manejar personalmente las exploraciones hacia el noroeste. En 1535 equipó y dirigió una

¹³ También se discutieron en Laylander 1997b, 2000; Mathes 2010.

expedición bien provista de hombres, la cual regresó al sitio de la caída de Fortún Jiménez en la bahía de La Paz, con el objetivo de explorar, conquistar y colonizar. Problemas con el reabastecimiento desde tierra adentro complicó la expedición. En cuanto a la gente de la península, aunque no se reportó ninguna amenaza militar por parte de ellos, los colonizadores estaban hambrientos porque, como Bernal Díaz del Castillo reportó de segunda mano, “no cogen los naturales de ella maíz, y son gente salvaje y sin policía, y lo que comen son frutas de las que hay entre ellos, y pesquerías y mariscos” (Mathes 1978:47). Encontrando una excusa en los problemas que se estaban gestando en México, Cortés dejó la tambaleante colonia en 1536 al cuidado de su teniente, Francisco de Ulloa. Ulloa y el resto de su expedición pronto siguieron a su líder y regresaron al continente.

El esfuerzo de Cortés había redituado a los españoles en algo de conocimiento de primera mano sobre el área circundante a la bahía de La Paz, las islas golfeñas de La Partida, Espíritu Santo y Cerralvo, y un poco de la costa peninsular en la región del Cabo. También había dado a los habitantes de aquellas áreas cierto conocimiento sobre los españoles. Para etnógrafos posteriores, el registro dejado por estos primeros contactos es escaso. Historiadores del siglo XVI como Francisco López de Gómara y Bernal Díaz del Castillo discutieron el episodio, pero éste no era obviamente uno de los mejores momentos de su héroe, y no se detuvieron demasiado en ello. Los mares y la tierra, no los indios, vencieron a sus aspirantes a conquistadores, preservándose poco en cuanto a observaciones detalladas sobre los nativos. Las fuentes históricas de la expedición de Cortés han sido convenientemente recopiladas por Mathes (1973, 1978).

Cualquier atmósfera de pesimismo que pudo haber sido generada por el fracaso de Cortés en Baja California, fue pronto disipada por otras noticias de la frontera norte de la Nueva España. En 1536, Alvar Núñez Cabeza de Vaca y tres compañeros, incluyendo un esclavo negro, Estebánico, arribaron provenientes del desconocido norte a la frontera de Sinaloa de la Nueva España. Estos hombres, quienes fueron los sobrevivientes de la desastrosa expedición de 1528 a Florida, habían hecho su viaje a través del continente y reportaban que había ricas ciudades hacia el norte. Un viaje de reconocimiento adicional en dicha dirección, realizado por Estebánico y un fraile franciscano demasiado crédulo, Marcos de Niza, llegó hasta los asentamientos de los indios pueblo de Nuevo México. El reconocimiento resultó en la muerte de Estebánico, pero el fraile regresó con la aparente confirmación sobre las historias de fabulosas riquezas.

La primera respuesta a estos reportes vino de Cortés. De acuerdo a un reporte (Portillo 1982:158), desde 1537 Cortés había enviado una expedición bajo el cuidado de Andrés Tapia por la costa occidental de Baja California hacia un punto más allá de la isla de Cedros. De todas formas, en 1539 Cortés despachó una expedición naval bajo el mando de Ulloa, para explorar las rutas hacia el norte. Ulloa regresó primero al sitio abandonado por Cortés en La Paz, y después siguió la costa sonorensa del golfo de California hacia el norte, hasta las aguas pocas profundas de la cabeza del golfo. De ahí giró al sur, siguiendo el largo del lado bajacaliforniano del golfo, rodeando cabo San Lucas y explorando la costa del Pacífico hacia el norte, hasta la isla de Cedros, antes de regresar a la Nueva España. El contacto entre Ulloa y las comunidades indígenas a través de estas rutas fue esporádico y a menudo superficial. Sin embargo, informes de sus viajes, por el mismo Ulloa y por Francisco Preciado, contienen notas etnográficas tempranas interesantes, específicamente sobre el área de la bahía de San Luis Gonzaga, isla Margarita e isla de Cedros (Hakluyt 1903-1905:206-278; Wagner 1929:21-45). Las observaciones etnográficas de estos y otros reportes históricos son consideradas más detalladamente en el Capítulo VI.

Mientras tanto, una respuesta más masiva a la quimera norteña estaba siendo preparada en la Nueva España por el Virrey, Mendoza. Una gran expedición por tierra fue enviada hacia el norte

bajo el comando de Francisco Vázquez de Coronado. En 1540-1542, el ejército de Coronado ocupó los pueblos de Nuevo México, mandó sondear el área del Gran Cañón hacia el oeste y los llanos de Kansas al este, y finalmente regresó al sur, con sus sueños de oro frustrados.

Como un complemento de la expedición de Coronado, los planes generales pidieron que sus fuerzas por tierra se reabastecieran por medio de una expedición marítima que iba subiendo el golfo de California. Liderados por Hernando de Alarcón, este contingente marítimo alcanzó la cabeza del golfo en 1540, siguiendo la estela de Ulloa, y entrando por primera vez al delta del río Colorado. Qué tan lejos fue Alarcón por el río Colorado ha sido tema de disputa académica, pero al parecer hay acuerdo en aceptar que él fue por lo menos hasta lo que hoy es Yuma, abriendo así al conocimiento de los españoles toda el área del río dentro de Baja California. El informe del propio Alarcón sobre su expedición contiene una cantidad sustancial de información sobre los habitantes aborígenes del delta (Hammond y Rey 1940).

Para completar el vínculo entre el contingente marítimo de Alarcón y las fuerzas terrestres centrales de Coronado, Melchor Díaz fue enviado por tierra desde Sonora hasta el río Colorado. Díaz no pudo hacer contacto con Alarcón, pero encontró un mensaje escrito que este último había dejado antes. Díaz también llevó a cabo reconocimientos adicionales en los territorios al oeste del río Colorado. La dirección de dichas exploraciones ha sido discutida, pero al parecer fue dentro de lo que hoy es Estados Unidos, en lugar de Baja California (Forbes 1958, 1965:91-92). Añadiendo oscuridad al asunto, está el hecho de que los viajes de Díaz sólo se conocen por fuentes tardías y secundarias.

El próximo paso en las exploraciones de la península, aunque envuelto en dudas por lo imperfecto de los registros, ocurrió al parecer en 1541 en una expedición bajo el mando de Francisco de Bolaños. Bolaños, quien fue también enviado por el Virrey Mendoza, por lo visto siguió la costa occidental de la península desde Cabo San Lucas hasta por lo menos punta Abrejos al norte, cerca del fin meridional del desierto de Vizcaíno. Si punta Abrejos fue su límite septentrional, Bolaños sólo repitió parte de la hazaña de Ulloa. Un corto extracto de un documento por Juan Fernández de Ladrillero, un piloto, es aparentemente el único registro directo del viaje de Bolaños. Éste incluye una breve nota etnográfica con respecto a la región de cabo San Lucas (Wagner 1929:68).

La exploración inicial del perímetro marítimo de Baja California fue terminada en 1542. En ese año, otra de las expediciones del Virrey Mendoza, dirigida por Juan Rodríguez Cabrillo, extendió las exploraciones de Ulloa a lo largo de la costa occidental de la península, yendo más hacia arriba, hasta el límite sur de la Alta California. Los detalles del viaje de Cabrillo se conocen principalmente por los resúmenes de los informes originales. En términos etnográficos, el viaje de Cabrillo resulta más interesante por el encuentro con los indios del canal de Santa Bárbara en la Alta California, pero también fueron registradas algunas observaciones sobre el área de San Quintín al noroeste de Baja California (Moriarty y Keistman 1963; Wagner 1929).

Intentos de explotación. Después de Cabrillo, el entusiasmo por ir a Baja California bajó durante un tiempo, al igual que la notificación de los viajes que se realizaron. Los límites geográficos generales habían sido especificados, y no había a la vista ciudades que rivalizaran con Tenochtitlán en riquezas. Sin embargo, dos factores mantuvieron vivo el interés por la región: las perlas y el sistema mundial de vínculos comerciales.

Las perlas habían sido encontradas en abundancia moderada a lo largo de la costa sur del golfo de Baja California y ya habían sido identificadas como de interés primordial por los españoles en los tiempos de Cortés. La búsqueda de perlas, a menudo infructífera, continuó como un factor significativo en la historia de Baja California por dos siglos y medio más (Gerhard 1956; Mosk

1931, 1934, 1941). Los emprendedores obtuvieron concesiones reales para explotar este recurso, o bien saqueaban clandestinamente por el otro lado del golfo. En el primer caso, algunos buscadores de perlas han dejado en los archivos cierta documentación de sus esfuerzos, y estos informes arrojan ocasionalmente luz etnográfica sobre los nativos de la península. Tanto en las empresas legales e ilegales, los buscadores de perlas interactuaron con los nativos en una variedad de formas, lo cual ayudó a impulsar las historias de los pueblos peninsulares en direcciones radicalmente nuevas. Los contactos eran en ocasiones pacíficos, algunas veces hostiles, a veces involucrando el intercambio de bienes, el reclutamiento o alistamiento forzoso de la mano de obra nativa, introduciendo las enfermedades o contribuyendo a los bancos de genes. En cualquier caso, los efectos, particularmente en la porción sur de la península, aunque es difícil de asegurar, son potencialmente demasiado significativas para ser ignorados.

La otra fuente de interés continuo en Baja California estaba concentrada a 14,000 kilómetros al oeste, en el Oriente. Alrededor de 1565, España había conquistado las islas Filipinas, como un sólido punto de apoyo para un vínculo comercial mayor con el lejano este. En el mismo año, se descubrió una ruta sustancialmente mejorada, con rentabilidad comercial, para ir hacia el este a través del océano Pacífico desde Manila a la Nueva España. La nueva ruta implicaba navegar primero al norte desde Manila, después al este con la corriente de Japón, y luego al sur a lo largo de la costa oeste de Norteamérica. Esta ruta, aunque constituía una mejora a la alternativa directa hacia el este, era todavía larga y difícil. La tripulación de los galeones anuales de Manila estaba a menudo exhausta y eran diezmados por las enfermedades, particularmente escorbuto, al completar el tramo final del viaje. Encontrar un sitio adecuado para un asentamiento al norte de la Nueva España en el cual los galeones pudieran reabastecerse y su tripulación recuperarse, se volvió un interés importante de la España imperial (Schurz 1939).

A fines del siglo XVI, otros intereses imperiales y privados en competencia también estaban involucrados en el área noroeste de la Nueva España. La santidad del océano Pacífico como un lago español fue violada en 1579 cuando el corsario inglés Francis Drake llevó a cabo una audaz y lucrativa excursión alrededor del mundo por puertos y embarques españoles. Otros corsarios o piratas ingleses y holandeses siguieron el ejemplo de Drake en los siguientes dos siglos. Baja California se volvió el área de preparación favorita para dichas expediciones, porque estaba más allá del control directo de la Nueva España pero cerca de la ruta de los ricos galeones de Manila. En 1586, el “Santa Ana”, un barco de Manila, fue capturado por Thomas Cavendish frente a cabo San Lucas, un premio sin igual (Mathes 1969a). Los exploradores ingleses y holandeses infestaron la región del Cabo en particular, donde interactuaron con los habitantes en formas similares a los cazadores de perlas. Les fueron dados a los españoles incentivos extras para explorar la línea de costa de California, establecer asentamientos de apoyo para el intercambio trans-Pacífico y negar sus refugios a los piratas.

En cuanto al primero de los intereses en Baja California, la extracción de perlas, los esfuerzos iniciales se hicieron aparentemente sin sanción real, y como resultado están pobremente documentados. Una nota que fue registrada para este periodo fue hecha por el historiador Baltasar Obregón, quien fue a la península en una expedición en busca de perlas con Antonio de Luna, probablemente a principios de la década de 1560. Obregón hizo algunas pocas y breves observaciones etnográficas, cuyo tenor puede ser captado de su descripción de California como “isla espinosa, arcabucosa y poblada de caribes desnudos, gente la más rústica, deshonesto, sucia, vil y villana que visto ni descubierto en las Indias” (Obregón 1924:251).

La aprobación oficial para la extracción de perlas fue otorgada por primera vez en 1585 a Hernando de Santotis y sus compañeros (Mathes 1968:25). La sociedad de Santotis era capaz de

enviar por lo menos un bote pequeño a través del golfo, pero una serie de desgracias les impidió hacer cualquier uso sustancial o financieramente exitoso de su licencia.

En 1593 una nueva licencia transfirió dichos derechos exclusivos a otra sociedad dirigida por Sebastián Vizcaíno. En medio de varias disputas legales, Vizcaíno tuvo éxito al navegar con tres barcos en 1596. Los desembarques y algunas exploraciones tierra adentro fueron hechas cerca del cabo San Lucas, en la bahía de La Paz y en otra bahía más al norte, y se estableció una colonia en La Paz. Sin embargo, problemas de abastecimiento, moral baja y un incendio en el asentamiento de La Paz, obligó a Vizcaíno a abandonar la colonia poco después, quedando el proyecto en el fracaso.

Sin embargo, el papel de Vizcaíno en la historia temprana de Baja California no terminó con esta desilusión. En 1602-1603 fue comisionado para realizar un importante viaje de exploración a lo largo de la costa de las Californias. Vizcaíno mapeó y describió esta costa con más detalle de lo que había sido hecho antes, con el interés de establecer facilidades para proteger y refrescar a los galeones de Manila con dirección al sur. Los planes resultantes de establecer un asentamiento permanente en Monterey en la Alta California, no llegaron a nada por más de un siglo y medio.

La documentación de las actividades de Vizcaíno en las costas del golfo y del Pacífico es relativamente abundante, incluyendo informes de primera mano de varios participantes. Mucho de esto ha sido publicado y discutido críticamente por, entre otros, Bolton (1908), Wagner (1929), Portillo (1982) y Mathes (1965, 1968, 1970). Estas fuentes contienen importantes notas incidentales sobre los habitantes aborígenes de las costas de la península.

Otro contacto temprano con Baja California vino desde una región completamente diferente: Nuevo México. A finales del siglo XVI, un puesto de avanzada de la Nueva España había sido ubicado ahí, lejos de los dominios contiguos del virreinato. Juan de Oñate, fundador del asentamiento español en Nuevo México y su gobernador, envió o condujo él mismo varios sondeos exploratorios dentro de las regiones colindantes. En 1604-1605, viajó al oeste y al suroeste hasta alcanzar la boca del río Colorado, observando los pueblos a lo largo del río y recibiendo de ellos informes de otros pueblos en la región.¹⁴ Un informe de primera mano sobre la expedición de Oñate fue presentado en la ciudad de México en 1605 por el misionero franciscano Francisco de Escobar (Hammond y Rey 1953:1012-1031). Otra versión, parte de una historia mayor y no escrita por un participante, fue compuesta por el franciscano Gerónimo Zárate Salmerón en 1626 (Bolton 1908:268-280). Ambos informes mezclan información etnográfica de valor sobre pueblos históricos tempranos del delta del río Colorado con especulaciones y rumores fantásticos. Una tercera versión de algunos de los descubrimientos de la expedición de Oñate está preservada en un informe de Nicolás de Cardona, quien es mencionado más adelante. Cardona entrevistó a varios de los participantes. Su corto informe confirma algunas de las nociones erróneas sobre geografía y algunas fábulas de los otros dos informes, pero no añade observaciones nuevas importantes (Cardona 1974:97-98; Mathes 1970:255-256).

Después de las expediciones de Vizcaíno y Oñate, la historia del involucramiento hispánico con la península de Baja California durante la mayor parte del siglo XVII estuvo centrada en los esfuerzos por explotar la pesquería de perlas en las costas del golfo. Continuaron las preocupaciones por encontrar estaciones de ruta adecuadas en California para los galeones de Manila, por negar los puertos de California a los depredadores de los galeones y por advertir a los galeones cuando dichos depredadores estuvieran cerca. Durante el siglo se solidificó la creencia de que California era una isla, lo que sugería importantes ventajas estratégicas o comerciales a ser ganadas de la exploración adecuada de los límites norteños del golfo. Las potenciales ricas minas

¹⁴ El viaje de Oñate y sus observaciones se discuten en Laylander 2004a.

de oro y plata en la península, y quizás reinos populosos tierra adentro a ser conquistados y explotados, eran espejismos frecuentemente avistados por los aventureros del siglo XVII. La fundación de asentamientos hispánicos permanentes y la conversión de los nativos al cristianismo eran las metas prometidas normalmente, por lo menos de palabra. A pesar de estos motivos secundarios, las perlas permanecieron como el incentivo principal para los esfuerzos de este periodo.

De los registros sobrevivientes, es evidente que los viajes a través del golfo oficialmente permitidos y reportados no fueron los únicos que se realizaban. La frecuencia de viajes ilícitos, su impacto en las sociedades nativas de Baja California e incluso su impacto en la percepción española de California son todos difíciles de valorar. Dichos viajes parecen haber sido en escala menor, con menos tripulación, menos apoyo financiero y menos duración que los viajes autorizados. Por estas razones, parecen haber confrontado a las sociedades nativas en condiciones más débiles. Por otro lado, los viajeros ilícitos no estaban sujetos al escrutinio oficial en cuanto a su tratamiento de los habitantes y bien pudieron haber sido más propensos al uso de la violencia. En cualquier caso, no debe asumirse que los informes de las empresas autorizadas, resumidas abajo, ofrecen una imagen completa del alcance de la interacción hispánica-californiana durante este periodo.

Después de Vizcaíno, los siguientes explotadores legales de las perlas de la península fueron ahí bajo la concesión concedida a Tomás de Cardona en 1611. Guiados por el liderazgo del sobrino de Tomás de Cardona, Nicolás de Cardona, y de Juan de Iturbide, se hicieron dos viajes a Baja California, en 1615 y 1616. Se hizo un desembarco en La Paz en 1616, pasando varios días en el sitio de los infortunios de Vizcaíno en 1596. Después la expedición cruzó el golfo hacia la isla Tiburón y continuó hacia el norte aproximadamente hacia la cabeza del golfo, aunque esta última área fue malinterpretada como un estrecho que continuaba todavía más al norte. El último informe de Nicolás de Cardona sobre la expedición (Cardona 1974; Mathes 1970:155-265) es de particular interés para una descripción concisa pero detallada de la gente encontrada en la bahía de La Paz.

Después de los esfuerzos de Cardona e Iturbe, se produjo otro periodo de inacción y litigio, hasta 1632 cuando Francisco de Ortega obtuvo permiso para cruzar el golfo (Mathes 1975b). Aparentemente, Ortega realizó tres viajes entre 1632 y 1636, explorando extensivamente la costa este entre cabo San Lucas y la mitad de la península. Mucha de la documentación de los viajes de Ortega ha sido publicada por Mathes (1970). La autenticidad del supuesto tercer viaje de Ortega ha sido debatida por León-Portilla (1970a, 1973) y Burrus (1972). Mucha de la comprensión sobre cultura material temprana de esta región es provisto por dichos informes.

El siguiente a cruzar el golfo estaba el gobernador de Sinaloa, Luis Cestín de Cañas, quien visitó el área de La Paz y parte de la costa más al norte por aproximadamente un mes en 1642. Cestín de Cañas estuvo acompañado por un jesuita, Jacinto Cortés, quien escribió un corto pero etnográficamente valioso informe sobre el viaje en una carta. La carta de Cortés fue citada en una historia escrita en 1644 por el jesuita Andrés Pérez de Ribas (1645:441-444). (Una traducción o parafraseo al inglés, Pérez de Ribas 1968:149-150, es poco fiable y difiere del original en detalles significativos.)

Pedro Porter y Casanate era una oficial naval con un distinguido récord de servicio en aguas de Europa y del Nuevo Mundo cuando obtuvo la licencia para explorar, por su propia cuenta, los mares del noroeste de la Nueva España. Retrasos y contratiempos obstaculizaron sus esfuerzos por emplear dicho permiso, pero tres viajes a Baja California fueron hechos por él o en su nombre. En enero de 1644, mientras Porter intentaba terminar la construcción de sus barcos en la costa mexicana, él despachó un buque bajo el comando de Alonzo González Barriga, para advertir al

galeón de Manila sobre la expectativa de actividad pirata en el área. González Barriga navegó hacia cabo San Lucas, donde sus contactos con los indios parecer haber sido amistosos, y regresó a la Nueva España después de menos de dos meses de haber partido. Porter escribió informes de este viaje, los cuales contienen ciertos detalles etnográficos útiles (Mathes 1970:794-799, 820-833; Portillo 1982:458-466).

Los planes de Porter de exploraciones mayores fueron interrumpidos cuando un rival provocó que los barcos que había construido se incendiaran, pero en octubre de 1648 Porter estaba listo de nuevo. Él hizo un viaje de dos meses y medio, explorando la costa del golfo entre cabo San Lucas y un punto cercano a la bahía Concepción (Mathes 1981b:46; Portillo 1982). En 1649, Porter navegó de nuevo por tres meses. Al parecer durante este tiempo él fue hacia el norte y llegó hasta la isla Ángel de la Guarda. Los informes de primera mano de Porter sobre estos últimos viajes son de cierto valor etnográfico, pero dicho valor es disminuido por el hecho de que escribió sobre los indios de California en general, sin observar variación regional alguna. En informes posteriores, a menudo simplemente copia sus primeras descripciones palabra por palabra, o las parafrasea (Mathes 1970:794-799, 820-833, 852-859, 866-878, 887-901; Portillo 1982:475-488).

Después de Porter, Bernardo Bernal de Piñadero obtuvo la concesión para California en 1663. Él intentó viajes en 1664 y 1666, los cuales fallaron rápidamente (Mathes 1970:925-954).

La última de las expediciones autorizadas para la extracción de perlas a Baja California antes del periodo del predominio jesuita fue en 1668, cuando Francisco de Lucenilla condujo dos barcos a través de golfo durante dos meses. Este viaje fue casi completamente un fracaso. La costa y las islas de la región del Cabo, entre cabo San Lucas y La Paz, fueron de nuevo minuciosamente investigadas como prospectos económicos. Un área más al norte, evidentemente en bahía Concepción, fue también visitada, igualmente sin resultados favorables. La expedición de Lucenilla es destacada principalmente por un relato corto escrito por uno de sus participantes, el franciscano Juan Cavallero Carranco. El interés principal de Cavallero en escribir parecer haber sido denunciar al capitán y la mayoría de los miembros de la expedición por la codicia y la incompetencia que acabó mal el proyecto. Cavallero también comentó de paso ciertos aspectos sobre la apariencia, la cultura material y los patrones de guerra de los indios de las regiones visitadas (Mathes 1966, 1970:955-982).

Primeros intentos de colonización. En la década de 1680 se hicieron dos intentos importantes de establecer un punto de apoyo firme en la península para Nueva España. Dichos intentos ocupan un lugar de transición en la historia de Baja California. Por un lado, al igual que los proyectos de los 150 años precedentes, éstos fallaron en alcanzar su objetivo de establecer un asentamiento permanente. Por el otro lado, las expediciones fallidas durante la década de 1680 tuvieron vínculos directos con la expedición exitosa de 1697, particularmente en cuanto a la prioridad dada a las metas de misionización jesuita.

A la cabeza del nuevo proyecto de colonización estaba un ex gobernador de Sonora y Sinaloa, el almirante Isidro Atodo y Antillón. A diferencia de algunos de sus predecesores, Atondo se hizo cargo de una expedición cuidadosamente preparada, bien equipada y eficazmente apoyada. El mismo Atondo es casi eclipsado en el registro histórico del proyecto por uno de los misioneros jesuitas que él trajo consigo, Eusebio Francisco Kino.

Cosmógrafo entrenado, recientemente llegado al Nuevo Mundo, la primera experiencia de campo de Kino sería en la empresa de California. Sus exploraciones y trabajo en la Pimería Alta (norte de Sonora y sureste de Arizona) haría más tarde de Kino quizás el misionero el mejor conocido en la historia misionera del noroeste de la Nueva España. Su interés continuo por California proporcionaría un elemento vital en la estimulación y mantenimiento de la exitosa

conquista jesuita de la península, que comenzó en la década siguiente (Bolton 1936).

Atondo, Kino y el resto de la expedición primero se establecieron en La Paz, de abril a julio de 1683. Se hicieron esfuerzos por traer a los habitantes nativos de las dos tribus locales, los guaycura y los coras, al asentamiento fortificado que estaba siendo construido en La Paz. Se realizaron viajes al suroeste y al este, para localizar y hacer contacto con los indios. Los misioneros, Kino y Matías Goñi, progresaron en el aprendizaje de las lenguas del área. Sin embargo, la hostilidad aparente de los guaycura parece haber puesto nerviosos a los soldados de Atondo. Un número de líderes guaycura fueron masacrados por los soldados, cuya ansiedad sólo aumentó por la posibilidad de represalias por su temerario acto. Por esta razón y por los problemas con el reabastecimiento, el asentamiento tuvo que ser abandonado, dejando detrás de él una tradición local reforzada de mala voluntad por parte de los nativos hacia los españoles.

La segunda entrada de Atondo y Kino a California fue hecha por San Bruno, alrededor de 25 kilómetros al norte del futuro sitio de Loreto. El asentamiento de San Bruno duró de octubre de 1683 a mayo de 1685, cuando la exigüidad de los recursos los forzó de nuevo a abandonar la península. Durante este periodo, en adición al trabajo misionero entre la gente de los alrededores cercanos de San Bruno, se hicieron exploraciones más lejanas por tierra. Las expediciones fueron hacia arriba y abajo de la costa del golfo. Se encontró también una ruta a través de la cumbre de la sierra de la Giganta hacia el oeste, y por primera vez los europeos cruzaron la península para alcanzar la costa del Pacífico. Los jesuitas Kino, Goñi y Juan Bautista Copart trabajaron aprendiendo las lenguas nativas del área, produciendo registros que fueron usados por sus sucesores pero que aparentemente no sobrevivieron hasta el presente. Aunque no sin episodios de conflicto, los españoles e indios en San Bruno parecen haber convivido mucho mejor que en el caso de La Paz.

Las expediciones de Atondo fueron distintas de las de sus predecesores en cuanto a la cantidad de documentación que resultó de ellas. Los informes oficiales, diarios y cartas de Atondo y de Kino son relativamente numerosas y, dada la fama última de Kino, mucho de esto se ha publicado (Bolton 1936; Burrus 1954, 1961, 1964, 1965b; Mathes 1969b, 1974a). Las localizaciones geográficas de tribus y lenguas en particular, fueron clarificadas, pero los registros de las observaciones sobre costumbres, organización social, subsistencia, tecnología y otras áreas de interés etnográficos fueron más bien casuales y dispersas. Remarcablemente, el soldado Atondo a menudo parece haber mostrado más interés en dichas materias que el misionero Kino. Los mapas producidos por Kino, sin embargo, son de valor particular con respecto a las distribuciones étnicas (Burrus 1965a, 1967b).

El periodo jesuita (1697–1768)

Las fallas de las expediciones Kino-Atondo fueron un preludio a los sucesos de las siguientes ocho décadas. Durante esa secuela, el control imperial español fue establecido exitosamente sobre tres cuartos de la península, y la mayoría de sus habitantes aborígenes fueron llevados, bajo su voluntad o de otras maneras, bajo el control del sistema misional jesuita (figura 11).

Establecimientos permanentes. En lo que siguió inmediatamente a la expedición Kino-Atondo, los ambiciosos planes fueron una vez más considerados, particularmente por Kino y los jesuitas, como el asentamiento y conversión de Baja California. Dichos planes fracasaron, primero por los titubeos burocráticos en parte de la orden de los jesuitas y luego por las estrecheces financieras del imperio español. El proyecto fue de nuevo dejado de lado por más de una década.

Durante este periodo de espera, Kino, ahora establecido en la Pimería Alta, conservaba su

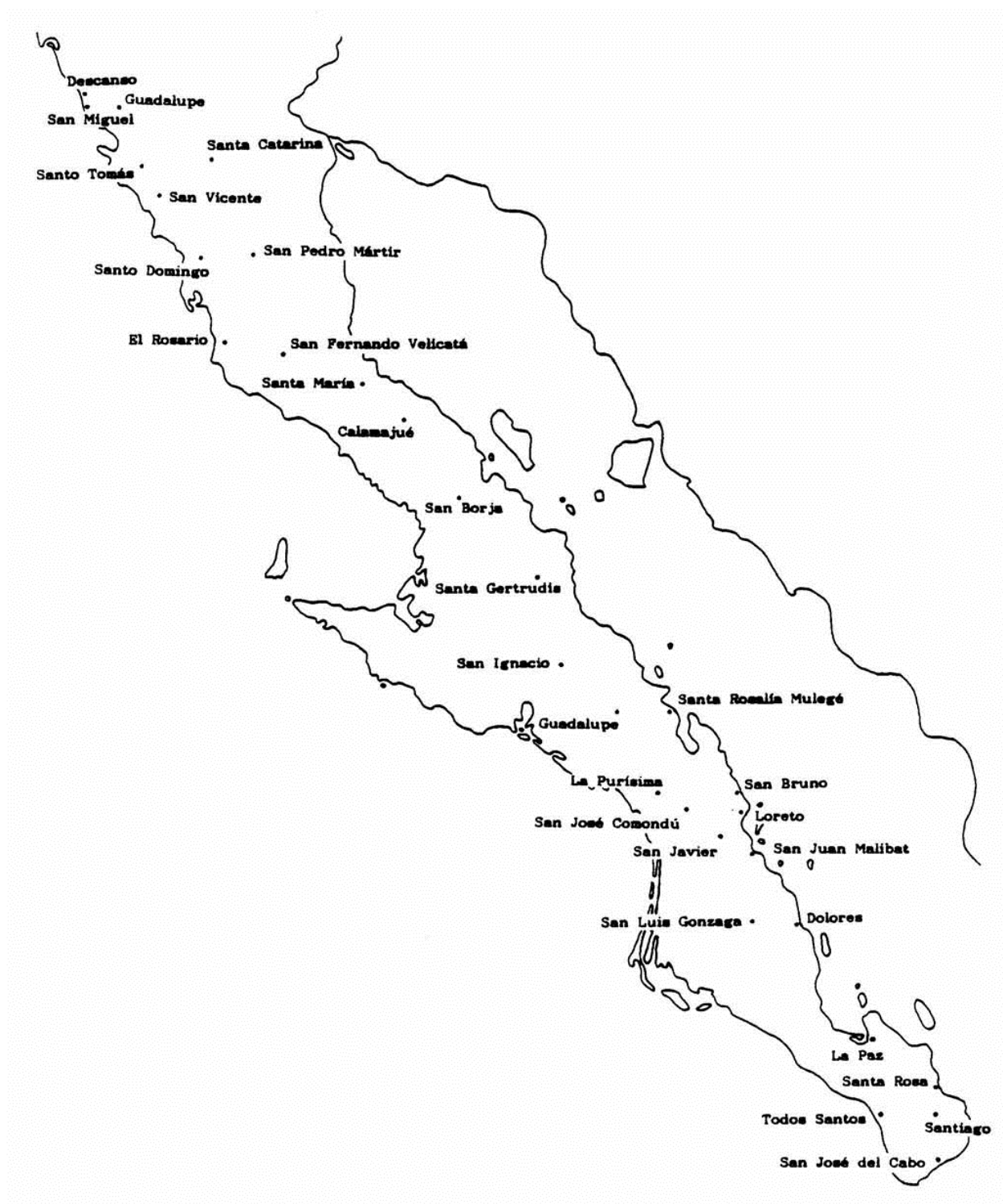


Figura 11. Misiones en Baja California.

entusiasmo por la empresa peninsular. Él reclutó a la causa a Juan María de Salvatierra, un jesuita italiano que trabajaba en Sonora. En 1697, Kino y Salvatierra obtuvieron permiso de los jesuitas para intentar colonizar Baja California bajo la propia cuenta de la Orden. Los dos postulantes del proyecto fueron asignados a esta tarea, pero Kino fue retenido por las condiciones de inestabilidad en la Pimería Alta. Salvatierra asumió la carga y distinción de transformarse en el fundador del exitoso sistema de misiones de la península.

Salvatierra estuvo en Baja California la mayor parte de los años entre 1697 y su muerte en 1717. Fundó el primer asentamiento misional en Loreto, a una corta distancia al sur del primer sitio de San Bruno. Se hicieron exploraciones desde Loreto hacia el norte, el oeste y el sur, fundándose misiones adicionales en San Javier Viggé (1699), San Juan Malibat (1705), Santa Rosalía de Mulegé (1705) y San José de Comondú (1708).

Como cabeza del sistema de misiones peninsulares, Salvatierra dirigió esta expansión inicial y la reportó a sus superiores y sus mecenas no eclesiásticos en México. Su correspondencia era voluminosa. El historiador Burrus ha calculado que “un millar aproximadamente sería, creo, una estimación conservadora” para el número de cartas escritas por Salvatierra (Salvatierra 1971:14). Una cuantas de estas cartas han sido publicadas, mientras que otras fueron utilizadas en las historias escritas por Venegas y otros. Las cartas publicadas de Salvatierra son notablemente escuetas en detalle etnográfico, aunque fueron incluidos algunos comentarios que son importantes en la reconstrucción de los grupos lingüísticos aborígenes en el área de Loreto (Salvatierra 1946, 1971).

Cuando Kino fue retenido inesperadamente en la Pimería Alta en vez de habersele dado permiso para regresar a Baja California en 1697, Francisco María Pícolo fue designado como su reemplazo para asistir a Salvatierra. Pícolo, un siciliano, había servido por 13 años en Chihuahua entre los Tarahumara. Llegó a California aproximadamente un mes después que Salvatierra, volviéndose muy activo en las exploraciones que ampliaron la cabeza de playa jesuita. Pícolo fundó la segunda misión peninsular en San Javier y condujo o participó en las expediciones tempranas a la costa del Pacífico y a los sitios de las futuras misiones de Santa Rosalía de Mulegé, La Purísima Concepción y San Ignacio Kadakaaman. A excepción de un periodo en el que tomó a su cargo responsabilidades en Sonora y viajó a la ciudad de México en nombre de las misiones, Pícolo permaneció en California hasta su muerte en 1729.

El escrito más conocido de Pícolo es un informe sobre el campo de misiones recién fundado, publicado en la ciudad de México en 1702. Ediciones modernas y comentadas sobre el informe han aparecido en español e inglés (Pícolo 1962, 1967). Este reporte fue posteriormente una vergüenza para los apologistas de los jesuitas, debido a la extravagancia de sus alabanzas a los recursos naturales de Baja California. El *Informe*, como muchas de las cartas de Pícolo, es notable por su atención al detalle etnográfico con respecto a los indios peninsulares, particularmente en el registro de nombres de lugares en lenguas nativas. Varias cartas con importantes reportes de primera mano de los viajes exploratorios de Pícolo también han sido publicados (Burrus 1984:75-95; Pícolo 1962; Ramos 1958b:3-11).

Juan de Ugarte, un hondureño, se unió con Salvatierra y con Pícolo en Baja California en 1700, después de haber servido primero como procurador, un puesto que implicaba abastecer de provisiones desde el continente a las misiones peninsulares. Ugarte fue notado particularmente por el entusiasmo y la energía física que aportó a diversas tareas como la fundación de misiones, la realización de exploraciones, e incluso cortar madera para construir un barco en condiciones de navegar sobre la costa peninsular. Como superior de las misiones después de la muerte de Salvatierra, Ugarte dirigió la expansión del sistema misional hacia el sur, a La Paz, en 1720. En el

mismo año la frontera también fue extendida a nuevas misiones al oeste en La Purísima Concepción y al norte en Guadalupe. El siguiente año, otra nueva misión fue fundada en Dolores. También en 1721, Ugarte personalmente condujo una expedición marítima hacia el norte junto al piloto William Stratford, a la cabeza del golfo, con el objetivo de resolver la duda sobre el estatus de California como isla o como península y para buscar mejores maneras de asegurar la disponibilidad de abastecimientos para el creciente sistema misional. Entre los escritos publicados de Ugarte, su informe de la expedición a La Paz es breve, pero de cierto interés por sus comentarios sobre la distribución de los grupos lingüísticos (León-Portilla 1970b:74-80), mientras que su narrativa más larga sobre las exploraciones del golfo tiene poco contenido de interés etnográfico (Ramos 1958b:15-50).

Jaime Bravo, un aragonés, fue otro de los primeros pilares del esfuerzo jesuita en Baja California. Bravo vino a California en 1705 y trabajó con Salvatierra por muchos años con el estatus de hermano en vez de padre en la orden jesuita. Él fue promovido al sacerdocio en 1719. El papel más importante de Bravo fue establecer La Paz y transformarse en el primer misionero allí en 1720, trabajando en la región del Cabo y alrededor de Loreto hasta su muerte en 1744. Algunas de las cartas no publicadas de Bravo son notables por su actitud comparativamente favorable hacia las habilidades de los nativos bajacalifornianos (Dunne 1952:23). Él escribió un informe detallado sobre la expedición por mar de 1720 a La Paz, el cual contiene pocas observaciones de interés etnográfico aparte de algunas notas útiles sobre grupos lingüísticos (León-Portilla 1970b:25-67).

Clemente Guillén fue también otro importante pionero jesuita en la expansión hacia el sur de la frontera misional. Nativo de Zacatecas, México, vino a la península en 1714 y sirvió inicialmente en San Juan Malibat, a una corta distancia al sur de Loreto. En 1719 él se unió al Capitán Rodríguez Lorenzo en una expedición hacia el suroeste de Malibat, a la bahía Magdalena sobre la costa del Pacífico. La expedición falló en su objetivo principal de descubrir un puerto adecuado para los galeones de Manila, pero contribuyó al conocimiento y control jesuita sobre el área de los llanos de Magdalena. Al año siguiente, Guillén condujo la difícil fase terrestre del movimiento para comenzar la ocupación de la región del Cabo y encontró una ruta desde Malibat hacia el sitio de La Paz, donde Ugarte y Bravo lo habían precedido por mar. En 1721, Guillén cambió sus propias sedes al sur de Malibat, para fundar la nueva misión de Dolores. En los años siguientes, él retuvo los cargos de supervisión de las misiones de Baja California y era el superior en el tiempo de la revuelta pericú de 1734.

Guillén dejó varios informes escritos de cierto interés para la etnografía de las regiones de la Giganta-Magdalena y del Cabo, particularmente con respecto a sus territorios lingüísticos. Él escribió un informe sobre la expedición de 1719 a la bahía Magdalena, el cual ha sido en ocasiones atribuido incorrectamente a Rodríguez Lorenzo (Guillén 1945, 1979:31-61), y un informe de la expedición de 1720 a La Paz (Guillén 1979:63-88; León-Portilla 1970b:87-112). Una carta de 1725 sobre eventos en la región del Cabo es también de interés (Burrus 1984:98-103; Burrus y Zubillaga 1982: 236-242).

El siguiente paso en la expansión hacia el sur fue dado por Ignacio María Nápoli, un jesuita siciliano. Nápoli vino a Baja California en 1721 y en el mismo año condujo una expedición desde La Paz para encontrar un lugar para la nueva misión de Santiago. Sirviendo a dicha misión hasta 1726, Nápoli fue transferido a las misiones Yaqui en Sonora. Durante un tiempo Nápoli fue expulsado de la orden jesuita, y posteriormente regresó brevemente a la región del Cabo durante la supresión de la revuelta pericú en 1736. Nápoli escribió un informe detallado sobre la expedición de 1721, el cual contiene varios comentarios etnográficos de utilidad (Moriarty y Smith 1970;

Ramos 1958a).

El papel de los no jesuitas. Durante el periodo de la administración jesuita en Baja California, los misioneros mismos no fueron los únicos agentes en el proceso de la interacción euroamericana con los habitantes aborígenes. Otros agentes incluyeron soldados colocados en los presidios o en las misiones individuales, marineros encargados del mantenimiento de las líneas de abastecimiento con el territorio continental de Nueva España, varios especialistas en embarcaciones traídos a la península para tareas específicas, grupos de indios del continente, pasajeros y tripulación de algunos de los galeones de Manila, y raramente, particulares interesados en la explotación de los depósitos de mineral o las cuentas de perlas. Sin embargo, los jesuitas mantuvieron un control estricto sobre todo los aspectos de la administración, siendo la única excepción notable el papel independiente de un comando militar foráneo durante la supresión de la revuelta pericú en los años de 1730. Esta centralización del control explica la ausencia general de fricción seria entre el clero y los laicos, la cual era prominente en los registros de Sonora jesuita del siglo XVIII y en Baja California durante los periodos franciscanos y dominicos. Igualmente, dicha centralización nos ha privado largamente de un punto de vista independiente, no jesuita, sobre las condiciones y culturas de los indios de Baja California durante este periodo.

Excepciones parciales a esta generalización fueron proporcionadas por dos descripciones de California, escritas por no jesuitas durante la década de 1740. Los documentos fueron probablemente compuestos en respuesta a los esfuerzos de los historiadores jesuitas Venegas y Burriel por reunir información para escribir la historia de la península, como es discutido más abajo. Uno de estos documentos fue redactado por el capitán William Stratford (Ramos 1958b:51). El segundo ha sido atribuido tentativamente al capitán Esteban Rodríguez Lorenzo (León-Portilla 1977).

Stratford era un piloto inglés o capitán de barco quien trabajó sobre las aguas del golfo de California por lo menos durante 28 años (Ramos 1958a:65). Él participó en la expedición de Ugarte en 1721, de Loreto hacia la cabeza del golfo. Cuando Stratford escribió su *Descripción* de la península en 1746, él estaba en Sonora continental. Poco más de esto parece haber sido registrado acerca de su carrera. Su ensayo es etnográficamente notable por algunos comentarios pobremente informados sobre distribuciones de lenguas, unos pocos comentarios sobre vestimenta, comidas y costumbres nativas, y algunas pistas sobre patrones de asentamiento en el área norte de la costa del golfo, más allá de la esfera de control jesuita.

El historiador Dunne (1952:476) refirió a la existencia de una segunda versión de la *Descripción* de Stratford en la Biblioteca Nacional de México. Se dice que las dos versiones son “variantes en muchas partes” y que una de ellas está fechada en 1740. Este comentario sobre una versión divergente de 1740 se asemeja a una referencia a la *Descripción* atribuida a Rodríguez Lorenzo, fechada en 1740 y también encontrada en la Biblioteca Nacional. El informe de 1746 de Stratford y el informe de 1740 son muy similares en tema y organización. Ambos son descripciones de lugares, caminos y costas, ofreciendo distancias y partiendo desde cabo San Lucas hacia el norte. Sin embargo, los dos informes no se superponen en su fraseo, están organizados de manera diferente en el detalle, y se contradicen casi uniformemente el uno al otro en cuanto a las distancias geográficas que señalan. El informe de 1740 está mucho más orientado hacia las rutas y circunstancias terrestres, mientras que el informe de 1746 acentúa el punto de vista costero. Parece no haber razón para atribuir el documento de 1740 a Stratford.

Esteban Rodríguez Lorenzo, el autor putativo del informe de 1740, nació en Portugal alrededor de 1670. Él vino a Loreto con Salvatierra en 1697 y unos cuantos años después fue elegido como capitán o cabeza del contingente militar en Baja California, una posición que guardó

por la mayor parte de cuatro décadas. Cuando se volvió físicamente incapacitado, Rodríguez Lorenzo era sucedido por su propio hijo, y falleció en 1746 (Barco 1973:266). Rodríguez Lorenzo participó en muchas de las primeras exploraciones a las partes centrales y australes de la península y en los conflictos militares mayores, incluyendo las fases tempranas de la revuelta pericú.

Rodríguez Lorenzo estaba en una posición donde podía tener información particularmente buena sobre la península, su historia y sus pueblos. Cualquier escrito de él sería potencialmente importante como fuente etnográfica. Un diario de la expedición de 1719 a la bahía Magdalena fue atribuido a él, pero incorrectamente (Guillén 1945, 1979:31-61). El historiador Burriel reportó que Venegas había utilizado un diario de Rodríguez Lorenzo al bosquejar su historia (Venegas 1943:I, 18). El historiador León-Portilla (1977:5-6) alega esta afirmación al discutir la autoría de Rodríguez Lorenzo sobre la *Descripción* de 1740. Sin embargo, Venegas, en una carta escrita en 1737, hizo referencia a una “memoria histórica” por Rodríguez Lorenzo que contenía cierta información específica sobre la fundación de la misión de San Ignacio. Que la “memoria histórica” de Rodríguez Lorenzo y la *Descripción* de 1740 no son el mismo documento es demostrado por la fecha del documento de 1740, que sigue a la carta de 1737 y a la terminación de la historia de Venegas en 1739, así como por la ausencia de la información específica sobre San Ignacio en este texto. Es posible, sin embargo, que la atribución de León-Portilla fuera correcta. Él propuso persuasivamente que el autor de la *Descripción* de 1740 no era jesuita y probablemente era un soldado. Etnográficamente, el informe de 1740 es más importante por el registro de nombres de lugares peninsulares en las lenguas indígenas locales, así como por ciertos comentarios sobre distribuciones de lenguas.

Durante el siglo XVIII, el registro etnográfico de Baja California no estaba totalmente en manos ni españolas ni jesuitas. Continuando la tradición de Drake y Cavendish, corsarios ingleses tomaron ventaja de las hostilidades entre su país y España y de la ausencia inicial de ocupación jesuita en la punta sur de la península, para usar el área de cabo San Lucas como una base de operación contra las embarcaciones españolas. Dos episodios en particular han sido registrados: una visita de Woodes Rogers en 1709-1710, que resultó en la captura del galeón de Manila de dicho año, y una empresa similar pero menos exitosa de George Shelvocke en 1721. Las partes relevantes a Baja California en los libros de Rogers (1712), Shelvocke (1726), y también en los libros de Edward Cooke (1712) y William Betagh (1728), quienes eran oficiales subordinados de Rogers y Shelvocke respectivamente, han sido convenientemente recuperados por Andrews (1979). Rogers estuvo en Baja California de noviembre de 1709 a enero de 1710, y Shelvocke durante agosto de 1721. Ambas expediciones encontraron tiempo y motivación para el contacto relativamente cercano con los indios de la región. Los informes resultantes son particularmente detallados con respecto a la cultura material, son generalmente más amables con los indios de lo que eran la mayoría de los informes jesuitas, y tienen un considerable valor etnográfico, teniendo en cuenta los prejuicios usuales del periodo.

El norte. En los primeros años de la California jesuita, otra figura, ya mencionada, tuvo prominencia: Eusebio Francisco Kino. Después del fracaso del intento de Atondo por colonizar, Kino había sido desviado a la Pimería Alta en 1687. Como ha sido notado, la agitación de Kino a favor de la misionización de California eventualmente ayudó a producir la exitosa empresa de Salvatierra en la península, y el mismo Kino fue asignado a dicho proyecto hasta que su participación fue desautorizada debido a necesidades más apremiantes que requerían su presencia en Sonora. Sin embargo, desde su trabajo en la Pimería Alta, Kino contribuyó a asegurar el éxito del proyecto de Baja California proveyendo alimentos desde las relativamente prósperas misiones de Sonora.

Kino tuvo un papel más directo en la historia de Baja California entre los años de 1698 y 1706, en su redescubrimiento y exploración de la conexión terrestre entre Sonora y el delta del río Colorado. La cuestión geográfica de que si California era una isla o parte del continente había sido discutida intermitentemente desde su descubrimiento, y la argumentación no cesaría hasta el final del periodo jesuita. Originalmente, en Europa, Kino había creído que California era una península, pero en México había sido persuadido de que era una isla. Sus exploraciones al norte y al oeste de la Pimería Alta a fines de la década de 1690 y principios de la de 1700 lo hicieron de nuevo cambiar de opinión. La cuestión era más de interés académico, porque había esperanza de que, si la conexión terrestre con Sonora existía, su utilidad como ruta para abastecimiento facilitaría considerablemente el mantenimiento de las misiones de Baja California.

Kino, con varios compañeros, realizó una serie de expediciones con la intención de resolver la cuestión definitivamente y de abrir una ruta terrestre práctica a California. Él llegó a la confluencia del Gila-Colorado en octubre de 1700, volviéndose aparentemente el primer europeo en hacerlo en cerca de un siglo. Kino, el Capitán Juan Mateo Manje y Salvatierra sólo observaron a Baja California a la distancia en la expedición de marzo de 1701. En noviembre del mismo año Kino regresó a la confluencia del Gila-Colorado y siguió el banco occidental del río hacia el sur. En marzo de 1702 Kino y el visitador jesuita de las misiones del norte cubrieron de nuevo la misma ruta, yendo hacia el sur del delta hasta la boca del Colorado. Aunque las metas de dichas expediciones no se alcanzaron por completo, durante éstas Kino exploró el delta del río Colorado, iniciando el proceso de conducir a sus pueblos hacia dentro de la órbita de la cultura y control español, y documentó algo de la situación etnográfica de dicho periodo en el delta. Varios documentos contemporáneos describieron las expediciones de Kino. (Ver la discusión en Burrus 1971:5-15.) Los escritos de Kino (1939) fueron detallados en muchos aspectos, pero escuetos en detalle etnográfico. Además de los infotmes, los mapas de Kino preservaron cierta parte de la información etnográfica recolectada durante dichas expediciones (Burrus 1965a).

Otro sonorenses jesuita del siglo XVIII, Jacob Sedelmayr, fue una fuente menor para la etnohistoria del delta del río Colorado. En los años que siguieron a la muerte de Kino en 1711, la frontera en la Pimería Alta fue consolidada e incluso avanzada lentamente, pero no en la manera audaz de las iniciativas de Kino. Una excepción a este cuidadoso modelo fue el trabajo de Sedelmayr, cuyas exploraciones incluyeron una visita al río Colorado arriba de la confluencia del Gila en 1744 más dos visitas a las áreas abajo de dicha confluencia. Uno de los viajes río abajo ocurrió en 1748 o 1749 (compárese Venegas 1943:II, 346; 1757:II, 209; y Donohue 1969:123, con Dunne 1955:55) y el segundo en 1750. Los informes de los viajes de Sedelmayr contienen poco detalle etnográfico atribuible específicamente a los pueblos del delta, pero su identificación de grupos étnicos o lingüísticos presentes en dicho periodo llena un vacío importante en el registro (Dunne 1955; Donohue 1969).

El sur. Otro jesuita que sirvió en las misiones en la península de Baja California y que produjo escritos de importancia etnográfica fue Nicolás Tamaral. Nativo de España, Tamaral llegó a la península en 1717 y fundó las misiones de La Purísima Concepción en 1720 y San José del Cabo en 1730. En este último sitio, en 1734, él fue uno de los dos misioneros en la región del Cabo que fueron asesinados en la revuelta pericú. Tamaral escribió dos informes significativos en 1730. Uno de ellos, sobre La Purísima, proporcionó información abundante sobre nombres aborígenes de lugares en dicha área. El otro, sobre San José del Cabo, ofreció pistas importantes sobre los grupos lingüísticos aborígenes en la región del Cabo (Burrus 1984:149-158; Río 1980; Salvatierra 1946:211-219).

Sigismundo Tavaral, un italiano, arribó en 1730 para iniciar más de tres décadas de trabajo

misionero en la península. La importancia de Taraval para los presentes propósitos tiene que ver casi por completo con su primera década en Baja California. Inicialmente sirvió en tareas temporales al norte en La Purísima y San Ignacio, cuya última misión había sido fundada en la región del desierto central en 1728. Desde San Ignacio, Tavaral se involucró en un contacto con los habitantes nativos de la isla de Cedros. Aunque al parecer Taraval no viajó personalmente a la isla de Cedros, él envió un grupo de conversos aborígenes bajacalifornianos que sí lo hicieron, y el informe de la expedición escrito por Taraval, citado extensamente por Venegas (1979:IV, 389-409) constituye una importante fuente etnográfica.¹⁵

En 1733 Taraval fue enviado al sur, a la región del Cabo, para preparar el camino a una nueva misión en Santa Rosa o en Todos Santos, anteriormente una “visita” de la misión de La Paz. Él había estado en esta región por sólo un año cuando explotó la revuelta pericú, el reto más serio a la regla jesuita de la península durante siete décadas. Uno de los colegas de Taraval en el sur, William Gordon, un escocés establecido en La Paz, estaba casualmente fuera del área en el momento de la revuelta. Los otros dos colegas, Nicolás Tamaral en San José del Cabo y Lorenzo Carranco en Santiago, fueron asesinados, como lo fueron también varios soldados y muchos indios. Taraval hizo un exitoso escape peligroso. Prolongadas campañas militares y negociaciones siguieron por los próximos tres años antes de que la región del Cabo se pacificara. Los desplazamientos de la población y las muertes por combate o por epidemias dejaron cicatrices más permanentes, aplastando evidentemente las culturas aborígenes de la región del Cabo y presagiando la extinción de sus pueblos. El episodio de la revuelta pericú también abrió la puerta a una inusual comprensión de la regla jesuita de la península, durante el corto tiempo en el que control jesuita, normalmente indiscutible, fue interrumpido. El gobernador de Sinaloa, Huidobro, fue enviado con una considerable fuerza de soldados mexicanos y auxiliares yaquis para suprimir la rebelión, floreciendo subsecuentemente disputas entre jesuitas y autoridades militares sobre diferencias en filosofía y tácticas.

Taraval, quien participó en la reconquista, dejó una detallada historia sobre la revuelta, la cual ha sido una mayor contribución a la historiografía jesuita de la península y que contiene importantes comentarios lingüísticos y etnográficos (Taraval 1931). A Taraval también se atribuyen otros extensos escritos históricos que evidentemente fueron fuentes cruciales usadas por Venegas y por Clavijero en la composición de sus historias, pero que al parecer no han sobrevivido.

La revuelta pericú significó un severo golpe para el sistema jesuita en Baja California. Una de sus consecuencias tomó la forma de un esfuerzo de intensificación de la propaganda por parte de la orden, para influenciar la opinión pública en México y Europa. Algunos de los aspectos historiográficos de dicho esfuerzo serán discutidos posteriormente. Una consecuencia inmediata de la revuelta fue el abandono temporal de varias misiones, una medida que pudo haber debilitado la confianza de los pueblos nativos en el sistema misional. En una perspectiva más amplia, la revuelta resultó en una disminución de la expansión del sistema jesuita. Sólo una misión nueva fue fundada en los veinte años entre el establecimiento de Todos Santos (1733) y de Santa Gertrudis (1752).

Cuando la expansión del programa de misiones eventualmente fue reanudada en las décadas de 1750 y 1760, el trabajo estuvo principalmente en un solo frente, dirigido hacia el norte, en vez de ser el crecimiento bi-direccional hacia ambas direcciones norte y sur de Loreto que había caracterizado el primer periodo. Sin embargo, el sur no fue completamente olvidado durante el ínterin. Con el control militar restaurado en la región del Cabo, era claramente deseable llevar a todos los grupos no cristianos periféricos dentro del sistema misional de una vez por todas. El

¹⁵ Véase también Des Lauriers y García-Des Lauriers 2006.

esfuerzo para hacerlo fue exitoso; a fines de la década de 1750, fue reportó que ningunos grupos no cristianos sobrevivieron al sur de la frontera misional septentrional (Burrus 1967a:174).

Esta consolidación en el sur, además del uso de las misiones existentes, incluyó un nuevo establecimiento: San Luis Gonzaga, situado en el límite oriental de los llanos de Magdalena. Cuando los jesuitas avanzaron a la región del Cabo en 1720, habían tomado el inusual paso de saltar por delante de la frontera segura, dejando una gran área sin convertir sobre el costado. La fundación de la misión de Dolores en 1721 ayudó a cruzar el vacío entre Loreto y La Paz. Sin embargo, Dolores, cerca de la costa del golfo, no pudo servir eficazmente como centro de misionización para el vasto llano de Magdalena. San Luis Gonzaga, originalmente una “visita” de Dolores, sirvió a ese propósito después de 1740.

El fundador de San Luis Gonzaga fue un alemán renano, Lambert Hostell, cuyos breves escritos son una fuente importante para la etnografía y la lingüística del periodo del contacto en el sur de la región de la Giganta-Magdalena. En dicho sentido éstos completan las primeras observaciones de Guillén. Las observaciones de Hostell también tienen una ventaja sobre los últimos comentarios, mucho más extensos, de Jacobo Baegert, en que Baegert trató con el llano de Magdalena en un periodo donde sus habitantes se encontraban más lejos de condiciones puramente aborígenes.

Hostell arribo a la península en 1737, destinado al área de la misión propuesta de Magdalena. Inicialmente, sin embargo, fue a Dolores, para aprender la lengua guaycura y asistir al anciano padre Guillén. Después de su desviación hacia otros deberes, incluyendo tomar a su cargo San José de Comondú por dos años, Hostell finalmente fundó San Luis Gonzaga en 1740. Viajó extensivamente a través del territorio de su misión. Hizo planes para establecer otra misión, a ser llamada La Santísima Trinidad, cerca de la bahía de Magdalena, pero el proyecto fracasó. Después de 1747, Hostell asumió la responsabilidad también de Dolores y posteriormente estuvo a cargo sólo de esta última misión. Desde Dolores, él dejó la península en 1768, durante la expulsión general de los jesuitas.

Las observaciones publicadas de Hostell sobre el área sur de la región Giganta-Magdalena incluye un informe de 1744 sobre San Luis Gonzaga y cuatro cartas enviadas a Europa, dos de ellas escritas en 1734 a su padre y hermana, una a un colega jesuita en 1750, y otra a su padre en 1758 (Burrus 1966a, 1967a:159-183, 1984:238-254; Burrus y Zubillaga 1982:261-266). Los escritos de Hostell arrojan importante luz sobre los asentamientos aborígenes y patrones de lenguaje de los llanos de Magdalena, así como varios otros aspectos de la cultura nativa. La actitud inicial de Hostell hacia la gente del distrito de San Luis Gonzaga puede ser juzgada a partir de la descripción que hizo sobre ellos a su padre en 1743:

Los habitantes son tribus salvajes y bárbaras, similares a los otros humanos en su apariencia exterior.... Dados sus hábitos primitivos, sin embargo, ellos merecen ser clasificados por debajo de los animales en vez de ser considerado iguales a los otros humanos. (Burrus 1967a:165)

Esta reacción es cercanamente paralela a la del compañero alemán y sucesor de Hostell en San Luis Gonzaga, Jacobo Baegert. Sin embargo, los sentimientos de Hostell evidentemente se ablandaron en los últimos años, como se evidencia en otras cartas.

Los últimos años. Sebastián de Sistiaga, nativo de Oaxaca, México, sirvió como misionero en la península entre 1718 y 1747, mucho de dicho tiempo cerca de la frontera norte. Ayudó a abrir la misión de San Ignacio Kadakaaman y a preparar el terrano para la misión de Santa Gertrudis. Han sobrevivido varios de los breves informes de Sistiaga, uno de los cuales (Burrus 1984:114-

124; Burrus y Zubillaga 1982:243-253), escrito en 1744 sobre la misión de San Ignacio, es de cierto interés etnográfico por sus comentarios sobre la lengua y el asentamiento.

Una fuente etnográfica menor para el último periodo jesuita es una carta escrita en 1755 por Franz Inama, un jesuita austriaco, para su hermana (Burrus 1967a:150-158). Inama sirvió entre 1751 y 1768 en La Paz y en San José de Comondú, primariamente en éste último sitio, que estaba en aquel periodo lejos de la frontera jesuita. Los comentarios de Inama arrojan cierta luz sobre el régimen aborigen. Con respecto a los cochimí cristianizados a su cargo, Inama los encontró “gente dócil, amable y alegre, deseosa de conocer nuestra santa religión ... (con) un afecto respetuoso, una obediencia ciega, una confianza como la de un niño” (Burrus 1967a:154-155). Los pueblos hacia el sur, sin embargo, eran considerados “más salvajes” (Burrus 1967a:155).

Fernando Consag, un jesuita croata y uno de los exploradores más importantes de la península, vino a Baja California en 1732 y vivió ahí hasta su muerte en 1759. Consag sirvió durante casi toda su carrera en la frontera norte del asentamiento jesuita, establecido en la misión de San Ignacio. Su posible autoría de un manuscrito que provee de una importante descripción general de la península es discutida posteriormente en este capítulo.

Consag hizo tres exploraciones importantes, en 1746, 1751 y 1753. Su primer viaje, por mar, ocurrió en respuesta a una orden de México de que la cabeza del golfo de California debía ser explorada de nuevo para intentar esclarecer una vez más la cuestión del carácter insular o peninsular de California. Consag hizo el viaje en junio y julio de 1746. Siguió cercanamente la costa de Baja California arriba y hacia atrás, subió por el río Colorado durante una corta distancia. Su informe sobre el viaje contiene algunas notas etnográficas útiles sobre la gente de la costa noreste de la península, aunque no se hizo ningún contacto con los indios al norte de San Felipe. La bitácora día a día de Consag sobre esta expedición ha sido publicado por Burriel (Venegas 1943:III, 91-120). Algunos detalles adicionales del viaje son preservados por del Barco (1973:368-375).

La segunda expedición de Consag fue por tierra, desde el norte de San Ignacio hacia el futuro sitio de Santa Gertrudis, y de ahí al oeste hacia la costa del Pacífico y de nuevo a cierta distancia al norte. Los problemas en la reconstrucción de este viaje han sido discutidos por Aschmann (1959:36-37). Un informe posterior por Linck (Burrus 1966b:47) parece esencialmente confirmar la interpretación de Aschmann. El informe de Consag de la expedición de 1751 es inusualmente rico en detalle etnográfico, particularmente en lo que respecta a las prácticas religiosas y la cultura material. El informe es preservado en una historia por Baltasar (Krmptotic 1923:83-134; Ortega 1944:387-422).

El último de los tres viajes de Consag fue llevado a cabo en 1753, de nuevo hacia el norte por tierra pero esta vez a lo largo de o al este de la divisoria de aguas de la península. La ruta que fue seguida tocó la bahía de los Ángeles y fue hacia el norte hasta un punto en las montañas cerca de la bahía de San Luis Gonzaga. Sólo se encuentran disponibles breves notas de segunda mano sobre esta expedición, de ningún interés etnográfico (Barco 1973:284-286; Zevallos 1968:64-67).

Wenceslaus Linck fue el último de los exploradores jesuitas sobresalientes de Baja California, continuador de la tradición de Kino, Pícolo, Ugarte, Consag y otros. Nacido en Bohemia en 1736, Linck vino a Baja California en 1762. Con el objetivo de aprender la lengua cochimí, estuvo unos cuantos meses en Santa Gertrudis, que había sido fundada por Georg Retz diez años antes. Entonces Linck se mudó al norte para transformarse en el primer misionero permanente en San Borja Adac. Él estuvo ahí hasta la expulsión de los jesuitas en 1768, después de la cual regresó a Bohemia, donde vivía todavía en 1790. La carrera de Linck y algunas de sus implicaciones han sido ya discutidas por Bendímez y Laylander (1985).

Linck es notable en el presente contexto por sus numerosos escritos, reunidos y publicados en traducciones al inglés por Burrus (1966b, 1967c), así como por sus exploraciones y su impacto en los grupos de Baja California que no habían sido contactados previamente por la cultura occidental. Los escritos de Linck incluyen informes sobre San Borja, cartas para sus superiores, un detallado diario de la expedición de 1766, y algunas reminiscencias escritas en el exilio. En su conjunto, estos escritos son etnográficamente decepcionantes, aunque dispersos entre ellos hay notas sobre costumbres religiosas, cultura material y lengua.

Las exploraciones de Linck plantean problemas interpretativos ya que los documentos disponibles sobre ellas consisten, en su mayor parte, en resúmenes generales o alusiones hechas de paso. Burrus (1966b:35) reclama que Linck “llevó a cabo diez expediciones desde su centro misional”. Esta estimación puede ser algo exagerada, pero Link en efecto hizo por lo menos seis viajes significativos durante su corta estancia en San Borja. Con respecto por lo menos a dos de estos viajes, todo lo que se sabe es que se relacionaban con la búsqueda a lo largo de la costa del Pacífico de un puerto para los galeones de Manila. Linck llevó a cabo un reconocimiento hacia el este en el golfo a la isla Ángel de la Guarda; este viaje no tuvo resultados positivos y fue casi desastroso para sus participantes. Tres expediciones por tierra hacia el norte fueron hechas en 1765 y 1766, durante las cuales fue superado el límite norte de los pueblos hablantes de cochimí, y la sierra de San Pedro Mártir y el valle de San Felipe fueron reconocidos por primera vez.

Los jesuitas en Baja California hicieron otro avance hacia el norte de la frontera del asentamiento misional, inicialmente de San Borja a Calamajué en 1766, y de ahí a Santa María en 1767. Por lo tanto, al final la frontera jesuita abarcaba casi toda la región del desierto central pero no se extendía más allá de ésta.

Por los años 1760s, los días de los jesuitas en Baja California ya estaban contados. La orden había sido expulsada del territorio portugués en 1759 y de Francia en 1764. En Europa, los jesuitas estaban atrapados en medio de un fuego cruzado ideológico, por un lado entre enemigos conservadores quienes se resistían a su adaptación al modernismo y al pensamiento científico, y liberales ilustrados quienes veían el papel de los jesuitas en la educación como la rivalidad clerical primaria al propio papel prospectivo de la Ilustración. Políticamente, el fuerte centralismo de la orden y su organización internacionalista tuvo conflicto con el control nacional de los monarcas absolutistas. También se resintió el papel de los misioneros coloniales en el gobierno de las poblaciones nativas y en la protección del trabajo y la tierra de dicha gente contra los colonizadores europeos u occidentalizados, como en el célebre caso de los jesuitas en Paraguay. Baja California recibió cierta atención en las polémicas del siglo XVIII contra los jesuitas por el alegato de su acaparamiento de las presuntas riquezas de la península. Sin embargo, el caso de Baja California aparentemente tuvo poca importancia en el destino último de la orden.

Se ordenó que los jesuitas fueran expulsados del territorio español en 1767. Dada la lejanía de la península, la remoción efectiva de los jesuitas de Baja California no ocurrió hasta principios de 1768, cuando los misioneros fueron arrestados, trasladados bajo vigilancia a través de la Nueva España y embarcados a España. Muchos de los sacerdotes no españoles fueron rápidamente liberados y enviados al exilio, regresando generalmente a sus lugares de origen europeos. Los sujetos españoles fueron detenidos por más tiempo, y la mayoría de ellos fueron exiliados al final a territorios papales en Italia, especialmente en Bolonia. En 1773, la orden jesuita fue suprimida por decreto papal, para no ser restablecida por más de cuatro décadas.

Historiadores jesuitas. Una de las consecuencias de la expulsión de los jesuitas fue la compañía propagandística conducida en Europa por los jesuitas y ex jesuitas exiliados. Aguijoneados por alegatos pobremente informados sobre mala administración o avaricia durante

su dominio en Baja California, y algunas veces con mucho tiempo libre y oportunidades de comunicarse y rememorar con compañeros en el exilio, varios jesuitas tomaron sus plumas para explicar y defender la empresa peninsular. En el proceso, produjeron registros sobre costumbres y pueblos aborígenes que de otra manera no habrían sido reportados.

La preocupación jesuita por la defensa literaria de su trabajo en la península no comenzó con su expulsión. Muchas cartas fueron escritas por Kino, Salvatierra y sus sucesores para explicar la empresa y pedir apoyo financiero y político para el esfuerzo evangelizador. El *Informe* de Píccolo de 1702 inicia una tradición de presentaciones más formales y públicas.

El primer informe importante publicado sobre las misiones de Baja California que apareció después del de Píccolo, fue un informe para el Rey español escrito por Gaspar Rodero. Rodero era un administrador jesuita establecido en México, que estaba en Madrid en 1737 cuando escribió el informe (Burrus 1984:182-202; Píccolo 1962:275-309). Rodero no tuvo conocimiento de primera mano sobre la península, y los pocos comentarios etnográficos en su informe se basan mayormente en la publicación anterior de Píccolo. Sin embargo, el informe de Rodero es de cierto interés menor al mostrar la manera en que la geografía lingüística peninsular era concebida por un extranjero en ese periodo.

Otra figura en el desarrollo temprano de la historiografía jesuita para Baja California fue Juan Antonio Baltasar. Suizo de nacimiento, Baltasar sirvió en papales administrativos en México, lo cual lo llevó brevemente a la península con la capacidad de visitador. Varios de sus informes y composiciones cortas son fuentes importantes para la historia española temprana de Baja California, pero no para su etnohistoria (Burrus 1962:346-438, 1984:203-237; Dunne 1957). El producto literario más extenso de Baltasar fue su edición de “Apostólicos Afanes de la Compañía de Jesús”, publicado en 1754 (Ortega 1944). Este trabajo trata principalmente sobre Nayarit, Sonora y la Pimería Alta, pero incluye material sobre los viajes de Kino, Sedelmayr y Consag que se relacionan a Baja California.

La primera historia a gran escala de Baja California y sus misiones fue el trabajo del jesuita Miguel Venegas. Nativo de Puebla, México, Venegas sirvió en el centro de México y nunca visitó la península. Él fue comisionado por sus superiores a escribir una historia de la empresa californiana a fines de los años 1730s, después de la revuelta pericú. Para dicho propósito le fue otorgado acceso a informes recibidos previamente y a la correspondencia relativa a la región, así como a nuevos informes de aquellos que aún servían allí, especialmente solicitados con el propósito de auxiliar al historiador. Venegas fue también habilitado para tener su propia correspondencia con aquellos en la península para examinar, cotejar y confirmar sus informes. El resultado fue un manuscrito de 600 páginas, “Empresas Apostólicas”, terminado en 1739. A pesar de su naturaleza de segunda mano y la motivación abiertamente apologética de su trabajo, la historia de Venegas es una fuente importante de información etnográfica no preservada o disponible de otra manera. “Empresas Apostólicas” ha sido publicada en una edición facsimilar a partir del manuscrito en la Bancroft Library (Venegas 1979:IV).

El manuscrito de Venegas fue enviado a España para su publicación. Permaneció allí, sin ser publicado, por más de una década, probablemente porque estaban en juego cuestiones políticas sensibles sobre Baja California, los jesuitas y la corona española, pero quizás también por la prolijidad en el estilo de la escritura de Venegas. En los primeros años de la década de 1750, el manuscrito fue confiado a un jesuita español, Andrés Marcos Burriel, para su revisión. Burriel reorganizó a fondo el trabajo, eliminando e insertando nuevo material a partir de fuentes adicionales. El producto de esta colaboración a distancia entre Venegas y Burriel fue publicado finalmente, sólo bajo el nombre de Venegas, como “Noticia de la California” en 1757. Como lo es

también para la primera versión de Venegas, esta historia es una fuente etnográfica importante a pesar de su carácter de segunda o tercera mano.

Venegas también escribió una biografía con la extensión de un libro sobre Juan María de Salvatierra (Venegas 1929, 1979:V). Este trabajo tiene poco o ningún interés etnográfico o etnohistórico.

Otros dos reportes sobre Baja California durante el periodo jesuita fueron escritos en la década de 1750 pero no fueron publicados hasta el presente siglo. Estos son una “Descripción de California” y “Addiciones” al mismo (Aschmann 1966; O’Crouley 1972). La autoría de los dos manuscritos continúa siendo algo incierta. Aschmann atribuye el primero de éstos al misionero Benno Ducrue y el segundo a Fernando Consag.¹⁶ Ambos manuscritos se encuentran entre los documentos sobrevivientes más importantes para la etnografía de los dos tercios sureños de la península porque están basados en gran medida en experiencia de primera mano, y dan una inusual atención a la variabilidad cultural dentro de la región.

Otro sintetizador temprano de la historia misional fue el jesuita veracruzano Francisco Javier Alegre. Él inició trabajando un resumen de la historia de los jesuitas en la Nueva España en 1764 pero tuvo que dejar inconcluso el manuscrito cuando fue exiliado en 1767 (Alegre 1956-1960). Baja California era un pequeño pero importante elemento en la historia de Alegre. El historiador carecía de conocimiento de primera mano sobre la península, basándose mayormente en fuentes de información sobre ella que están ahora disponibles de manera independiente, y dio relativamente poca atención a temas etnográficos. Por esas razones, la historia de Alegre es de menor importancia para los presentes propósitos.

El primero de los reportes ampliados sobre Baja California escritos por jesuitas exiliados, fue un libro publicado póstumamente en alemán por Jacobo Baegert. Nacido en Alsacia, Baegert fue a Baja California en 1751 y sirvió por 16 años en la misión de San Luis Gonzaga, entre los guaycura de los llanos de Magdalena. En la época de Baegert, los nativos de dicha área, atraídos a la misión por Hostell, ya estaban sustancialmente aculturados y en un avanzado estado de declinación demográfica. Esto puede ayudar a explicar la actitud enfáticamente sarcástica y antipática hacia la península y sus pueblos que Baegert adoptó en sus escritos. El hecho de esta actitud no fue causada por amargura o motivos apologéticos relacionados con la expulsión de los jesuitas está confirmado por una serie de cartas a su familia escritas por Baegert cuando aún se encontraba en campo, las cuales son similares en contenido y tono a su último libro.

A pesar de este sesgo transparente, los escritos de Baegert son de importancia primaria al reconstruir la cultura aborigen de al menos una parte de la península, basándose en experiencia personal y escritos en gran parte en ignorancia sobre la materia de otros eruditos jesuitas. El libro de Baegert está disponible en buenas traducciones al español (1942) y al inglés (1952). Sus diez cartas conocidas, cinco de las cuales fueron escritas desde San Luis Gonzaga, han sido también publicadas en traducciones al inglés (Baegert 1982).

Benno Ducrue, nativo de Múnich, Alemania, sirvió en las misiones de La Purísima y Guadalupe entre 1752 y 1768, y tuvo el puesto de visitador de la península en los tiempos de la expulsión jesuita. A él había sido atribuida tentativamente la autoría de la importante “Descripción de California”, como se ha mencionado arriba. Escribió “Un reporte sobre la expulsión de 1767” (Burrus 1967a:36-119), un trabajo que tiene poca relevancia para la materia actual. Por el otro lado, dos cartas sobre tópicos lingüísticos, escritas en el exilio en 1778 y 1779, son de importancia considerable (Burrus 1967a:120-139). La primera ofrece comentarios breves y algo vagos sobre

¹⁶ Miguel León-Portilla (Barco 1988) atribuye la "Descripción" a Fernando Consag y las "Addiciones" a Miguel del Barco.

las diferentes lenguas de la península. La segunda hace comentarios similares y entonces presenta, de memoria, vocabulario y frases en la lengua cochimí, con traducciones latinas. Esta segunda carta es una de las fuentes primarias para la reconstrucción de la lengua cochimí.

Una figura de primera importancia en la historiografía jesuita de Baja California fue Miguel del Barco. Nacido en España, del Barco vino a California en 1738. Él sirvió como misionero por casi treinta años, la mayor parte de éstos en San Javier, muy lejos de la frontera jesuita y entre indios completamente aculturados. Sin embargo, él también sirvió más de una vez como visitador de las misiones de California y visitó todas las misiones de la península (Clavijero 1937:4). Después de la expulsión de los jesuitas en 1768, del Barco fue exiliado a Italia, y vivió en Bolonia hasta su muerte en 1790.

El papel clave de del Barco en la historia de la península fue como reportero. Existen indicaciones de que mientras todavía vivía en Baja California, compuso algunas notas sobre historia natural y otros temas, con el fin de complementar o corregir la historia publicada de Venegas y Burriel (Barco 1973:431). Varios reportes cortos y cartas escritas por del Barco en su misión y en el exilio han sobrevivido y han sido publicados, añadiendo notas de interés etnográfico, particularmente en temas lingüísticos. Su contribución principal, sin embargo, fue un voluminoso tomo escrito en el exilio, aparentemente en la década de 1770, y designado a complementar y corregir el trabajo de Venegas y Burriel. El manuscrito de del Barco fue usado en extenso, con reconocimiento, por su compañero en el exilio en Bolonia, Clavijero, en su compilación de la historia de la península. Clavijero pudo haber sido la fuente de estímulo original que causó que Barco registrara sus observaciones. El trabajo de del Barco permaneció en manuscritos hasta la reciente publicación de una edición en español (Barco 1973) y traducciones parciales al inglés (Barco 1980, 1981).

Del Barco nombró su manuscrito como “correcciones y adiciones” al libro de Venegas y Burriel, y una pequeña parte del trabajo consiste en comentarios página por página de la “Noticia”. La mayor parte del trabajo de del Barco, sin embargo, es esencialmente un estudio independiente. La sección más grande es histórica, continuando la crónica de las iniciativas misioneras en la península desde fines de los años 1730, donde se termina el detallado reporte en la “Noticia”, hasta la expulsión en 1768. La sección de historia natural es casi tan larga como la de historia, al discutir tanto sobre plantas y animales nativos de Baja California como introducidos, así como sobre sus depósitos minerales. Una tercera sección, más corta, trata de etnología y lingüística. Todas las tres secciones son ricas en importante detalle etnográfico, doblemente útil por el conocimiento personal del autor sobre mucho de lo que reporta y por las diferenciaciones frecuentes en la distribución geográfica de las características culturales discutidas.

Francisco Javier Clavijero publicó el reporte más completo sobre la península jamás realizado durante el periodo en el que los jesuitas estaban en el exilio. Nacido en Veracruz y servidor en México central hasta la expulsión de su orden, Clavijero, al igual que Venegas, Burriel y Alegre, nunca fue personalmente a Baja California, y tampoco trabajó entre los pueblos nativos no aculturados en México. En cambio, realizó su contribución a la orden trabajando hacia una prudente reforma y modernización de los sistemas educativos jesuitas. En el exilio, en Bolonia, Clavijero hizo su trabajo más importante como historiador. Él escribió una historia en varios volúmenes, sobre la pre-conquista del centro de México, que es notable en la época por su tratamiento inusualmente amable de los primeros aztecas. Este punto de vista ayudó a dicho autor, nacido mexicano, a ganar una reputación póstuma como precursor del nacionalismo mexicano moderno.

El segundo trabajo histórico mayor de Clavijero, que apareció después de su muerte, fue su

historia sobre Baja California. Originalmente publicada en italiano (1789), han sido hechas buenas traducciones al inglés (1937) y al español (1970). Aunque este trabajo está dedicado principalmente a las actividades de los jesuitas en la península, también ofrece un espacio considerable a las discusiones etnográficas de los nativos. Clavijero se basó de alto grado en la información de la “Noticia” de Venegas y Burriel y en sus compañeros exiliados en Italia que tenían conocimiento de primera mano sobre Baja California, en particular Miguel del Barco. Dado que muchos de las fuentes manuscritas que usó Clavijero han sido publicadas en años recientes, la importancia de su historia como repositorio de información sobre las culturas aborígenes ha sido notablemente reducida, aunque continúa siendo de cierta utilidad. Las contribuciones históricas de Clavijero han sido discutidas y evaluadas por Ronan (1977) y por otros autores en varios estudios más cortos.

Los periodos franciscanos y dominicos (1768–1830)

La expulsión de los jesuitas marcó una coyuntura decisiva en la historia de la península. Las ordenes misioneras que siguieron, primero los franciscanos y después los dominicos, intentaron mantener el sistema misional y continuar e incluso acelerar su expansión territorial. Sin embargo, la influencia de las nuevas órdenes se diluyó cada vez más por el poder político laico.

La administración franciscana. La era de los misioneros franciscanos en Baja California fue corta, durando sólo de 1768 a 1773. Este episodio fue más importante, en el presente contexto, por las influencias sobre el cambio cultural que produjo entre los indios que por el registro etnográfico de los mismos que preservó.

José de Gálvez vino a la Nueva España como visitador general para el rey, en efecto un plenipotenciario encomendado con la tarea de reformar y reorganizar la administración. Una de las responsabilidades de Gálvez era supervisar la transferencia del control misionero jesuita a los franciscanos en Baja California. Otra responsabilidad era organizar la ocupación de San Diego y Monterey en la Alta California. Este proyecto fue una expansión defensiva del imperio español para prevenir una posible invasión rusa o de cualquier otro país extranjero en la región. Para estos propósitos, Gálvez visitó en persona Baja California y registró algunas de sus observaciones. Sin embargo, no incluyó ninguna información etnográfica de importancia.

Junípero Serra, un franciscano originario de Mallorca con muchos años de experiencia como misionero en la sierra Gorda, una de las fronteras nortea-centrales de la Nueva España, fue nombrado como el primer presidente franciscano de las misiones bajacalifornianas. Durante su año en dicho puesto, Serra hizo numerosos viajes en la península, pero la colección publicada de sus cartas no contiene nada de importancia etnográfica sobre dicho periodo. En 1769 él fue uno de los líderes de la expedición a la Alta California, discutida abajo, jugando subsecuentemente un papel clave en la historia de esta última región.

El sucesor de Serra al cargo de las misiones de Baja California fue Francisco Palóu, su ex alumno y compañero mallorqués, quien administró las misiones hasta que fueron trasladados a los dominicos. Palóu compuso posteriormente dos trabajos históricos, una biografía de Serra (Palóu 1955, 1970) y las “Noticias de la Nueva California” (Palóu 1926, 1943). De los cuatro volúmenes de la traducción al inglés de este último trabajo, el primero cuenta la historia administrativa bajo los franciscanos, y el segundo incluye material sobre la expedición de 1769 a la Alta California. La discusión de Palóu sobre Baja California está casi totalmente centrada en las actividades de los

españoles y contiene muy poco material de interés etnográfico.¹⁷

La expansión al norte. El episodio más importante durante la permanencia franciscana en Baja California fue la expedición de 1769 para fundar misiones y presidios en la Alta California. Uno de los factores que dieron a este episodio su importancia para Baja California fue la medida en que los suministros para ello fueron extraídos de los ya escasos recursos de las misiones peninsulares, lo cual quizás aceleró el declive de estas últimas. Otro factor fue el impacto de los viajeros por tierra sobre los grupos indígenas que no habían sido visitados previamente, en la región noroeste de Baja California. Una tercera cosa de importancia fue la descripción etnográfica inicial de algunos de los grupos del noroeste que es preservada en los diarios de los viajeros.

El movimiento a la Alta California fue llevado a cabo por cuatro grupos separados. Dos fueron por barco desde la parte sur de la península y no necesitan ser mencionados más aquí. Los otros dos grupos, viajando separados por dos meses, establecieron la ruta terrestre desde la frontera jesuita hasta San Diego. La primera parte de la ruta por tierra siguió un sendero que Wenceslaus Linck había iniciado en 1766; algunos de los soldados que habían acompañado a Linck también formaron parte en las expediciones de 1769. En Velicatá, señalado por Linck como un sitio prometedor para una misión, los franciscanos inauguraron San Fernando, su única nueva misión en la península, como parte de su expedición de 1769. Al norte de San Fernando Velicatá, en un lugar llamado La Cieneguilla, donde la ruta de Linck giraba al este para cruzar la sierra de San Pedro Mártir, los viajeros de 1769 giraron al noroeste hacia una región previamente inexplorada. Viajando inicialmente bastante tierra adentro, se acercaron a la costa del Pacífico alrededor de San Telmo y continuaron al norte, sobre la costa o paralelos a la misma, hacia San Diego. Los viajeros que siguieron prefirieron tomar una ruta más directamente hacia el oeste de San Fernando Velicatá, hacia El Rosario, y de allí hacia el norte a lo largo de la costa.

Cuatro de los viajeros de 1769 en los dos grupos terrestres conservaron diarios que han sido publicados. El primer grupo por tierra fue dirigido por el capitán Fernando de Rivera y Moncada, quien había servido en Baja California por más de dos décadas y había acompañado a Consag y Linck en algunas de sus exploraciones. Rivera delegó sus responsabilidades como diarista al piloto José Cañizares (Thickens y Mollins 1952). También en el primer grupo estaba el misionero Juan Crespi, otro mallorqués y estudiante de Serra, quien hizo un diario más detallado. El diario original de Crespi no ha sido publicado. Sin embargo, él fue posteriormente encomendado con la tarea de compilar un diario oficial de la expedición de 1769, y produjo un trabajo compuesto por las observaciones de los participantes de ambos grupos (Bolton 1927; Palóu 1926). El segundo grupo por tierra estaba encabezado por el gobernador, Gaspar de Portolá, quien llevó un diario muy breve (Smith y Teggart 1909), y el presidente de la misión, Serra, quien escribió uno más detallado (Serra 1955).¹⁸

Los grupos por tierra, con la intención de objetivos más distantes y obstaculizados por las barreras del idioma, sólo produjeron una imagen etnográfica del noroeste muy limitada. Predominaron las observaciones sobre la vestimenta y los adornos, siendo los comentarios de Serra los más detallados y útiles. Los informes de Cañizares y Portolá contribuyen poco.

Siguiendo el establecimiento del sistema de misiones y presidios en la Alta California, el viejo sueño jesuita de una ruta terrestre entre Sonora y las Californias se volvió una prioridad urgente. El cruce del espacio entre estas regiones fue iniciado por un misionero franciscano en Sonora, Francisco Garcés. En 1771 Garcés hizo la primera incursión española por el delta del río

¹⁷ Véase también Palóu 1994.

¹⁸ Véase también Crespi 2001; Crosby 2003a, 2003b.

Colorado desde que Sedelmayr había ido allí en 1750, y la primera incursión jamás realizada hacia partes del desierto hacia el oeste, llegando hasta el extremo norte de la sierra Cucapá. En 1774, una expedición encabezada por un soldado sonorense, Juan Bautista de Anza, completó el vínculo terrestre entre Sonora y Monterey, cruzando la esquina noreste de Baja California. En 1775-1776, un grupo más grande fue dirigido por Anza a lo largo de una ruta similar para fundar la ciudad de San Francisco en la Alta California. Posteriormente, un breve y malogrado intento en 1779-1781 llevado a cabo por franciscanos sonorenses y soldados, para establecer misiones y un asentamiento español en el bajo río Colorado en Yuma, fue fruto de los encuentros amistosos de Anza con los indios quechan en ese mismo lugar.

Las fuentes disponibles sobre las expediciones de Anza son numerosas, incluyendo más de una docena de diarios y muchas cartas (Bolton 1930; Coues 1900). Estas fuentes sólo contienen una cantidad bastante limitada de material etnográfico específicamente relevante a Baja California.

El papel de los dominicos. Incluso antes de que los franciscanos se establecieran en las dos Californias, la orden dominica había solicitado al rey un papel en esa frontera. Las autoridades en la Nueva España inicialmente rechazaron esta idea, juzgando que los franciscanos eran adecuados para la tarea y también temiendo que hubiera conflictos si se entremezclaban los campos de las dos órdenes. La autoridad real insistió en otorgar una concesión a los dominicos, sin embargo, y los misioneros dominicos fueron enviados desde España en 1771. Una conferencia entre líderes de ambas ordenes en 1772 produjo un acuerdo. Bajo éste, los franciscanos retenían su control sobre la Alta California, mientras que a los dominicos se les concesionó la península, incluyendo tanto la vieja área jesuita en el sur como la frontera no convertida entre San Fernando Velicatá y San Diego, hasta el norte siguiendo una línea ligeramente hacia el sur de la actual línea internacional.

Los dominicos asumieron sus responsabilidades en las misiones bajacalifornianas en 1773 y continuaron en la península hasta mediados del siglo XIX, aunque con influencia cada vez menor. La vieja área jesuita, en un estado de avanzado descenso demográfico, implicó poca actividad importante de los dominicos para el presente contexto. Para la región al norte de San Fernando Velicatá, sin embargo, el periodo dominico fue uno de detalladas exploraciones geográficas y la incorporación de los habitantes nativos dentro de la cultura misional.

El establecimiento de las misiones de la frontera dominica ha sido discutido en detalle por Meigs (1935). Una secuencia inicial de fundaciones creó una cadena de misiones cerca de la costa del Pacífico, incluyendo El Rosario (1774), Santo Domingo (1775), San Vicente (1780), San Miguel (1787) y Santo Tomás (1791). Un segundo nivel de misiones tierra adentro fue iniciado posteriormente en San Pedro Mártir (1794) y Santa Catarina (1797). Fundaciones adicionales también fueron hechas después sobre la costa del extremo norte, en el Descanso y Guadalupe, entre 1812 y 1834. Los dominicos concebían su concesión extendiéndose al este hacia el río Colorado (Sales 1956:167), aunque las únicas misiones fundadas en aquella área oriental fueron las fracasadas misiones establecidas por los franciscanos sonorenses en 1779-1781, ya mencionadas.

En comparación a los jesuitas, los dominicos dejaron poco material de interés etnográfico sobre la parte de la península en la cual evangelizaron. Existe correspondencia y otros registros sobre la administración de Baja California durante el periodo dominico, y es posible que éstas contengan ciertas piezas de información importante para los presentes propósitos, pero poco ha sido obtenido de dichas fuentes hasta la fecha. Notablemente, el estudioso más minucioso sobre la frontera misional dominica, el geógrafo Peveril Meigs, quien ofreció amplia evidencia de interés etnográfico en otros estudios sobre la región, no tiene casi nada que reportar etnográficamente hablando en sus investigaciones sobre las misiones dominicas (Meigs 1935).

Una excepción a la regla de la desnutrida documentación etnográfica hecha por los dominicos es el escrito de Luis Sales. Un español como los otros misioneros dominicos en Baja California, Sales vino a la península en 1772 o 1773 y sirvió en el área fronteriza, incluyendo, aparentemente, las misiones de El Rosario, San Vicente y San Miguel. En 1790 le fue otorgado un permiso para regresar a España. Mientras permaneció en Baja California y durante su viaje de regreso, Sales escribió a un amigo español tres cartas que fueron posteriormente publicadas (Sales 1956, 1960). La primera de estas cartas es un importante reporte de primera mano sobre los indios de Baja California, particularmente sobre sus creencias y ceremonias. Las dos cartas siguientes documentan en parte la naturaleza de la interacción misionero-indio en el noroeste, incluyendo el severo régimen impuesto por los misioneros y la frecuente violencia por parte de los indios insumisos.

Los exploradores laicos. Durante el periodo dominico, fueron los hombres laicos en lugar de los misioneros quienes asumieron cada vez más los papeles claves en el contacto con y la escritura sobre los grupos nativos no asimilados que quedaban. La exploración de áreas para sitios de nuevas misiones tierra adentro de la costa fue hecha generalmente por soldados, notablemente José Velázquez en 1775 y 1785 (Ives 1984) y José Joaquín Arrillaga en 1793-1796 (Arrillaga 1969). Los informes sobre la expedición de 1785 de Velázquez y la de 1796 de Arrillaga contienen un número de comentarios menores de interés etnográfico.

Un naturalista español, José Longinos Martínez, completó un viaje rápido a lo largo de la península, con varios viajes hacia los lados, en la primera mitad de 1792. Aunque estaba interesado particularmente en observar la flora, la fauna y los minerales de la región, Longinos también dedicó cierta atención a las costumbres de sus indios, principalmente en las áreas al norte donde todavía sobrevivían poblaciones nativas importantes que retenían partes significativas de sus culturas aborígenes. El viaje de Longinos fue tan rápido que mucha de su información debe haberse basado en observaciones muy superficiales, o bien, en reportes de segunda mano. El informe de su viaje ha sido editado y traducido por Simpson (Longinos Martínez 1961).¹⁹

Los cambios externos iniciados durante estos años minaban cualquier posibilidad de un programa dominico exitoso en la península. En Europa, España estaba debilitada por su participación en las guerras napoleónicas. La batalla por la independencia de México estalló en 1810 y fue consumada en 1821. Estos levantamientos tendieron a aislar las misiones peninsulares de las fuentes esenciales de apoyo material y personal. Con la independencia, las lealtades de los misioneros nacidos en España fueron vistas como sospechosas, y el clima político en la ciudad de México favoreció generalmente las ambiciones económicas de terratenientes laicos y comerciantes extranjeros. Los misioneros, en números disminuidos, continuaron su trabajo, con una continua decreciente influencia y efectividad.

Los últimos exploradores de Baja California que trataron con pueblos nativos sin aculturar fueron dos grupos de visitantes no españoles en el noreste de Baja California a fines de la década de 1820. El teniente R. W. H. Hardy fue un oficial naval británico desempleado que viajó a través de México, particularmente en el noroeste, entre 1825 y 1828 como el representante de una iniciativa para el buceo de perlas y que publicó un reporte popular de sus viajes (Hardy 1829). El interés de los viajes de Hardy y sus escritos para el presente propósito concierne al periodo entre julio y agosto de 1826, cuando Hardy exploró las partes bajas del delta del río Colorado. Su pequeño bote se atascó en un canal poco profundo, y pasó varios angustiantes días en contacto con los indios locales, de quienes Hardy sospechaba intenciones hostiles. Las observaciones de Hardy

¹⁹ También publicado en español por Salvador Bernabéu Albert (Longinos Martínez 1994).

sobre los indios, así como sus observaciones sobre los mexicanos en general, tendieron hacia la intolerancia etnocéntrica y la incompreensión. A pesar de ello, sus observaciones contienen información útil sobre el periodo antes de que las perturbaciones exteriores en la vida del delta se volvieran profundas.

Otro grupo de intrusos hablantes de inglés, en este caso cazadores de pieles estadounidenses que viajaban hacia el oeste desde Santa Fe, cruzaron el norte de Baja California en el invierno de 1827-1828. Ellos llegaron a territorio quechan en la confluencia del Colorado-Gila, siguiendo el río Colorado hacia el sur dentro de territorio cucapá en el delta. Ahí ellos tuvieron serios problemas a causa del macareo del río. Finalmente, con grandes sufrimientos, cruzaron la cuenca Pattie y ascendieron por las montañas hacia el oeste, para alcanzar las misiones de la costa del Pacífico. Las experiencias de este grupo, narradas por uno de sus miembros, James Ohio Pattie (1833), arrojan cierta luz sobre la situación lingüística y cultural del delta en aquel periodo.

Siglos XIX y XX

En algún momento durante la primera mitad del siglo XIX, se marcó un hito en Baja California. Antes de ello, el foco principal de interés en la historia de la península había sido su población nativa americana. Dicha historia, como ha sido escrita por los extranjeros euroamericanos, había tendido a ser contada en términos de las vidas de otros extranjeros, como los exploradores, los buscadores de fortuna, los misioneros y los soldados. Sin embargo, las carreras de los protagonistas euroamericanos habían estado basadas en sus relaciones con los nativos, explotando el conocimiento de estos últimos sobre su territorio, resistiendo sus agresiones o doblegando su independencia, asimilándolos en sistemas culturales externamente inspirados. Antes de los mediados del siglo XIX, este foco de interés ya no estaba presente. La historia de Baja California se volvió una cuestión básicamente de extranjeros y su descendencia física y cultural interactuando entre ellos y con el paisaje natural. La decreciente población indígena de la península había sido relegada a un papel secundario, periférico, en los destinos de la península.

Estos cambios tienen implicaciones para la organización del presente estudio. Durante los periodos de explotación y misionización, las principales figuras históricas y los hombres que estaban las fuentes más importantes de la información etnográfica tendieron a estar el mismo grupo de personas. La preservación del registro prehistórico y su alteración o destrucción estaban en las mismas manos y habían sido convenientemente investigados en conjunto. En los siglos XIX y XX, la preservación del registro prehistórico se volvió cada vez más el campo sólo de especialistas, y su historia es más convenientemente tratada de manera separada en los capítulos que siguen. Además, existió cierto vacío o discontinuidad en el desarrollo del registro prehistórico durante el siglo XIX. Los exploradores y los potenciales explotadores de Baja California en los siglos XVI y XVII dejaron registros que, aunque a menudo escuetos, son de un valor único como las primeras fuentes escritas disponibles, ya que registran las condiciones aborígenes casi impolutas. Los misioneros del siglo XVIII trataron con una situación menos prístina, pero conocieron a las sociedades nativas y sus culturas con mucha mayor profundidad que sus predecesores, y escribieron mucho más. En el siglo XIX, las observaciones fueron hechas bajo circunstancias aún más lejanas que aquellas en los tiempos anteriores al contacto, siendo realizadas con una considerable menor profundidad en el conocimiento y sin más sofisticación teórica que la utilizada por los observadores del siglo XVIII. Como resultado, la mayoría de las fuentes del siglo XIX son de valor menor para los propósitos de este estudio. Un nuevo avance se dio sólo en el siglo XX,

cuando una metodología y contexto interpretativo antropológicos más sofisticados estuvieron disponibles.

La historia general de Baja California durante los siglos XIX y XX merece un corto comentario, para ayudar a evaluar las vicisitudes a las cuales ha estado sujeto el registro prehistórico. Considerando este tema, puede ser particularmente importante mirar hacia las desigualdades regionales en los impactos a dicho registro.

La actividad mexicana en Baja California durante el siglo XIX estuvo primero centrada principalmente en el sur (Martínez 1960; Valadés 1974). Los primeros asentamientos no misionales ni presidiales habían sido fundados allí a fines del siglo XVIII, donde por primera vez las poblaciones indígenas habían sido reducidas hasta el punto de la desaparición.

El relato del desarrollo mexicano en el sur parece haber consistido básicamente en ranchería y agricultura a pequeña escala, explotación intermitente de otras fuentes económicas, particularmente la minería, y episodios frecuentes de intriga política e inestabilidad. Un evento importante en su historia fue la invasión de los Estados Unidos y la ocupación parcial del sur durante la guerra mexicana-norteamericana de 1846-1848. Las batallas libradas en Baja California fueron pequeñas en términos de los estándares de la guerra, pero interrumpieron significativamente la emergente economía de la península y su orden social. Quizás incluso más destructoras fueron las secuelas de la guerra. Los invasores norteamericanos habían anunciado su intención de retener el control permanente de la región, pero el tratado de Guadalupe Hidalgo regresó Baja California a México, forzando a una considerable parte de la población que había colaborado con los invasores a migrar al norte. Hubo también una migración más pequeña hacia el sur de mexicanos leales desde la Alta California. Posteriores episodios de filibusterismo, notablemente el de William Walker en 1853-1854, mantuvieron vivo el sentimiento de incertidumbre política en Baja California. La fiebre del oro en la Alta California también tuvo un importante impacto, al ser cruzada la península por grupos en su camino hacia los campos de oro, en la integración permanente del bajo río Colorado dentro de los sistemas de comunicación continental, y en cuanto a cierto reflujo de buscadores de oro decepcionados que vinieron a la península para probar suerte. La comunicación entre Baja California y el territorio continental mexicano permaneció tenue, y la inestabilidad política crónica del continente mexicano en las primeras décadas después de la guerra mexicana-norteamericana aisló aún más la península.

Las partes central y norte de Baja California habían quedado a la zaga de la creciente población del sur durante el siglo XIX, pero fue experimentada una variedad de tipos de desarrollo económico locales e incluso regionales. En el centro de la península, pequeños ranchos, de cierta manera los herederos del patrón económico misional, proveyeron el modo de vida tradicional de una red de familias que han preservado este patrón hasta el presente siglo (Crosby 1981). Sobre la costa del Pacífico, la caza de ballenas y de otros mamíferos marinos ofreció auges de poca duración. Otras áreas experimentaron también auges en la minería de metal, lo cual dejó el legado de pueblos muertos o asentamientos marginales y una población de obreros migrantes. Con mucha menor frecuencia, como en el caso de la mina de cobre propiedad de una compañía francesa, El Boleo, se desarrollaron empresas de largo plazo con elaboradas estructuras de soporte. La agricultura especializada o recolección de otras fuentes vegetales o minerales han sido la base de varios esquemas de asentamiento, la mayoría de ellos infructuosos o por lo menos de corta duración. Las enormes concesiones de tierra hechas a empresas de propiedad extranjera como medio para promover la colonización y el crecimiento económico provocaron más controversia que asentamientos efectivos, aunque la ciudad de Ensenada fue un producto exitoso de una de esas concesiones. En el delta del río Colorado, la transportación de bienes a través del río entre el golfo

y partes del bajo río en Estados Unidos se mantuvo importante hasta que fue superada por el ferrocarril transcontinental.

En el siglo XX, el cambio más notable fue una concentración del crecimiento a lo largo de la frontera norte. El control de las aguas del río Colorado para la agricultura de riego en el delta resultó en el rápido crecimiento de la población en el valle de Mexicali. La frontera misma fue el estímulo para el crecimiento de Tijuana, primero como un refugio del puritanismo estadounidense en cuanto al consumo de alcohol y el juego, y después en relación a los desequilibrios en el mercado laboral.

La concentración en Baja California de una floreciente población urbana en centros nortños como Mexicali, Tecate, Tijuana y Ensenada, añadió más presión a la separación cultural y la tenencia de la tierra de los grupos nativos sobrevivientes, que también estaban concentrados en las mismas áreas. El desarrollo del turismo y la terminación de la carretera a través de la península pusieron a los restos arqueológicos de Baja California en creciente peligro. Sin embargo, el crecimiento y el desarrollo también contribuyeron a promover la preservación de información sobre el pasado prehistórico e histórico, por ejemplo, por el establecimiento de universidades y museos en la región.

Extensiones

La publicación de muchos documentos etnohistóricos sobre la península para el periodo desde la exploración inicial euroamericana hasta el fin del siglo XVIII ha sido un logro importante y representa un recurso sustancial para futuros estudios. Es posible que mayores reportes etnográficos adicionales esperen a ser descubiertos en algún lugar en los archivos de México, España o cualquier otro lugar. Más seguramente, reportes de valor relativamente menor pero aún con contribuciones valiosas a la información etnográfica esperan a ser reconocidos y dispuestos públicamente.

A otras fuentes de información histórica, particularmente registros misionales, les ha sido dada cierta atención preliminar, notablemente por Dunne, Meigs, Cook, Aschmann y Jackson, como es discutido en los últimos capítulos. Una explotación más sistemática de dichas fuentes, específicamente con respecto a la reconstrucción de los estilos de vida prehistóricos en la península, sería de utilidad.

El reconocimiento y explicación de los sesgos subyacentes a la presentación de informes e historiografía jesuita concerniente a la península es un tópico de interés considerable por derecho propio y como auxiliar en el esclarecimiento de la interpretación de las culturas nativas. Algunas posibles oportunidades únicas para examinar dicho problema de los sesgos etnográficos en los reportes misioneros son representados por el caso de Baja California. Para la península, una considerable diversidad de fuentes diferentes está disponibles, procedentes de misioneros con un amplio rango de antecedentes nacionales e intelectuales.

La historia de las cambiantes relaciones entre los indios bajacalifornianos y la dominante sociedad y cultura mexicana nacional durante el siglo XIX y principios del siglo XX ha sido poco explorada. Esto sigue siendo así a pesar de algunos esfuerzos preliminares importantes, por ejemplo, por Kelly, Owen, Williams y otros, y a pesar de la existencia probable de fuentes bastante ricas para dicho estudio en los recursos de archivo, las memorias de potenciales informantes e incluso en la arqueología. Una imagen más clara de esta historia podría hacer mucho para esclarecer la relación del registro etnográfico del siglo XX para la prehistoria.

IV – LINGÜÍSTICA Y PREHISTORIA

El primer grupo de enfoques antropológicos para la prehistoria de Baja California que será considerado aquí, será aquel que maneja evidencia lingüística.²⁰ Se pueden ofrecer dos razones para justificar dicha prioridad. En primer lugar, las unidades básicas en cuyos términos mucha de la información etnográfica sobre Baja California ha sido reportada son comunidades lingüísticas, es decir, agrupaciones máximas de personas que hablan una sola lengua, mutuamente inteligible; empezar definiendo dichas unidades facilitará discusiones posteriores. En segundo lugar, el lenguaje como un aspecto de la cultura muestra más claramente que la mayoría de otros la tensión o dualidad de los modos históricos y adaptativos de interpretación. Por esta razón, los modelos lingüísticos pueden ser útiles como paradigmas cuando se está considerando otros tipos de evidencia antropológica de la prehistoria en la que estos dos modos son menos claramente diferenciables.

La utilidad de las comunidades lingüísticas como unidades de referencia para la prehistoria de Baja California ha sido bastante universal y, con cierta precaución, resulta apropiada. Idealmente, un enfoque particularizante de la materia de la prehistoria podría empezar en la comunidad residencial individual –si no, de hecho, en la persona individual– y trabajar subiendo por comparación y generalización a la escala mayor representada por las comunidades lingüísticas. Valerse de unidades pequeñas similares en la evidencia, discutidas en el Capítulo VI, encuentra sostén en que las unidades sociales y políticas eficaces en muchas áreas de la Baja California prehistórica no eran las tribus –entidades multi-comunitarias– sino las bandas o rancherías, es decir, entidades uni-comunitarias compuestas de pocas familias con no más que diferencias dialectales entre algunas de las comunidades vecinas. Sin embargo, por muy deseable que pueda ser dicho enfoque inicial en la escala residencial-comunitaria, claramente no es una estrategia realista. La evidencia etnográfica es demasiado parcial como para proporcionar una imagen razonablemente completa de cualquier asentamiento particular, o una matriz razonablemente completa de distribuciones para cualquier rasgo particular entre varios asentamientos de una región. Posiblemente, estudios arqueológicos en dicha escala y con tal detalle pudieran ser posibles, pero tales estudios aún no han sido aplicados. La escala mayor de los territorios lingüísticos es la mínima que ha sido comúnmente usada en reportes etnohistóricos y reportes etnográficos modernos. Definiciones específicamente lingüísticas para estas unidades han sido habituales, y también son razonables, dada la importancia clave del lenguaje como el medio para la transmisión de gran parte de la cultura. Sin embargo, debe recordarse que con bastante seguridad dichas unidades lingüísticas se encuentran incluidas en y atravesadas por otras divisiones culturales y biológicas, y que probablemente los límites lingüísticos por sí mismos fueron con frecuencia desdibujados por bilingüismos individuales y la presencia de comunidades multi-lingüísticas.

Aparte de la cuestión de las unidades descriptivas, la lingüística también es conveniente como punto de partida en función de la relación inusualmente clara entre elementos adaptativos e históricos para la reconstrucción de la prehistoria en al menos algunos aspectos del lenguaje. Todas las sociedades humanas conocidas emplean lenguas orales, y todas las lenguas humanas conocidas

²⁰ También se discutieron en Laylander 1997c, Mixco 2010. Otras descripciones de la prehistoria lingüística relevantes para esta región incluyen Foster 1996; Golla 2007, 2011; Laylander 2010a.

guardan ciertos parecidos. Estas características universales en una lengua no revelan nada de los modos de vida o historias específicas de sus hablantes. Sin embargo, todas las lenguas también están repletas de rasgos idiosincráticos que reflejan procesos de cambio y evolución, no sólo de las lenguas sino de las culturas de las cuales forman parte.

Puede asumirse cualquier lengua en un balance metaestable, entre la necesidad de mayor simplicidad, para facilitar la comunicación, y la necesidad de mayor precisión, para evitar la ambigüedad. Esta tensión, junto con la ocurrencia de errores en el proceso de adquisición del lenguaje, es suficiente para explicar la inexorable tendencia de las lenguas a cambiar a través del tiempo. También hay un estado de tensión dentro de la comunidad lingüística como unidad social, entre por una parte los costos socioculturales involucrados en la supresión de divergencias internas en la vía de los cambios en los dialectos para mantener la uniformidad, y por la otra los costos socioculturales de perder los beneficios de la mutua inteligibilidad si se permite la divergencia. La solución a esta tensión dependerá en parte de factores sociales no lingüísticos. En contextos sociales como el colapso demográfico o la restricción territorial, la absorción de dialectos y lenguas distintas dentro de una sola unidad puede ocurrir. En los casos que implican eventos como la expansión territorial o la divergencia cultural, una comunidad lingüística puede dividirse gradualmente en dialectos separados, luego lenguas, y finalmente en familias lingüísticas. El patrón de lenguas en un punto determinado del tiempo puede pues reflejar condiciones sociales y culturales no lingüísticas. Dado que el cambio lingüístico es gradual y progresivo, sin embargo, dicho patrón también contendrá los residuos de patrones pasados en profundidades temporales variadas.

Los patrones lingüísticos son reveladores no sólo en este contexto amplio, sino también en cuanto a detalles. El préstamo entre lenguas muy probablemente documente la relación cercana entre dos comunidades lingüísticas, pero también puede indicar adicionalmente algo sobre la naturaleza de dicha relación, reflejada en la dirección y el contenido cultural específico del préstamo. La retención o pérdida de ítems particulares dentro de una lengua puede ser en parte arbitrario o impredecible, pero también puede ser en parte el reflejo de una necesidad específica adaptativa para dichos ítems, o su irrelevancia en el contexto cultural general.

El aspecto más manejable de la lengua para los propósitos presentes es el léxico, y la mayor parte de este capítulo se enfoca a las técnicas léxicas para reconstruir la prehistoria. Las razones para ello son evidentes: los rasgos léxicos son más relacionables con otros aspectos no lingüísticos de la cultura que lo que pudieran ser la fonología o la sintaxis, por ejemplo, y los rasgos léxicos son más manejables como marcadores históricos dado sus grandes números y el elemento considerable de discreción en ellos. De la misma manera, el léxico fue también el elemento registrado más adecuadamente en los estudios lingüísticos tempranos en esta región. Sin embargo, por lo menos algo de atención será dada a las pistas fonológicas para la prehistoria, y los desafíos de los estudios sintácticos históricos, si bien desalentadoramente complejos, no deberían ser pasados por alto como posibles futuras estrategias para la prehistoria lingüística.

(Partes de este capítulo, con material adicional específicamente relacionado a cuestiones lingüísticas del norte de la frontera internacional, han sido presentados previamente en Laylander 1985²¹).

Estudios descriptivos de lenguas

El trabajo de campo lingüístico en Baja California, registrando las lenguas aborígenes, inició

²¹ Traducido en español en Laylander 1993.

efectivamente con la llegada de los jesuitas. Viajeros tempranos incidentalmente preservaron unas cuantas palabras del habla nativa, lo cual es útil para identificar los pueblos ancestrales específicos que fueron contactados, pero sólo los jesuitas tuvieron las oportunidades, motivaciones y capacitación para compilar gramáticas, coleccionar vocabularios y traducir textos. Algunos de los primeros registros de esta índole fueron hecho por Kino y Copart a principios de la década de 1680 (Burrus 1954:114-115; Massey 1949:290). Sin embargo, estos registros, como otros varios posteriores referidos de paso en las historias jesuitas, aparentemente no sobrevivieron. Los registros lingüísticos que se han conservado hasta el presente datan sólo del periodo después de la expulsión de los jesuitas en 1768. Contribuciones importantes incluyen el reporte de Baergert (1952:94-104) sobre la lengua guaycura²² y los registros del cochimí hechos por Ducrue (Burrus 1967a:136-139), del Barco (1973:221-231) y Clavijero (1937:396).²³

Cierto trabajo lingüístico de utilidad fue hecho durante el siglo XIX en las partes central y septentrional de la península. El desarrollo del interés por la clasificación genética de las lenguas a principios del siglo XIX en Europa y América, proporcionó motivación para la colección de vocabularios en lenguas nativas a partir de grupos aborígenes sobrevivientes en todo el mundo. La mayor parte del trabajo hecho en ese periodo tuvo un carácter relativamente superficial y actualmente tiene poca importancia porque fue hecho sobre lenguas que después de ello han sido reportadas con mayor profundidad y sofisticación. Una excepción con respecto a Baja California es el trabajo de William M. Gabb, quien en 1867 hizo un reconocimiento lingüístico de la región. Gabb recolectó vocabularios que incluyeron una lista del cochimí de Santa Gertrudis o San Borja (Mixco 1978:11), el cual fue posteriormente publicado por Gatschet (1877). Esta lista ha conservado su importancia debido a la escasez de material en cochimí y debido a la extinción aparente de la lengua posteriormente. Otra lista de vocabulario cochimí se adquirió en la misma época por John Russell Bartlett y fue también publicada por Gatschet (1877). Sin embargo, esta lista fue recolectada en Sonora, y su autenticidad como evidencia referente al cochimí ha sido seriamente cuestionada (Aschmann 1959:155; Mixco 1978:11-12). Las listas del cochimí realizadas por Gabb y Bartlett fueron utilizadas también por Kroeber (1931:31-35).

El primer lingüista importante del siglo XX que trabajó en Baja California fue John Peabody Harrington. La personalidad algo bizarra de Harrington y sus contribuciones han sido discutidas por Laird (1975) y Walsh (1976). Su trabajo de campo extensivo, combinado con una confidencialidad compulsiva, resultó en un legado de material invaluable, pero sin publicar el cual sólo en las últimas dos décadas ha comenzado a ser ordenado, evaluado y a estar más disponible. En cierto momento a fines de la década de 1920, Harrington condujo un estudio lingüístico sobre el norte de Baja California, entre la frontera internacional y El Rosario. Mixco (1977a, 1977c) ha publicado material a partir de las notas de campo de Harrington sobre esta área.

Alfred Louis Kroeber fue una figura mayor en la antropología americana y el sistematizador dominante de la antropología en California durante la primera mitad del presente siglo. Sin embargo, sus intereses no estaban primordialmente enfocados en la parte sur de dicho estado, y no llevó a cabo trabajo de campo en Baja California. En 1930, sin embargo, Kroeber realizó ciertas investigaciones lingüísticas limitadas con informantes kahwan y cucapá al norte de la frontera. Algo de los resultados fueron incluidos en un artículo interpretativo sobre la delimitación de los subgrupos de la familia lingüística yumana (Kroeber 1943).

Un geógrafo, Homer Aschmann, hizo una contribución al registro lingüístico para Baja

²² Véase también Zamponi 2004.

²³ También hay información sobre cochimí extraída de los registros de las misiones (Alfaro Castro y García Zúñiga 2013).

California compilando datos sobre nombres personales en cochimí tal como se registran en los registros misionales del desierto central (Aschmann 1954:531-545).

Werner Winter hizo un estudio sobre lenguas yumanas en el verano de 1956. Todos sus informantes vivían al norte de la frontera internacional, pero eran hablantes de lenguas también habladas al sur, incluyendo dos hablantes de cucapá y cinco “campos” (hablantes de diegueño). La información elicitada incluyó textos, pero en su artículo publicado Winter (1957) sólo enfatiza la consideración de listas de ítems léxicos. Este artículo no presenta en grado importante los datos lingüísticos por sí mismos, pero en vez de ello discute una cuestión interpretativa, el subagrupamiento de la familia lingüística yumana. Otro artículo de Winter (1967) se enfoca igualmente en la interpretación, y se basa en gran medida en datos recolectados por Wares, pero también presenta ciertos datos de apoyo al parecer derivados del propio trabajo de campo de Winter.

Alan Campbell Wares, del Instituto Lingüístico de Verano, hizo investigaciones y recolectó listas de palabras de las lenguas nativas del norte de Baja California en 1953 y 1955. El material sobre cucapá fue elicitado de dos informantes en el ejido Cucapá Mestizo al sur de Mexicali, y en Somerton, Arizona. El material diegueño fue obtenido de cinco informantes en La Huerta y San Miguel. El material paipai vino de tres informantes en San Miguel y San Isidoro; Santa Catarina también fue visitada. El material kiliwa fue recolectado de un informante en arroyo de León. Los datos de campo de Wares fueron usados por Winter (1967), así como por el mismo Wares (1968) en un estudio que también usó datos recolectados entre grupos yumanos en Estados Unidos y datos recolectados por investigadores anteriores.

Dina Judith Joël condujo trabajo de campo lingüístico en el norte de Baja California, como parte del programa de investigación de la University of California, Los Ángeles, en relación con el trabajo etnográfico de Roger Owen y las investigaciones arqueológicas y etnohistóricas de Frederic N. Hicks. Joël trabajó entre 1956 y 1960 con paipai en Santa Catarina, con diegueño en Santa Catarina, La Huerta, San José de la Zorra y Tecate, y con kiliwa en arroyo de León. Sus contribuciones incluyen una tesis doctoral no publicada sobre fonología y morfología del paipai (1966), un artículo interpretativo sobre parentescos lingüísticos dentro de la familia yumana en el que reportó algunos datos comparativos (1964), y un artículo sobre la recolección y procesamiento de alimentos que incluyó cuatro textos cortos en paipai con anotaciones lingüísticas (1976).

James Mack Crawford, un estudiante de la University of California, Berkeley, hizo en dos semanas un reconocimiento lingüístico de las lenguas yumanas en 1962, seguido de trabajo de campo más intenso entre los cucapá en 1963, 1964, 1965, 1967, 1973, 1978 y 1979. También trabajó con la Sra. Joan Yaramata, supuesta por ser la última kahwan. Las mayores contribuciones de Crawford fueron su tesis doctoral (1966), que presentó material descriptivo de fonología, morfología y sintaxis cucapá, y una colección de textos en cucapá (1983). Se ha prometido un diccionario y una gramática del cucapá (Crawford 1983:ix).²⁴ Crawford también escribió artículos más cortos en lenguaje de bebé (1970) y un estudio sobre el verbo auxiliar del cucapá (1976).²⁵ Estudios sobre aspectos de la lengua cucapá, usando datos de Crawford, han sido llevados a cabo por Birgitte Bendixen (por ejemplo, 1980).

El antropólogo mexicano Carlos Robles Uribe hizo un reconocimiento en toda la región del norte de Baja California de las lenguas sobrevivientes en 1964. El material primario recolectado durante este proyecto fue un grupo de listas de palabras básicas en paipai, kiliwa, cucapá y “ku’ahl” y “cochimí” (diegueño), aunque también recolectó algo de material fonológico y sintáctico (Robles

²⁴ El diccionario ha sido publicado (Crawford 1989).

²⁵ Véase también Crawford 1998.

Uribe 1965).

Un número de investigadores norteamericanos, notablemente Margaret Langdon de la University of California, San Diego, han trabajado registrando y analizando la lengua diegueño (por ejemplo, Couro y Hutcheson 1973; Couro y Langdon 1975; Gorbet 1976, 1979; Langdon 1970; Walker 1970). Estos trabajos se tratan casi exclusivamente de la lengua o dialecto ipai de la Alta California. El trabajo sobre ciertos aspectos del diegueño de La Huerta realizado por Leanne Hinton (1975; Hinton y Langdon 1975, 1984) ha sido una excepción.

Mientras estudiaba en la University of California, Berkeley, y posteriormente como profesor en la University of Utah, Mauricio Mixco realizó contribuciones importantes a la lingüística histórica de Baja California. Él estudió material etnohistórico y moderno en manuscritos sobre cochimí (Mixco 1977c, 1978, 1979) y sobre lenguas posibles extintas de Baja California (1977d). Adicionalmente, condujo trabajo de campo entre los kiliwa en los veranos de 1966 a 1970 en el valle de la Trinidad y también en Santa Catarina, y entre los paipai de Santa Catarina en 1974-1975. La tesis doctoral de Mixco (1971) presentó datos de fonología, morfología y sintaxis kiliwa. Otras publicaciones han tratado con los procesos de cambio lingüístico en kiliwa (1975, 1977b, 1977e), presentado textos en paipai (1977a, 1984a, 1984b) y en kiliwa (1976, 1983) y ofrecido un diccionario kiliwa (1985). También se ha prometido una gramática del kiliwa (Mixco 1983:13).²⁶

Héctor Benjamín Trujillo, un investigador asociado a la Universidad Autónoma de Baja California, recolectó materiales de las lenguas yumanas sobrevivientes del norte de Baja California durante “más de diez años de trabajo de campo” (Trujillo 1983:66), principalmente en la década de 1970. Trujillo publicó un artículo presentando material comparativo en fonología, sintaxis y léxico de kiliwa, paipai, cucapá y “cochimí” (diegueño huerteño) (Trujillo 1983), así como un estudio más amplio sobre “Las lenguas hokanas de Baja California” (no consultado) (Trujillo 1980).

Jesús Ángel Ochoa Zazueta, un antropólogo asociado al Instituto Nacional de Antropología e Historia en México, hizo contribuciones lingüísticas sobre las lenguas nativas sobrevivientes del norte de Baja California con base en trabajo de campo realizado durante la década de 1970. La mayor parte del material lingüístico de Ochoa Zazueta ha sido publicada en un estudio sociolingüístico de la región (Ochoa Zazueta 1982b). Partes que tratan con identidades y locaciones geográficas de diferentes comunidades lingüísticas (1979) y con fechamiento lexicoestadístico (1982a) también han sido publicadas de manera separada, así como un estudio comparativo de sistemas numerales aborígenes (1978c). Ochoa Zazueta también publicó en presentaciones breves y populares, cuatro propuestas de alfabeto para el cucapá, el paipai, el “k’miai” (diegueño) y el kiliwa (1976a, 1976b, 1977a, 1978a).

Lenguas y territorios

El primer problema asociado con los enfoques lingüísticos sobre la prehistoria de Baja California será delinear las lenguas que eran habladas en la península durante el último periodo prehistórico, así como las áreas donde eran habladas. Para superar esto, hay disponibilidad de dos tipos de evidencia. Los lingüistas antropológicos modernos han grabado y estudiado las lenguas que aún sobreviven en partes del extremo norte, como se ha indicado arriba, y los etnógrafos han recolectado testimonios sobre los territorios que los hablantes de estas lenguas han ocupado desde tiempos ancestrales. Dicha evidencia tiene sus limitaciones dada la distancia histórica entre el

²⁶ Publicado en Mixco 2000. Mixco ha producido muchas publicaciones adicionales sobre lenguas bajacalifornianas desde 1987.

periodo en que fue recolectada y el periodo sobre el cual se han de hacer las inferencias, y en algunos casos por la insuficiencia de los datos recolectados o del análisis aplicado. El otro tipo de evidencia es etnohistórica, y consiste en las observaciones de los exploradores, misioneros y otros, entre los inicios de los siglos XVI y XIX. Las principales limitaciones de esta evidencia tienen que ver con la falta de sofisticación con la que fue recolectada. La naturaleza del lenguaje y de la variabilidad lingüística fue sólo vagamente definida en aquel periodo, y los términos fueron a menudo aplicados con poca consistencia. Las configuraciones de los territorios lingüísticos generalmente fueron desconocidas para los primeros exploradores. Durante el proceso de misionización, cuando podría haber estado disponible información más exhaustiva sobre los territorios, aquellos patrones estaban siendo destruidos activamente y probablemente no fueron considerados dignos de ser registrados por la mayoría de los misioneros.

Un número de estudiosos tempranos han ofrecido bosquejos generales de las distribuciones lingüísticas aborígenes en Baja California, usualmente como parte de una discusión con un interés más amplio y generalmente sin usar fuentes primarias de información. Algunos de estos estudios han sido citados por Massey (1949:273). Una revisión detallada de éstos aquí serviría poco. El artículo de 1949 de William C. Massey, “Tribes and Languages of Baja California” (“Tribus y lenguas de Baja California”), fue seminal en cuanto a reconsiderar estas opiniones recibidas a la luz de fuentes primarias. La mayoría de los autores posteriores han adoptado el mapa lingüístico de la península propuesto por Massey (figura 12). Aquellos que no lo han adoptado (por ejemplo, Gerhard 1982:290) no han ofrecido refutaciones específicas de los puntos en cuestión. Casi cuatro décadas han transcurrido desde la síntesis de Massey, durante las cuales muchas de las fuentes etnohistóricas primarias relevantes para esta materia se han vuelto accesibles, y las conclusiones de Massey necesitan ser ahora reevaluadas en varios puntos.

No necesariamente debe presentarse aquí el cuerpo entero de la evidencia etnohistórica que tiene que ver con distribuciones de lenguas nativas. Algunos puntos han sido bien establecidos por Massey y otros autores, no se han cuestionado y no parecen merecer ser cuestionados. Sin embargo, para varios puntos que necesitan ser reevaluados, será necesario revisar el registro etnohistórico con cierta amplitud para poder alcanzar la decisión más satisfactoria sobre el problema (figura 13).

La región del Cabo. Los problemas al ensamblar una imagen clara de las divisiones lingüísticas en la región del Cabo emergen de varias fuentes. Primero, ésta fue la parte de la península inicialmente descubierta por los europeos, y fue el foco de actividad exterior sustancial, incluyendo el buceo de perlas y la piratería, antes del periodo jesuita, es decir, antes de que se hiciera cualquier tipo de observación sobre lenguas y territorios razonablemente detallada. No es improbable que los patrones de conflicto y de enfermedad fueran introducidos en este periodo temprano, lo cual alteró los patrones de la población prehistórica previa y por lo tanto las distribuciones lingüísticas. Segundo, dentro del propio periodo jesuita, no fue sino hasta la década de 1720 que se emprendió la colonización a través de misiones permanentes en esta región, después de que olas adicionales de disturbios foráneos habían tenido tiempo de penetrar desde la misión fronteriza que se extendía al norte. Tercero, hubo un periodo de sólo catorce años entre el establecimiento de la primera misión en la región del Cabo y el periodo de agitación que comenzó con la revuelta pericú de 1734 y continuó con la epidemia de la siguiente década, trastocando asentamientos y en cierto grado importante eliminando a la población nativa. Esto eficazmente impidió a observaciones de primera mano más tarde sobre las distribuciones lingüísticas y confundió las interpretaciones de segunda mano hechas a partir de las primeras observaciones. Cuarto, la gente sobreviviente de la región del Cabo, debido a estos trastornos y despoblamientos,

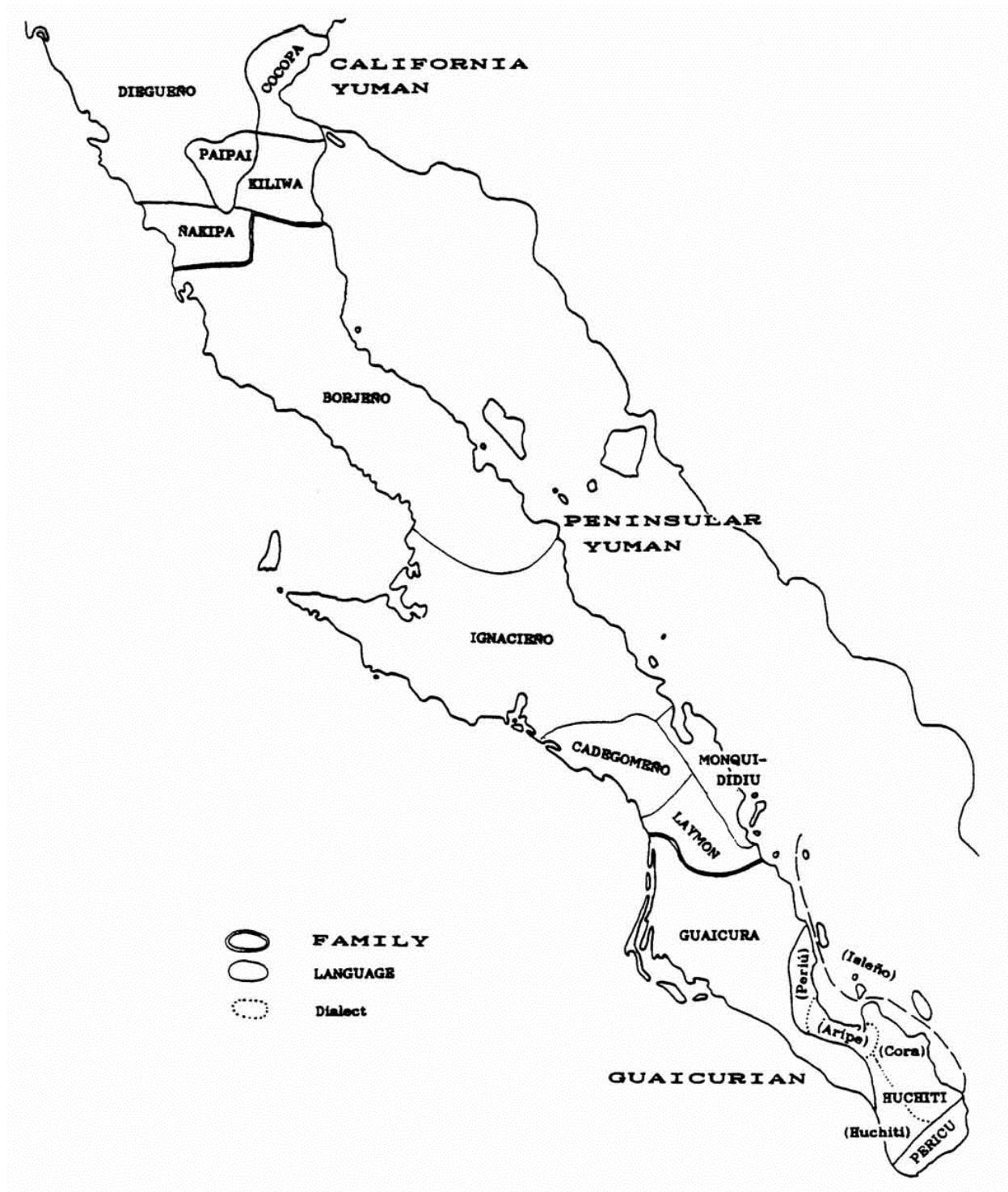


Figura 12. Mapa lingüístico de Baja California (según Massey 1949).

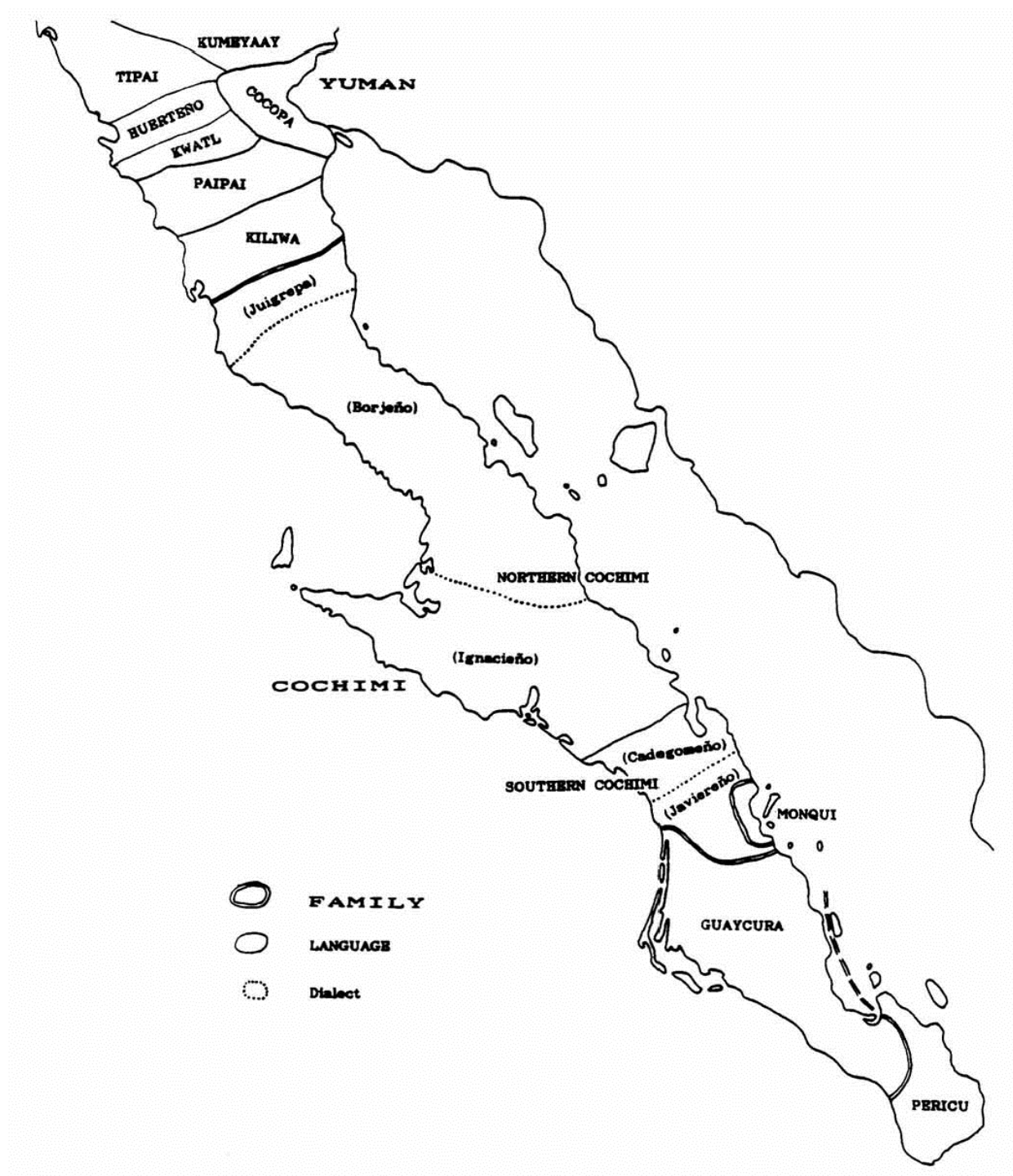


Figura 13. Mapa lingüístico revisado de Baja California.

fueron movidos y reagrupados por el sistema misional durante los siguientes años, ocasionando que los testimonios de posteriores observadores de los territorios sean probablemente engañosos.

Estos problemas, combinados con los problemas generales de los informes lingüísticos de los jesuitas, han producido una gran cantidad de confusión. Las fuentes etnohistóricas frecuentemente se contradicen entre sí en la manera en que usan los términos lingüísticos y los territorios que se asignan a éstos, y las fuentes también se contradicen entre sí internamente con no poca frecuencia. Ponderando el testimonio de los varios informes, ésta se vuelve más una tarea de buscar el estimado más probable de la verdad que de establecer un hecho contundente.

En esta materia, así como en otras, el artículo de 1949 de Massey provee un buen punto de partida. Su investigación en las fuentes etnohistóricas relacionadas a este tópico fue extensiva, y su interpretación fue cuidadosamente formulada y generalmente consistente. (En contraste, ver la confusa interpretación ofrecida por Dunne 1952:443-446). Mathes (1975a, 1977a) propuso una revisión parcial de las conclusiones de Massey que es en parte seguida aquí, y que se discute abajo.

Massey dividió la región del Cabo en tres grupos lingüísticos primarios y, dentro de estos tres, reconoció un número de unidades más pequeño. De dichos tres grupos, los del sur y del sureste era el pericú, al cual le fue asignado la punta sur de la península alrededor de San José del Cabo y también varias islas grandes en el mar de Cortés, incluyendo Cerralvo, Espíritu Santo, San José y Santa Catalina; los habitantes pericú de estas islas fueron denominados adicionalmente por Massey como isleños. Hacia el norte estaba el grupo guaycura, habitantes de los llanos de Magdalena pero incluyendo una división denominada callejús, cuyo territorio se extendía dentro de la porción noroeste de la región del Cabo, hacia el sur hasta Todo Santos en la costa del Pacífico. Entre el pericú y el guaycura, Massey ubicó al grupo lingüístico huchiti, el cual subdividió en huchiti propio, cora, aripe y periú.

Algunas características del mapa tribal-lingüístico de Massey puede permanecer sin problemas. La identidad lingüística entre los pueblos alrededor de San José del Cabo y los isleños, así como lo apropiado de la denominación “pericú” para un grupo que incluye por lo menos estas áreas, parecen sólidamente establecidos, aunque dicho uso no ha sido completamente unánime. La existencia de un grupo separado centrado en los llanos de Magdalena y denominado “guaycura” también es de uso estándar si bien no unánime. Los problemas principales tienen que ver con el grupo intermedio postulado, el huchiti. ¿En qué medida fue este grupo una entidad lingüísticamente distinta de sus vecinos? ¿En qué medida el conglomerado de los cuatro grupos propuestos (huchiti propio, cora, aripe y periú) es aceptable? ¿En qué medida son precisos los territorios asignados a estos subgrupos y a la rama callejús del grupo guaycura?

W. Michael Mathes (1975a, 1977a) revisó la evidencia de distribuciones lingüísticas del siglo XVII en la región del Cabo, derivada de los reportes de viajes de Vizcaíno, Ortega, Porter y Casanate, y Lucenilla. A éstas él podría muy bien haber añadido un reporte de viaje similar por Cestín de Cañas (Pérez de Ribas 1645:442). Las conclusiones que se alcanzaron en estos primeros reportes incluyen las siguientes:

(1) Durante el periodo entre 1596 y 1668, había indicaciones de un estado casi constante de hostilidad entre los pueblos que vivían en La Paz y otros pueblos que vivían más hacia el interior.

(2) Tanto en La Paz como en Cabo San Lucas, los pueblos hostiles tierra adentro fueron específicamente identificados como guaycura.

(3) Las muy pocas palabras en lenguas nativas registradas por los exploradores tienden a confirmar que en su totalidad las costas sur y este de la región del Cabo fueron ocupadas por hablantes de pericú, cuya habla era similar o idéntica a la de aquellos que se sabe habitaron varias islas del golfo y Cabo San Lucas. Específicamente, una palabra para “perla”, “*boo*”, era común a

la isla Espíritu Santo, bahía La Ventana y La Paz, y una palabra para “sentarse”, “*utere*”, era común a la isla Espíritu Santo, bahía La Ventana y Cabo San Lucas (Mathes 1975a:181).

Mientras que explicaciones alternativas no son imposibles –“*guaycura*” pudo haber sido un término regional para “enemigo” y las palabras para “perla” y “sentarse” pudieron haber sido elementos de una *lingua franca* emergente para el comercio de perlas– la interpretación de esta evidencia por parte de Mathes, tomándola como muestra de una presencia temprana de hablantes de pericú en la bahía de La Paz, es generalmente convincente. Sin embargo, él prosigue en la conclusión de que “un drástico cambio lingüístico y cultural ocurrió en la región de La Paz entre 1668 y el establecimiento de la misión jesuita en 1720” (Mathes 1975a:181). Esta conclusión parece haber resultado principalmente de una aceptación de la opinión de Massey sobre las fuentes del periodo jesuita, al ubicar a los hablantes de pericú más cercanos a una distancia considerable de la bahía de La Paz en tiempos posteriores. Como se discute más adelante, esta conclusión no es necesariamente justificada. La evidencia sugiere, por el contrario, que tanto los guaycura como los pericú fueron habitando el área general de La Paz a través del periodo histórico temprano. Mientras que pudieron haber ocurrido cambios territoriales a pequeña escala, no hay evidencias de cambios “drásticos” antes de aquellos que fueron causados por la misionización, la guerra y las epidemias después de 1720.

La expedición de Atondo y Kino a La Paz en 1683, aunque infructuosa, e incluso desastrosa desde el punto de vista del objetivo misional, proyectó una interesante luz temprana sobre las distribuciones de las lenguas. Esta evidencia consiste en las cartas de Atondo y Kino (Burrus 1954, 1964, 1965b; Mathes 1974a; Rudkin 1952), así como mapas producidos por Kino (Burrus 1965a, 1967b). Evidentemente, Kino y su colega misionero de expedición, Matías Goñi, adoptaron una división lingüística del trabajo, concentrando Kino sus esfuerzos en los pueblos al oeste, los guaycura, y Goñi en los del este, conocidos como los cora (Bolton 1936:110-111).

Dos de los mapas de Kino son particularmente iluminadores. El primero, fechado en 1683, muestra a “los guaicuros” al oeste de la bahía de La Paz, y “los coras” en la península formada por la sierra de las Cacachilas y la sierra Riolítica, al este de La Paz. La única otra denominación étnica en el mapa, considerablemente hacia el norte y más o menos opuesta a la isla San José, es “los tibiries”, un término por lo demás desconocido. Un segundo mapa de Kino fue preparado evidentemente en 1685 y se ha preservado en un calco o copia publicado en Europa por el primer maestro de Kino, Scherer, en 1703. Dicho mapa muestra de nuevo a los “coras” en la península de Cacachilas, y asigna a los “guaicuros” un área mayor al oeste de la bahía de La Paz, extendiéndose por lo menos tan al norte como el área opuesta a la isla San José; sin ninguna mención hecha a los “tibiries”.

Por las evidencias, parece claro que Kino reconoció sólo dos grupos en el área de La Paz en general, y no tres o más grupos como la reconstrucción de Massey puede llevar a esperar. La identificación de “guaicuros” con guaycura es evidente, y la identificación de “coras” con pericú es también razonable, como puede notarse con otras fuentes posteriores. Identificar “coras” con huichiti, o “guaicuros” con huchiti y “tibiries” con guaycura, encajaría mal en el conjunto total de evidencias.

El periodo clave de la historia lingüística de la región del Cabo ocurrió entre las décadas de 1720 y 1730, cuando cuatro misiones jesuitas fueron establecidas en la región y una revuelta mayor más una serie de epidemias destruyó los patrones de asentamiento nativos. Las fuentes escritas de estas décadas representan los contactos más cercanos con las condiciones aborígenes reales que se encuentran disponibles para análisis.

Juan de Ugarte, visitador de las misiones de Baja California en 1720, tomó parte en la

expedición marítima hacia La Paz y permaneció allí por algún tiempo para asistir en la fundación de la nueva misión. Una carta de él para el Virrey, escrita en 1721, describe el esfuerzo y muestra con bastante claridad las distribuciones lingüísticas en la región del Cabo tal y como él las entendió (León-Portilla 1970b:74:80). Tres grupos son mencionados por Ugarte. Los *pericúes* ocupaban las islas en el golfo y también disputaban precariamente el control de tierra adentro en la bahía de La Paz con un segundo grupo, los *guaycuros*. Finalmente, se refiere de paso a los *cora*, “la última nación del Cabo” (León-Portilla 1970b:80). Ugarte reveló no tener consciencia de una distinción guaycura-huchití, y tampoco identificó *cora* ni con guaycura ni con pericú. Sin embargo, obviamente Ugarte no tuvo contacto con los *cora*, y su ubicación geográfica de este grupo sugiere que los asoció con el área de Cabo San Lucas, de otro modo asignada por observadores tempranos a los pericú.

Jaime Bravo, quien acompañó a Ugarte y se volvió el primer misionero apostado en La Paz, escribió un reporte algo más amplio de la misma expedición (León-Portilla 1970b:25-67). Bravo mencionó cuatro grupos de indios. Los *isleños*, no denominados como pericú, se encontraron en las islas, disputando el control de tierra adentro en la bahía de La Paz. Los *guayucuros* eran pobladores de tierra en la bahía de La Paz, y estaban en conflicto con otros habitantes de la misma zona, llamados *aripes* y *coras*. Bravo no señaló relaciones específicamente lingüísticas, a excepción de que los *isleños* y los *guaycuros* eran distintos los unos de los otros. La mención de los *aripes* puede sugerir un grupo huchiti distinto, pero es igualmente posible pensar que eso significa una ranchería específica u otra unidad política no lingüística.

Clemente Guillén reportó sobre dos exploraciones, la primera de Loreto a la bahía de Magdalena sobre la costa del Pacífico en 1719, y la segunda para unir por tierra la nueva misión propuesta en La Paz con las misiones establecidas en el norte en 1720-1721. El diario de la expedición a Magdalena es notable con respecto a las relaciones lingüísticas al sur sólo en cuanto a la confirmación de la prevalencia de hablantes de guaycura a lo largo de la mayor parte del área visitada (Guillén 1945, 1979).

El diario de la expedición a La Paz es de mayor importancia por la reconstrucción de los territorios lingüísticos. Durante la expedición de 1720-1721, a una corta distancia al sur de la misión de San Juan Malibat, Guillén observó que “aquí comienza ya el territorio de los guaycuros, o nación cuvé” (León-Portilla 1970b:88; Guillén 1979:64). Los editores de Guillén, tanto en las ediciones en español como en inglés, han sugerido que “cuvé” debe referirse a un pequeño grupo o ranchería. Posteriormente, sin embargo, y bastante hacia el sur, Guillén usó un término similar, *cubiés*, de nuevo interpretado por sus editores como una ranchería (Mathes, en Guillén 1979:77) o como un grupo pequeño, posiblemente afiliado con los huchiti (León-Portilla 1970b:101). La referencia era a una ranchería encontrada al sureste de La Paz; debido a que la gente de dicha ranchería había huido de los españoles que se acercaban, no podía ser determinado “si eran guaycuros o cubiés” (León-Portilla 1970b:101). Todavía otras referencias, hechas cuando el destacamento español que iba hacia el norte regresaba y estaba al oeste de La Paz, refieren como *cubiés* al grupo de indios aliados y mencionan haber encontrado una ranchería de guaycura o *cubiés* (Guillén 1979:79-80; León-Portilla 1970b:103). La posible identidad como *cubiés* de grupos tanto al este como al oeste de La Paz parece disipar la idea de que se está hablando de una sola ranchería. La referencia al establecimiento de “guaycuros o cubiés” parece también descartar la posibilidad de que los *cubiés* fueran hablantes de huchití, al menos que aquellos denominados guaycuros por Guillén fueran también huchití, porque la expedición incluyó intérpretes guaycura y presumiblemente no habrían tenido ninguna dificultad para reconocer cuándo sí o cuándo no la gente en una ranchería encontrada hablaba o no dicha lengua. Por la misma razón, la expresión

“guaycuros o cubíes” para una sola ranchería no expresaría incertidumbre de identidad. En vez de ello, una interpretación más exacta es que la frase indicaba una equivalencia de los dos nombres, guaycura y cubí. En este contexto, también es probable que la referencia a “cuvé” para el norte fuera meramente un deletreo variante del mismo término, refiriendo a los guaycura en lo general sino a una ranchería o grupo local.

La referencia de Guillén al escurridizo grupo de indios al sureste de La Paz como posiblemente guaycura también es interesante. El diarista fue explícito con respeto a varias fronteras lingüísticas cuando éstas fueron encontradas, y no fue dada ninguna indicación de cambio desde las áreas guaycura en el norte hasta tan al sur como La Paz. La especulación de Guillén de que la gente que escapó de la ranchería al sureste de La Paz pudieron haber sido guaycura sugiere fuertemente que el territorio guaycura era continuo desde el norte hasta La Paz y todavía más allá de esta localidad.

Una anomalía lingüística importante aparece en el diario de Guillén. En el viaje de regreso de La Paz, aproximadamente a 65 kilómetros al oeste de dicho asentamiento, fue encontrada una ranchería llamada San Félix de los Coras, y en ella su gente hablaba una lengua, cora, la cual no pudo ser entendida por los aliados cubí de la expedición. Lograron la comunicación sólo a través de una vieja que era bilingüe en cora y guaycura. El próximo asentamiento al oeste era San Higinio del Guaycuro, mencionado anteriormente como una ranchería de guaycuras o cubíes. Mathes (Guillén 1979:277) ha sugerido que el nombre *cora* en este caso simplemente refiere a no hablantes de guaycura, desde su opinión probablemente huchití, y no específicamente al cora semejante a aquellos de Santiago y el sur. Sin embargo, alternativamente, los cora de San Félix parecen por lo menos igualmente susceptible de ser equiparados con los cora (es decir, los pericú) del este y del sur. Aunque la presencia de una sola ranchería de dicho grupo lingüístico tan lejos hacia el norte y al oeste no se explica de otra manera, quizás pueda haber reflejado desplazamientos históricos tempranos alrededor de la bahía de La Paz, asociados a la pesca de perlas.

Las implicaciones lingüísticas de los diarios de Guillén son (1) que una sola lengua, que él conoció como guaycura (y probablemente también como cubí) fue hablada por lo menos desde un poco más hacia el sur de San Juan Malibat, al suroeste hasta la bahía de Magdalena y al sureste hasta La Paz, y (2) que al menos una comunidad de un grupo lingüísticamente distinto, el cora (es decir, pericú) existió al oeste de La Paz.

El testimonio de Ignacio María Nápoli, fundador de la misión de Santiago de las Palmas, ha sido poco considerado en las interpretaciones previas sobre relaciones lingüísticas tempranas en la región del Cabo. Massey (1949) no citó el trabajo de Nápoli, el cual permaneció en la forma de un manuscrito hasta después de la síntesis de Massey. Los editores al inglés de Nápoli, Moriarty y Smith (1970), siguieron las interpretaciones lingüísticas de Massey, en varios lugares o “corrigiendo” el reporte de Nápoli (1970:40, 53, 60) o pasando por alto las contradicciones entre los comentarios de Nápoli y el esquema de Massey (1970:51, 70).

El testimonio de Nápoli es ciertamente relevante, viniendo de primera mano y de un periodo antes de la misionización, la rebelión y las epidemias que trastornaron la región. El reporte fue escrito para el provincial jesuita el mismo año (1721) como la expedición inicial del área. El mismo Nápoli probablemente no era muy versado en experiencias jesuitas previas con la gente de la región, habiendo arribado a Baja California ese mismo año, pero colaboró con y pudo haberse apoyado en las experiencias de Jaime Bravo en La Paz.

Los indios asociados a La Paz fueron explícitamente referidos por Nápoli, con deletreo variado, como guaycura (Moriarty y Smith 1970:40, 53, 60, 65, 66; Ramos 1958a:5, 12, 15, 18,

19, 20), o, con más ambigüedad geográfica, como guaycura y aripe (Moriarty y Smith 1970:61; Ramos 1958a:16). Ninguna mención a los huchiti fue hecha por Nápoli, y tampoco se dio ninguna indicación de cualquier otro grupo asociado a La Paz que no fueran los guaycura, con posible excepción de los aripe, quienes fueron solamente señalados junto a los guaycura como enemigos de la gente de Santiago.

El otro grupo étnico o lingüístico explícitamente nombrado por Nápoli fue los cora (Moriarty y Smith 1970:34, 37, 54, 69; Ramos 1958a:3, 4, 12, 20). Los cora fueron claramente designados como el pueblo de la misión de Santiago, no obstante las objeciones mucho más posteriores de Miguel del Barco a dicho uso (1973:174). Nápoli no fue explícito en lo que respecta los límites geográficos entre el territorio de los guaycura alrededor de La Paz y el territorio de los cora alrededor de Santiago; tampoco indicó la extensión hacia el sur del territorio cora. Se nota, sin embargo, que los indios de Cabo San Lucas “reconocen á esta misión” de Santiago (Ramos 1958a:9), lo cual puede implicar una afinidad étnica y lingüística. De todas maneras, no hay sugerencia alguna en el reporte de Nápoli sobre sus excursiones alrededor de Santiago de que existió cualquier límite lingüístico mayor en la localidad, como Massey ha planteado.

Más allá de identificar a los indios de Santiago como cora, el reporte de Nápoli es también muy claro sobre las afinidades lingüísticas del cora, de manera directamente contradiciendo a las interpretaciones de Taraval y de Massey. Nápoli refirió a las dificultades de establecer comunicación con los cora (Moriarty y Smith 1970:52; Ramos 1958a:11), a pesar de la presencia de Bravo y los guaycura de La Paz en su acompañamiento. Si las interpretaciones de Moriarty y Smith, Massey y Taraval fueron correctas, esa gente de La Paz presumiblemente debería haber hablado un dialecto huchiti, así como el cora. Por el contrario, Nápoli dijo que él fue capaz de emplear unas pocas palabras que había recolectado de los indios de San José, “que son los mismos” (Ramos 1958a:10) que los indios de Santiago. Moriarty y Smith (1970:51) han identificado los indios de San José con los de San José del Cabo, quienes no obstante fueron nombrados y organizados en una misión sólo nueve años después (1730), en una región que Nápoli no había visitado. Al contrario, la referencia es evidentemente a la isla San José, más al norte en el golfo, por la cual Nápoli pudo haber pasado en su viaje al sur desde Loreto hacia La Paz. La expedición de Ugarte y Bravo en 1720 había tocado la isla San José y había tenido tratos con los indios allí, y no es poco probable que el viaje de Nápoli hacia el sur, que tomó 14 días debido a vientos adversos (Moriarty y Smith 1970:40; Ramos 1958a:5), también se detuviera allí. En el caso de ambas San José, sin embargo, los habitantes nativos son reconocidos como haber sido hablantes de la lengua pericú. Posteriormente, Nápoli refirió al ataque contra los guaycura de La Paz, el cual fue atribuido a sus indios, los cora, con quienes los guaycura tenían una enemistad bien establecida (Moriarty y Smith 1970:69; Ramos 1958a:20). Añadió que los agresores “aun sean de my nation: pero son los que uiuen en la Ysla de Serraluo, y suolen yr, y uenir á la ensenada de palmas” (Ramos 1958a:21). Los habitantes de la isla Cerralvo, al igual que los de la isla de San José, han sido generalmente reconocidos como hablantes de pericú.

El testimonio de Nápoli sobre las relaciones lingüísticas de la región del Cabo puede ser resumido brevemente. (1) La gente del área alrededor de La Paz fueron conocidos por el como guaycura. (2) La gente del área alrededor de Santiago fueron conocidos como cora. (3) La afiliación lingüística de los cora fue con la gente isleña que en otras fuentes ha sido llamada pericú.

El testimonio de Nicolás Tamaral en un reporte escrito en 1730 provee percepciones de primera mano sobre la situación previa a la revuelta pericú, en la cual el autor perdió la vida. Esta percepción es de cierta manera opacada por el aparente uso que hace Tamaral de denominaciones étnicas o parecidas a étnicas para los habitantes de comunidades individuales o pequeños distritos.

De este modo, él escribió “la tormenta y levantamiento de los Cuñinis de Santiago” (Burrus 1984:151), usando un término no encontrado en ningún otro lugar. Similarmente, se refirió a “dos asentamientos: aquel de los Yunus, muy numeroso ... y aquel de los Arañagues”; también “el capitán Yunu” y “trabajo entre los Yunus y Arañagues” (Burrus 1984:151, 155). (Río 1980a ha leído “Zunus” y “Arariagues”.) De nuevo, hay referencia al “asentamiento de los Unetues” (Burrus 1984:154). *Cuñinis*, *yunus*, *arañagues* o *arañugues*, y *unetues* parecen ser interpretados más razonablemente como rancherías –en efecto como nombres de lugar en vez de unidades lingüísticas.

Sin embargo, parece que Tamaral distinguió también grupos mayores. Uno de estos denominados como “guaicuros” (Burrus 1984:154-155), los cuales fueron asociados al área de La Paz. En un plano similar hay referencias a la misión de “San José de los Coras”, al pueblo de Todos Santos con “quinientos cristianos cora o pericú”, a los “pericués y coras en Todos Santos”, y a Todos Santos, donde “hay mucho más de quinientos coras y muchos quedan por ser convertidos” (Burrus 1984:154-155). Parece bastante claro a partir de estas referencias que los cora, entre quienes el propio trabajo de Tamaral fue realizado, fueron entendidos como parte de un grupo grande que ocupaba una porción sustancial de la región del Cabo, incluyendo el extremo sur y, notablemente, el oeste. “Pericú” parece haber sido entendido como sinónimo de “cora” o, menos probablemente, como una subdivisión del último.

Un visitador jesuita, José de Echeverría, estuvo en Baja California en 1730 y escribió una carta en la que discutió el establecimiento de la misión de San José del Cabo. Echeverría refirió a los habitantes de dicha área como “indios coras” y también hizo referencia a la anterior misión de Nápoli como “Santiago de los Coras” (Venegas 1979:IV, 420).

El testimonio de Sigismundo Taraval, misionero en Todos Santos en el tiempo de la revuelta pericú, es de particular importancia en esta materia por su experiencia de primera mano en la región del Cabo y porque su análisis de la situación formó la base principal para la interpretación huchiti de Massey. Desafortunadamente, los escritos de Taraval sobre la materia no siempre son claros y a veces son inconsistentes.

En su historia sobre la revuelta pericú, Taraval distinguió cuatro “naciones totalmente diferentes” en Baja California (Taraval 1931:28): los *pericúe*, los *vaicuro*, la tribu de Loreto y los cochimí. De éstas, el tratamiento de Taraval sobre los pericú es más sencillo. Él observó que las misiones de San José del Cabo, Santiago y Santa Rosa fueron fundadas entre esta gente y que la nación pericú también incluía habitantes de algunas islas de golfo, notablemente de la isla Espíritu Santo y la isla San José (Taraval 1931:31, 65, 126).

Sobre los loretanos, Taraval escribió,

en mi sentir es rama de la vaicura, que se divide en tres la nicha nación vaicura, en huchitíes, periuues y los de Loreto. Bien es que la suma variación en todo hace muy creíble que se juntara con otra nación de costumbres, ritos y lengua totalísimamente diversa [Taraval 1996:50].

La cuestión de la relación entre la lengua loretana y el guaycura será discutida posteriormente; la relación entre guaycura, *huchití*, y *periú* es de interés inmediato aquí. El pasaje citado parece claro en señalar el guaycura como el término más amplio y abarcador, con *huchití* y *periú* como sus dos divisiones (sur de los loretanos), aunque Taraval insinuó que la distancia lingüística entre *huchití* y *periú* era grande. Más tarde en ese mismo trabajo, sin embargo, Taraval usó algunas de estas categorías de manera diferente. Escribiendo sobre La Paz, él notó que los sujetos de la misión vivían en siete rancherías:

éstas de tres gremios. Uno de la rama y variación de los indios de la misión de Los Dolores, que son los callejús, otro de huchitís, que aunque es rama, según dejo dicho, de los vaicuros, tiene la lengua casi totalmente distinta; el otro es una corta ranchería que ha quedado de las islas adyacentes y son de la nación pericú; el gremio de los huchitís, que se compone de cuatro rancherías, de aripes, de coras, periues o vinees, y los que llaman por antonomasia huchitís [Taraval 1996:54].

El historiador Venegas citó un pasaje escrito por Taraval dando todavía otra versión ligeramente diferente de dicho parentesco:

Puse en los papeles, que había en la California quatro lenguas: ahora lo he averiguado en persona, y hallo lo siguiente. Tres son las lenguas: la Cochimí, la Pericú, y la de Loreto. De esta salen dos ramas: y son la Guaicura, y la Uchití. Verdad es, que es la variacion tanta, que el que no tuviere conocimiento delas tres lenguas, juzgará que no solo hai quatro lenguas; sino que hai cinco. Ellos no se entienden sino en unas quantas palabras, que significan lo mesmo en las tres lenguas de Loreto, Guaicura, y Uchití: y estas son bien pocas [Venegas 1979:IV, 515-516].

Taraval propuso divisiones del guaycura-huchiti, muy parecida a la adoptada posteriormente por Massey, pero hay algunas discrepancias geográficas entre las interpretaciones de Taraval y Massey. Taraval evidentemente considera *callejús*, *aripes*, *coras*, *periúes* o *vinees*, y los *huchitís* propios cada uno como miembros de una sola ranchería. Las localizaciones de esas rancherías no son especificadas claramente en la narrativa de Taraval, pero parecen haber estado estrechamente agrupadas alrededor de la bahía de La Paz y al oeste de la misma, en territorios sustancialmente más pequeños que los que Massey les asigna.

Gaspar Roderó demostró la manera en que las distribuciones lingüísticas fueron entendidas por un foráneo en 1737. Él escribió sobre el área comprendida desde el sur de San Juan Malibat hasta Cabo San Lucas como ocupada por “dos tribus: Guaicuros y Coras”, sobre la expedición de 1720 a La Paz como resultante en el establecimiento de tres asentamientos de “guaycuros”, y de la gran revuelta en el sur como haber sido conducida por “guaycuros y pericúes” (Burrus 1984:190, 194). Es digno de notarse que Roderó no hizo reconocimiento de los huchiti u otros como grupos mayores, y que al parecer el equiparó los cora y los pericú.

Juan Bautista Luyando, quien fundó la misión de San Ignacio y trabajó en el norte, intentó clarificar los comentarios lingüísticos de Taraval para el historiador Venegas, pero en lugar de ello añadió más confusión con sus propias inconsistencias. Él distinguió cinco lenguas en California:

la de Loreto la Laimona, o Cochimí, la Pericú, la Guaicura, y la Uchití. La mission de Loreto y S. Pablo son de una lengua. En Liguí, en los Dolores, y en La Paz se habla la lengua Monqui. Los Pueblos de Santiago, y Todos Santos, participan de dos: esto es dela Guaicura, y dela Uchití. En la mission del Cabo, y en la Soledad se habla la Pericú [Venegas 1979:IV, 516].

Si “monqui” es entendido como un sinónimo de guaycura en el sistema de Luyando, este reporte es razonablemente compatible con el de Massey, a excepción de la notable desviación de asignar La Paz al guaycura en vez del huchiti. Sin embargo, Luyando evidentemente no tuvo experiencia personal en las regiones sureñas de la península y estaba principalmente tratando de arreglar el testimonio de Taraval. Su asignación de las comunidades de Santiago y Todos Santos al huchiti y al guaycura, en vez de haberlos tomado como un valor nominal, pudiera ser explicado en términos

de (1) una conciencia de que dos lenguas estaban representadas en dichas comunidades, y (2) una confusión sobre la significado lingüístico del término “cora” como lo usaba Taraval y como lo usaban otros jesuitas.

El testimonio de Venegas (1979:IV) en esta materia es de interés a pesar de su carácter secundario, porque Venegas tuvo acceso a fuentes primarias que ya no están disponibles y también porque los puntos de vista de Venegas modificados por Burriel y publicados en 1757, se volvieron una base de discusión subsecuente sobre el tema. Venegas formuló más claramente que algunos de sus sucesores las distinciones potenciales entre *lenguas* y *naciones*, y entre lenguas completamente diferentes y formas de habla que estaban relacionadas a otras como ramas de un tronco común.

En lo que respecta a los Huchiti, Venegas notó que su extensión corría desde el arroyo de San Pablo al sur hasta Todos Santos, y casi hasta Santiago. Inicialmente, él equiparó este grupo con los guaycura, rechazando el último término como una corrupción del término nativo para “amigo”, usado por la gente de la isla San José, en vez de ser una denominación auténticamente étnica. Sin embargo, Venegas continuó la discusión y adoptó los puntos de vista de Taraval y Luyando, reconociendo huchití, guaycura y la lengua de Loreto como todas diferentes pero emparentadas.

Sobre la cuestión de la identidad de los cora, Venegas asignó dicho nombre a una sola ranchería de huchiti cerca de la misión de Santiago. Él notó el uso que refería a la misión de “Santiago de los Cora”, aunque, él dice, Santiago estaba localizado en territorio pericú. Otro uso que refiere a la misión en San José del Cabo como “San José de los Coras” fue descartada como un error; cualquier identificación del nombre cora con el nombre pericú fue explícitamente rechazado por Venegas.

Los pericú son descritos como habitantes de la tierra desde La Paz hasta el Cabo, incluyendo Santiago. El nombre pericú también es notado, como potencialmente confundido con pericú. Pericú fue considerado por Venegas como referente de una sola ranchería, hablantes de la misma lengua que la hablada en la misión de Dolores, esto es, presumiblemente, guaycura. Los pericú fueron agregados a la misión de La Paz.

La *Descripción* de 1740, tentativamente atribuida al capitán Esteban Rodríguez Lorenzo (León-Portilla 1977), ofrece una visión lingüística razonablemente clara de la región del Cabo. A los pericú, explícitamente reconocidos como un grupo lingüístico, les son asignadas las áreas de la misión de San José del Cabo y Santiago y las islas del golfo de San José y Espíritu Santo; algunos de los sujetos de la misión en Todos Santos también pertenecían a este grupo. No le puso nombre al siguiente grupo mayor hacia el norte en la *Descripción*, pero evidentemente se componía de pequeños subgrupos, entre ellos el *cayague* o *cayajú* (callejue), *ochití* (huchiti) y *aripa* (aripe). Estos grupos hablaban “toda una lengua, aunque varía en algunas y muchas palabras, por donde se distinguen la una de la otra, pero se entienden unos con otros” (León-Portilla 1995:120). Estos grupos estaban asociados con las misiones de Todos Santos y La Paz. Otros grupos al norte de La Paz, llamados *pirús*, *piriuchas*, *guaicuras* y *chillás*, son mencionados; cualquier relación lingüística entre estos grupos o entre ellos y el último grupo mencionado no es ni afirmada ni negada. Es notable, sin embargo, que los *callejues*, quienes han sido explícitamente vinculados con los guaycura de los llanos de Magdalena por Massey y otros, son en la *Descripción* de 1740 íntimamente ligados lingüísticamente con otros grupos denominados como hablantes de huchiti por Massey.

La *Descripción* escrita en 1746 por William Stratford es interesante en el presente contexto principalmente por la confusión que parece delatar. Stratford escribió que San José del Cabo, bahía de las Palmas y Todos Santos fueron poblados por “la nación Baicura”. La gente de bahía la

Ventana fue también llamada por algunos como “baicuros” y por otros como “pericues”, aunque todos ellos hablaban la misma lengua de los “baicuros”; esta misma gente también ocupaba estacionalmente la isla Cerralvo. La Paz era habitada por *pericues* (Ramos 1958b:53-54). A partir de este resumen, parece que Stratford consistentemente invirtió la nomenclatura habitual, llamando a los hablantes de pericú como “baicuros” y a los hablantes de guaycura como “pericues”. (Stratford también aportó con un reporte extraño de las lenguas del área monqui-cochimí, como se discutirá más adelante).

Una carta de 1748 escrita por Fernando Consag ha sido citada por Massey (1949:282) como indicadora de que el pericú fue la lengua hablada en Santiago. Massey interpretó esta referencia como sugerencia de que una frontera aborígen cora-pericú debió haber existido cercana a aquella misión y que a la revuelta pericú en esa área había seguido un reajustamiento de poblaciones. Una alternativa más simple hubiera sido aceptar la homologación de pericú y cora como designaciones lingüísticas.

La “Descripción de California” (Aschmann 1966), escrita en la década de 1750 y atribuida tentativamente a Benno Ducrue, divide la porción meridional de la península entre la nación pericú, anteriormente servida por las misiones en San José del Cabo, Santiago y Santa Rosa, y la nación *vaicura*, con varios dialectos, hacia el norte. Este testimonio vino relativamente tarde y fue evidente que no era de primera mano. Sin embargo, Aschmann (1966:20) ha sugerido que el documento pudo haber circulado entre los misioneros en servicio en Baja California; si fue de esta manera, podría representar algo así como un consenso en el conocimiento de los misioneros presentes en los años 1750. Es notable que esta fuente no sugiere la existencia de un grupo lingüístico distinto, como el huchiti de Massey, presente entre el pericú y el guaycura.

El manuscrito de la historia de Venegas fue editado, revisado y actualizado en los años 1750 por Andrés Marcos Burriel, como ha sido discutido en el Capítulo III. Dado que el editor se basó en otras fuentes de información además del manuscrito de Venegas, las interpretaciones lingüísticas y territoriales de dicha versión publicada necesitan ser consideradas también.

Burriel siguió la autoridad de Taraval al reconocer dos lenguas completamente distintas en el área del sur de Loreto: la pericú y la lengua de Loreto. A los pericú fue adscrita la porción más al sur de la península, desde Cabo San Lucas con dirección al norte hacia La Paz y todavía más allá. Los pericú fueron asimismo divididos en varias “nacioncillas”, de las cuales los cora fueron específicamente citados como los más numerosos. El nombre cora se dice haber sido originalmente aplicado a una rancharía y subsecuentemente haberse extendido (Venegas 1943:I, 64-66).

El otro grupo meridional, los loretanos, fueron divididos en tres ramas: loretano propio, guaycura y *uchití*. Aquí la terminología lingüística se tambalea, en cuanto a que los tres son considerados como en cierto sentido dialectos de una sola “lengua general”, aunque las diferencias eran tan grandes que los hablantes de una podían entender sólo pocas palabras de la otra. Los hablantes de loretano, también referidos como la nación monqui, habitaron el área alrededor de Loreto. El territorio de las guaycura se extendió entre Loreto y La Paz, y los *uchití* también tenían partes del área alrededor de la bahía de La Paz y el suroeste. En otras partes, la nación de Loreto es mencionada como compuesta por *laymones*, *monquis*, *vehites* y *guaycuros* (Venegas 1943:II, 90). La narrativa de Burriel claramente distingue la presencia de dos lenguas en el área de La Paz, una hablada por un grupo identificado como guaycura y la otra por un grupo nombrado *coras*, encontrado al este; las hostilidades entre los dos es señalada (Venegas 1943:II, 161-163, 166). En todas partes de la narrativa, sin embargo, los habitantes de La Paz son denominados *guaycuros*, pero este nombre es tomado para referir a la gente más propiamente llamada *pericú* (Venegas 1943:II, 205). También es hecha referencia a la nación pericú como poseedora de diversas ramas

de *guaycuros*, *uchitíes*, *coras* e *isleños*, habitando los *coras* el área alrededor de La Paz (Venegas 1943:II, 236, 311). Se dice que los *uchití* y los *cora* estaban en un lado y otro de La Paz, y más hacia el norte, se dice que la misión de Dolores estaba entre los *uchitíes* y *guaycuros* (Venegas 1943:II, 237). La nación *cora* es señalada como habitante del área alrededor de la bahía de las Palmas, donde la misión de Santa Rosa estaba establecida, y también San José del Cabo, pero no Santiago, la cual Burriel nombra en otras partes como Santiago de los Coras, que se dice ser habitada mayormente por *guaycuro*, quienes tienen un “dialecto diferente” del que tienen los *cora* (Venegas 1943:II, 278). El texto de Burriel muestra la confusión que se ha acumulado con respecto a la terminología lingüística para la región del Cabo en su tiempo.

Jacobo Baegert sirvió en San Luis Gonzaga durante las últimas dos décadas de la administración jesuita en la península, un puesto no dentro de la región del Cabo, pero no muy lejos de ésta. Más tarde, Baegert escribió en el exilio, “Ignorando un gran número de dialectos y cinco lenguas totalmente distintas habladas en California, como se conoce actualmente, voy a abordar solo la lengua *guaycura*” (Baegert 1952:95). En una nota, Baegert añadió lo siguiente sobre las cinco lenguas distintas: “Estas son la *laymóna* en el distrito de la misión de Loreto, la *cochimí* en la misión de San Javier, y otras lenguas hacia el norte, los *uchitíes* y los *pericúes* en el sur, y una lengua todavía desconocida hablada por la tribu que el Padre Linck visitó en su viaje” (Baegert 1952:95). El aparente reconocimiento de Baegert sobre una distinción fundamental entre el *guaycura* y el *huchití* es interesante, aunque no es definitivo, dada la llegada tardía de Baegert a la región y su falta de experiencia personal en el área inmediata en cuestión.

Miguel del Barco, escribiendo en el exilio en la década de 1770, citó las opiniones de Burriel con respecto a la situación lingüística, pero añadió sus propias tajantes revisiones de las mismas. Con respecto a los *pericú*, se dice que ocuparon algunas islas del golfo, incluyendo la isla Espíritu Santo y la isla San José, así como un área “de Cabo San Lucas por una distancia de treinta o treinta y cinco leguas hacia el norte. De este modo, ocupaban la mayor parte del sur” (Barco 1981:19). La distancia mencionada llegaría cerca de la bahía de La Paz.

El siguiente grupo, de acuerdo a del Barco, era una nación dividida:

en *uchitíes*, *coras*, *aripes*, *guaycuros* y *monquis*. Las tres primeras nacioncillas (ramas de los *guaycuros*), tenían su asiento dentro del sur, y se reducía cada una a una sola ranchería. La mayor de ellas era la de los *uchitíes*, lo cuales confinaban con los *pericúes*, de suerte que, caminando de la tierra de estos últimos hacia el norte, se encontraban primero los *uchitíes*, después se seguían los *coras*, que tenían su asiento hacia el sureste de La Paz. Poco más al norte, y en la misma orilla de la bahía de La Paz, por el lado del poniente, está el sitio de los *aripes*, ranchería menor que las dos primeras. Tres leguas distante de los *aripes*, y también en la orilla de la misma bahía de La Paz, había una ranchería de *guaycuros* de la misma lengua y dialecto que usan los demás *guaycuros*, que habitan fuera del sur. Estos *guaycuros* de La Paz son los que llaman *callejúes*, nombre particular de su ranchería, y no de una nación distinta de los *guaycuros*. En este sitio de los *callejúes* se estableció ... Nuestra Señora del Pilar de La Paz, teniendo también a su cargo el misionero la reducción y administración espiritual de las ya dichas nacioncillas vecinas, *aripes*, *coras*, y *uchitíes* [Barco 1973:173-174].

Del Barco pasó a objetar las referencias de Burriel a “Santiago de los Coras” y los “*cora* de Cabo San Lucas”:

El que informó de esta suerte a nuestro autor parece que no había estado en la California por lo menos en el sur; y ciertamente no tenía conocimiento de aquellas gentes, y los

nombres que había oído de estas naciones los confundió y se equivocó.... Los pericúes son una nación totalmente separada de las dichas naciones, y especialmente de los *coras*, así en territorio como en lengua, trato y parentesco.... Las misiones de Santiago y de San José del Cabo se establecieron en territorio de los mismo pericúes, a que después se añadió la misión de Santa Rosa, para los que vivían de la otra parte de la sierra y eran de la misma lengua y nación pericú [Barco 1973:174-175].

Claramente, el entendimiento de del Barco sobre el patrón anterior de uso de la denominación “cora” entre los jesuitas era equivocado; Kino, Nápoli, Tamaral y otros con conocimiento de primera mano la habían utilizado justo en el sentido a que del Barco se oponía. Para del Barco, “cora” refería a una ranhería al sur de La Paz. (La edición en español imprimió “sureste”, mientras que la traducción en inglés imprimió “suroeste” de La Paz [Barco 1981:20].) La identificación que hace del Barco de los *cora* como hablantes de guaycura, o por lo menos como enfáticamente no hablantes de pericú, debe ser tomada como aplicando a lo sumo a dicha ranhería y no a la gente al este de La Paz y alrededor de las misiones de Santiago y Santa Rosa.

La naturaleza de esta contradicción en el entendimiento del término “cora” por del Barco y Taraval, por un lado en oposición a varios de sus predecesores y por el otro en oposición a varios de sus contemporáneos, necesita ser resuelta. Es posible avanzar una posible solución. Ya se ha citado una referencia por Guillén a una ranhería llamada San Félix de los Coras, al oeste de La Paz, donde una anomalía lingüística fue notada. Una interpretación razonable es que la lengua principal en aquella área era el guaycura y que la anomalía consistía en una sola ranhería de hablantes de pericú. Si este fuera el caso, también parece posible que el grupo aislado podría haberse asimilado lingüísticamente a sus vecinos durante el tumultuoso periodo entre las décadas de 1720 y 1760, pero reteniendo su designación como “coras” que originalmente los distinguía lingüísticamente de sus vecinos. Lo anterior podría haber dado lugar al entendimiento entre misioneros posteriores de que el “cora” refería a una sola ranhería hablante de guaycura en algún lugar dentro de un área más general.

Entre los otros grupos sureños, la caracterización que hizo del Barco sobre los huchití como una sola ranhería guaycura entre el territorio pericú y la ranhería de los *coras* parece razonablemente clara. El estatus de *aripes* también como una ranhería guaycura en la bahía de La Paz es evidente. Del Barco ubicó a la ranhería de *callejués* también en la bahía de La Paz, no en la costa del Pacífico donde Massey les había adscrito un extenso territorio. El énfasis que hace del Barco a la identidad lingüística de los *callejués* y de los guaycura de los llanos de Magdalena emerge sobre la posibilidad de una diferencia lingüística significativa entre aquellos guaycura norteños y los guaycura sureños u orientales en las ranherías de los *aripes*, *uchitíes* y “coras”. No sustenta, sin embargo, la sugerencia de Massey de que este contraste lingüístico “guaycura-uchití” pudiera ser puesto en el mismo nivel del contraste “guaycura-pericú”.

Del Barco reiteró opiniones similares en una carta escrita en 1784 (Barco 1973:440-442). De las tres lenguas de Baja California, el pericú era hablado a lo largo de una distancia de 50 leguas hacia el norte desde Cabo San Lucas. La segunda lengua, el guaycura, incluyó *cora*, *uchití* y *aripe* como dialectos; el *callejué* correspondía al dialecto guaycura “puro” de Dolores y San Luis Gonzaga.

Clavijero, en su influyente contribución al conocimiento jesuita de la península, siguió esencialmente las guías lingüísticas del manuscrito de del Barco. La frontera guaycura-pericú fue delineada corriendo entre 23½° y 24° latitud norte, dividiendo así la región del Cabo; uno podría adivinar que la figura de los 23½° aplicarían al oeste, a Todos Santos, aproximadamente, y que la figura de los 24° aplicarían al este, a la bahía La Ventana. Clavijero postuló que había sólo dos

naciones en el sur, y que los “indios aripas, uchitas, coras y concho” hablaban dialectos de la lengua guaycura (Clavijero 1937:87). Él también escribió incidentalmente sobre los *uchitas* como ocupantes de un área entre Loreto y La Paz, mientras que los guaycura propios se encontraban en La Paz (Clavijero 1937:255).

Para revisar, la preponderancia de la mejor evidencia disponible parece respaldar las siguientes conclusiones:

(1) Sólo dos comunidades totalmente distinguibles estaban presentes primitivamente en la región del Cabo, comúnmente designadas como pericú y guaycura. Aunque existen un número de sugerencias sobre el contraste lingüístico guaycura-huchiti en cierto nivel, las demarcaciones de este contraste son inconsistentes, habiendo en todo caso evidencia igualmente fuerte o incluso más fuerte contradiciendo dicho contraste. El reconocimiento de una lengua huchiti distinta no parece estar justificada.

(2) Las subdivisiones propuestas de los dos grupos lingüísticos en entidades como *aripe*, *pericú*, *huchiti*, *callejue*, *cora* e *isleño*, no parecen tener ninguna base sólida en términos lingüísticos. Por el contrario, estos nombres parecen haber sido aplicados principalmente a rancherías individuales o posiblemente en ocasiones a grupos de rancherías, o en el caso del isleño a una categoría puramente geográfica y no social ni lingüística.

(3) Áreas considerables al este y al suroeste de La Paz, adscritas por Massey a hablantes de cora de un dialecto *huchiti* (es decir, guaycura), más propiamente caen dentro del territorio prehistórico e histórico temprano de los pericú.

El área de bahía Magdalena. Massey (1949:286) asignó el área alrededor de la bahía Magdalena a los guaycura. En esto tuvo el apoyo, al menos por su silencio, de la mayoría de las fuentes jesuitas primarias y secundarias para la geografía lingüística temprana de la península. Dichas fuentes —Taraval, Venegas, Baegert, del Barco, Clavijero y otros— no mencionaron ninguna anomalía lingüística alguna en el área de bahía Magdalena. En lugar de eso, ellos resumen la imagen lingüística de toda la península en una manera que deja poco espacio para una lengua magdalena separada, y en lo general excluyen la presencia de pericú tan al norte, o de cochimí tan al sur.

Sin embargo, una fuente jesuita primaria, una carta de Lambert Hostell, quien sirvió como misionero en San Luis Gonzaga entre 1740 y 1746, genera dudas sobre la afiliación lingüística de la gente en bahía Magdalena. En su carta de 1743, Hostell escribió sobre “dos tribus paganas, los Ikas y los Huchipoies” (Burrus 1967a:167). Más tarde, él escribió sobre la bahía Magdalena:

Habitan este lugar los gentiles huchipoeyes. Con éstos se juntaron allá los de Ika. Añubeve, y de Titudadei. A todos halló el ministro bien inclinados a oír el santo evangelio, como lo manifestaron por el intérprete de su language, mui distinto del idioma waicuro ... prometieron ellos hacerse capaces de la lengua waicura [Burrus y Zubillaga 1982:264].

(Las traducciones al inglés de Burrus de este pasaje están potencialmente equivocadas. Ika, añubeve y titudadei son enlistados en el original en español al parecer como nombres de lugares en vez de denominaciones étnicas, pero Burrus (1967a:162, 1984:242) cambió las referencias para leer “los Ikas, Añubeves y los nativos de Titudadei”. En su traducción más reciente, Burrus (1984:242) cambió “huchipoeyes” para leer “uchitíes”, lo cual es sin duda una licencia editorial excesiva. La similitud fonética de estos dos nombres no es convincente. Baegert, por ejemplo, en su reporte, fue claro al mantener distintas las denominaciones “uchitíes” (1952:95) y “utschipujes” (1952:56).)

Evaluando la evidencia a favor o en contra de la existencia aborigen de un grupo lingüístico diferente en la bahía Magdalena, es importante tener en cuenta el contexto histórico de la evidencia, particularmente en tanto que un argumento de silencio está involucrado. Si había un grupo distinto en dicha área, sin duda era más bien pequeño en número, tuvo contacto con el sistema misional relativamente tarde, y pudo haber perdido su identidad lingüística bastante rápidamente.

Para el periodo anterior a 1719, no hay evidencia en relación a este tema. El área fue primero contactada por los españoles y quizás otros exploradores marítimos europeos, por Vizcaíno en 1602. Estos primeros contactos fueron breves en duración, reportados someramente, y en todo caso fueron hechos sin familiaridad con las lenguas peninsulares, lo cual hubiera hecho posible el reconocimiento de una anomalía lingüística si hubiera habido una.

El primer contacto por vía terrestre fue logrado en 1719 por Clemente Guillén y Esteban Rodríguez Lorenzo. El reporte del viaje día a día de Guillén no contiene evidencia sustancial de la existencia de una lengua distinta. Un pasaje relata un episodio en el que el grupo encontró a un indio solitario cerca de la bahía: “hablóle el intérprete, y respondió el indio, no siendo otro su idioma; no entiendo esa lengua; preguntáronle por el aguaje, y gente; y respondió él; no hay aquí gente yo solo vivo aquí; ni hay agua” (Guillén 1945:64). Este incidente sugiere una diferencia de dialecto en vez de una diferencia de lenguaje, entre el intérprete y al menos un habitante de la región in cuestión. Sin embargo, el reconocimiento del margen de la bahía por parte del grupo estuvo lejos de ser exhaustivo; si existió algún asentamiento sustancial en el área, lo cual parece probable, dichos asentamientos no fueron encontrados.

Por las siguientes dos décadas, el área de bahía Magdalena fue bastante ignorada, omitida en parte como resultado del avance directo de los jesuitas dentro de la región del Cabo. Las primeras síntesis de la geografía lingüística peninsular pertenecieron a este periodo de abandono. Por consiguiente, su silencio con respecto a bahía Magdalena no hace más que dar fe de la ausencia de cualquier conocimiento de una anomalía allí.

En 1740, Hostell estableció una misión en San Luis Gonzaga, en los llanos de Magdalena, y como consecuencia de esto, pronto extendió sus esfuerzos para ganar conversos y sujetos hacia el oeste, hasta bahía Magdalena. Como el pasaje citado arriba muestra, él señaló una anomalía lingüística en esta área en una de sus cartas. Sus palabras, sin embargo, no hacen completamente claro si la diferencia de lengua fue una barrera para la inteligibilidad mutua, y por lo tanto tenía que ver con lenguas distintas, o cuándo se trataba sólo de una fuerte diferencia de dialectos. La primera parece la interpretación más probable de sus palabras, pero la posibilidad de que Hostell haya sobreestimado el grado de divergencia en un dialecto desconocido no debe ser descontada.

Como sugieren las palabras de Hostell, se hicieron esfuerzos, aparentemente fructíferos, para inducir a los habitantes del área de bahía Magdalena a incorporarse al sistema jesuita de control, como parte de una misión guaycura, San Luis Gonzaga, y a través del medio de la lengua guaycura. Se discutieron planes para una misión separada en el oeste, pero no se consumaron. Dado el pequeño número de la población nativa que puede ser proyectado para la orilla de la bahía Magdalena, dada los probables impactos fuertes por enfermedades introducidas por los europeos en 1740, y dada su incorporación en el sistema social y económico centrado en el territorio guaycura y compuesto predominantemente por hablantes de guaycura, sería bastante razonable esperar que haya ocurrido una pérdida de cualquier identidad lingüística separada de la gente de bahía Magdalena.

Jacobo Baegert arribó en San Luis Gonzaga en 1751. Escribió sobre sus experiencias después de ser exiliado a principios de la década de 1770. Los comentarios de Baegert no separan

claramente entre diferencias de lengua, dialecto y comunidad residencial:

A pesar del pequeño número de indios Californios ... no obstante están divididos en muchas naciones, tribus y lenguas. Una misión puede consistir en sólo un millar de almas, pero puede tener fácilmente entre sus feligreses tantas pequeñas naciones diferentes como Suiza tiene cantones, aliados, socios y dependencia. Conté entre los míos: *paurua*, *atschémes*, *mitschirikutamáis*, *mitschirikuteurus*, *mitschrikutaraunajéres*, *teachwas*, *teenguábebes*, *utschis*, *ikas*, *anjukwáres*, *utschipujes*, todas tribus diferentes, pero apenas sumando entre todos quinientas almas.

... El número de mis feligreses no llegaba a miles de almas, sus campos aún estaban muchas veces a treinta horas. También hay en este país no pocas lenguas y dialectos y un misionero se congratula si puede llegar a dominar una de ellas [Baegert 1952:56].

Baegert ya ha sido citado arriba en su reconocimiento de “cinco lenguas completamente diferentes en California” (Baegert 1952:95). Al notar el *huchipoeyes* e *ikas*, parece haber estado hablando de comunidades individuales, y éstas parecen más bien haber estado dentro de la familia hablante de guaycura, por lo menos en su entendimiento de la situación.

En conclusión, en la actualidad parece mejor incluir bahía Magdalena dentro del territorio guaycura, aunque ésta no puede ser más que una decisión tentativa a partir de la escasa evidencia. La posibilidad de una lengua única en esa área no es descartada. Tampoco resulta inconcebible la posible presencia allí de un grupo aislado de la comunidad lingüística pericú, orientada hacia el litoral. Parece que la península muestra un patrón regular de grupos con parientes más al norte, tales como los más meridionales guaycura y cochimí, quienes ocupaban las áreas al interior de la península, mientras que grupos con lazos al sur, como los pericú y los guaycuras más septentrionales, retenían el control de las costas. La evidencia etnohistórica o lingüística es insuficiente hasta ahora para resolver la cuestión definitivamente; quizás la arqueología puede con el tiempo ser capaz de ayudar.

Monqui, la lengua de Loreto. Otro problema mayor en la interpretación de Massey sobre la distribución lingüística aborígen de la península tiene que ver con el área alrededor de Loreto. Massey notó que algunas de las fuentes secundarias adscribían esta área al grupo guaycura, pero él argumentó que la lengua hablada ahí, a menudo llamada monqui, era idéntica al “didíu” hablado hacia el norte hasta bahía Concepción, y que juntos, monqui-didíu, también conocido originalmente como cochimí de acuerdo a Massey, fue un dialecto o más bien una lengua hermana dentro de la familia de lenguas “yumana peninsular” (cochimí). En este caso, el argumento de Massey se articuló principalmente con evidencia proveniente del periodo jesuita más temprano, en particular con los testimonios de Kino, Salvatierra y Piccolo. Será mostrado que su argumento, al reexaminarse, parece dudable.

Las experiencias de la expedición Kino-Atondo en 1683-1685 son cruciales para la definición de la situación lingüística en el área de Loreto. Exploraciones anteriores de la costa del golfo habían llegado a esta área general, pero, al contrario de la situación en la región del Cabo, los reportes de estos primeros viajes no arrojan luz sobre la distribución lingüística aborígen.

El grupo Kino-Atondo fue primero a La Paz; después de varios meses allí, a la vista del crecimiento de resentimientos y resistencia nativa, se movieron hacia el norte a San Bruno, localizado aproximadamente a 25 kilómetros al norte del último sitio de Loreto. Allí permanecieron un año y medio, trabajando con los habitantes alrededor de San Bruno y realizando viajes exploratorios hacia el oeste y al sur. Poco después de llegar a San Bruno, Kino registró en un diario:

Oy día empezamos a reparar que había dos diferentísimas lenguas entre ellos y dos diferentes naciones. La una se llama la nación de los Didius, y la otra la nación de los Edues; entrambas procuraban tener nuestra amistad; y nos dijeron tenían otra tercera, y aun más populosa y enemiga, la tierra dentro, que llaman los Noys. Pussimos mucho cuidado en aprender ambas lenguas con apuntamientos distintos; a la una llamamos lengua Noé; y a la otra lengua Nebe. El capitanejo de los que hablan la lengua Noé, que son los Edues, se llama Dionissio [Burrus 1954:48-49].

Una entrada posterior en el mismo diario refiere de nuevo al líder de los edues, Dionisio, y a “sus enemigos, los Noys o los Didius” (Burrus 1954:58), sugiriendo ya sea que hubo alguna confusión o bien que los noys del oeste y los didius hablantes de nebe del norte ya estaban siendo agrupados juntos. Más tarde, este agrupamiento fue confirmado en una expedición tierra adentro hacia el oeste:

Yo les hablé en las dos lenguas...aunque con pocas esperanzas que la havían de entender; y juzgando su lengua de éstos sería otra tercera lengua muy diferente; pero me respondió en lengua Nebe, y reparamos no tiene diferente lengua que los Didius [Burrus 1954:72-75].

En otra exploración más extensa hacia el oeste, la cual fue hasta la costa del Pacífico, encontraron en una localidad aproximadamente a 40 kilómetros con dirección oeste de San Bruno a algunos miembros de la nación “guymies”, quienes hablaban la misma lengua que en la ranhería de San Bruno (Mathes 1969b:33-34). En la misma costa del Pacífico, la lengua era “algo diferente” de la de San Bruno, aunque esta última evidentemente se seguía entendiendo (Mathes 1969b:46).

Otra expedición fue al sur de San Bruno, donde “la mayoría de estos asentamientos hablan eduan; algunos de los nativos hablan la lengua nebe de los guimes y muchos hablan ambas” (Burrus 1965b:180).

Años más tarde, Kino escribió que en ese periodo: “formé vocabulario y arte o gramática de la lengua transcendental, la Imona o Nebe de los Laimones o Guimies de la dicha California” (Burrus 1954:114-115). En San Bruno, Kino se había unido a otro misionero jesuita, Juan Baptista Copart, quien también tradujo textos y compuso una gramática de una lengua indígena. Copart fue en lugar de Kino a la expedición al sur de San Bruno mencionada arriba, y es evidente que acordaron entre ellos una división lingüística de labores, especializándose Kino en la lengua del norte y del oeste (*didiu*, *noys*, *nebe*, *laymón*, *guimi* o cochimí) y Copart en la lengua inmediatamente al sur (*edue*, *noé* o monqui). Un arreglo similar parece haberse seguido primero en La Paz, donde Goñi se había especializado en la lengua del este (cora, es decir, pericú) y Kino se había especializado en la lengua del oeste (guaycura). El hecho de que Kino no eligió especializarse además en monqui en San Bruno, sugiere que había una diferencia probablemente mayor entre guaycura y monqui, que si fueran solo dialectos.

La evidencia sobre territorios lingüísticos provenientes de la expedición Kino-Atondo no es sólo verbal, sino cartográfica. El mapa de Kino fechado en 1683 (Burrus 1965a:36; 1967b:mapa 8) muestra las posiciones geográficas de los grupos con quienes tuvo encuentros en dicha época. Al norte de San Bruno se muestran “los Didios”; al sur, en la posición correspondiente casi exactamente al último sitio de Loreto, están “los Edues”. Al oeste, alrededor de lo que parece ser el área de Comondú, se encuentran “los Noes” (¿quizás significando “noys”?). En el mapa de Kino de 1685 (Burrus 1965a:36), la situación es menos clara. Los “didios” no fueron incluidos, pero un área al noroeste de San Bruno es asignada a los “Guimies”. Al sur de este grupo, oeste o suroeste de San Bruno, está escrito “Edues”. Al sur otra vez se muestra “Mogie” (¿monqui?). “Noes” no es

mencionado. Este mapa de 1685 está relativamente lleno de montañas y nombres de lugares, lo cual puede ayudar a dar cuenta del posicionamiento de los nombres étnicos alejados de la costa este y en relación ambigua con San Bruno y Loreto (San Dionisio). Mapas posteriores de 1701 y 1702 (Burrus 1965a:44,46), los cuales se focalizan en el delta del Colorado, muestran de paso a los “Guimies” entre bahía Concepción y San Bruno, y a los “Edues” en las inmediaciones de San Javier.

En cuanto a la distribución de grupos lingüísticos alrededor de Loreto, el testimonio del periodo temprano de misionización exitosa, en 1697 y los años inmediatamente posteriores, también es crucial. Fundamentalmente Massey basó su argumento para vincular la lengua de Loreto con el grupo yumano peninsular (cochimi) en tres ítems de evidencia de ese periodo.

Primero, había evidencia que sólo dos lenguas eran habladas en el área que incluía las inmediaciones de Loreto, bahía Concepción y San Javier; una de estas lenguas, el monqui, ya era conocida en 1702, y la otra, el *laymón*, no lo era. San Javier era conocido como asociado con la lengua *laymón*. La conclusión de Massey fue que la “sólo una lengua es admisible para esta sección de la costa, que incluye las tierras tanto de los didiu como la de los monqui” (Massey 1949:290), asignándose el *didiu* al área al sur de bahía Concepción. Una explicación alternativa está claramente disponible, la cual vincularía el didiu con el *laymón* en vez de con el monqui, y mantendría una frontera lingüística importante en esta parte de la costa este.

El segundo punto de Massey fue que el catequismo de Copart, preparado durante el frustrado esfuerzo colonizador en San Bruno, fue usado exitosamente por Salvatierra entre los monqui en Loreto, apuntando así hacia una sola lengua para Loreto y San Bruno. Sin embargo, como se ha visto, hay cierta razón para creer que los esfuerzos de Copart no se dedicaron a registrar la lengua más estrechamente asociada a San Bruno y a las áreas hacia el norte. En vez de ello, la gente de aquellas áreas, así como las de las áreas hacia el oeste, parece haber sido el interés lingüístico particular de Kino, mientras que Copart se dedicó el mismo a la gente que se encontraba justo al sur de esa área. Lo apropiado del catequismo de Copart en Loreto no es sorprendente desde este punto de vista, y no dice nada de afiliaciones más amplias, si es que existen, de la lengua loretana.

El punto final de Massey refiere al nombre de un líder indio, quien jugó un papel tanto en los años de Kino-Atondo como en los de Salvatierra. Bautizado en español como Dionisio, el nombre nativo de este hombre es proporcionado como Ibo, que significa “sol” en cochimi (Mixco 1978:97; Salvatierra 1971:119-120). Se dice que Dionisio-Ibo había sido el líder en Conchó, el sitio de Loreto, y se ha hablado de él y su identificación específicamente con los *edues* o hablantes de *noe* en párrafos anteriores. Sin embargo, hay cierta duda sobre el hogar de Dionisio-Ibo. Salvatierra en cierto punto se refirió a él como el “jefe en San Bruno” (Salvatierra 1971:126), lo cual eliminaría el problema lingüístico si fuera correcto. Posiblemente el nombre de Dionisio-Ibo fue un préstamo lingüístico del cochimi, una afección, quizás, por parte de la nación monqui, pequeña, asumiendo el modo de la nación cochimi, mucho más grande y quizás más prestigiosa. Posiblemente Dionisio-Ibo tenía ancestros mezclados o había cambiado su afiliación local. En cualquier caso, una sola palabra, por sí misma, parece ser sólo un argumento débil para una interpretación lingüística que aparentemente contradice la mayor parte del otro testimonio sobre la materia.

El uso del término “cochimi” por parte de Salvatierra representa una dificultad para la interpretación de Massey. Massey notó que el término era usado por Salvatierra para la gente al norte de Loreto, específicamente en asociación con el asentamiento de Londó (Salvatierra 1971:168), y Massey razonablemente asignó dicha gente al *didiu*. Sin embargo, Salvatierra (1971:170) también se refirió a los “cochimi laymones del área de la Giganta”. Autores posteriores usaron con gran frecuencia el término cochimi para describir lo que Massey llamó yumano

peninsular más al norte, un uso al cual puso Massey objeciones, deseando usar cochimí más bien como un sinónimo para sólo el *monqui-didiu*. La alternativa de incluir a los *didius* de Massey con los *laymones* occidentales y otros grupos norteños bajo la denominación de cochimí eliminaría este problema.

El testimonio de Francisco María Piccolo, uno de los primeros jesuitas en el área de Loreto, y uno de los lingüísticamente más perspicaces, es importante, pero por desgracia no es completamente claro. Generalmente, sin embargo, los comentarios de Piccolo ofrecen evidencia para la interpretación de dos lenguas distintas en el área: una, denominada monqui, hablada en un área restringida alrededor de Loreto, y una segunda, denominada por él mismo como *laymona*, hablada más extensivamente hacia el oeste, norte y también hacia el sur, y en evidente correspondencia con lo que es llamado aquí cochimí.

El *Informe* de 1702 de Piccolo (1962, 1967) es la fuente más clara y detallada de su visión. Refiriéndose al establecimiento misional inicial en Loreto, él escribió que “hicimos todo el esfuerzo por aprender su lengua, la cual es llamada monqui” (Piccolo 1967:55). Posteriormente, añade:

à poco tiempo reconocimos aver en ellas mezclas de Naciones de diversas lenguas: la una era la lengua Monquì, que ya sabiamos; la otra era la Laymona, que ignorabamos. Luego nos pusimos, con toda cuydado, à aprenderla; y, por ser esta lengua transcendental y que parece que es la general en tan dilatado Reyno, con el continuo estudio la supimos en breve [Piccolo 1962:51].

La misma fuente también refiere a los sermones de Juan de Ugarte en ambas lenguas (monqui y *laymón*), en un área aproximadamente a quince leguas (algo así como 60 kilómetros) al sur de Loreto (Piccolo 1967:60).

Las cartas de Piccolo contienen igualmente algo en relación con este tema. Un reporte en 1699 sobre un viaje de Loreto a la costa occidental refiere poco después del inicio de la expedición, a la llegada de indios “tantos didius como monqui laimones” (Piccolo 1962:1469). Este pasaje, poniendo a monquis y *laimones* juntos en contraste con didius, lo cual contradice tanto la interpretación de Massey como la interpretación preferida aquí, fue probablemente un error de dedo; la misma carta refiere más adelante a monquis y *laymones* separadamente, pero nunca vuelve a ligar los dos términos en esta manera. La panorámica general parece revelar que el monqui era conocido por lo menos a una corta distancia hacia el oeste (Piccolo 1962:148) pero que el *laymón* era hablado incluso más al oeste (Piccolo 1962:157).

Sigismundo Taraval, como se citó anteriormente, reconoció un tanto vacilante la “tribu de Loreto” como una de las tres a cinco naciones totalmente diferentes de la península. Él sugirió que tenía importantes vínculos con la nación guaycura más hacia el sur, pero clara y consistentemente la separó del cochimí de San Javier y del norte (Taraval 1931:30-31).

La *Descripción* de 1740 atribuida a Rodríguez Lorenzo, habla de Loreto como “con competente pueblo de naturales, cuya nación se llama laimón y en su idioma llaman al paraje Conchó”. Sobre Mulegé, el autor escribió que “sus nativos son llamados cochimí” (León-Portilla 1995:121).

La *Descripción* de 1746 de William Stratford es una fuente dudable tanto para el patrón lingüístico del área de Loreto como para la región del Cabo. Stratford mencionó a Ligüí (Malibat) y San Javier como pertenecientes a la “nación conchos”, ligándoles así explícitamente con los loretanos (Ramos 1958b:55). Los indios de las áreas misionizadas y no misionizadas más al norte no fueron descritos lingüísticamente por Stratford.

Miguel Venegas, en su manuscrito original sobre la historia de la península, distinguió tres

naciones principales y cinco lenguas en Baja California (Venegas 1979:IV, 512-517). Las tres naciones eran el cochimí en el norte, los *edues* o *egues* en el sur, y los *liyúes* o gente de Loreto en el centro. Un mayor número de lenguas en vez de naciones resultó del hecho de que la nación de Loreto también contenía *guaycura* y *huchiti*, derivadas de la lengua loretana pero con mucha variación, de acuerdo a Taraval. Los *edues* en este sistema evidentemente correspondieron a los pericú; ya en un punto, quizás por un error involuntario, Venegas pareció escribir sobre los *edues* como asociados con las misiones relativamente norteñas de Comondú y La Purísima (Venegas 1979:IV, 513). Desde la perspectiva de los loretanos, según Venegas, algunos grupos eran distinguibles geográficamente, siendo llamada la gente del norte *didiu*; los del sur, *monqui*; aquellos en el oeste, *laymó*; y los de la *ranchería loretana*, *liyú*. Sin embargo, él también citó al misionero Luyando como equiparando *laymona* con cochimí y haciendo el monqui la lengua hablada en Ligüi, Dolores y La Paz, y por lo tanto aparentemente equivalente al *guaycura*. La confusión es evidente en el uso que hace Venegas de los nombres lingüísticos y tribales, particularmente “*laymón*”, “*didiu*”, “*edu*” y “*monqui*”, pero parece ciertamente claro que él reconoció un área delimitada alrededor de Loreto como lingüísticamente distinta de áreas cercanas hacia el norte y el oeste, pero relacionada en cierta manera a las áreas extensivas hacia el sur.

Editada y retrabajada por Burriel, la historia publicada de Venegas es más clara en su panorámica lingüística (Venegas 1943:I, 63-66). La nación de Loreto, incluyendo *guaycura* y *huichiti*, es nombrada “*monqui*”. Entre las subdivisiones menores de esta nación se encuentran los *liyúes* y los *didius*. “*Edu*” y “*laymón*” se consideraron términos direccionales; los *laymones* son casi equivalentes al cochimí, pero también incluye a algunos hablantes loretanos del norte de Loreto, mientras que *edues*, más o menos equivalente al pericú, también incluye a algunos grupos sureños loretanos.

Testimonios particularmente interesantes sobre la lengua loretana se derivan de la “Descripción de California”, escrita en la década de 1750 y atribuida a Ducruet: “Los moradores [de Loreto Conchó] parecían ser nación distinta de las otras de la California, por su mucha variación en el idioma. El terreno tocante a esta nación era corto y rodeado, menos el lado del mar, de la nación *laimona*, o cochimí” (Lazcano Sahagún y Perić 2001:307). La misma fuente señala en otra parte que el territorio de la “nación *vaicura*” se extendía “más lejos [hacia el norte] a lo largo de la costa del Pacífico y menos lejos en el lado del golfo” (Aschmann 1966:29). Claramente, la lengua de Loreto era considerada distinta tanto del cochimí como del *guaycura*. Esto último es importante tomando en consideración que se trata de un reporte relativamente tardío, fechado en un periodo en el que se podría esperar una considerable afluencia de neófitos desde las áreas perimetrales y fronterizas hacia las áreas centrales demográficamente declinantes de la misión de Loreto, lo cual pudo haber oscurecido así la diferencia lingüística original en dicha zona.

Como ya se ha citado, desde el exilio Baegert escribió en los años de 1770 sobre una lengua loretana diferente al cochimí de San Javier, aunque Baegert ligó anómalamente el término *laymona* a la lengua loretana (Baegert 1952:95).

Del Barco, escribiendo en el exilio en los 1770s, asignó el área de Loreto “e incluso un poco más allá” a la nación *guaycura*, que incluyó a los loretanos como una de sus divisiones (Barco 1973:173, 176, 1981:20, 24). En un escrito posterior, en 1784, del Barco notó que, de acuerdo a algunos jesuitas, los loretanos hablaban una lengua diferente, pero que según otros hablaban un dialecto del *guaycura*; del Barco aprobó la última opinión por estar apoyada en fuentes mejor informadas. Él notó que esta lengua loretana o dialecto había desaparecido con la hispanización de la gente de esa área. Incluso negó haber escuchado en California sobre el “*monki* o *monqui*” como término equivalente para el *guaycura* (Barco 1973:441).

Clavijero, también escribiendo desde el exilio, siguió a del Barco y otros autores al describir a los indios loretanos o Conchó como hablantes de un dialecto del guaycura, hasta que dicha lengua fue reemplazada por el español (Clavijero 1937:87).

En conclusión, el testimonio primario parece contundente, a pesar de cierta confusión considerable de términos, al distinguir la lengua de Loreto, que convenientemente puede ser llamada monqui, de la lengua cochimí hablada al norte y oeste de dicho lugar. En contraste, el monqui es más comúnmente vinculado en dichas fuentes a la lengua guaycura hablada hacia el sur, pero la naturaleza de dicha conexión no es certera, y parecería, aunque sea sólo por la evidencia indirecta de la experiencia de Kino, que es más probablemente una membresía común en la familia lingüística en vez de una mera diferencia dialectal.

Cochimí. A pesar de que los materiales sobre la lengua o lenguas cochimí son mucho mejores que aquellos sobre el pericú o monqui, y también son mejores que aquellos sobre el guaycura, distan mucho de ser iguales a los materiales que están disponibles sobre lenguas yumanas en el norte. Por lo tanto, un gradiente en especificidad existe en el conocimiento de las lenguas aborígenes peninsulares. La distinción del cochimí y su relación genética al yumano (a ser discutida posteriormente en este capítulo) son razonablemente claras; sus divisiones en lenguas y/o dialectos son, por el contrario, oscuras. Las misiones jesuitas de la península central constituyen puntos de referencia convenientemente geográficos al discutir las variaciones dialectales, pero no debe asumirse que los territorios de esas misiones constituyeron necesariamente unidades lingüísticas genuinas.

Massey (1949), resumiendo e interpretando los datos que tenía disponibles, distinguió cinco o seis grupos lingüísticos dentro del cochimí (o yumano peninsular, como él prefirió designar a la lengua o familia). Uno de esos grupos, el monqui, no es considerado aquí como perteneciente a la familia cochimí, como se discutió ya arriba. Los otros grupos de acuerdo a Massey fueron *didíu* (que él agrupó con el monqui), *laymón*, *cadegomeño*, *ignacieño* y *borjeño*. La diferencia entre *laymón*, un término adjuntado por Massey al área alrededor de las misiones de San Javier y Comondú, y *didíu*, en el área norte de los monqui casi hasta Mulegé, depende bastante de la suposición de un parentesco cercano entre monqui y *didíu*, lo cual se rechaza aquí. Cuando el estatus del monqui como una lengua cochimí es rechazado, no quedan bases importantes para posicionar un habla *didíu* distinta; el territorio adscrito al *didíu* pudo pertenecer al “*laymón*”, al *cadegomeño* o al *ignacieño*.

Las otras divisiones lingüísticas o dialectales dentro del cochimí propuestas por Massey estuvieron basada en los resúmenes de los misioneros jesuitas. Del Barco (1973:441) distinguió por lo menos cuatro dialectos mayores o lenguas, asociadas con las misiones de San Javier, La Purísima Cadegomó, San Ignacio y Santa María. En otro lado, del Barco (1973:223) aclaró que el habla de Comondú estaba asociada con la de San Javier. Él no especificó las afiliaciones lingüísticas de las otras misiones intermedias (Mulegé y Guadalupe, entre Cadegomó y San Ignacio, y Santa Gertrudis y San Borja, entre San Ignacio y Santa María). La “Descripción de California” atribuido a Ducrue, también propuso una división cuatripartita del cochimí, agrupando San Javier y Comondú; La Purísima Cadegomó por sí misma; Mulegé, Guadalupe y San Ignacio; y finalmente Santa Gertrudis, la misión fronteriza más septentrional al momento de estar escribiendo, también por sí misma (Aschmann 1966:32-33). Los dos esquemas pueden hacerse compatibles y exhaustivos equiparando los dialectos de Santa Gertrudis y Santa María, un paso tomado explícitamente por Clavijero (1937:396).

El misionero dominico Sales, escribiendo mucho después, en la década de 1790, pero con más información sobre los grupos cochimí más norteros, propuso distinciones algo diferentes. De

acuerdo a Sales, con respecto a las lenguas aborígenes:

Los Pueblos y Misiones de Santa Gertrudis, San Ignacio, Santa Rosalía y la Purísima tienen muy corta diferencia: los Pueblos de Francisco de Borja y San Fernando no se distinguen entre si, pero mucho de los demas: los del Rosario y Santo Domingo son distintos en términos y pronunciación [Sales 1960:62].

Una subdivisión mayor norte-sur del cochimí, no discutida por Massey, fue sugerida por Kroeber (1931) con base en dos listas de vocabularios recolectados en el siglo XIX. La división de Kroeber en cochimí 1 y cochimí 2, en una línea entre las misiones de Santa Gertrudis y San Borja, se ha seguido a menudo en los mapas lingüísticos que le siguieron. De acuerdo a Mixco (1978:12), sin embargo, de la lista sureña, recolectada por Bartlett, se sospechó fuertemente como de origen básicamente no cochimí; ésta, y las conclusiones basadas en ella, probablemente deban ser descontadas en esta materia.

Mixco ha ido el lingüista que ha estudiado más cercana y críticamente la evidencia sobre los dialectos cochimí. Él apoyó también una división fundamental norte-sur, aunque estaba ambigua con respecto al lugar de su línea divisoria. En una publicación, él escribió:

La línea de mayor diferenciación dialectal se extiende este-oeste a través del desierto central al aproximadamente 28° norte (la latitud de la misión de San Francisco de Borja Adac ...). En este estudio, los dialectos al norte de esta línea (San Francisco Borja, Santa Gertrudis, Santa María, San Fernando Velicatá, Nuestra Señora del Rosario) serán referidos como “cochimí del norte”, mientras que aquellos al sur serán llamados “cochimí del sur” [Mixco 1978:4].

(Debe ser señalado que los 28° se encuentran justo al sur de la latitud de Santa Gertrudis, no en San Borja; este último se encuentra tres cuartos de grado más al norte.) En otra parte, Mixco escribió:

La línea de mayor diferenciación entre los dialectos cochimí ataja a través del corazón inhóspito del gran desierto central en las cercanías de la misión de San Ignacio (aproximadamente en el paralelo veintiocho)... Siguiendo el uso establecido por Mixco (1978), el término “cochimí del norte” será utilizado para referir al grupo de dialectos hacia el norte de esta isoglosa mayor y “cochimí del sur” para aquellos hacia el sur [Mixco 1979:39-41].

(San Ignacio se encuentra a cerca de tres cuartos de grado hacia el sur de los 28° latitud.) En este mismo artículo Mixco puntualizó que él puso la “línea de la diferenciación más grande” todavía más al sur, contando el dialecto de San Ignacio como el dialecto más sureño del cochimí del norte. Efectivamente, dado que la información válida sobre el cochimí del sur parece estar limitada generalmente al dialecto de San Javier-Comondú, es posible que el cadegomeño también haya pertenecido al grupo del norte. Una opinión provisional aceptable con base en la evidencia disponible sería postular el ignacieño como el dialecto de San Ignacio, Guadalupe y Mulegé, tal y como lo sugiere la “Descripción de California”, y como un miembro del grupo del norte, como Mixco más recientemente propuso. Borjeño, el dialecto de San Borja, Santa Gertrudis, Santa María y San Fernando, constituiría otra parte del cochimí del norte, y el área entre el límite de San Fernando y el límite sureño de la familia yumana podría ser tentativamente considerado como perteneciente a un tercer miembro de este grupo, bajo su nombre kiliwa de juigrepa (discutido abajo). Cadegomeño, junto con el javiereño (el “laymón” de Massey), el dialecto de San Javier Comondú, constituirían el cochimí del sur.

Otro problema sería tratar de medir la profundidad de las divisiones esbozadas arriba, específicamente, cuales agrupaciones fueron constituidas como lenguas distintas y cuales fueron separadas sólo por diferencias a nivel dialectal. Muchos de los primeros jesuitas trataron el cochimí como una lengua sola, aunque sus clasificaciones en dichas materias fueron imprecisas. Del Barco comparó las diferencias dentro del cochimí con aquellas entre el “italiano, francés y español, o por lo menos entre el castellano y portugués y gallego” (Barco 1973:223). Mixco (1978:4, 1979:39) citó su descripción con aprobación, y también (1978:4) sugirió que la “mutua inteligibilidad entre estos dialectos fue comparable a aquella que se obtiene dentro de aquellas áreas de habla europea como el germánico, el eslávico o el romance”. No se ofreció una discusión como soporte de dichas variadas analogías. Además, no es claro a qué nivel se pensaron las analogías para ser aplicadas, es decir, para las diferencias entre el cochimí del norte y del sur, o entre borjeño e ignacieño, por ejemplo. De nuevo, un arreglo provisional parece ser lo más adecuado para los datos disponibles: considerar el cochimí del norte y el cochimí del sur como lenguas hermanas diferentes, y el juigrepa, el borjeño y el ignacieño por una parte, y el cadegomeño y el javiereño por la otra, como dialectos mayores respectivamente de dichas dos lenguas.

El delta del río Colorado. Para las distribuciones lingüísticas en Baja California al norte del área jesuita, las fuentes de información adquieren un carácter diferente. Sobre el delta del río Colorado, hay disponibilidad de relevantes testimonios de exploradores y otros viajeros que abarcan casi cuatro siglos, así como estudios antropológicos del siglo XX sobre pueblos y lenguas sobrevivientes.

Hernando de Alarcón fue el primer español en entrar al delta, y la versión preservada del registro de este viaje es particularmente rica en detalle etnográfico. Sin embargo, este reporte es decepcionantemente vago o confuso con respecto a los grupos lingüísticos que fueron encontrados.

El etnohistoriador Forbes (1965:95-96) interpretó que el reporte de Alarcón distinguía once pueblos viviendo en o cerca del delta, la mayoría de éstos sin nombre, con “quizás siete u ocho grupos nativos diferentes” desde la boca del río al área Pilot Knob, “considerablemente más que residieron en el área posteriormente”. Sin embargo, existen varios problemas con la conclusión de Forbes. La naturaleza de estos “grupos” es definida pobremente. Muchos podrían haber sido simples comunidades de asentamientos, quizás con cierta autonomía política; si fue así, el número quizás no podría ser mayor que el representado entre los cucapá en periodos posteriores. Hay pocas razones para asumir que esos grupos fueron todos distintos lingüísticamente. Según se informa, un líder local contó a Alarcón que el río “estaba habitado por veintitrés grupos lingüísticos que vivían cercanos al ríos, más otros que vivían no muy lejos; y que junto a esos veintitrés grupos de lenguas asentados en el río había otros que él no conoció” (Hammond y Rey 1940:II, 138). El alcance geográfico de esta afirmación no es claro, como tampoco lo es la naturaleza de un “grupo lingüístico” en el entendimiento del líder, y parece probable que estuvo involucrada una considerable exageración.

Los detalles específicos del reporte de Alarcón establecen la existencia de por lo menos dos lenguas habladas o entendidas en el delta. La expedición había llevado consigo un intérprete, sobre quien se especificó haber sido capaz de entender el habla de algunos grupos encontrados y no haber sido capaz de entender otros (por ejemplo, Hammond y Rey 1940:II 133, 137, 138). Desafortunadamente, se desconoce el origen de este intérprete. Forbes (1965:97) especuló que él podría haber sido hablante de una lengua yutoazteca de Sonora o Sinaloa, una sugerencia verosímil dada la localización de la frontera de control español en aquel momento en la región de Sonora

lejos hacia el sureste del delta del río Colorado. Los pápago y su lengua yutoazteca, con parientes lingüísticos cercanos en el sur de Sonora, ocuparon un territorio no lejos del delta en tiempos posteriores, y Forbes sugirió que ellos pudieron haber vivido en el río en 1540, o que algunos grupos hablantes de lenguas yumanas pudieron haber sido bilingües. Desafortunadamente, sobre dichas sugerencias, el reporte de Alarcón parece insinuar que los grupos conocidos en reportes posteriores como hablantes de lenguas yumanas estaban entre aquellos capaces de comunicarse con el intérprete, y también que el intérprete fue capaz de entender conversaciones escuchadas por casualidad y no dirigidas a él por estas personas, quienes presumiblemente podrían haber estado utilizando su lengua materna en ese momento. Estos hechos parecen favorecer la hipótesis de que el intérprete hablaba una lengua yumana. Como la lengua o lenguas que no fueron entendidas por el intérprete, paipai, diegueño, quechan y pápago, parecen estar entre las posibilidades.

Dos grupos mencionados fueron encontrados por Alarcón en el delta, río arriba de sus porciones más sureñas. La versión sobreviviente del reporte de Alarcón no es consistente en su deletreo de los nombres de dichos grupos, pero fueron dados como los chicama (probablemente con pronunciación italiana), quicoma o quicama y los coama o coana (Hammond y Rey 1940:II, 141-152). Reportes posteriores sobre el delta han identificado a los quiquima como los halyikwamai y a los coana como los kahwan. La ubicación geográfica de estos grupos por parte de Alarcón es compatible con dichas identificaciones.

Después de Alarcón y después de Díaz, quien no dejó comentarios de interés lingüístico, la siguiente entrada en el delta registrada fue hecha por Oñate y su destacamento de Nuevo México, en 1604-1605.²⁷ Los dos reportes detallados de esta expedición enlistan cuatro grupos viviendo a lo largo del río Colorado en el área de Baja California. Estos eran, de norte a sur, los cohua o coguana, los haglli o agalle, los tlaliquamallas o agalec-qua-maya, y los cocapa. El primero y el cuarto de estos grupos son muy evidentemente los kahwan y los cucapá; los otros dos han sido considerados secciones de los halyikwamai. Uno de los reportes enlista estos grupos como “naciones” (Bolton 1908:276); el otro reporte, casi contemporáneo, los enlista como “asentamientos” y observa que la numerosa gente entre el Gila y el golfo “pertenecieron, sin embargo, a la misma nación, y algunos a una diferente, aunque difieren muy poco” en varios rasgos culturales (Hammond y Rey 1953:1021). Esta imagen recuerda a la de Alarcón y de nuevo sugiera una estabilidad considerable en el delta durante el periodo histórico.

Los mapas que produjo Kino después de sus expediciones al río Colorado a principios de los años 1700, ayudan a clarificar sus opiniones sobre la etnogeografía de dicha área (Burrus 1965a, 1967b). Las versiones publicadas de los mapas de Kino (Burrus 1965a:44, 46) muestran “Alchedomas” en el banco oriental del río Colorado arriba de su unión con el río Gila. Los “Cocomaricopas” son mostrados en banco sur del Gila. Al oeste del Colorado y directamente opuesto a su unión con el Gila están los “Cutganes”. Al suroeste de los “Cutganes” están los “Hoabonomas”. De cara opuesta a los “Hoabonomas”, en el banco este del Colorado abajo del Gila y donde el curso del Colorado cambia de dirección suroeste a sur, están los “Yumas”. Estos mapas muestran lo que parece ser un brazo del golfo de California extendiéndose hacia el noroeste dentro del área actual del delta. Sobre el lado oeste de esta área, bajo la boca aparente del Colorado y al sur de los “Hoabonomas”, se muestra a los “Bagiopas”. Todavía más al sur, cerca de la entrada del brazo del golfo, están los “Quiquimas”. Parece haber un número de problemas para cualquier interpretación de estos mapas en términos de los grupos del delta conocidos del posterior periodo histórico. El mapa de 1710 de Kino (Burrus 1965a:50) muestra a los “Cocomaricopas” en el banco norte del Gila y a los “Yumas” en la esquina noroeste de la unión entre los ríos Colorado y Gila;

²⁷ Véase también Laylander 2004.

otros grupos del delta no son mostrados.

Después de Kino, el siguiente observador que viajó al delta del río Colorado fue Jacob Sedelmayer, en 1748 o 1749 y de nuevo en 1751. Los reportes de Sedelmayer son breves, y sus exploraciones en esta región particular fueron al parecer muy superficiales. Él reportó “cocomaricopas” (maricopas) en el río Colorado y en el río Gila, y “yumas” (quechan) en la unión de dichos ríos, y él consideró estos dos grupos más otro llamado “guicamopas” (probablemente halyikwamai y otros) como hablantes de una única lengua (Dunne 1955:32). Con base en su expedición de 1744, la cual sólo tocó el Colorado sobre el Gila, él reportó que los guicamopas vivieron a lo largo del Colorado desde la unión del Gila hasta el golfo de California (Dunne 1955:25). La redacción oscura de un posterior reporte de la expedición de 1748 o 1749 parece ubicar a los guicamopas en el Gila, entre los yumas y los cocomaricopas (Dunne 1955:63, 66). Una carta de Sedelmayer posterior a su viaje de 1751 enlista como tribus de la región general “los pimas, los cocomaricopas del Gila, los cocomaricopas del Colorado, los yumas, los quahanas, los huicamas” (Dunne 1955:78-79). Estos dos últimos son más posiblemente los kahwan y los guicamopas o halyikwamai; la secuencia de su listado sugeriría sus posiciones en el río Colorado debajo de la boca del Gila.

Más tarde, otro jesuita sonorense, Juan Nentvig (1980:17) atribuyó a Sedelmayer la observación de que “los pimas del Gila, los opas, los cocomaricopas, los hud-coadanas, yumas, cuhanas y quiquimas ... todos hablan la lengua pima con sólo pequeñas diferencias dialectales.” Evidentemente, Nentvig estaba equivocado al atribuir a Sedelmayer el error de haber confundido las lenguas pimanas con las yumanas, y Nentvig también puede haberse equivocado en atribuir la categoría étnica “hud-coadanas” a dicha fuente. Nentvig también dejó testimonios cartográficos de segunda mano sobre la situación etnográfica en el delta durante los primeros años de 1760 (Burrus 1967b:mapas 39, 40). Los “hud-coadam”, presumiblemente equiparables a los “cocomaricopas del Colorado” de Sedelmayer, y reconocidos más generalmente como halchidhoma, son asignados al banco oriental del río Colorado sobre el Gila. Bajo dicha unión y sobre el banco este, de norte a sur, están representados los “yumas”, los “cuham” o “cuhana”, y finalmente en la boca del río los “guicama” o “quiquimas”. Enfrente de los “guicama” o “quiquimas” en el banco occidental en la boca, él ubicó a los “bagiopas”. Estos grupos parecen ser identificables como los quechan, kahwan, halyikwamai y cucapá, respectivamente. Nentvig (1980:18) reportó también que los quiquimas, cubanas, coanopas, ojiopas y otros vivieron en el banco occidental del río.

Las expediciones de Anza de 1774 y 1775-1776 cruzaron repetidamente el delta y dejaron un registro diverso de observaciones en la forma de diarios y cartas (Bolton 1930; Coues 1900). La distribución lingüística retratada en estas fuentes no está libre de contradicciones, pero es posible extraer de ella una imagen por lo general coherente. El grupo con el que los destacamentos tuvieron contactos más cercanos fueron los yumas, residentes de la unión del Gila-Colorado y a una distancia corta debajo de dicha unión. Las áreas río debajo de los yumas, hasta el golfo, fueron entendidas por los expedicionarios en 1774 como pertenecientes a dos grupos: los quiquimas al este del río y los cajuenches (cojats, axagueches) al oeste. Los cajuenches hablaban esencialmente la misma lengua que los yumas, mientras que la lengua de los quiquima tenía fama de ser muy diferente. Los bagiopas fueron mencionados de paso como parte de los grupos que vivían río arriba de los yumas (Bolton 1930:II, 266). En 1776, los grupos asentados entre los yumas y el golfo fueron enlistados como “los cajuenches, los jallicuamais o quiquimas y cucapás” (Bolton 1930:V, 314).

En julio de 1826, R. W. H. Hardy encontró en una parte del delta posteriormente nombrada

en su honor, el río Hardy, una nación que llamó “axua”. Los axua fueron claramente distinguidos de los yumas, con quienes sus relaciones eran hostiles. Gifford (1933:263) identificó de forma verosímil a los axua de Hardy como los akwa’ala, conocidos más generalmente como los paipai, como lo hizo Kelly (1977:7), una identificación que es posteriormente fortalecida por el reporte de Pattie sobre los “pipi” en el delta un año y medio después. Algo turbio en esta interpretación es el hecho de que Hardy encontró un líder de este grupo llamado “comayo”, que Hardy entendió como un nombre de familia, pero pensó que los españoles lo habían malinterpretado como el nombre de una nación; estas circunstancias sugieren que la gente del río Hardy podrían haber sido diegueño. Una potencial incursión por represalia por parte de esta gente contra los quechan levantó una multitud estimada por Hardy en 5,000 o 6,000 hombres, un número grande, incluso dando margen a una exageración. Una solución posible es que Hardy juntó en una sola nación, como axua, una alianza temporal de gente perteneciente a los grupos paipai orientales, cucapá y diegueño orientales (Hardy 1829:352-368).

James Ohio Pattie, en enero de 1828, hizo observaciones importantes con respecto a los paipai en el área del delta (Pattie 1833:148-149). El grupo de Pattie, después de un encuentro amistoso con los cucapá en diciembre, fue advertido sobre los “pipi” de río abajo, encontrándolos de hecho hostiles hacia ellos. Aunque no explícita, este episodio sugiere que las relaciones cucapá-paipai también no eran amistosas; si fue así, esto a su vez sugiere que los paipai no estaban en el delta como invitados estacionales o permanentes, sino que se establecieron reclamando territorio.

Posteriormente, el grupo de Pattie encontró indios cerca de la orilla occidental de la laguna Macuata. Entre los indios estaban unos refugiados de la misión de Santa Catarina en el oeste, y los indios reportaron que su jefe estaba entonces a la distancia de un viaje de dos días hacia el sur (Pattie 1833:154-155). Estas observaciones parecen excluir a los cucapá como los ocupantes de dicha área durante el periodo en cuestión; la identificación de la gente de la orilla del lago como paipai parece más probable, aunque la presencia de los kiliwa también es posible.

En el siglo XX, A. L. Kroeber llevó a cabo una investigación que ayudó a clarificar la situación lingüística aborigen en el alto delta, entre las áreas de los cucapá y los quechan. El primero de los artículos reportando este trabajo (Kroeber 1920) está evidentemente basado ante todo en información de informantes mohave, junto con materiales históricos tempranos. Tres “tribus” son nombradas en esta área: los kohuana, alakwisa y halyikwamai. Los alakwisa no son conocidos aparte de una historia mohave sobre ellos, la cual contiene elementos sustancialmente mitológicos en vez de históricos, y este grupo postulado probablemente no necesita ser considerado más aquí. Los halyikwamai, de acuerdo a los mohave, todavía existían como un grupo distinto en las montañas de Baja California, al oeste de los cucapá y al norte de los paipai (akwa’ala). Esto los pondría en un área de otra manera adscrita a los diegueño kwatl, discutidos más adelante. No parece ser una razón de peso para aceptar a los kwatl y halyikwamai como idénticos o para de otro modo aceptar esta historia mohave; Spier (1933) argumentó más persuasivamente que la mayoría o todos los halyikwamai primero se fundieron con los kahwan y después emigraron arriba del río Gila para incorporarse a los maricopa.

El segundo artículo de Kroeber (1943) es de más interés porque maneja específicamente categorías lingüísticas y contiene lo que es aparentemente la única información lingüística sustancial sobre el habla kahwan. Una informante kahwan reportó que halyikwamai y kahwan “eran ‘dos nombres’ pero idénticos en habla”.

De otras lenguas, el cucapá ... era más como la suya, pero “arrastrada”, dijo ella. Los vocabularios lo confirman. Permitiendo las diferencias morfológicas en las formas obtenidas, el cucapá y el kahwan deben haber sido bastante libremente inteligibles.... La

asimilación posterior del kahwan al habla cucapá, mientras que la identidad tribal kahwan se estaba perdiendo, es inadmisible, dado que la fusión del kahwan durante los últimos cien años aproximadamente ha sido con el maricopa [Kroeber 1943:22].

Spier (1933) también reportó la equivalencia del kahwan y el halyikwamai, y Crawford (1983:2) encontró equivalentes al cucapá y el habla de los “kahwan”.

En conclusión, la imagen de las agrupaciones lingüísticas aborígenes en el delta que se adopta aquí es una radicalmente simplificada, que asigna a la lengua cucapá la mayor parte del área. La esquina noreste más extrema de Baja California, cerca de Yuma, Arizona, ha sido adscrita etnohistóricamente al quechan pero pudo también haber pertenecido periódicamente a grupos hablantes de diegueño; dado que este problema se relaciona básicamente con el área fuera del delta y fuera de Baja California, debe ser dejado de lado en el presente estudio. A lo largo del límite septentrional de Baja California, al norte del cerro Prieto, se encuentra un área que evidentemente perteneció primitivamente a los hablantes de diegueño. Los paipai también son conocidos por haber estado presentes históricamente en el delta por más de un siglo, entre los cucapá (cf. Kelly 1977), e incluso pueden haber estado allí en el último periodo prehistórico, pero más evidencia, si bien principalmente dada por el silencio, parece favorecer la opinión de que su presencia en esa área fue puramente histórica, quizás relacionada con la misionización dominica de los territorios paipai al oeste de las montañas. Como grupos, los kahwan y los halyikwamai son impresionantes por haber mantenido identidades reconocibles en el registro histórico del delta a través de cuatro siglos, pero en todo caso la evidencia favorece el punto de vista donde ellos fueron meramente entidades sociopolíticas pertenecientes a la comunidad lingüística cucapá.

La región noroeste. En contraste con otras partes de la península, la información etnohistórica sobre el noroeste de Baja California es de poco valor para propósitos lingüísticos. En compensación, sin embargo, existe un trabajo lingüístico relativamente abundante sobre las lenguas sobrevivientes en dicha área.

Un observador del periodo histórico temprano, el misionero dominico Sales, ofreció algunos comentarios sobre las lenguas de la región, aunque dichos comentarios fueron por desgracia vagos y ambiguos. Comentando sobre las lenguas habladas en varias misiones peninsulares, él notó:

los del Rosario y Santo Domingo son distintos en términos y pronunciación: el Pueblo de S. Vicente contiene tres idiomas distintos baxo de un mismo gobierno ó Misión. El idioma de los Serranos es muy diferente de todos, y solo se extiende á la distancia de unas siete leguas, y ya varía [Sales 1960:62].

En este pasaje, no queda claro si el habla de Santo Domingo se equipara con aquella de El Rosario en contradicción a otras lenguas cochimí o dialectos más al sur, o si Santo Domingo se dice ser distinto de El Rosario. En cuanto a las tres lenguas de San Vicente, éstas pudieron ser kiliwa, paipai y diegueño, todas las cuales son ubicadas por estudiosos posteriores a una proximidad razonable a dicha localidad, o algunas agrupaciones diferentes se pudieron haber pensado. La identidad del grupo específico de “serranos” particulares no se aclaró, pero pudo quizás haber sido paipai o kiliwa.

La mayoría de los observadores han considerado el kiliwa como el grupo yumano-hablante más sureño y como vecino directo del cochimí más norteño. Sin embargo, varios otros grupos a veces mencionados en este contexto necesitan ser considerados: el juigrepa, el kjwas, el yakakwal y el ñakipa.

Los informantes de Peveril Meigs (1939:84) refirieron a un grupo conocido por los kiliwa como “jui(g)repa” o “gente del sur”, quienes vivieron en un área inmediatamente al sur de los

kiliwa. Su territorio se centraba aparentemente en los cañones de la ladera este de la sierra de San Pedro Mártir, pero ellos viajaban a la costa del golfo y “se decía que se extendían hasta lugares tan al sur como San Ignacio, y haber incluido El Rosario en la costa del Pacífico.” Por lo tanto, Meigs concluyó razonablemente que estos juigrepa fueron “quizás equiparados con los cochimí de los padres jesuitas”.

Michelsen (1977b:4) también recolectó información sobre los juigrepa, de informantes paipai y kiliwa. De acuerdo a Michelsen, el nombre “juigrepa” significa “bocas duras”. Se dice que dos bandas juigrepa estaban asociadas con localidades en la parte septentrional del valle de San Felipe. Michelsen especuló que los juigrepa habían sido exterminados por los kiliwa en conflictos por San Felipe en la costa del golfo.

Un informante kiliwa de Meigs también recordó catorce palabras que se decía eran de la lengua juigrepa (tabla 1). Cinco de éstas “eran iguales a palabras kiliwa”, como se indica en la segunda y tercera columnas de las primeras cinco filas de la tabla 1. Las columnas cuarta y quinta ofrecen registros de Ochoa Zazueta (1982b) y Mixco (1985), sobre los mismos significados en kiliwa. La sexta columna contiene formas cochimí reportadas por Mixco (1978). La presencia de formas cognadas en cochimí evidencia que la identidad reportada de las formas juigrepa y kiliwa para los primeros cinco ítems no tienen por qué haber reflejado ni préstamo ni un parentesco genético específico entre aquellos dos grupos. Puede en vez de ello haber reflejado sólo una membresía común al grupo genético más amplio de lenguas yumano-cochimí, lo cual se discute más tarde en este mismo capítulo. Sin embargo, el estudio comparativo de las lenguas yumanas por Wares (1968) encontró grupos cognados en dicha familia para los cinco de esos significados. Ejemplos representativos de dichos cognados en otras lenguas yumanas se muestran en la columna siete de la tabla 1. De tales grupos de cinco cognados, solo dos, aquellos para “dormir” y “casa”, incluirían formas juigrepa, kiliwa y cochimí como cognados. Se encuentran resultados similares en la inspección de las listas comparativas de las otras lenguas yumanas en Baja California, hechas por Ochoa Zazueta. Esta evidencia adicional sugiere, después de todo, que las similitudes probablemente reflejen ya sea préstamo o bien una relación genética especial entre el juigrepa y kiliwa o posiblemente cochimí.

Las otras nueve palabras juigrepa y sus equivalentes kiliwa, cochimí y en lenguas yumanas en general, como fueron registradas por Meigs, Ochoa Zazueta, Mixco y Wares, también son reproducidas en la tabla 1. Los cognados plausibles entre las formas juigrepa y kiliwa son solamente tres: “él está loco”, “mujer” y “gorro de junco”. Entre los grupos de cognados yumanos de Wares, tres podrían incluir una forma kiliwa (“un niño”, “arco” y “gorro de junco”), mientras otros cinco no podrían incluirla (“falsedad”, “estoy lleno”, “mujer”, “mi papá” y “mi mamá”). En sólo un caso, “mi papá”, la forma juigrepa puede ser un candidato independiente del kiliwa a ser incluido con los cognados yumanos de Wares, y es digno de mención que en este caso hay incluso un aparente cognado cochimí.

En resumen, la evidencia directa del habla de los juigrepa es poca, y su análisis no es concluyente. Hay suficiente evidencia para incluir al juigrepa dentro de los hablantes de lenguas yumano-cochimí, pero la evidencia no es suficiente como para establecer su habla como esencialmente idéntica al kiliwa, al cochimí, o como una lengua separada dentro de la familia lingüística yumana o la familia lingüística cochimí. El testimonio etnohistórico con respecto a la extensión sureña de la lengua hasta San Ignacio, aunque tenue, sugieren que el territorio adscrito a los juigrepa debe ser tentativamente incluido dentro del área hablante de cochimí, como investigadores previos también han concluido generalmente.

Ochoa Zazueta (1979:23, 1982b:44) se dio cuenta de un grupo lingüístico distinto al sur de

Tabla 1. Vocabulario selecto juigrepa, kiliwa, cochimí y yumano (después Meigs 1939; Mixco 1978, 1985; Ochoa Zazueta 1982b; Wares 1968).

Español	Juigrepa (Meigs)	Kiliwa (Meigs)	Kiliwa (Ochoa)	Kiliwa (Mixco)	Cochimí (Mixco)	Yumano general (Wares)
Cabeza	i'i	i'i	e'iy	'iy	-i, -i-	ciksá (mohave)
Hombre	kumei	kumei	ko'mei	-umiiy	-mi, -ma	'ipá (mohave)
Corazón	kutip	kutip	ko'tip	kwtip	-pun, hotippun	'iwáh (mohave)
Dormir	esmal	esmal	s.ma	smaa	-ma	smám (mohave)
Casa	wa'	wa'	wa'	'wa'	'-wa	'vaá (mohave)
Falsedad	jamilchiai	m'japumai	--	ha' pmaa	punya-an	n ^y i·atí·s (quechan)
Estoy lleno	ivi(v)	ipajal	jaskwel	pha' hal	huailey	tam'órk (mohave)
Él está loco	tama'jal	temete(v)	--	--	--	yakapét (quechan)
Un niño	meni	senawi	snawi	nay	wa-nchu, wa-ndoy	as'áw (quechan)
Mujer	uke	keko	keko	kwkuu	ku/i	san ^y a'ák (quechan)
Mi papá	ku	sik	j'nai	-s'uu	ka'ay	nakút (mohave)
Mi mamá	juey(a)	nik	jnu·	h'nyuu	-tay, -chi	ntáy (mohave)
Arco	enekjau	etim	tim ipa'	htim	ngeme	'atím (diegueño)
Gorro de junco	mepel	mepol	--	mpuul	--	na'púl (diegueño)

los kiliwa, el cual nombró “ko’jwaks” o “kjwas”. Se dice que el kjwas está representado actualmente por sólo dos grupos domésticos habitantes del área del arroyo de San Rafael, pero este grupo lingüístico tuvo en el pasado bajo su control “la tierra de mar a mar”, según se reporta. Se dice que esta población sobreviviente sumamente pequeña ha preservado sus tradiciones lingüísticas distintivas. En una nota a pie de página de uno de sus artículos, Ochoa Zazueta (1979:58) equiparó al kjwas con el “jai’grepai” o “jo’aigrepa”, también identificado como un grupo cochimí-laymón. En otra parte, sin embargo, Ochoa Zazueta (1978b:149) mapeó el “ja’uigrepa” como ocupando un área sólo en el lado este de la península. En cualquier evento, no está claro si Ochoa Zazueta tuvo cualquier testimonio nativo directo equiparando el kjwas y el juigrepa. Una publicación posterior sugirió que los kjwas podrían ser hablantes de un dialecto kiliwa (Ochoa Zazueta 1982b:25, 44). No se presentaron datos sobre la lengua kjwas, y al parecer ninguno fue recolectado. Si este grupo ha preservado en efecto una lengua distinta, ya sea una lengua cochimí o una lengua yumana, sus descripciones y análisis comparativos serían de gran interés para la reconstrucción de la prehistoria lingüística de la región. Es deseable que Ochoa Zazueta o alguien más recolecte y publique datos clarificadores sobre la materia. En la actualidad, no parece haber base suficiente como para aceptar la existencia de un grupo lingüísticamente distinto así entre el kiliwa y el cochimí. (El texto de un mito recolectado de un informante cucapá, Sam Miller, lista una variedad de “tribus” indias, incluyendo a los “*xk^wa-s*” (Crawford 1983:34-35). Crawford sugirió que este término era un cognado con “hekwach”, el nombre diegueño para los cupeño, hablantes yutoaztecanas del norte del condado de San Diego (Crawford 1983:568), pero el orden en que las “tribus” están enlistadas hace que sea más lógico pensar en una locación del norte de Baja California.)

Los otros dos grupos, o dos nombres para otro grupo, a menudo han sido asignados al oeste de los kiliwa: yakakwal y ñakipa. Dado que el área en cuestión fue un foco de misionización dominica temprana, merece una consideración seria la posibilidad de que grupos lingüísticamente distintos pudieron haber existido en esta área costera occidental, pero que se extinguieron, en contraste a la suerte de los grupos del interior, que han sobrevivido.

Meigs (1939:84) equiparó a los Ñakipa –“gente del oeste”– con los yakakwal, siendo el último nombre un término paipai para este grupo, y él les adscribió un territorio que incluye las misiones de Santo Domingo, San Vicente y San Pedro Mártir (Meigs 1939:5, 84-85). De acuerdo al informante kiliwa de Meigs, “la lengua ñakipa era completamente ininteligible a los kiliwa”, quienes eran encarnizados enemigos de dicho grupo.

De acuerdo a Michelsen (1977b:5), “los indios al suroeste de los kiliwa eran llamados nakipa (‘gente del oeste’ o ‘donde se pone el sol’). La misma gente era llamada yak ka kwal (‘cosa cruda’) por los paipai”. Ochoa Zazueta (1978b:149), en su estudio sobre los kiliwa, también ubicó en el mapa un grupo llamado “ñaki’pa” al suroeste de los kiliwa y los paipai.

Hicks (1963:47-49) reportó que informantes kiliwa y paipai interrogados por Owen y él mismo, coincidieron en asignar un área oeste y suroeste de los kiliwa, alrededor de Santo Domingo, a gente “conocida por los kiliwa como ñakipa y por los paipai como yakakwal”, quienes “hablaron una lengua completamente diferente del kiliwa, del paipai o del tipai”. Sin embargo, otras líneas de evidencia etnográfica le sugirieron a Hicks que las áreas en cuestión pertenecieron primitivamente a los paipai y a los kiliwa. Para reconciliar dicho contraste, él propuso que los hablantes de la lengua diferente eran cochimí, de quienes se sabe fueron llevados al norte en grupos desde las misiones más viejas para establecer la nueva misión en Santo Domingo, en lo que debería de haber sido en aquel entonces territorio kiliwa.

Mixco (1977d) adelantó una solución para el problema ñakipa-yakakwal. Un mapa usado por

Mixco en aquel artículo y en varias otras publicaciones posteriores muestran a los ñakipa como un grupo distinto al suroeste de los kiliwa, abarcando el área de Santo Domingo, y a los yakakwal como otro grupo, al suroeste de los paipai e incluyendo el área de San Vicente. A pesar de este mapa, el texto de Mixco argumenta una solución contraria: que, como Hicks había propuesto, las áreas yakakwal y ñakipa pertenecieron respectivamente a hablantes paipai y kiliwa. Mixco basó su argumento en vocabularios de “domingueño” y “jaka’akwal”, recolectados por Harrington a fines de la década de 1920. A pesar de que las notas etnográficas de Harrington reportan, como Meigs y otros también escucharon, que la lengua de Santo Domingo era ininteligible a la gente del interior, la lista de vocabulario del domingueño hecha por Harrington viene claramente de un dialecto del kiliwa; la lista del yakakwal también claramente es paipai. La tradición de que había habido un agudo contraste lingüístico entre la costa y el interior kiliwa-hablante y paipai-hablante lo atribuyó Mixco, como Hicks lo había hecho, a la presencia temprana de hablantes de cochimí en las misiones dominicas. Esta hipótesis implicaría que la identificación de los grupos occidentales socialmente distintos, quizás anteriores a las misiones, había sido preservada en los términos “ñakipa” y “yakakwal”, que la memoria de la distintividad lingüística de los hablantes de cochimí del periodo misional también se había conservado, pero que esta última habla había sido inundada por la lengua de los locales paipai y kiliwa, más numerosos.

La interpretación de Mixco parece dar cuenta de la evidencia disponible convincente y económicamente, pero quizás no debe ser tomada como definitiva. Una hipótesis contraria podría todavía sugerir que el ñakipa-yakakwal eran primitivamente uno o dos grupos lingüísticos distintos, quizás pertenecientes a la familia yumana pero no idénticos al kiliwa o al paipai, y que esa gente, sometida a todo el peso de la misionización, fueron primero decimados por el proceso y después inundados por poblaciones de reemplazo reclutadas de entre los paipai y los kiliwa, quienes eventualmente prevalecieron lingüísticamente. Un punto quizás menos tendiente a sustentar este punto de vista es el hecho de que informantes kiliwa quienes reportaron la distintividad lingüística del ñakipa no equipararon a dicho grupo con los también diferentes juigrepa al sur cercano, quienes también tenían probablemente hablantes de cochimí. Por el otro lado, los postulantes de una lengua distinta ñakipa tendrían que enfrentar los reportes etnográficos de los reclamos paipai y kiliwa sobre los territorios de la costa del Pacífico. La preponderancia de evidencia parece apoyar el asignamiento de tierras al oeste de la costa Pacífico a los kiliwa y los paipai.

El siguiente problema tiene que ver con el territorio prehistórico asignado a los paipai, algunas veces también llamados akwa’ala (Drucker 1941; Gifford y Lowie 1928) o jaspuy’paim (Ochoa Zazueta 1979:23), un grupo sobreviviente ahora centrado cerca y al sur de Santa Catarina. Por lo menos un estudioso (Winter 1967) favoreció la hipótesis de que la lengua paipai era extremadamente cercana a la lengua yavapai del oeste de Arizona y que la presencia del paipai en Baja California representaba una migración que había separado a dichos dos grupos “por probablemente menos de un siglo”. Si esta opinión se aceptara, el paipai no tendría relevancia directa para la prehistoria de Baja California. Las cuestiones derivadas de la hipótesis de Winter se relacionan básicamente a la clasificación de la subfamilia dentro de la familia lingüística yumana y al fechamiento lexicoestadístico, y éstos son discutidos posteriormente en este capítulo. Es suficiente señalar aquí que las implicaciones del punto de vista de Winter no han sido adoptadas por otros estudiosos de la cuestión y no serán adaptadas tampoco aquí.

Otra hipótesis sobre migración relacionada al área paipai fue propuesta por Ochoa Zazueta (1979:24, 1982b:43), quien reconoció a un grupo distinto, nombrado por él ku’as, como residentes actuales de Santa Catarina junto a los paipai y otros. Aunque reconoció que no se había hecho

trabajo de campo formal, ya fuera lingüístico o etnográfico, con este grupo, se atrevió a afirmar que ku'as fueron “portadores de una tradición yumana no peninsular arraigada en Baja California desde hace más de ciento cincuenta años” y que muchos investigadores habían confundido los nombres “akwa'ala” o “was'ala” con los paipai, mientras que esos nombres se relacionaban propiamente a los ku'as. Una tabla clasificatoria de Ochoa Zazueta (1982b:25) singularmente muestra el ku'as como una lengua perteneciente a la rama “shoshon” del área “yumano-peninsular” y a la familia yumana; no es claro si éste primer término intentaba implicar una relación con el yutoazteca en su supuesta rama “shoshoneana”. En cualquier caso, la hipótesis de Ochoa Zazueta no estaría aportando nada a la relación del paipai con las lenguas de Arizona occidental, ya que la relación ha sido establecida para la lengua paipai, no para el ku'as. La hipótesis de Ochoa Zazueta pudo haber derivado su cronología de una migración más de 150 años atrás de las referencias de Hardy (1829:346, 368) en 1826 a un grupo conocido como axua en el delta del río Colorado. Sin embargo, la evidencia asociada a esta referencia no parece aportar ningún apoyo a la distinción entre paipai, por un lado, y “akwa'ala”, “was'ala” o “ku'as” por el otro. Lo que puede decirse sobre el kjwas, siempre y cuando existe evidencia lingüística fidedigna, debe ser de gran interés. Por lo pronto, parece más apropiado descartar cualquier afirmación de este grupo con respecto a un rol en la prehistoria de Baja California.

El límite norte del territorio paipai alrededor de Santa Catarina ha sido cuestionado. Tanto familias hablantes de paipai como de diegueño han vivido en dicho asentamiento durante el presente siglo. Meigs (1939:85) reportó que informantes paipai y kwatl (ku'ahl, diegueño) coincidían en que Santa Catarina perteneció originalmente a los diegueño, y él, de acuerdo a esto, adscribió dicho territorio a éstos. Hicks (1963:52-23) reportó informantes en desacuerdo con respecto a esta cuestión; citó otra evidencia, específicamente el patrón de lugares santos en senderos y un comentario etnohistórico sobre antagonismo entre grupos en dicha área, lo cual parece ligar a Santa Catarina más cercanamente a los paipai. Los últimos argumentos, sin embargo, parecen llevar poca fuerza, estando relacionados en parte a los supuestos sobre solidaridad política y social basada en afiliación lingüística que aparece dudosa para esta región. La conclusión de Meigs, la cual asigna Santa Catarina a los diegueño ku'ahl, será seguida aquí.

Al norte de los paipai, extendiéndose en una línea más allá de la frontera internacional, estaba un grupo convenientemente nombrado como diegueño, pero algunas veces también asociado con otros nombres como kumiai, tipai, ipai y kamia. Los diegueño ocuparon un territorio extenso y tuvieron una población relativamente grande. El problema lingüístico principal con respecto a ellos en el contexto presente es determinar si ellos deberían ser considerados una comunidad lingüística individual, con divisiones internas en dialectos, o si se hablaba más de una lengua distinta, si bien cercanamente relacionadas, dentro de este grupo.²⁸

La división más ampliamente aceptada dentro del diegueño ha sido entre el ipai y el tipai, o diegueño del norte y del sur, o diegueño del oeste y del este, respectivamente. La línea divisoria entre los dos grupos ha sido ubicada en el mapa de diversas maneras, iniciando en la costa del Pacífico hacia el norte, hasta Del Mar, California (Hedges 1975a:72) o hacia el sur hasta más debajo de San Miguel, en Baja California (Kroeber 1939). La mayoría de los estudiosos del problema han juzgado esta división tipai-ipai como una entre dos dialectos de una sola lengua en vez de una división entre dos lenguas (por ejemplo, las varias publicaciones de Langdon; Hicks 1963; Luomala 1978), aunque la base en evidencia para esta conclusión no ha sido especificada. Con datos léxicos del estudio en la Alta California, sin embargo, Winter (1957) encontró una divergencia significativa entre “diegueño” (ipai) como es hablado en Santa Ysabel, San Felipe e

²⁸ Acerca de esta cuestión, véase también Langdon 1990.

Inaja, y “campo” (tipai) como es hablado en Viejas, Los Conejos y Campo. Además, Winter notó:

Que no puede ser concluyentemente establecido que el “campo” no es un dialecto del diegueño por la prueba de mutua inteligibilidad o su ausencia: mientras que un informante diegueño afirmó entender el habla de un “campo” particular quien había sido mencionado en nuestra conversación, su esposa, quien es diegueña como él, rechazó dicho entendimiento, y su esposo confirmó su declaración ... los datos léxicos indican para el “campo” más una posición intermedia entre el diegueño y el cucapá que una conexión cercana con cualquiera de los dos [Winter 1957:20].

Leanne Hinton (1975:221) añadió: “el diegueño de La Huerta ... es muy diferente del diegueño del norte ... los diegueños del norte quienes visitaron La Huerta reportan que las dos lenguas son sólo mutuamente inteligibles parcialmente”. La cuestión no se resuelve, pero en todo caso es sólo de interés periférico en el contexto presente, porque el ipai no parece ser probablemente una lengua o dialecto bajacaliforniano.

Otra subdivisión frecuentemente reconocida para el grupo diegueño es el kamia, un término aplicado a los diegueños de los valles Imperial y Mexicali y en el río Colorado. La historia del uso de este término ha sido revisada a profundidad por Hedges (1975a) y Langdon (1975a). El caso se ha hecho de manera convincente de que allí no había una división lingüística mayor entre los habitantes aborígenes de aquellas áreas desérticas y el diegueño del sur (no ipai) de la Alta California. Un grupo en el río Colorado referidos como “dieguino” por Ochoa Zazueta (1979, 1982b) presumiblemente también fueron o hablantes de diegueño del sur o ex hablantes de diegueño quienes se habían asimilado lingüísticamente a los quechan.

La porción sureña del área diegueña tiene todavía otros problemas. Por implicación, los estudiosos de lenguas yumanas, como Langdon, quien ha estudiado el diegueño dentro de los Estados Unidos como una sola lengua, han clasificado la variación del diegueño dentro de Baja California también como sólo dialectal. Sin embargo, no está claro hasta que punto dicha conclusión puede estar basada en trabajo de campo actual en México, o en el examen de material lingüístico recolectado allí, o en información etnográfica confiable en relación al problema desde el norte de la frontera. Parece posible que incluso si los grupos diegueños de Estados Unidos –ipai, tipai y kamia– hablaron una sola lengua, algunas de las áreas mexicanas a menudo mapeadas como tipai o diegueño del sur podrían haber sido más radicalmente divergentes.

Meigs realizó en las décadas de 1920 y 1930 estudios rápidos sobre muchos de los asentamientos diegueños en Baja California e hizo un mapa preliminar de las subdivisiones diegueñas en esa área. La naturaleza de dichos subgrupos y la validez de adscribirles territorios será discutida en el Capítulo VI; en cualquier caso, no se afirmó que esos grupos fueran necesariamente entidades lingüísticas. Meigs reportó:

Todas las lenguas arribeñas de las cuales obtuve vocabularios de tamaño considerable –jat’am, mitlkwitl y kwatl– son tan similares que evidentemente deben ser clasificadas como dialectos de la misma lengua general; como de hecho, estas son vistas por la mayoría de los indios [Meigs 1939:86].

Por “arribeña”, Meigs quería decir diegueño. Los “jat’am” estaba localizados en La Huerta; los “mitlkwitl”, alrededor de Nijí y San José de la Zorra; y los “kwatl”, en particular cerca de Santa Catarina.

Thomas Hinton y Roger Owen en 1955 llevaron a cabo un estudio muy rápido sobre los grupos nativos sobrevivientes en el norte de Baja California, incluyendo aquellos de Santa Catarina, La Huerta y San José de la Zorra. En Santa Catarina notaron la presencia de hablantes

de “kwatl”, distintos a los hablantes de paipai, pero no examinaron de otro modo la afiliación del “kwatl”. En La Huerta y San José de la Zorra eran comunidades tipai; los tipai en San José fueron reportados como afirmando que su lengua “es la misma que la hablada en La Huerta y en Jamul, California”. En La Huerta, varios de los informantes “insistieron ... que el nombre propio de su dialecto es *cochimichi* o *cochimí*” (Hinton y Owen 1957:92, 99).

Wares visitó Santa Catarina en 1953 pero registró ahí solo el habla paipai. En La Huerta, “un informante dijo que ellos se llamaban a sí mismos tipai, pero añadió, ‘somos en realidad cochimí, ¿no es así?’” Wares reportó que “la lengua de los indios de La Huerta también es hablada por los indios del sur de California nombrada como ‘campo’ por Winter” (Wares 1968:15-16).

Kendall (1983:10), estudiando el trabajo de Langdon y otros, reconoció tres grupos dialectales principales para el diegueño: ipai, en Mesa Grande, Santa Ysabel, San Pasqual y Barona, todos dentro de la Alta California; kumiai, en Baron Long, Campo, Iñaja e Imperial, cerca de la frontera internacional y presumiblemente incluyendo algunas áreas al sur de ésta; y tipay, en Jamul en la Alta California y en La Huerta, San José de la Zorra, Nijí y Ha’a en Baja California. Ella también propuso que los dialectos “forman un continuo lingüístico sin interrupciones abruptas”.

La evidencia revisada hasta el momento, toda ella recolectada por investigadores estadounidenses en el curso de sesiones de campo relativamente cortas, apunta unánimemente hacia o es compatible con la conclusión de que el tipai, incluyendo todo o casi todo el diegueño de Baja California, fue una unidad lingüística individual, dividida sólo por diferencias a nivel dialectal. Conclusiones y evidencias contrarias, no obstante, han sido presentadas por los antropólogos mexicanos Robles Uribe (1965) y Ochoa Zazueta (1979, 1982a, 1982b). Estos investigadores propusieron que varias lenguas distinguibles estaban presentes dentro del área tipai bajacaliforniana, y ellos presentaron datos recolectados en la forma de listas léxicas estándar para apoyar dicha conclusión.

El trabajo de Robles Uribe y Ochoa Zazueta será discutido más convenientemente y con mayor detalle más tarde en este capítulo, pero algunos comentarios son esenciales en el presente contexto. Aparte de su valor para la cronología y para el subagrupamiento de las familias de lenguas, la lexicoestadística tiene valor potencial como una herramienta más o menos objetiva para medir el grado de divergencia entre dos grupos de habla relacionados con el fin de evaluar si sus diferencias deben ser observadas como meramente dialectales o como en un nivel de lenguas separadas. Swadesh (1963) propuso como una regla general que las lenguas separadas deben ser reconocidas si habían “cinco siglos mínimos” de separación entre dos muestras léxicas, como medidas por glotocronología.

Robles Uribe recolectó vocabularios de dos grupos diegueño, los cuales él nombró “cochimí” y “ku’ahl”. Por “cochimí” él quería decir la comunidad en La Huerta y Ojos Negros; no debe inferirse ninguna relación especial con el cochimí como se define aquí y el que se define en otros estudios para las áreas centrales de la península. Sobre esta lengua cochimí, o mejor, huerteño, Robles Uribe escribió, “se nos indicó que hablan prácticamente la misma lengua en otras comunidades, como San José de la Zorra, Cañada de Encino y Nejí, cerca de Tecate” (Robles Uribe 1965:285). “Ku’ahl” era la lengua que, junto con el paipai, se hablaba en Santa Catarina; Meigs y otros la nombraron “kwatl”. Robles Uribe encontró 10.9 siglos mínimos de separación entre el huerteño y el ku’ahl, en comparación, por ejemplo, con los 13.3 siglos mínimos entre el ku’ahl y el paipai, o los 15.5 entre el huerteño y el cucapá. Ochoa Zazueta también recolectó y analizó vocabularios de dos grupos diegueños, nombrados por él como “cochimí” y “k’miami”. El “cochimí” de nuevo debe ser cambiado a huerteño, refiriéndose al habla de informados asociados a La Huerta y a un número de otras localidades, básicamente al este y al norte de Ensenada. El

nombre “k’miai” fue aplicado a comunidades en San José de Tecate, Nijí y San José de la Zorra. Ochoa Zazueta usó una variedad de listas de palabras y de formulas para medir la distancia lingüística; entre el huerteño y el k’miai él encontró de 9.6 a 13.7 siglos mínimos de separación, comparados por ejemplo con los 16.9 a 20.4 siglos mínimos entre el k’miai y el cucapá o a los 19.7 a 25.0 entre el huerteño y el cucapá.

Como será señalado más tarde, parece haber un número de problemas con los cálculos glotocronológicos de Robles Uribe y Ochoa Zazueta, y por dicha razón se ha hecho una revaloración de sus listas y análisis para el presente estudio. Las partes de estas nuevas conclusiones relacionadas al huerteño, kwatl, k’miai y cucapá son mostradas en la tabla 2. Estas figuras son en su mayoría más bajas que aquellas de los primeros investigadores, reflejando una generosidad intencional al reconocer cognados posibles, pero a su vez están todavía bastante por arriba del umbral de los cinco siglos de Swadesh para diferenciar lenguas. Diferencias dentro del grupo diegueño como estimaciones lexicoestadísticas son sólo ligeramente menos que aquellas entre miembros de ese grupo y el cucapá, el cual ha sido reconocido universalmente como una lengua distinta.

Tabla 2. Separaciones glotocronológicas estimadas entre lenguas y dialectos diegueño y cucapá.

cucapá			
10	kwatl		
11	9	k’miai	
12	12	8	huerteño
(siglos mínimos de separación)			

En la medida en que estos resultados son válidos, sustentan el reconocimiento de por lo menos tres lenguas diegueño distintas en el norte de Baja California. Sin embargo, varias posibilidades alternativas deben por lo menos ser mencionadas. (1) La regla de los cinco siglos mínimos puede no ser un criterio razonable para distinguir diferencias de lenguas de diferencias dialectales. (2) La manera en la cual las listas fueron recolectadas y/o analizadas puede haber sido inválida. (3) Los dialectos intermedios entre los tres examinados pueden haber creado cadenas de dialectos verdaderos, cuya naturaleza ha sido distorsionada por la comparación de sólo los puntos extremos de la cadena. Dada la escala geográfica relacionada, este último argumento, por lo menos, parece improbable.

La resolución del problema de las unidades lingüísticas y territorios del diegueño que es adoptada aquí debe ser caracterizada como muy provisional, arbitraria en ciertas partes, y no completamente satisfactoria en complacer los datos disponibles. Esta resolución relaciona una división bastante extrema del diegueño en tantas lenguas como cinco, cuatro de ellas representadas en Baja California. La división triple de Kendall en ipai, kumiai y tipai se mantiene, pero el último grupo es dividido por la evidencia lexicoestadística en tipai propio (el “k’miai” de Ochoa Zazueta), huerteño y kwatl. Provisionalmente se dibujaron territorios que por lo general se ajustan perpendicularmente a las zonas ecológicas y están basados en las localidades de las comunidades de hablantes sobrevivientes de varias lenguas.

Agrupamientos genéticos de lenguas

El modelo genético. El modelo genético del cambio lingüístico es fundamental para la consideración de la prehistoria lingüística, y sus presuposiciones e implicaciones necesitan ser

revisadas brevemente aquí. En el modelo genético, una o más lenguas hijas se suponen como descendientes de una anterior lengua madre. La descendencia se ramifica sólo hacia delante en el tiempo. Las lenguas están agrupadas en familias y otras unidades genéticas con base a descendencia común de una única lengua ancestral. En este modelo no se niega la difusión de los elementos lingüísticos dentro de una lengua desde otras lenguas relacionada o no relacionadas, pero se asume que dicha difusión tiene un carácter limitado tal que la fuente genética verdadera de una lengua todavía es una entidad distinta, cualitativamente distinguible de estas meras fuentes de difusión.

También se prevé un continuo general en el proceso de divergencia de lenguas genéticamente relacionadas. Dentro de lenguas individuales, emergen dialectos –variantes sistemáticas geográficas o sociales de habla dentro de una comunidad que se encuentra aún unida por una gran medida de mutua inteligibilidad lingüística. Cuando, con el paso del tiempo, se ha perdido la inteligibilidad mutua, se considera que han emergido lenguas distintas. Las lenguas cuyo parentesco genético es todavía cercano y bastante evidente son agrupadas en familias y unidades similares. Agrupamientos genéticos más remotos o especulativos pueden denominarse troncos o filos.

La divergencia lingüística en ocasiones pareciera ser considerado como un proceso continuo, inexorable, pero esto es sólo cierto arriba de una cierta escala mínima socio-geográfica. El cambio lingüístico puede efectivamente ser continuo e inexorable, pero dentro de una comunidad de habla existen poderosas fuerzas tanto centrípetas como centrífugas. Uno puede prever un cierto tamaño óptimo para una comunidad de habla, bajo la cual las cargas del bilingüismo y la comunicación defectuosa que seguirían a la diferenciación se vuelven pesada, y sobre las cuales intereses locales y entropía superarían los beneficios de la unidad. Dicho tamaño óptimo debe ser visto como determinante de la dirección hacia la cual el cambio tenderá a ocurrir en vez de ser un estado normalmente alcanzado; una comunidad de habla excesivamente grande se diferenciará sólo gradualmente, y si un área de excesiva fragmentación lingüística se forma alguna vez, la simplificación deberá superar una gran cantidad de inercia. El tamaño óptimo para comunidades de habla también habría de variar considerablemente con factores tales como obstáculos geográficos, tamaños poblacionales y densidades, y un rango de variables socioculturales como la endogamia y la exogamia, los intercambios económicos inter-comunidades, actividades rituales compartidas, etc.

Una implicación de la conjunción del modelo genético con consideraciones de escala es que los estados iniciales de la diversificación lingüística deberían ocurrir básicamente bajo ciertas condiciones específicas. Una de estas es la expansión de la comunidad de habla: la propagación de una lengua sobre un área demasiado grande como para mantener la unidad lingüística. La circunstancia estándar de esta expansión es una migración poblacional dentro de una nueva área, pero debería ser notado que una lengua puede también expandirse por difusión como una unidad lingüística, sin haber necesariamente una migración de personas. Otra causa inicial de divergencia podría ser la emergencia de barreras comunicacionales separando partes de una comunidad de habla previamente unificada, por medio de migración intrusiva de otras personas o posiblemente a través de cambios geográficos naturales. Los cambios culturales que reducen el tamaño óptimo de la comunidad de habla son otras causas iniciales posibles de divergencia. Parece justo suponer que cada caso de lengua madre evolucionando en dos o más lenguas hijas representa el funcionamiento de algunos procesos como éstos.

El modelo genético, resumido a grandes rasgos arriba, ha probado su utilidad continua en la clasificación lingüística y en la reconstrucción de la prehistoria lingüística. Sin embargo, tiene

serios defectos que deben ser mantenidos en mente.

Para cualquier grupo de tres lenguas relacionadas genéticamente, A, B y C, hay básicamente sólo dos patrones de parentesco propuestos bajo el modelo genético. Estos dos patrones se muestran en la figura 14. Uno es que todas las tres lenguas pueden estar coordinadas —es decir, que los ancestros separados de las tres pueden haberse fisionado de una lengua progenitora común en un momento único en el pasado. En este caso, el modelo genético predice que, en las comparaciones binarias hechas entre estas lenguas, cada una de los tres posibles pareamientos, A con B, B con C y A con C, mostrarán la relación igualmente cercana. La segunda posibilidad es que una de las líneas ancestrales, por ejemplo la de A, se separa primero, y que las otras dos, B y C, se separan de cada una sólo posteriormente; es decir, A se coordina con proto-BC, y B y C se coordinan la una con la otra, pero A no se coordina ni con B ni con C. En este caso, de acuerdo al modelo, comparaciones binarias válidas deberían mostrar el pareamiento entre B y C como más cercano que los pareamientos de A con B o A con C, y las comparaciones deberían también mostrar pareamientos entre A y B y entre A y C como igualmente remotos.



Figura 14. Modelo genético de diferenciación lingüística.

De hecho, las estimaciones disponibles de cercanía lingüística a menudo contradicen estas expectativas. Los pares A con B y B con C pueden ser encontrados como igualmente cercanos, mientras que el pareamiento de A con C es más remoto, o cada uno de los tres pareamientos puede mostrar un grado diferente de relación. El problema en dichos casos puede en parte radicar en las deficiencias de los métodos de comparación. Sin embargo, hay razón para creer que la falta puede a menudo estar por lo menos parcialmente en el modelo genético mismo. La divergencia lingüística, de la formación dialectal a la elevación de barreras completas a la mutua inteligibilidad, parece típicamente ser un proceso dilatado. Durante ese proceso, emergen innovaciones lingüísticas en un dialecto y se difunden a algunos de los dialectos vecinos, pero no a todos los dialectos más distantes. Con múltiples centros de innovación, surge una red compleja de variación dialectal; los dialectos vecinos todavía son mutuamente inteligibles, y las cadenas de inteligibilidad aún pueden cruzar el área entera de una lengua, pero dialectos ampliamente separados pueden ya tener demasiadas innovaciones no compartidas como para ser mutuamente inteligibles. Eventualmente, los dialectos-puente pueden morir, o el proceso de innovación puede continuar hasta el punto que las cadenas de inteligibilidad no unen más las subáreas. Varias lenguas hijas han entonces emergido. Estas lenguas hijas pueden haber innovado características que se comparten en común con sus hermanas cercanas, que sin embargo no son partes de la herencia común con sus hermanas geográficamente más remotas, no vecinas. Una lengua B centralmente localizada puede compartir un grupo de innovaciones con A y otro grupo con C, mientras que A y C no comparten ninguno, frustrando así el intento de descubrir un subagrupamiento genético consistente.

Determinando relaciones genéticas. Dado que se reconoce cierta validez en el modelo genético de lenguas, los problemas en aplicar dicho modelo conciernen, primero, a cómo reconocer la presencia de una relación genética entre dos lenguas específicas, y segundo, a cómo distinguir

los diferentes grados de relación entre un grupo de lenguas relacionadas.

El primer problema, si a menudo muy difícil en la práctica, en la teoría es razonablemente claro. Dos lenguas pueden ser argumentadas como relacionadas genéticamente si éstas tienen similitudes sustanciales –en léxico, en morfología, en sintaxis o en cualquier aspecto de la lengua– que no pueden ser explicadas adecuadamente como resultados de préstamo, de coincidencia, o de la operación de similares restricciones funcionales. Cuando la posible relación genética es remota, el número de similitudes puede ser pequeño, y descartar las explicaciones alternativas de las mismas puede ser difícil. Multiplicar el número de similitudes descubiertas puede ayudar a eliminar la hipótesis de la posibilidad de coincidencia. Considerar elementos lingüísticos relativamente discretos, independientes y arbitrarios, como ítems léxicos, puede ayudar a eliminar la hipótesis de restricciones funcionales similares. Demostrar correspondencias que no son identidades –por ejemplo, un fonema en las palabras de una lengua corresponde consistentemente a un fonema diferente en las palabras de una segunda lengua– puede ayudar a eliminar la hipótesis de por lo menos un préstamo reciente. No existen estándares muy rigurosos o generalmente aceptados para decidir cuándo una relación genética remota ha sido demostrada, y de acuerdo a ello existen comúnmente discordancias sobre las clasificaciones genéticas en este nivel.

El segundo problema –distinguir grados de relación– implica dificultades similares. El método más común de discriminación entre relaciones puede ser nombrado como el método de las innovaciones compartidas. Si, entre lenguas relacionadas, A, B, C, D y E, A y B solas tienen en común un cierto rasgo que no es reconstruido para proto-ABCDE, este rasgo puede representar una innovación compartida que ocurrió en una proto-lengua intermedia, proto-AB. La dificultad radica en que este rasgo debe ser mostrado no sólo como ausente de proto-ABCDE sino también no como resultado de préstamo entre A y B, no como coincidencia, y un no como resultado de evolución lingüística paralela producida por restricciones funcionales similares. Dado que el número de innovaciones posibles específicas dentro de un grupo de lenguas puede apuntar hacia diferentes patrones de subagrupamientos, la decisión final entre estos patrones puede ser basado en consideraciones cuantitativas, favoreciendo el grupo más numeroso de posibles innovaciones compartidas como el más probable de incluir ejemplos genuinos. Lo que ha sido mencionado arriba sobre las limitaciones del modelo genético debe también mantenerse en mente en este contexto; las redes de innovaciones lingüísticas cruzadas compartidas entre dialectos divergentes no son improbables.

Glotocronología y lexicoestadística. Un esquema que sub-agrupa las familias y filos lingüísticas crea por implicación una cronología relativa para la diferenciación sucesiva y ramificación de los subgrupos a un nivel más bajo. La glotocronología es un intento de cuantificar esta divergencia y vincularla a una escala de tiempo absoluta expresada en años antes del presente. Los postulantes del método han argumentado que la evidencia empírica de las separaciones lingüísticas históricamente fechables muestra que para el vocabulario básico –categorías semánticas que son aprendidas temprano y se encuentran casi universalmente presentes en diferentes lenguas– existe una constancia estadística notable en el ritmo en el que un ítem léxico reemplaza a otro, análogo al ritmo estadísticamente constante en el que el carbono-14 se desintegra radioactivamente. Se han desarrollado procedimientos glotocronológicos que usan listas de vocabulario básico estandarizado de 100 y de 200 ítems. En el método, las listas de estos ítems para dos lenguas son comparados y se cuentan las correspondencias probables de formas cognadas de ítems determinados en las dos listas. Con una constante de atenuación derivada de separación de lenguas conocidas históricamente, el porcentaje de correspondencias para las dos listas es entonces traducida a una fecha representando un estimado del periodo mínimo de separación entre

las dos lenguas en cuestión. El dato es considerado un mínimo en que se reconoce que la divergencia es producto no sólo del tiempo en el que comenzó la diferenciación, sino también de la suma de contacto subsecuente entre las dos lenguas; si el contacto subsecuente fue prolongado e intenso, la glotocronología podría ofrecer un estimado demasiado reciente de separación.

La validez de la glotocronología ha sido debatida acaloradamente, y se identificó un número de problemas potenciales con el método. (Ver Hymes [1960] para una ampliada discusión.) La existencia de cualquier constancia real en el ritmo de reemplazamiento léxico para todas las lenguas ha sido cuestionado. Pueden emerger problemas de las maneras en que las categorías semánticas son definidas y las formas léxicas de las mismas coleccionadas. Las desigualdades en el ritmo de reemplazamiento de diferentes ítems individuales pueden ser engañosos, y el uso de una función logarítmica constante para fechar puede sobreestimar la profundidad temporal de las separaciones recientes y sustancialmente subestimar la profundidad temporal de separaciones más viejas. Las maneras en que los posibles cognados de listas comparadas son reconocidos no son totalmente consistentes ni adecuados. Dichas preocupaciones han conducido a algunos críticos a rechazar completamente la glotocronología. Un punto de vista más balanceado es el de Hymes (1960:3):

Es tentador pensar razones por las que la glotocronología debiera no funcionar, y algunos encuentran difícil de aceptar el hecho de que sí puede. Es tentador para un antropólogo usar incluso hallazgos provisionales de relaciones lingüísticas y profundidad temporal, y algunos encuentran difícil no aceptarlos de manera acrítica. Cualquiera caso puede ser desafortunado. El escepticismo extremo demora la madurez de la glotocronología.... El uso precipitado de resultados provisionales puede dar pie a la desilusión precipitada.

La misma técnica de la glotocronología ha sido usada, además de su función estrictamente cronológica, como una alternativa al método de innovaciones individuales compartidas en la propuesta de relaciones genéticas remotas y en la evaluación de esquemas de subagrupamiento genético. La “lexicoestadística” es un término a menudo preferido a la “glotocronología” en este contexto.

Un número de fechas glotocronológicas han sido propuestas que son relevantes para la prehistoria de Baja California. Existen problemas con todas estas fechas, por lo inadecuado de los datos en que se basan o, más particularmente, por lo inadecuado de la manera en que los datos han sido analizados, particularmente en cuanto a la determinación de los cognados. No obstante, vale la pena considerar estos resultados glotocronológicos preliminares, si bien vistos con escepticismo, y serán discutidos abajo.

Teoría de la migración. Los “árboles familiares” lingüísticos derivados del modelo genético de la lengua, y combinados con información sobre localidades históricas de las comunidades hablantes de las lenguas hijas, permiten las inferencias sobre distribuciones lingüísticas tempranas, incluyendo los lugares de origen de las proto-lenguas y los movimientos desde dichos lugares de origen. Algunos comentarios útiles sobre este problema han sido ofrecidos por Sapir (1916:76-83) y Voegelin (1958), y aspectos de él han sido elaborados adicionalmente y formalizados por Dyen (1975:50-74) y resumidos por Diebold (1960).

Como es desarrollado más rigurosamente por Dyen, esta materia ha sido nombrada “teoría de la migración”. Esta teoría no será revisada con detalle aquí, pero su posible aplicación a los problemas de la prehistoria de Baja California será considerada. La teoría puede ser juzgada como demasiado esquemática, nivelando una variedad de factores complejos a categorías analíticas simples como “movimientos” y “distribuciones continuas” o “distribuciones discontinuas”. Sin

embargo, tiene el mérito de la claridad y la objetividad, y puede proveer un primer enfoque útil para decidir cuestiones culturales-históricas difíciles.

En enfoque de Dyen fue probabilístico y estaba basado primordialmente en un principio de parsimonia en la explicación, un “postulado de menos movimientos”, que decía que “las probabilidades de diferentes migraciones de lenguas reconstruidas se encuentran en una relación inversa con el número de movimientos de lenguas reconstruidos que requiere cada una” (Dyen 1975:54). Una conclusión derivada de este postulado es “el principio del más alto orden de diversidad”; “el principio es que el lugar de origen de una familia es probablemente en el área con el mayor orden de diversidad” (Dyen 1975:72), significando que una región que contiene lenguas representativas de más de una rama de una división temprana de una familia es más probable como lugar de origen de una familia que una región que sólo tiene lenguas representativas de sub-ramas posteriores de un único grupo temprano.

Una mayor limitación en la utilidad de la teoría de la migración para el presente propósito es que sólo dirige la interpretación de distribuciones de lenguas que son discontinuas, esto es, en las que el contacto entre los territorios de las lenguas relacionadas está interrumpido por barreras naturales, como una extensión del océano, o por la presencia de un territorio ocupado por otras lenguas, no relacionadas o con relación más distante. La “migración” en la terminología de Dyen sólo refiere a los movimientos que producen dichas discontinuidades, ya sea por una comunidad lingüística moviéndose a través de un vacío o por una intrusión separando grupos previamente continuos. No es señalado el caso de la expansión de lenguas continua y de la diferenciación dentro de cadenas no rotas de lenguas relacionadas.

Dyen evidentemente tuvo una buena razón al restringir el alcance de su teoría, en que ningunas unidades discretas, cuantificables como “movimientos” son evidentes para la descripción de las distribuciones continuas de lenguas; sin embargo, parecería que las inferencias culturales-históricas pueden también ser por lo menos tentativamente avanzadas con base en las consideraciones de distribuciones continuas similares a aquellas de la teoría de la migración. Un área con más representantes diferentes de un orden más alto de diversidad es más viable como lugar de origen para la proto-lengua que subsume tal diversidad que un área con menos diversidad o falta de diversidad en ese grado. En efecto, el método de Sapir para la reconstrucción de centros lingüísticos de dispersión fue aplicado a las distribuciones ininterrumpidas en los casos de las lenguas algokinas y eskimo-aleutianas, y otros han adoptado implícitamente dicho criterio en otros casos.

La familia yumana. El primer agrupamiento genético a ser considerado aquí será la familia yumana, representada en Baja California por el kiliwa, el paipai, el cucapá y el diegueño (este último quizás divisible en kumiai, tipai, huerteño y kwatl). La relación de dichas lenguas entre ellas y con las otras lenguas yumanas –quechan (yuma), mohave, maricopa y yumano alto (o yavapai, walapai y havasupai)– fue tempranamente reconocida y no ha sido cuestionada. El problema, más bien, es considerar qué subagrupamientos genéticos válidos pueden existir entre estas lenguas, y qué implicaciones pueden tener dichos subagrupamientos para la prehistoria de Baja California.

Un número de propuestas han sido hechas para el subagrupamiento de la familia yumana (Kendall 1983), pero cuatro grupos yumanos principales han sido reconocidos generalmente: río, pai, california-delta y kiliwa. De estos el grupo río, incluyendo quechan, mohave, maricopa y quizás las lenguas ahora extintas halchidhoma y kavelthadom, han sido reconocidas por todas las autoridades; en cualquier caso, es sólo marginalmente relevante para Baja California.

La rama pai ha ocasionado un debate sostenido de cierta importancia para la prehistoria de

Baja California.²⁹ Un grupo yumano alto, incluyendo al havasupai, walapai y yavapai, ha sido reconocido por largo tiempo. El havasupai y el walapai son evidentemente dialectos de una lengua única, y el yavapai es u otra lengua cercanamente relacionada, con sus propios dialectos (Langdon 1978:94), o bien otro subgrupo de dialectos dentro de una única lengua yumana alta (Kendall 1983). El paipai, separado geográficamente de los otros grupos pai, posee problemas más difíciles. Kroeber (1943) y Joël (1964) notaron un parecido entre paipai y yumano alto pero lo atribuyeron a un conservatismo lingüístico común en vez de a una relación genética especial. Kroeber agrupó tentativamente paipai con diegueño y kiliwa en una rama yumana californiana de la familia. En la medida que mejores datos lingüísticos sobre estas lenguas se vuelven disponibles, la formulación de Kroeber ha sido generalmente rechazada. Joel postuló el paipai por sí mismo como una rama independiente de la familia yumana. Trabajo más reciente, sin embargo, ha respaldado el vínculo paipai-yumano alto. Winter (1967), como se ha mencionado arriba, llegó a ver el paipai como dialecto del yavapai específicamente, resultado de una migración desde el oeste de Arizona hasta Baja California hace menos de un siglo atrás. Sin embargo, otros investigadores han apoyado el estatus del paipai como una lengua separada y su posición coordinada frente al yumano alto como un todo dentro de la rama pai (Kendall 1983; Langdon 1978; Langdon y Munro 1980:122).³⁰

El cucapá y el diegueño son ahora generalmente reconocidos como constituyentes de la rama california-delta de la familia yumana. El cucapá, junto al kahwan y el halyikwamai, fue clasificado como yumano delta por Kroeber y otros. Como se ha discutido arriba, la evidencia disponible sobre el kahwan y el halyikwamai no parece sustentar su reconocimiento como lenguas separadas del cucapá. El diegueño ha sido separado en un número variable de lenguas o dialectos, como también se ha discutido arriba.

Finalmente, el kiliwa posee su propio problema particular en cuanto a subagrupamientos. El agrupamiento que hizo Kroeber (1943) de kiliwa con paipai y diegueño en una rama yumana california ha sido generalmente rechazada, y el kiliwa ha sido reconocido como una rama separada por sí mismo. Una sugerencia ha sido que el kiliwa es suficientemente divergente de otras ramas yumanas para justificar una distinción entre dos líneas hijas descendientes del proto-yumano: kiliwa por un lado, y yumano nuclear, compuesto de las ramas yumanas restantes, por el otro (Joël 1964; Langdon 1975b:148; Kendall 1983:4; Mixco 1975, 1977b). En otra parte, la rama kiliwa ha sido tratado como una mera coordinada con cada una de las otras tres ramas (Langdon 1978:94; Langdon y Munro 1980). Otras sugerencias alternativas para los agrupamientos en super-ramas dentro de la familia yumana han incluido el establecimiento de la rama pai como distinta de las otras tres ramas (Langdon 1978:122), o de las otras dos (río y california-delta) después de una separación inicial kiliwa (Langdon 1975b:148); el agrupamientos en conjunto de las ramas pai y kiliwa (Webb 1977, citado por Kendall 1983:12); o el establecimiento de las ramas pai y río frente a las ramas california-delta y kiliwa (Kendall 1983:11). Evidentemente, el problema del subagrupamiento dentro de la familia yumana en este nivel es todavía una cuestión abierta.

Los estudios lexicoestadísticos de Robles Uribe (1965) y Ochoa Zazueta (1982a, 1982b) son de interés tanto por la luz que arrojan sobre la materia de grados relativos de relación genética entre las lenguas yumanas como por sus sugerencias sobre una cronología absoluta para las separaciones de dichas lenguas. El valor de los estudios para estos propósitos es algo limitado por el hecho de que ambos fueron exclusivamente confinados a aquellas lenguas yumanas que se hablan en Baja California. Por otro lado, ambos estudios tuvieron el notable mérito de presentar en cierto detalle los datos lingüísticos sobre los cuales se basaron, permitiendo evaluaciones y

²⁹ Véase Laylander 2015c.

³⁰ Véase también Joël 1998.

reanálisis independientes.

El estudio de Robles Uribe se basaba en listas de palabras para cinco lenguas yumanas (o lenguas y dialectos): kiliwa, paipai, cucapá, kwatl y huerteño. Para las cinco lenguas o dialectos, Robles Uribe recolectó la lista estándar de 200 palabras, pero usó sólo los ítems de la lista de 100 para su análisis. Incluso, incluyó sólo aquellos 74 ítems de esa lista que estaban disponibles para él en todas las cinco lenguas. Este proceder hizo las comparaciones binarias diferentes más comparables entre sí en cuanto a que todas estaban relacionadas con los mismos 74 ítems, pero también redujo presumiblemente el valor de los cálculos individuales de cronología absoluta en cuanto a que menos pares de palabras de los que estaban disponibles fueron usados para dichos estimados, y menos de éstos fueron usados para calibrar la escala de tiempo glotocronológica absoluta. Como Ochoa Zazueta señaló, el trabajo de Robles Uribe fue un poco empañado por su descuido aritmético. Los resultados glotocronológicos de Robles Uribe se muestran en la tabla 3.

Tabla 3. Separaciones glotocronológicas estimadas entre lenguas yumanas de Baja California (1) (después Robles Uribe 1965).

cucapá				
17	kwatl			
16	11	huerteño		
21	13	19	paipai	
27	21	21	19	kiliwa
(expresado en siglos mínimos de separación)				

Ochoa Zazueta recolectó listas de vocabulario básico de 200 ítems, también para cinco lenguas yumanas de Baja California: kiliwa, paipai, cucapá, huerteño y tipai. Él calculó datos glotocronológicos basados en la lista de 100 y la de 200 palabras, como se muestra en la tabla 4. (Los resultados de las 200 palabras mostrados en la tabla 4 son aquellos basados en una retención constante de 80.5%.)

Al evaluar los resultados de Robles Uribe y Ochoa Zazueta, los problemas generales con la glotocronología y la lexicoestadística deben mantenerse en mente. En particular, la manera en que los cognados probables han sido reconocidos parece ser un problema en estos dos estudios. Ni Robles Uribe ni Ochoa Zazueta fueron explícitos con su metodología en esta cuestión, pero es evidente que ambos usaron criterios de similitud fonética en los ítems léxicos, sin intentar reconstruir las formas proto-yumanas de las que los presumibles cognados se habrían derivado. Esto es indicado por el hecho de que para un ítem léxico individual, en comparaciones de tres lenguas, la forma en una primera lengua puede ser contada como cognada de la forma en una segunda lengua, y la forma en la segunda lengua contada como cognada de la forma en una tercera, mientras que las mismas formas en la primera y tercera lenguas son contadas como no cognadas. La inspección de las listas sugiere que Ochoa Zazueta en particular, pero también Robles Uribe en cierto grado, fue muy conservador para reconocer cognados. Dado que los resultados de la glotocronología son propiamente estimados de siglos *mínimos* de separación, parecería que un error de sobreestimación en lugar de subestimación del número de cognados, y por lo tanto de subestimación en vez de sobreestimación de la separación, sería más apropiada. Más aún, cierta parte de las decisiones de Ochoa Zazueta sobre los cognados aparenta ser infundada y probablemente representa errores tipográficos en la presentación de los datos.

Con estas consideraciones en mente, se ha intentado una nueva evaluación de los datos. Por conveniencia, las consideraciones han sido limitadas a la lista de 100 ítems. Para el kiliwa, paipai,

Tabla 4. Separaciones glotocronológicas estimadas entre lenguas yumanas de Baja California (2) (después Ochoa Zazueta 1982a).

cucapá				
20	tipai			
25	14	huerteño		
33	31	35	paipai	
49	42	45	55	kiliwa
(listas de 100 palabras)				
cucapá				
17	tipai			
20	10	huerteño		
28	27	29	paipai	
42	39	42	48	kiliwa
(listas de 200 palabras)				

cucapá y huerteño, se han utilizado las listas de Robles Uribe y Ochoa Zazueta; cuando las formas de una lengua dada en las dos listas diferentes desacuerdan en cuanto a cognación, se califican valores fraccionados. También son utilizadas las listas de kwatl de Robles Uribe y de tipai de Ochoa Zazueta, como también se utiliza una lista publicada por Swadesh (1967:105-115) del maricopa. La evaluación de posibles cognados fue hecha de manera liberal, tendiendo más a sobreestimar que a subestimar los porcentajes de cognados. Se consideraron los patrones conocidos de alteración fonética dentro de la familia yumana (cf. Wares 1968). Sin embargo, no se intentó usar cambios fonéticos para eliminar los casos de préstamo posterior en vez de retención verdadera; aquí de nuevo un sobreestimado de cognados resultante y por lo tanto una subestimación de la profundidad temporal es esperable. Los resultados de esta evaluación se muestran en la tabla 5.

Tabla 5. Separaciones glotocronológicas estimadas entre lenguas yumanas revisadas.

maricopa						
15	cucapá					
17	10	kwatl				
14	11	9	tipai			
15	12	12	8	huerteño		
14	18	13	16	17	paipai	
20	28	22	20	23	22	kiliwa

Algunos comentarios sobre subagrupaciones genéticas están justificados por estos resultados lexicoestadísticos. El estatus separado del kiliwa frente a las lenguas del núcleo yumano (río, pai, y california-delta) está claramente sustentado. El estatus coordinado de las ramas río, pai y california-delta cada una con las otras también está sustentado. La validez del grupo california-delta está sustentada plenamente en oposición a la hipótesis de Joël (1964) que confería un estatus separado a los grupos delta y diegueño en un nivel coordinado con las ramas yumanas pai y río. Dentro del grupo california-delta, existe un sustento notablemente débil para el posicionamiento de un grupo diegueño a partir del cucapá; diferencias internas del diegueño parecen ser casi tan marcadas como las diferencias diegueño-cucapá.

En el tema de la cronología, las figuras disponibles y conflictivas no justifican ninguna gran precisión, pero sugieren un marco de profundidades temporales mínimas. El proto-yumano probablemente comenzó su separación en pre-kiliwa y proto-yumano nuclear hace más de 2,500 años. La división del proto-yumano nuclear en estas tres ramas pudo haber comenzado aproximadamente de 1,700 a 2,000 años atrás. Las divisiones dentro de la rama california-delta ha estado en marcha desde hace por lo menos 1,200 años.

La teoría de la migración, que trata estrictamente con distribuciones discontinuas, tiene sólo una aplicación dentro de la familia yumana, relacionada con la separación de la rama pai en yumanos altos de Arizona occidental y el paipai del norte de Baja California.³¹ Tres hipótesis generales están disponibles en la teoría de la migración para explicar esta distribución de las lenguas: un movimiento desde Arizona occidental a Baja California por el paipai, un movimiento en dirección opuesta por el yumano alto, y una migración intrusiva por grupos que ahora separan las dos áreas. La evaluación de dichas hipótesis depende de los subgrupos de la familia yumana que se reconocen en cada caso.

Empezando por la hipótesis de la migración intrusiva, ésta parece requerir de mínimo dos movimientos: por los yumanos california-delta (cucapá o kumiai) y río (quechan), o por los yumanos california-delta y los yutoaztecos (pimas, o cahuilla y chemehuevi), dependiendo de la localización del corredor original de la conexión hipotetizada entre los paipai y los yavapai. Si se considerara los subgrupos yumano río y yumano california-delta como partes de un grupo de lenguas genéticamente coordinadas frente al grupo paipai, un solo movimiento, seguido de la diferenciación en el lugar por los intrusos, podría ser propuesto para explicar el patrón de intrusión. Sin embargo, la mayor parte de la opinión lingüística no apoya dicho agrupamiento, y debe asignarse a la hipótesis de la intrusión un índice de baja probabilidad de dos movimientos. (Dyen [1975:63] trató todas las intrusiones como hipótesis de un solo movimiento, pero no ofreció justificación adecuada para dicha regla, y ninguna es aparente.)

La decisión de la dirección probable para una hipótesis de migración para el grupo pai depende de la clasificación de dichas lenguas. Si cada uno de los tres grupos del yumano alto (yavapai, walapai y havasupai) fueran considerados como poseedores de una lengua separada coordinada con el paipai, o si se le otorgara dicho estatus al yavapai y al walapai-havasupai, entonces el movimiento norte-a-sur sería favorecido, implicando sólo un movimiento, en vez de dos o tres, requerido para una hipótesis de movimiento sur-a-norte. Sin embargo, si el paipai es coordinado con el grupo yumano alto como un todo, entonces ninguna hipótesis direccional se preferiría sobre otra, cada una implicando sólo un movimiento. La diversificación interna presumiblemente mayor del grupo yumano alto en yavapai, walapai y havasupai por lo menos dialectalmente distintos, comparados con la unidad del paipai, no tiene relación con este tema si la diversidad del yumano alto ha ocurrido sólo en un nivel bajo de ramificación genética, fechando en un tiempo posterior la separación paipai-yumano alto. Los yumanos altos ocuparon un territorio extenso en el que se esperaría una tendencia hacia la fisión lingüística, mientras que el territorio paipai, más pequeño, probablemente no hubiera permitido o animado dichas divisiones.

La versión menos formalizada de la teoría de la migración, que estudiaría áreas de mayor nivel de diversidad dentro de distribuciones continuas de familias de lenguas, también tiene implicaciones para la prehistoria yumana. La afirmación más común ha sido que el lugar de origen del proto-yumano estuvo sobre el bajo río Colorado, que es el centro geográfico de la distribución histórica yumana y es un área de diversidad lingüística a pequeña escala. Otros argumentos con o contra esta hipótesis serán discutidos posteriormente en este capítulo. Es importante en el presente

³¹ Véase también Laylander 2015c.

contexto que el mayor nivel de diversidad lingüística dentro de la familia yumana que mejor parece estar apoyado por la evidencia actual es la distinción entre el kiliwa y el yumano nuclear. Este contraste apunta hacia la península de Baja California como el lugar de origen yumano, en vez del río Colorado.

Cochimí y yumano. Ha sido generalmente reconocida una afiliación entre el cochimí y las lenguas yumanas. Massey (1949) en efecto trató el cochimí (junto con el monqui) como “yumano peninsular”, una rama de la familia yumana. Mixco (1978) coleccionó y analizó la evidencia disponible sobre el cochimí y concluyó que éste debería ser considerado una familia lingüística separada, pero cercanamente relacionada con la familia yumana. La inspección del material de Mixco parece confirmar con bastante claridad que la distancia entre el cochimí y las lenguas yumanas es mayor que la distancia interna entre el kiliwa y el yumano nuclear, pero menos que la diferencia entre el cochimí o el yumano con cualquier otro grupo de lenguas.

El agrupamiento yumano-cochimí tiene ciertas implicaciones para la versión informal de la teoría de la migración. Al igual que el contraste kiliwa-yumano nuclear, apunta hacia el norte de la península de Baja California como el área de mayor diversidad dentro del agrupamiento genético. Por lo tanto, tiende a favorecer la península como el lugar de origen más probable del proto-yumano-cochimí, así como para el proto-yumano, el cual emergió de la divergencia de comunidades lingüísticas ancestrales al cochimí y a las lenguas yumanas.

El fílum hokano y agrupaciones mayores. El siguiente nivel generalmente reconocido de relaciones genéticas sobre el nivel del grupo yumano-cochimí es el fílum hokano. El hokano como un grupo incluiría en suma, por lo menos, al yumano-cochimí, las familias lingüísticas de California o las lenguas aisladas chumash,³² salineano, esselen, washo, pomoano, yaneano, palainihano, chimariko, shasteano y karok. El seri de la costa de Sonora generalmente ha sido incluido, y unas cuantas lenguas adicionales más al sur, en Oaxaca, México, y en el norte de América Central, han sido los sujetos de debate en este contexto. Los lingüistas parecen concordar en que la validez del hokano como un agrupamiento auténticamente genético aún no ha sido totalmente probado. Mientras algunos han cuestionado de manera conservadora su realidad (Campbell y Mithun 1979), sin embargo, la mayoría de los estudiosos lo han considerado como altamente probable (Langdon 1974).

La distribución dispersa de las familias hokanas, en particular las localizaciones periféricas de los grupos septentrionales alrededor del valle central de la Alta California, el cual fue ocupado por hablantes penutianos al tiempo del contacto euroamericano, ha dado lugar a una variedad de interpretaciones sobre los asentamientos prehistóricos tempranos de los hablantes hokanos en Norteamérica occidental y sus posteriores desplazamientos por los hablantes de lenguas penutianas y yutoaztecas (por ejemplo, Breschini 1983; Krantz 1977; Moratto 1984; Taylor 1961). Estas hipótesis no implican específicamente a Baja California y no necesitan ser evaluadas aquí, a excepción de notar que éstas concuerdan en sugerir que los hablantes yumanos de Baja California llegaron a la península desde el norte.

La cuestión de los subagrupamientos o familias dentro del fílum hokano es mas directamente relevante al asunto presente, pero la evidencia para dichos subagrupamientos está todavía muy pobremente desarrollada. Langdon (1981) ha sugerido un vínculo genético especial entre el seri y el yumano-cochimí. Otros han sugerido vínculos entre el yumano-cochimí y el esselen, y entre seri, chumash y salineano (Bright 1956; Sapir 1921). Algunas de las implicaciones para estas conexiones hipotéticas y las intrusiones yutoaztecas y penutianas que aparentemente han separado

³² Chumash es ahora generalmente excluido del fílum hokano. Véase, por ejemplo, Golla 2011.

estos grupos hokanos han sido discutidas en otras partes (Laylander 1985).

Los métodos lexicoestadísticos han sido usados para intentar clarificar y estimar la profundidad temporal del fílum. Swadesh (1967:104) ofreció las figuras glotocronológicas mostradas en la tabla 6. Estas figuras están basadas en listas léxicas incompletas –extremadamente incompletas en el caso del guaycura, para el cual sólo 16 de los 100 ítems estaban disponibles. Fueron aplicados estándares muy libres para reconocer probables cognados. En particular, los resultados no parecen ser muy consistentes con cualquier modelo genético para el subagrupamiento de familias dentro del fílum, tampoco sugieren ninguna uniformidad general en el cronometraje de la divergencia de las familias. Como indicadores cronológicos, el valor de estas figuras no parece ser muy grande.

Tabla 6. Separaciones glotocronológicas estimadas entre posibles lenguas de la familia hokana (después Swadesh 1967).

washo						
36	esselen					
96	36	salineano				
63	36	35	chumash			
50	32	43	88	maricopa		
67	43	42	69	38	seri	
163	124	47	49	64	102	guaycura

Relaciones genéticas aún más remotas que aquellas en el fílum hokano han sido también propuestas. Las lenguas hokanas han sido más comúnmente vinculadas con el grupo de lenguas “coahuilteco” en el noroeste de México y en Texas (Langdon 1974), pero tanto la validez del coahuiltecano como su conexión con el hokano han sido cuestionados. La hipótesis de Sapir (1921) del super tronco hokano-siouxano, extendiéndose a través de Norteamérica y constituyendo uno de seis agrupamientos continentales, a menudo se ha citado por investigadores posteriores, pero tiene poca o ninguna confirmación lingüística. Swadesh (1964, 1967) propuso agrupaciones aún más ambiciosas, usando la glotocronología para juntar a la mayoría de las lenguas aborígenes del norte y centro de América en un solo grupo “macro-maya”, y esbozando relaciones de este grupo con América del sur y Eurasia también. Todas estas propuestas en el mejor de los casos están actualmente sin confirmar, y en cualquier caso dichas relaciones tendrían poco que ver con la prehistoria de Baja California (aunque ver Kowta 1984).

Guaycurano y pericú. La relación de las lenguas del sur de Baja California, monqui, guaycura y pericú, entre esas y con otras agrupaciones mayores, necesita aún ser definida. La escasez de evidencia disponible hace esta cuestión particularmente difícil.

La evidencia etnohistórica discutida arriba sugiere que monqui y guaycura están de alguna manera relacionadas. En la casi total ausencia de información específica sobre el monqui, la mejor suposición parece ser que una familia lingüística guaycurana abarcó las lenguas guaycura y monqui.

La información sobre la lengua guaycura es de lo mejor que se encuentra disponible para las lenguas del sur. Gursky (1966) revisó las especulaciones de los siglos XIX y principios del XX sobre el estatus de esta lengua –que era una unidad independiente, que era parte de la familia yutoazteca, que perteneció a la fílum hokano o incluso específicamente a la familia yumana. Gursky comparó el vocabulario guaycura disponible con posibles cognados de una variedad de lenguas hokanas y coahuiltecanas. Aún teniendo en cuenta que muchas similitudes en el léxico

podrían deberse al azar, Gursky concluyó que el porcentaje de similitudes (más de la mitad) era demasiado alto como para que este factor explicara todos los casos:

Creo que la hipótesis de una relación del waicura con las lenguas hokanas tiene un alto grado de probabilidad. Por lo tanto, debemos listar el waicura en futuras clasificaciones no como sin clasificar, sino como un miembro adicional del tronco hokano-coahuilteco. (Gursky 1966:44)

Comparaciones adicionales de la lista de Gursky con datos sobre lenguas yumanas publicados más recientemente (Wares 1968) y sobre proto-yumano y cochimí (Mixco 1978) no contribuyen materialmente a las similitudes ya encontradas por Gursky. Parece acertado concluir que la evidencia disponible es suficiente para mostrar que el guaycura no guarda relación ni con el cochimí ni con la familia yumana, de una manera tan cercana como estos dos últimos grupos sí la guardan. Siguiendo la iniciativa de Gursky, se puede aceptar tentativamente la probabilidad de una membresía familiar del guaycura al fílum hokano, por lo menos hasta que este último sea mejor comprendido y más exactamente reconstruido.

Las relaciones, si existen, entre la lengua pericú con el guaycura o con otras lenguas es aún más difícil de valorar. Massey (1949) agrupó guaycura y pericú (y también huchití) en la familia guaycurana, virtualmente sin discusión adicional y sin evidencia ofrecida en justificación; es probable que la proximidad geográfica fuera la razón principal para esta clasificación. León-Portilla (1976) revisó la evidencia etnohistórica sobre la materia y ofreció la conclusión, basada en sólo cuatro ítems de vocabulario que fueron atestiguados para el pericú y el guaycura, más algunos nombres de lugares, de que una relación genética pericú-guaycura no era favorecida por los datos disponibles. A las conclusiones de León-Portilla se puede añadir la observación de que el escaso material pericú tampoco muestra ninguna similitud evidente con el cochimí. Parece mejor tratar el pericú en el presente como una lengua aislada de afiliación desconocida.

Categorías semánticas, culturas y proto-culturas

Como se ha sugerido arriba, el contenido de una lengua puede indicar algo sobre otros aspectos de la cultura de la cual forma parte, por ejemplo reflejando las experiencias e intereses predominantes de una cultura y las formas en que su imagen del mundo es organizada. En algunas culturas etnográficamente conocidas, los datos lingüísticos disponibles pueden ser fuentes más efectivas para dicha información que las elicitaciones directas sobre las materias en cuestión. En el caso de culturas en proceso de cambios significativos, las categorías lingüísticas pueden ser más conservadoras y pueden preservar viejas maneras de organizar la experiencia que ya no es de uso práctico. Finalmente, a través del método comparativo por medio del cual las relaciones genéticas lingüísticas son establecidas, puede ser posible reconstruir en cierto detalle la proto-lengua ancestral de las lenguas registradas y entonces comprender mejor el contenido cultural de periodos relativamente remotos como se reflejaban en la lengua.

En principio, varios aspectos del lenguaje pueden proveer dichas pistas culturales. Las categorías gramaticales pueden sugerir, por ejemplo, cómo el paso del tiempo es percibido como algo que ocurre o qué consideraciones de estatus son consideradas de mayor importancia en las relaciones interpersonales cotidianas. Sin embargo, en la práctica, los sustantivos que son usados para categorizar la experiencia son las piezas de evidencia más fácilmente interpretables, y la mayoría del trabajo relevante para el presente estudio se ha realizado sobre el contenido semántico de los sustantivos.

Ocasionalmente, autores de la etnohistoria temprana señalaban el problema de las categorías

semánticas para las áreas sur y centro y de la península, pero con poco detalle o sofisticación. El misionero jesuita Baegert, trabajando entre los guaycura en San Luis Gonzaga, apoyó sus afirmaciones sobre la pobreza cultural o degeneración de sus feligreses en argumentos basados sobre el contenido de su lengua. Él escribió en extenso sobre la supuesta falta en guaycura de términos para docenas de objetos comunes, acciones, costumbres y relaciones (Baegert 1952:73-99). Sin embargo, las afirmaciones de Baegert sobre las deficiencias supuestas del guaycura a menudo parecen haber reflejado meras disimilitudes gramaticales entre dicha lengua y el propio alemán de Baegert, en vez de verdaderas ausencias semánticas. Por ejemplo, él reportó que el guaycura no tenía palabras para “enfermedad” y para “malo”, pero notó que la gente decía “‘esto’ o ‘esa persona está enferma’”, y expresaban el concepto de “malo” añadiendo un sufijo negativo a la palabra para “bueno” (Baegert 1952:96-97). Dado que Baegert fue la única persona que preservó un registro sustancial del guaycura, que él pareció tener poco entendimiento de la naturaleza de la variabilidad de las estructuras básicas entre lenguas, y que él escribió sobre la materia de la cultura guaycura en dicho espíritu estridentemente polémico, parece imprudente darles demasiado crédito a sus afirmaciones sobre las deficiencias semánticas de la lengua guaycura.

Las lenguas yumanas han sido mejor estudiadas, pero sin mucho énfasis en este aspecto de su importancia para la prehistoria. Por ejemplo, en estudios sobre etnobotánica se han reportado usos de plantas aborígenes y nombres en lengua nativa de las mismas, pero los sistemas de clasificación o el grado de sofisticación de la observación que estaban implicados en dichos nombres aún no han sido examinados (cf. Castetter y Bell 1951; Hinton 1975; Joël 1976; Kelly 1977).

Otro y quizás más importante aspecto de los estudios semánticos para la prehistoria es la reconstrucción de las proto-culturas, los mundos culturales existentes en etapas más tempranas en la evolución de las familias lingüísticas históricamente conocidas. Los lingüistas han usado los estudios comparativos de las lenguas del presente para reconstruir proto-lenguas, incluyendo la fonología, el léxico y la sintaxis de las lenguas anteriores de las que descienden las lenguas históricamente conocidas. Este contenido puramente lingüístico es por sí mismo un aspecto de la cultura prehistórica (Haas 1969). Del léxico reconstruido del proto-lenguaje, también es posible hacer inferencias sobre las categorías semánticas que estaban presentes en aquella lengua y que continuó estando presente en algunas o todas las lenguas hijas. Estas categorías semánticas implican información sobre las experiencias de los hablantes de la proto-lengua: información ambiental, por ejemplo, en los tipos de características naturales, plantas y animales presentes en la tierra natal de la familia lingüística; cultura material y prácticas de subsistencia; y quizás también organización social y concepción del mundo.

Sin embargo, existe un peligro potencial mayor en la técnica de reconstrucción de una proto-cultura. No es poco probable que hayan ocurrido cambios semánticos paralelos en las lenguas hijas que estuvieron expuestas a nuevas circunstancias ambientales o culturales; esto puede resultar en implicaciones semánticas erróneas dadas a formas léxicas para una proto-lengua por lo demás reconstruidas adecuadamente. El préstamo de innovaciones léxicas posteriores entre lenguas hijas también es altamente probable, y la distinción entre dichos ítems léxicos difusos e ítems verdaderamente retenidos desde una proto-lengua puede ser difícil.

Un aspecto de la reconstrucción de la proto-cultura que ha recibido atención en otras regiones es el parentesco (cf. Dyen y Aberle 1974; Friedrich 1966; Hoiyer 1956; Shimkin 1941). Un estudio comparativo de este tipo específicamente para la rama río de la familia yumana (Frisch y Schutz 1967) está fuera del dominio geográfico del presente estudio. Romney (1967) realizó otro estudio sobre la terminología del parentesco quechan, el cual comparó los resultados obtenidos por el

método comparativo y por el método de reconstrucción interna. El último se basaba en los presupuestos de que los términos contenedores de raíces analizables, prefijos asociados en otros lugares con raíces analizables o con otros prefijos así asociados, o múltiples prefijos eran todos indicadores de aspectos de terminología del parentesco quechan “recientes” en lugar de “viejos”. Se encontró que estos indicadores internos de edad daban resultados muy similares a los datos comparativos, consistentes en la presencia o ausencia de términos cognados en otras ramas yumanas. En este estudio, Romney hace entonces algunas separaciones preliminares de cognados señalando hacia el vocabulario de parentesco proto-yumano, aunque sólo para dichos términos que ocurrían en quechan y sin realizar ningún examen de las implicaciones culturales de las categorías reconstruidas de parentesco.

Un intento de reconstruir la cultura general asociada con la lengua proto-yumana y de bosquejar algunas inferencias culturales-históricas a partir de dicha reconstrucción fue llevado a cabo por Howard W. Law (1961). Desafortunadamente, deficiencias en los datos disponibles para Law y, sobre todo, en el método de análisis usado, volvieron altamente cuestionables las conclusiones fundamentales que Law llegó. Sin embargo, vale la pena seguir el análisis de Law en cierto detalle para evaluar algunos de los fallos y méritos potenciales del método.

Un primer punto a ser notado es que Law no tuvo datos léxicos del kiliwa para usar en su reconstrucción del vocabulario proto-yumano. Así pues, en términos del esquema de subagrupamiento genético favorecido aquí, sus esfuerzos propiamente aplican sólo a una etapa posterior de la evolución lingüística, el proto-yumano nuclear en lugar del proto-yumano. Sin embargo, muchas de las reconstrucciones podrían ser también ahora extendidas al proto-yumano usando datos disponibles del kiliwa.

Las lenguas que Law consideró fueron clasificados en tres subgrupos: el primero correspondiente a lo que es aquí nombrado como la rama pai, con datos del havasupai, walapai y yavapai; el segundo correspondiente a la rama california-delta, con cucapá, diegueño (ipai) y campo (kumiai); y el tercero correspondiente a la rama río, con mohave, maricopa y quechan. Datos de estos grupos como son representados en los Estados Unidos fueron también complementados con cierta información del sur de la frontera internacional. Law escribió que “tipai, chapai y paipai son tratados como extensiones mexicanas (dialectos) del yavapai, maricopa y campo respectivamente” (Law 1961:46). Este es un evidente error, quizás en parte un error de imprenta. El tipai corresponde claramente al campo (kumiai), y presumiblemente el paipai pertenece al yavapai. “Chapai” algunas veces es dado como una designación alternativa del cucapá, siendo la forma cucapá para “indio” y por lo tanto cognado con “tipai” e “ipai”; cualquier equiparación del “chapai” con el maricopa, sin embargo, fue un error.

Law consideró 106 ítems léxicos con formas cognadas en al menos dos de los subgrupos yumanos. Los ítems se relacionaban con animales y pájaros (33 ítems), agricultura y comida (17 ítems), plantas silvestres (12 ítems), vestido y vivienda (6 ítems), herramientas (7 ítems), armas (4 ítems), religión (6 ítems) y materias varias (21 ítems). No fueron reconstruidas formas proto-yumanas, pero se proveyó de una tabla de correspondencias de sonido para la familia. Los grupos de cognados fueron calificados como de “validez de primer orden” hasta “validez de quinto orden”; los detalles de este sistema de calificación no necesitan ser elaborados aquí, y en cualquier caso no fueron clarificados totalmente en el artículo. Los factores considerados en la evaluación de los grupos incluyeron el número de subgrupos yumanos diferentes representados, la proximidad lingüística de dichos subgrupos, y las situaciones cuando sí o cuando no los cambios regulares de sonido eran evidenciados por los cognados.

Law notó que algunos de los datos estrictamente lingüísticos que fueron usados en esta

calificación estaban abiertos al cuestionamiento y que las correcciones debían hacerse con base en evidencia externa. “Caballo”, por ejemplo, ganó validez de primer orden, con formas cognadas en yavapai, mohave, maricopa, quechan y cucapá, así es ciertamente improbable que esta categoría perteneciera al proto-yumano nuclear; como Law notó, las formas cognadas pueden estar relacionadas a formas para “venado” y/o “perro”. (Un caso similar que puede ser presentado es “vaca”, con cognados en havasupai, walapai, mohave, maricopa, cucapá, huerteño, paipai y kiliwa; ver Wares 1968:81). Otros ítems pudieran recibir grados mayores dadas sus conexiones semánticas cercanas con ítems con calificación más alta: “arco” era de tercer orden y “harina de maíz” era de cuarto orden, mientras que “flecha” y “maíz” eran ambos de primer orden.

Los métodos utilizados para transformar los ítems léxicos reconstruidos en inferencias sobre los ambientes prehistóricos y las características culturales no fueron explicitados ampliamente por Law, y están abiertos a cierto cuestionamiento. Puede valer la pena considerar con cierto detalle estas reconstrucciones.

De acuerdo a Law, “es aparente que los pueblos hablantes de yumano vivieron en gran parte en la misma zona en la que viven actualmente.” Esto parece una conclusión bastante probable; puede estar basada en el hecho de que un vocabulario de tamaño considerable sobre flora y fauna fue reconstruido para la proto-lengua. En un estudio similar pero más riguroso sobre los indicadores ambientales del proto-yutoazteca, sin embargo, Fowler (1983) mostró que mucha de la flora y fauna del oeste de Norteamérica es muy extensa y que pocos de los ítems del proto-yutoazteca son útiles para delimitar la tierra de origen probable. Consideraciones similares pueden aplicar a los ítems de Law. Una manera más productiva de analizar estos datos sería buscar regiones que puedan ser excluidas como lugares de origen potenciales en virtud de falta de características ambientales especificadas reflejadas en la proto-lengua.

Law dijo sobre el proto-yumano nuclear que ellos “tenían relación probable con la caza de animales, así como con una agricultura en desarrollo”. La práctica de la caza no necesita ser cuestionada, dado que todos los yumanos etnográficamente conocidos cazaban en mayor o menor medida. La cuestión de la agricultura en los tiempos del proto-yumano nuclear es más controversial, sin embargo. Ítems cognados relevantes a esta cuestión fueron “frijol”, “maíz”, “algodón” y “calabaza”, todos de validez de primer orden; y “chicharo de vaca”, con validez de quinto orden. El último de estos, “chicharo de vaca”, fue atestiguado en seis lenguas representando las tres ramas, pero estas formas mostraron gran uniformidad fonética sugiriendo una difusión tardía del término, y de hecho los chícharos de vaca fueron una introducción del periodo español (Kelly 1977:30). “Harina de frijol” y “harina de maíz”, representados sólo en havasupai y maricopa, son fácilmente analizables como “frijol” y “maíz” más un segundo morfema cognado que no corresponde a “harina” pero puede ser algo similar; estos dos ítems hacen muy poco por fortalecer el caso para la agricultura del proto-yumano nuclear. De los cuatro ítems con validez de primer orden, tres, “maíz”, “frijol” y “calabaza”, han sido examinados más de cerca por Joël (1978). “Frijol” ha sido trazado como un préstamo probable del hopi, “maíz” es derivado de “semilla”, y “calabaza” queda sin explicación. Cabe señalar que “maíz” y “calabaza” también tienen formas cognadas en kiliwa, implicando un origen aún más temprano si estos fueran genuinos cognados retenidos. Estas formas kiliwa, y también formas para “maíz”, “frijol”, “calabaza” y “algodón” en paipai y en varias lenguas diegueño al oeste de las montañas, representan términos de agricultura entre los pueblos yumanos que son los menos probables de haber estado involucrados con dichas prácticas en tiempos prehistóricos. Parece evidente que no debería descartarse la posibilidad de una difusión muy tardía en lugar de la retención de dichos términos desde tiempos del proto-yumano y del proto-yumano nuclear.

Law describió un lugar de origen hipotético para el proto-yumano nuclear:

La región era seca, polvosa y ventosa, pero no carecía de agua. Los fenómenos naturales de la lluvia, el sol, la luna, las estrellas y las constelaciones eran importantes para la gente. La nieve y el hielo también eran en cierto grado conocidos. El centro del área ocupada pudo haber estado cerca del océano, y en tierras bajas, opuestas a las tierras altas y el área de la meseta en la que la gente del presente habita. El área principal probablemente fue el río Colorado en lugar del área del norte de Arizona [Law 1961:55].

Algunas características ambientales pueden ser inferidas de términos reconstruidos de animales y plantas –“liebre” y “mezquite” quizás sugiriendo aridez, por ejemplo. Usando este método de razonamiento, sin embargo, debe mantenerse en mente que las categorías con formas cognadas presentes en las lenguas hijas describen no sólo el ambiente de la proto-lengua sino también los ambientes de todas las lenguas hijas en cuya esa forma aparece. Esto implica que ítems individuales cognados que son encontrados ampliamente distribuidos en las lenguas hijas son muy poco adecuados para discriminar entre los territorios de dichas lenguas hijas como posibles lugares de origen de las proto-lenguas. Es sólo cuando un ítem es reconstruido para la proto-lengua pero no está presente en algunas de las lenguas hijas debido a razones ambientales cuando esa área de posibles lugares de origen se estrecha. Las propuestas geográficas de Law no parecen estar basadas en ninguna limitación en distribuciones parecida.

Otra falacia en el método de Law parece ser la ecuación de la presencia de una categoría semántica reconstruida con su importancia especial. La reconstrucción de las formas del proto-yumano nuclear para “tierra (polvo)”, “viento”, “agua”, “lluvia”, “sol”, “luna”, “estrella”, etcétera no establece una importancia especial para la proto-cultura de un ambiente polvoso, ventoso, ni ninguna importancia especial a la lluvia, el sol, la luna y las estrellas; dichas categorías son virtualmente universales y no son exclusivas de una cultura determinada.

Una proto-forma para “océano” indicaría un conocimiento de este fenómeno en la proto-cultura, pero debido a que las formas cognadas están comprobadas a través del área yumana histórica, incluyendo el walapai, ninguna proximidad particular del lugar de origen al océano es apoyada; ningún ítem de la fauna o flora marina o del litoral fue reconstruida (lo que no es sorprendente, dada la distancia desde las líneas de costa de dos de las tres ramas, yumano río y pai, esta última representada en la muestra de Law básicamente por los dialectos yumanos altos). Más aún, las formas para “mar (océano)” que fueron presentadas tienen como su elemento cognado común un morfema analizable como “agua”; para este morfema, varias de las lenguas añaden un segundo morfema evidentemente cognado con las formas para “sal” o “salado” (Wares 1968:91). La categoría semántica reconstruida por sí misma, entonces, es cuestionable, como también lo son las conclusiones ambientales que Law bosquejó a partir de dicha reconstrucción.

Law continuó:

Ningún detalle como los tipos de casa ... está disponible a partir de estos datos, aunque tanto madera como piedra estaban disponibles como materiales de construcción de casas potenciales.... Las armas indicadas consisten en sólo el arco y la flecha. Las flechas estaban hechas de carrizo. Se utilizaron tendones en la construcción de arcos. Herramientas de cierta distribución fueron el metate, el mortero y la mano de mortero ... características religiosas son menos descritas fácilmente desde ítems de la cultura material en virtud de que en la mayoría de las sociedades la importancia de la religión es mucho mayor que lo que el número de objetos ceremoniales, etc. podría indicar. Si esto es verdad es este caso, también, entonces la religión fue muy importante para los pueblos

hablantes de yumano porque los siguientes ítems religiosos en los datos lingüísticos ocurren: sonaja de jícara, espíritu o sueño, danza, flauta, shaman y Pléyades [Law 1961:55].

Que madera (o “madera, árbol, vara”; ver Wares 1968:96) y piedra estuvieran presentes en cierta forma no es una conclusión sorprendente; que estuvieran disponibles en una forma apropiada para la construcción de casas no es demostrable. Evidencia para arco y flecha entre hablantes de proto-yumano nuclear y proto-yumano sería de interés cronológico; sin embargo, las posibilidades de préstamo posterior o de cambios semánticos paralelos, como ha ocurrido en un cambio yutoazteca de un ítem léxico de “atlatl” a “arco” en las lenguas hijas, no debe ser descontado. “Arco de carrizo”, atestiguada sólo en havasupai y maricopa, es fácilmente analizable en ambos casos como “flecha” más “carrizo” (Wares 1968:90) y no demuestra una forma del proto-yumano nuclear. Tendón, si está presente en la conciencia de los proto-yumanos nucleares, no necesita haber sido usada en la construcción de arcos. “Sonaja de jícara” es simplemente “jícara” (Wares 1968:92) y está sólo atestiguada en los datos de Law para el havasupai y el maricopa.

En conclusión, poco es lo que puede ser confiablemente inferido sobre el ambiente y las prácticas culturales de los proto-yumanos o los proto-yumanos nucleares, basándose en el análisis de Law. Sin embargo, se han realizado avances considerables en el estudio lingüístico de la familia yumana desde que este artículo fue escrito. Futuros esfuerzos para la reconstrucción de las proto-culturas deberán dar mayor atención rigurosa a los patrones de cambios de sónico que puedan ayudar a descartar los préstamos tardíos, pistas etimológicas deberían ser buscadas que puedan sugerir cambios semánticos paralelos, las gamas registradas de especies vegetales y animales deberían ser considerados para distinguir marcadores ambientales útiles, y la distinción debería ser mantenida entre el reconocimiento cultural de un ítem y la asignación de un significado cultural particular a dicho ítem.

Préstamo lingüístico

Las relaciones no genéticas entre las lenguas también son fuentes potenciales importantes de información sobre patrones culturales prehistóricos de interacción y migración. La difusión de ítems lingüísticos de una lengua a otra implica una conexión directa o indirecta bastante fuerte entre los hablantes de las dos lenguas, incluyendo usualmente proximidad geográfica. La cantidad, contenido y dirección de la difusión indican algo sobre la naturaleza de la conexión. Los préstamos y las conexiones implicadas por éstos elementos pueden también ser fechados si las proto-lenguas y las innovaciones subsecuentes en las lenguas hijas, particularmente los cambios de sonido, son totalmente conocidas.

La rama pai de la familia yumana y su escisión dentro del yumano alto y paipai es un problema a la resolución del cual los estudios sobre préstamos lingüísticos podrían ser capaces de hacer importantes contribuciones. Winter (1967) argumentó una relación genética especial entre paipai y yavapai dentro de la rama pai con base en mayor similitud léxico entre esas dos lenguas que entre paipai y walapai-yavapai. Si la similitud puede ser confirmada, podría reflejar ya sea una relación genética o bien una posible difusión léxica entre las dos lenguas. Dicho patrón específico de préstamo, implicando sólo yavapai entre los dialectos de yumano alto, como la relación genética propuesta, tendería a apoyar la hipótesis de una migración paipai hacia el sur desde Arizona.

Otros patrones potenciales de préstamo podrían ser incluso más útiles para resolver este problema. Winter notó un ejemplo de similitud léxica entre paipai y maricopa, una similitud no compartida con havasupai, walapai o mohave (o, debe añadirse, con cucapá o ipai). Claramente,

un ítem léxico único es una base demasiado exigua e incierta, incluso para conclusiones provisionales de este material. Sin embargo, un patrón confirmado de préstamo dentro de paipai desde la rama yumana río, o desde el atapaskano, hopi, paiute del sur o pimano, apoyaría un lugar de origen en el norte para la rama pai; un patrón de préstamo dentro del yumano alto desde el kiliwa o la rama california-delta favorecería un lugar de origen en el sur.

Todavía otros patrones de préstamo, si fueran detectados, tendrían un interés potencial mayor para cuestiones de prehistoria de Baja California. Material suficiente del guaycura puede haber sido conservado para buscar relaciones entre dicha lengua y las lenguas yumana-cochimi. Otras relaciones que valdría la pena investigar serían aquellas entre el proto-yumano-cochimi, proto-yumano y proto-yumano nuclear por un lado y el seri y las lenguas yutoaztecas, por el otro. Además de los vínculos binarios, han sido investigados patrones areales generales de difusión fonética y sintáctica, así como léxica, para las lenguas aborígenes de Norteamérica (Sherzer 1976), y esta discusión podría extenderse a las lenguas de Baja California.

Extensiones

La evidencia lingüística con incidencia en la prehistoria de Baja California es de calidad desigual, y en general está menos desarrollada que en otras regiones cercanas. Sin embargo, su valor, tanto presente como potencial, claramente es innegable.

A través de una variedad de métodos, han sido delineadas las delimitaciones mayores de los territorios lingüísticos en el periodo del contacto en la península, incluyendo la definición de cuatro familias de lenguas (pericú, guaycura, cochimi y yumano) y de ocho a doce lenguas individuales. Las revisiones del mapa lingüístico previamente aceptado que han sido sugeridas aquí reduciría la complejidad lingüística reconocida en las regiones del Cabo y el delta del río Colorado y la incrementaría en el extremo noroeste. Publicaciones y análisis adicionales de los registros del periodo jesuita podrían servir para clarificar y rectificar la imagen lingüística del sur y del centro. Quizás los registros del periodo dominico, pero también, y más importantemente, el trabajo de campo continuo, prometen clarificar la situación en el noroeste.

Valoraciones de las relaciones genéticas que implican a las lenguas aborígenes de Baja California han sido hasta la fecha básicamente intuitivas y han logrado poco consenso en detalle. El problema del pericú parece probable que permanecerá sin ser resuelto. Las relaciones guaycura podrán ser aclaradas en la medida en que la evaluación más amplia de la hipótesis hokana sea avanzada, y también podrán beneficiarse del examen de las pistas fonéticas y sintácticas, así como de las léxicas. Las relaciones yumanas parecen ofrecer muchas oportunidades para la clarificación a través del análisis de datos existentes o a través de trabajo de campo adicional.

Los métodos de la lexicoestadística y la glotocronología ofrecen muchas posibilidades para el refinamiento, si los lingüistas deciden que este camino de investigación merece ser seguido. Incluso con los defectos de los métodos existentes, la mayor extensión en las colecciones, publicaciones y análisis de listas de palabras estándar para las lenguas yumanas deberían ayudar en el avance de la discusión sobre la profundidad temporal de las relaciones, tanto genéticas como las derivadas del préstamo, dentro de esa familia y entre ésta y otros grupos.

La semántica y la reconstrucción de la proto-cultura para la familia yumana parece ofrecer muchas vías posibles potencialmente fructíferas para la prehistoria. La clave, sin embargo, parece ser el uso de una metodología más rigurosa que la que ha sido aplicada previamente. Parentesco, etnobotánica y etnozoología se perfilan como los dominios más prometedores a explorar.

El préstamo lingüístico apenas ha sido considerado hasta el momento en el estudio de la

prehistoria de Baja California y parece ser un campo potencialmente productivo de estudio.

V – ANTROPOLOGÍA FÍSICA Y PREHISTORIA

Las aproximaciones de la antropología física a la prehistoria de Baja California se encuentran algo aparte de los otros enfoques discutidos en esta tesis. Sin embargo, la antropología física también tiene su lugar aquí. El lado biológico de la adaptación prehistórica de este escenario, incluyendo las posibles adaptaciones genéticas, condiciones de salud y patrones demográficos, se posicionan junto a los varios patrones culturales como elementos importantes de la misma historia. Adicionalmente, la evidencia derivada de la antropología física es una fuente potencialmente significativa para los patrones culturales, incluyendo las prácticas culturales de subsistencia, las relaciones intergrupales y las costumbres que reflejan la cosmovisión prehistórica.

Estudios descriptivos ³³

En el caso de la antropología física, “trabajo de campo” describe sólo de manera imperfecta las fuentes de datos descriptivos primarios. Dicho nombre es adecuado para ciertos tipos de datos, incluyendo las observaciones hechas sobre las poblaciones vivas, registrados básicamente en las anotaciones dispersas de euroamericanos desde la época de las primeras exploraciones, y en la recuperación arqueológica de material óseo. Sin embargo, mucha de la descripción básica en antropología física ha sido realizada en los museos, en el trabajo sobre material esquelético, y en investigaciones en bibliotecas o archivos sobre demografía, basadas en registros misionales y otros reportes tempranos.

Las primeras personas que registraron las características físicas de los aborígenes de Baja California fueron los exploradores y misioneros que ya han sido introducidos en el Capítulo III. Sus observaciones son discutidas brevemente en la última sección de este capítulo; dichos observadores no necesitan ser introducidos de nuevo aquí.

A fines de siglo XIX, cuando en la cultura euroamericana estuvieron disponibles los medios y el interés en llevar a cabo registros más sistemáticos y científicos sobre las características físicas de las poblaciones aborígenes vivas, la mayoría de los pueblos nativos de Baja California ya estaban extintos, o por lo menos casi lo estaban. Aquellos que quedaban, básicamente en el extremo norte de la península, tenían varias generaciones de contacto con las poblaciones y culturas euroamericanas; en cualquier caso, estos sobrevivientes nortños no fueron sujetos de ningún estudio exhaustivo de antropología física. Consecuentemente, la información preservada desde la antropología física sobre Baja California se deriva casi por completo, por un lado, del reanálisis de observaciones y registros asistemáticos y acientíficos tempranos hechos durante los periodos de exploración y misionización, y por el otro lado, del material óseo excavado arqueológicamente.

Herman Frederik Carel ten Kate, un antropólogo holandés, visitó la región del Cabo de Baja

³³ Recientes estudios descriptivos de morfologías esqueléticas y prácticas correspondientes de enterramiento han llevado a cabo en muchas partes de la península, sobre todo en la región del Cabo en las obras de Alfonso Rosales-López, Leticia Sánchez García, J. Moltó Eldon, y sus colegas (e.g., Molto y Fujita 1995; Molto et al 2007; Rosales-López y Fujita, 2000; Rosales-López y Sánchez García, 2002, 2003; Rosales-López et al 2007; Sánchez García y Rosales-López 2003) y por varios investigadores del INAH en el noroeste de Baja California (e.g., Baeza Catalán 2005; Drakic Ballivián 2009, 2010, 2013a). También han comenzado los estudios basados en el ADN mitocondrial (e.g., Monroe y Kemp 2008).

California en 1883, junto al naturalista norteamericano Lyman Belding (1885; ten Kate 1883, 1884, 1979).³⁴ Ten Kate y Belding recolectaron siete entierros de la isla Espíritu Santo, Los Mártires, Zorrillo y San Pedro. Ten Kate envió seis osamentas de entierros secundarios a Francia, y Belding envió una al United States National Museum (Tyson 1977a:167). El marcado carácter dolicocefalo del material obtenido en la región del Cabo causó cierto interés en el mundo académico, y fue un foco principal de interés antropológico en Baja California durante varias décadas. El espécimen de Belding, curado posteriormente en el Musée de l'Homme en París, fue después reestudiado por Tyson (Noble 1973a; Tyson 1977a, 1977b). El material de ten Kate fue reanalizado por el antropólogo francés Paul Rivet (1909) y por Tyson (1977a, 1977b). Ten Kate y Belding también localizaron a una mujer que vivía en la región del Cabo, y quien creían era una representante viva de las poblaciones nativas de Baja California.

El naturalista norteamericano Edward Palmer estuvo en Baja California en 1887-1888, visitando áreas a través de la península (McVaugh 1956; Noble 1973b). En noviembre y diciembre de 1887, él estuvo en la bahía de los Ángeles, donde excavó una cueva que produjo siete entierros, así como un pequeño número de artefactos. La colección de Palmer se fue al United States National Museum en Washington, D.C. Thomas Wilson, un curador del Smithsonian Institution, publicó un pequeño reporte descriptivo sobre el trabajo de Palmer (Wilson 1890:127-129). El célebre antropólogo físico Ales Hrdlicka usó partes de la colección de bahía de los Ángeles de Palmer (Hrdlicka 1927), y Tyson analizó posteriormente el material óseo (Noble 1973a, 1973b; Tyson 1975a, 1975b). En 1897, Palmer también recuperó un esqueleto de una cueva en las inmediaciones de La Paz, el cual fue curado en el United States National Museum (Tyson 1977a:167).

Un francés, León Diguët, fue otro investigador de fines del siglo XIX en Baja California que hizo contribuciones importantes en el descubrimiento y reporte del registro de la península desde la antropología física. La trayectoria profesional de Diguët ha sido discutido por Grant (1974:13-23). Diguët entró en contacto con Baja California inicialmente en 1889-1892, como empleado de El Boleo, la compañía minera de cobre francesa. El regresó a la península como naturalista en 1893-1894, 1903 y 1911-1913. Diguët publicó un artículo sobre entierros humanos en la región del Cabo (Diguët 1905, 1973, 1978). El material óseo recolectado por Diguët fue posteriormente curado en el Musée de l'Homme en París (Dávalos Hurtado 1961; Tyson 1977a:167) y reestudiado por Rivet (1909) y Tyson (1977b). En la década de 1890, Diguët juzgo que, para las zonas centro y sur de la península, quedaban sólo siete cochimí quienes habían “conservé la pureté de leur race” (Diguët 1899:51). A partir de cuatro de éstos, un hombre y tres mujeres, Diguët recolectó y publicó de tres a nueve medidas físicas (Diguët 1899:52).

En los años de 1920s y 1930s, el arqueólogo norteamericano Malcolm J. Rogers condujo una serie de excavaciones en sitios costeros en el área de San Diego, los cuales también se extendieron al sur de la frontera internacional, en la región noroeste de Baja California. Estas excavaciones produjeron material óseo humano que fue curado en el Museum of Man en San Diego y posteriormente descrito e interpretado por el antropólogo físico Spencer L. Rogers (1963, 1977). Rose Tyson también trabajó posteriormente con este material (Noble 1973a; Tyson 1980).

William C. Massey, durante su trabajo de campo arqueológico en la región del Cabo, excavó más de 40 entierros, los cuales fueron curados en el Robert H. Lowie Museum of Anthropology en la University of California, Berkeley. Casi todo el material fue posteriormente transferido al Instituto Nacional de Antropología e Historia en la ciudad de México (Tyson 1977a). El mismo Massey no describió o analizó el material óseo, que fue estudiado después por Tyson (Noble 1973a; Tyson 1977a). El material esquelético recolectado por Massey también fue evidentemente

³⁴ Acerca de ten Kate, Belding, Palmer y Diguët, véase Hovens 1991 y Laylander 2014.

la base para los estudios de dos antropólogos físicos del INAH, Arturo Romano Pacheco (1977a, 1977b) y José Antonio Pompa y Padilla (1977a, 1977b). Romano Pacheco realizó mediciones y observaciones no métricas sobre los restos óseos de 23 individuos de la región de Cabo. Pompa y Padilla registró observaciones de los primeros y segundos molares.

Otras dos colecciones fueron curadas en el Lowie Museum of Anthropology en Berkeley. Previo al trabajo de Massey, C. Piñeda excavó dos esqueletos en Puerto Pitchknife, cerca de La Paz. R. D. Strong recolectó dos grupos mezclados de material óseo de la isla Espíritu Santo, también en la región del Cabo (Tyson 1977a:175).

Rose A. Tyson (anteriormente Rose A. Noble) condujo las excavaciones de material óseo y los estudios de laboratorio de material óseo de Baja California, curado en museos mexicanos, norteamericanos y franceses, durante la década de 1970 (Noble 1973a, 1973b; Tyson 1975a, 1975b, 1976, 1977a, 1977b, 1980). Sus reportes son notables por el meticuloso detalle de sus descripciones técnicas de atributos métricos y no métricos. Cuando el material óseo disponible lo permitió, Tyson reportó varias docenas de medidas estandarizadas, cálculos de radios e índices y observaciones sobre la presencia y extensión de características morfológicas y síntomas patológicos de cada espécimen.

Los arqueólogos Eric Ritter y Peter Schulz (1975), de la University of California, Davis, reportaron observaciones dentales, incluyendo desgaste, caries y pérdida de dientes, a partir de restos humanos del área de la bahía Coyote en la bahía Concepción.

Fermín Reygadas Dahl y Guillermo Velázquez Ramírez, investigadores del Centro de Investigaciones Biológicas de Baja California Sur, reportaron condiciones dentales y los medios para el índice cefálico y capacidad craneal de diez esqueletos provenientes de entierros secundarios en la región del Cabo (Reygadas Dahl y Velázquez Ramírez 1983:12-13). El material esquelético estaba en la Casa de la Cultura de Todos Santos y Santiago.

Observaciones en población viva

Una variedad de observaciones más o menos subjetivas sobre las características físicas de los bajacalifornianos aborígenes ha sido dejada por varios exploradores, misioneros, viajeros y antropólogos euroamericanos que visitaron la península. Dichas observaciones han sido compiladas en la tabla 7.

Unas cuantas conclusiones tentativas pueden ser bosquejadas a partir de estos reportes. La población nativa de Baja California, por el tiempo del contacto prehistórico, parece caber bien dentro del rango general de características de las poblaciones del Nuevo Mundo; existen pocos argumentos en este registro para la propuesta de un elemento claramente exótico (por ejemplo, proveniente del Pacífico Sur). Las particularidades físicas de la población de la región del Cabo, discutidas abajo en términos de la evidencia derivada de los materiales esqueléticos, recibe cierto apoyo, igual que la sugerencia de un alto grado de dimorfismo sexual en la estatura. También hay bases para una diferencia física relativamente marcada entre la mayoría de los pueblos peninsulares, por un lado, y los yumanos rieños, por el otro, con los cucapá y quizás los hablantes de lenguas yumanas de la región noroeste, ocupando una zona de mezcla.

Observaciones en materiales óseos

La actual base de datos, representada por colecciones esqueléticas de Baja California, es resumida en la tabla 8.

Tabla 7. Observaciones históricas de las características físicas de los indios bajacalifornianos.

Localidad	Descripción	Fuente	Referencias
General			
Área jesuita	Largo, bien formado, robusto, fuerte; piel algo más morena y oscura que en la Nueva España	(pre-1757)	Venegas 1943:I, 67
Área jesuita	Buena estatura, saludable, fuerte; la piel de la gente del interior es ligeramente castaña; los de la costa, más oscura, como los de Nueva España; cabello delgado, lacio y negro; barbas escasas; brazos y piernas sin vello; frentes estrechas; narices un poco gruesas; dientes blancos, uniformes, fuertes; bocas, ojos, orejas regulares	(pre-1769)	Clavijero 1937:90; Barco 1973:177
Región Noroeste			
Kiliwa	Bronceados, a veces piel oscura; cabello lacio, negro; vello de cuerpo escaso; ojos oscuros; sin pliegue epicántico; nariz aguileña; medidas promedio para hombres 184 cm, mujeres 158 cm	Ochoa Zazueta 1970s	Ochoa Zazueta 1978b:205-206
Región Desierto del Colorado			
Delta del río Colorado	Largos y bien formados, sin gordura	Alarcón 1540	Hammond y Rey 1940:II, 129
Delta del río Colorado	Como gigantes, sumamente altos y musculosos	Díaz 1540	Hammond y Rey 1940:II, 210
San Felipe	Menos oscuros que los indios costeros más al sur	Stratford 1746	Ramos 1958b:60
Delta del río Colorado	Generalmente no tan altos como los Quechan; algo más morenos	Anza 1774	Bolton 1930:II, 56
Río Hardy	Axuas (cf. Paipai) de mediana estatura	Hardy 1826	Hardy 1829:370
Delta del río Colorado	Promedio Cucapá de sólo cinco y medio pies (Quechans de seis a siete pies); pieles oscuras	Pattie 1827	Pattie 1833:143
Cucapá	Dos tipos: peso mediano, color oscuro, cuerpo bajo y fornido prevaleciente; porte excelente, estatura más alta, menos peso, rasgos apuestos, coloración roja quemada	North 1900s	North 1908:242-243

Localidad	Descripción	Fuente	Referencias
Cucapá	Descendientes de inmigrantes de las tierras altas de Baja California marcadamente diferentes de los yumanos rieños: más bajos, más gráciles, caras alargadas, pómulos prominentes	Kelly 1940-1952	Kelly 1977:3
Región del Desierto Central			
Cochimí	Estatura media o incluso baja comparados a los Guaycura y los Pericú	(¿Ducrue 1750s?)	Aschmann 1966:70
Región de la Giganta-Magdalena			
San Luis Gonzaga	Cabello muy oscuro, largo, lacio; cabello fino en el nacimiento; sin barba; cejas escasas; dientes blancos como el marfil; ojos muy oscuros; ángulos de los ojos arqueados hacia la nariz en vez de ojivales; figuras y proporciones buenas; los recién nacidos son poco más morenos que los europeos, pero la piel de los adultos es de color castaño oscuro o marrón como el clavo, pasando casi hasta el negro en algunos o a un color atezado o cobrizo en otros	Baegert 1750s, 1760s	Baegert 1952:53; 1982:141, 176
Bahía Concepción	Más blancos que aquellos que vimos en otros lugares y más que aquellos de la Nueva España	Cavallero 1668	Mathes 1966:55, 1970:968
San Luis Gonzaga	Tez castaña-café	Hostell 1743	Burrus 1967a:165
Guaycura	Tez sombría; mediana estatura; robustos, macizos	(¿Ducrue 1750s?)	Aschmann 1966:70
Región del Cabo			
Cabo de San Lucas	Cabello algo rubio	Porter 1644	Portillo 1982:462, 471
Bahía de las Palmas	Fuertes, buenos rasgos	Cavallero 1668	Mathes 1966:43, 1970:963
Cabo de San Lucas	Recto, alto, tez más oscura que la de cualquier otra gente vista en los mares del sur	Rogers 1709-1710	Andrews 1979:64
Cabo de San Lucas	Tez café oscura	Cooke 1709-1710	Andrews 1979:38

Localidad	Descripción	Fuente	Referencias
Cabo de San Lucas	Hombres altos, de extremidades largas, cabello grueso negro hirsuto; mujeres mucho más pequeñas; ambos sexos tienen una tez mucho más oscura que la de cualquiera de los otros indios vistos en estos mares, color cobre intenso	Shelvocke 1721	Andrews 1979:89, 91
Pericú	Estatura alta, buena apariencia, tez más clara que los Guaycura o los Cochimí	(¿Ducrue 1750s?)	Aschmann 1966:68

Tabla 8. Colecciones de restos humanos óseos de Baja California.

Espécimen	Procedencia	Identidad	Materiales Óseos	Referencias
LMAB 12-7190	Cabo Pulmo, Cabo	1 adulto, 2 infantes	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7191	Cabo Pulmo, Cabo	Adultos mezclados	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7192	Cabo Pulmo, Cabo	Adulto masculino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7193	Cabo Pulmo, Cabo	Niño	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7194	Cabo Pulmo, Cabo	Adulto masculino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7195	Cabo Pulmo, Cabo	Adulto masculino	--	Tyson 1977a, 1977b
LMAB 12-7196	Agua Amarga, Cabo	4 adultos, 1 niño	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7197	Agua Amarga, Cabo	3 adultos, 1 infante	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7198	Agua Amarga, Cabo	2 adultos, 1 infante	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7199	Agua Amarga, Cabo	2 adultos, 1 infante	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7200	Agua Amarga, Cabo	Adulto masculino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7201	Agua Amarga, Cabo	Adulto masculino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7202	Los Frailes, Cabo	Adulto femenino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7203	Los Frailes, Cabo	Adulto masculino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7204	Los Frailes, Cabo	Infante	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7205	Los Frailes, Cabo	Adulto femenino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7206	Los Frailes, Cabo	Adulto femenino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7207	Los Frailes, Cabo	Adulto masculino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7208	Punta Pescadero, Cabo	Adultos mezclados	--	Tyson 1977a, 1977b
LMAB 12-7208 (INAH 52-5)	Punta Pescadero, Cabo	Femenino	--	Tyson 1977a, 1977b
LMAB 12-7209	Punta Pescadero, Cabo	Adolescente	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7210	Punta Pescadero, Cabo	Adulto masculino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7211	Punta Pescadero, Cabo	Adulto femenino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7214	Punta Pescadero, Cabo	Infante	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7215	Punta Pescadero, Cabo	3 adultos	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7216	Punta Pescadero, Cabo	Adulto masculino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-8612	Punta Pescadero (?), Cabo	Masculino 35-45 años	Bóveda craneal	Noble 1973a: 58-61; Tyson 1977a
MHP 19758	El Pescadero	Masculino	--	Tyson 1977b

Espécimen	Procedencia	Identidad	Materiales Óseos	Referencias
MHP 19759	El Pescadero	Masculino	--	Tyson 1977b
MHP 19761	El Pescadero	Masculino	--	Tyson 1977b
MHP 19762	El Pescadero	Masculino	--	Tyson 1977b
LMAB 12-7217	Piedra Gorda, Cabo	Adulto femenino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7218	Piedra Gorda, Cabo	Adulto masculino	Sin cráneo	Tyson 1977a
LMAB 12-7219	Piedra Gorda, Cabo	Adulto masculino	--	Tyson 1977a, 1977b
LMAB 12-7220	Piedra Gorda, Cabo	Adulto masculino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7221	Piedra Gorda, Cabo	1 adulto, 1 infante	Huesos extra-craneales	Tyson 1977a
LMAB 12-7222	Piedra Gorda, Cabo	Adolescente	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7223	Piedra Gorda, Cabo	Adulto femenino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7224	Piedra Gorda, Cabo	Adulto femenino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7225	Piedra Gorda, Cabo	Niño	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7226	Piedra Gorda, Cabo	Mezclado	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7227	Piedra Gorda, Cabo	Adulto masculino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7228	Piedra Gorda, Cabo	2 adultos	--	Tyson 1977a
LMAB 12-7230	Piedra Gorda, Cabo	Adulto femenino	--	Tyson 1977a
LMAB 12-9397-9399	Isla Espíritu Santo, Cabo	Mezclado	--	Tyson 1977a
LMAB 12-10609-10610	Isla Espíritu Santo, Cabo	Mezclado	--	Tyson 1977a
MHP 20002	Isla Espíritu Santo, Cabo	Femenino	--	Tyson 1977b
MHP 20003	Isla Espíritu Santo, Cabo	Masculino	--	Tyson 1977b
LMAB 12-10704 (¿ó 12-10740?)	Puerto Pitchknife, Cabo	Adulto femenino	--	Tyson 1977a, 1977b
Sin número	Puerto Pitchknife, Cabo	Adulto masculino	--	Tyson 1977a
LMAB 51	Punta Pescadero, Cabo	Femenino 15-20 años	Cráneo, mandíbula	Noble 1973a: 61-65
USNM 61398-61406	Rancho Zorrillo, Cabo (¿o cerca de La Paz?)	Masculino 30-40 años	Cráneo, varios huesos extra-craneales	Noble 1973a: 65-69; Tyson 1977a, 1977b
USNM 148213	Isla Espíritu Santo, Cabo	Masculino 35-45 años	La mayor parte del esqueleto	Noble 1973a: 69-72; Tyson 1977a

Espécimen	Procedencia	Identidad	Materiales Óseos	Referencias
Sitio BS-D50	Bahía Concepción, Giganta-Magdalena	Adulto	--	Ritter y Schulz 1975
Sitio BS-D55	Bahía Concepción, Giganta-Magdalena	Adulto 20-25 años	--	Ritter y Schulz 1975
Sitio BS-D140	Bahía Concepción, Giganta-Magdalena	3 adultos (por lo menos 1 masculino, 1 femenino) 20- 25, 20-25, 40+ años; 3 subadultos 2, 4-6, 11-12 años	--	Ritter y Schulz 1975
Sitio BS-D155	Bahía Concepción, Giganta-Magdalena	3 adultos (por lo menos 1 femenino) jóvenes; 3 subadultos 1-3, 3-5, 11+ años	--	Ritter y Schulz 1975
Sitio BS-D160	Bahía Concepción, Giganta-Magdalena	3 adultos (jóvenes; por lo menos 1 femenino); 3 subadultos (1-3, 3-5 y 11+ años)	--	Noble 1973a: 72, 84; Ritter y Schulz 1975
MHP 10493	Área Cochimí	Femenino	--	Tyson 1977b
Sin número	Rancho Santa Ana, Desierto Central	Masculino	--	Tyson 1976
USNM 139545	Bahía de los Ángeles, Desierto Central	Sub-adulto	2 vértebras	Noble 1973b; Tyson 1975a
USNM 139570	Bahía de los Ángeles, Desierto Central	Masculino 30-40 años	Cráneo	Hrdlicka 1927; Noble 1973a: 85-89, 1973b; Tyson 1975a
USNM 139571	Bahía de los Ángeles, Desierto Central	Femenino 18-25 años	Bóveda craneal	Hrdlicka 1927; Noble 1973a: 89-90, 1973b; Tyson 1975a, 1977b
USNM 139572	Bahía de los Ángeles, Desierto Central	Femenino 16-20 años	Cráneo	Noble 1973a: 90-93, 1973b; Tyson 1975a, 1977b
USNM 139573	Bahía de los Ángeles, Desierto Central	Masculino 35-45 años	Cráneo	Hrdlicka 1927; Noble 1973a: 93-95, 1973b; Tyson 1975a

Espécimen	Procedencia	Identidad	Materiales Óseos	Referencias
USNM 139574, 139580	Bahía de los Ángeles, Desierto Central	Niño 6-10 años	Cráneo	Noble 1973b; Tyson 1975a
USNM 139575	Bahía de los Ángeles, Desierto Central	Masculino 35-45 años	Bóveda craneal	Noble 1973a: 95-96, 1973b; Tyson 1975a
USNM 139576	Bahía de los Ángeles, Desierto Central	2 niños 1 y 2 años	Fragmentos craneales	Tyson 1977a
USNM 139581	Bahía de los Ángeles, Desierto Central	Adulto masculino	2 fémures	Noble 1973b; Tyson 1975a, Tyson 1975b
USNM 139582	Bahía de los Ángeles, Desierto Central	Joven femenino (?)	Tibia	Noble 1973b; Tyson 1975a
USNM 139583	Bahía de los Ángeles, Desierto Central		Peroné	Noble 1973b; Tyson 1975a
USNM 139584	Bahía de los Ángeles, Desierto Central	Niño 4-5 años (?)	Fémur	Noble 1973b; Tyson 1975a
SDM LC 217	Punta Negra, Desierto Central	Femenino 40-50 años	Cráneo fragmentado, huesos extra-craneales	Noble 1973a:96-101
SDM LC 218	Arroyo San José, Desierto Central	Masculino 30-40 años	La mayor parte del esqueleto	Noble 1983a:101-104
SMD 1972-63-1	Punta Minitas, Noroeste	Femenino 35-55 años	Cráneo fragmentado, huesos extra-craneales	Noble 1973a:104, 117-118; Tyson 1980; Merbs 1980
SMD 18077	Río Guadalupe, Noroeste	Femenino 30-40 años	La mayor parte del esqueleto	Noble 1973a: 118-121
SMD 16841	Arroyo Medano, Noroeste	Femenino 25-35 años	Bóveda craneal	Tyson 1980:36; Rogers 1963; Noble 1973a:121-123
SMD 16694	Arroyo Medano, Noroeste	Masculino 30-40 años	La mayor parte del esqueleto	Rogers 1963; Noble 1973a:123-125
SMD 16695	Arroyo Medano, Noroeste	Masculino 40-50 años	Cráneo fragmentado, huesos extra-craneales	Rogers 1963; Noble 1973a:126-127
SMD 16696	Arroyo Medano, Noroeste	Masculino	Fragmentos post-craneales	Noble 1973a: 127-128

Espécimen	Procedencia	Identidad	Materiales Óseos	Referencias
SMD 16759	Río Rosario, Noroeste	¿Femenino? 30-40 años	Cráneo fragmentado, un hueso calcáneo	Rogers 1963; Noble 1973a:128-130; Tyson 1980:36
SMD 16842	Río Guadalupe, Noroeste	Femenino 20-25 años	Cráneo, pocos huesos extra-craneales	Noble 1973a: 143-146; Tyson 1980:36
SMD 16843	Río Guadalupe, Noroeste	Femenino 30-40 años	La mayor parte del esqueleto	Noble 1973a: 146-148
SMD 16697	Río Rosario, Noroeste	Femenino 25-35 años	La mayor parte del esqueleto	Noble 1973a: 148-151
SMD 2996	Iron Springs, Noroeste	Masculino 45-65 años	La mayor parte del esqueleto	Noble 1973a: 151-153; Tyson 1975b

Relaciones genéticas. Un punto mayor de interés en los estudios de antropología física en Baja California ha sido definir las relaciones genéticas entre poblaciones prehistóricas sucesivas a través del tiempo, entre poblaciones contemporáneas en diferentes partes de la península, y entre los pueblos peninsulares y otros grupos en una perspectiva mundial.

Tanto la información métrica como no métrica ha sido recolectada para elucidar las relaciones genéticas. El primer tipo de información ha predominado e incluido una amplia gama de medidas directas, ratios de medidas y medidas indirectas calculadas a partir de otras medidas. (Una pequeña muestra de estas medidas es presentada en la tabla 9.) Algunos problemas potencialmente graves con el uso de estos datos ya han sido señalados. Las medidas son a menudo difíciles o algo imprecisas, como puede ser inferido de las inconsistencias en los valores reportados para los especímenes que se han vuelto a medir. Las definiciones usadas para mediciones particulares, para ratios y para mediciones indirectas no han sido estandarizadas por completo, así que los datos reportados por diferentes investigadores pueden no ser completamente comparables. Aunque una impresionante gama de diferentes estadísticas está disponible para hacer comparaciones, muchas de las medidas y ratios son evidentemente interdependientes en complicadas maneras que aún no han sido completamente explicadas. Finalmente, mientras que un componente genético significativo en las medidas esqueléticas parece ser muy probable, factores no genéticos como la nutrición, la salud y las costumbres de crianza de los hijos también pueden estar representadas significativamente en las medidas, oscureciendo los patrones genéticos o creando patrones culturales erróneos. También han sido reportados números importantes de observaciones no-métricas, aunque se han utilizado poco en estudios comparativos. Algunos diferenciadores genéticos familiares en antropología física en otras partes, como el tipo de sangre, no son aplicables en el material disponible de Baja California, o por lo menos no han sido aplicados a éste.

Los primeros usos del material óseo de Baja California para discutir las relaciones genéticas fueron también los de más alto rango en sus alcances geográficos y cronológicos. El antropólogo holandés ten Kate reportó medidas esqueléticas provenientes de la región del Cabo a principios de los años 1880s, y notó especialmente similitudes con medidas de Melanesia. Otros parecidos fueron notados con las poblaciones del Nuevo Mundo, particularmente con los patagones y los restos de Lagoa Santa en Brasil. Por otro lado, fue encontrada una disparidad general entre las características físicas de los esqueletos de la región del Cabo, la mayoría de las descripciones históricas tempranas de los pueblos peninsulares y las medidas de las poblaciones en regiones cercanas, como las islas del canal de California del sur y los yumanos (ten Kate 1979:15-18). Al menos por implicación, estos hallazgos señalaban hacia un posible vínculo histórico entre la gente de la región del Cabo y el Pacífico sur y/o los primeros ocupantes del Nuevo Mundo.

Las hipótesis de ten Kate fueron desarrolladas, con una presentación de la evidencia mucho más minuciosa, tanto en términos descriptivos como comparativos, por el antropólogo francés Paul Rivet (1909). Rivet hizo una larga serie de medidas sobre el material óseo de la región del Cabo recolectado por ten Kate y Diguët, y utilizó igualmente medidas ofrecidas por Hrdlicka sobre la colección de la región del Cabo de Palmer. Los promedios para el material de Baja California, separados por sexo, fueron comparado con promedios similares a partir de más de dos docenas de colecciones a nivel mundial, representando varias poblaciones del norte y del sur de América, Europa, África, este de Asia y Oceanía. Las conclusiones de Rivet respaldaron el anterior punto de vista de ten Kate: que los esqueletos de la región del Cabo, Lagoa Santa y Melanesia representaban una sólo raza, genéticamente unida, y que la población de la región del Cabo estaba relacionada más cercanamente a estos dos grupos que a sus vecinos cochimí, yumanos y grupos de las islas del canal de California. Rivet identificó el material óseo de la región del Cabo con la

Tabla 9. Medidas selectas para materiales óseos de Baja California.

Proveniencia / Especimen	Sexo	Estatura	Índice craneal	Capacidad craneal
Región del Cabo				
LMBA 12-8612	M	--	66.80	1379
USNM 61398	M	154-164	60.73	1255
USNM 148213	M	163	67.36	1392
LMAB "51"	F	--	63.39	1239
(Tyson (1977a) promedio regional, 17 individuos)	M	164.7 (159.0-172.5)	66.1 (60.6-70.7)	--
(Tyson (1977a) promedio regional, 10 individuos)	F	159.7 (152.0-168.5)	66.2 (59.6-69.4)	1232
Región de la Giganta-Magdalena				
BS-D160	F	156-159	--	--
Región del Desierto Central				
Rancho Santa Ana	M	166	--	--
USNM 139570	M	--	74.87 (73.94)	1430 (1449, 1451)
USNM 139573	M	--	71.98	1351 (1343, 1349)
USNM 139575	M	--	74.44	--
USNM 139581	M	162-165	--	--
SDM LC 218	M	162	73.06	1480
USNM 139571	F	--	76.70 (76.27)	1268 (1290, 1297)
USNM 139572	F	--	79.10 (78.53)	1356 (1303, 1306)
SDM LC 217	F	149	--	--
Región Noroeste				
SDM 16694	M	163 (162)	70.20 (69.7)	1506
SDM 16695	M	172 (166)	76.09 (81.3)	1415
SDM 16696	M	164	--	--
SDM 2996*	M	181 (167-184)	75.82 (75.41)	(1395-1425)
SDM LC 219	F	152	71.81	1372
SDM 16841	F	--	71.43	1199 (1252)
SDM 18077	F	160 (161)	71.5 (71.91)	1211
SDM 16696	M	172	--	--
SDM 16697*	F	151	80.92	1311
SDM 16842*	F	--	94.94	1263
SDM 16843*	F	153	86.42	1276
SDM 1972-63-1	F	151 (147-156)	71.1	1397

población pericú del periodo del contacto en la misma área.

A pesar de la riqueza del detalle y el tono enérgico de sus conclusiones, deben tenerse ciertas reservas con respecto al trabajo de Rivet. En particular, no intentó hacer un análisis estadístico formal para medir el grado de correspondencia entre las medidas esqueléticas de la región del Cabo y de Melanesia; el agrupamiento de ambas por Rivet es esencialmente a partir de impresiones. Una reevaluación igualmente impresionista sobre los mismos números sugiere que la correspondencia está lejos de ser convincente. Las cifras de la región del Cabo parecen divergir de las medidas de cualquier población particular melanesiana tan a menudo como parecen coincidir. Los grupos geográficamente contiguos y presumiblemente relacionados genéticamente en los diferentes continentes muestran también sólo las coincidencias débiles. Hay una correspondencia muy pobre en lo general, para cualquier medida particular, entre los agrupamientos de población sugeridos por los promedios masculinos (aquellos usados por Rivet en su interpretación) y los agrupamientos que pudieran ser deducidos de los promedios femeninos. Estas observaciones sugieren que las medidas disponibles pueden ser marcadores genéticos débiles. Dada la cuestionabilidad *prima facie* de la hipótesis del vínculo entre la región del Cabo, Lagoa Santa y Melanesia en un contexto más general de lo que es conocido sobre el mundo prehistórico, una reevaluación más minuciosa y objetiva de la evidencia osteológica sería apropiada antes de que las hipótesis de ten Kate y Rivet sean aceptadas.

Romano Pacheco (1977a, 1977b) también usó una gama de medidas craneales para intentar afirmar las afinidades genéticas de los habitantes prehistóricos de la región del Cabo. Desafortunadamente, a pesar de la presentación de tablas mostrando, por ejemplo, la naturaleza de las medidas craneales relacionadas y los sistemas de clasificación para dichas medidas, Romano Pacheco no publicó nada de sus datos craneales actuales sobre los restos de la región del Cabo, ni individualmente ni en la forma de promedios regionales. En cambio, fueron ofrecidas dos tablas de datos. Una clasificaba los materiales esqueléticos masculinos y femeninos de acuerdo a rangos de valores para las varias mediciones (por ejemplo, “hiperdolicocefálico y ultradolicocefálico” en índice craneal para individuos masculinos, etc.). En la segunda, fueron presentados los “coeficientes de divergencia” entre los materiales de la región del Cabo y las regiones comparadas fuera de la península. Los grupos comparados de medidas pertenecían a material óseo del periodo prehistórico tardío, reportados de dos sitios de cuevas en Coahuila, de Tlatelolco en el área de la ciudad de México, y de Teotenango en el vecino estado de México. Este material había sido escogido porque también estaba caracterizado por valores del índice doliocraneal, y por lo tanto podrían compartir con los pueblos de la región del Cabo una presumible afinidad residual con pobladores tempranos del Nuevo Mundo.

Entre las cinco colecciones en el estudio comparativo de Romano Pacheco, el material de Baja California mostró más consistentemente la mayor divergencia con respecto a los índices craneales, que los otros cuatro (Romano Pacheco 1977b:26). La única excepción fue un coeficiente de divergencia bastante bajo entre los índices para los esqueletos femeninos de la región del Cabo y de Teotenango. Sin embargo, parece haber bases para especular que las cifras publicadas con respecto a ello pueden estar equivocadas. El coeficiente de divergencia entre los individuos femeninos de la región del Cabo y los de Tlatelolco es el segundo más alto mostrado, mientras que la divergencia entre los valores de los índices de los individuos femeninos de Tlatelolco y de Teotenango son los más bajos en el estudio. En cualquier caso, los resultados del estudio son difíciles de interpretar. Cierta agrupamiento de rasgos mexicanos continentales frente a los de la península no es sorpresivo, cualquiera que sea la interpretación que se da a la dolicocefalia compartida. El estudio no ofrece bases para evaluar cuándo sí o cuándo no puede existir cualquier

similitud genética adicional, y por lo tanto una posible conexión histórica entre estos varios grupos dolicocráneos, frente a los grupos no dolicocráneos en México.

Pompa y Padilla (1977a, 1977b) reportó un estudio sobre las configuraciones molares de la región del Cabo en comparación a otros grupos, en un intento por evaluar las posibles relaciones genéticas. Fueron considerados ocho rasgos, y los datos comparativos sobre estos estaban disponibles en variedad a partir de un número de otras poblaciones: Hawaii, isla de Pascua, Yap, Nueva Guinea, Australia, Japón, ainu, nasioi, esquimales, aleutas, “indios americanos”, indios de la Alta California central y blancos de Chicago.

Pompa y Padilla encontró pocas bases para el vínculo anteriormente hipotetizado entre la región del Cabo y Melanesia, representada por Nueva Guinea, pero observó en las características molares similitudes sugerentes con el Ártico (esquimales y aleutas) y la Polinesia (Hawaii y la isla de Pascua); las divergencias entre la muestra de la región del Cabo y una de los “indios americanos” saltaban a la vista. Sin embargo, al reevaluar las tablas y cifras de Pompa y Padilla, aparece que en la mitad de los rasgos considerados las coincidencias más cercanas para la región del Cabo son con el material del centro de la Alta California, y que los molares del centro de California divergen aproximadamente tanto de la muestra de los “indios americanos” como hacen los de la región del Cabo. Hay un considerable aparente “ruido” en los patrones de los rasgos dentales, quizás por problemas en el muestreo, dificultades en la observación o limitaciones en la validez de los patrones molares como marcadores genéticos; sin embargo, la conexión más fuerte para la población de la región del Cabo parece ser con California, en lugar de con el Pacífico del norte o del sur.

Las interpretaciones comparativas de Spencer L. Rogers (1963, 1977), basadas en material óseo proveniente de la costa de la región noroeste, han sido un tanto más modestas en cuanto a alcance geográfico. Rogers (1963) reportó una divergencia bastante pronunciada entre las características esqueléticas de los restos de sitios lajollanos, incluyendo varios de la región noroeste de Baja California y del condado de San Diego, California, y los huesos de las islas del canal del sur de California y de Santa Bárbara en el continente; así como entre los restos lajollanos y aquellos del suroeste de los Estados Unidos. Fueron notadas más similitudes entre los huesos del material lajollano de California central y la Gran Cuenca, y todavía más similitudes con las medidas prehistóricas japonesas. En un estudio enfocado específicamente a la estatura, Rogers (1977) reportó una estatura menor para individuos lajollanos que para la mayoría de los californianos y otros grupos amerindios, siendo excepciones notables algunas poblaciones del norte de California y la mayor parte de los grupos mexicanos.

Las bajas estaturas de la costa sur de California no pueden explicarse fácilmente como un resultado de la alimentación inadecuada o del papel selectivo de un ambiente riguroso.... La relativamente baja estatura de estas poblaciones debe probablemente ser vista como un rasgo de su herencia racial.... Una hipótesis para explicar esto sería que dichos grupos fueron un componente de poblaciones que se movieron en un tiempo temprano con dirección al sur, desde la costa del Pacífico hacia el oeste de la última tendencia de migración dentro de la Gran Cuenca, el Suroeste y México.... Estos segmentos de poblaciones de baja estatura aparentemente se aislaron de otros grupos y retuvieron su identidad por varios milenios antes de ser modificados drásticamente a través del cruzamiento con otras razas o el encuentro con la desaparición [Rogers 1977:4].

Tyson también ofreció algunos comentarios sobre las implicaciones genéticas de los restos óseos peninsulares. Comparando cuatro grupos de datos –provenientes de la cultura de Las Palmas

(región del Cabo), cultura Comondú (bahía Concepción y bahía de Los Ángeles), cultura La Jolla (costa de la región noroeste) y yumanos prehistóricos tardíos (también región noroeste)– ella encontró la mayor similitud entre las poblaciones de Comondú y La Jolla, lo cual le sugirió un movimiento temprano de hablantes yumanos precerámicos dentro del territorio lajollano del noroeste y un movimiento simultáneo o subsecuente de pueblos del noroeste hacia el centro de la península (Tyson 1975a:114). La homogeneidad en los restos de Las Palmas, así como su diferencia con respecto a otras poblaciones peninsulares, insinuaron una “población reproductora relativamente aislada” (Noble 1973a:188). Similitudes en la hiperdolicocéfala entre los restos de Las Palmas, así como en material recuperado de niveles tempranos en la cueva de La Ventana en el sur de Arizona, sugirieron que “los ancestros de la cultura de Las Palmas entraron a la península en una fecha temprana, como cazadores y recolectores migratorios de la región de la Gran Cuenca” (Tyson 1977a:172). Las hipótesis de Tyson, aunque conservadoras en comparación a las propuestas de ten Kate y Rivet, fueron presentadas correctamente como tentativas, basadas únicamente en grupos de datos pequeños y en el análisis limitado de dichos datos.

Paleopatología. En décadas más recientes, el interés de la antropología física de la península ha cambiado de un grado casi exclusivo de interés por las relaciones genéticas, a un interés por la paleopatología, la cual examina las enfermedades manifestadas en los restos óseos, con un enfoque interpretativo de las implicaciones de dichas enfermedades en aspectos como la dieta prehistórica y las prácticas sociales.³⁵ Ha sido dispuesto un cuerpo moderado de datos descriptivos, aunque su interpretación ha sido cautelosa.

La tabla 10 resume los datos paleopatológicos reportados de varias regiones de Baja California. Debe recordarse que estos reportes no han sido hechos de manera uniforme y que la ausencia de la mención de una patología particular no debe ser interpretada como la ausencia de la misma.

Entre las enfermedades dentales, los abscesos y la enfermedad periodontal fueron generalmente comunes, como puede ser esperado para una población premoderna. Una aparente excepción ocurrió en la región de la Giganta-Magdalena, donde Ritter y Schulz (1975) no encontraron evidencias de abscesos en los esqueletos cerca de la bahía Concepción. El desgaste dental fue generalmente alto, de nuevo a excepción de los materiales de bahía Concepción. Un alto desgaste ha sido interpretado generalmente en esta área como reflejo de la mezcla de arena entre los materiales vegetales molidos en piedra. Para bahía Concepción, Ritter y Schulz (1975:49) propusieron que el “uso de pescado y marisco podría disminuir el efecto de desgaste en alimentos vegetales cargados de arena”; sin embargo, si esta explicación fuera correcta, se esperaría ver los efectos similares de una dieta orientada hacia el mar en la mayoría de las otras partes de Baja California. La caries fue muy rara en la península; en el área de la bahía Concepción, por lo menos, este patrón podría

Presumiblemente reflejar la naturaleza de los carbohidratos utilizados. Los alimentos vegetales predominantes de esta área –el agave, frutas de cactus, semillas leguminosas y otras semillas pequeñas– podrían ser menos cariogénicos que las comidas carnosas como bellotas, raíces de tule y de junco, y bulbos de *Brodiaea* e *Iris* usados en el norte [en la Alta California] [Ritter y Schulz 1975:49].

Las enfermedades relacionadas con la pérdida de huesos (osteoporosis, cribra orbitalia,

³⁵ La reconstrucción de la dieta prehistórica, sobre la base de las relaciones isotópicas en los huesos humanos, se ha llevado a cabo en la región del Cabo por J. Moltó Eldon y sus colegas (Molto y Kennedy 1991; Schober y Molto 2011) y en el centro de Baja California por Jerome H. King (1997).

Tabla 10. Condiciones paleopatológicas reportadas para restos óseos de Baja California.

Región / Especimen	Caries	Desgaste Dental	Abscesos	Enfermedad periodontal	Otros
Región del Cabo					
LMAB 12-7195	--	--	--	--	Lesión frontal
LMAB 12-7208	--	--	--	--	Lesiones frontales
LMAB 12-7219	--	--	--	--	Lesión frontal
LMAB 12-8612	Ausente	Notable	Presente	Presente	Exostosis leve en el conducto auditivo; posible condición artrítica; lesión pequeña en el techo de la órbita
LMAB 12-10740	--	--	--	--	Lesión parietal
LMAB 51	Ausente	Iniciando	Ausente	Rastro	Cicatriz sobre parietal, posiblemente debido a un golpe
USNM 61398- 61406	Ausente	Extendido	--	Presente	Lesiones parietal y frontal; raquitismo
USNM 148213	Ausente	Pronunciado	Ausente	Presente	Espina bífida
MHP 19758	--	--	--	--	Lesión parietal
MHP 19759	--	--	--	--	Lesiones parietales
MHP19761	--	--	--	--	Lesiones frontales
MHL 19762	--	--	--	--	Lesiones frontales
MHP 20002	--	--	--	--	Lesiones frontales y parietales
MHP 20003	--	--	--	--	Lesión parietal
<i>Generalizaciones sobre 43 entierros de la Región del Cabo (Tyson 1977a):</i> Osteoporosis leve: más de 60%; cribra orbitalia: 4 casos; curva de la asta del hueso largo: 23.3%; raquitis: 1 caso; periostitis: 18.6%; osteomielitis: 11.6%; exostosis del canal auditivo: 23.3%; espina bífida: 1 caso; osteofitos: 16.3%; dislocación con esclerosis ósea y crecimiento osteofítico en la articulación húmero distal y la articulación ulnar proximal: 3 casos (2 individuos); fracturas: 5 casos; cicatrices cerradas sobre frontales y parietales: 6 casos					
Región de la Giganta-Magdalena					
Sitio BS-D160	--	--	--	--	Raquitismo (Noble 1973a:84; pero ver también Ritter y Schulz 1975:48)
<i>Generalizaciones sobre 19 entierros en la Región Giganta-Magdalena (Ritter y Schulz 1975):</i> Grado de desgaste dental principalmente 1-4 en la escala de Molnar; caries: 1 diente (de 32); abscesos: ninguno evidente; cribra orbitalia: 1 caso; osteofitos vertebral: 1 caso					

Región / Especimen	Caries	Desgaste Dental	Abscesos	Enfermedad periodontal	Otros
Región del Desierto Central					
MHP 10493	--	--	--	--	Lesiones frontales
USNM 139570	Ausente	Pronunciado		Presente	Posible cribra orbitalia
USNM 139571	Ausente	Pronunciado		Presente	Dos lesiones frontales
USNM 139572	Ausente	Presente		Presente	Lesión frontal
USNM 139573	Ausente	Pronunciado	--	Presente	--
SDM LC 217	---	Pronunciado	Presente	Extendido	Exostosis, osteofitosis
SDM LC 218	Presente	Pronunciado	Presente	Presente	Exostosis, osteofitosis
Región Noroeste					
SDM 1972-61-1	Ausente	Pronunciado	Presente	Presente	Crecimiento osteofítico; osteoporosis; osteoartritis; cribra orbitalia; hiperostosis porótica
SDM 18077	Ausente	Pronunciado	--	Presente	Crecimiento osteofítico
SDM 16841	Ausente	Pronunciado	Ausente	Presente	--
SDM 16694	Ausente	--	Ausente	Presente	--
SDM 16695	Ausente	--	Ausente	Presente	Posible infección en la mandíbula; posible fractura en la ulna
SDM 16759	Posible mente presente	Pronunciado	Presente	Presente	Lesión sanada en el piso del seno maxilar
SDM 16842	Presente	Leve	--	Presente	--
SDM 16843	Presente	Pronunciado	Presente	Presente	Posible osteoporosis; crecimiento osteofítico, osteofitosis
SDM 16697	Ausente	Pronunciado	Presente	Presente	Posible lesión frontal
SDM 2996	Ausente	Pronunciado	--	Presente	Posible lesión frontal; osteofitosis severa; posible condición osteoartrítica

hiperostosis porótica) fueron moderadamente comunes, pero no demasiado. La interpretación de dichas patologías es incierta, pero se sugiere una deficiencia nutricional, como la anemia de la deficiencia de hierro (Steinbock 1976:139-146). El raquitismo, a menudo asociado con la deficiencia de vitamina D (Steinbock 1976:263), ha sido reportado en un caso en la región del Cabo y otro más cerca de la bahía Concepción (Noble 1973a:68-69, 84; Tyson 1977a:170; Rivet 1909:234). Ritter y Schulz (1975:48), sin embargo, encontró difícil de aceptar el diagnóstico de raquitismo entre bajacalifornianos costeros. Una leve curvatura de las extremidades también ha

sido reportada muy comúnmente.

Condiciones artríticas (osteofitosis vertebral, osteoartritis) estaban presentes. Dichas condiciones son bastante comunes generalmente para individuos mayores (Steinbock 1976:287).

Las infecciones, incluyendo osteomielitis y periostitis, han sido reportadas como habituales en la región del Cabo. Éstas también son fenómenos paleopatológicos frecuentes generalmente, y no son un diagnóstico de fuentes de infección específicas (Steinbock 1976:82).

Entre los signos de trauma, son notablemente frecuentes las lesiones en las partes frontal y parietal del cráneo, y fueron el tema de un estudio de Tyson (1977b).³⁶ De acuerdo a Tyson, las explicaciones normalmente invocadas para dichas lesiones se han concentrado en la guerra y los accidentes. Sin embargo, en material esquelético de las partes centro y sur de Baja California, la frecuencia de dichas lesiones era un poco más alta entre individuos del sexo femenino (39%) que masculino (26%), por lo que Tyson sugirió que la verdadera explicación podría ser la auto-lesión, documentada etnohistóricamente como un patrón de comportamiento para expresar duelo.

La pérdida de dos incisivos centrales de una mandíbula recuperada en el área de bahía Concepción fue citada como sugerente de un uso de los dientes como herramientas, para tareas como pelar fibras para cestería o preparar pieles, un patrón notado como más característico del área central de México que de la Alta California (Ritter y Schulz 1975:49).

Pompa y Padilla (1977b:29) reportó “ranuras hechas intencionalmente” sobre molares de la región del Cabo, notó la presencia de dichas ranuras también en molares de la parte norte del estado de Nayarit al sureste, y sugirió la posibilidad de vínculos culturales en el periodo prehistórico tardío entre la región del Cabo, Sinaloa y Nayarit. La interpretación puede actualmente quedar sólo como una intrigante hipótesis.

Demografía

Las características demográficas de las poblaciones prehistóricas de Baja California –tamaño de la población, pirámide de edad, proporción de sexos, tasa de natalidad y tasa de mortandad– pueden ser estudiadas hasta cierto grado, utilizando una variedad de diferentes fuentes de información. En algunas otras áreas del mundo, el análisis de sitios arqueológicos ha sido usado, con éxito variable, en el intento de esclarecer estas preguntas (cf. Hassan 1981). En una región como Baja California, caracterizada primordialmente por asentamientos cambiantes de cazadores-recolectores, rara preservación de restos arquitectónicos, una cronología arqueológica todavía diferenciada toscamente, y, sobre todo, por el poco reconocimiento regional sistemático e inventariado de sitios, los acercamientos arqueológicos a las preguntas demográficas parecen ser poco prácticos, al menos en la actualidad. Dichos acercamientos no serán discutidos más aquí. El análisis de entierros de restos humanos es un poco más productivo, extendiendo la posibilidad de aclarar la pirámide de edad y la proporción entre sexos, aunque, como ha sido indicado anteriormente en este capítulo, la muestra disponible es más bien pequeña y sujeta a sesgos. Las fuentes más significativas para la comprensión de la demografía, en el presente, son los registros etnohistóricos y etnográficos, en particular los censos y registros de nacimiento, bautismo, matrimonio y fallecimiento del periodo misional temprano.

Los primeros exploradores en las varias regiones de Baja California dejaron referencias dispersas de los tamaños de las comunidades aborígenes que encontraron en sus viajes, o bien, listas indicando los números de dichas comunidades que encontraban en áreas particulares. Sin embargo, el uso de tales comentarios es altamente problemático. Los asentamientos aborígenes

³⁶ Véase también Molto 2015.

eran generalmente de carácter estacional y probablemente de composición fluida, volviendo potencialmente erróneos los cálculos del número y tamaño de dichos asentamientos en cualquier momento dado. La presencia de intrusos euroamericanos parece a menudo haber producido un agrupamiento de habitantes nativos de una región, por curiosidad o por seguridad, o bien por el contrario, su dispersión. Los comentarios de los viajeros no estuvieron nunca basados sobre inventarios regionales sistemáticos, cubriendo las áreas completas en relación con los movimientos estacionales de las poblaciones observadas. Sin embargo, algunos de los comentarios de estos exploradores son útiles, conjugados con otras fuentes de información.

Los registros de las primeras misiones son sustancialmente más útiles, aunque no sin sus propios defectos y complicaciones. La misionización de un área no suponía la inmediata incorporación de toda la población aborígen local dentro del sistema de misiones. Los registros misionales representan por lo tanto sólo una muestra de la población local aborígen, variando en ella de acuerdo a circunstancias locales, y no necesariamente carentes de sesgo con respecto a la edad y el sexo. A través del tiempo, la incorporación de una población local aborígen determinada se volvió más completa, pero simultáneamente los habitantes nativos también experimentaron característicamente un descenso demográfico bajo los impactos de las enfermedades y el cambio cultural forzado.

Los primeros misioneros generalmente no aventuraron estimados sobre la población aborígen de toda Baja California, sin duda porque la experiencia personal del misionero tendía a ser más localizada y limitada y porque era obvia la rapidez del declive demográfico en cuanto áreas sucesivas eran misionizadas. Un cálculo estimado viene de Baegert (1952:54): “no creo que el número de californianos desde el promontorio de San Lucas hasta el río Colorado haya jamás sumado más de cuarenta o cincuenta mil almas antes de la llegada de los españoles.” Baegert vino a la península relativamente tarde, en 1751, y su experiencia de primera mano ocurrió principalmente en el área del sur, ya en un profundo decline demográfico. Más aún, él virtualmente no tenía información, ni personal ni de segunda mano, con respecto a la región noroeste. Sin embargo, como será notado abajo, su estimado está dentro del rango general de los cálculos del siglo XX. El tenor general de la discusión de Baegert sobre la población aborígen de Baja California se dirigía a enfatizar la escasez de dichos habitantes, y un error en la dirección de la subestimación en lugar de la sobreestimación estaría más en consonancia con dicho tenor.

Varios estudiosos del siglo XX han llevado a cabo revisiones más detalladas del problema sobre la población de Baja California en el periodo prehistórico tardío. El geógrafo Peveril Meigs examinó el área de las misiones dominicas en el noroeste (Meigs 1935). Un médico, Sherburne F. Cook, calculó la población del área jesuita (Cook 1937). Otro geógrafo, Homer Aschmann, reevaluó los estimados poblacionales del desierto central (Aschmann 1959). El antropólogo Frederic N. Hicks (1963) revisó los estimados para el desierto del Colorado y la parte norte (yumana hablante) de la región noroeste.

Estos estudios modernos hicieron uso de una variedad de métodos de cálculo, de acuerdo con los tipos de datos disponibles para las diferentes áreas.³⁷ Entre las bases para sus conclusiones estaban (1) los registros de exploradores sobre números y tamaños de los asentamientos, (2) censos misionales, y conteos de nacimientos, bautismos, matrimonios y defunciones en los registros de la misión, y las relaciones proyectadas entre estos números y la población local total, (3) una relación empírica, propuesta por Meigs, de que la población aborígen generalmente era aproximadamente dos y media veces más que la población máxima registrada en la misión para un distrito

³⁷ Mathes (2005) ha cuestionado las estimaciones anteriores de Cook, Aschmann y Jackson, con el argumento de que esas estimaciones (y, en consecuencia, las estimaciones presentadas aquí) son fundamentalmente demasiado grandes.

determinado, y (4) extrapolaciones para áreas pobremente registradas sobre el área terrestre y sobre promedios de densidades de población en las áreas mejor registradas.

Ninguno de los métodos para calcular la población carece de fallas serias, y las conclusiones han de ser consideradas más bien como tentativas y crudas. Sin embargo, hay una convergencia razonablemente buena entre los resultados obtenidos por los varios métodos, y parece estar implicada una precisión considerablemente mejor que una orden de magnitud. Los cálculos individuales no serán revisados y evaluados aquí en detalle; los estimados basados en éstos son presentados en la Tabla 11. Sin embargo, unos pocos comentarios pueden ser pertinentes. Las cifras para el noroeste son en lo general sorprendentemente bajas, y pueden representar subestimaciones. La cifra para el delta del río Colorado, por otra parte, parece ser demasiado alta. Se ofrece un nuevo estimado de población de 70,000 personas para la península como un todo, basado en una evaluación algo intuitiva a partir de los varios cálculos regionales.

La densidad de población implicada en los cálculos de las diferentes áreas va de un mínimo de 0.2 personas por kilómetro cuadrado a un máximo de 2.8 personas (o un máximo de 0.8 personas, si se excluye el excepcional número del delta del río Colorado). Un cálculo de la densidad peninsular general de 0.5 personas por kilómetro cuadrado va de acuerdo a estas cifras y con la imagen general de los asentamientos aborígenes derivados de la etnografía. En comparación, cálculos notables de la población aborígen de la Alta California van de las 133,000 personas (Kroeber 1925:882) a las 310,000 (Cook 1976:43), o de 0.3 a 0.75 personas por kilómetro cuadrado respectivamente. Estos números sugieren una cercana comparabilidad demográfica entre las dos regiones; la mayor disponibilidad de agua dulce y recursos correspondientes en la Alta California fueron quizás compensados por una mayor proporción de línea de costa en Baja California.

Además de abordar las poblaciones totales, Cook (1937:2-4) y Aschmann (1959:133-142) consideraron el tamaño de la familia aborígen, el cual debía reflejar tasa de natalidad y de mortalidad infantil. Ambos autores encontraron la predominancia de familias relativamente pequeñas, Cook apoyando el estimado de cinco personas por familia, y Aschmann favoreciendo una cifra incluso menor. Los argumentos, los cuales no necesitan ser revisados en detalle aquí, son complejos, invocando la naturaleza del registro jesuita temprano, los métodos de reclutamiento misionales y la rapidez con que los cambios culturales y biológicos asociados a la misionización afectaron a la población neófita. Si los argumentos de Aschmann son correctos y el espaciamiento aborígen de nacimientos fue notablemente amplio, dicha conclusión tendría implicaciones interesantes para la naturaleza del cambio demográfico durante el periodo prehistórico, con respecto a la lentitud de Baja California para recuperarse de cualquier depresión demográfica o de responder a oportunidades de expansión demográfica, dentro o fuera de la península, y con respecto a su habilidad para resistir las invasiones competitivas del exterior.

Relacionada a la cuestión anterior está el tema de la estabilidad demográfica: si, por un lado, las poblaciones prehistóricas de la península tendieron a mantenerse en niveles cercanos a la estabilidad o, por el otro lado, experimentaron fluctuaciones agudas o presiones continuas de sobre o subpoblación. De acuerdo a Cook (1937:2), “debe recordarse que la población india era una de larga estabilidad, en un ajuste muy delicado con su ambiente natural y probablemente sólo reemplazándose a sí misma de una generación a otra”. Es digno de notarse que dicho punto de vista no es más que una hipótesis, con poco soporte sustantivo; algunas piezas de evidencia, como la amplia extensión territorial de los hablantes de cochimí, podrían ser utilizadas para argumentar la inestabilidad y el reemplazo, por lo menos en la parte central de la península.

La característica más llamativa de la demografía de los indios de Baja California durante el periodo histórico fue el catastrófico decline en números, que llevó a la extinción cultural y quizás

Tabla 11. Estimaciones de tamaño y densidad de la población aborigen para Baja California.

Región / Localidad	Área (km²)	Población estimada	Densidad (personas / km²)	Referencias
Península (hasta la boca del río Colorado)	130,000	45,000	0.35	Baegert 1952:54
Península	145,000	70,000	0.5	Presente estudio
Área jesuita	75,000	41,500	0.55	Cook 1937:14
Área dominica	15,000	6,745	0.45	Meigs 1935:140
Grupos Lingüísticos				
Cucapá, halyikwamai, kahwan	3,100	8,700	2.8	Hicks 1963:77-80
Diegueño (incluyendo área en E.U.A)	33,000	5,700	0.2	Hicks 1963:66
Diegueño (mexicano)	12,000	5,000	0.4	Shipek 1986:18
Paipai	6,000	1,800	0.3	Hicks 1963:56
Kiliwa	4,000	1,300	0.3	Meigs 1939:20
Región Noroeste				
Región noroeste	22,700	8,100	0.35	derivado de Meigs 1935
Área de Nejí	5,500	1,350	0.2	Meigs 1935:141
Misiones de San Miguel- Descanso-Guadalupe	1,800	1,400	0.8	Meigs 1935:140
Misión de Santo Tomás	2,700	1,000	0.4	Meigs 1935:140
Misión de Santa Catarina	2,600	1,000	0.4	Meigs 1935:140
Misión de San Vicente	1,300	780	0.6	Meigs 1935:140
Área de Trinidad	1,550	350	0.2	Meigs 1935:139
Misión de Santo Domingo	2,850	840	0.3	Meigs 1935:140
Misión de San Pedro Mártir	2,600	630	0.2	Meigs 1935:140
Misión de El Rosario	1,800	1,095	0.6	Meigs 1935:140
Región del Desierto Central				
Región del desierto central	56,000	21,100	0.4	Aschmann 1959:178
Misiones de San Fernando- Santa María	11,000	3,500	0.3	Aschmann 1959:177
Misión de San Francisco Borja	7,800	5,000	0.6	Cook 1937:14
Misión de San Francisco Borja	9,000	3,600	0.4	Aschmann 1959:173
Misión de Santa Gertrudis	14,000	7,000	0.5	Cook 1937:11
Misión de Santa Gertrudis	11,500	4,000	0.3	Aschmann 1959:168
Misión de San Ignacio	19,000	6,500	0.3	Aschmann 1959:163
Misión de Guadalupe	8,300	6,000	0.7	Cook 1937:11
Misión de Guadalupe	4,500	3,500	0.8	Aschmann 1959:154

Región / Localidad	Área (km²)	Población estimada	Densidad (personas / km²)	Referencias
Regiones de La Giganta-Magdalena y del Cabo				
Misiones de Loreto-San Francisco Xavier	6,500	4,500	0.7	Cook 1937:9-10
Misiones de Santa Rosalía-Purísima Concepción-Comondú	14,000	9,000	0.6	Cook 1937:13-14
Misiones al sur de Loreto	27,000	20,000	0.7	Cook 1937:13

genética en todas las áreas excepto en el extremo norte. Mientras que el conflicto militar jugó por lo menos un papel menor, particularmente en la región del Cabo, y mientras que el golpe de una aculturación forzada es un factor largamente indefinido, los estudiosos concuerdan en la importancia central de las enfermedades europeas introducidas en este patrón (Cook 1937; Jackson 1981, 1983, 1984). Una cuestión interesante y sin resolver es si el fracaso de las poblaciones aborígenes por sobrevivir y recuperarse de aquel descenso catastrófico en la mayoría de las áreas de la península, como muchos grupos del Nuevo Mundo en circunstancias similares lo han logrado, puede ser indicativo de ciertas propiedades estructurales de la demografía prehistórica tardía.

Extensiones

De la revisión precedente, parece claro que la antropología física ha hecho contribuciones significativas al conocimiento actual sobre la prehistoria de Baja California, y que incluso contribuciones adicionales más sustanciales pueden ser legítimamente esperadas en el futuro. Algunas de las direcciones más prometedoras deben ser señaladas brevemente.

Colecciones nuevas y análisis de observaciones históricas tempranas sobre las características físicas de los pueblos aborígenes de Baja California serán posibles, pero no es probable que produzcan resultados muy importantes. Las observaciones registradas son tan subjetivas, ambiguas, y dispersas en su distribución, que no parecen poder ofrecer más que las ideas más generales a la comprensión actual sobre las condiciones históricas tempranas. Los descendientes identificables de los habitantes del prehistórico tardío de las regiones noroeste y desierto del Colorado sobreviven, si bien descendientes mezclados; no está claro si los estudios de antropología física en esas poblaciones vivas serán capaces de elucidar la prehistoria regional.

El refinamiento del análisis de los indicadores demográficos en los registros históricos tempranos, por un lado, pueden ser algo productivos. Los registros por sí mismos son evidentemente imperfectos y difíciles de relacionar convincentemente con las condiciones aborígenes, pero sin embargo deben continuar siendo consultadas para proveer comprensiones útiles sobre el tamaño de la población y otras características demográficas, particularmente si pueden ser coordinados más efectivamente con las líneas etnográficas y arqueológicas de evidencia.

El esclarecimiento de las relaciones genéticas en la variabilidad humana sobre la base de materiales óseos de Baja California continua siendo una posibilidad tentadora, ricas en perspectivas posibles sobre la prehistoria peninsular y extra-peninsular, pero notablemente

difíciles de desenredar.³⁸ Mucho del mejor material óseo de la región del Cabo ha sido quizás ya o bien recuperado o bien destruido, pero las excavaciones como las de Ritter cerca de la bahía Concepción sugieren que material esquelético adicional importante será recuperado en muchas áreas más de la península, si se llevan a cabo excavaciones arqueológicas con mayor sistematicidad en el futuro. El análisis y la comparación estadística sofisticada de características métricas ya registradas es muy esperada, para encontrar si las relaciones genéticas importantes pueden en efecto ser distinguidas detrás de los problemas de los errores en el registro, los errores muestrales casuales y las fuentes no genéticas de variación. La efectividad de las características no métricas como diferenciadores genéticos queda por ser probada, y el uso de características químicas para propósitos similares parece ser al menos una posibilidad. Mientras que las relaciones extrapeninsulares propuestas a la fecha (con Melanesia, Lagoa Santa, el Ártico, Japón, etc.) no son convincentes, no por ello deben ser descartadas sin un examen adicional y más sistemático.

³⁸ El tema ha sido discutido por González-José et al. 2003.

VI – ETHNOLOGÍA Y PREHISTORIA

El capítulo que sigue discute las contribuciones que las observaciones etnohistóricas y etnográficas han hecho, o debería ser capaz de hacer en el futuro, a la reconstrucción de la prehistoria de Baja California.³⁹ La relación entre dichas fuentes de información y los estilos de vida prehistóricos es, en cierta medida, obvia y directa: los autores de los estudios etnohistóricos y etnográficos han descrito costumbres e instituciones que ellos mismos fueron capaces de observar, que sus informantes fueron capaces de recordar, o que los autores fueron capaces de inferir a partir de las actividades que ellos mismos observaron o que sus informantes recordaron. Sin embargo, la relación de las costumbres y las instituciones descritas con las costumbres y las instituciones prehistóricas fue generalmente indirecta. Lo que fue observado directamente siempre perteneció al periodo histórico en lugar de al prehistórico, y lo mismo ocurre usualmente con lo que fue recordado. La relación entre las condiciones socioculturales del periodo histórico temprano y sus contrapartes prehistóricas más tardías permanece como algo de carácter inferencial y problemático. La etnología es capaz de ofrecer la imagen más vívida disponible sobre ciertos aspectos de los modos de vida prehistóricos, pero su evidencia debe ser aún tamizada críticamente.

No se presentará aquí una descripción minuciosa y comprehensiva sobre los estilos de vida aborígenes reconstruidos a través de la etnohistoria y la etnografía. Dicha imagen extendería demasiado la discusión aquí y duplicaría sustancialmente las discusiones parciales que han sido presentadas por otros autores. En lugar de ello, el objetivo aquí será bosquejar de manera general lo que se conoce sobre los modos de vida aborígenes, particularmente desde la perspectiva de sus hipotéticas funciones adaptativas; identificar algunas de las fuentes etnohistóricas y etnográficas de información más detallada; examinar algunos temas controversiales; y sugerir algunos futuros caminos de investigación potencialmente fructíferos.

Las aproximaciones a la reconstrucción de los últimos estilos de vida prehistóricos en Baja California, tal y como son inferidos desde las observaciones etnohistóricas y etnográficas, serán considerados aquí bajo tres rubros principales: subsistencia, asentamiento y organización social, y cosmovisión. La discusión sobre subsistencia se ocupará de las vías directas en las que las sociedades prehistóricas interactuaron con sus ambientes físicos y biológicos no humanos, protegiéndose a sí mismos de sus rigores y extrayendo de ellos las fuentes de material y energía necesarias para sustentar la vida. Comida, agua, medicina, abrigo, materiales y la tecnología utilitaria que era necesaria para el obtención, transportación, procesamiento y almacenaje de dichos elementos, serán considerado aquí. La discusión sobre el asentamiento y la organización social tomará en cuenta las formas en que las sociedades aborígenes organizaron las relaciones entre los individuos que componen los grupos sociales y entre los diferentes grupos, para asegurar colectivamente las necesidades de subsistencia, protegerse de agresiones externas y reproducirse biológica y culturalmente en generaciones sucesivas. La definición de grupos de parentesco y grupos comunitarios, la fusión o escisión de dichos grupos y sus movimientos a través del territorio, el manejo de conflictos intercomunitarios y la diferenciación de roles por edad, sexo y otros criterios, serán tópicos considerados en esta sección. Lo que aquí se nombra “cosmovisión” considerará las estructuras que fueron utilizadas en la organización y transmisión de la información necesaria para cubrir las necesidades de subsistencia y organización social. Ciencia, religión,

³⁹ Véanse también las discusiones sobre este tema en Mathes 2010 y en Wilken-Robertson y Laylander 2010.

estética y sistemas de valores son agrupados bajo dicho rubro.

Mucha de la discusión sobre información etnográfica y etnohistórica será organizada en términos de tres categorías étnicas-geográficas. Los cucapá y los diegueño del valle Imperial, o kamia, quienes compartieron un sistema de subsistencia de manera considerable basado en agricultura, un sistema sociopolítico que incluía una organización significativa sobre el nivel de la comunidad y la participación en guerras interétnicas regulares, y otras características que reflejan una relación cercana entre estos dos grupos y los grupos riehños yumanos (quechan, mohave y maricopa), serán considerados aquí en conjunto como las culturas del delta del río Colorado, correspondiente a una gran parte de la región del desierto del Colorado. Los yumanos occidentales, incluyendo a los kiliwa, los paipai y aquellos grupos diegueño que vivieron en las montañas peninsulares o más hacia el oeste, serán considerados como otro grupo cultural, cubriendo una gran parte (pero no toda) de la región noroeste y las partes de la región del desierto del Colorado que no pertenecieron a los grupos del delta. El centro y el sur de la península a menudo tienen que ser agrupados bajo una simple categoría “otros”, porque mucha de la información etnohistórica sobre la que se basa la imagen de sus culturas nativas carece de especificaciones más exactas sobre su proveniencia geográfica.

Estudios etnográficos de campo

Las observaciones sobre los estilos de vida aborígenes de Baja California comenzaron a ser registradas virtualmente con los primeros contactos entre aquellos pueblos y los extranjeros euroamericanos. El cuerpo de registros disponible de los siglos XVI, XVII, XVIII y primeros años del XIX, ha sido discutido con cierto detalle en el Capítulo III.

No existen vacíos en los reportes de las observaciones de viajeros sobre los indios de Baja California de los siglos XVI al XX, pero un cambio cualitativo debe ser distinguido alrededor del final del siglo XIX. En dicho periodo, la emergencia gradual de la antropología como una disciplina profesionalizada introdujo un nivel nuevo de sistematización en la descripción de las culturas no occidentales y sus sociedades, así como nuevos enfoques analíticos a la interpretación de dichas descripciones. Antropólogos profesionales, o no profesionales que fueron influenciados por los estándares de la emergente disciplina, visitaron los grupos nativos sobrevivientes del norte de Baja California, y comenzaron a producir reportes etnográficos con una nueva medida de detalle y profundidad. A menudo, los objetivos interpretativos de dichos reportes fueron específicamente prehistóricos: reconstruir los estilos de vida de los pueblos aborígenes como existieron antes de los cambios que siguieron al contacto euroamericano con la península.

Edward Palmer estuvo entre dichos primeros investigadores profesionales sobre los modos de vida aborígenes. Palmer, un naturalista de campo quien había viajado extensivamente en Baja California entre 1868 y 1890, inició estudios sobre la agricultura cucapá. Su trabajo fue posteriormente utilizado y extendido por varios investigadores del siglo XX (McVaugh 1956).

Varios viajeros de finales de siglo produjeron reportes breves y no profesionales, que sin embargo son de cierto interés para la etnografía de los indios del norte de Baja California. Entre estos autores, son notables Newton H. Chittenden (1901), Arthur W. North (1908, 1910) y Carl Lumholtz (1912).

W. J. McGee, un investigador del U.S. Bureau of American Ethnology, hizo trabajo de campo entre los cucapá en 1901. McGee recolectó semillas que se enviaron al United States National Museum (Castetter y Bell 1951:169). Él también obtuvo fotografías de la cultura material aborígen tomadas por DeLancey Gill, y alguna de dichas fotografías han sido reproducidas en publicaciones

posteriores (por ejemplo, Kelly 1977; Williams 1974, 1975a, 1983).

Constance Goddard DuBois trabajó con grupos nativos en el condado de San Diego durante la primera década del siglo XX, principalmente registrando información sobre religión y mitología. Varios de sus estudios se enfocaron a grupos diegueño asentados en ambos lados de la frontera internacional (DuBois 1901, 1904, 1905a, 1905b, 1906, 1907a, 1907b, 1907c, 1908a, 1908b).⁴⁰

Thomas T. Waterman, un antropólogo de la University of California, contribuyó un estudio etnográfico sobre ceremonias entre los diegueño, basado en trabajo de campo al norte de la frontera internacional (Waterman 1910). Igualmente, aportó un resumen temprano de varios estudios sobre el mito de creación del sur de California (Waterman 1909).

Edward S. Curtis fue un importante fotógrafo de indios a principios del siglo XX, cuyas imágenes han sido reimpresas a menudo. Curtis también coleccionó y publicó información etnográfica, particularmente sobre mitología, de varios grupos norteamericanos, incluyendo a los yumanos en el área a lo largo de la frontera norte de Baja California (Curtis 1907-1930).

Edward Winslow Gifford estaba entre los primeros antropólogos profesionales que recolectaron información etnográfica relacionada con los pueblos del norte de Baja California. Gifford, quien tenía una distinguida carrera a pesar de carecer de credenciales de educación universitaria, fue por muchos años curador del Museum of Anthropology de la University of California, y posteriormente lector y profesor de dicha universidad. “Durante incontables veranos, acompañado y asistido por su esposa, Delila, él trabajó entre los indios de California, estudiando aspectos de la cultura de todas las tribus de California que habían sobrevivido” (Foster 1960:328). Publicó más de 50 contribuciones a la antropología de California, incluyendo estudios de arqueología, lingüística y antropología física, así como de etnología. Los escritos de Gifford tendieron a enfatizar un punto de vista bastante atomístico de la cultura, con una preocupación primaria por la difusión diacrónica de los rasgos a través del área cultural. De acuerdo a ello, el trabajo de campo de Gifford se orientó al reconocimiento, fue extensivo en lugar de intensivo, enfocado a la memoria cultural o los rasgos aún usados pero definitivamente primitivos, en lugar de los sistemas actuales, en funcionamiento, aculturantes, que estaban en operación por la época de sus visitas a los grupos nativos.

Dos artículos tempranos de Gifford (1918, 1922) contuvieron cierto material etnográfico sobre los pueblos de los límites septentrionales de Baja California, aunque los informantes mismos residían en los Estados Unidos. El primero fue un estudio comparativo sobre clanes y *moieties* en California del sur, producto de un viaje de cinco semanas en diciembre de 1916 y enero de 1917, así como de algunas investigaciones anteriores de otros estudiosos (Gifford 1918). Los grupos representados en dicho estudio, junto a pueblos utoaztecas del sur de California y Arizona y grupos yumanos nortños como mohave, quechan, maricopa y ipai, incluyeron varios grupos yumanos representados en Baja California: los tipai, o las partes sureñas de los diegueño occidentales; los kamia, o diegueño del valle Imperial; los cucapá; y quizás un residuo sobreviviente de otro grupo del delta, los kahwan. El material etnográfico sobre los últimos consistió en información de Curtis (1907-1930), quien identificó al grupo como “maricopa provenientes de los cucapá”. La discusión de Gifford sobre los clanes se organizó básicamente desde un punto de vista lingüístico, presentando tablas comparativas de los nombres de clanes y los nombres para miembros femeninos del clan; también se incluyeron algunas notas sobre localidades territoriales, prácticas sociales y temas culturales misceláneos, así como una versión del mito de creación diegueño occidental. El segundo artículo (Gifford 1922) presentó una gran compilación a nivel estatal sobre terminologías de parentesco de California, recolectadas en el mismo periodo general y utilizando material de tres

⁴⁰ Acerca de las contribuciones de DuBois, véase también Laylander 2004b, 2006b.

informantes tipai, un kamia y tres cucapá. En suma a los datos presentados, se intentó un extenso análisis comparativo de las categorías de parentesco, con la finalidad de “aislar algunos de los determinantes lingüísticos, sociales y síquicos de los sistemas de parentesco” (Gifford 1922:123).

El siguiente artículo de Gifford considerado aquí fue en coautoría con Robert H. Lowie. Intitulado “Notes on the Akwa’ala Indians of Lower California” (“Notas sobre los indios akwa’ala de Baja California”) (Gifford y Lowie 1928), trata sobre el grupo conocido más comúnmente como los paipai. Se basó en entrevistas realizadas en diciembre de 1921 y enero de 1922 a un solo informante, un anciano paipai chamán encontrado por Gifford y Lowie durante el trabajo etnográfico entre los cucapá. En añadidura a los problemas de la consulta a un solo informante, en un contexto fuera de su territorio nativo, estaba el hecho de los dos pasos en la traducción, que involucró a un intérprete cucapá y a un intérprete quechan, intermediando entre el informante y los etnógrafos. El resultado fue un tanto irregular, pero el reporte contiene notas útiles sobre la organización social y características varias de cultura, información más detallada sobre chamanismo, una versión del mito de creación y un vocabulario comparativo paipai-kiliwa-cucapá.

Una pieza más grande fue la etnografía de Gifford sobre los kamia (Gifford 1931). Dicho estudio se basó en el trabajo realizado entre fines de diciembre de 1928 y principios de enero de 1929, con seis informantes diegueño del desierto. Se hicieron referencias geográficas específicas a áreas en Baja California, así como a localidades al norte de la frontera internacional. Se proveyeron discusiones detalladas y rigurosas sobre tópicos como etnogeografía, cultura material y folklore. En cuanto a la existencia de un tema interpretativo unificador en el estudio, éste era la evaluación de la cercanía relativa de lazos culturales de los kamia con los diegueño occidentales y con los quechan al este. La conclusión de Gifford enfatizó la fuerza del vínculo oriental, a pesar de las conexiones lingüísticas más cercanas con el occidente.

Otra etnografía de Gifford de gran magnitud, con relación a Baja California, trató sobre los cucapá (Gifford 1933). Cinco “informantes principales”, habitantes de ambos lados de la frontera internacional, fueron listados por Gifford. Se realizó el trabajo de campo en los inviernos de 1916-1917, 1921-1922, 1926-1927 y 1929-1930. En el artículo resultante, el enfoque fue básicamente enciclopédico, cubriendo un amplio rango de materias que incluyeron organización social, subsistencia, cultura material, folklore y otras. El estilo en que fueron presentados los datos fue descrito por Gifford como “telegráfico”, haciendo uso de tipografía pequeña, abreviaturas y fragmentos de oración. Mucha información valiosa fue incluida en el reporte, aunque la evaluación y la interpretación fue mínima.

Leslie Spier, un estudiante bajo la batuta del antropólogo pionero Franz Boas, y posteriormente profesor de la University of Washington, la University of Chicago y Yale University, tuvo un limitado pero significativo involucramiento etnográfico con Baja California. Spier estuvo 20 días durante el verano de 1920, entrevistando a un informante diegueño cerca de Campo en el condado de San Diego (Spier 1923). Los datos del informante versaron sobre los grupos diegueño de ambos lados de la frontera internacional. El énfasis del trabajo se centró sobre la organización social, pero la mayoría de las facetas de la cultura fueron consideradas. A pesar de las limitaciones en tiempo y fuentes de información, el reporte de Spier fue sobresaliente por la claridad con la que presentó evidencia, así como por la sensatez de sus conclusiones.

Fred B. Kniffen, un geógrafo de la University of California, condujo estudios de campo durante varios meses en 1927 y 1928 para su tesis doctoral sobre paisajes naturales y culturales del delta del río Colorado (Kniffen 1931, 1932). Sus observaciones incluyeron cierta información relativamente temprana y detallada sobre las prácticas aborígenes de subsistencia de los cucapá.

Peveril Meigs, III, otro geógrafo de la University of California, colaboró con el famoso

geógrafo Carl Sauer en un estudio sobre la misión de San Fernando Velicatá (Sauer y Meigs 1927), y entre 1925 y 1929 Meigs condujo estudios de campo extensivos sobre la frontera misional dominica en la región noroeste de Baja California (Meigs 1935). Meigs estuvo varias semanas en trabajo de campo en la región entre los grupos kiliwa, paipai y diegueño, en 1928, 1929 y 1936. Produjo una monografía sobre los kiliwa (Meigs 1939), que resumió datos sobre subsistencia, cultura material, instituciones de grupos sociales y varios aspectos de la cosmovisión, así como notas más breves sobre otros grupos yumanos occidentales en Baja California. Varias décadas después, Meigs trabajó sus observaciones de campo en algunas publicaciones más cortas sobre varios aspectos de la cultura yumana occidental, principalmente con respecto a los grupos diegueño y paipai de Baja California (Meigs 1970, 1971, 1972, 1974a, 1974b, 1977).

Katherine Luomala y Gertrude Toffelmier trabajaron con informantes diegueño del norte en 1934 y de nuevo en 1962. Toffelmier y Luomala (1936) publicaron un estudio sobre chamanismo, y Luomala publicó un estudio sobre la organización comunitaria de los diegueño occidentales (Luomala 1963) y una síntesis de la etnografía diegueño (Luomala 1978). Se incluyó cierta información específicamente sobre grupos diegueño occidentales de Baja California.

Philip Drucker llevó a cabo un segmento del ambicioso estudio etnográfico de la University of California llamado “Culture Element Distributions” (“distribución de elementos culturales”), durante tres meses en la primavera de 1938, en los que recolectó un amplio cuerpo de información estandarizada sobre rasgos de 11 grupos yumanos y utoaztecas (Drucker 1941). Incluyó entrevistas de un informante cucapá, tres diegueño de La Huerta y un paipai. En un estudio anterior, en 1934-1935, también había recolectado seis listas de elementos culturales a partir de informantes diegueño pertenecientes a grupos residentes al norte de la frontera internacional (Drucker 1937). El énfasis en las listas de Drucker de los grupos de Baja California fue puesto equitativamente sobre aspectos de subsistencia y ceremoniales de la cosmovisión, mientras que a la organización social le fue dada menos atención. A pesar de los límites impuestos por los tópicos de las listas estandarizadas y por el formato “presencia/ausencia” para las respuestas, las listas de Drucker preservaron un detalle etnográfico invaluable que no es probable que pudiera haber sido ofrecido en una narrativa etnográfica más convencional.

Edward F. Castetter y Willis H. Bell hicieron un estudio etnográfico sobre las prácticas de agricultura de los pueblos yumanos del río y del delta, incluyendo a los cucapá. Los estudios de campo entre mohave, quechan y cucapá ocuparon entre dos y tres semanas cada otoño entre los años 1937-1941, e incluyeron entrevistas y observación. Se realizaron los estudios de los cucapá principalmente en Somerton, Arizona, debido a la resistencia de un líder de los cucapá en Sonora, pero tres ancianos cucapás en Sonora contribuyeron con algo de información, así como tres informantes en Arizona. La monografía resultante por Castetter y Bell (1951) también se basó en trabajo de campo entre los cucapá por William Kelly.

William H. Kelly, un antropólogo asociado a Harvard University, la University de Arizona y otras instituciones, pasó varios meses entre 1940 y 1952 haciendo estudios de campo con los cucapá, recurriendo a nueve informantes principales en ambos lados de la frontera internacional. Kelly publicó artículos que discuten acerca de los grupos de parentesco (Kelly 1942), el ceremonialismo asociado a arrancar el cuero cabelludo en la guerra (1949a) y actitudes y prácticas relacionadas a la muerte (Kelly 1949b), así como una monografía que resumía una etnografía cucapá (Kelly 1977). Su estudio sobre los cucapá constituye la imagen etnográfica y el análisis disponible más detallado sobre cualquier grupo de Baja California. Sus discusiones interpretativas tendieron a conducir hacia explicaciones de causalidad ideacional en lugar de materialística, como patrones culturales subyacentes.

A fines de la década de 1950, varias series de estudios de campo, enfocados principalmente en los paipai de Santa Catarina, fueron conducidos por estudiantes de la University of California, Los Angeles. En 1955, Roger Owen pasó ocho días en el campo con Thomas B. Hinton, produciendo un breve artículo que reportaba la condición presente de los indios de Baja California, con unas cuantas notas hechas de paso sobre cultura aborigen (Hinton y Owen 1957). Se hicieron varias semanas más de trabajo en el verano de 1956, cuando Owen y Judith Joel recolectaron datos lingüísticos. Subsecuentemente fue organizado un programa más ambicioso, bajo el cual Owen, Joel y Frederic N. Hicks mantuvieron un campamento en Santa Catarina entre octubre de 1958 y septiembre de 1959. Se realizaron investigaciones lingüísticas y arqueológicas, así como los etnográficas. Owen escribió su tesis doctoral y publicó un artículo sobre medicina herbal (Owen 1963), así como estudios sobre la condición moderna de los indios (Owen 1960, 1969), la estructura comunitaria (Owen 1959, 1965, 1966b, 1966c) y la brujería (Owen 1966a), colaborando también en un estudio sobre el papel de la cultura musical (Owen et al. 1969). Los estudios lingüísticos de Joel produjeron información sobre etnobotánica (Joel 1976). Hicks resumió información sobre subsistencia aborigen y organización sociopolítica (Hicks 1963, 1974).

Ralph C. Michelsen, un antropólogo de la University of California, Irvine, condujo investigaciones etnográficas en la región noroeste durante varias décadas, iniciando en 1954. Sus contribuciones se enfocaron principalmente en la documentación fotográfica de la cultura material y la subsistencia, aunque también incluyó información sobre la organización comunitaria y el ceremonialismo. Tópicos específicos incluyeron la caza y procesamiento de ratas madereras entre los kiliwa (Michelsen 1967), la descripción de un funeral diegueño (Michelsen y Owen 1967), la recolección de miel (Michelsen y Smith 1967), la construcción de viviendas al estilo nativo por diegueño (Michelsen 1968) y kiliwas (Michelsen 1977a) contemporáneos, la manufactura de cordones de fibra de agave por una mujer paipai (Michelsen 1970a, 1974), la manufactura de alfarería por la misma mujer (Michelsen 1971; Smith 1972), la recolección de piñón (Michelsen y Michelsen 1979) y la organización territorial y comunitaria (Michelsen 1977b). Él también publicó observaciones generales sobre cultura material y prácticas de subsistencia (Michelsen 1970b) y una colección de fotografías de Santa Catarina (Smith 1971). Un estudio doctoral realizado por Michelsen (1981) sobre las reglas y principios subyacentes al juego de peón, se enfocó esencialmente a los luiseños del sur de California, pero incluyó notas breves sobre la participación de los cucapá. Un reporte arqueológico por E. L. Davis (1968b:187-188) citó observaciones de Michelsen sobre las prácticas de preparación de carne de los kiliwa modernos.

Florence C. Shipek, una antropóloga de la University of Wisconsin, Parkside, se involucró en investigaciones de archivo y trabajo de campo etnográfico sobre los diegueños de ambos lados de la frontera internacional durante varias décadas a partir de 1955. Hizo repetidas entrevistas etnográficas a por lo menos 35 ancianos diegueños en todo el territorio de dicho grupo, incluyendo Nijí, Ha'aa y San José El Zorro en Baja California. Se presentó mucho del resultado del trabajo de campo de Shipek en la forma de testimonio experto en casos legales, y existieron dificultades en los intentos de reconstruir y evaluar las bases para sus interpretaciones. El estudio etnográfico más detallado de Shipek fue publicado como la autobiografía de Delfina Cuero, una diegueña nacida alrededor de 1900 en el condado de San Diego, pero que vivió subsecuentemente por periodos significativos cerca de Nijí, en Baja California (Cuero 1968). El reporte de Delfina Cuero se refería principalmente a los grupos diegueños al norte de la frontera internacional, pero ciertas notas sobre prácticas de subsistencia, cultura material, organización social y sistemas de creencias pueden ser extrapoladas a los grupos del sur. Shipek también publicó varios artículos sobre demografía (Shipek 1981), organización comunitaria (Shipek 1982), religión (Shipek 1985) e impactos

euroamericanos (Shipek 1986) en relación a los diegueño.⁴¹

Leanne Hinton, una lingüista, trabajó con hablantes diegueño de La Huerta en 1969, registrando información sobre nomenclatura y usos de plantas aborígenes (Hinton 1975).

Ila Álvarez, una residente de Mexicali y San Diego y antropóloga no profesional, escribió un artículo breve sobre Chepa Espinosa, una india kiliwa (Álvarez 1972). El artículo biográfico-etnográfico no se relaciona estrechamente con el tema del presente estudio.

Anita Álvarez de Williams, de Mexicali, recolectó y sintetizó información sobre etnohistoria y etnografía cucapá (Williams 1974, 1975c, 1983)⁴², además de sus contribuciones a la síntesis general de información sobre condiciones aborígenes en la península (Williams 1975a)⁴³ y sobre arqueología.

Jesús Ángel Ochoa Zazueta, del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, hizo trabajo de campo entre los grupos nativos sobrevivientes en el norte de Baja California durante varios años a partir de 1972. Aparte de su trabajo lingüístico, señalado en un capítulo anterior, los estudios de Ochoa Zazueta trataron particularmente sobre estructura comunitaria, liderazgo y mitología (Ochoa Zazueta 1973, 1975, 1976c, 1977b, 1978b, 1978c, 1979, 1980; Ochoa Zazueta y Martí Yáñez 1974; Ochoa Zazueta y Ramírez Díaz 1975). La amplitud y naturaleza de los estudios empíricos subyacentes a las conclusiones de Ochoa Zazueta son a menudo poco claras y, como ha sido notado anteriormente, existen algunos problemas al evaluar la validez del trabajo de este autor.

Lora Cline (1980, 1984) publicó cierta información etnográfica sobre los diegueño occidentales, basada en entrevistas con un informante en el condado de San Diego. (Ver también Carrico 1983.)⁴⁴

Subsistencia

Los recursos animales, vegetales y minerales que fueron explotados primitivamente, las técnicas y propósitos de su uso y la cultura material utilitaria de la península, ha sido registrada en detalle importante, aunque dispar, en reportes etnohistóricos y etnográficos. La siguiente discusión se limitará a presentar una mirada resumida de dicho cuerpo de información, con la discusión de ciertos aspectos más controversiales sobre su interpretación.

Agricultura. En la esquina noreste de Baja California una medida considerable de manipulación ambiental fue practicada, en la forma de agricultura o crianza de cultivos domesticados de alimentos. (Los perros domesticados fueron también una fuente menor de alimento). Se ha estimado que, a mediados del siglo XIX, la agricultura aportó alrededor del 30% del suministro de alimentos para los cucapá (Castetter y Bell 1951:74). En otras partes de la península, se dependía exclusivamente de fuentes vegetales y animales salvajes para alimentarse, pero otras formas de manipulación estaban aún presentes, particularmente en la tecnología que fue desarrollada para su obtención, transportación, procesamiento y almacenaje.

La agricultura fue practicada antes del contacto euroamericano en el delta del río Colorado por los cucapá (incluyendo a los kahwan y a los halyikwamai) y por los diegueño del valle Imperial

⁴¹ Para las publicaciones posteriores de Shipek sobre los Diegueño, consulte Shipek 1987, 1989, 1991, 1992, 1993.

⁴² Véase también Álvarez de Williams 1987, 1995, 1997.

⁴³ Reproducido en una nueva edición como Álvarez de Williams 2004.

⁴⁴ Entre otros estudios etnográficos, el libro de William D. Hohenthal, Jr. (2001) es particularmente importante. Consulta también Bendímez Patterson 1989, 1995, 2004; Campbell 1999; Cortés 1988, 1994; Gómez Estrada 1989, 2000; Wilken-Robertson 1987, 2000, 2011.

o kamia. La presencia de cultivos creciendo en dicha área fue reportada por todos los observadores del periodo histórico, desde Alarcón en 1540. Reportes exhaustivos han sido escritos por Kniffen (1931), Gifford (1931, 1933), Drucker (1941), Castetter y Bell (1951) y Kelly (1977). Maíz (*Zea mays*), frijol tépari (*Phaseolus acutifolius*), calabazas (*Cucurbita moschata*) y guaje (*Lagenaria siceraria*), fueron cultivados por los cucapá, así como “cultivos incipientes” de algodón (*Gossypium hopi*) y “semicultivación” de varias plantas silvestres de semillas (Castetter y Bell 1951:167-168). La agricultura kamia parece haber sido esencialmente la misma, como lo fue presumiblemente la agricultura practicada por el grupo paipai que vivió en el delta entre los cucapá, durante tiempos históricos. La agricultura prehistórica específicamente en el delta fue una variante regional menor del complejo agricultor yumano que prevaleció en el bajo río Colorado y el río Gila, la cual fue desarrollada un poco más intensivamente por los quechan, los mohave y los maricopa.

Varios cultivos del Viejo Mundo, incluyendo chícharo de vaca, sandía, melón, trigo y cebada, alcanzaron el delta principalmente por encima de la frontera de control euroamericano y fueron incorporados a los sistemas de subsistencia “primitivos”. No está claro si los cultivos introducidos pueden haber desplazado cultivos prehistóricos adicionales, o bien, si éstos pudieron haber alterado el patrón e importancia de la agricultura dentro del sistema de subsistencia de los grupos del delta.

La agricultura del delta estaba basada casi por completo en la inundación natural estacional del río Colorado. El río inundaba sus márgenes en una cresta de verano que era bastante irregular en tiempo y tamaño. La siembra era hecha en el suelo húmedo mientras el flujo de agua retrocedía. Los sistemas de control de agua, incluyendo presas, diques y zanjas, al parecer fueron usadas (Kelly 1977:27-28), pero sólo en una escala muy limitada. Otros elementos de tecnología agraria, como palos de siembra simples o con punta cincelada, azadones de escarbador lateral, espantapájaros y plataformas con graneros, generalmente representaron sólo modestas elaboraciones de la tecnología que fue de otro modo usada para los recursos de plantas silvestres.

Existe cierta controversia sobre si la agricultura fue practicada en tiempos anteriores al contacto en la región noroeste.⁴⁵ Etnógrafos de inicios del siglo XX y sus informantes indígenas concuerdan al reportar que los yumanos al oeste del desierto del Colorado habían sido cazadores-recolectores primitivamente, no agricultores (por ejemplo, Drucker 1941:94; Hicks 1963:286; Kroeber 1925:722; Meigs 1939:22). Desde principios de la década de 1960, sin embargo, una escuela revisionista de etnografía del sur de California ha argumentado un punto de vista donde los yumanos occidentales y otros pueblos nativos de California del sur fueron más “avanzados” de lo que estudiosos anteriores habían reconocido, con respecto a materias como la complejidad de sus estructuras sociopolíticas, el grado de inequidad social, la densidad de las poblaciones aborígenes y la práctica de la agricultura (por ejemplo, Bean 1974; Bean y Lawton 1973; Shipek 1982, 1986; White 1963). Los argumentos de los revisionistas sobre la agricultura como una posible característica de las culturas prehistóricas en las áreas diegueño occidentales y paipai, serán revisados y evaluados con cierta extensión aquí.

En un estudio temprano sobre la agricultura kamia, Gifford registró un posible ejemplo de prácticas de agricultura más al oeste:

En Jacumba, en las montañas del territorio diegueño oriental, los varios linajes sembraban sandías, calabazas, maíz, frijol tépari y chícharos de vaca. Las condiciones de los cultivos eran diferentes de las del valle Imperial; no había inundación de aguas de río,

⁴⁵ Véase también Laylander 1995b.

pero sí conductos de agua por medio de diques desde un manantial.... El flujo estaba regulado por una presa. Ésta estaba en el lado mexicano de la frontera internacional. José, el informante [dice que tiene entre 90 y 100 años de edad a fines de los años 1920s], insistió en que no había mexicanos ahí en los tiempos que él visitó; pero parece que este tipo de siembra debe haberse debido a influencia caucásica, quizás de las misiones. En adición a cinco linajes kamia del valle Imperial ... que sembraban en Jacumba, había un linaje diegueño oriental ... que también sembraba, aunque nunca habían ido al valle Imperial a hacerlo [Gifford 1931:22].

Forbes (1963) argumentó que este testimonio era evidencia de prácticas de agricultura previas al contacto, señalando que “los indios de Jacumba nunca fueron evangelizados a excepción quizás de unos pocos individuos” (Forbes 1963:6). Sin embargo, no puede ser tomada con certeza la ausencia de fuertes influencias en el área de Jacumba de las misiones o de indígenas que habían estado en ellas, en un periodo que debió haber sido por lo menos en una fecha tan tardía como la década de 1830, subsecuente a las perturbaciones de la secularización de las misiones.

Forbes (1963) presentó otros argumentos para la existencia de agricultura aborígen en varias áreas al oeste y al noroeste del río Colorado, incluyendo el noroeste de Baja California. En parte, sus argumentos se relacionan con prácticas agrarias que fueron “primitivas” en el sentido de haber sido iniciativa de los mismos indios en lugar de iniciativa euroamericana, pero no necesariamente en tiempos prehistóricos o anteriores al contacto y no necesariamente independientemente de fuertes influencias euroamericanas. Dicha distinción es bien, pero no ha de confundirse con la cuestión de interés primario aquí, que es la distinción entre la agricultura prehistórica y la histórica, o entre patrones culturales pre- y post-contacto. Bean y Lawton no parecen mantener tal distinción cuando evalúan el artículo de Forbes como “sólo semi-persuasivo al argumentar el caso para la agricultura primitiva en California. Forbes, sin embargo, presentó datos altamente convincentes para la agricultura del pre-contacto en el norte de Baja” (Bean y Lawton 1973:xiv). Los mismos autores reiteraron que “el caso de la agricultura primitiva en el norte de Baja California parece estar establecido” (Bean y Lawton 1973:xv), y Lawton afirmó en otro lugar que “el caso de cierta agricultura primitiva en el norte de Baja California ha sido firmemente establecido” (Lawton 1974:63). Una reconsideración de la evidencia que Forbes, Bean y Lawton han ofrecido en respaldo a dichas conclusiones, puede sugerir lo contrario.

El argumento de Forbes consistió esencialmente en dos piezas de evidencia: un reporte de Alarcón de cuando estuvo en el delta del río Colorado en 1540, y un comentario sobre el área alrededor de la misión de San Vicente en 1788. En cuanto al primer reporte, Forbes observó:

En 1540 Hernando de Alarcón fue informado por Naguachato, el jefe de un grupo de indios del delta, que los montañeses al oeste vivían en un “lugar desértico que producía poco de maíz, [por lo tanto] ellos bajaban a los llanos para intercambiarlo.” Esto podría indicar que los montañeses (probablemente kamias [es decir, hablantes de diegueño] o paipais) eran consumidores de maíz y en cierta medida cultivadores de maíz en 1540 [Forbes 1963:9].

El pasaje de Alarcón que ha sido citado por Forbes refiere de hecho a los montañeses o la gente de “una montaña”, pero no especifica si la montaña se encontraba hacia el este o hacia el oeste. Se decía que los montañeses eran muy aguerridos, que hacían faldas largas de gamuza cosida, y que vivían en grandes casas de piedra (Hammond y Rey 1940:II, 138), pero ninguna de estas características parece acorde a los yumanos occidentales como son conocidos de otra manera etnohistórica y etnográficamente. Cualquier grupo que está significado por la referencia, un reporte

indirecto de que en su lugar de origen se “producía poco de maíz” aporta poco peso como prueba de que en dicho lugar de origen se producía de hecho cualquier cantidad de maíz. Una interpretación cautelosa es sugerida al recordar los fantásticamente inexactos reportes de pueblos que no fueron visitados, que a menudo exploradores español de los siglos XVI y XVII reportaban a partir de pueblos que los españoles sí conocieron.

Como segunda pieza de evidencia, Forbes citó un reporte de mayo de 1788 sobre San Vicente:

noticia un Indio cristiano de esta misión que en la tierra de esta parte han sembrado los indios gentiles, maiz, frijol, calabazas, melones y sandias, y que estas semillas las han traídos [*sic*] del Colorado, y que estos [indios de San Vicente] van cada instante allá [al río Colorado], y los del Colorado vienen a dicha rancheria donde está la siembra [Forbes 1963:9].

Este parece ser un buen ejemplo de agricultura “primitiva” en el limitado sentido de Forbes sobre la agricultura de iniciativa nativa, pero no necesariamente es un ejemplo de patrón de agricultura prehistórica. Bean y Lawton (1973:xvi), sin embargo, afirmaron que en este caso “la difusión desde la misión es improbable, dado que el crecimiento de cultivos no estaba aún establecido en esta misión”.

Varias objeciones pueden hacerse contra el argumento de que el reporte de 1788 sobre San Vicente necesariamente señala hacia un patrón de agricultura anterior a las influencias europeas. La última ubicación de la misión de San Vicente fue visitada en numerosas ocasiones antes de que la misión fuera establecida. Las expediciones de Portolá-Serra en 1769 pasaron a través del valle en la última primavera, notando que éste “era tierra cultivable llena de humedad e incluso pantanosa”, pero no sugirieron de ninguna manera una agricultura aborígen, la cual ciertamente hubiera sido digna de notarse (Bolton 1927). A principios de 1780, el soldado José Velásquez exploró la misma área, buscando un sitio para la misión que sería establecida allí más tarde en ese mismo año. La naturaleza del terreno y sus posibilidades para la agricultura fueron descritas de nuevo por Velásquez, tanto verbalmente como por medio de un mapa detalladamente esbozado, pero no hizo ninguna sugerencia sobre una agricultura aborígen en marcha en dicho lugar o cercano a él (Ives 1984:144-149).

Parece no haber fundamentos para la afirmación de Bean y Lawton de que la difusión desde la misión no pudo haber estado relacionada con los experimentos agrícolas en San Vicente en virtud de que el crecimiento de los cultivos aún no había sido establecido ahí en 1788. La misión de San Vicente fue fundada en 1780 y rápidamente se volvió la capital del distrito de la frontera dominica (Meigs 1935:80), una de los pocos sitios dominicos escogidos con suficiente éxito que la misión no tuviera que ser movida posteriormente (Meigs 1935:24). Bean y Lawton no aclararon las bases de su afirmación de que los cultivos no estaba aún crecidos allí después de ocho años exitosos, pero la fuente puede yacer en un error de imprenta. En la tabla resumen de Meigs sobre los cultivos y rebaños de las misiones, la primera entrada para San Vicente llevó la fecha de “1792” (Meigs 1935:166). El hecho de que esta fecha es un error de imprenta de “1782” es demostrado por la referencia que Meigs ofreció para la estadística, “Arch. Cal., S.P., 1:22”, que ha sido citada en la misma tabla sólo para otras estadísticas de 1782, y también para las entradas de San Vicente que siguen en la misma tabla, que datan de 1784, 1785, 1786, 1787 y 1788, con cultivos de varios tamaños enlistados para dichos años. Sales (1956:190) también produjo una tabla reportando los rendimientos de maíz y trigo en San Vicente para el año de 1788. Claramente, durante varios años antes de 1788, hubo una agricultura misional exitosamente practicada en San Vicente.

El ejemplo específico de agricultura aborígen en San Vicente referida en la cita de 1788, involucró semillas que habían sido llevadas desde el río Colorado, en lugar de haber sido

procuradas de cualquier otra fuente más local y no misional. Se hizo una referencia específica a niveles significativos de interacción entre los indios locales (presumiblemente) no convertidos (gentiles) y otros indios del río. Estos hechos sugieren que la agricultura era un rasgo localmente de reciente introducción en lugar de uno de que había estado desde hace mucho tiempo. La atribución del área de San Vicente al grupo lingüístico paipai y la reportada presencia de asentamientos paipai sobre el río Colorado entre los cucapá por lo menos tan tempranamente como la década de 1820, discutido anteriormente en el Capítulo IV, también señala hacia fuertes interacciones en el periodo histórico entre la gente de ambas áreas.

Los eventos a principios de 1780s pueden ofrecer un contexto para hipotetizar una intensificación en las relaciones entre San Vicente y el bajo río Colorado, específicamente en esa década. En 1781, las misiones franciscanas en territorio quechan sobre el bajo río Colorado fueron destruidas por una revuelta indígena. Después de ello, durante varios años, la incertidumbre se cernía sobre el área de San Vicente y el área del delta, en el primer caso por el miedo de una revuelta o ataque indígena coordinado, y en el segundo caso por expediciones punitivas españolas proyectadas hacia el río (Meigs 1935:24; Sales 1956). En 1782, una gran epidemia de viruela golpeó San Vicente; 27% de la población de dicha misión fue reportada como sepultada ese mismo año. Sin embargo, el periodo de mayor crecimiento reportado para esta misión ocurrió entre 1782 y 1785; evidentemente números importantes de gentiles se estaban siendo atraídos a la localidad (Meigs 1935:24; 81-82).

Otras objeciones al testimonio de 1788 como evidencia para una agricultura del pre-contacto conciernen a la identidad de los cultivos sembrados. Maíz, frijol, calabaza, melón y sandía sugieren un patrón agrícola más típico del bajo río Colorado, que uno del sistema misional dominico en Baja California (Castetter y Bell 1951; Kelly 1977). Sin embargo, dos de los cultivos, melón y sandía, eran introducciones europeas al Nuevo Mundo largamente establecidos en el bajo río Colorado, pero claramente ajenos a un patrón cultural prehistórico.

Bean y Lawton hicieron una posible indicación adicional de agricultura anterior al contacto en o cerca de la región noroeste:

El 13 de abril, 1785, el Segundo Lt. José Velásquez, cuatro días fuera de San Diego y probablemente de 20 a 40 millas al sur de Jacumba en el norte de Baja, escaló un cerro para inspeccionar el llano desértico. Él notó humo en la base de las montañas, y fue informado por su guía indio que ésta era una ranhería donde se plantaba trigo [Bean y Lawton 1973:xvi].

Una locación entre 20 y 40 millas al sur de Jacumba hubiera ubicado a Velásquez inverso a las partes norte o centro de la cuenca Pattie, aproximadamente opuesto a Palmas de Cantú o al cañón de Guadalupe. Evidencia etnográfica indica que cuando las condiciones del flujo lo permitían, los cucapá sembraban en algunas partes de la cuenca Pattie (Kelly 1977:21), por lo que la agricultura en esta área debió haber sido una mera extensión del complejo del delta, en vez de evidencia de una agricultura yumana occidental. El punto ya no tiene ninguna trascendencia, por la detallada reconstrucción de Ives (1984) de la ruta que siguió Velásquez en 1785. De acuerdo a Ives, las observaciones del 13 de abril no fueron hechas a entre 20 y 40 millas, sino a 80 millas al sureste de Jacumba, cerca de arroyo Grande, con vista a la juntura de la cuenca Pattie con la parte principal del delta del río Colorado. Los campos agrícolas en esa área, cerca del corazón del territorio cucapá, no son una sorpresa, y puede que no tengan relación alguna con el punto en cuestión.

Finalmente, Florence Shippek (1982, 1986) ha sido una defensora firme de la existencia de una agricultura anterior al contacto entre los grupos diegueño occidentales. Según Shippek, estos grupos practicaron:

la cría intensiva de plantas de fuentes vegetales nativas de alimentos ... combinada con la emisión de semillas de una gramínea nativa semi-domesticada (ahora extinta), roza y quema de chaparral para fuentes de alimentos, y la siembra de maíz, frijoles y chayotes en lugares montañosos y desérticos seleccionados, con una humedad apropiada durante el verano [Shipek 1982:296].

En opinión de Shipek, los primeros españoles simplemente pasaron por alto la existencia de prácticas agrícolas en esta región:

dato que los españoles no vieron el tipo de campos desbrozados con cultivos que ellos reconocieran, los invasores confundieron a los kumiai como simples recolectores de lo que la naturaleza producía. No reconocieron el trabajo involucrado en los campos intercalados.... Dado que las plantas anuales, los arbustos y los árboles también estaban en algunas cuantas laderas naturales, los españoles consideraron a todos los encinos y otros árboles, los chaparrales y las plantas anuales, como naturales y no como fuentes de alimentos en campos y huertos deliberadamente intercalados y manejados.... Los registros españoles indicaron que ellos no habían viajado por las regiones montañosas y desérticas donde pudieran haber visto cultivos que pudieran reconocer, como maíz, calabaza y frijol, en un momento en el que dichos cultivos estarían en los campos [Shipek 1986:14].

Como ha sido publicada hasta el momento, la opinión de Shipek ha estado basada completamente sobre afirmaciones en lugar de evidencias. El registro etnohistórico, como pareció reconocer, ha ofrecido poco soporte a esta interpretación, y lo mismo puede decirse sobre el registro etnográfico temprano. Parece muy improbable que el testimonio etnográfico de fines del siglo XX pueda contribuir con evidencia convincentemente contraria sobre las condiciones y prácticas de mediados del siglo XVIII. Las investigaciones arqueológicas podrían ser capaces de asentar la materia en el futuro; por ahora, el balance de la evidencia parece hablar en contra de la existencia de cualquier agricultura prehistórica significativa en el área yumana occidental.

Recursos vegetales y animales y cultura material. El rango de recursos naturales vegetales y animales que explotaron los pueblos nativos de Baja California, así como el límite de la cultura material utilitaria empleada en su explotación, fueron considerables a juzgar por la reflexión imperfecta de dichas características en los registros etnohistóricos y etnográficos disponibles. Las tablas 12, 13 y 14 presentan resúmenes de los recursos vegetales y animales y la cultura material como es enlistada en la literatura, ordenada geográficamente bajo los rubros de “delta del río Colorado”, “yumano occidental” y “Baja California central y sur”. Las fuentes de información en dichas tablas incluyen Andrews 1979; Aschmann 1952b, 1959, 1966; Baegert 1952; Barco 1973, 1980, 1981; Burrus 1967a; Cardona 1974; Carter 1970; Castetter y Bell 1951; Chittenden 1901; Drucker 1941; Gifford 1931, 1933; Heizer y Massey 1953; Hicks 1963; Hinton 1975; Joël 1976; Kelly 1977; Kniffen 1931; Mathes 1966; Meigs 1939, 1972; Michelsen 1967, 1968, 1970a, 1970b, 1971, 1974, 1977a; Michelsen y Michelsen 1979; Mixco 1977a; Ortega 1944; Owen 1963; Pattie 1833; Portillo 1982; Rogers 1936; Sales 1956; Salvatierra 1946; Smith 1971, 1972; Spier 1923; y Venegas 1979.⁴⁶

Para los cucapá y los kamia están disponibles excelentes discusiones sobre fuentes de alimentos y tecnología general, en los minuciosos resúmenes de Gifford (1931, 1933), Drucker (1941), Castetter y Bell (1951) y Kelly (1977). Además de los cultivos agrícolas, los alimentos

⁴⁶ Véase también Laylander 2000.

Tabla 12. Recursos vegetales silvestres citados en registros etnográficos y etnohistóricos para Baja California. (A = *fuentes de alimento*; M = *medicinal*; O = *otro uso*)

Grupos del delta del río Colorado	Yumanos occidentales		Grupos del centro y del sur
Agave (A, O)	Abeto del desierto (M)	Gobernadora (M, O)	<i>Acadia brandegeana</i> (A)
Álamo (O)	Acacia uña de gato	Golondrina (M)	<i>Adelia virgata</i> (A)
Arroz salvaje (A)	Agave (A, M, O)	Gordolobo (M)	Agave (A, O)
Berro de agua (F)	Álamo (M)	Guata (A, M)	Amaranto (A)
Cachanilla (O)	Algodoncillo (O)	<i>Haplopappus</i> spp. (M)	Árbol del coral (O)
Camote del desierto (A)	Aliso (M)	Helecho (A)	Cardón (A, M, O)
Camote de ratón (A)	<i>Amblyopappus pusillus</i> (M)	Hierba del cáncer (M)	Carrizo (O)
Caña (O)	Ambrosía (M)	Hierba del golpe (M)	<i>Castela peninsularis</i> (A)
Cáñamo salvaje (O)	Apocino (M)	Islaya (A, M)	Chamizo (A)
Canutillo (M)	Artemisa (M)	Jojoba (A)	Ciruelo (A)
Chamizo (A)	<i>Baccharis</i> spp. (M, O)	Lavanda del desierto (M)	Copal (A)
Diente de león (A)	Biznaga (A)	Lentejilla (M)	Garambullo (A)
Encino (A)	<i>Brickellia californica</i> (M)	Lentisco (O)	Higuera (A)
<i>Eriochloa acuminata</i> (A)	Cadillo (M)	<i>Lotus crassifolius</i> (O)	<i>Ipomoea</i> spp. (A)
Estramonio (O)	<i>Calliandra californica</i> (M)	Mal de ojo (M)	Jojoba (A)
Huauzontle (A)	Cambronera (M)	Madreselva (M)	Lomboy (M)
Junco (O)	Cano (O)	Mangle (M)	Matacora (O)
Mezquite (A, M, O)	Canutillo (A, M)	Manzanita (A, M, O)	Mezquite (A)
Mezquite dulce (A, O)	Cardón (A)	Manzano del desierto (A)	Nopal bronco (A)
Nopal bronco (A)	Carrizo (O)	Mezquite (A, M, O)	Ortiga (A)
Palma (A, O)	Ceanoto	Mezquite dulce (M, O)	Palma (A, O)
Palma azul (A, O)	Chamizo (M, O)	Nolina (A, O)	Palo blanco (A)
Palofierro (A, O)	Cholla (A, M)	Nopal bronco (A, M)	Palo verde (A, O)
Paloverde (A)	<i>Chorizanthe fimbriata</i> (M)	Palma (A)	Pino (A)
Pamitón (A)	Ciruelo silvestre (A)	Palofierro (A)	Pitahaya (A)
Pasto dentado (A)	Ejotillo (A, M)	Pamitón (M)	<i>Portulaca</i> spp. (A)
Piñón (A)	Estramonio (M, O)	Persicaria (M, O)	Quelite (A)
Quelite (F)	Fusique (A, M)	<i>Phacelia</i> (M)	<i>Randia watsoni</i> (A)
Sagitaria (A)	<i>Garrya elliptica</i> (M)	Pino de Coulter	San Miguel (A)
Salicieso (A)	Girasol	Pino negro	Trompillo azul (A)

Grupos del delta del río Colorado	Yumanos occidentales		Grupos del centro y del sur
Sauce (O)	Piñón (A, M)	Tabaco (M, O)	Tule (A, O)
Tabaco (O)	Pitahaya (A)	Tule (A, O)	Uva silvestre (A)
Tule (A, O)	<i>Porophyllum gracile</i> (M)	Valeriana (M)	Verdolaga (A)
Yerba mansa (A)	Roble (A, O)	Vara ceniza (M)	Yerba de flecha (A)
Zacate casamiento (A)	Romerillo	Vara de oro (M)	Yuca (A)
Zacate de agua (A)	Rosa (M)	Varita de San José (M, O)	
	Sagitaria (O)	Yerba del oso (A)	
	Salvia (A, M)	Yerba mansa (M)	
	Sauce (O)	Yerba santa (M)	
	Sauco (M)	Yuca (A, O)	

Tabla 13. Recursos animales citados en registros etnográficos y etnohistóricos para Baja California. (A = *fuentes de alimento*; M = *medicinal*; O = *otro uso*)

	Grupos del delta del río Colorado	Yumanos occidentales	Grupos del centro y del sur
Mamíferos	Antílope (A) Borrego cimarrón (O) Castor (A) Conejo (A, O) Coyote (O) Gato montés (A, O) Mapache (A) Perro (A) Rata (A) Rata cambalachera (A) Venado (A, O)	Antílope Ardilla (A) Ardilla de tierra (A) Borrego cimarrón (A, O) Conejo (A, O) Gato montés (A) Mapache (A) Marmota (A) Rata cambalachera (A) Tejón (A) Topo (A) Venado (A, O) Zorro (A)	Antílope (A, M, O) Ballena (A) Borrego cimarrón (A, O) Conejo (A) Coyote (A, M) Felino (A, O) Marmota (A) Murciélago (A) Nutria de mar (O) Rata (A) Ratón (A) Venado (A, O)
Aves	Águila (A) Codorniz (A) Cuervo (O) Ganso (A) Halcón (O) Paloma (A) Pato (A) Pelicano (O)	Codorniz (A) Correcamino (A) Cuervo (A) Halcón (A) Paloma (A) Pato (A)	Pelicano (O)
Reptiles y anfibios	--	Chacahuala (A) Víbora (A)	Iguana (A) Lagartija (A) Salamandra (A) Serpiente de cascabel (A) Tortuga (A, O)
Peces	Agua dulce (carpa elegante, matalote jorobado, lisa, salmón blanco) (A) Marinos (sardina, robalo a pequeña escala) (A)	Marinos (A)	Marinos (atún blanco, bonito, bacalao, mantarraya, salmón, sardina, atún) (A)

	Grupos del delta del río Colorado	Yumanos occidentales	Grupos del centro y del sur
Invertebrados	Mariscos (almeja, mejillón, ostión) (A, O) Oruga (A) Piojo (A) Saltamonte (A)	Avispa (A) Mariscos (abulón, almeja, mejillón) (A, O) Oruga (A)	Araña (A) Garrapata (A) Langosta (A) Lombriz (A) Marisco (ostión) (A, O) Piojo (A)

Tabla 14. Cultura material utilitaria en Baja California nativa.

	Grupos del delta del río Colorado	Yumanos occidentales	Grupos del centro y del sur
Estructuras	Presa Dique Foso Casa semi-subterránea Choza de ramas Ramada Rompeviento de ramas Granero Pozo para almacenar Horno de tierra Corral para venado Valla para cercar peces	Casa de invierno Ramada Rompeviento de ramas Casa de piedra para almacenar Granero Pozo para almacenar Horno de tierra Valla pasillo de ramas Trampa de caída Trampa de piedra para pescar	Casa Choza Horno de tierra Batequi
Transportación	Balsa Almadía Pala Cuna Camilla Red para cargar Canasta para cargar Aro cargador para la cabeza Mecapal Cantimplora de calabaza Olla Carcaj	Balsa Cuna Bolso de piel para cargar Red para cargar Canasta para cargar Gorra de cestería para cargar Aro cargador para cabeza Mecapal Cantimplora de calabaza Cantimplora de cerámica Carcaj	Balsa Almadía Pala Cuna Red para cargar Bolsa de piel de venado Mecapal Cantimplora de calabaza Cantimplora de vejiga de tortuga Caparazón de tortuga marina
Obtención	Arco y flecha Honda Palo para lanzar Trampa de vara Palo de espinas para jalar Conejo del agujero	Arco y flecha Honda Palo para lanzar Red para cazar Trampa de troncos Anzuelo e hilo	Arco y flecha Atlatl y dardo Honda Garrote Palo para lanzar Red para cazar

	Grupos del delta del río Colorado	Yumanos occidentales	Grupos del centro y del sur
Obtención	Caja trampa para pájaros Arpón para peces Red para peces Cesta para atrapar peces Palo simple para sembrar Palo para sembrar con punta cincelada Azadón de escarbador lateral Espantapájaros Pala Hacha de piedra Cuchillo de piedra Palo para cosechar frutos de palma Gancho de mezquite	Cinzel de mezquite Tenazas de nopal bronco Sacudidor de semillas	Trampa Red para pescar Anzuelo e hilo Arpón de dos puntas Trampa de cestería para peces Veneno para peces Bandeja de cestería Escalera
Procesamiento	Mortero y mano Metate y mano Bandeja de cestería Piezas de cerámica (olla, jarra, tazón, plato, charola, cazo, cuchara, taza) Cuchara de concha Mezclador de papilla Cazo de calabaza Cordería Punzón Enderezador de eje de flecha Raspador Broca para hacer fuego Paleta de madera para cerámica Yunque Broca de punta de piedra con mango	Mortero y mano Metate y mano Cuchillo de piedra Bandeja de cestería Cepillo Canasta para cocinar Piezas de cerámica (olla, jarra, tazón, plato, cazo) Mezclador de papilla Cazo de calabaza Cordería Punzón Aguja Enderezador de eje de flecha Raspador Broca para hacer fuego Pala Yunque	Metate y mano Madera y dentadura de tiburón Cuchillo Cuchillo de piedra Retocador de hueso Tazón de cestería Tazón de madera Taza de concha Punzón Broca para hacer fuego

	Grupos del delta del río Colorado	Yumanos occidentales	Grupos del centro y del sur
Almacenaje	Canasta granero Canasta para guardar Olla de cerámica Calabaza	Canasta granero Canasta para guardar	Bolso de fibra Bolso de piel de mamífero marino
Personal	Falda de corteza de sauce Manto de corteza de sauce Manto de piel de conejo Cobija Colchón Taparrabo Sandalia	Delantal Manto de ante Manto de piel de conejo Cobija de piel de conejo Colchón Taparrabo Sandalia	Delantal de fibra de agave Falda de fibra de palma Falda de carrizo Delantal de piel de venado Manto de piel de pelícano Manto de piel de conejo Sandalia

vegetales los más básicos incluyeron mezquite, mezquite dulce, arroz salvaje y quelite. Alimentos vegetales importantes que eran obtenidos fuera del área del delta incluyeron piñón, bellota y agave, ya fuera recolectados directamente por la gente del delta en caminatas estacionales a los pies de las montañas y a las montañas al oeste, o bien a través del intercambio con los diegueño occidentales y los paipai. Para los cucapá, la caza y la recolección de mariscos parecen haber tenido sólo una importancia menor, pero la pesca fue una fuente más importante. Una gama considerable de técnicas de preparación de alimentos ha sido documentada sobre los cucapá; registros mucho menos completos sugieren que gamas similares o ligeramente reducidas de técnicas de preparación de alimentos fueron igualmente utilizadas por otros bajacalifornianos nativos. Las técnicas de preparación entre los cucapá incluyeron el pelado, el descascarado, el partido, el trillado, el cribado, el lavado, el remojo, el fermentado, el sancochado, el amasado, el molido, el triturado, el machacado, el abrasado, el horneado en pozo, el asado, el hervido y el secado al sol. Parece haber poca información disponible sobre medicina aborígen entre estos grupos. Una parte importante de la cultura material en el delta estuvo basada en la fibra de unas cuantas plantas, particularmente el mezquite, el mezquite dulce, la cachanilla, el carrizo y el sauce. También fue bien desarrollada la tecnología cerámica, mientras que la cestería tuvo sólo un papel secundario. Unas cuantas notas sobre recursos líticos utilizados por los cucapá y los kamia fueron registradas por Gifford (1931, 1933).

Datos importantes sobre el uso de fuentes de alimentos y cultura material entre los yumanos occidentales fueron recolectados por Meigs (1939) y Drucker (1941), e información sobre fuentes de alimentos fue sintetizada hábilmente por Hicks (1963).⁴⁷ Los alimentos básicos de los yumanos occidentales al parecer incluyeron agave, piñón, bellota y una gama bastante amplia de plantas de las comunidades de chaparral y salvia costera; conejo, pescado y venado fueron fuentes importantes de alimento animal, probablemente en dicho orden. El papel de los mariscos y el pescado en las dietas aborígenes probablemente ha sido subrepresentado en los reportes etnográficos disponibles, los cuales fueron derivados de los grupos sobrevivientes, habitantes predominantemente de tierras centrales de esa región. Para los paipai existe información notablemente detallada sobre usos medicinales de plantas nativas (Owen 1963; Hinton 1975), aunque dicho cuerpo de información también contiene una gran mezcla de prácticas post-contacto.

Con respecto a los grupos nativos de las partes centro y sur de Baja California, reportes pormenorizados sobre su subsistencia fueron compilados por corsarios ingleses en la región del Cabo (Andrews 1979), por los autores de la “Descripción de California” y las adiciones hechas a ella (Aschmann 1966), por los jesuitas del Barco (1980) y Clavijero (1937) desde el exilio, por el dominico Sales (1956) y en un documento de 1790 (Salvatierra 1946:241-268). Aunque los datos son sorprendentemente detallados, el uso de dicha información sobre etnobotánica y etnozoología de las partes centro y sur de la península está algo obstaculizada por las inexactitudes taxonómicas de los observadores del siglo XVIII; el último documento mencionado de 1790, en particular, necesita de edición crítica y comentarios que puedan identificar los recursos a los que hace referencia. La discusión moderna más exhaustiva sobre subsistencia aborígen en la región del desierto central, basada sobre estos datos, fue preparada por Aschmann (1959). Carter (1970), Moriarty y Moriarty (1971) y Mathes (1980, 1981a) también presentaron resúmenes. Pitahaya, agave, palo verde y San Miguel (*Antigonon leptopus*) estuvieron al parecer entre las fuentes vegetales de alimentos más importantes en las partes centro y sur de la península, junto a conejos, venados, pescados y mariscos, todas estas fuentes importantes de alimentos animales.

⁴⁷ Véase también Estrada Ramírez y Fardlow Espinoza 2005; Wilken-Robertson 2011.

Asentamiento y organización social

Bajo este rubro serán considerados los sistemas por medio de los cuales los nativos bajacalifornianos organizaron sus vidas entre otras personas: los papeles variados asignados a individuos, por edad, sexo, parentesco y logros; la estructuración de las comunidades y otras entidades colectivas con liderazgos y territorios; así como las relaciones de hostilidad o cooperación entre comunidades.

División del trabajo. Lo primero a discutir será la organización de la división del trabajo en las varias porciones de la península. Las divisiones por sexo fueron importantes; las divisiones por edad estuvieron generalmente presentes, pero no de manera fuertemente marcada; las divisiones basadas en el parentesco o logros individuales fueron generalmente menores o no existieron.

Entre los cucapá y los kamia del delta del río Colorado, parece haber prevalecido una importante pero no reciamente formalizada división del trabajo por edad y sexo; igualmente, la división del trabajo por parentesco o logros individuales fue menor o incluso inexistente. La importancia de las divisiones por sexo ha sido evaluada de diversas maneras. Según Castetter y Bell:

A través de toda el área [del bajo río Colorado] hay una división bastante marcada del trabajo, realizando los hombres las labores agrícolas más rudas como la limpieza de los campos, la siembra, el cultivo y el riego, aunque las mujeres pueden ayudar si así lo desean. Por el otro lado, la cosecha y cuidado del cultivo era una prerrogativa casi exclusivamente femenina. En cuanto a las labores no agrícolas, la caza, la pesca, la guerra, la preparción de pieles y de las ropas de piel, la manufactura de cuerdas, herramientas y armas, así como la construcción de casas, correspondió a los hombres, mientras que la recolección de alimentos silvestres y su preparación, al igual que la de alimentos cultivados, la hechura de canastas, etc., se reconocían como tareas femeninas [Castetter y Bell 1951:245-246].

(Las mujeres también eran alfareras entre los yumanos (Drucker 1941:107; Gifford 1931:42).) Kelly, por el otro lado, vio la división del trabajo por sexos entre los cucapá como “mínima”, más allá de ciertas responsabilidades generalmente definidas (Kelly 1977:25). Las diferencias de interpretación entre Kelly y Castetter y Bell sobre este tema parecen haber radicado básicamente en el énfasis en vez de la sustancia. El reporte de Kelly estableció claramente que la mayoría de las tareas de subsistencia fueron consideradas específicamente dentro de la esfera masculina o femenina, pero que los miembros de cada sexo podían cruzar libremente dichas divisiones y ayudar a los otros cuando sus colaboraciones estaban disponibles o eran necesitadas, al menos dentro de las esferas del trabajo agrícola, la recolección y el procesamiento de alimentos. Posiblemente la caza y la pesca fueron tareas exclusivamente masculinas. La situación es menos clara con respecto a las manualidades. Fue reconocida una clara división sexual de responsabilidades en la manufactura de elementos de cultura material. Llama la atención que esta división no asignara completamente la responsabilidad de la manufactura a los usuarios de un producto particular terminado. Es incierto si la división de las responsabilidades de las manualidades fue rígida o flexible, como la división en la agricultura y la recolección.

La división del trabajo por edad parece haber estado menos estructurada que la división por sexo entre los cucapá y los kamia. Los niños, según sus habilidades, aprendían de y ayudaban a sus padres en el trabajo de los adultos. Fue empleada una sucesión de términos basados en edad (por ejemplo, Gifford 1931:51-52, 1933:287), y las definiciones por grado de edad eran

ligeramente diferentes para mujeres que para hombres (Kelly 1977:101), aunque dichas distinciones por edad parecen haberse relacionado más con roles reproductivos que con papeles en la producción económica. La gente mayor, particularmente las mujeres, tuvieron una carga mayor en las labores de recolección, pero la distinción parece haber sido en términos cuantitativos en lugar de cualitativos, y no estaba fuertemente formalizada.

Los liderazgos entre los cucapá y los kamia al parecer fueron diplomáticos, militares y relacionados a varios papeles en el reforzamiento de la cosmovisión, a través del manejo de ceremonias y por medio de la oración; parecen no haber tenido significancia económica importante. Por lo visto, los líderes no proveían ninguna dirección en las tareas de subsistencia más allá de ser fuentes de información, y tampoco estaban exentos de las responsabilidades normales de subsistencia.

Existe poca información disponible sobre la división del trabajo entre los yumanos occidentales. Evidentemente, la caza fue por lo menos básicamente una responsabilidad masculina. La recolección fue principalmente una responsabilidad femenina, pero los hombres también desempeñaron papeles importantes en la procuración de fuentes mayores de alimentos como bellota, piñón y agave. La manufactura de cerámica era realizada por las mujeres, y varios informantes afirmaron que otras manualidades recaían específicamente en un sexo u otro, aunque los datos no son completamente consistentes con respecto a esa división. En general, según la evidencia disponible, la división del trabajo por sexos entre los yumanos occidentales parece haber sido similar en fuerza y estructura a la de los yumanos del delta. No hay información sustancial disponible sobre roles por edad entre los yumanos occidentales. El liderazgo entre los mismos fue similar al de los yumanos del delta, en cuanto a que careció de importancia económica mayor. Una pequeña excepción a esta última generalización se relaciona con el liderazgo de la caza comunal de conejos, pero incluso en este caso se decía que los maestros de caza eran escogidos “casualmente” y al parecer no tenían un papel económico continuo o prerrogativas especiales (Drucker 1941:133).

De acuerdo a las interpretaciones usuales de la mayoría de los misioneros-exploradores sobre la división sexual del trabajo entre los indios de Baja California, las mujeres eran las recolectoras de recursos vegetales y cocineras, mientras que los hombres hacían la caza y la pesca. Dicho punto de vista fue expresado por Clavijero:

Las mujeres son las que hacen las redes, reparan las charolas hechas por los hombres, los asisten en la recolección de frutos y semillas de los cuales viven, y preparan la comida. Las ocupaciones seguidas por los hombres son la caza, la pesca y la guerra [Clavijero 1937:99].

Una interpretación con mayor énfasis en el papel de las mujeres fue ofrecida en la “Descripción de California” de los años 1750:

Las mujeres son las que mantienen a el marido e hijos con la comida y proveen de leña que es su abrigo para la noche. Ellas en sus continuas peregrinaciones y viajes cargan con todo el ajuar e hijos y aunque en varias partes, especialmente entre la nación laimona o cochimí, cargan las mujeres el arco y flechas para que sus maridos anden holgazanos [Lazcano Sahagún y Perić 2001:323].

La última fuente posteriormente añadió que “la caza es la actividad que ordinariamente es llevada a cabo por los hombres que son físicamente capaces de hacerlo” (Aschmann 1966:62-63). De nuevo, de acuerdo a del Barco,

Según la costumbre antigua, general en toda la California, el mantenimiento de la familia corre por cuenta de las pobres mujeres. Ellas han de buscar la comida para sí mismas, para sus maridos y para sus hijos. Han de traer agua para beber, y leña para calentarse, para tostar las semillas y para dormir.... Los hombres o se están ociosos todo el día, o se ocupan algunas veces en hacer flechas o arcos; o cuando más hacen, van a sus casas más por diversión que por otro motivo ...vuelven frecuentemente sin nada y muy hambrientos a que sus mujeres les den de comer.... Las playanas tienen en esto más alivio, porque sus maridos pescadores más fácilmente hallen su socorro en el mar, pescando, que los serranos en la tierra con sus cazas [Barco 1980:203].

De manera similar, el dominico Sales escribió:

el cuidado de la comida es peculiar de la muger, pues el hombre se debe contemplar como un ocioso vagamundo; y aunque la muger tenga hijos, esté en cinta ó que acabe de parir ó esté vieja, siempre ha de buscar agua, comida, leña y quanto es necesario para la subsistencia, aunque sea precioso, como acontece, caminar quatro, cinco ó seis leguas para buscar semillas silvestres, y entónces andan ellas solas sin hombres y vuelven cargadas con todo como si fueran mulas [Sales 1960:33].

Sales también sugirió posteriormente que los hombres eran “muy buenos pescadores” y “cazadores hábiles” (Sales 1956:27).

Un énfasis mayor sobre la caza y la pesca en la región del Cabo fue reportado por el corsario inglés Shelvocke en 1721, quien remarcó que “su dieta, creo, consiste mayormente en pescado ... ellos raramente carecen una provisión para éste, siendo los hombres expertos arponeros” (Andrews 1979:97) y “las mujeres comúnmente salen con ellos al monte en busca de Caza, que es su principal empleo” (Andrews 1979:100). Sin embargo, del Barco comentó, específicamente sobre los pericú, que “éstas eran las que cuidaban del sustento de la familia, y traían, a competencia, a sus maridos él frutos y semillas del monte para tenerlos contento” (Barco 1980:191). El misionero jesuita Taraval, con experiencia en la misma región, observó que “las mujeres en las Californias son las que trabajan, procurando y abasteciendo todos los alimentos para sus maridos” (Taraval 1931:123). En otro lugar, escribiendo específicamente sobre la isla de Cedros, Taraval observó que

la muger es la que carga todo el trabajo, assi de buscar semillas, y frutas, como en sazonarlas: ocupacion, en que rara vez se emplean los hombres. La de estos, quando no es tiempo de caza, o pezca, es ninguna; y assi lo mas dela vida se passan ociosos. Si esto hazen los Californios, mucho mas los dela Trinidad [isla de Cedros], donde tienen mas frutos [Venegas 1979:IV, 407].

Baegert, trabajando en San Luis Gonzaga sobre el llano de Magdalena, tuvo una interpretación notablemente diferente sobre la división sexual del trabajo, o más bien de la falta de la misma:

Toda ciencia, trabajo y ocupación de los hombres indios ... consiste en hacer arcos y flechas.... Las mujeres, por el otro lado, no saben otra cosa que hacer para ellas mismas y por su parte los pequeños delantales mencionados anteriormente. Con respecto a la cocina, cada persona se cocina a sí misma, y todos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, se concentran en cocinar tan pronto como son capaces de moverse y agitar el fuego. Cuando las cosas arriba mencionadas (arcos, flechas y delantales) son hechos, todos los nativos, grandes o chicos de ambos sexos, no hacen más durante todo el año que buscar comida, consumirla, dormir, charlar y estar ociosos [Baegert 1952:65].

Marido y mujer vagarán por donde les plazca el uno o el otro. No vivirán juntos durante varias semanas sin previo conocimiento o permiso mutuo. Con lo que respecto a los alimentos para su mantenimiento, el marido no le provee a su mujer, y tampoco la mujer a su marido, ni a sus hijos más allá de la infancia. Ambos padres comen lo que tengan o encuentren, cada uno para sí mismo, sin preocuparse por el otro o por su prole. (Baegert 1952:73)

Es posible que ciertas variaciones regionales en cultura nativa estén reflejadas en las diferentes interpretaciones de la división sexual del trabajo. Es más probable, sin embargo, que los contrastes reflejen sólo diferencias en la intensión de polemizar o enfatizar por parte de los observadores. Los hombres fueron probablemente los principales o exclusivos pescadores y cazadores en todas partes; la importancia de dichas fuentes animales de alimento posiblemente varió localmente de moderadas (por ejemplo, en la región del Cabo) a menores (por ejemplo, en el llano de Magdalena). No existe información clara sobre quién recolectaba moluscos. Los alimentos vegetales fueron probablemente en todas partes responsabilidad de las mujeres, pero en muchas áreas, al menos, los hombres también realizaron importantes cantidades en la recolección de alimento vegetal. El procesamiento y la elaboración de alimentos fue una responsabilidad femenina, o bien una tarea compartida. Como era el caso más al norte, las manualidades tendieron a estar específicamente asignadas a un sexo u otro, a veces según el usuario del producto terminado, pero en otras ocasiones no.

En los párrafos citados no se ha sugerido más que una débilmente desarrollada división del trabajo por edad. Los niños parecen haber sido responsables en gran parte de su propia subsistencia tan pronto como eran físicamente capaces de hacerlo. En la literatura etnohistórica son hechas unas sugerencias sobre los papeles separados para hombres y mujeres mayores: los hombres cazaban hasta que eran incapaces físicamente de hacerlo (Aschmann 1966:62-63); un niño debía ser dejado al cuidado de una mujer mayor mientras su madre iba en busca de alimento (Baegert 1952:74); los hombres y mujeres mayores se reducían en ocasiones a comer arañas (Aschmann 1966:63). La impresión es que las capacidades individuales en lugar de roles formalmente definidos determinaban dicha variación por edad.

Como era el caso en el norte, la mayor parte de los informes etnohistóricos indicaron que los líderes tuvieron papeles relacionados al manejo de conflictos intercomunitarios y a la religión, no a propósitos económicos, y existe poca evidencia de que ellos hayan disfrutado privilegios económicos importantes. Una excepción parcial es la interpretación de Venegas y Burriel:

ni las Rancherías ni las Naciones tenían Jefe y Superior, a quien debiesen obedecer, o cuya autoridad reconociesen con alguna especie de tributo, o con ceremonias exteriores. Cada familia se gobernaba por sólo su antojo.... Sin embargo, había en las Rancherías y aun en las Naciones, ya uno, ya dos, ya más, que daban las órdenes para la colección de frutos, pescas y para las expediciones militares [Venegas 1943:I, 74-75].

Otra excepción puede haberse relacionado con algunos chamanes, quienes aparentemente recibían recompensas económicas significativas por sus trabajos de curación. Una exposición extrema con respecto a ello está contenida en un comentario de Sales:

se vén obligados por el timor (pues continuamente [los chamanes] les amenazan con la muerte) á darles las semillas silvestres que traen las mugeres, á servirles con el mayor empeño, á condescender con quanto quieren, á buscarles leña, agua, pescado, y todo lo demás, y dichos viejos pasan una vida muy holgazana, sin tener que afanarse por la comida ni bebida [Sales 1960:43].

La preponderancia general del testimonio sugiere, sin embargo, que cualquier dirección ofrecida con respecto a las tareas de subsistencia fue informal y no obligatoria, y que los religiosos y otros líderes no derivaban grandes partes de su subsistencia de las gratificaciones por sus oficios.

Una intrigante aunque aislada referencia a una posible clase económica baja fue ofrecida por Sales:

Aunque los Indios Californios son pobres ... hay entre ellos otros mas pobres: á estos jamás se les oye una palabra quando conversan los demas; se ponen en un rincon, comen los desperdicios de los otros, son obedientes á todos, y si acaso los maltratan mucho, huyen á los bosques, y allí viven solo como fieras. (Sales 1960:34)

El pasaje precedente es difícil de interpretar. Una posibilidad es que la gente a la que se refiere fue equivalente a los *kwitxals* diegueño, de los que se hablará más adelante. Es decir, esta “clase” pudo haber estado compuesta por miembros de un grupo de parentesco o grupo territorial que no tenía derechos en la localidad donde estos individuos se encontraban (probablemente por desplazamientos en el periodo histórico), y los individuos pudieron haber sido tolerados allí sólo a regañadientes, con un estatus inferior.

Estructura familiar. Las responsabilidades de la reproducción biológica y cultural de la sociedad cucapá y kamia recaían básicamente en la pareja monógama. El matrimonio ocurría a menudo o completamente por la propia iniciativa de las parejas, el divorcio era común y aceptado. Algunos hombres tenían más de una mujer simultáneamente, pero ésta no parece haber sido una práctica común. En la crianza de los hijos, éstos eran explícita y frecuentemente advertidos por sus padres sobre el comportamiento adecuado. Las ceremonias de iniciación de edad al parecer funcionaron como ritos marcadores de un cambio en su estatus social, y no habían servido como ocasiones para la instrucción cultural formal.

La estructura nuclear familiar era similar entre los yumanos occidentales. Se decía que los matrimonios eran en ocasiones arreglados por la familia de la futura novia, pero normalmente la iniciativa era de la misma pareja. La poligamia era practicada pero raramente. Se decía que el levirato y el sororato eran patrones opcionales entre los diegueño (Drucker 1941:138).

El patrón general de matrimonio en todas partes de la península era la monogamia, con la poligamia tolerada casi en cualquier sitio al menos como una variante menos usual. Se decía que la poligamia era más frecuente entre los pericú en la región del Cabo, que en cualquier otro sitio (Aschmann 1966:68-69; Barco 1981:49; Clavijero 1937:104; Venegas 1943:I, 81); sin embargo, Jacinto Cortés describió a los pericú en 1642 como monógamos (Pérez de Ribas 1645:442). De acuerdo a Sales (1956:31-32), la poliginia no era permitida en ciertos lugares específicos, incluyendo El Rosario, aunque su aceptación era la regla en cualquier otro lugar. Al parecer el divorcio era fácil en todas partes. El matrimonio era evidentemente usual o bien universalmente por iniciativa de la pareja misma. Las prácticas del levirato (Sales 1956:32) y del sororato (Baegert 1952:88) fueron atestiguadas, al menos en algunas áreas.

No se reportan indicaciones de instrucción institucionalizada de niños en aspectos no religiosos de la cultura nativa. De nuevo, un comentario extremo viene de Baegert:

Nada causa menos problema y preocupación a los indios californios que la educación de sus hijos. Toda la enseñanza se restringe meramente a su alimentación cuando son aún incapaces de buscar su propio sustento.... Una vez que ellos son lo suficientemente fuertes, y han aprendido a ayudarse a sí mismos, es igual para los jóvenes tener o no tener padres. Tampoco tienen que esperar por instrucciones o cuidado, ni temer amonestaciones, castigos, órdenes, prohibiciones, una cara agria o un buen ejemplo. Ellos

pueden hacer como quieran y comportarse como deseen [Baegert 1952:75].

Una referencia a una “escuela” entre los monqui de Loreto, parece referirse exclusivamente al entrenamiento en materias supernaturales:

Los indios de la Nación de Loreto tenían escuelas, en que estos Doctores de la Nación enseñaban a los niños los ... Dogmas, y algunas otras necedades inútiles, con toda la recomendación de verdades muy importantes. Retiraban para esto a los niños a algunas cuevas o parajes apartados de los bosques y allí enseñaban a formar ciertas figuras en unas tablas [Venegas 1943:I, 94].

Grupo de parentesco, comunidad y organización nacional. La reconstrucción de niveles de organización social aborígen sobre la familia nuclear involucra problemas interpretativos más difíciles. Unidades basadas en parentesco, en comunidades residenciales y en grupos étno-lingüísticos fueron importantes cada uno en varios casos. Las funciones económicas de dichas unidades incluyeron la contribución de pequeñas cantidades de labor cooperativa, pero la validación y defensa de los derechos sobre los recursos, así como la provisión de contextos ceremoniales dentro de los cuales el intercambio de bienes y recursos tomaban lugar, fueron evidentemente las funciones más importantes de estas unidades.

Con respecto al parentesco, los cucapá y los kamia del delta del río Colorado pertenecieron a grupos (*shimules*) de parentesco denominados, patrilineales, exógamos, no localizados y no autónomos (Gifford 1918; Kelly 1942, 1977). Las funciones adaptativas de los *shimules* no han sido esclarecidas en las discusiones etnográficas sobre ellos. Una posible interpretación sobre los *shimules* cucapás es que éstos eran instrumentos de integración “a nivel nacional”, útiles para trascender las comunidades locales o los grupos residenciales, para socavar cualquier tendencia hacia la escisión que pueda haber emergido con base en lealtades locales y para promover interconexiones al interior en un nivel mayor, así como lealtades dentro del grupo etnolingüístico. Los nombres de *shimules* cucapás particulares a menudo coinciden con aquellos grupos de parentesco cognados en otros grupos étnicos, particularmente entre yumanos occidentales, sin duda reflejando un origen histórico en común. Sin embargo, los miembros de *shimules* de diferentes grupos étnicos no parecen haber reconocido como parientes a miembros de *shimules* denominados de manera similar. En un caso específico, Kelly (1942:680) reportó que un hombre diegueño occidental perteneciente al *shimul kwatl* de aquel grupo, se mudó a territorio cucapá y fue asimilado culturalmente a ellos. Al inmigrante diegueño y a sus descendientes les fue otorgado el nombre *shimul* de *kwatlwa*, que los distinguía tanto del *shimul* cucapá *kwatl*, con el cual ellos no tenían un parentesco hereditario conocido, y del *shimul* diegueño *kwatl*, con el que se sabía estaban emparentados pero cuya lealtad presumiblemente ya no les pertenecía. Una interpretación algo similar sobre los *shimules* kamia es posible, aunque complicada por el hecho de que los kamia reconocían *shimules* del mismo nombre entre los diegueños occidentales como idénticos a los correspondientes *shimules* kamias. Como se discutirá más adelante, los *shimules* de los yumanos occidentales parecen haber desarrollado funciones un tanto diferentes, pero los kamia y los diegueños occidentales no eran antagónicos al otro, y la ambigüedad en sus instituciones sociales y posibles lealtades en conflicto probablemente no causó problemas serios en este caso.

Más allá de los *shimules*, existieron niveles locales y/o “nacionales” de organización social entre los kamia y los cucapá. Los kamia, un grupo relativamente pequeño, estaban unidos bajo un solo líder político y evidentemente actuaban como una unidad durante la guerra. Los cucapá, al menos durante fines del siglo XIX, estaban divididos en cuatro “grupos locales”, entidades que no estaban reconocidas distintamente en términos nativos pero que tenía cada una su propio líder. La

evidencia sugiere que estos cuatro grupos locales eran unidades relativamente inestables. Una entidad más efectiva, al menos en lo que respecta a la guerra, era la “nación” cucapá como un todo, a pesar del hecho de que carecía de liderazgo unificado. La larga persistencia de los kahwan y los halyikwamai en el registro etnohistórico sugiere que estos dos grupos (quienes, como se discutió en el Capítulo IV, probablemente hablaban variantes del cucapá) también eran entidades políticas autonómicas, a la par de la nación cucapá propiamente dicha. Los kahwan y los halyikwamai estaban probablemente por lo menos tan unificados como los cucapá; incluso pueden haber estado más unidos, con un liderazgo “nacional” verdadero, en este sentido más similares a los totalmente tribales quechan y mohave hacia el norte, en lugar de a sus parientes lingüísticos más cercanos en el delta.

Sobre el nivel de “tribu” o “nación”, se ha sugerido un sistema de alianzas semi-estables en el área del bajo río Colorado (Forbes 1965; Kroeber 1954; Stone 1981; White 1974). Los kamia generalmente se alineaban con los quechan y los mohave, mientras que los cucapá se alineaban con los maricopa y los pima. Existe cierta incertidumbre sobre si efectivamente o no los kamia y los halyikwamai se alineaban regularmente con el grupo cucapá; no es improbable que su posición con respecto a las alianzas fuera cambiante. El sistema de alianzas, como las unidades étnico-lingüísticas, puede ser interpretado como una respuesta a las fuertes necesidades defensivas y oportunidades de ofensiva en una parte de Baja California donde las propiedades de la tierra eran singularmente valiosas pero inestables en virtud del flujo del río, y donde los cultivos en el campo y los recursos de alimentos estacionalmente almacenados representaban el valor económico sustancial y vulnerable.

La organización social de los yumanos occidentales sobre el nivel de la familia nuclear tuvo tanto similitudes importantes como diferencias notables con respecto a la de los yumanos del delta. Los yumanos occidentales también tuvieron *shimules* o grupos de parentesco denominados, patrilineales y exógamos. Sin embargo, existe cierta divergencia de opiniones sobre si los *shimules* de los yumanos occidentales estaban localizados y eran autónomos, o si por el contrario las comunidades residenciales sin parentesco fueron los grupos colectivos clave en la sociedad yumana occidental. También existen diferencias en cuanto a que si existieron en la región unidades “nacionales” efectivas y liderazgos. Una revisión de las interpretaciones etnográficas sobre estos temas puede ser útil.⁴⁸

Gifford (1918) reconoció a los *shimules* como probablemente grupos localizados para los diegueño del norte, o ipai, en el condado de San Diego, y para los diegueño del sur, o tipai, tanto en el condado de San Diego como en Baja California. La localización era menos clara en el caso de los Ipai, pero la más débil identificación de *shimules* dentro de sitios entre los Ipai fue plausiblemente interpretada por Gifford como resultado de un cambio inducido del exterior durante los periodos misional y post-misional, siendo ese cambio mayor entre ellos que entre los tipai. Ambos grupos tuvieron líderes de *shimules*, o *kwaipais*, quienes, entre los ipai, se reportaron que habían heredado sus cargos, pero que entre los tipai se decía que habían sido “seleccionados” por sus compañeros miembros del clan. Se decía que una comunidad Ipai multi-*shimul* en Pamo tenía un líder electo de la aldea (también llamado *kwaipai*), además de los *kwaipais* hereditarios de los *shimules*.

Spier (1923) registró el *shimul* como la unidad clave de la organización social entre los diegueño del sur. Cada *shimul* fue “definitivamente asociado con una ubicación restringida que era probablemente su casa habitual de verano” (Spier 1923:299). Se decía que la conciencia nacional entre los diegueño del sur había sido ligera: “la unidad real, unida por cohesión social, es

⁴⁸ También se discutieron en Laylander 1991.

el grupo local en el que una gens [*shimul*] predominaba, quizás en exclusión a todas las demás” (Spier 1923:298-299). Se había dicho al informante diegueño del sur de Spier cuando era un niño pequeño (quizás en los años 1830s) que los *shimules* “anteriormente vivían en localidades claramente segregadas, pero estaban comenzado a mezclarse” (Spier 1923:301). *Shimules* individuales (o quizás varios *shimules* idénticamente denominados) estaban también asociados con varias ubicaciones diferentes, según los datos de Spier. Cada *shimul* tenía un *kwaipai*: “el cargo es generalmente hereditario, pero con un elemento de selección informal entre los posibles herederos por el pueblo en general” (Spier 1923:309).

Un aspecto interesante del reporte de Spier sobre la organización comunitaria de los diegueño del sur es su descripción sobre los movimientos estacionales:

La ocupación de los territorios gentiles era estacional. El invierno los encontraba viviendo en grupos de gentiles de afiliación mezclada entre los pies de las montañas sobre el límite del desierto del Colorado. En el verano regresaban a las montañas, a la par de la maduración de los alimentos básicos silvestres, pasando el verano en sus respectivos territorios, donde vivían en grupos pequeños alrededor de los valles. El territorio completo no era ocupado al mismo tiempo: cuando una ubicación era cazada o cuando los frutos maduraban en otras partes, ellos se mudaban. En el curso de un año aproximadamente, sin embargo, todos los sitios reconocidos se habrían ocupado [Spier 1923:306].

(Es notable que algunos de los territorios de *shimules* reportados por Spier estaban ubicados en el desierto, no en el territorio montañoso de verano.) Los territorios de *shimules* reportados por Spier no eran sitios de aldeas sino áreas más grandes, que a menudo incluían dentro de un mismo territorio varios sitios de asentamientos denominados, ninguno de los cuales llevaba individualmente el nombre del *shimul* ocupante. En teoría, los miembros de un *shimul* “no podían recolectar productos vegetales ni cazar dentro del territorio de otro sin su permiso. Los dueños ordenarían a los intrusos que se fueran e incluso harían cumplir su voluntad a través de las armas” (Spier 1923:306).

En las entrevistas de Gifford y Lowie (1928:340) a un solo informante paipai, los *shimules* paipais no fueron señalados “como localizados, sino intercalados”.

Los kiliwa, según Meigs (1939:16), estaban organizados en “clanes o linajes ... definitivamente asociados, en las mentes de las personas, con sitios geográficos específicos”. El menor de dos niveles de grupos de parentesco, el *masélkwa*, era “virtualmente sinónimo de ‘ranchería’”. A veces varios *masélkwas* eran agrupados en un linaje más grande, el *ichíupu*. Juntos *masélkwas* e *ichíupus* correspondían a las unidades llamadas *shimules* y términos cognados entre los otros yumanos. Se reportó que los miembros kiliwa del *shimul* hacían excursiones estacionales regulares al exterior de su propio territorio, por ejemplo a las arboledas de piñón en el otoño y a San Felipe en la costa del golfo durante la primavera.

Meigs (1939) también registro *shimules* diegueños y paipais como fuertemente asociados a territorios específicos.

Los datos de Drucker (1937, 1941) sobre organización comunitaria entre los diegueño de ambos lados de la frontera internacional y entre los paipai, tendieron a apoyar los primeros hallazgos de Gifford y Spier. La localización de los *shimules* no fue clara para los grupos en los Estados Unidos, pero fue afirmada para los diegueño de La Huerta y para los paipai. La propiedad privada de la tierra o de los derechos de recolección fue generalmente negada, así como la “tenencia de tierra en común”, pero la posesión de los *shimules* de las extensiones para recolectar en límites reconocidos fue generalmente afirmada, por lo menos para los diegueño en los Estados Unidos. Referencias a tipos de viviendas de invierno en Baja California sugirieron cambios

estacionales de residencia. Los diegueño de los Estados Unidos concuerdan al reconocer un *kwaipai* hereditario del *shimul*. Se pensaba que la posición era generalmente heredada por el primogénito. Que los *kwaipais* pudieron haber ocupado un cargo de acuerdo a la “tribu”, el “grupo” o el “distrito” fue explícita y unánimemente negado. Los informantes de Baja California notaron la presencia de líderes de aldea sólo como una innovación reciente, sin contraparte en los tiempos antiguos.

Luomala (1963) interpretó la organización comunitaria de los diegueño como de una forma algo diferente. Ella enfatizó los comentarios hechos por observadores tempranos sobre la posible naturaleza “rudimentaria” del sistema de *shimul*, su posible evolución desde un sistema de bandas locales sin parentesco, y las incertidumbres sobre la localización del *shimul*. Luomala sugirió que el sistema diegueño combinaba “bandas libres o poco organizadas” con “un sistema de clanes rudimentario” (Luomala 1963:292). En lugar de aceptar el argumento de que las imperfecciones en la localización del *shimul* reflejaban interrupciones post-contacto, Luomala propuso que “clanes rudimentarios ... existieron entre los diegueño antes de la aculturación, pero asumieron mayor significado con el inicio del contacto europeo” (Luomala 1963:291). Cierta énfasis también fue puesto en la flexibilidad de la composición del grupo local de lugar a lugar y a través del tiempo: “Los grupos residenciales varían en tamaño, forma y composición de parientes de lugar a lugar, estación a estación y año a año, de acuerdo al abastecimiento de alimentos” (Luomala 1963:291). Los territorios de caza y pesca, sin embargo, se decía que eran propiedad de los *shimules* (Luomala 1963:286). Uno de los principales tópicos de Luomala fue el *kwitxals*, “vagabundos” diegueños quienes típicamente iban a una comunidad extraña clamando su afiliación con un tocayo distante del *shimul* local. Sin embargo, el nombre *kwitxal* también aplicaba a un grupo familiar temporal o permanentemente separado de su *shimul*, quizás en el proceso de volverse un nuevo *shimul* con un nombre completamente nuevo.

La discusión de Owen (1965, 1966c) sobre la organización comunitaria de los yumanos occidentales se formuló en términos de “bandas” en lugar de grupos definidos explícitamente en términos de descendencia. Sin embargo, parece aparente que las bandas de Owen correspondían esencialmente a los *shimules* que otros etnógrafos describieron. Se dice que las bandas eran grupos denominados y “básicamente virilocales” (Owen 1965:677). Fue notado que, al menos durante el periodo histórico, los asentamientos debieron haber incluido a varias “bandas”, en ocasiones antagonistas, y que los individuos que residían en los asentamientos pero que estaban fuera de las líneas de parentesco significativas no podían compartir los recursos de la “banda”. Según Owen, las bandas aborígenes no tenían líderes (Owen 1966c:5), y tampoco había una organización política extra-banda o un sentido de unidad nacional. Las bandas semi-sedentarias gastaban una parte importante de cada año en un hogar base, pero los movimientos estacionales hacia otras áreas por la banda (Owen 1965:677) o por partes de la banda o por individuos (Owen 1966c:6) fueron esenciales para su sobrevivencia. Owen enfatizó la naturaleza híbrida de la cultura de los yumanos occidentales, que se decía reflejaba variaciones en los recursos disponibles en hogares-base individuales de la banda y el matrimonio entre bandas, dentro y a través de líneas lingüísticas (Owen 1965). Él también enfatizó la “fluidez” de las fronteras (Owen 1966c:5), o la ausencia de límites geográficos sociales rígidos (Owen 1966c:5), significando que el intercambio de ideas y personas ocurría fácilmente y que los grupos se movían necesariamente fuera de sus hogares-base.

De acuerdo a Hicks, la unidad sociopolítica de los diegueño, paipai y kiliwa, era el *shimul* localizado o semi-localizado, políticamente independiente (Hicks 1963:258-259). Hicks notó las posibilidades de variación en la composición del *shimul*, asociada a flujos demográficos o conflictos personales. Se decía que cada *shimul* tenía un líder heredado (*kwaipai*). Entre los paipai,

y probablemente entre otros grupos también, cada *shimul* tenía un área de lugar de origen, donde sus miembros pasaban una gran parte del año, pero afuera de que los movimientos estacionales eran necesarios para recolectar recursos que no estaban disponibles localmente (Hicks 1963:200-201). El uso del área de lugar de origen del *shimul* por fuereños era posible si se obtenía permiso. Áreas identificadas de lugar de origen de *shimules* paipais estuvieron en las regiones de las tierras altas interiores o en las faldas de los cerros en el desierto.

De acuerdo a Michelsen, los *shimules* entre los diegueño occidentales, paipai y kiliwa de Baja California fueron grupos patrilineales y virilocales, con “territorios específicos, bien definidos donde ... tenían derechos residenciales exclusivos de ciertas fuentes de agua” (Michelsen 1977b:2). Los recursos estacionales eran aprovechados por la población altamente móvil operando desde estas bases con posesión exclusiva. Algunos *shimules* tenían subdivisiones, cada una guardando su propia base exclusiva; algunos *shimules* compartían territorios con aliados. “Los kiliwa afirmaban que, tradicionalmente, los territorios de las bandas eran exclusivos en la medida en que fueran tomadas acciones hostiles contra intrusos. En dichos casos, los intrusos no estaban parientes, ni por consanguinidad ni por afinidad” (Michelsen 1977b:5).

En contraste a la mayoría de las interpretaciones precedentes, de acuerdo a Shippek las unidades políticas efectivas entre los diegueño no fueron los *shimules*, sino las bandas territoriales:

Esta organización territorial estaba cruzada por una estructura de clanes (parentesco) compuesta de entre 50 y 75 clanes denominadas esparcidas por todas las bandas territoriales cada clan o *shiimull* tenía segmentos de linaje dispersos en muchas bandas a lo largo de varias zonas ecológicas dentro del territorio kumiai [Shippek 1982:297].

Cada territorio de banda incluía un poblado central y un número de “caseríos” periféricos. Según Shippek (1982:297), “Bajo un cuidadoso interrogatorio, los mayores reiteraron que los *kwaaypaay* fueron normalmente el único adulto hombre de su clan en la banda”. Cuando el *kwaipai* de una banda moría, de acuerdo a los informantes de Shippek, todos los *kwaipais* del territorio diegueño encontraban y seleccionaban un sucesor, quien también era aprobado por los miembros de la banda. Otras expresiones de la unidad diegueña sobre el nivel de bandas incluyeron líderes nacionales en el periodo histórico o líderes multi-banda, así como la presencia de ciertas tierras “tribales”, como las áreas de recolección de piñón en la sierra de Juárez, que se decía estaban abiertas a todos los diegueño pero cerradas a los no diegueño (Shippek 1982:300-301). La mayor parte de la tierra, sin embargo, era “poseída” básicamente por la banda, y secundariamente por secciones del *shimul* dentro de la banda. Cambios en la afiliación de una familia a una banda debía ser aprobado tanto por la nueva banda a la que se estaba uniendo como por los miembros del *shimul* familiar dentro de dicha banda (Shippek 1982:301-302).

Ochoa Zazueta (1978b) afirmó haber encontrado entre los kiliwa cuatro niveles distintos de parentesco territorialmente basados y exógamos, los cuales incluían moieties, clanes (cuatro, o posiblemente sólo tres, para los kiliwa como un todo), subclanes (12 en números) y grupos familiares. Los grupos en los primeros tres niveles se decían ser específicamente instituidos por el mito de creación kiliwa, mientras que los clanes y subclanes eran reportados como totémicos. La residencia era “neolocal” con respecto al asentamiento del grupo familiar, pero dicha movilidad estaba restringida dentro del territorio bien definido del subclan. Se reporta que existía un líder con autoridad para el grupo kiliwa como una totalidad, y esta posición era hereditaria dentro de un clan y subclan específico, siendo estos grupos productores de líderes específicamente designados en el mito de creación.

La revisión precedente de los puntos de vista etnográficos indica el rango de desacuerdo sobre el parentesco y organización comunitaria de los yumanos occidentales. La tabla 15 resume algunas

Tabla 15. Sumario de enfoques etnográficos en varios aspectos de la organización comunitaria yumana del oeste.

	Referencia etnográfica									
	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	(7)	(8)	(9)	(10)
Shimules denominados	+	+	+	+	+	+	+	+	+	+
Shimules patrilineales	+	+	+	+	+	+	+		+	+
Shimules exógamos	+	+	+	+	+	+	+		+	+
Shimules localizados	a	+	+		+	+	+	--	+	+
Shimules en localidades múltiples	a	+	+	+		a		+	+	--
Shimules en localidades compartidas	a	+		+		a	--	+	+	--
Propiedad por familia				--	--		--	+	--	+
Propiedad por shimul		+		+	+	+	+	+	+	+
Propiedad por grupo shimul multiple				--	--		--	+	--	+
Kwaipai de shimul	+	+		+	+	+	--	--		
Kwaipai de comunidad	a			a	--	--	--	+		
Kwaipai electo	a	+			a	--	--	+		--
Kwaipai hereditario	a	+		+	a	+	--	+		+
Asentamiento estacional fuera del territorio		+	+			+	+	+	+	--

Referencias etnográficas: (1) Gifford; (2) Spier; (3) Meigs; (4) Luomala; (5) Drucker; (6) Hicks; (7) Owen (la "banda" igual a shimul); (8) Shipek; (9) Michelsen; (10) Ochoa Zazueta

+ = característica afirmada; -- = característica negada; a = característica presente para algunos grupos; [blanco] = característica no discutida, o discusión ambigua

de estas opiniones. Es posible sacar algunas conclusiones, basadas no en el consenso sino en la preponderancia de la evidencia más fiable.

En primer lugar, puede ser evaluado el carácter de los *shimules* de los yumanos occidentales con respecto a su localización y autonomía. El detalle con el que las asociaciones geográficas para *shimules* específicos y denominados fue reportado por varios etnógrafos, es evidencia convincente de cierto grado de localización de los *shimules*. Parece más plausible que la localización fue aminorada y confundida en los desplazamientos del periodo histórico y el decline demográfico, a que haya sido creado un nuevo sistema de localización por dichos procesos. Al mismo tiempo, existe evidencia sustancial, al menos para el periodo histórico, de que las comunidades residenciales eran a menudo más que grupos de *shimul* únicos y puros, y de que grupos de *shimul* con nombres idénticos eran asociados con varios sitios diferentes (no sucesivos estacionalmente).

Una interpretación consensuada es capaz de dar cuenta de la mayor parte del testimonio etnográfico sobre dichos temas. Desde este punto de vista, los grupos que efectivamente controlaban la tierra entre los yumanos occidentales fueron los *shimules*, o quizás más propiamente dicho, segmentos de *shimul*. Éstos estaban compuestos de individuos emparentados patrilinealmente que residían juntos en el territorio *shimul* durante al menos una parte del año. Mientras que el territorio era exclusivo al principio, puede haber estado abierto normalmente sobre la base de hospitalidad a miembros afines u otros no miembros del *shimul*, siempre que dicha apertura no resultara en un estrés de los recursos. Los miembros de un *shimul* quienes poseían, por ejemplo, un territorio de verano en la montaña, pueden haber compartido dicho territorio con miembros de otros *shimules* durante el verano, y en otras estaciones a su vez miembros del *shimul*

pueden haberse dispersado para disfrutar la hospitalidad de sus varios parientes en otras localidades. En esta visión, el *shimul* fue el grupo colectivo básico de los yumanos occidentales, pero no una comunidad residencial durante todo el año, ni tampoco las comunidades residenciales estacionales correspondían precisamente a los *shimules*.

Las asociaciones dispersas geográficamente de *shimules* denominados específicos pueden ser explicados como el resultado de un proceso de gemación de segmentos de *shimul*, en respuesta a los inevitables flujos demográficos en grupos tan pequeños como dichos linajes, y en respuesta también, sin duda, a conflictos aborígenes inter-grupales. Secciones de *shimules* sobrepoblados pueden haberse movido a áreas libres y asumido su propiedad; los yernos pudieron haber heredado derechos de sus suegros sin herederos; o los *shimules* pueden haber desposeído todas sus pertenencias en el curso de hostilidades.

La interpretación precedente también sugiere que los *kwaipais* fueron líderes del *shimul* originalmente, en lugar de líderes de la banda o de la comunidad. Sin embargo, un solo *shimul* denominado pudo probablemente haber tenido tantos diferentes *kwaipais* como segmentos ubicados separadamente, no habiendo evidencia de *kwaipais* de *shimul* con múltiples asentamientos.

El registro etnográfico asocia a los *shimules* con territorios, en lugar de con sitios de aldeas únicas, específicas y con nombre. Localidades múltiples con nombres son reportadas como agrupadas dentro de áreas relativamente circunscritas. Estos puntos, junto al testimonio explícito de Spier, sugiere que los asentamientos no eran aldeas permanentes, pero sí cambiaban con bastante libertad dentro del rango de los recursos poseídos por el *shimul*, de acuerdo a la disponibilidad de recursos, el estado de relaciones intragrupales y otros factores.

La cuestión de un nivel nacional de organización entre los grupos yumanos occidentales también puede ser abordada. La existencia de unidades colectivas o que poseían la tierra sobre un nivel supra-comunitario, específicamente para entidades lingüísticas-étnicas completas, generalmente no han sido reportadas, o bien, han sido específicamente negadas por los etnógrafos de los yumanos occidentales. Excepciones importantes existen en los reportes de Shippek sobre los diegueño y de Ochoa Zazueta sobre los kiliwa.

No es fácil rechazar las propuestas de Shippek sobre territorios nacionales diegueño exclusivos y sobre procesos de designación a nivel nacional de *kwaipais*, dado el trabajo de campo evidentemente extensivo que subyace a dichas propuestas y lo explícito del testimonio que ha sido reportado a favor de las mismas. (Desafortunadamente, Shippek no fue tan explícita con respecto a la identidad de sus informantes, las circunstancias de sus entrevistas o el grado en el que los testimonios que ella recibió pudieron haber sido contradictorios.) Las propuestas de Shippek son directamente contradichas por otros reportes etnográficos, muchos de ellos recolectados en periodos cercanos por varias décadas a las condiciones primitivas discutidas. Parece poco probable que los primeros informantes fueran ignorantes de, o hayan elegido ocultar dichas instituciones nacionales. En particular, está bien establecido el uso de recursos dentro de los límites lingüísticos diegueño por no diegueño durante el periodo histórico temprano, lo cual presumiblemente refleja prácticas prehistóricas (por ejemplo, Kelly 1977; MacDougal 1907).

Es posible sugerir una posible explicación para el conflicto entre la información de Shippek y otros reportes. Mucho del trabajo de campo de Shippek fue hecho en conexión a casos legales de nativos americanos en los Estados Unidos, incluyendo casos de reclamos indígenas en las décadas de 1950 y 1960. Un punto de debate en dichos casos era si las tierras dentro de las fronteras étno-lingüísticas fueron o no utilizadas o “poseídas” primitivamente por los indios de California. Los testigos expertos en antropología que atestiguaban para los demandantes nativos americanos,

mantuvieron que toda aquella tierra había sido utilizada y poseída y que las tierras no poseídas específicamente por grupos de parentesco individuales o comunidades eran propiedad exclusiva del grupo etno-lingüístico (es decir, “nacional”) (cf. Heizer y Kroeber 1976; Stewart 1978). Esta disputa legal creó un contexto en el que estaban presentes fuertes incentivos para interpretar como nativa cualquier tendencia hacia la unidad nacional que hubiera emergido como resultado de las confrontaciones de los diegueño en periodos históricos contra autoridades externas mexicanas o estadounidenses.

El reporte de Ochoa Zazueta sobre la institución de un líder nacional kiliwa es menos fácil de evaluar, dada la escasez de información etnográfica independiente sobre los kiliwa. El testimonio de Meigs, aunque en relación al periodo histórico, tiende a apoyar a Ochoa Zazueta en este punto. Las analogías con las instituciones de otros grupos yumanos occidentales pueden ser utilizadas sólo con precaución, porque la cultura kiliwa parece haber sido bastante divergente en varios aspectos (por ejemplo, lingüísticamente, y en la falta del mito de creación yumano-takic característico). Siendo un grupo relativamente compacto geográficamente, parece posible que los kiliwa pudieron haber tenido líderes nacionales en lugar de líderes por grupo de parentesco. Sin embargo, la concentración histórica de kiliwas supervivientes en el área de arroyo de León y su necesidad por un interlocutor para negociar con la sociedad mexicana dominante puede también estar dando cuenta de la emergencia de unidad nacional durante el periodo histórico y la proyección de dicha unidad hacia el periodo anterior al contacto. Los reportes de territorios y comunidades separadas basados en el parentesco en el periodo aborigen, y la ausencia de reportes específicos sobre el funcionamiento de un liderazgo o unidad a nivel nacional antes del contacto, pareciera favorecer una adopción bien tentativa del último punto de vista, que las instituciones kiliwa fueron análogas en este aspecto con aquellas de los yumanos occidentales, en cuanto a la falta de una unidad nacional nativa.

La conclusión de que había una falta de unidad a nivel “nacional” entre los yumanos occidentales también se apoya en la probabilidad de que los mismos grupos impliquen importantes vínculos “multi-nacionales”. Se ha dicho que el sistema de alianzas que se centró en el bajo río Colorado y el río Gila incluía a los diegueño, los paipai y los kiliwa como aliados del grupo cucapá-maricopa-pima (Forbes 1965; Kroeber 1925; White 1974). Dicha conclusión es dudosa. Está bastante claro que los yumanos occidentales estaban comprometidos en una interacción económica y social con los cucapá, y no es improbable que los yumanos occidentales participaran en algunos de los conflictos militares en el área del río. No existe una indicación clara de que dicha participación estuviera regularizada u organizada nacionalmente, o que los patrones de amistad o enemistad en el área oriental fueran transferidos a los aliados o adversarios en el área de la montaña. El caso de los diegueño y los kamia ilustra la debilidad de la interpretación del sistema de alianzas, en que los kamia han sido consistentemente identificados como aliados de los quechan y los mohave, y los diegueño occidentales como aliados del grupo cucapá, y sin embargo las relaciones entre los kamia y los diegueño occidentales han sido caracterizadas como cercanas y amistosas. Los conflictos de los yumanos occidentales probablemente fueron librados sobre una base individual o familiar, a veces en base al *shimul* o a la comunidad, pero muy raramente o incluso nunca sobre una base étnico-lingüística.

La evidencia etnohistórica que se refiere a la naturaleza de la organización social sobre el nivel de la familia nuclear entre los pueblos nativos del centro y sur de Baja California es dispersa y bastante vaga. Pueden bosquejarse, sin embargo, algunas conclusiones generales.

La institución clave parece haber sido el asentamiento comunitario local, usualmente nombrado como ranchería. Falta evidencia conclusiva sobre linajes o clanes, pero existen

sugerencias de que las ranherías en algunos casos pueden haber sido unidades de parentesco patrilinear. Shelvocke, en Cabo San Lucas en 1721, se refirió a “clanes diferentes de aquellos que habitan las tierras alrededor de esta bahía” (Andrews 1979:81), aunque probablemente no utilizó el término “clanes” en un sentido estricto, teniendo en mente no necesariamente grupos de parentesco sino quizás pequeñas unidades territoriales, es decir, ranherías. Venegas, mientras negaba cualquier importancia de la herencia de propiedades, sugirió que la membresía a una ranhería pudo haberse basado en el parentesco (Venegas 1943:I, 74). Sales (1956:29) también reportó que las ranherías estaban compuestas de familias de parientes. Aschmann (1959:121-122), al evaluar los datos en los registros misionales, así como los reportes etnohistóricos, encontró indicaciones de exogamia en las ranherías y residencia virilocal.

A través del centro y del sur de la península, los asentamientos fueron estacionales en lugar de permanentes. La afirmación de Sistiaga sobre el área de San Ignacio es típica:

Las tierras no productivas los obligan a vagabundear en busca de yerbas y raíces, y especialmente agua, tan extremadamente escasa en la región. Es sólo con gran ahínco e incesante esfuerzo que se pueden mantener a sí mismos. Para superar el hambre, deben estar en continuo movimiento, forzados a atravesar vastas distancias para recolectar de sus tierras estériles un poco de fruta que algunos de sus árboles producen, lo cual no siempre es fiable.... Estos escasos explican por qué un asentamiento, incluso cuando es pequeño, debe recorrer un extenso territorio para su subsistencia [Burrus 1984:115].

Baegert reportó que los indios

pasan sus vidas vagando sin cesar, empujados por la necesidad de recolectar alimentos. No pueden empezar cada mañana del mismo lugar y regresar a éste al atardecer, porque una pequeña franja de tierra no es suficiente para darles provisiones para todo el año ... muchos de ellos cambiar sus alojamientos para dormir más de cien veces al año. Ellos duermen casi nunca en el mismo lugar y en el mismo territorio más de tres noches sucesivas [Baegert 1952:59-60].

De acuerdo a Sales, “la necesidad de bagamundear para lograr su alimento les obliga á no establecerse en parages fixos. Se mudan continuamente de un sitio á otro, y en distancia de muchas leguas” (Sales 1960:35). Baegert (1982:193) también reportó que no eran posibles asentamientos de más de 100 personas, excepto cerca del océano. Los asentamientos costeros parecen haber sido tan inestables como los otros. Cardona, estando en La Paz en 1615, describió a los indios como “pescadores y gente perezosa quienes se mueven de un lugar a otro dependiendo de la naturaleza de la pesca y del crecimiento de ostras” (Cardona 1974:101). Algunas fuentes refieren a asentamientos costeros escindiéndose en grupos pequeños, algunos quedándose a la pesca y otros moviéndose tierra adentro para recolectar alimentos vegetales. En otros casos, contrastes sociales claros, incluso hostilidades regulares, existieron entre la gente de la costa y la gente del interior. Se dice que algunas de las islas del golfo habían sido habitadas permanentemente, mientras que otras fueron sólo visitadas ocasionalmente (Portillo 1982:483; Taraval 1931:32).

Los comentarios de Baegert (1982:201) sugieren exclusividad territorial: “nadie se ha atrevido a ir fuera de su muy pequeño distrito, en parte por miedo”. Entre las causas principales o pretextos que se ha dicho fueron dados sobre los conflictos inter-ranherías, junto a la brujería y el rapto de mujeres, estaba la negación de acceso a fuentes de alimentos (Burrus 1984:84) o el deseo de robar dichos recursos (Barco 1981:53; Sales 1956:26). Fueron reportados en un caso marcadores territoriales para prevenir intrusos hostiles (Ortega 1944:401).

La información disponible sobre las partes centro y sur de la península, entonces, sugieren

que las ranherías fueron unidades colectivas de tenencia de la tierra, bastante si no que completamente autónomas, quizás basadas en descendencia patrilineal, que cambiaban estacionalmente sus asentamientos y se escindían en ocasiones en grupos familiares más pequeños, aunque aparentemente no eran demasiado fluidas en cuanto a su membresía (a excepción de los intercambios de mujeres en los matrimonios). Como se ha indicado con anterioridad, existieron líderes de ranherías, pero los reportes etnohistóricos generalmente concuerdan en minimizar el grado de autoridad ejercido por ellos.

Existen indicaciones sobre cierto grado de unidad política sobre el nivel de ranhería, al menos en ciertas áreas. Dicha unidad, cuando existió, fue primordial o exclusivamente militar. Además de los conflictos entre ranherías, se dice que había conflictos entre naciones, significando, probablemente, grupos lingüísticos (Barco 1981:53; Baegert 1952:56; Clavijero 1937:101). Cierta grado de liderazgo multi-ranhería ha sido también indicado (Burrus 1984:83; Venegas 1979:IV; 408; 1943:I, 75).⁴⁹

Cosmovisión

Bajo este rubro serán consideradas algunas de las vías, mediante información o ideología, en las que los nativos de Baja California organizaban sus relaciones con su ambiente natural y entre ellos. Asuntos que en gran medida se caracterizan en la cultura occidental bajo el tema general de “religión”, incluyendo ceremonias de todos tipos, chamanismo y creencias relacionadas con lo supernatural, serán las materias principales de esta sección. Otros aspectos del conocimiento, correspondientes más cercanamente a las categorías occidentales de sistemas de valores, estética, ciencia o taxonomía, también serán considerados aquí. Mientras que las secciones anteriores de este capítulo se han centrado en las relaciones adaptativas directas de Baja California con sus ambientes, la cosmovisión puede ser interpretable, fundamentalmente, como un sistema cultural para programar dichas relaciones adaptativas a través de la transmisión de información y el inculcamiento de disciplina cultural.

Cultura material asociada con la cosmovisión. Primero, se pueden examinar brevemente los pertrechos y expresiones materiales de la visión del mundo aborígen. Estos incluyen elementos tales como el adorno y decoración personal, las insignias y parafernalia de los chamanes y los jefes, instrumentos musicales y equipamiento para juegos. La tabla 16 enlista dichos elementos reportados de las tres áreas etnográficas o etnohistóricas mayores en la península.

Puede inferirse que la cultura material ha expresado la visión del mundo en un número de formas diferentes. Los adornos y decoraciones personales ciertamente marcaron la distinción entre los dos sexos; probablemente también sirvieron para distinguir a individuos según grados de edad algo informales, y pudieron haber distinguido a las varias “naciones”, ranherías y linajes. Adornos y decoraciones más elaboradas señalaron la naturaleza especial de ocasiones ceremoniales. También fueron marcados estatus especiales individuales, como aquellos de líder o chamán. La pintura facial y corporal, tocados de plumas y collares de cuentas, piedra trabajada, hueso y otros materiales fueron modos de decoración personal virtualmente universales a través de la península.

Entre la parafernalia especial del chamán, capas de cabello humano, tubos para chupar o pipas para fumar, así como tablas de madera pintadas, talladas o perforadas han sido observadas como características particulares de las culturas aborígenes de Baja California. Estos artículos han sido recuperados arqueológicamente y serán discutidos más adelante en el Capítulo VII. Son

⁴⁹ Acerca de la guerra, vease Des Lauriers 2014.

Tabla 16. Aspectos materiales de la cosmovisión en las culturas nativas de Baja California.

Delta del río Colorado	Yumanos occidentales	Grupos del centro y del sur
Pintura facial y corporal	Pintura facial y corporal	Pintura facial y corporal
Perforación de oreja y nariz	Perforación de oreja y nariz	Perforación de oreja, nariz y labio inferior
Tatuaje	Tatuaje	Pieza cortada de la oreja
Collar	Collar	Collar
Brazalete	Brazalete	Brazalete
Tocado de plumas	Tocado de plumas	Tocado de plumas
Cubierta para la cabeza de piel de venado	Gorro de juncos	Gorro de juncos
Faja	Capa de cabello humano	Capa de cabello humano
Toloache	Toloache	Capa de piel
Tabaco	Tabaco	Cinturón
Pipa de chamán	Pipa de chamán	Tabaco
Águila para sacrificio	Cristal mágico	Pipa de chamán, tubo de chupar
Temazcal	Águila para sacrificio	Palo de chamán
Ramada de luto	Temazcal	Abanico de plumas
Figurilla de luto	Ramada de luto	Choza de chamán
Cremación	Cremación	Senderos rituales
Cabellera de enemigo	Figurillas	Figurilla
Bramadera	Varita de plumas	Casa para figurilla
Tambor	Palo rascador	Tabla pintada, grabada, perforada
Sonaja	Pintura con arena	Cráneo humano
Flauta	Bramadera	Cremación
Raspador	Sonaja	Entierros
Varas para peón	Silbato	Acompañamientos funerarios
Palo y aro	Flauta	Tambor
Aro y pasador	Varas para peón	Sonaja
Dado de ramita	Palo de hockey y pelota	Silbato
Peonza	Pelota de madera	Flauta
Juego de hilo	Aro y pasador	
	Cañuela	
	Peonza	
	Juego del hilo	

(Fuentes sobre el delta del río Colorado: Drucker 1941; Gifford 1931, 1933; Hammond y Rey 1940; Hardy 1829; Kelly 1949a; Pattie 1833; Williams 1973a, 1974. Fuentes sobre los yumanos occidentales: Drucker 1941; Gifford y Lowie 1928; Levi 1978; Meigs 1939; Spier 1923. Fuentes sobre grupos del centro y del sur: Andrews 1979; Aschmann 1966; Barco 1973; Burrus 1984; Cardona 1974; Mathes 1966; Ortega 1944; Portillo 1982; Sales 1956; Taraval 1931; Venegas 1943.)

particularmente notables las capas de cabello humano, utilizadas a través de la península desde territorio kiliwa hasta la región del Cabo, aunque son raras en el registro etnográfico de cualquier otro lugar de Norteamérica (Meigs 1970). “Ídolos” antropomórficos fueron usualmente señalados en los documentos etnohistóricos como ausentes en Baja California, hasta que la frontera misional jesuita alcanzó las partes nortes del territorio cochimí (aunque también ver Mathes 1974b); dichas figuras, de arcilla o madera, aparecen esporádicamente en el registro arqueológico del norte.

El papel del chamán. Los especialistas religiosos a través de la península pueden ser agrupados juntos bajo el rubro de “chamanes”. Sin embargo, existió cierta variación en los poderes y funciones de dichos individuos.

Los chamanes generalmente eran hombres, siendo identificados más consistentemente en las descripciones de sitios en toda la península como los “hombres viejos”. Sin embargo, la presencia de una minoría de chamanes mujeres fue reportada en varios grupos (Baegert 1952:90; Drucker 1941:158; Gifford 1933:109). Entre los grupos yumanos, se decía que había una tendencia entre los chamanes a venir de familias particulares (Gifford 1933:309; Gifford y Lowie 1928:345). En ciertos casos, se consideraba que los individuos habían sido chamanes prospectivos desde el momento del nacimiento. Usualmente entre los yumanos un patrón de sueños desde la niñez hacia adelante preparaba al futuro chamán para su papel, pero en ciertos casos la ingesta de un alucinógeno, el toloache, también era parte de la preparación (Drucker 1941:58; Meigs 1939:62; Spier 1923:313). Durante un sueño o un trance, el chamán prospectivo hacía contacto con un animal ayudante que le enseñaría el conocimiento necesario. Entre los grupos al sur de los yumanos, según Clavijero, los chamanes “eran seleccionados entre aquellos niños que les parecían más astutos y aptos para este cargo. Después de llevárselos a los lugares más secretos en los montes, los entrenaban en sus misterios” (Clavijero 1937:112). En el caso de la isla de Cedros, se decía que los cargos de chamán y líder coincidían (Venegas 1979:IV, 408). En otros casos los reportes históricos tempranos también sugieren cierta coincidencia de funciones religiosas y no religiosas, pero la evidencia es generalmente poco clara.

La más universal de las responsabilidades asignadas a los chamanes en Baja California era el diagnóstico y tratamiento de enfermedades. Frotar al paciente, bailar y cantar, fumar tabaco y chupar y soplar para extraer del paciente un objeto extraño mágicamente introducido, eran los tratamientos básicos del chamán atestiguados en toda la península (por ejemplo, Aschmann 1966:65; Baegert 1952:74; Kelly 1977:74; Meigs 1977:17; Sales 1956:40; Venegas 1943:I, 94). Se pensaba que las dos causas fundamentales de enfermedad eran la brujería causada por enemigos vivos y la pérdida de alma causada por parientes muertos. Tratamientos usuales incluían remover un objeto extraño implantado en el cuerpo por brujería, matar al brujo y recuperar el alma perdida desde la tierra de los muertos. El uso de yerbas para tratar la enfermedad fue también frecuentemente mencionado en los reportes etnohistóricos y etnográficos. Los tratamientos herbales en ocasiones caían dentro de la competencia del chamán, pero a veces eran la responsabilidad de otros especialistas que no estaban relacionados con funciones supernaturales (Aschmann 1966:65; Clavijero 1937:113; Drucker 1941:158; Sales 1956:52). La mayoría de los chamanes al parecer no fueron especialistas, pero al menos entre los yumanos los poderes necesarios para tratar diferentes tipos de enfermedades tenían que ser generalmente adquiridos de manera separada, y había chamanes especialistas en tratar mordeduras de serpiente de cascabel, heridas de diferentes tipos específicos, quemaduras, nacimientos y otros problemas particulares (Drucker 1941:157; Gifford 1933:310; Kelly 1977:74).

Los chamanes estaban casi siempre acreditados tanto para causar enfermedad como para tratarla (Aschmann 1966:65; Baegert 1952:90; Clavijero 1937:114; Drucker 1941:162; Gifford

1933:311; Ortega 1944:420). Un reporte sobre los paipai decía que algunos chamanes curaban enfermedades, algunos las causaban y otros hacían ambas cosas (Meigs 1977:17); más usualmente, la habilidad tanto para curar y como para causar enfermedades parece haber sido atribuida a todos los chamanes. A menudo los chamanes eran focos de hostilidades comunitarias, y podían ser asesinados en venganza por muertes que se pensaba haber causado ellos; entre los cucapá, era impuesto un patrón cultural de bravuconería por parte de los chamanes sobre sus fechorías pasadas, incluso frente a posibles represalias (Kelly 1949b:155).

En ocasiones los chamanes eran acreditados con control sobre aspectos de la naturaleza o sobre la buena o mala fortuna generalizada. Chamanes productores de lluvia y previsores de la misma fueron reportados entre los yumanos (Gifford y Lowie 1928:347; Kelly 1977:73; Meigs 1939:63; 1972:40, 1977:17), aunque la presencia de chamanes del clima entre algunos de los mismos grupos fue negada por otras fuentes (Drucker 1941:158; Gifford 1931:74; Spier 1923:311). Funciones similares sobre el clima también fueron ocasionalmente reportadas más al sur (Aschmann 1966:92; Clavijero 1937:113). Los reportes de los misioneros también describen más generalmente a los chamanes como una amenaza de la hambruna, al hacer la cosecha de la pitahaya, controlar el agua, los animales y las semillas, como prometedores de riquezas y felicidad o amenazadores de enfermedades y otras malas fortunas (Baegert 1982:90; 1952:202; Clavijero 1937:114; Sales 1956:40-41).

Una categoría especial de chamanes de guerra fue distinguida entre los cucapá (Kelly 1977:133). Estos chamanes eran asignados con la responsabilidad de arreglar el tiempo para las incursiones, adivinar la fuerza de los enemigos y por advertir de ataques próximos.

El papel de los chamanes en varias ceremonias comunitarias parece en muchos casos, por lo menos, haber sido sorprendentemente pequeño. La conservación de la parafernalia ritual como las capas de cabello humano, las tablas y las piedras mágicas, generalmente le correspondía en los chamanes. En el desierto central, un chamán tenía el papel clave como orador en la ceremonia de la piel de venado (Burrus 1984:86). Más generalmente, era reconocido el rol de los chamanes como oradores en las fiestas. Incluso se decía que los chamanes predicaban e imponían penitencia, pero esto puede ser una distorsión etnocéntrica por parte de los misioneros (Aschmann 1966:65; Clavijero 1937:115; Sales 1956:38, 42-44; Venegas 1943:I, 95). Fue reportado un papel como dirigentes de las ceremonias de iniciación masculinas (Aschmann 1966:82; Spier 1923:316-321). Los funerales y las ceremonias de duelo fueron en ciertos casos responsabilidades importantes de los chamanes, de quienes se decía viajaban a la tierra de los muertos y podían persuadir a los espíritus de los difuntos para que no interfirieran en los vivos (Sales 1956:45-51). Entre los cucapá y los kamia, existieron oradores funerarios especializados, quienes adquirirían sus posiciones a través de sueños y al parecer se relacionaban principalmente con funciones supernaturales pero que no eran vistos como chamanes (Gifford 1931:57, 1933:295; Kelly 1949b:156, 1977:88).

Una afirmación intrigante pero sospechosa fue hecha por Venegas (1943:I, 93) sobre los pericú, en el sentido de que existieron entre este grupo dos “sectas” en competencia, leales a “dioses” diferentes y cada una con sus propios “sacerdotes” y devotos. Dicho sistema de movimientos religiosos en competencia dentro de una sociedad pequeña de cazadores-recolectores puede parecer altamente inusual. Una posible interpretación a este testimonio puede ser que las “sectas” representaban *moieties* con funciones complementarias, quizás con cierto grado de rivalidad entre los dos grupos.

Ceremonias. El ceremonialismo, o un comportamiento grupal formalizado, fue reportado en toda la Baja California aborígen. La tabla 17 indica referencias etnográficas y etnohistóricas mayores de ceremonias en la península. Las ceremonias reportadas más frecuente y

Tabla 17. Ceremonias de los nativos bajacalifornianos.

Ocasión	Área o grupo	Referencia
Nacimiento	General	Barco 1981:52, 57-61; Clavijero 1937:102, 106; Sales 1956:32; Venegas 1943:1, 82, 84
	Guaycura	Baegert 1952:87, 89
	Kiliwa	Meigs 1939:47
	Paipai	Drucker 1941:139-140
	Diegueño	Drucker 1941:139-140
	Kamia	Gifford 1931:52-53
	Cucapá	Gifford 1933:288-289; Kelly 1977:68-69
Pubertad	General	Aschmann 1966:77, 92-93; Venegas 1943:I, 96
	Guaycura	Baegert 1952:89; Burrus 1984:247
	Kiliwa	Meigs 1939:47-50
	Paipai	Drucker 1941:142-145
	Diegueño	Drucker 1941:141-145; Spier 1923:316-326
	Kamia	Gifford 1931:54-55
	Cucapá	Gifford 1933:291-292; Kelly 1977:98-99
Matrimonio	General	Barco 1981:52; Clavijero 1937:102, 105; Sales 1956:32; Venegas 1943:1, 82
	Guaycura	Baegert 1952: 72-73
	Monqui	Barco 1981:50; Venegas 1943:I, 82-83
	Kiliwa	Meigs 1939:50
	Paipai	Drucker 1941:137; Gifford y Lowie 1928:340-341
	Diegueño	Drucker 1941:137; Spier 1923:310
	Kamia	Gifford 1931:55-56
	Cucapá	Gifford 1933:292-293; Kelly 1977:61-64
Funeral	General	Aschmann 1966:64-65; Sales 1956:36, 48; Venegas 1943:I, 98
	Guaycura	Baegert 1952:79
	Monqui	Aschmann 1966:91-92; Mathes 1974b
	Kiliwa	Meigs 1939:59-60
	Paipai	Drucker 1941:146-147; Meigs 1977:17
	Diegueño	Drucker 1941:146-147
	Kamia	Gifford 1931:56-58
	Cucapá	Gifford 1933:294-295; Kelly 1949b:159-163, 1977:72, 96-98
Duelo	General	Aschmann 1966:92; Sales 1956:48- 51
	Guaycura	Baegert 1952:88-89
	Cochimí	Clavijero 1937:111
	Kiliwa	Meigs 1939:50-60
	Paipai	Drucker 1941:147-150; Meigs 1977:17
	Diegueño	Drucker 1941:147-150
	Kamia	Gifford 1931:58-61
	Cucapá	Gifford 1933:295-298; Kelly 1949b:159-163, 1977:72, 90-99

Ocasión	Área o grupo	Referencia
Sacrificio de águila	Kamia	Gifford 1931:49-50
Fiesta	General	Aschmann 1966:67-68; Ortega 1944:402, 404, 418; Sales 1956:36, 48; Venegas 1943:I, 94-96
	Cucapá	Gifford 1933:286; Kelly 1977:85- 86
Formación de berdaje	Cucapá	Drucker 1941:163; Hammond y Rey 1940:II, 148
Menstruación	Paipai	Drucker 1941:144
	Diegueño	Drucker 1941:144
	Kamia	Gifford 1931:53
	Cucapá	Gifford 1933:289-290; Kelly 1977:72
Cacería, pesca	General	Clavijero 1937:102; Venegas 1943:I, 84, 96
	Paipai	Drucker 1941:103
	Diegueño	Drucker 1941:103
	Cucapá	Drucker 1941:103; Kelly 1977:72
Cosecha de pitahaya	General	Aschmann 1966:92; Barco 1981:51-52; Venegas 1943:I, 83, 96
Ceremonia de la piel de venado	San Ignacio	Burrus 1984:86
Preparación para la guerra	Cucapá	Drucker 1941:134; Kelly 1977:72
Después de la guerra	General	Barco 1981:51-52; Clavijero 1937:102; Venegas 1943:I, 84, 96
	Cucapá	Drucker 1941:135-137; Gifford 1933:300-301; Kelly 1949a, 1977:72, 134-136
Eclipse	Diegueño	Spier 1923:326

extensivamente fueron aquellas que pueden ser interpretadas como ritos de paso, estructurantes formalmente de relaciones entre la comunidad y las etapas de la vida de los individuos, incluyendo el nacimiento, las varias etapas de la maduración, el matrimonio y la muerte. Los funerales y el luto particularmente fueron asuntos importantes (Uriarte de Lang 1977), quizás reflejando los trastornos relativamente grandes causados por la pérdida de un miembro adulto de la pequeña comunidad que tenía una importante o completa autonomía. Las ceremonias que servían principalmente para manejar las relaciones entre las comunidades o las relaciones entre los individuos o comunidades y el ambiente natural, recibieron menos énfasis en la Baja California nativa, aunque estas funciones parecen haber tenido significativamente más importancia en las partes centro y sur de la península que entre los yumanos del norte.

Un rasgo cuasi-ceremonial interesante se relaciona con la compartición de carne entre algunos de los cochimí del norte (Aschmann 1966:33; Baegert 1952:69; Barco 1981:52). Dichos indígenas ataban un hilo largo alrededor de una pieza de carne; la carne era tragada, sacada y pasada a la siguiente persona en el grupo. Los misioneros interpretaron esta costumbre como un índice de extrema pobreza (y vulgaridad) de los indígenas, aunque más probablemente reflejaba un fuerte impulso de igualitarismo y por compartir en un área donde la carne de mamíferos terrestres debió haber sido escasa.

Narrativa tradicional. Las narrativas tradicionales son fuentes potencialmente importantes de información sobre la prehistoria. En ciertos tipos de sociedades, las narrativas orales son directamente relacionables con eventos e instituciones prehistóricos (Vansina 1985). Dicho papel directo de la narrativa tradicional generalmente no está presente en sociedades como las de Baja California nativa, que carecieron de estructuras sociales altamente jerárquicas y de incentivos culturales afines a la preservación de las genealogías y los registros de eventos pasados como carta para prerrogativas individuales y grupales.⁵⁰ Sin embargo, las narrativas que no tienen contenido histórico explícito pueden servir como residuos culturales marcadores de relaciones culturales tempranas entre varios grupos étnicos,⁵¹ así como indicar la cosmovisión cultural, reflejando inconscientemente los valores culturales o instruyendo abiertamente a los escuchas sobre esos valores. Las narrativas clasificadas como “mito” o “leyenda”, más bien que las narrativas más prosaicas de descripción simple, eventos históricos modernos o cuentos de animales para entretenimiento, son de interés básico para la reconstrucción de las visiones del mundo del periodo prehistórico en Baja California. La base para dicha distinción es que el mito y la leyenda, dada su relación con elementos supernaturales importantes y en muchas ocasiones en virtud de su papel en las representaciones rituales, es más probable que hayan retenido una parte más grande de su forma tradicional y contenido por más tiempo. Las narrativas prosaicas registradas entre los grupos de Baja California a menudo contienen prestamos excesivos de fuentes euroamericanas o incorporan situaciones y asuntos históricos o modernos, lo cual puede volver a esas narrativas engañosas como fuentes para la reconstrucción de la cosmovisión específicamente referible al periodo prehistórico. Las narrativas mitológicas o legendarias de Baja California también muestran cierta incorporación de elementos del periodo histórico, pero su transformación parece haber sido generalmente menos común.

Para las partes centro y sur de la península, el registro de narraciones tradicionales es escaso. Fueron preservadas algunas referencias dispersas con respecto a una raza antigua de gigantes (por ejemplo, Barco 1981:85) y de la migración de bajacalifornianos aborígenes desde el norte después de haber sido derrotados en una batalla (Venegas 1979:IV, 517-518). Venegas también informó de tres reportes generales sobre creencias de Baja California en relación a la creación del mundo y la identidad de seres supernaturales, uno aparentemente de los pericú, otro de los monqui y/o guaycura, y el último de los cochimí (Venegas 1979:IV, 523-530). Los reportes desgraciadamente son demasiado cortos para decir mucho sobre las percepciones nativas del mundo. El mito pericú, como ha sido notado en una sección anterior de este capítulo, refirió a dos deidades rivales. Este dualismo puede estar reflejando una influencia del periodo histórico a partir del dualismo euroamericano Dios/Satán; puede ser un eco distante de los dos co-creadores antagonistas de los yumanos y otros grupos aborígenes que vivieron cerca del extremo norte de la península; o el dualismo pericú puede no estar relacionado con otros patrones similares. Sales (1956:35-37) registró piezas cortas de un mito de creación del área de El Rosario, en el territorio de los cochimí del norte. En este reporte de Sales, los nombres del creador, Menichipa, y de su hijo, Emai Cuaño, tienen una similitud sugerente con los nombres de los personajes correspondientes en los mitos yumanos: el Metipá kiliwa, el Mitipa paipai, el Tuchaipa diegueño y el Meñuikunamá kiliwa. La similitud quizás refleja solamente la relación lingüística subyacente entre las lenguas yumanas y el cochimí, o puede haber habido una relación más específica en el mito y la cosmovisión entre estas culturas.

El registro etnográfico de narraciones tradicionales de los yumanos es mucho más rico. Se

⁵⁰ Véase también Laylander 2006c.

⁵¹ Véase también Laylander 2001b.

han publicado narraciones de los kiliwa (Meigs 1939; Mixco 1983; Ochoa Zazueta 1977b, 1978b), los paipai (Gifford y Lowie 1928; Mixco 1977a, 1984b), los diegueño (Curtis 1907-1930:XV, 121-123; DuBois 1901, 1904, 1905a, 1905b, 1906, 1907b, 1908a; Gifford 1918, 1931; Meigs 1971; Spier 1923; Waterman 1910) y los cucapá (Crawford 1983; Gifford 1933; Kelly 1977). Mucho del material narrativo registrado se relaciona con el ciclo mítico de la creación, que en el caso de los paipai, los diegueño y los cucapá está cercanamente vinculado con el mito de creación de otros grupos yumanos y utoaztecas en California del sur y el oeste de Arizona. Este mito de creación común, del cual varias docenas de versiones han sido registradas desde principios del siglo XIX, ha recibido cierto análisis comparativo preliminar (por ejemplo, Gayton 1935; Kroeber 1925:788-792; Morris 1977; Waterman 1909), pero un estudio comparativo sustancialmente más detallado estaría justificado, tanto para clarificar las cosmovisiones de los grupos nativos en cuestión como para examinar procesos de difusión e innovación en la región.⁵²

Un número de funciones y temas pueden ser distinguidos en la narrativa tradicional de los grupos nativos del norte de Baja California. Uno de los elementos funcionales más conspicuos es interpretable como mnemotécnico. Muchos de los reportes describieron la creación de rasgos geográficos o contaron los viajes de protagonistas a través de una sucesión de localidades nombradas que constituyeron el mundo más amplio de los narradores y sus oyentes. Fueron contados los orígenes de animales y plantas particulares; algunas veces las narrativas ofrecieron explicaciones *ad hoc* para las características distintivas de las especies. Los orígenes de los grupos humanos también fueron narrados. Parece plausible interpretar la inclusión de dichos elementos en las narraciones tradicionales como mecanismos de enseñanza o de enculturación, que ayudaron a imponer sobre los individuos dentro de cada cultura una imagen más o menos estandarizada y vívida del mundo en que habitaban.

Otros elementos en la narrativa tradicional parecen haber tenido funciones éticas o morales, proveyendo adoctrinamiento en y reforzamiento del sistema de valores de la cultura. En cualquier medida, ya sea o no aceptada dicha explicación funcional de su inclusión, los valores que fueron expresados en las narrativas deben ser tomados como pistas importantes para los valores mantenidos más generalmente en las culturas nativas (cf. Blackburn 1975).

El cuerpo de la literatura oral kiliwa es particularmente interesante en varios aspectos. Los textos preservados son sustanciales, aunque esencialmente sólo dos grupos de narraciones está disponibles (Meigs 1939; Mixco 1983). (Una tercera representación también fue publicada por Ochoa Zazueta [1978b]. Sin embargo, Mixco [1983:282-284] pone en duda la autenticidad de la versión de Ochoa Zazueta, por lo que ésta no será utilizada aquí). Las narraciones kiliwa son las más sureñas en Baja California que se han preservado en una forma relativamente completa y objetiva de evidencia etnográfica y lingüística. El mito de creación kiliwa es notablemente divergente de la estructura común del mito de creación que fue compartida por el resto de los grupos hablantes de lenguas yumanas, así como por varios grupos utoaztecas del sur de California, incluyendo luiseno, cupeño, cahuilla y serrano. Explicaciones posibles sobre la distintividad de la mitología kiliwa podría incluir (a) una separación temprana de los kiliwa y los otros yumanos, como es sugerida por la oposición lingüística del kiliwa y el yumano nuclear discutida en el Capítulo IV, (b) fuertes influencias del cochimí sobre la cultura kiliwa, y (c) una innovación particular de los kiliwa en este aspecto de la cultura.

Un número de temas éticos pueden ser extraídos de la mitología kiliwa. Uno de ellos es la ausencia de absolutos éticos como los que son encontrados, por ejemplos, en la cultura occidental. En las narraciones kiliwa, no se establecen “tipos buenos” y “tipos malos”, haciendo papeles éticos

⁵² Véase Laylander 2001a.

claramente definidos y consistentes. Un personaje que es el protagonista y se comporta apropiadamente en un episodio, tiene tantas posibilidades de continuar así como de tener el papel opuesto en el siguiente episodio. Conductas apropiadas e inapropiadas son identificables en las narraciones, pero las abstracciones de la bondad o la maldad, puestas aparte de acciones específicas e inherentes en personajes individuales específicos, no parecen haber estado presentes.

La naturaleza de varios vínculos de parentesco es otro tema ilustrado y presumiblemente reforzado por la mitología kiliwa. La relación más fuerte y positiva parece haber sido entre padre e hijo, que son aliados naturales, incluso cuando son extraños el uno al otro. En un episodio de un mito kiliwa, cuando un hijo desobedece a su padre y rompe un tabú, la respuesta del padre no es la venganza activa sino el apartamiento del mundo. En contraste, la relación del hijo con su madre es mucho más ambivalente. En un conflicto, el hijo dejará a su madre para pelear con su padre; cuando su madre y sus parientes matan a su padre, la venganza del hijo incluye matar a su propia madre. Los parientes de la madre también tienden a ser antagonistas para el hijo. Por el otro lado, la abuela paterna es una figura más positiva. La relación entre marido y mujer es una llena de potencial antagonismo. Una esposa puede embrujar a su marido con sangre menstrual, causando a la larga su muerte; un marido puede matar o violar a su mujer. Los niños son valorados. Una mujer cocina adecuadamente para su hijo, mientras que ella puede preparar la comida para su esposo de una manera menos cuidadosa o usando gesticulación obscena. Los parientes de la madre desean tener al hijo, a pesar de su antagonismo con el padre y el apoyo del hijo para su padre en dicho conflicto. Tres mujeres que encuentran a un niño en un episodio inmediatamente quieren adoptarlo (o casarse con él). Generalmente, las lealtades parecen ser más fuertes dentro del grupo de descendencia patrilineal (aunque el vínculo fuerte entre la abuela paterna y el hijo del hijo sería una excepción).

Los seres humanos son los puntos de interés éticos en la mitología kiliwa. Se dice específicamente que los animales y las plantas han sido creados para el uso humano. Una ética ecológica que ponga al hombre a la par de otros aspectos de la naturaleza y que ha sido en ocasiones popularmente adscrita a los nativos americanos, no se evidencia en las narraciones kiliwa.

Dichos temas en la narrativa tradicional kiliwa puede ser interpretada en términos de necesidades de adaptación y enculturación kiliwa. Un resumen tentativo de la mitología de este grupo podría distinguir varios mensajes. Por ejemplo, las características individuales y personales de un ser humano particular, no serían vistas como fundamentales, así como ningún tipo de personalidades supernaturales, ni tampoco las fuerzas de la naturaleza. Lo que sería fundamental sería la estructura de la sociedad kiliwa (básicamente como es expresada en los vínculos de parentesco) y la relación de dicha sociedad con otras sociedades y con el mundo natural (e incluso el supernatural). El poder individual, tanto innato como adquirido en la forma de conocimiento, podría ser visto como importante, pero el mundo es engañoso, y ningún individuo podría ser superior a todos los demás en todas las situaciones. Dichos mensajes podrían comunicar algo de lo que se espera del oyente, estimularlo a hacer el tipo correcto de actividades y conciliarlo con las realidades de su destino.

Extensiones

No está claro hasta qué punto el trabajo de campo etnográfico adicional entre los pueblos nativos sobrevivientes del norte de Baja California podría contribuir a la reconstrucción de la prehistoria peninsular. Contribuciones indirectas del trabajo de campo son ciertamente posibles, sin embargo, notablemente por el uso de historia oral y la tradición para reconstruir con mayor

detalle los eventos del periodo histórico y las condiciones que afectaron a dichos pueblos y por lo tanto a clarificar la interpretación de los primeros registros etnográficos y etnohistóricos. Más directamente, es posible que puedan ser posibles nuevas contribuciones etnográficas en una variedad de campos; áreas como la etnobotánica, la medicina tradicional, la cultura material y la etnogeografía ofrecen cierta promesa, particularmente si se coordinan con las investigaciones arqueológicas. Sin embargo, la medida en que los pueblos nativos del presente poseen información adicional relacionable a la prehistoria de Baja California deberá ser probada en el campo.

Más allá del trabajo de campo, existen otras oportunidades para desarrollar y explotar fuentes etnológicas de información sobre la prehistoria de Baja California. Las fuentes etnohistóricas de la península han sido localizadas y publicadas en una escala impresionante, pero ítems adicionales quedan sin lugar a dudas aún por descubrir. Probablemente es más importante que el trabajo de clasificación, análisis e interpretación comparativa de las fuentes de información etnohistóricas y etnográficas disponibles ha sólo iniciado. Una extensa base de datos comparativa de información etnológica del oeste de Norteamérica espera a ser totalmente utilizada (cf. Jorgensen 1980).

Un número de líneas de desarrollo en el conocimiento e interpretación de la subsistencia aborígen han sido indicadas por investigadores previos, pero no han sido aún exploradas a fondo. Programación estacional en la procuración y uso de recursos es un tópico de importancia central. Cierta síntesis de información sobre esta materia con relación a los cucapá ha sido realizada por Kelly (1977) y sobre los yumanos occidentales por Hicks (1963). Datos adicionales contenidos en los reportes de exploradores y viajeros aguardan por ser utilizados. Un cúmulo considerable de información sobre técnicas de preparación ha sido recolectado, pero casi no se ha hecho análisis del mismo. El análisis puede ser capaz de determinar las razones por las que recursos particulares fueron procesados en las formas en que lo fueron en lugar de otras que podrían haber sido también parte de la tecnología nativa. Existe disponibilidad de cuerpos sustanciales de información sobre otros grupos aborígenes viviendo cerca de Baja California y en un medio ambiente similar (por ejemplo, Barrows 1900; Bean y Saubel 1972; Felger y Moser 1985; Hedges y Beresford 1986). Aunque existe cierta discusión comparativa sobre los cucapá (Castetter y Bell 1951) y los yumanos occidentales (Hicks 1963; Hedges y Beresford 1986), los datos etnobotánicos del centro y sur de Baja California aún no se han beneficiados sustancialmente de la interpretación comparativa, que podría identificar recursos explotados exclusivamente o recursos potenciales no explotados. La consideración de tecnología nativa ha estado generalmente limitada a unos elementos específicos, como la cerámica (Rogers 1936), las embarcaciones (Heizer y Massey 1953) y los atláts (Massey 1957, 1961b). La evaluación de la cultura material de una manera más integrada, por ejemplo a lo largo de las líneas sugeridas por Oswalt (1976), sería fructífera.

La organización social y el asentamiento podrían ser significativamente esclarecidos en varios aspectos, particularmente si se coordinaran con las investigaciones arqueológicas. Por ejemplo, un minucioso tamizado del registro etnohistórico contenido en los reportes de exploradores y viajeros sobre los asentamientos encontrados en localidades particulares, en épocas específicas del año, con tamaños poblacionales estimados, podría ser útil. Los registros misionales, en línea con el estudio preliminar de Aschmann (1954), podría contener información importante para la identificación de asentamientos y de grupos de parentesco.

Una exploración más detallada de la cosmovisión aborígen podría ser también posible. En conjunción con el análisis lingüístico, una reevaluación de la información sobre varios aspectos de taxonomía folk en relación a materias como la etnobotánica, la etnozoología, las estaciones, las estrellas, las direcciones y la geografía, los colores y los sistemas numerales, podría ser de utilidad. Un análisis más exhaustivo del cuerpo preservado de narraciones tradicionales, para sacar temas y

presuposiciones culturales, así como para clarificar relaciones interétnicas culturales, también ser interesante.

VII – ARQUEOLOGÍA Y PREHISTORIA

La arqueología es la subdisciplina antropológica más cercana y directamente asociada con la reconstrucción de la prehistoria. Una definición apropiada de arqueología es que ésta utiliza elementos materiales para reconstruir actividades humanas pasadas. El patrón de los restos, su variabilidad a través del tiempo y su distribución en el espacio generan información sobre los eventos y los sistemas culturales del pasado. Sin embargo, las maneras específicas en que dichos elementos se interpretan a menudo pueden ser cuestionables y controversiales. Iría más allá del alcance de la presente discusión llevar a cabo una evaluación exhaustiva de los métodos arqueológicos para traducir los patrones de restos materiales a generalizaciones culturales. En lugar de ello, muchos de los elementos de la metodología interpretativa serán tomados como algo dado, mientras que otros elementos serán examinados en el contexto de cuestiones específicas interpretativas relacionadas a la prehistoria de Baja California.

El siguiente capítulo se organiza inicialmente de acuerdo al tipo de información que fue recopilada sobre la prehistoria, y no en base al tipo de evidencia utilizada. En primer lugar, se revisará la historia de los estudios de campo arqueológicos en la península. En segundo lugar, se abordarán los problemas y las estrategias en la construcción de cronologías arqueológicas, seguido de la consideración de evidencia en vinculada con varios aspectos de los sistemas prehistóricos socioculturales.

Estudios arqueológicos de campo⁵³

Los reportes de observaciones hechas por euroamericanos sobre el registro arqueológico de Baja California datan desde el descubrimiento y exploración temprana de la península. Aunque el interés inicial se centraba en los indios vivos, y no en los rastros de tiempos pasados, en los informes de los exploradores se hace mención de hallazgos de asentamientos nativos abandonados. Algunos de estos sitios fueron despoblados a la llegada de los intrusos, pero otros habían sido abandonados mucho tiempo atrás. En los primeros reportes se mencionan abrigos rocosos con restos de entierros humanos. Los misioneros jesuitas del siglo XVIII se interesaron en el arte rupestre de la península, interpretándolo como prehistórico e intentando hacer inferencias a partir de él sobre el carácter físico, la indumentaria y otras prácticas culturales de la gente que lo había hecho.

La investigación orientada a la arqueología comenzó en la década de 1880 en Baja California. Durante los últimos años del siglo XIX y los primeros años del XX, varios investigadores estudiaron diversos aspectos del registro arqueológico, particularmente las prácticas funerarias y el arte rupestre, en distintas regiones de la península.

El primer trabajo de campo arqueológico notable en Baja California inició en 1883, con la visita a la región del Cabo del antropólogo holandés Herman F. C. ten Kate y el ornitólogo estadounidense Lyman Belding (1885; ten Kate 1883, 1884, 1979). El principal foco de interés antropológico de esta visita se centró sobre los materiales óseos humanos (discutidos en el Capítulo V), pero también fueron notados el arte rupestre y otros restos culturales.

⁵³ También se discutieron en García-Uranga 1987; Laylander 1992, 2013a, 2014, 2015b, 2016a, 2016b; Laylander y Bendímez Patterson 2013.

El naturalista estadounidense Edward Palmer estuvo en Baja California en 1887-1888. Su excavación en una cueva cercana a bahía de los Ángeles descubrió varios entierros y también una pequeña colección de artefactos. La colección de Palmer se depositó en el United States National Museum en Washington, D.C. Thomas Wilson, curador del Smithsonian Institution, publicó una breve reporte descriptiva sobre el trabajo de Palmer (Wilson 1890:127-129). En 1948 la colección de Palmer fue prestada a la University of California, Berkeley, y los artefactos fueron descritos y analizados por los arqueólogos William C. Massey y Carolyn M. Osborne (Massey y Osborne 1961). La colección de entierros procedentes de la cueva de Palmer, aunque pequeña, incluyó materiales que usualmente no son recuperados en sitios abiertos, como piezas de madera, cordeles y textiles.

Un francés, León Diguët, fue otro investigador de fines del siglo XIX en Baja California que realizó contribuciones importantes en el descubrimiento y el registro arqueológico de la península. La carrera de Diguët fue señalada en el Capítulo V. Él publicó reportes descriptivos sobre muchos sitios de arte rupestre en la parte central y sur de la península (Diguët 1895, 1899; Grant 1974:25-52), así como un artículo sobre entierros humanos en la región del Cabo (Diguët 1905, 1973).

Arthur W. North, un popular escritor estadounidense, visitó Baja California a principios del siglo XX y publicó reportes donde describía e ilustraba algunos de los sitios de arte rupestre al norte de la península (North 1908, 1910).

George Engerrand, un científico francés, llevó a cabo un reconocimiento arqueológico en la región noroeste y la parte más septentrional en la región del desierto central en 1911. Engerrand publicó reportes descriptivos de sitios de arte rupestre (Engerrand 1912a, 1912b, 1912c), así como una discusión sobre el problema “eolítico” (Engerrand 1981).⁵⁴

Un arqueólogo amateur del siglo XX que contribuyó significativamente a la elucidación del registro arqueológico de las partes centro y sur de la península fue el jesuita César Castaldí (Massey 1966a). Castaldí vivió en Mulegé desde 1905 hasta su muerte en 1946, y durante ese periodo trabajó en un estudio sobre la historia de la península en el periodo español. Al parecer, para ilustrar dicha historia, Castaldí coleccionó un número importante de especímenes arqueológicos nativos, en particular puntas de proyectil, que en su mayoría le habían sido regalados por habitantes de los ranchos que visitó en el curso de sus deberes pastorales. Objetos adicionales fueron también añadidos a la colección después de la muerte de Castaldí. Los arqueólogos mexicanos Romero y Dahlgren revisaron la colección de Castaldí en 1951. En 1949 y 1953 se le permitió al arqueólogo estadounidense William C. Massey y a sus estudiantes examinar y fotografiar la colección, trabajo que fue publicado posteriormente (Massey 1966a). La procedencia de gran parte del material en la colección de Castaldí se conoce sólo de manera general; sólo se tiene el nombre del rancho o la comunidad en la que vivían los donantes de muchos de los especímenes. La mayor parte de éstos provenían de la región de Mulegé y hacia el oeste hasta la costa del Pacífico; sin embargo, un número importante procedían de áreas tan al norte como Calmallí, y tan al sur como Cabo San Lucas.

Poteriamente, Julian Steward, un antropólogo estadounidense conocido por sus contribuciones teóricas y de campo tanto en etnología como en arqueología, publicó una síntesis interpretativa sobre el arte rupestre de California y áreas adyacentes (Steward 1929). Los datos de Steward, conformados a partir de diversas fuentes, incluyeron 293 sitios en California, Nevada, Utah, Arizona, Colorado, Nuevo México y Baja California. Ocho de los sitios estaban en Baja California, localizados principalmente en el norte y extendiéndose hacia la región del desierto central. La mayoría de los sitios fueron ilustrados por dibujos lineales o fotografías en el trabajo

⁵⁴ Véase también Laylander 2013a.

de Steward.

Malcolm J. Rogers, un geólogo que se convirtió en arqueólogo profesional en el San Diego Museum of Man, llevó a cabo estudios extensivos sobre la arqueología del sur de California y áreas circundantes, incluyendo el norte de Baja California, durante las décadas de 1920 y 1930 (Ezell 1961; Hanna 1982).⁵⁵ El trabajo de Rogers en Baja California fue relativamente escaso (Hanna 1982:201-202), pero generó varias docenas de registros de sitios arqueológicos no publicados para la región noroeste. También escribió algunas observaciones relevantes a la arqueología y la prehistoria de Baja California, en publicaciones cuyo centro de interés estaba en las áreas de la Alta California (Rogers 1939, 1945, 1966). Generalmente, la secuencia cronológica para las culturas prehistóricas definida por Rogers aún se aplica, con ciertas modificaciones, a la parte norte de la península.

El padre de Malcolm Rogers, Frederick S. Rogers, acompañó a su hijo en muchos proyectos arqueológicos y también hizo contribuciones independientes por su cuenta, en a los estudios de su hijo en la región noroeste (Hanna 1982:241) y como arqueólogo a bordo del “Least Petrel” en su viaje de 1930 alrededor de las costas de Baja California (Rogers 1966; Bancroft 1932).

Un geógrafo de la University of California, Berkeley, Peveril Meigs III, trabajó en la parte norte de la península a fines de la década de 1920 y en los años 1930s, como se ha mencionado en el Capítulo VI. En añadidura a su trabajo histórico y etnográfico, Meigs hizo referencia incidental a sitios prehistóricos ubicados cerca de las misiones dominicas (Meigs 1935). Muchos años después, también publicó reportes descriptivos sobre sitios de arte rupestre en el noroeste (Meigs 1976).

Adán E. Treganza fue otro pionero en el trabajo de campo profesional al norte de Baja California. Formado en la University of California, Berkeley y asociado durante mucho tiempo al San Francisco State College, entre las primeras publicaciones de Treganza estuvieron dos artículos que reflejaron su trabajo de campo en Baja California. “An Archaeological Reconnaissance of Northeastern Baja California and Southeastern California” (“Un reconocimiento arqueológico del noreste de Baja California y sureste de California”) (Treganza 1942) resumió varios años de exploración y observación arqueológica, así como de trabajo de recolección en el norte de la sierra Juárez, la cuenca Pattie y áreas adyacentes en los Estados Unidos. El artículo describió cautelosamente zonas geográficas y periodos cronológicos, así como los sitios y los artefactos asociados con éstos. En su trabajo “Notes on the San Dieguito Lithic Industry of Southern California and Northern Baja California” (“Notas sobre la industria lítica San Dieguito del sur de California y norte de Baja California”) (Treganza 1947) comentó brevemente sobre restos tempranos en la sierra Juárez y en la costa del Pacífico cerca de Playas de Rosarito y Punta Banda.

William C. Massey de la University of California, Berkeley, jugó un papel sin igual en el desarrollo temprano de los estudios prehistóricos en Baja California.⁵⁶ Específicamente, como arqueólogo, Massey hizo importantes prospecciones, excavaciones y estudios de colecciones en los años 1940s y 1950s, así como publicaciones de resúmenes de sus puntos de vista sobre la prehistoria peninsular en los años 1960s. El trabajo de campo llevó a Massey a Baja California durante los años 1941, 1946, 1947, 1948, 1949, 1953 y 1954. Parece que en la parte norte de la península él restringió sus actividades a observaciones de superficie en las áreas costeras. En el desierto central, el interés potencial de la laguna seca Chapala fue marcado. En la región de la Giganta-Magdalena, los estudios de Massey fueron más intensos. Se realizaron observaciones de superficie en sitios sobre la costa del golfo y los llanos de Magdalena desde la sierra hasta la costa

⁵⁵ Véase también Laylander y Bendímez Patterson 2013.

⁵⁶ Acerca de los trabajos de campo de Massey, consulte Tuohy 1998; véase también Laylander 2015b.

oeste. Cerca de Comondú, en 1946, Massey realizó un sondeo en la Cueva Metate (Tuohy 1978:62) y llevó a cabo recolecciones de superficie en la Cueva Caguama y en otros abrigos rocosos (Massey 1947:351-352; Tuohy 1978:207). En 1953 y 1954, Massey dirigió excavaciones en la Cueva Metate, la Cueva Caguama y otras dos localidades. (El análisis y presentación de los resultados de estos proyectos fue básicamente trabajo de Donald Tuohy, discutido abajo.) El trabajo de campo más intenso de Massey se realizó en la región del Cabo, donde se llevaron a cabo prospecciones, recolecciones de superficie y excavaciones de varias cuevas y sitios abiertos durante el periodo de 1947-1949 (Massey 1955).

Donald R. Tuohy, arqueólogo del Nevada State Museum, escribió una tesis de maestría que fue de los reportes más detallados e importantes sobre la arqueología de Baja California (Tuohy 1978). El estudio de Tuohy describió excavaciones y recolecciones de superficie menores en el área de Comondú, en la región de la Giganta-Magdalena. El trabajo de campo de Tuohy fue una extensión directa del programa de Massey, que consistió en dos temporadas de campo de diez semanas desarrolladas durante el verano de 1953 y 1954, bajo la dirección de Massey, complementado por dos décadas después con trabajo adicional bajo el auspicio de la University of Nevada, Las Vegas. Quizás inevitablemente, dado el intervalo de tiempo entre mucho del trabajo de campo y su reporte final, el estudio de Tuohy estuvo limitado por pérdida de materiales y documentación faltantes, así como estándares superados en la recolección de datos. El estudio de Tuohy se centró en las excavaciones de tres abrigos rocosos, así como en materiales de un cuarto abrigo y de varios sitios abiertos en el área del arroyo Comondú. Dos abrigos rocosos, la Cueva Metate y la Cueva Caguama, produjeron la mayor parte de los materiales e información arqueológica, incluyendo objetos normalmente perecederos de madera y corteza, cestería y redes. Estos dos abrigos rocosos fueron propuestos por Tuohy como “sitios tipo” de la cultura Comondú.

A fines de la década de 1940 y principios de los 1950, geógrafos asociados a la University of California, Berkeley continuaron haciendo contribuciones importantes a la arqueología de Baja California.⁵⁷ En la primavera y el verano de 1949 y el verano de 1950, Brigham A. Arnold registró sitios y describió colecciones de superficie, supuestamente del Pleistoceno, en el área de la laguna seca Chapala al norte del desierto central (Arnold 1957, 1971, 1984). Homer Aschmann, particularmente importante por sus contribuciones a la etnohistoria peninsular, reportó una punta de proyectil acanalada en posesión particular en 1949, en el asentamiento de San Joaquín en el desierto central (Aschmann 1952a).

La investigación profesional sobre arqueología de Baja California por parte de arqueólogos mexicanos, inició en 1950. Un periodista, Fernando Jordán, redescubrió y publicitó San Borjitas, el sitio de arte rupestre de Diguét, cerca de Mulegé (Jordán 1950, 1951). El Instituto Nacional de Antropología e Historia en México envió a dos investigadores, Barbro Dahlgren y Javier Romero, junto con Jordán, a recolectar más información sobre el sitio San Borjitas. En la ruta, materiales de dos entierros humanos en la región del Cabo, recolectados por amateurs locales, fueron examinados y reportados (Dahlgren y Romero 1951:154, 158-159). En San Borjitas, además del registro fotográfico y el dibujo de las pinturas rupestres, se hicieron excavaciones en más de 40 metros cuadrados del área de la cueva, destacándose la presencia de manos, metates, puntas de flecha y fragmentos de herramientas de piedra y hueso (Dahlgren de Jordán 1954; Dahlgren y Romero 1951).

En 1951, W. Egbert Schenck y el etnógrafo E. W. Gifford examinaron sitios con concheros en las inmediaciones de San Felipe sobre el norte de la costa del golfo, y publicaron una breve noticia descriptiva sobre sus observaciones (Schenck y Gifford 1952).

⁵⁷ Véase también Laylander 2016a.

Carl L. Hubbs, un oceanógrafo de San Diego que estudiaba los cambios de la temperatura del océano durante el Holoceno, se interesó en los concheros de la costa noroeste de Baja California por la asociación de algunas especies de moluscos con diferentes regímenes de temperatura y la posibilidad de fechar las conchas por medio del entonces nuevo método del radiocarbono (Shor 1980a). Hubbs visitó regularmente los sitios de la costa noroeste durante los años 1950s y principios de los 1960s, llevando a cabo recolecciones de superficie y pequeños sondeos. Los resultados de su trabajo arqueológico fueron publicados en varias colecciones de mediciones de radiocarbono (Hubbs y Bien 1967; Hubbs et al. 1960, 1962, 1965) y en artículos póstumos escritos por otros (Eidsness 1980; Killingley 1980; May e Ike 1981; Shor 1980b).

A fines de la década de 1950, se inició un estudio antropológico sobre la porción norte de Baja California, bajo el auspicio de la University of California, Los Angeles. En este esfuerzo se generaron los estudios etnográficos de Owen y Hicks y los estudios lingüísticos por Joel, los cuales han sido comentados en capítulos anteriores. En adición a ellos, fueron publicados dos artículos arqueológicos cortos, uno por McKusick y Gilman (1959) y otro por Hicks (1959). También se inició la compilación de registros de sitios de Baja California en la UCLA (Meighan 1959:vi).

Marshall B. McKusick, arqueólogo del equipo de UCLA Archaeological Survey, y Alfred T. Gilman investigaron dos sitios en la sierra Juárez (McKusick y Gilman 1959). Su proyecto se realizó a principios de mayo de 1958, empleando trabajadores locales para la excavación (Meighan 1959:iii). Un sitio, Cerrito Blanco, al este de El Álamo, fue interpretado como un área de ocupación temporal para el procesamiento de bellota, con numerosas áreas de morteros fijos para molienda, cerámica, unos cuantos pictogramas y escasos desechos del periodo histórico. Una excavación extensiva mostró un depósito extremadamente superficial. El segundo sitio, en la misión de Santa Catarina, también presentó un depósito poco profundo, con abundante cerámica, algunos rasgos de molienda, un poco más material del periodo histórico y una pequeña cantidad de huesos y conchas.

El artículo de Frederick N. Hicks (1959) discutió datos de observaciones de superficie y excavaciones limitadas en un grupo de sitios al este de la sierra Juárez, en los arroyos Saiz, Jamau, Malaxwilp y Jaquijel. Las notas se realizaron sobre rasgos de molienda, espacios despejados para dormir, arte rupestre, puntas de proyectil, cerámica, conchas y otros elementos.

Charles E. Rozaire, un arqueólogo asociado al Southwest Museum y al Los Angeles County Museum of Natural History, publicó dos artículos breves basados sobre trabajo de campo en el desierto central a principios de la década de 1960 (Rozaire 1963, 1964). En el primer artículo se describió un petroglifo grande y geométrico, asociado a un conchero y a un área despejada aparentemente para vivienda, localizado en la costa del Pacífico cerca de bahía Blanco, justo al norte de los 29°. El segundo estudio de Rozaire consistió en observaciones sobre varias docenas de sitios concheros en la península Punta Negra, aproximadamente a 30 kilómetros hacia el sur.

El interés amateur por el arte rupestre en la península continuó, aunque en menor proporción, durante las décadas de 1940 y 1950, presagiando el repunte por su interés en los años 1960s, 1970s y 1980s. Randall Henderson comentó sobre sitios de arte rupestre en la región del desierto del Colorado, en populares reportes de viajes (Henderson 1946, 1953, 1971). Thaddeus R. T. Breton, un residente de Ensenada, contribuyó con un breve y popular artículo sobre el arte rupestre peninsular (Breton 1961).

Erle Stanley Gardner, un novelista de misterio estadounidense mejor conocido por su creación del personaje Perry Mason, era un admirador entusiasta de la Baja California rural, sobre la cual escribió varios cuadernos de viaje. A principios de la década de 1960, realizó exploraciones en helicóptero sobre las montañas de la región del desierto central, que resultaron en el

“redescubrimiento” y popularización, a través de la revista *Life*, de las pinturas estilo Gran Mural de dicha región.⁵⁸ Los escritos de Gardner sobre la materia (Gardner 1962a, 1962b, 1967) fueron más fantasiosos que científicos.

Choral y Jack Pepper, editores de *Desert Magazine*, estaban asociados con las actividades de Gardner. Los Pepper publicaron varios artículos en relación al arte rupestre de Baja California, todos en un sentido estrictamente popular (C. Pepper 1964, 1966; J. Pepper 1965).

Ricardo Castillo Escobar reportó brevemente, a partir de observaciones realizadas en helicóptero, sobre el arte rupestre de la sierra de San Francisco en la región del desierto central (Castillo Escobar 1967).

Un evento importante para el desarrollo del conocimiento científico sobre la prehistoria de Baja California fue la participación de Clemente W. Meighan, arqueólogo de la University of California, Los Ángeles, incorporado por Gardner a su exploración en el área rupestre del desierto central. Meighan publicó reportes descriptivos e interpretativos sobre los sitios Gran Mural (Meighan 1965, 1966, 1969, 1983a), y coordinó y editó los estudios de Pontoni y Shard sobre arte rupestre. Los reportes de Meighan fueron particularmente importantes por el rigor científico que intentaron introducir a la interpretación del arte rupestre peninsular.

V. L. Pontoni de Portland, Oregon, y Michael Shard, hicieron numerosos viajes a Baja California entre 1965 y 1974 para registrar sitios de arte rupestre. Los resultados están resguardados en el Rock Art Archive de la University of California, Los Ángeles. Adicionalmente, Meighan y Pontoni (1978) publicaron una colección de artículos descriptivos e interpretativos escritos por estudiantes, con base en dichas observaciones de campo.

Joseph H. Fontaine, un arqueólogo aficionado del sur de California, inicialmente en colaboración con Allen Prosser, preparó varios estudios sobre sitios arqueológicos cerca de la cumbre de la sierra Juárez y en los cañones con palmas en su parte oriental (Fontaine 1965, 1967, 1968, 1970; Fontaine y Prosser 1965). Mientras realizaba básicamente principalmente registro de superficie de arte rupestre y de artefactos, Fontaine también llevó a cabo recolección de materiales y cantidades limitadas de excavación; los artefactos que él recuperó al parecer fueron depositados en el Denver Museum of Natural History (Anónimo 1968).

Paul G. Chace, un arqueólogo del Bowers Museum en el condado de Orange, California, reportó cerámica decorada de sitios arqueológicos cerca de Santa Catarina (Chace 1967). Los tios recolectados fueron depositados en el Bowers Museum.

Emma Lou Davis, arqueóloga asociada en diversos momentos a la University of California, Los Angeles, el San Diego Museum of Man y la Great Basin Foundation en San Diego, condujo varias investigaciones arqueológicas en Baja California. Durante cerca de dos semanas en marzo de 1965, realizó prospecciones de superficie y registro de 46 sitios a lo largo de la costa del golfo cerca de la bahía de Los Ángeles y al interior de la península en las inmediaciones de la laguna seca Chapala (Davis 1968b). En otra ocasión, Davis condujo una excavación del abrigo rocoso Ciempiés (San Diego Museum of Man LC-59), cerca de Las Pilitas en la sierra Juárez. Esta excavación, junto a otras cuantas más al norte de la frontera internacional, fue llevada a cabo según se informa

para encontrar estratigrafía, obtener una imagen más completa del contexto cultural en el que aparece la cerámica, descubrir recursos alimenticios, estimar el tamaño de la población y para añadir más datos a nuestro conocimiento sobre los modos de vida Kumiai [Van Camp 1979:14].

⁵⁸ Acerca de Gardner y Meighan, véase también Laylander 2016b.

Ningun reporte sobre el proyecto del abrigo rocoso Ciempiés ha sido publicado, pero partes de los datos de éste fueron reportados por Van Camp (1979:34-35). Davis (1971) reportó hallazgos arqueológicos realizados por un pescador mexicano en un área cercana a bahía Concepción.⁵⁹

Ila Álvarez, cuyo trabajo también ha sido brevemente expuesto en el Capítulo VI, ofreció algunas cortas pero interesantes observaciones arqueológicas en tres artículos (Álvarez 1967, 1972, 1978). En el primero de los artículos mencionó sitios con petroglifos, cerámica, hornos de agave, conchas, áreas de explotación lítica, herramientas líticas, senderos y un aparente hoyo para cocer cerámica en el desierto del Colorado. Las ubicaciones de dichos sitios se indicaron, en su mayoría, sólo de manera general, pero incluyeron los márgenes occidental y septentrional de la cuenca Pattie, el área del paso de San Matías, una zona al norte de Puertecitos (sur de San Felipe) y el cerro del Centinela en el límite norte de la sierra Cucapá. El segundo de los artículos de Álvarez, sobre los kiliwa modernos, menciona una referencia sobre una trampa de peces en bahía Concepción (Álvarez 1972:42). El tercer artículo discutió un sitio en la región de la Giganta-Magdalena, al norte de Comondú, donde se encontraron numerosos materiales de piedra para moler, incluyendo un cuenco de piedra y una aparente preforma de cuenco de piedra. En este último documento también se hacen ciertas observaciones sobre arte rupestre en varias partes de la península.

Makoto Kowta, un arqueólogo de California State University, Chico, condujo una prospección de sitio en el área de La Paz a fines de la década de 1960. Los resultados no han sido publicados sistemáticamente, pero parte de los datos de Kowta fueron utilizados en una tesis (Ritter 1979) y en un artículo (Kowta 1984).

Thomas Jeffrey Banks, arqueólogo en el área de San Diego, hizo varios estudios en el norte y centro de Baja California, incluyendo la identificación de fuentes de obsidiana cerca de San Felipe, una prospección cerca de San Ignacio en el desierto central, y prospecciones y excavaciones a pequeña escala en la isla Cedros (Banks 1970, 1971, 1972a, 1972b, 1978).

Se ha informado que Alan Olson, de la University of Denver, realizó inventarios arqueológicos en toda la mitad meridional de la península (Ritter 1979:473).

A fines de la década de 1960 y principios de los 1970s, siguiendo el interés estimulado por Gardner y Meighan, florecieron los estudios sobre arte rupestre en Baja California. Reportes localizados y descriptivos, a menudo por amateurs, continuaron acumulándose, pero también se hicieron síntesis clasificatorias e intentos de interpretación a nivel regional o peninsular, principalmente por Hedges, Crosby, Hambleton y Grant.

Ken Hedges, arqueólogo del San Diego Museum of Man, publicó estudios descriptivos, clasificatorios e interpretativos sobre arte rupestre, incluyendo la parte más septentrional de Baja California, basándose en trabajo de campo iniciado a fines de los años 1960s y continuado en los 1980s (Hedges 1970, 1973b, 1975b, 1976a, 1976b, 1976c, 1977, 1983; Hudson et al. 1979).⁶⁰ Él también informó sobre tablas de madera pintadas y figurillas de cerámica de la misma área (Hedges 1973a, 1973c).

Charles Dennis Christian, un estudiante de geografía en la San Diego State University, localizó un sitio conchero y petroglifos en la costa del Pacífico cerca del límite norte de la región del desierto central en 1968. El sitio fue posteriormente estudiado por Christian y Alana Cordy-Collins, de San Diego, en 1972-1974, y reportado en una tesis de maestría (Christian 1978) y un

⁵⁹ Davis (1973) también informó brevemente sus observaciones arqueológicas acerca de la talla de cantos rodados en la isla Cedros.

⁶⁰ Para sus trabajos posteriores adicionales sobre el arte rupestre en el norte de Baja California, véase Hedges 1985, 1986, 2008.

artículo (Christian y Cordy-Collins 1986).

John William Knowles, un abogado y arqueólogo amateur, escribió un breve artículo sobre arte rupestre (Knowles 1971). Él describió e ilustró cuatro sitios en la región del Cabo, cerca de bahía de las Palmas, que contenían diseños animales, humanos y de otros tipos.

Adalberto Walther Meade de la Universidad Autónoma de Baja California en Mexicali, publicó notas breves sobre el arte rupestre peninsular (Walther Meade 1970, 1983a).

Ernesto Raúl López reportó sobre tres sitios de arte rupestre en el desierto central (López 1972a, 1972b).

Otro bajacaliforniano, David Eduardo Hernández Gómez, estudió varios sitios de arte rupestre en la mitad sur de la península (Hernández Gómez 1972, 1977, 1978).

Anita Álvarez de Williams, de Mexicali, autora de una síntesis de antropología de Baja California (Williams 1975a) y estudios etnohistóricos sobre los cucapá, también escribió reportes descriptivos sobre varios sitios de arte rupestre en toda la península (Williams 1973b, 1978) y una discusión sobre los usos prehistóricos de las conchas (Williams 1975b).⁶¹

A principios de la década de 1970, Harry Crosby, un fotógrafo profesional de La Jolla, California, realizó una extensa exploración del área con arte rupestre Gran Mural en el desierto central. Sus fotografías, observaciones e interpretaciones fueron publicadas en dos libros y tres artículos (Crosby 1974, 1975a, 1975b, 1975c, 1975d, 1984).⁶² Enrique Hambleton, fotógrafo mexicano, participó con Harry Crosby en algunas de sus exploraciones de sitios de arte rupestre del desierto central, a inicios de 1972. Hambleton escribió un libro sobre el tema, con una breve discusión interpretativa sobre el arte rupestre Gran Mural, ilustrado con fotografías y una útil serie de mapas (Hambleton 1979).

Campbell Grant, un ilustrador asociado al Santa Barbara Museum of Natural History, escribió varios informes donde resumía y reportaba arte rupestre en Baja California (Grant 1967, 1971, 1973, 1974, 1975, 1976, 1983).

W. Michael Mathes, historiador en la University of San Francisco, autor y editor de muchas publicaciones sobre historia temprana de la península, informó sobre un sitio de arte rupestre en la región del desierto central, el cual consideró que incluía una representación del horizonte de la sierra de Guadalupe (Mathes 1977b).

El trabajo de campo arqueológico más intenso y exhaustivamente reportado en cualquier región de Baja California fue llevado a cabo por iniciativa de Eric Ritter, de la University of California, Davis. En los inviernos de 1971-1972 y 1972-1973 se organizaron expediciones al área de bahía Concepción. También se visitó la laguna seca Chapala al norte del desierto central, en 1971-1972. Otro trabajo de campo incluyó reconocimientos informales en octubre de 1977 de la laguna La Guija, también al norte del desierto central, y de nuevo en el área de bahía Concepción. La laguna La Guija se visitó una vez más en 1980 y 1981. En varias localidades se realizaron trabajos de prospección sistemática e intuitiva, recolección de superficie y excavación. Los temas de investigación principales incluyeron patrones de asentamiento, cronología e interpretación funcional de arte rupestre. Los resultados de las temporadas de campo fueron presentados en extenso en una tesis doctoral (Ritter 1979) y en varios artículos (Rector 1981; Rector y Ritter 1978; Ritter 1974a, 1974b, 1976, 1977a, 1977b, 1979, 1980, 1981, 1984; Ritter y Schulz 1975; Ritter et al. 1978, 1979, 1984; Schulz 1977).⁶³

⁶¹ Véase también Álvarez de Williams 1993a, 1993b, 2004.

⁶² Véase también Crosby 1995, 1997.

⁶³ La amplia efusión por Ritter de estudios sobre diversos aspectos de la arqueología de Baja California ha continuado, incluso nuevas programas de campo extendidas en las zonas alrededor de bahía de los Ángeles y las lagunas del

Algo similar en cuanto a intención, aunque sustancialmente más limitado en resultados, fue el estudio sobre un patrón de asentamiento en la región del Cabo, realizado entre 1977 y 1982 por Fermín Reygadas Dahl y Guillermo Velázquez Ramírez, del Centro de Investigaciones Biológicas de Baja California Sur. Reygadas Dahl y Velázquez Ramírez (1983) estudiaron fauna, flora y clima de la región del Cabo, y también hicieron algo de prospección arqueológica y registro de superficie.⁶⁴

Rose Noble Tyson, antropóloga física en el San Diego Museum of Man, ya mencionada en el Capítulo V por su trabajo con material óseo de Baja California, estudió un sitio arqueológico en la costa del Pacífico en el desierto central (Linick 1977:30) y describió una colección de artefactos en el Musée de l'Homme en París (Tyson 1979).

Helen DuShane, una arqueóloga amateur del sur de California, viajó en automóvil a la región del Cabo en 1956, y recolectó una mano de molienda, cuentas de concha y herramientas de hueso, sobre las cuales se publicó una breve descripción varias décadas después (DuShane 1984). Ella también contribuyó con un breve reporte sobre las especies de moluscos representados en los concheros arqueológicos cerca de bahía Concepción (DuShane 1981).

Ronald V. May y Darcy L. Ike, arqueólogos de San Diego, realizaron un reporte sobre observaciones arqueológicas preliminares y un programa de investigación de prospección para las islas Coronado (May e Ike 1981).

Ronald D. Douglas publicó los resultados de un breve recorrido de superficie en el arroyo Matomí, al sur de San Felipe (Douglas 1981).

En la década de 1980, los estudios sobre arte rupestre realizados por estadounidenses, particularmente en el área del desierto central, continuaron proliferando.⁶⁵ En contraste con las pioneras, comprehensivas y descriptivas investigaciones de campo realizadas por Crosby y Hambleton, y el estudio de la literatura llevado a cabo por Grant en los años 1970s, el trabajo de los años 1980s se desarrolló a menor escala, aunque frecuentemente fue más allá de la descripción, aplicando métodos innovadores de interpretación. Estas características están bien prefiguradas en los anteriores trabajos de Hedges, de Meighan y de Ritter y sus socios.

Charlotte McGowan, una arqueóloga en el Southwestern College en San Diego, hizo un estudio sobre unos afloramientos rocosos cuya forma ya sea natural o artificial recordaban a los genitales femeninos (McGowan 1982). En sus investigaciones fueron incluidos tres sitios del extremo norte de Baja California.

Elanie A. Moore, una instructora de arte de Idyllwild, California, escribió algunos artículos sobre aspectos de las pinturas rupestres del estilo Gran Mural de la región del desierto central, en base al trabajo de campo realizado a principios de los años 1980s (Moore 1985, 1986a). Moore en co-autoría con Del Cover, de San Diego, escribió otro artículo sobre el posible uso de un sitio de arte rupestre del desierto central como un marcador solar indirecto durante el solsticio de verano y el equinoccio de primavera (Cover y Moore 1986).⁶⁶

Eve Ewing, de San Diego, publicó varios artículos descriptivos sobre sitios de arte rupestre en la parte norte de la región del desierto central, en base a exploraciones de principios de la década

desierto Vizcaíno. Véase Ritter 1985, 1986, 1991a, 1991b, 1991c, 1992, 1993, 1994, 1995, 1998, 2001, 2002, 2003, 2009, 2010a, 2010b, 2010c, 2010d, 2012, 2007, 2008, 2011, 2013, 2015; Ritter y Aceves Calderón 2006; Ritter y Burcell 1998; Ritter y Payen 1992; Ritter et al. 1989, 1994, 1995, 2011.

⁶⁴ Véase también Reygadas Dahl 1990; Reygadas Dahl y Velázquez Ramírez 2005; Reygadas Dahl et al. 2009.

⁶⁵ Estudios de arte rupestre por tanto mexicanos como investigadores extranjeros han continuado prosperando. Además de las obras citadas de Hedges, Crosby, Álvarez de Williams, Gutiérrez Martínez, E. Moore y Ewing, véase, por ejemplo, Harman 2005, 2006, 2007, 2014; Rubio Mora 2013; Viñas Vallverdú 2013.

⁶⁶ Véase también Moore 1986b, 1989, 1990, 1993, 1994.

de 1980 (Ewing 1983, 1985, 1986a).⁶⁷

Christopher M. Lafferty, de la School of Medicine de la University of California, San Diego, publicó una nota breve sobre mamíferos marinos representados en dos sitios de arte rupestre en la sierra de San Francisco, en la región del desierto central, argumentando que los animales mostrados eran pinnípedos en lugar de ballenas (Lafferty 1983).

Ron Smith, asociado a la University of Linda Vista en sur de California, intentó interpretar el estilo de arte rupestre “Gran Mural” del desierto central, desde la perspectiva de la antropología cognitiva y la arqueoastronomía (Smith 1983, 1985a, 1985b, 1985c, 1986a).⁶⁸ Sus publicaciones también incluyeron algunas observaciones básicas de campo.

James E. Workman, de Riverside, California, publicó artículos breves sobre sitios de arte rupestre en el arroyo Catavincita, cerca del margen norte de la región del desierto central, y cerca de bahía Coyote en la costa del golfo de la región de la Giganta-Magdalena (Workman 1983, 1985). Las observaciones de Workman se desarrollaron a lo largo de varias visitas a fines de la década de 1970 y principios de la de 1980.

Keith Muscutt, un estudiante de arte rupestre asociado a la University of California, Santa Cruz, reportó un sitio con petroglifos cerca de San Ignacio en la región del desierto central, el cual fue examinado en 1983 (Muscutt 1986).

A principios de la década de 1980, se desarrolló un interés a través de la prensa popular mexicana por las especulaciones arqueológicas en torno a Macahui, un área extensa de claros de pavimento desértico al oeste de Mexicali. Dicho lugar fue descrito primero por Fernando Rodríguez, del gobierno estatal de Baja California, y después en un artículo de Harry Möller y Ernesto I. Aguilar (1982). Las edades especulativas para dicho complejo fueron desde el hombre temprano a la prehistoria tardía, mientras que las funciones especulativas iban desde un asentamiento extenso hasta un centro ceremonial de geoglifos. Investigaciones de campo posteriores sugieren que los claros fueron originados por recolección moderna de grava (Bendímez et al. 1987).⁶⁹

Cronología

El primer aspecto de la investigación arqueológica sobre la prehistoria que se discutirá será la cronología. Ubicar los restos arqueológicos en temporalidad, con tanta precisión y fidelidad como

⁶⁷ Véase también Ewing 1986b, 1989, 1990, 1992, 1993a, 1993b, 1995; Ewing y Patchen 1991; Ewing y Robin 1987.

⁶⁸ Véase también Smith 1986b, 1987.

⁶⁹ Muchas investigaciones arqueológicas se han llevado a cabo en Baja California desde 1987. Véase, por ejemplo, las publicaciones de Harumi Fujita en la región del Cabo (Fujita 1995, 2001, 2002, 2004, 2005, 2006, 2007, 2008, 2009, 2010a, 2010b, 2010c, 2014; Fujita y Bulhusen 2014; Fujita y Guía Ramírez 2011; Fujita y Melgar 2014a, 2014b; Fujita y Poyatos de Paz 1997, 1998, 2007; Poyatos de Paz y Fujita 1998; Rosales y Fujita 2000), de Matthew R. Des Lauriers en isla de Cedros (Des Lauriers 2002, 2005a, 2005b, 2006, 2008, 2010, 2011; Des Lauriers y García-Des Lauriers 2003), de María de la Luz Gutiérrez Martínez, Justin R. Hyland y otros en las sierras centrales (Gutiérrez Martínez 2000, 2001; Gutiérrez Martínez y Hyland 2002, 2006; Hyland 1997, 2010; Hyland y Gutiérrez Martínez 1995a, 1995b; Watchman et al. 2002), de Thomas Bowen en las islas del golfo (Bowen 2009a, 2009b) y de muchos investigadores en la región noroeste (Bendímez y Laylander 2009; Cuadra Gutiérrez 2005b, 2006, 2007; Davis 2007; Drakic Ballivián 2009, 2010, 2013b; Figueroa Beltrán 2009a, 2009b; Fonseca 2010, 2013, 2014; García Lozano 2013; Guía Ramírez 2005a; Guía Ramírez y Oviedo García 2008; Gruhn y Bryan 2009; Moore 1999, 2001, 2004, 2010; Oviedo García 2002, 2005a, 2005b, 2007; Oviedo García y Guía Ramírez 2003, 2004, 2009; Ovilla Rayo 2013; Porcayo Michelini 2004; Serrano González 1999a, 1999b, 2001, 2003) y en la región del desierto de Colorado (Cuadra Gutiérrez 2005a; Eckhardt y Porcayo Michelini 2008; Porcayo Michelini 2009, 2010, 2014a, 2014b; Porcayo Michelini y Harman 2009; Rojas Chávez y Porcayo Michelini 2015; Serrano González 2002; Téllez Duarte et al. 2000, 2002).

sea posible, es un paso preliminar indispensable para casi cualquier otro uso de dichos restos en la reconstrucción de la prehistoria.

Los métodos cronológicos utilizados en la arqueología de Baja California no son particularmente diferentes de aquellos utilizados en cualquier otro sitio, por lo que no necesitan ser descritos en este texto sus principios básicos. Sin embargo, las formas en que estos métodos han sido aplicados en Baja California, el éxito de su uso y las propuestas de desarrollos futuros en este campo, son relevantes al presente estudio. El fechamiento por radiocarbono, el fechamiento por hidratación de obsidiana, la cerámica y la tipología de herramientas líticas, como los indicadores cronológicos más extensamente usados, serán considerados con cierta extensión; también se revisarán otros métodos.

Fechamiento por radiocarbono. El método del carbono-14, o fechamiento por radiocarbono, es una de las técnicas arqueológicas de fechamiento mejor conocidas, y fue utilizada en Baja California de manera extensa desde su desarrollo inicial. Su implementación temprana fue resultado de la presencia de un laboratorio de radiocarbono en el Scripps Institute of Oceanography en La Jolla, California, y particularmente de los intereses oceanográficos de Carl Hubbs en las costas de Baja California. Una serie de fechas por radiocarbono de Baja California, muchas de ellas en relación a concheros arqueológicos, fue publicada por Hubbs y sus colaboradores (Hubbs y Bien 1967; Hubbs et al. 1960, 1962, 1965). Un resumen de dichas fechas, hasta 1965, fue también publicado por Moriarty (1968).⁷⁰

Varios problemas y fuentes de error o incertidumbre necesitan tenerse en cuenta cuando se utilizan las fechas disponibles por radiocarbono. Estos problemas incluyen los factores estadísticos más-o-menos relacionados a error de medición, errores más sistemáticos y potencialmente más extremos causados por factores como una surgencia oceánica local de carbono más antiguo y la debilidad en la relación entre los materiales de muestras de radiocarbono y los fenómenos culturales que éstos pretenden fechar.⁷¹

El mayor número de fechamientos por radiocarbono que se tiene disponible se encuentra en región noroeste de Baja California, y específicamente en la costa del Pacífico de dicha región (tabla 18). Treinta y seis fechas, que van de los 7,000 años atrás hasta el presente, dan fe de la larga explotación de recursos marinos por parte de los habitantes de esta región. Quizás no sorpresivamente, estas fechas se concentran en los últimos dos milenios. El cuarto y quinto milenio antes del presente están representados por un solo fechamiento, y el sexto milenio por dos. Las muestras colectadas para fechamiento no se pueden considerar representantes aleatorias del registro arqueológico como un todo; por lo tanto, el patrón observado en las fechas no puede ser considerado una evidencia seria de la existencia de cualquier brecha de tiempo en la explotación prehistórica en la costa noroeste de Baja California, ni tampoco descartar la posibilidad de dichas brechas.

Las fechas de la región noroeste fueron recolectadas, principalmente, para intentar reconstruir las condiciones paleoambientales costeras, en particular la temperatura del agua, y por lo tanto poca información ha sido publicada sobre las características culturales específicas de los sitios donde fueron obtenidas. Una serie de fechas del sitio Punta Minitas se utilizó para fechar un entierro flexionado y cubierto por un metate de hace aproximadamente 5,500-7,000 años de antigüedad (¹⁴C) (Hubbs et al. 1960:201, 1965:113). Un sitio con cerámica en el Rancho Cuevas fue fechado como de la prehistoria tardía (Hubbs et al. 1960:208). Algunos sitios con fechas

⁷⁰ El número de fechas de radiocarbono que están disponibles en Baja California ha aumentado en gran manera desde 1987. Para ver una lista actualizada, consulte Laylander 2015a.

⁷¹ Para este problema en Baja California Sur, véase Molto et al. 1997; Raab y Boxt 2007.

Tabla 18. Fechamientos por radiocarbono de los sitios arqueológicos de Baja California.

Muestra	Edad a.P.	Ubicación de la muestra	Material	Referencia
Región Noroeste				
LJ-23	<400	Isla Coronado norte	Carbón	Hubbs et. al. 1960:205
LJ-222	70 ±180	Rancho Cuevas	Carbón	Hubbs et. al. 1962:216-217
LJ-232	110 ±150	Punta Camalú	Concha	Hubbs et. al. 1962:219
LJ-266	160 ±150	Punta Baja	Concha	Hubbs et. al. 1962:226-227
W-31	300 ±160	San Antonio del Mar	Concha	Suess 1954:468
LJ-33	400 ±200	Rancho Cuevas	Carbón	Hubbs et. al. 1960:208
LJ-224	630 ±150	Colonia Guerrero	Concha	Hubbs et. al. 1962:217
W-32	650 ±200	Cañón Rosario	Concha	Suess 1954:468
LJ-226	660 ±150	Colonia Guerrero	Concha	Hubbs et. al. 1962:218
C-659	716 ±130	Punta Clara	Concha	Libby 1952:678
LJ-85	960 ±150	Valle de Rosario	Carbón	Hubbs et. al. 1960:213
LJ-84	1060 ±150	Valle de Rosario	Concha	Hubbs et. al. 1960:213
C-659	1063 ±160	Punta Clara	Concha	Libby 1952:678
LJ-75	1150 ±150	Punta Clara	Carbón	Hubbs et. al. 1960:210-211
LJ-20	1170 ±200	Playa Estero	Concha	Hubbs et. al. 1960:204-205
LJ-963	1490 ±200	Punta Banda	Concha	Hubbs et. al. 1965:114
LJ-216	1510 ±150	Punta Minitas	Carbón	Hubbs et. al. 1962:214-215
LJ-108	1580 ±100	Punta Clara	Concha	Hubbs et. al. 1960:217
LJ-83	1600 ±150	Punta Baja	Concha	Hubbs et. al. 1960:213
LJ-645	1660 ±200	San Antonio del Mar	Carbón	Hubbs et. al. 1965:112
LJ-611	1800 ±300	San Antonio del Mar	Concha	Hubbs et. al. 1965:112
LJ-98	1820 ±200	Estero de Punta Banda	Carbón	Hubbs et. al. 1960:214
LJ-922	2200 ±200	Punta Minitas	Carbón	Hubbs et. al. 1965:112-113
W-27	2500 ±200	Punta Minitas	Carbón	Suess 1954:468
W-26	2540 ±200	Punta Minitas	Concha	Suess 1954:468
LJ-925	2600 ±200	Punta Minitas	Concha	Hubbs et. al. 1965:112-113
LJ-1390	2760 ±200	Punta Minitas	Concha	Hubbs y Bien 1967:290
LJ-5	3100 ±300	Punta Minitas	Carbón	Hubbs et. al. 1960:201-202

Muestra	Edad a.P.	Ubicación de la muestra	Material	Referencia
W-30	4030 ±200	Punta Baja	Concha	Suess 1954:468
LJ-6	5020 ±200	Punta Cabras	Concha	Hubbs et. al. 1960:202
LJ-923	5480 ±200	Punta Minitas	Carbón	Hubbs et. al. 1965:112-113
LJ-334	6055 ±250	Bahía San Quintín	Concha	Hubbs et. al. 1962:233-234
LJ-924	6140 ±250	Punta Minitas	Concha	Hubbs et. al. 1965:112-113
LJ-332	6165 ±250	Bahía San Quintín	Concha	Hubbs et. al. 1962:232-233
LJ-107	6400 ±200	Punta Cabras	Concha	Hubbs et. al. 1960:217
LJ-231	7020 ±260	Punta Minitas	Concha	Hubbs et. al. 1962:219
Región del Desierto del Colorado				
LJ-100	200 ±100	San Felipe	Carbón	Hubbs et. al. 1960:215
LJ-15	300 ±100	Lago LeConte	Carbón	Hubbs et. al. 1960:203
LJ-936	1170 ±150	San Felipe	Carbón	Hubbs et. al. 1965:78
LJ-220	1180 ±250	Punta Sargento	Concha	Hubbs et. al. 1962:216
LJ-96	1370 ±200	San Felipe	Concha	Hubbs et. al. 1960:214
Región del Desierto Central				
LJ-2377	Moderno	Punta Negra	Carbón	Linick 1977:30
LJ-2592	Moderno	Isla de Cedros	Carbón	Linick 1977:35
LJ-261	200 ±150	Laguna Ojo de Liebre	Carbón	Hubbs et. al. 1962:226
LJ-237	300 ±150	Bahía de los Ángeles	Concha	Hubbs et. al. 1962:220-221
LJ-2375	400 ±50	Punta Negra	Carbón	Linick 1977:30
UCLA-200A	530 ±80	Cueva Gardner	Madera	Meighan 1969:42-44
LJ-603	530 ±130	Bahía de los Ángeles	Concha	Hubbs et. al. 1965:78
LJ-2379	1790 ±80	Punta Negra	Carbón	Linick 1977:30
LJ-29	2500 ±30	Bahía de los Ángeles	Carbón	Hubbs et. al. 1960:207
LJ-26	6100 ±200	Bahía de los Ángeles	Concha	Hubbs et. al. 1960:206
LJ-2372	8890 ±60	Punta Negra	Concha	Linick 1977:30
Región de la Giganta-Magdalena				
GaK-6233	520 ±90	Cueva Caguama	Planta	Tuohy 1978:333
LJ-30	600 ±150	Colina Coyote	Carbón	Hubbs et. al. 1960:207

Muestra	Edad a.P.	Ubicación de la muestra	Material	Referencia
GaK-4363	670 ±80	Bahía Concepción	Estera de corteza de caña	Ritter 1979:108; Ritter y Schulz 1975:49
LJ-28	1000 ±250	Colina Coyote	Carbón	Hubbs et. al. 1960:207
GaK-4366	1000 ±80	Bahía Concepción	Concha	Ritter 1979:119
GaK-6234	1430 ±110	Cueva Caguama	Madera	Tuohy 1978:333
GaK-4364	1730 ±80	Bahía Concepción	Carbón	Ritter 1979:97; Ritter y Schulz 1975:49
GaK-4365	2230 ±175	Bahía Concepción	Carbón	Ritter 1979:97, 124
Región del Cabo				
LJ-3572	530 ±60	Cabo San Lucas	Corteza de palma	Tyson 1977a:168
LJ-132	1700 ±150	Punta Pescadero	Concha	Hubbs et. al. 1960:220
LJ-596	3120 ±150	La Paz	Concha	Hubbs et. al. 1965:111

tempranas por radiocarbono se caracterizaron por la escasez de herramientas líticas o por lo tosco de sus herramientas, pero así se caracterizan también algunos sitios con fechas por radiocarbono tardías. De manera general, la imagen cronológica del noroeste prehistórico de Baja California que emerge de estos datos parece por lo pronto indistinguible de la imagen, mucho mejor conocida de la costa prehistórica del sur de California (por ejemplo, Chertkoff y Chertkoff 1984; Moratto 1984).

Para la región del desierto del Colorado en Baja California, sólo hay cinco fechas arqueológicas disponibles por radiocarbono. Cuatro de éstas refieren a sitios costeros desde San Felipe hacia el norte hasta la boca del río Colorado, una de ellas de fecha reciente y tres de a la última parte del segundo milenio antes del presente. Estas fechas son suficientes para demostrar que la ocupación prehistórica de la costa del golfo y la explotación de sus mariscos no estuvieron limitadas a la ubicación favorecida de San Felipe, como sugieren ciertos datos etnográficos. La quinta fecha del desierto del Colorado viene del oeste de Mexicali, y se relaciona con la ocupación final de la orilla del lago Cahuilla en tiempos de la prehistoria tardía. Ninguna conclusión sobre la ausencia de una ocupación prehistórica temprana de la región del desierto del Colorado se justificaría con base en esta escasa evidencia.

Para la región del desierto central, 12 fechas por radiocarbono están disponibles. Cinco de ellas se relacionan con una cueva entre Punta Falsa y Punta Negra, 2.4 kilómetros tierra adentro desde la costa del Pacífico (Linick 1977). Las fechas de este sitio van desde tiempos recientes hasta cerca de 9,000 años atrás. Sin embargo, la fecha más antigua viene de una concha de un caracol turbante, una de las 15 que estaban en un escondijo bajo la saliente de una roca. Parece posible que estas conchas fueron recolectadas originalmente de un depósito geológico anterior a la ocupación arqueológica del sitio. La siguiente fecha más antigua del sitio es 1,790 años antes del presente. Dos sitios cerca de bahía de Los Ángeles en el golfo tienen cuatro fechas que van de tiempos recientes a 6,100 años atrás. Una fecha de 530 años para artefactos de madera de palma en la Cueva Gardner es importante como un indicador raro de la edad del arte rupestre Gran Mural del desierto central. Fechas recientes también se derivan de la laguna Ojo de Liebre e isla Cedros.

Ocho fechas por radiocarbono disponibles proceden de la región de la Giganta-Magdalena, todas ellas pertenecientes a los últimos tres milenios antes del presente. Cuatro de las fechas vienen de sitios relacionados con las investigaciones de Ritter cerca de bahía Concepción, dos se vinculan a la excavación de la Cueva Caguama y dos al conchero justo al norte de bahía Magdalena.

La región del Cabo tiene tres fechas por radiocarbono. Una de Punta Pescadero, en la costa del golfo al norte de la bahía de las Palmas, fue calculada en 1,700 años pero fue tomada de una concha cuyo recolector no pensaba que provenía de un contexto arqueológico; sin embargo, de acuerdo a bases geológicas la fecha fue reinterpretada posteriormente como de posible procedencia arqueológica (Hubbs et al. 1960:220). Una fecha de 530 años se asoció a un entierro secundario en Cabo San Lucas, apoyando la edad de prehistoria tardía para el complejo funerario de Las Palmas. Sin embargo, la tercera fecha de la región del Cabo procedente de un sitio de la bahía de La Paz, fue calculada en 3,120 años, y se cree que estaba asociada a “artefactos y esqueletos humanos con cráneos muy dolicocefálicos” (Hubbs et al. 1965:111).

Como un método de datación establecido y bastante confiable, el fechamiento por radiocarbono es una herramienta de extensa aplicación, que si bien es costosa, permite responder cuestiones de índole cronológico sobre el registro arqueológico de la prehistoria peninsular. Por nuestro estado de conocimiento actual en el tema, la precisión con este método es adecuada para los problemas presentes a resolver. La abundancia de conchas arqueológicas y la preservación de huesos humanos y animales y de artefactos de madera y fibras vegetales en ciertos ambientes secos

de la península ofrecen un suministro relativamente rico de material fechable.

Hidratación de obsidiana. Este método de fechamiento arqueológico ha sido extensamente explorado durante los últimos 25 años (cf. Friedman y Trembour 1983; Taylor 1976). Aunque no está perfeccionado, las ventajas potenciales del método de fechamiento por hidratación de obsidiana incluyen su bajo costo y la relativa relación directa entre las fechas resultantes y los procesos culturales prehistóricos de interés, como la explotación de canteras, la transportación e intercambio de materiales exóticos y la manufactura de artefactos líticos.

La mayor desventaja es una evidente variabilidad en las tasas en cuales ocurre la hidratación. Se conoce que la variación depende de las características químicas específicas de la obsidiana y del historial de temperaturas del espécimen a estudiar. La relación general entre la química de la obsidiana y la tasa de hidratación aún no está definida. Sin embargo, se han propuesto tasas de hidratación específicas sobre bases empíricas en áreas de fuentes particulares de obsidiana, utilizando otros métodos de fechamiento para calibrar dichas tasas. La determinación de la procedencia de los especímenes de obsidiana a través de la caracterización química de los elementos traza es razonablemente poco costosa, no destructiva y fidedigna (Hughes 1984, 1986). Tratar con las variaciones de temperatura en las tasas de hidratación puede ser un problema más difícil. Se estima que la tasa de hidratación se incrementa alrededor de un 10% con cada incremento en 1° centígrado en la temperatura efectiva de hidratación (TEH) (Friedman y Trembour 1983:544). La TEH está fuertemente influenciada por la variación así como por el promedio de la temperatura local. Se ha encontrado que artefactos recuperados en la superficie de sitios arqueológicos muestran anillos de hidratación marcadamente más gruesos que aquellos especímenes recuperados bajo la superficie (Layton 1973). Si se prueba que el grosor de la hidratación es altamente dependiente del historial de temperatura como son exposición directa al sol o a la sombra, entonces parte de la historia del espécimen en la superficie y la exposición a incendios podrían convertir a la medida de hidratación una técnica cronométrica poco confiable y funcional en el fechamiento de muchos, o de la mayoría de los depósitos arqueológicos, como los de Baja California.

Por lo menos cuatro fuentes de obsidiana parecen tener cierta relevancia para la prehistoria de Baja California: uno cerca de Punta Mangles, entre Loreto y Mulegé; otro cerca de San Felipe en la costa del golfo; uno más en Obsidian Butte, a 40 kilómetros al norte de la frontera internacional cerca del mar Salton en el sur de California; y el cuarto en Coso Hot Springs, en el desierto de Mojave en el sur de California, 400 kilómetros al norte de la frontera. Existen rumores de varias fuentes más de obsidiana dentro de Baja California, pero su presencia no ha sido aún confirmada (Bouey 1984:55).⁷² La obsidiana de otras fuentes fuera de la península, quizás de Arizona o Sonora, eventualmente puede también ser identificada en sitios peninsulares.

Un importante primer paso en el proceso de utilizar la obsidiana como recurso cronométrico para la prehistoria de Baja California fue llevado a cabo por Bouey (1984), quien publicó las caracterizaciones químicas de muestras de obsidiana procedentes de Punta Mangles, San Felipe, Obsidian Butte y Coso Hot Springs, provistas por Ritter. Bouey reportó medidas por fluorescencia de rayos-X de las proporciones de intensidad integrada para tres elementos traza: rubidio, estroncio y zirconio. Estas firmas químicas al parecer aún no han sido utilizadas en especímenes de obsidiana en contextos dentro de Baja California. Sin embargo, especímenes de obsidiana de algunos sitios del sur de California han sido tentativamente sugeridos, con base en estas caracterizaciones, como

⁷² Ahora, al menos 10 fuentes de obsidiana prehistóricamente explotada en Baja California se han identificado químicamente, aunque no todas las ubicaciones de sus afloramientos geológicos han sido descubiertas (Bowen 2015; Laylander 2005b; Panich et al. 2010, 2012; Shackley et al. 1996; Téllez Duarte et al. 2013).

provenientes de fuentes dentro de Baja California (Dominici 1984; Laylander 1986). No se han propuesto tasas de hidratación para los especímenes del sur de California. Hughes (1986) ofreció datos más detallados de fluorescencia de rayos-X sobre la composición de los elementos traza, en partes por millón, de la obsidiana procedente de Obsidian Butte, así como menor información sobre la fuente de arroyo Matomí cerca de San Felipe. (No está claro, a partir de la literatura publicada, si la obsidiana de “San Felipe” y “Arroyo Matomí” viene de una sola fuente o de dos fuentes distintas.

Se han sugerido tasas de hidratación en cuatro casos que tienen cierta incidencia en la cronología de la prehistoria de Baja California. Se han llevado a cabo estudios sobre las tasas de hidratación de la obsidiana de Obsidian Butte y Coso Hot Springs en muestras de sitios arqueológicos del sur de California. Varios especímenes recolectados de sitios de arte rupestre en el desierto central y en partes cercanas de las regiones noroeste y la Giganta-Magdalena han sido discutidos por Meighan (1978). Ritter (1979) ha discutido una gran colección de medidas de hidratación de obsidiana en especímenes procedentes de sitios cercanos a bahía Concepción.

La fuente de Obsidian Butte está ubicada en el condado de Imperial, California, cerca del extremo sur del mar Salton. Situada en una elevación de 40 metros o más bajo el nivel del mar, la obsidiana de esta fuente debió ser accesible sólo durante los periodos en los que el lago Cahuilla estaba ausente o muy por debajo de su elevación de desborde, 12 metros sobre el nivel del mar. En consecuencia, las interpretaciones de la cronología por hidratación de obsidiana en especímenes provenientes de esta fuente están vinculadas muy de cerca a las interpretaciones de la cronología del lago.⁷³ Mientras que la obsidiana en los depósitos arqueológicos de Baja California no ha sido aún identificada químicamente como procedente de la fuente de Obsidian Butte, la proximidad de la fuente a la frontera internacional y la presencia de la misma obsidiana en los sitios de la prehistoria tardía justo al norte de la frontera, hacen que la presencia de dicha obsidiana en los sitios de la prehistoria tardía al sur sean igualmente de una virtual certeza.

Se han propuesto seis tasas de hidratación para obsidiana de Obsidian Butte (tabla 19).⁷⁴ Tres de las tasas se basan principalmente en datos arqueológicos del oeste del condado de San Diego, así como en interpretaciones de la historia del lago Cahuilla y del fin del uso de la obsidiana durante el periodo histórico (Chace 1980; Dominici 1984; O’Neil 1984). Una tasa se basa en datos arqueológicos procedentes de un sitio en el condado de Orange (Koerper et al. 1986), y otra más probablemente se basa en datos arqueológicos no especificados del sur de California (Townsend 1986). La sexta tasa está basada en inferencias obtenidas de las características químicas de la obsidiana y de consideraciones teóricas de temperatura (Friedman y Obradovich 1981).

Chace (1980) acumuló 540 medidas de hidratación de obsidiana, sin fuente determinada, de 34 sitios en o cerca del condado de San Diego. Él asumió que la mayor parte de los especímenes con lecturas de hidratación bajas probablemente venían de la fuente de Obsidian Butte. Evaluando la distribución de frecuencias de las lecturas de hidratación, Chace asoció un incremento en la curva de frecuencia en alrededor de 3.8 micras de hidratación con la accesibilidad inicial del área de la fuente de Obsidian Butte en la época de la desecación del lago Cahuilla, fechada por Chace ca. 1600 d.C.; el pico de la curva en las 2.0 micras, con el establecimiento misional español del oeste del condado de San Diego, alrededor de 1780 d.C.; y la disminución de la curva en 1.4 micras, con la finalización del sistema indígena de intercambio de obsidiana, alrededor de 1860

⁷³ Ahora se propone que la erupción volcánica de Obsidian Butte ocurrió durante el primer milenio a.C. más que en el Pleistoceno tardío, como se pensaba anteriormente (Schmitt et al. 2012).

⁷⁴ Para una propuesta más reciente de fórmula de hidratación para la obsidiana de Obsidian Butte, consulte Laylander 1997a.

Tabla 19. Fórmulas de hidratación de obsidiana aplicables a la prehistoria de Baja California.

Fuente de obsidiana	Área de ocurrencia	Fórmula de hidratación	Referencia
Obsidian Butte	Condado de San Diego	$T = 95 X$	Chace 1980
	Condado de San Diego	$T = 47 X^2$	O'Neil 1984:222
	Condado de San Diego	$T = 78 X$	Dominici 1984
	Condado de Orange	$T = 110 X$	Koerper et al. 1986:52
	---	$T = 314 X$	Townsend 1986:128
	Condado de Imperial	$T = 200 X^2$	Friedman y Obradovich 1981
Coso Hot Springs	California central	$T = 946 X^{1/2}$	Ericson 1977
	California central	$T = 344 X$	Ericson 1977
	California central	$T = 167 X^{4/3}$	Ericson 1977
	California central	$T = 35 X^2$	Ericson 1977
	California central	$T = 2.86 X^3$	Ericson 1977
	California central	$T = 38.4 (X^2 - X)$	Ericson 1977
	Condado de Orange	$T = 30.8 X^2$	Chace 1974
	Condado de Los Angeles	$T = 220 X$	Meighan 1983b
	Condado de Orange	$T = 303 X$	Koerper et al. 1986
	Condado de Orange	$T = 785 X$	Koerper et al. 1986
	Condado de Orange	$T = e^{(X+13.69)/2}$	Koerper et al. 1986
	Condado de San Diego	$T = 112 X$	Carrico et al. 1984
--	Desierto Central	$T = 280 X$	Meighan 1978:9
	Bahía Concepción	$T = 300 X$	Ritter 1979:120
	Bahía Concepción	$T = 500 X$	Ritter 1979:120
	Bahía Concepción	$T = 322 X^{3/2}$	Esta tesis

d.C. Utilizando un modelo linear de tasa de hidratación (es decir, el grosor del anillo de hidratación en proporción directa al tiempo transcurrido desde la exposición de la superficie), Chace propuso una formula de hidratación equivalente a $T = 95 X$, donde T es el tiempo transcurrido (en años) entre la exposición de la superficie y la medida de su hidratación, y X es el grosor del anillo de hidratación (en micras).

También se sabe que Chace propuso una fórmula de hidratación de “difusión” no linear, para Obsidian Butte: $T = 47 X^2$ (O’Neil 1984:222). La base de dicha propuesta no ha sido publicada. Las diferencias entre esta tasa de difusión y la tasa linear propuesta sería relativamente pequeña en el caso de lecturas de hidratación moderadamente pequeñas, pero podría asignar fechas sustancialmente más tempranas a las mediciones de hidratación más gruesas reportadas en la región de San Diego.

Dominici (1984) utilizó 57 lecturas de hidratación sobre especímenes de la fuente química de Obsidian Butte y recuperados en excavaciones en un solo sitio, CA-SDI-5680, en Poway, California, así como lecturas de hidratación selectas de otros sitios. Su interpretación fue algo más compleja, pero paralela esencialmente al enfoque de Chace que llega a una fórmula linear, en cuanto a que ella utilizó la disponibilidad de obsidiana siguiendo la desecación de lago Cahuilla y

el decline en el uso de obsidiana, fechados por Dominici en alrededor de 1900 d.C., para definir una curva de hidratación linear. La fórmula de hidratación propuesta por Dominici fue $T = 78 X$, algo más rápida que la tasa linear de Chace, pero no notablemente diferente.

Koerper et al. (1986:52), al evaluar los datos de excavación de diversos sitios en el condado de Orange, incluyendo medidas de hidratación de obsidiana del sitio CA-ORA-855, propuso la fórmula de hidratación “muy tentativa” de $T = 110 X$, una tasa linear sólo ligeramente más lenta que la de Chace.

Una tasa de hidratación linear significativamente más rápida para obsidiana procedente de Obsidian Butte fue discutida informalmente por Ericson, aunque aún no publicada (Townsend 1986:128). La fórmula reportada para esta propuesta es $T = 314 X$, o más de tres veces la tasa de Chace y cuatro veces la tasa sugerida por Dominici.

Friedman y Obradovich (1981) discutieron tasas de hidratación para varias fuentes de obsidiana en relación a características químicas, historiales de temperatura y fechamientos independientes de sus contextos geológicos originales (utilizando fechamiento por radiocarbono y potasio-argón). Se propuso una fórmula de tasa de difusión de $T = 200 X^2$ para la fuente de Obsidian Butte. Esta tasa, sustancialmente más lenta que la tasa de difusión de Chace, parece ser demasiado lenta como para ser compatible con los abundantes datos arqueológicos en el sur de California, en los que obsidiana procedente de contextos aparentemente de a la prehistoria tardía ha mostrado bandas de hidratación moderadamente gruesas. Es de interés que Friedman y Obradovich reportaron datos incluyendo lecturas de hidratación de 3.5, 5.8 y 6.5 micras, interpretadas por ellos mismos como asociadas con el origen geológico de porciones de Obsidian Butte. Si lo anterior es válido, estas asociaciones de lecturas y contextos geológicos sugeriría, utilizando tasas de hidratación más rápidas como las propuestas por Chace y Dominici, que la fuente de Obsidian Butte puede ser mucho más reciente que los 10,000 o 33,000-35,000 años propuestos para ella con otras bases geológicas, y que la aparente ausencia de obsidiana Obsidian Butte en sitios tempranos así como la ausencia o escasas de (abundantes?) grandes lecturas de hidratación de obsidiana de esta fuente pueden ser explicadas por su no existencia anterior, en lugar de por la falta de accesibilidad a causa del lago Cahuilla.

La fuente de obsidiana de Coso Hot Springs, ubicada al este de la sierra Nevada en California, es la que se encuentra sustancialmente más lejos de los sitios arqueológicos de Baja California, a 400 kilómetros al norte de la frontera internacional. Sin embargo, la obsidiana identificada como procedente de esta fuente es la variedad que con mayor frecuencia se encuentra en los sitios arqueológicos anteriores a la prehistoria tardía en el extremo sur de California. Así como en el caso de la obsidiana de Obsidian Butte para el último periodo, hay una certeza virtual de que la obsidiana de Coso Hot Springs será identificada en sitios más tempranos por lo menos en las partes nortes de Baja California, cuando dichos estudios sean realizados allí.

Por lo menos doce fórmulas de hidratación han sido sugeridas para la obsidiana de Coso Hot Springs.⁷⁵ La mitad de ellas vienen de Ericson, quien derivó constantes para seis diferentes tipos de fórmulas previamente propuestas, utilizando el mismo grupo de lecturas de hidratación que fueron calibradas de sitios arqueológicos del centro de California. Chace (1974) sugirió primero una fórmula para los especímenes del condado de Orange. Meighan (1983b) propuso una fórmula basada en datos de excavación del sitio Malibu en el condado de Los Angeles. Koerper et al. (1986) ofreció tres posibles fórmulas con base en excavaciones en varios sitios del condado de Orange. Carrico et al. (1984) propuso una fórmula basada en lecturas de hidratación de un solo sitio del

⁷⁵ Para propuestas más recientes de fórmulas de hidratación para la obsidiana de Coso, consulte King 2004; Rogers 2009.

condado de San Diego.

Las importantes discrepancias entre las fórmulas propuestas para la obsidiana de las fuentes de Obsidian Butte y de Coso Hot Springs sugieren las mayores incertidumbres actualmente asociadas al uso de la hidratación de obsidiana como una técnica cronométrica práctica.

Un tercer cuerpo de datos de hidratación de obsidiana relevante a la prehistoria de Baja California consiste en 15 lecturas de obsidiana, procedente de cinco sitios de arte rupestre (Meighan 1978). El área de distribución geográfica se extiende desde El Rosario en la región noroeste hasta La Purísima en la región de la Giganta-Magdalena, pero la mayoría de los especímenes vienen de sitios en el desierto central. Las lecturas de hidratación van de las 2.1 micras a las 4.7 micras.

Meighan notó que “la obsidiana procedente de la costa occidental de México tiene una tasa generalizada de 280 años por micra, y al menos algunas obsidianas del sur de California también parecen cercanas a dicha tasa” (Meighan 1978:9). Utilizando la fórmula de hidratación lineal $T = 280 X$, él obtuvo edades para el arte rupestre que van de 600 a 1300 años antes del presente, las cuales consideró compatibles con otras expectativas sobre las edades del arte rupestre. Debe considerarse que la obsidiana en este estudio no tenía procedencia específica, por lo que pudo venir de más de una fuente y ser recuperada de varias áreas con presuntas diferencias en los regímenes de temperatura. Al parecer, consistieron en especímenes recolectados de la superficie.

Una manera adicional de evaluar la fórmula de hidratación propuesta por Meighan es considerar la relación de las lecturas de hidratación con los estilos en las puntas de proyectil. Cuatro de las lecturas de hidratación de Meighan fueron hechas sobre puntas de proyectil del sitio de Los Pozos, cerca de San Ignacio. Todas las puntas eran relativamente grandes, de 4 a 7 centímetros de longitud. Dos de estas puntas tienen formas que sugieren los tipos de Humbolt Concave Base (con 2.5 micras de hidratación) y La Paz-Cueva Gypsum (3.9 micras). Si las connotaciones cronológicas usuales de estos tipos son aceptadas, la tasa de hidratación de Meighan parece dar fechas algo tardías; para una tasa de hidratación lineal, una constante en el orden de 300 a 1,000 años por micra parecería ser indicada.

El trabajo de Ritter (1979) en el área de bahía Concepción ha generado el más extenso cuerpo de datos de hidratación de obsidiana directamente relacionados con la prehistoria de Baja California. La fuente de la obsidiana estudiada por Ritter no fue ubicada químicamente; sin embargo, la cercanía de la fuente de Punta Mangles al área de estudio y la ausencia de otras fuentes de obsidiana actualmente documentadas en la región, sugieren que mucha o toda la obsidiana de Ritter pudo haber venido de dicha fuente.

Ritter reportó más de 80 lecturas de hidratación de obsidiana recolectadas en 25 sitios arqueológicos. Las lecturas van de 0.0 a 10.1 micras, y fueron mayormente agrupadas en el rango entre 1.0 y 4.0 micras. La evidencia utilizada por Ritter para interpretar cronométricamente estas lecturas incluyó fechas por radiocarbono de los mismos sitios de recuperación de la obsidiana, así como las características estilísticas de los artefactos asociados con o hechos de la obsidiana. Ritter (1979:120) concluyó, “Como una aproximación muy burda, 300-500 años por micra parece una cifra razonable para los últimos miles de años”.

Quizás es posible llevar un poco más lejos el análisis de las medidas de hidratación de obsidiana de Ritter. En ello, sin embargo, debe tenerse en cuenta que cualquier cifra ofrecida es sólo una aproximación general, apta principalmente como hipótesis para guiar investigaciones posteriores. Más aún, el concepto de una sola tasa de hidratación para esta colección puede ser una quimera, dado que la obsidiana en cuestión viene de diferentes sitios arqueológicos, de depósitos en la superficie y en el subsuelo, y posiblemente de fuentes de obsidiana químicamente diferentes.

Un método para interpretar las lecturas de hidratación de Ritter, sugerido por el trabajo de Chace y Dominici sobre el material de Obsidian Butte, es considerar las características de la distribución de frecuencia de las lecturas de hidratación en el contexto de eventos históricos y prehistóricos. Ningún evento prehistórico, correspondiente al descubrimiento de Obsidian Butte por el retroceso de las aguas del lago Cahuilla, está disponible para ofrecer una fecha inicial. Sin embargo, puede establecerse una fecha final. La parte de la región de la Giganta-Magdalena que comprende tanto a bahía Concepción como a Punta Mangles fue rápida e intensamente evangelizada, iniciando con los asentamientos jesuitas en Loreto en 1697 y Mulegé en 1705. Parece probable que la reorganización social y las introducciones tecnológicas asociadas a la evangelización pudieron haber destruido rápidamente un sistema de intercambio de obsidiana vinculando a Punta Mangles (o cualquier otra fuente de obsidiana en los alrededores) con el área de estudio de Ritter cercano a bahía Concepción. Otras perturbaciones más tempranas al sistema de intercambio pudieron ser causadas por las actividades de los exploradores y los pescadores de perlas a lo largo de esta costa durante los siglos XVI y XVII, y quizás por la difusión de enfermedades europeas en dicho periodo, pero no parece haber una razón sustancial para plantear una disminución mayor en el intercambio de obsidiana antes del establecimiento misional. La curva de distribución de las lecturas de hidratación de obsidiana de Ritter muestra una caída relativamente abrupta por debajo de las 0.9 micras; puede hipotetizarse, de acuerdo a ello, que 0.9 micras representan la cantidad de hidratación producida entre ca. 1700 d.C. y ca. 1975 d.C. Si este razonamiento es aceptado, entonces, la fórmula de hidratación puede establecerse como $T = k X^n$, y al dar un valor para n , la ecuación puede resolverse para la constante de hidratación k . En su análisis, Ritter parece haber dado por sentado una fórmula de hidratación lineal (con $n = 1$ en la fórmula de arriba). En este caso, tomando 0.9 micras como correspondientes a aproximadamente 275 años, la constante de hidratación sería 306 años (correspondiendo al estimado más bajo de Ritter de 300 años por micra). El estimado más alto de 500 años por micra ubicaría la caída de 0.9 micras en la curva de frecuencia aproximadamente en 1525 d.C., alrededor del descubrimiento inicial europeo de Baja California, una fecha mucho menos probable para un descenso dramático en el uso de obsidiana.

El uso de Ritter de una fórmula de hidratación lineal ($n = 1$) plantea otras limitaciones en la interpretación de la distribución de lectura de hidratación. Las lecturas máximas son de 10.1 micras, que serían equivalentes a 1055 a.C. utilizando $k = 300$ años por micra, o bien 3075 a.C., utilizando $k = 500$ años por micra. Sin embargo, la gran mayoría de las lecturas son menores a las 4.2 micras (715 d.C. utilizando $k = 300$ micras por año, o 125 a.C. utilizando $k = 500$ años por micra). Esta concentración de fechas de obsidiana en el periodo tardío es de esperarse, puesto que entre las puntas de proyectil recolectadas por Ritter, la obsidiana como material está sobrerrepresentada entre los tipos de puntas que se creen cronológicamente tardíos, y subrepresentada en los tipos de puntas más tempranos (Ritter 1979:209).

Las lecturas de hidratación realizadas directamente sobre las puntas de proyectil de obsidiana recolectadas por Ritter ofrecen una prueba importante de cualquier calibración de hidratación, a pesar de ciertas anomalías en estas lecturas. Como será discutido en las últimas secciones de este capítulo, Ritter propuso en efecto tres periodos para la prehistoria en el área de bahía Concepción, que corresponden a la tradición Concepción (5500-1000 a.C.), la tradición Coyote (1000 a.C.-1000 d.C.) y la cultura Comondú (1000 d.C.-periodo de evangelización). Las fechas asignadas a estos periodos se derivaron de un diversas de fuentes, incluyendo las analogías en los estilos de punta de proyectil entre el área de bahía Concepción y los estilos fechados en el oeste de los Estados Unidos. Los estilos de puntas de proyectil y sus periodos de tiempo cultural asociados

incluyeron las series Pinto y las puntas Zacatecas Broad Blade, que fueron asociadas con la tradición Concepción; las series de puntas de La Paz-Cueva Gypsum y Elko, asociadas a la tradición Coyote; y las puntas Comondú Triangular, Comondú Serrated y Guajademí Split Stem, asociadas con la cultura Comondú.

Estan disponibles 19 medidas de hidratación para puntas de proyectil tipificadas procedentes del área de bahía Concepción. Se deben tener ciertas reservas con respecto a la utilidad de tres de ellas. Una punta clasificada como Zacatecas Broad Base tuvo una medida de hidratación de 1.9 micras, pero Ritter (1979:201) desestimó esta medida como “no representativa” para el tipo ya que parecía más antigua con base en el grado de meteorización visto en otros especímenes Zacatecas Broad Base. Una lectura de 2.8 micras para una punta Comondú Triangular fue relacionada a “una punta re-trabajada aparentemente más antigua” (Ritter 1979:180). Una lectura de 1.1 micras sobre una punta La Paz-Cueva Gypsum no fue discutida específicamente por Ritter, pero podría constituir una anomalía para cualquier fórmula de tasa de hidratación, de acuerdo a la cronología establecida por Ritter. Las restantes 16 medidas incluyen 11 lecturas entre 0.0 y 2.1 micras en puntas de la cultura Comondú, cuatro lecturas de 2.5 a 3.5 micras en puntas de la tradición Coyote y una lectura de 5.8 micras en una punta de la tradición Concepción.

En primer lugar, estas lecturas deben ser evaluadas de acuerdo a los extremos en la tasa tentativa de hidratación linear propuesta por Ritter (300 y 500 años por micra). Con una constante de 300 años por micra, las puntas Comondú podrían ser fechadas en aproximadamente 1350 d.C., las puntas Coyote entre 900 d.C. y 1200 d.C. y la punta Concepción en 250 d.C. Esta cronología claramente parece demasiado corta para las puntas más tempranas. La constante de 500 años por micra fecharía las puntas Comondú en aproximadamente 900 d.C., las puntas Coyote entre 225 d.C. y 725 d.C., y la punta Concepción en 925 a.C. Esta cronología es más aceptable, aunque quizás todavía un poco corta en el periodo temprano. Sin embargo, como ha sido previamente anotado, la tasa de 500 años por micra parece posicionar la caída final en la ocurrencia de obsidiana demasiado temprano, en el siglo XVI en lugar del XVIII.

Estas dificultades pueden ser solventadas por la propuesta de una fórmula de hidratación no linear. Con bases teóricas y empíricas, una fórmula de difusión, del tipo $T = k X^2$, ha sido preferida a menudo por los investigadores (por ejemplo, Friedman y Trembour 1983). Sin embargo, una fórmula así parece no ajustarse bien a los datos de bahía Concepción. Derivando la constante de hidratación al igualar 0.9 micras con 1700 d.C. produce la fórmula $T = 340 X^2$. A través de esta fórmula, las puntas Comondú se fecharían tan atrás como 500 d.C., las puntas Coyote entre 2200 a.C. y 150 a.C. y la punta Concepción en 9450 a.C. Más aún, las dos fechas de hidratación de obsidiana más antiguas para el área serían de 32,700 a.C., y cuatro fechas más estarían en un rango entre 10,000 y 20,000 a.C. Estos resultados sugieren que el uso de una fórmula de difusión produciría fechas en el extremo inicial de la escala que son sustancialmente demasiado antiguas.

Aquí se puede proponer una fórmula de hidratación de avenencia, puramente empírica, de $T = 322 X^{2/3}$, que es capaz de acomodar los datos existentes mejor que cualquier fórmula linear o de difusión. De acuerdo a esta fórmula, las puntas de Comondú datan en aproximadamente 100 d.C.; las puntas Coyote, entre 150 a.C. y 700 d.C., y la punta Concepción en 2500 a.C. Las medidas de hidratación más antiguas de Ritter serían equivalentes a 8350 a.C., y el descenso en el uso de obsidiana se fecharía para poco después de 1700 d.C. Nuevamente, se debe enfatizar que esta fórmula está basada aún en datos limitados de obsidiana, una cronología regional de puntas de proyectil muy básica y la omisión de diferencias potencialmente importantes en la química de la fuente y los historiales de temperatura de los especímenes.

Tipología lítica. Los tipos de herramientas líticas han sido y continúan siendo importantes

indicadores cronológicos en arqueología. Dada su presencia generalizada y excelente preservación, las herramientas líticas se encuentran entre los tipos de evidencia arqueológica más comúnmente disponibles en Baja California. Las formas de las herramientas líticas pueden aportar información cronológica por dos razones: reflejan la evolución tecnológica en los tipos de actividades en las que dichas herramientas fueron aplicadas y en las formas en que las herramientas fueron manufacturadas, y reflejan la variación estilística en los modelos mentales acorde a los cuales las herramientas fueron hechas.

El patrón de herramienta lítica que ha sido propuesto como proveedor de la firma cronológica más temprana en el registro arqueológico de Baja California es el postulado hombre temprano, horizonte de pre-puntas de proyectil. Como la última designación sugiere, este patrón es en gran medida definido en términos negativos: los restos del hombre temprano son reconocidos en gran medida por la ausencia de fabricación de herramientas líticas refinadas, en particular la manufactura de puntas de proyectil.

El principal partidario de la presencia del hombre temprano en Baja California ha sido Brigham Arnold (1957, 1971, 1984), informando sobre el área de la laguna seca Chapala en la parte norte-central de la región del desierto central. Arnold distinguió tres conjuntos arqueológicos en dicha área, uno de los cuales, el conjunto “bifacial alargada”, se consideraba un buen indicador para antes del Holoceno. La ubicación cronológica de Arnold para esta colección se basó esencialmente en tres elementos: su aparente asociación con el ambiente lacustre, cuya posición relativa dentro de la historia de la cuenca se fijó por cambios tectónicos y quizás climáticos; su relativo grado de meteorización superficial en las cicatrices de lasqueo de los artefactos; y la diferencia en la presencia de este conjunto y los otros dos conjuntos de la laguna seca Chapala. El artefacto característico de este conjunto fue el bifacial grande, generalmente alargado, y evidentemente una herramienta terminada en lugar de ser solamente un núcleo; los notables ausentes de esta colección fueron las puntas de proyectil y las piedras para moler.

Aunque es interesante, la propuesta de fechamiento temprano de esta colección no puede ser aceptada como firmemente establecida por la evidencia actual. Las localidades separadas que fueron señaladas para los sitios con herramientas bifaciales-alargadas crean preguntas sobre el valor de diagnóstico de la meteorización diferencial, que podría reflejar diferencias en las condiciones de exposición y suelo en dichos sitios. No se presentaron datos estadísticos para indicar la fuerza de la correlación entre las diferencias de meteorización y las diferencias en las formas de los artefactos, y la correlación fue cuestionada por otro observador en la laguna seca Chapala (Ritter 1976).⁷⁶

Preguntas con respecto al grado en que el patrón de ocurrencia de los bifaciales alargados es discreto a partir de los patrones de ocurrencia de sitios donde se presentan los otros conjuntos locales emergieron también en una reexaminación hecha por Ritter del área de la laguna seca Chapala, aunque Arnold sugirió que cierta confusión sobre la tipología podría explicar esta discrepancia (Arnold 1984:31). La cronología absoluta de la cuenca del lago sigue sin definirse; un fechamiento por radiocarbono intentado por Ritter quedó inconcluso.

Otra propuesta para un conjunto del hombre temprano en Baja California es la industria Malpaís de Malcolm J. Rogers (1939). Definida como una “industria de lascas de piedra toscas”, no se presentaron descripciones detalladas del contenido de los conjuntos Malpaís (Rogers 1939:10, 16-20). La industria Malpaís se describió como extendiéndose “hacia el sur dentro de la cuenca Pattie y hacia abajo por el lado del golfo de la península de Baja California, por una distancia indeterminada” (Rogers 1939:6), pero no se especificó la naturaleza de los materiales

⁷⁶ Véase también Davis 2003, 2006; Gruhn y Bryan 2009.

presentes dentro de la península; claros de piedras en el pavimento desértico y estructuras alineadas fueron asociados por Rogers con la industria Malpaís, y la presencia de dichas características en la región del desierto del Colorado puede dar cuenta de la supuesta presencia de Malpaís. En cualquier caso, no han sido aún desarrollados argumentos sustanciales para apoyar la atribución de los restos Malpaís al hombre temprano, al norte o al sur de la frontera internacional.

Siguiendo al periodo hipotetizado del hombre temprano, una sucesión variable de culturas arqueológicas ha sido reconocida para Baja California, básicamente con base en colecciones de herramientas líticas. Estas culturas pueden ser convenientemente (y más o menos convencionalmente) agrupadas en tres periodos generales: paleo-indio, alrededor de 10,000 a 6000 a.C.; arcaico, de 6000 a.C. a 500 d.C.; y prehistórico tardío, de 500 a 1700 d.C. Primero se discutirá la definición cronológica de estos periodos y culturas de acuerdo al uso de las formas de puntas de proyectil como artefactos estilizados clave, y después serán consideradas las distinciones cronológicas basadas en otros elementos de las colecciones líticas.

La tradición de la punta acanalada Clovis es el primer patrón lítico bien definido que está aparentemente representado en Baja California. En otros lugares de Norteamérica y Mesoamérica, puntas de proyectil hechas con los procesos distintivos de manufacturas acanaladas fueron fechados entre los 10,000 y 9000 u 8000 a.C. (Jennings 1974:106; Willey 1966:57). Una sola punta, al parecer, representando esta tradición fue reportada por Aschmann (1952a) procedente de San Joaquín, cerca de San Ignacio, en la región del desierto central.⁷⁷ Se reportó esta punta sin contexto, en posesión de un coleccionista; por lo tanto, no hay posibilidad de una confirmación para la fecha temprana que esta forma parece implicar. La distinción y la dificultad del proceso de manufactura acanalado tiende a apoyar la noción de que las puntas de proyectil hechas de esta manera pertenecen a un periodo de tiempo restringido. Sin embargo, existe la posibilidad de que el espécimen de San Joaquín pueda haber sido una “reliquia”, llevada a Baja California en algún momento posterior a su manufactura y subsecuente al periodo paleo-indio. En lo general, las puntas acanaladas Clovis han sido reportadas principalmente en la región de la Gran Cuenca de Norteamérica y regiones más al este, y unas cuantas ocurrencias son reportadas en el desierto occidental, incluyendo un espécimen de Cuyamaca en California, sólo a unas cuantas millas al norte de la frontera mexicana (Davis y Shutler 1969). La escasa presencia en Baja California es consistente con el patrón continental entero.

El otro patrón de herramientas líticas del periodo paleo-indio reconocido en Baja California en base a formas de puntas de proyectil ha sido designado como “San Dieguito” o “Lake Mojave” (Moratto 1984; Chartkoff y Chartkoff 1984).⁷⁸ Las formas de punta Lake Mojave y punta Silver Lake, que en la Gran Cuenca han sido fechadas entre 8000 y 6000 a.C. (Jennings 1986:117), se han asociado al conjunto San Dieguito. En Baja California han sido reportadas puntas “como las del Lake Mojave” y “como las de Silver Lake”, aunque las implicaciones cronológicas de estas identificaciones no fueron totalmente adoptadas (Davis 1971; Ritter 1979:202-203). Las formas Lake Mojave y Silver Lake son mucho menos distintivas que las formas Clovis e igualmente bastante menos distintivas que las formas de punta que les siguieron, sugiriendo que su identificación puede ser problemática y la atribución de un marco temporal restringido para ellas puede ser un reto abierto.

Las formas de puntas de proyectil del periodo arcaico han sido también aceptadas como

⁷⁷ Otras puntas acanaladas han sido reportadas en Des Lauriers 2008; Gutiérrez Martínez y Hyland 2002:263-265; Hyland 1997, 2010; Hyland y Gutiérrez Martínez 1995a.

⁷⁸ Acerca de los tipos de puntas de proyectil en Baja California, véase también Carmean 1994; García Lozano 2013; Laylander 2010d; Moranchel Mondragón 2014; Ritter y Burcell 1998; Serafín Esquivel 1995.

diagnósticas de valores cronológicos específicos en el oeste de los Estados Unidos, y formas similares encontradas en Baja California se han asignado, por lo menos tentativamente, a periodos de tiempo similares, como fue ya señalado en la discusión acerca de las propuestas sobre hidratación de obsidiana por Ritter. En un resumen reciente sobre la Gran Cuenca, Jennings (1986:117) asignó los siguientes valores cronológicos aproximados, entre otros: para las puntas de la serie Pinto, de 6500 a.C. a 500 a.C.; Series Elko, de 6000 a.C. a 800 d.C.; y Puntas Gypsum, de 2600 a.C. a 400 d.C. Estas formas de punta, u otras bastante similares a ellas, han sido reportadas en sitios en la mayoría de las regiones de la península. Los periodos para estas formas en la Gran Cuenca no deben verse como definitivos, y formas similares no necesariamente necesitan tener las mismas extensiones de tiempo en Baja California. Aparte de una muy vaga asociación de puntas con fechas por radiocarbono y medidas de hidratación de obsidiana en el área de bahía Concepción (Ritter 1979), la cronología de puntas de proyectil para la península aún no se ha sometido a una prueba seria. Sin embargo, particularmente en ausencia de una cronología cultural específica bien desarrollada para la península, estos estimados son una guía de trabajo útil.

El periodo prehistórico tardío es notable por la aparición de puntas de proyectil más pequeñas, interpretadas como una señal de la llegada del uso del arco y la flecha. En el oeste de los Estados Unidos, los tipos incluyen puntas Desert Side-notched, con fechamientos posteriores a 500 d.C., y Cottonwood Triangular, posterior a 1000 d.C. (Jennings 1986:117). Pequeñas puntas de proyectil similares están representadas en la península y les han sido asignados valores cronológicos parecidos. Si dichas puntas reflejan una innovación tecnológica importante en la forma del arco y la flecha, entonces probablemente la innovación ocurrió inicialmente en cierta ubicación fuera de Baja California y fue difundida posteriormente a la península; si fue así, sería de esperarse la existencia de atrasos temporales entre la aparición de dichas puntas en la entrada peninsular desde el sur de California y su aparición más al sur. Sin embargo, ninguna de las cronologías relevantes es suficientemente precisas como para garantizar los intentos por definir este atraso temporal.

Otros elementos de conjuntos líticos también han sido ampliamente utilizados como indicadores cronológicos en la arqueología de Baja California. En la mayoría de los casos, sin embargo, los indicadores utilizados han sido unidades politéticas vagamente definidas, basadas en agrupamientos laxos, definidos intuitivamente, de rasgos líticos o formas cuyas ocurrencias han sido raramente documentadas a profundidad y que nunca han sido fechadas contundentemente por medios independientes. El valor de las a menudo extensas (aunque impresionistas) observaciones de las que son derivadas estas propuestas cronológicas, no debería ser demasiado gratuitamente rechazado, pero tampoco las propuestas deberían ser malinterpretadas como hechos establecidos.

El complejo San Dieguito en la Alta California (Chartkoff y Chartkoff 1984; Moratto 1984; Rogers 1929, 1938, 1939, 1940, 1966; Warren 1966, 1967; Warren y True 1961) fue fechado para un sitio en el condado de San Diego en alrededor de 7000-7500 a.C. Originalmente fue descrito por Rogers como confinado a un área limitada en la costa del condado de San Diego (Rogers 1929), el rango de los conjuntos San Dieguito posteriormente fue extendido para incluir mucha de la región noroeste de Baja California (Rogers 1939), o quizás incluso la extensión total de la península (Rogers 1966). Treganza (1942, 1947) también informó sobre conjuntos San Dieguito en partes tanto costeras como interiores de la región noroeste. Massey (1947:354, 1966b:44) identificó parte del material procedente de la laguna seca Chapala con el complejo San Dieguito. Una variedad de formas de herramientas líticas ha sido atribuidas al complejo, pero los elementos definitivos esenciales, en contraste con subsecuentes conjuntos costeros del arcaico, parece ser la presencia de grandes herramientas bien manufacturadas, bifaciales y unifaciales, y la gran escases

o ausencia de herramientas de piedra para moler.⁷⁹

Las diferencias cronológicas aclamadas para estos rasgos han sido seriamente debilitadas, sin embargo. La presencia de herramientas lasqueadas bien hechas en componentes posteriores a este periodo temprano, pero todavía anteriores al periodo prehistórico tardío, ha sido reconocida en el oeste del condado de San Diego (por ejemplo, Cárdenas 1986; Gallegos 1986; True 1958, 1980a; True y Beemer 1982). Con base en la presencia de grandes puntas de proyectil con muescas laterales, parece evidente que por lo menos algunos de los conjuntos clasificados en el trabajo temprano de Rogers y Treganza como perteneciente al complejo San Dieguito, pertenecieron al posterior periodo arcaico en lugar de al periodo paleo-indio (Treganza 1942:158; Warren 1966:16).

El valor cronológico del rasgo negativo por la ausencia de herramientas de piedra para moler puede también ser cuestionado. Para la confirmación de este valor diagnóstico, un rasgo así requeriría de la ocurrencia de sitios San Dieguito discretos o de la falta en componentes estratigráficos de las herramientas para moler. Por lo menos ciertos sitios donde faltan herramientas para moler pueden ser sospechosos de haber sido lugares de actividad funcionalmente discretos asociados a comunidades prehistóricas que usaron herramientas para moler en otras ubicaciones. Aparte del importante sitio de C. W. Harris en el condado de San Diego (Warren 1966; Warren y True 1961), faltan generalmente componentes estratigráficos distintivos de San Dieguito.

Davis (1968b:191) sugirió que la “muy rara” presencia de manos fue uno de los criterios disponibles para reconocer sitios del periodo paleo-indio en Baja California. Sólo dos de dichos sitios paleo-indios fueron explícitamente identificados en su reporte sobre prospecciones en áreas de bahía de los Ángeles y laguna seca Chapala. De éstos, uno (BC-255) careció completamente de manos. Sin embargo, las manos representaron tan sólo 47 piezas (2.4%) de las 1,971 registradas para los 46 sitios, y se reportaron sólo 25 piezas de BC-255, así que la ausencia de manos en el último sitio no parece ser significativa; otros 20 sitios también carecieron de manos. El otro sitio paleo-indio (BC-234) tuvo sólo una mano; con un total de 256 piezas, esta fue menos de las seis manos que hubieran podido esperarse estadísticamente, pero no parece justificar que las manos sean calificadas como “muy raras” en dichos sitios.

Es de cierto interés que de los 78 sitios en el condado de San Diego y la región noroeste de Baja California que fueron identificados por Rogers como poseedores de conjuntos San Dieguito, 67, o el 86%, fueron identificados también como poseedores de componentes del arcaico y/o prehistoria tardía. Esto sugiere que las formas de los artefactos identificados por Rogers como San Dieguito estaban generalmente en cercana asociación a otras formas de artefactos identificadas por él como indicadores de periodos de tiempo más tardíos. Por lo tanto, también sugiere que los argumentos de evidencia negativa basados en la falta en los sitios de ciertas piezas como herramientas de piedra para moler no fueron un criterio mayor, o por lo menos no unos muy exitosos, en la identificación de sitios San Dieguito.

Davis (1968b) distinguió similarmente conjuntos del paleo-indio, arcaico y de tiempos recientes en las áreas de la laguna seca Chapala y bahía de los Ángeles. Sin embargo, las distinciones entre estos conjuntos se caracterizaron por deficiencias similares a las debilidades que afectan las distinciones de Rogers. Una calibración cronológica crucial para otros elementos de los conjuntos líticos fue las formas de las puntas de proyectil y la presencia o ausencia de cerámica. Se dijo que puntas pequeñas, frecuentemente con muescas laterales, eran uno de los rasgos diagnósticos de sitios del periodo tardío (Davis 1968b:184, 190). Puntas pequeñas con muescas

⁷⁹ Acerca de sitios del complejo San Dieguito en Baja California, véase Eckhardt y Porcayo Michelini 2008; Porcayo Michelini 2005, 2006.

laterales (Tipo 1) se reportaron en sólo cinco sitios, de los cuales sólo dos tenían cerámica aborigen; cinco sitios tenían cerámica aborigen pero no puntas pequeñas con muescas laterales. Puntas pequeñas sin muescas laterales (aovadas) (Tipo 2) se reportaron en 10 sitios, de los cuales sólo uno contenía cerámica, y dos fueron interpretados como pertenecientes al periodo paleo-indio. Se dijo que varios estilos de puntas (Tipos 7, 8, 9, 10, 12 y 14) pertenecían a la serie Lake Mojave o a otra serie paleo-india; ninguno de los especímenes en estas categorías vino de sitios con cerámica, aunque varios provenían de sitios clasificados por Davis como “arcaico” en lugar de “paleo-indio”. Puntas grandes con muescas laterales (Tipo 13) y “Elko-eared” (Tipo 15) dan cuenta de sólo cuatro especímenes de tres sitios, sólo uno de ellos explícitamente etiquetado como “arcaico”.

Davis presentó sugerencias relativamente detalladas concernientes al uso cronológico de artefactos tallados en piedra diferentes a las puntas de proyectil. Como con las puntas de proyectil y las piedras de molienda, sin embargo, las interpretaciones de Davis en este caso parecen haber excedido la fuerza de sus datos actuales.

A pesar de los datos reportados de 46 sitios en áreas de bahía de los Ángeles y laguna seca Chapala, sólo algunos de dichos sitios se les asignaron a un periodo de tiempo. Cinco sitios costeros contenían cerámica y pertenecieron evidentemente al periodo “tardío” de Davis. Otros dos sitios costeros más con cerámica fueron vistos como de conjuntos mezclados de los periodos tardíos y medios. Dos sitios del interior se identificaron como del periodo medio (arcaico tardío). Siete sitios interiores pertenecieron al periodo temprano (arcaico) o medio temprano, y dos sitios pertenecieron al periodo temprano (paleo-indio).

Las tablas 20 y 21 resumen la distribución de piezas líticas que Davis señaló como cronológicamente diagnósticas, en los sitios identificados con cada periodo y para todos los sitios en la prospección de Davis. La tabla 20 indica el número de sitios para cada periodo de tiempo que se reportaron presentando cada rasgo, y la tabla 21 indica el número de artefactos en cada categoría diagnóstica encontrada, en todos los sitios para cada periodo de tiempo. Un asterisco indica un rasgo y un periodo de tiempo propuesto como relacionado diagnósticamente, de acuerdo a Davis; un signo de menos indica la ausencia del diagnóstico.

El acierto de las categorías de herramientas líticas talladas de Davis como indicadores cronológicos parece limitada, especialmente cuando sus elementos de circularidad se mantienen en mente: los sitios fueron asignados a los periodos cronológicos en parte con base en categorías de herramientas, y a las categorías de herramientas les fueron asignados valores cronológicos en parte basados en sus ocurrencias en aquellos mismos sitios. De las categorías, por ejemplo, los cuchillos y bifaciales parecen haber sido genuinamente raros en los sitios tardíos; por el otro lado, las herramientas para picar eran más o menos tan comunes en contextos tardíos como en arcaicos, y los raspadores y perforadores no favorecieron fuertemente los contextos paleo-indios sobre los contextos arcaicos, como Davis había postulado. En lo general, las estadísticas sugieren que (a) los sitios verdaderos de un solo componente fueron muy raros, o (b) que las categorías de herramientas líticas talladas son cronológicamente diagnósticas, si en absoluto, sólo con base en la variabilidad de sus proporciones en los conjuntos en lugar de con base en una presencia/ausencia.

Aparte de las formas de puntas de proyectil distintivas como Pinto, Elko y Gypsum, el periodo arcaico es en gran medida una categoría residual en las actuales cronologías de Baja California, basada en la falta de rasgos del prehistórico tardío como la cerámica y las pequeñas puntas (una carencia compartida con el periodo paleo-indio) y en la falta de rasgos del periodo paleo-indio, incluyendo formas de herramientas de San Dieguito y la ausencia de herramientas para moler

Tabla 20. Número de sitios de cada periodo de tiempo con diversos tipos de herramientas líticas, región norte del desierto central (después Davis 1968b).

	Sitios tardíos (n = 5)	Sitios mixtos medio-tardío (n = 2)	Sitios medios (arcaico) (n = 2)	Sitios tempranos (arcaico) (n = 7)	Sitios tempranos (paleo-indio) (n = 2)	Todos los sitios (n = 46)
Punta/ cuchillo	0 –	2	2 *	5 *	2 *	24
Bifacial (incl. preforma)	1 –	1	2 *	4 *	1 *	16
Raspador plano pezuña de caballo	1	2	2 *	3 *	1 *	23
Raspador plano aquillado, picudo	0	1	2	4 *	1 *	17
Herramienta para picar	5	1	2	3 *	0	21
Raspador distal	0	1	2	1	2 *	13
Raspador lateral	2	2	2	1	2 *	18
Perforador	0	0	0	2	1 *	7

* = presencia de herramienta lítica propuesta como diagnóstica de este periodo de tiempo

– = ausencia de herramienta lítica propuesta como diagnóstica de este periodo de tiempo

(características compartidas con el periodo prehistórico tardío). Rogers y otros distinguieron un complejo La Jolla, encontrado en la costa del condado de San Diego y extendiéndose por una distancia indeterminada al sur sobre la costa occidental de Baja California (Davis 1976; Harding 1951; Kaldenberg 1982; Moriarty et al. 1959; Rogers 1929, 1945, 1966; Shumway et al. 1961; Warren 1964). Más allá de la presencia de piedras para moler y residuos de conchas marinas, y la ausencia o escases de herramientas lasqueadas bien hechas y de cerámica, el patrón de La Jolla fue definido muy débilmente en cuanto a contenido. También fueron propuestas subdivisiones cronológicas para las colecciones de La Jolla dentro del periodo arcaico (por ejemplo, Moriarty 1966; Rogers 1945; Warren 1966), pero no han sido confirmadas.

Otras propuestas para el reconocimiento de complejos arcaicos en Baja California se han inspirado en similitudes con los conjuntos de los desiertos occidentales en los Estados Unidos, y dependen en gran medida de las formas en las puntas de proyectil. Massey (1966b) distinguió los complejos Cuenca Pinto (Amargosa I), Cueva Gypsum (Amargosa II) y Amargosa (Amargosa III), con referencias menores a elementos de puntas no proyectiles. En su estudio sobre la cultura de Las Palmas de la región del Cabo, Massey (1955:316-317) enfatizó las fuertes afiliaciones de los conjuntos líticos en dicha área específicamente con los conjuntos de Amargosa II encontrados en el sur de California, y la escasez o ausencia de afiliaciones con culturas norteañas tardías. Esto sugirió que los progenitores culturales de la cultura de Las Palmas habían entrado a la península durante el periodo asociado con el conjunto Amargosa, en lugar de más temprano o más tarde. Sin embargo, se reconoció la posibilidad de un tiempo de retardo entre la transferencia de los rasgos Amargosa a la península y su presencia en la región del Cabo. En cualquier caso, el valor de las similitudes como elementos cronológicamente diagnósticos fue minado por la afirmación de su larga supervivencia, al menos en la región del Cabo. La diferenciación de Ritter en el área de bahía

Tabla 21. Número de artefactos de varios tipos de herramientas líticas de sitios de cada periodo de tiempo, región norte del desierto central (después Davis 1968b).

	Sitios tardíos (n = 321)	Sitios mixtos medios-tardíos (n = 212)	Sitios medios (arcaico) (n = 302)	Sitios tempranos (arcaico) (n = 266)	Sitios tempranos (paleo-indio) (n = 271)	Todos los sitios (n = 1,971)
Punta de cuchillo	0 –	7	97 *	46 *	86 *	312
Bifacial (incl. preforma)	1 –	1	35 *	36 *	41 *	145
Raspador plano pezuña de caballo	3	4	9 *	12 *	10 *	63
Raspador plano aquillado, picudo	0	1	7	8 *	12 *	42
Herramienta para picar	7	12	17	7 *	0	68
Raspador distal	0	1	6	3	5 *	25
Raspador lateral	2	5	8	1	9 *	44
Perforador	0	0	0	5	2 *	15

* = presencia de herramienta lítica propuesta como diagnóstica de este periodo de tiempo

– = ausencia de herramienta lítica propuesta como diagnóstica de este periodo de tiempo

Concepción entre la tradición Concepción (5500-1000 a.C.) y la tradición Coyote (1000 a.C.-1000 d.C.) dependió una vez más en puntas de proyectil y sus análogas en la cronología de la Gran Cuenca.

Fechamiento por alteración de la superficie. El grado de meteorización y patinado sobre las superficies talladas de artefactos líticos ha sido comúnmente utilizado, como un informal indicador cronológico relativo. Rogers, Treganza, Arnold y Davis invocaron grados relativos de alteración de superficie como evidencia en las diferencias de edades entre los conjuntos de varias áreas en Baja California. Ritter (1979), discutiendo la cronología de los artefactos del área de bahía Concepción, citó grados altamente variables de meteorización como un argumento contra el valor diagnóstico de formas particulares de bifaciales y puntas de proyectil. Un defensor del valor cronológico de las formas de puntas de proyectil, sin embargo, podría argumentar que fue la meteorización, en lugar de los tipos de punta, lo que estaba equivocado en esos casos.

En los estudios de Baja California, los contrastes reportados en la alteración de superficie han sido completamente intuitivos, y es esencialmente imposible asegurar su éxito objetivo como indicadores cronológicos, medido contra cierto estándar cronológico independiente. Aunque se ha tomado cierta nota de la variabilidad en la alteración que es atribuible a las diferencias en el tipo de roca, los posibles efectos de las diferencias en el clima, la exposición y las características del suelo no han sido explorados. Las alteraciones de la superficie deben ser consideradas como pistas potencialmente interesantes e importantes para la cronología, pero su confiabilidad y utilidad permanece sin ser probada hasta el presente.

Cronología cerámica. La introducción de cerámica y de cambios en sus características de manufactura, formas y decoraciones, han sido de importancia fundamental en el desarrollo de las

cronologías arqueológicas en muchas regiones del mundo. Por varias razones, la utilidad cronológica de la cerámica es más limitada en Baja California. El uso prehistórico de la cerámica parece estar restringido a la parte norte de la península, en las regiones del noroeste y del desierto del Colorado, y a un periodo bastante corto al final de la prehistoria. Los elementos mayormente manufacturados fueron vajillas sencillas, sin convenciones estilísticas elaboradas y aparentemente hechas con material procedente de múltiples fuentes locales de arcilla.⁸⁰

A pesar de estas reservas, cierto valor cronométrico, actual o potencial, ha de ser adscrito en las investigaciones dentro de la introducción de la cerámica y las variaciones en su manufactura en esta región. Como en otros temas, el marco arqueológico para la interpretación de la evidencia cerámica en el norte de Baja California se deriva principalmente de investigaciones arqueológicas más extensas realizadas en las proximidades del sur de California y el oeste de Arizona.

El periodo inicial en el que apareció la manufactura y el uso de cerámica en el sur de California (y, probablemente también, en el extremo norte de Baja California) es un tema de cierta disputa. Se ha afirmado la presencia de cerámicas fechadas en por lo menos 1500 a.C., y quizás sustancialmente más temprano, en el condado de Orange y en la isla Santa Catalina (Drover 1971, 1975, 1978; Drover et al. 1979).⁸¹ Si se aceptan, dichas afirmaciones podrían reducir severamente el valor de la ocurrencia de cerámica como un rasgo cronológicamente diagnóstico, dado el rango de tiempo que su presencia puede cubrir y por la extrema escases evidente de cerámica en la región a lo largo de los milenios tempranos. Más convencionalmente, las cronologías para la prehistoria del sur de California han trazado la introducción de la cerámica en esta región hacia la última parte del primer milenio d.C. (May 1976; Moriarty 1966; Rogers 1945; Waters 1982a). Generalmente, se ha creído que los gradientes cronológicos existieron en el ritmo de la introducción de la cerámica, extendiéndose desde los hallazgos iniciales en el área del río Colorado en el este y hacia la costa del Pacífico en el oeste, y desde el sur del condado de San Diego hacia el norte dentro de los condados de Orange y Riverside.⁸² Presumiblemente un gradiente similar podría esperarse para el ritmo de la introducción de la cerámica en el norte de Baja California, extendiéndose hacia el sur al límite del pre-contacto del uso cerámico en la península.

Además de la presencia o ausencia de cerámica, se ha atribuido valor cronológico a varias características de las cerámicas que fueron producidas. Hasta ahora el punto de inicio para las cronologías cerámicas propuesto para esta región fue el trabajo de Malcolm J. Rogers, quien hizo colecciones cerámicas extensas de sitios arqueológicos en el sur de California y norte de Baja California. Rogers trabajó en una tipología cerámica basada en estas colecciones, pero nunca la terminó, dejando sólo notas incompletas sobre el tema. Estas notas y las colecciones asociadas a ellas han sido utilizadas posteriormente por varios investigadores para proponer tipologías (May 1978; Schroeder 1958; Van Camp 1979; Waters 1982a, 1982b, 1982c).

Las interpretaciones de Rogers sobre la cronología cerámica fueron presentadas en un artículo sobre prehistoria yumana (Rogers 1945). Se esbozaron conclusiones, pero la base de la evidencia de dichas conclusiones sólo se sugirió a grandes rasgos. La asociación de la cerámica yumana con tiestos de tipos fechados de más al este en el Suroeste norteamericano fue evidentemente uno de los tipos de observación utilizados, como lo fue la presencia de componentes con tiestos en yuxtaposición estratigráfica. Sin embargo, hasta que la firmeza de estas líneas de evidencia pueda

⁸⁰ Acerca de la cerámica en Baja California, véase también Graham et al. 2014; Laylander y Schaefer 2006; Panich y Wilken-Robertson 2006, 2013a, 2013b; Porcayo Micheline 2013; Téllez Duarte et al. 2015.

⁸¹ Para obtener información adicional sobre las propuestas para la cerámica muy temprana en el sur de California, consulte Griset 2008; Joesink-Mandeville 1983; Porcasi 1998.

⁸² Suzanne Griset (1996) ha sugerido la posibilidad de un origen independiente de cerámica marrón al oeste de la sierra peninsular y quizás extendiendo desde su origen en el norte de Baja California hasta Alta California.

ser evaluada a partir de la reexaminación de las notas no publicadas y las colecciones de Rogers o de nuevos estudios de campo, las conclusiones propuestas deben ser tratadas con cierto escepticismo. (La conclusión de Van Camp [1979:42] de que la cronología cerámica de Rogers se sustentó básicamente en una supuesta evolución de la sofisticación en la tecnología cerámica, de tosca a más delineada, no parece ser exacta.)

La discusión cronológica de Rogers se formuló básicamente en términos de tres periodos: Yumano I (*ca.* 850-1050 d.C.), Yumano II (*ca.* 1050-1500 d.C.) y Yumano III (*ca.* 1500 d.C.-contacto). (También se hicieron alusiones a variaciones significativas en la cerámica dentro de esos periodos [por ejemplo, Rogers 1945:185], pero dichas variaciones no fueron discutidas sistemáticamente o en detalle.) La imagen se complica también por variabilidad geográfica. La discusión más detallada de Rogers se centró en el área baja del río Colorado, incluyendo la esquina extrema noreste de Baja California. Para esta área, él afirmó el valor cronológicamente diagnóstico de los rasgos cerámicos resumidos en la tabla 22.

Tabla 22. Características de la cerámica cronológicamente diagnósticas para el extremo noreste de Baja California (después Rogers 1945).

Yumano I	Yumano III
Modelado con canasta Ollas de boca pequeña Paredes directas (en lugar de recurvadas) en ollas Cantimplora, tarros y tazones Pipas Bordes redondeados (en lugar de planos) Asas de aleta Asas anulares Ausencia de acabado de estuco “hombro de Colorado” Muescado de borde Decoración hendida Ausencia de reforzamiento de la banda del borde Bruñido Barbotina roja Ausencia de la decoración negra-sobre-beige Ausencia de la decoración roja-sobre-rojo	Paredes recurvadas en tarros para semillas Ausencia de churros de cuello cilíndricos Decoración negra-sobre-roja Ausencia de elementos de diseño zoicos

Rasgos o ausencia de rasgos no fueron identificados como únicos en la cerámica del periodo Yumano II, que se encontró que compartía la mayoría de sus rasgos con la cerámica del Yumano III, y algunos con la cerámica del Yumano I. La identificación de la cerámica del Yumano II como indicador cronológico podría basarse presumiblemente en la co-ocurrencia de rasgos compartidos por la cerámica del Yumano I y II con rasgos compartidos por la cerámica del Yumano II y III.

Esta periodización es complicada por un esquema de variaciones regionales en las prácticas cerámicas que Rogers también propuso. En el periodo Yumano II, él sugirió una expansión del complejo Yumano dentro de un área más amplia, la cual en Baja California abarcó el resto del delta del río Colorado, incluyendo la cuenca Pattie. Una expansión adicional propagó cerámica del Yumano III a través del norte de la península hacia un punto al sur de bahía de los Ángeles. Sin embargo, se dijo que la cerámica del post-Yumano I en áreas al oeste del bajo río Colorado exhibió

rasgos “residuales” (como modelado con canasta, muescado y grabado de bordes) que en el área nuclear original del bajo río Colorado fueron considerados diagnósticos del periodo Yumano I (Rogers 1945:195). Esto significa que, si las interpretaciones de Rogers se aceptaran por su valor nominal, su lista de rasgos cerámicos no podría todavía ser tomada como valores diagnósticos cronológicos para la prehistoria de Baja California fuera de su extremo noreste.

Albert Schroeder condujo prospecciones arqueológicas a lo largo del bajo río Colorado dentro de los Estados Unidos en 1951, y también examinó las colecciones de Rogers en el San Diego Museum of Man. Schroeder publicó una tipología para Lower Colorado Buff Ware en 1958, indicando límites cronológicos para muchos de los tipos descritos. No es posible evaluar las bases de evidencia para las conclusiones de Schroeder a partir de los limitados datos publicados. Waters (1982a:278-280) señaló las críticas privadas de Rogers al uso que Schroeder había hecho de los materiales de Rogers. El valor principal de la tipología de Schroeder en el contexto actual puede estar en su papel al apuntar los conflictos cronológicos entre las observaciones de Rogers, como fueron publicadas por él mismo y otros, y las observaciones sustancialmente independientes de Schroeder.

Basado en el trabajo de Rogers, Ronald V. May (1978) elaboró una tipología cerámica que enfatizó fuertemente la variabilidad en las arcillas e inclusiones más gruesas con las que las vasijas de cerámica fueron hechas.⁸³ Quizás debido a este énfasis en la composición del material, a los tipos propuestos de May les fue asignado más valor como discriminantes geográficas en lugar de cronológicos. Sólo a un tipo (Pine Valley Grey) que incluyó a Baja California en su distribución le fue explícitamente asignado un rango temporal restringido (post-1000 d.C., esto es, los periodos Yumano II y Yumano III de Rogers) (May 1978:23). En un nivel más general, en áreas al oeste del desierto del Colorado, se propuso que el tipo Lower Colorado Buff Ware tuvo una aparición inicial más tardía que el tipo Tizon Brown Ware, o por lo menos se considero que la primera ocurrió con mayor frecuencia durante el último periodo.

Van Camp (1979) generalmente rechazó los objetivos cronológicos en su estudio sobre la cerámica de los pueblos diegueño y otros en el sur de California y norte de Baja California. Ella señaló, de paso, su acuerdo con Rogers con respecto a que el pintado y hendido fueron rasgos “tardíos” en esta área. Esta sugerencia parece ser contradicha, al menos para el área del bajo río Colorado, por el reporte publicado de Rogers (1945:188) en donde el hendido fue específicamente observado como rasgo del Yumano I y se dijo que el pintado había estado presente durante los tres periodos, aunque fue raro durante el primero. En cualquier caso, Van Camp no ofreció datos para respaldar su hipótesis.

Waters (1982a, 1982b, 1982c) ejerció el uso más ambicioso de las colecciones cerámicas de Rogers jamás realizado con el propósito de definir una cronología regional para la prehistoria tardía. En el esquema de Waters, los periodos Yumano I, II y III de Rogers fueron renombrados como Patayano I, II y III, y asignados a periodos entre aproximadamente 700-1000, 1000-1500 y post-1500 d.C. respectivamente. Tipos cerámicos específicos dentro de las series de Lower Colorado Buff Ware fueron identificadas con cada periodo: Colorado Beige, Colorado Red y Black Mesa Buff con Patayano I; Tumco Buff, Topoc Buff y Salton Buff con Patayano II; Parker Buff y Palomas Buff tanto con Patayano II como con Patayano III; y Colorado Buff con Patayano III. (Cada tipo, a excepción del Colorado Red, también tuvo una variante decorada Red-on-buff.) Waters también publicó, con detalle único, descripciones de los tipos cerámicos propuestos, discusiones sobre las bases de sus fechamientos y tabulaciones de cuentas de tiestos por tipo y para un número importante de sitios en el sur de California, suroeste de Arizona, noroeste de Sonora y

⁸³ Véase también May 2001.

noreste de Baja California.

A pesar del impresionante esfuerzo reflejado en los artículos de Waters, cierta reserva parece justificada al aceptar sus conclusiones. El mismo Waters señaló que “la cronología de la tradición cerámica Lowland Patayan, como se presenta aquí, está en bruto y requiere mucho refinamiento. Los 17 tipos de cerámica se han organizado en un marco temporal basado en limitadas evidencias de fechamiento cronométrico y relativo” (Waters 1982a:296). Un número de objeciones potenciales al esquema pueden ser notadas brevemente:

(1) Se dijo que los tipos se basaron principalmente en diferencias en las formas de bordes y las formas de vasijas (Waters 1982b:537); a las diferencias en las inclusiones se les dio una importancia secundaria (Waters 1982b:537), y las inclusiones fueron notado como un criterio problemático para la tipificación cerámica (Waters 1982a:278-279). Sin embargo, no está claro en qué medida los más de 60,000 especímenes de cerámica examinados, según los reportes, fueron de hecho tipificados por los criterios “principales”. Parece probable que las formas de borde y las formas de vasija habrían sido determinables sólo en una pequeña fracción de los especímenes y que los conteos presentados por Waters (1982c) debieron estar basados en su mayoría en otros criterios.

(2) A los tipos de cerámica, tal y como fueron presentados por Waters (1982b), se les otorgaron definiciones politéticas no rigurosas, basadas en un agrupamiento general de criterios diagnósticos. Dichas definiciones no permitirían la asignación inequívoca de un espécimen exhibiendo algunas de las características diagnósticas de más de un tipo. Es probable, en dicha situación, que los especímenes sean en la práctica tipificados de acuerdo a hipótesis preexistentes sobre sus asociaciones geográficas o cronológicas; una situación así daría una confirmación aparentemente falsa de dichas hipótesis geográficas o cronológicas.

(3) Al discutir la metodología detrás de las conclusiones cronológicas de Rogers, Waters hizo un énfasis considerable al método de “estratigrafía horizontal de senderos”, en el cual se dice que diferentes tipos de cerámica se asocian con diferentes senderos, y se dijo que la secuencia relativa en el tiempo de los senderos había sido establecida por características como un sendero bloqueaba otro en su intersección o algunos senderos cortados o desviados por arroyos (Waters 1982a:276, 280). Sin embargo, en los datos presentados por Waters, en relación a seis senderos en el sureste del condado de Imperial, California, los tres periodos Patayano fueron representados en las colecciones de cuatro de los senderos, y los otros dos senderos contuvieron tipos Patayano I y II más Parker Buff, que se asociado ambiguamente tanto con Patayano II como con Patayano III.

(4) Waters también enfatizó la importancia de la asociación con el lago Cahuilla prehistórico como un determinante cronológico para los tipos Patayano II (Waters 1982a:289, 291). Como se señaló en el Capítulo II, existen ciertas bases para tomar con reserva la aceptación de la cronología de Waters (1983) para las emergencias y extinciones del lago Cahuilla. Sin embargo, si la cronología de Waters fuera aceptada, las orillas del lago en 12 metros serían reconocidas como existentes intermitentemente entre alrededor del 700 d.C. y la primera mitad del siglo XVI, así como la existencia de intervalos secos alrededor del 850, 1200 y después de 1580 d.C. En esta cronología, parece claro que los sitios pertenecientes a los tres periodos Patayano serían todos esperables a lo largo de las orillas del Cahuilla (y más debajo de éstas, si no hubieran sido enterradas por la sedimentación lacustre subsecuente). Como fue registrado por Waters, de los 47 sitios en o cerca de la orilla del lago Cahuilla, 18 contuvieron cerámica Patayano I y 11 contuvieron cerámica Patayano III, además de la cerámica Patayano II supuestamente diagnóstica. De los 15 sitios bajo la orilla del lago Cahuilla, 10 contuvieron cerámica Patayano II y 14 contuvieron cerámica Patayano III. Está claro que el criterio de presencia/ausencia no establece bien la supuesta

asociación cronológica de los tipos cerámicos con las orillas del lago. La predominancia notable de cerámica Salton Buff en asociación con la orilla, que pudiera parecer la confirmación de una asociación cronológica, parecer ser por lo menos tan fácilmente explicable como un patrón puramente geográfico.

(5) Se dijo que el valor cronológico de los tipos de cerámica se basó en la ausencia de los tipos de cada uno de los tres periodos en sitios “firmemente establecidos” asignables a uno de los otros dos periodos (Waters 1982a:283, 289, 291). Sin embargo, de los 256 sitios tabulados por Waters sólo una minoría fueron sitios de “componente único”, de acuerdo a este esquema: 5 tuvieron sólo cerámica Patayano I, 29 tuvieron sólo Patayano II y 42 tuvieron sólo Patayano III, mientras que por lo menos 73 tuvieron representados los tres periodos. Muchos de los sitios de “componente único” se representaron por pocos especímenes de cerámica, en algunos casos no más de una sola pieza, y la ausencia de otros tipos de cerámica en dichos casos obviamente no puede ser considerada significativa.

(6) Waters (1982a:282) enlistó rasgos cerámicos individuales señalados como característicos de los tres periodos, reproduciendo en gran medida la tabulación original de Rogers (1945:188) discutida arriba. Sin embargo, mientras que la tabulación de Rogers fue explícitamente confinada al “foco” del bajo río Colorado y se dijo que no era válida en otras áreas, donde rasgos “residuales” anómalos fueran encontrados, en general Waters extendió el valor cronológico de dichos rasgos a la cerámica Lowland Patayan, sin discutir la base de su rechazo a la conclusión original de Rogers.

En otro estudio más local, relacionado con cerámica y cronología, McKusick y Gilman (1959) examinaron cerámica de dos sitios en el área de la sierra Juárez: Cerrito Blanco y la histórica misión de Santa Catarina. Aparentemente se buscó el material de Santa Catarina con el propósito de intentar distinguir entre la cerámica del post-contacto y la cerámica prehistórica en la región. El material de Cerrito Blanco, procedente de un sitio que se extendía más de 800 metros y se componía de campos más o menos discretos, fue analizado como una unidad. Las excavaciones en Santa Catarina se realizaron y analizaron en dos grupos separados: un bloque dentro de las paredes de la misión, y un segundo bloque a cierta distancia al sur de la misión. Ciertas diferencias en la forma y la decoración en los bordes de las vasijas fueron encontradas y, aparentemente, interpretadas como cronológicos. Se analizaron varios cientos de bordes definidos como de labios redondeados, biselados, o enrollados o sobresalientes. Las colecciones de los dos lugares en Santa Catarina produjeron estadísticas cercanamente comparables. Santa Catarina y Cerrito Blanco tuvieron proporciones similares de bordes con labios redondeados, pero Cerrito Blanco tuvo menos bordes biselados (18%, en comparación al 29% y 34% para los dos lugares de Santa Catarina) y más labios enrollados o sobresalientes (35%, en comparación al 20% y 21%). En Cerrito Blanco, 1.5% de los bordes recolectados estaban decorados, uno por incisión y tres por puntuación; en Santa Catarina, 1.7% estaban decorados, incluyendo 1 por incisión y 5 con pintura roja. Mientras que los contrastes son sugerentes, parece que debe tenerse más confirmación independiente antes de aceptar estos rasgos como diagnósticos cronológicos.

Tipos de entierro. La forma de disposición de los muertos parece tener cierto valor diagnóstico como indicador cronológico en Baja California. Sin embargo, los patrones funerarios han variado regionalmente así como a través del tiempo, y ni los patrones generales ni su sincronización han sido aun completamente establecidos.

En la parte más suroeste del sur de California, existe un contraste bien documentado entre un patrón de enterramientos humanos del periodo arcaico (La Jolla), generalmente en posición

flexionada, y una práctica de cremación de la prehistoria tardía.⁸⁴ Este contraste puede ser proyectado con cierta confianza hacia la región noroeste de Baja California, y quizás considerablemente más al sur.

Se ha indicado que Malcolm Rogers propuso, en notas no publicadas, que los diferentes tipos de cremación fueron diagnósticos cronológicos en los desiertos de la parte más sureña de California y, presumiblemente, también en el norte de Baja California (Van Camp 1979:35). De acuerdo a Van Camp, Rogers hipotetizó una secuencia de (1) cremaciones sin recolectar, a (2) cremaciones recolectadas de fosos, a (3) cremaciones recolectadas de urnas. La evidencia que sugiere esta secuencia no fue indicada; posiblemente fue intentada una sucesión evolutiva simple-a-compleja. Van Camp también citó las notas no publicadas de Clark W. Brott sobre cremaciones en los desiertos sureños de California, que indicaban que se encontraron juntos los tres tipos de cremación, lo cual tendía a invalidar su relevancia cronológica.

Kowta (1984:8) hipotetizó que debía existir una importante distinción cronológica en la región del Cabo, entre una práctica temprana de entierros flexionados primarios y una práctica posterior de entierros secundarios. La sugerencia está basada aparentemente sólo en el reporte publicado por Massey (1947) sobre sus excavaciones en la región del Cabo; el reporte más detallado en la tesis doctoral de Massey (1955) no respaldó dicho punto de vista.

Asociaciones geológicas. La asociación de restos arqueológicos con características geológicas fechadas o potencialmente fechables, ofrece posibilidades para la cronología prehistórica peninsular que ha sido aún poco explorada. El lago Cahuilla y la laguna Macuata han sido señalados en un capítulo anterior como características geológicas relativamente recientes; los sitios asociados con sus orillas y otros sitios ubicados por debajo de dichas orillas pueden ser cronológicamente mejor ubicados cuando las historias del llenado y secado de las cuencas Salton y Pattie sean mejor conocidas. La historia de la cuenca de la laguna seca Chapala, en lo que respecta tanto a su alteración tectónica como a posibles cambios hidrográficos asociados con climas pasados, es relevante para la arqueología, como los estudios de Arnold (1957) y Ritter (1976) han mostrado; y la cercana laguna La Guija podría ser un caso similar (Ritter et al. 1978). Los márgenes del océano también pueden ser útiles, tanto en la proximidad de los concheros a los niveles actuales como en la posible presencia de sitios bajo el agua. Cierta actividad volcánica en la península pudo haber sido lo suficientemente reciente como para construir marcadores temporales en el registro arqueológico.

Evidencia paleontológica. Massey (1947:352) registró posible evidencia paleontológica de la presencia humana temprana en la península.⁸⁵ Huesos de bisonte, camello y caballo fueron encontrados en una localidad, aparentemente un pantano del Pleistoceno, en la región de la Giganta/Magdalenita. Aunque no se encontraron artefactos asociados a dichos huesos, “la presencia de huesos de bisonte cortados longitudinalmente, y huesos de camello y caballo reportados con extremos quemados, sugieren el trabajo de humanos contemporáneos” (Massey 1947:352).

Fechamiento del arte rupestre. Las aproximaciones a la interpretación cronológica del arte rupestre en el registro arqueológico de Baja California han sido paralelas a algunos de los enfoques cronológicos utilizados en conexión a otros restos arqueológicos. Contrastes estilísticos en el arte rupestre han sugerido evoluciones tanto en modelos como en técnicas. El grado relativo de alteración superficial de los paneles y motivos del arte rupestre se han invocado para establecer

⁸⁴ Véase también Drakic Ballivián 2013a; Laylander 2011.

⁸⁵ Acerca de la evidencia de asociaciones entre humanos y la fauna pleistocena, véase también Guía Ramírez y Oviedo García 2011, 2012; Guía Ramírez et al. 2013.

la secuencia de las “conjuntos” de motivos de arte rupestre. La yuxtaposición estratigráfica de componentes en un depósito de suelo arqueológico tiene su contraparte en la superposición de motivos pintados en el arte rupestre. Paneles de arte rupestre individuales o estilos han sido fechados por su asociación con otros indicadores cronológicos, como fechas por radiocarbono, obsidiana medida por hidratación y tipos de artefactos diagnósticos, por su inclusión de motivos del periodo histórico y por comparaciones con estilos fechados en el oeste de los Estados Unidos (por ejemplo, Garvin 1978:19; Meighan 1969:39-44, 1978:9-11).

A las técnicas de arte rupestre, los temas y los estilos, se les ha asignado una amplia, si bien tentativa y vaga, importancia cronológica (por ejemplo, Grant 1974; Hedges 1973b). En el área de bahía Concepción, Ritter (1979:395) sugirió que el arte rupestre “abstracto-curvilíneo” probablemente fue anterior a los estilos representacionales. Un grupo de estudios colectados por Meighan y Pontoni (1978) discutieron problemas en la seriación cronológica de técnicas de picado, frotadas y pintadas, y de motivos abstractos y representacionales y sus varias subdivisiones. En un resumen relativamente cauteloso, Meighan (1978:11) distinguió dos periodos de arte rupestre prehistórico en el centro peninsular, basado en seriaciones y otros factores: un periodo temprano, previo a 1000 d.C., caracterizado predominantemente por elementos geométricos y abstractos y “huellas”, pero quizás carente de elementos de supervivencia pintados; y un periodo posterior, entre 1000 y 1500 d.C., que incluía arte Gran Mural, con sus representaciones de venados, conejos, humanos y peces, en el que elementos de aves y tortugas fueron adiciones posteriores.

Las alteraciones de la superficie han sido utilizadas como una base más específica para proponer cronologías relativas o absolutas de arte rupestre. La ubicación cronológica de petroglifos en particular ha mostrado ser algo prometedor en este respecto. Por ejemplo, Meighan (1969:28) reportó petroglifos altamente erosionados en el sitio Gran Mural de la Cueva Gardner, sugiriendo la condición de los petroglifos que éstos debían ser más antiguos que las pinturas. Grant (1974:127) notó que algunos petroglifos en el área diegueño mostraban áreas de picado e incisión que se habían repatinado de su color oscuro original, sugiriendo que debían ser “muy antiguas”. Hambleton (1979:17-18) notó diferencias aparentes en estilo entre petroglifos tallados en el basalto patinado en la región del desierto central. Se dijo que los petroglifos que mostraban similitudes estilísticas con el arte rupestre pintado Gran Mural de esa región, carecían de repatinación por barniz desértico dentro de los surcos hechos por el hombre, mientras que petroglifos con un estilo diferente tenían dicho barniz. Hambleton reportó, sin referencia específica, que se había calculado que el proceso de formación de barniz había tomado aproximadamente 3,000 años, y por lo tanto que el último grupo de petroglifos debían tener por lo menos esa edad. En bahía Concepción, el patinado diferencial de elementos en un solo sitio fue citado por Ritter (1979:395) como sugerencia de diferencias cronológicas. En un sitio de petroglifos cercano a San Ignacio, se encontró repatinado en todas las superficies grabadas y se tomó como indicador de que nada del arte rupestre “parece muy reciente” (Muscutt 1986:1).

En un intento para cuantificar grados de intemperismo en los petroglifos se realizó en un trabajo de campo a lo largo del centro de la península, que fue reportado por Meighan y Pontoni (1978). La meteorización fue categorizada en tres clases, “A”, “B” y “C”, en orden de incremento de severidad del intemperismo y, por interpretación, de incremento en edad. Notablemente, en uno de los estudios (Garvin 1978:23), el índice de meteorización parcialmente confirmó y parcialmente contradijo o modificó la secuencia propuesta de motivos mencionada arriba. La mayoría de los elementos “huella” estuvieron en la clase “C”; humanos estuvieron todos en la clase “A”; pero elementos abstractos estuvieron distribuidos en forma bastante equilibrada a través de las tres clases.

La superposición de elementos de arte rupestre añadidos sobre los primeros elementos del mismo también hizo posible cierta relativa clasificación cronológica de estos restos. Meighan (1969:56), Crosby (1975a:9) y Hambleton (1979:19) señalaron la presencia de cuatro o cinco niveles de superposición en las pinturas del área Gran Mural del desierto central. Ritter (1979:395) citó la superposición como un elemento que distingue el arte rupestre temprano del prehistórico tardío en el área de bahía Concepción.

Para el área del Gran Mural, Meighan (1969:64-65) propuso dos periodos estilísticos, con base en la superposición: un periodo temprano, con figuras grandes, venado y borrego cimarrón, sin aves ni figuras geométricas cuadrículadas; y un periodo tardío, con figuras más pequeñas, cuadrículas y aves, pero sin venado o borrego cimarrón. Dos tablas que publicó Meighan son especialmente valiosas, que muestran cuentas de superposiciones por tipo de figura y color (Meighan 1969:66, 73). El número de casos relacionados fue pequeño, 55 en la primera y 65 en la segunda, pero sugerentes para conclusiones tentativas interesantes. La distinción de dos periodos fue al parecer parcialmente contradicha en la primera tabla, que mostró un caso de venado superpuesto sobre un águila (Meighan 1969:66). En bases estadísticas en lugar de absolutas, las tablas sugieren una secuencia temporal en el énfasis relativo de motivos de (1) conejos, borregos cimarrones y venados, a (2) hombres, a (3) aves y peces, a (4) figuras geométricas, y de (1) negro, a (2) negro-y-rojo, a (3) rojo, a (4) amarillo. Sin embargo, Meighan (1969:68-69) también notó que los patrones de superposición pueden referirse a factores ideológicos, como de “dominancia”, en lugar de a factores cronológicos.

Grant reportó una secuencia en la representación de humanos en la cueva de San Borjitas, en la sierra Guadalupe, basada en superposiciones. En dicho sitio,

las pinturas más tempranas ... son curiosas figuras parecidas a espantapájaros, algunas hechas con patrones de rayas entrecruzadas o a cuadros y algunos bulbosos, como si hubieran sido rellenados con paja. Las que siguen en edad parecen ser figuras simples del tipo “hombre de jengibre” en negro o rojo liso y el estilo más reciente es la figura combinada en rojo y negro, a menudo con tocado de plumas [Grant 1974:98-100].

Crosby (1975c:102-103) propuso una cronología de cuatro fases para las pinturas Gran Mural, basada en superposición. La secuencia, de lo más temprano a lo más tardío, incluyó (1) venados muy grandes, toscos, monocromos (usualmente negros, algunas veces rojos), (2) venados y borregos cimarrones en rojo o negro, (3) figuras humanas y animales bicolors (y algunas veces monocromos) y (4) figuras pequeñas. Aunque manifiestamente basado en una extensa observación personal de las pinturas del Gran Mural, la caracterización de los patrones en superposición de Crosby parece haber sido totalmente intuitiva y sin cuantificar, y su validez es difícil de evaluar.

Un caso inusual en la cronología de arte rupestre es la identificación propuesta de un elemento de arte rupestre con un evento astronómico único. Crosby (1975a:167) interpretó un pictograma en la sierra de San Francisco como una representación de la supernova Nebulosa de Cangrejo del 1054 d.C. Sin embargo, esta identificación es más que algo dudosa.

Sistemas socioculturales

Aunque el desarrollo de un marco cronológico ha sido y continúa siendo un punto central de interés en la arqueología prehistórica en Baja California, cierto progreso ha sido también hecho en la reconstrucción de los modos de vida pasados, lo cual le da contenido a la cronología. Los acercamientos arqueológicos a la reconstrucción de los sistemas socioculturales prehistóricos en Baja California son discutidos aquí bajo cuatro rubros principales: subsistencia, asentamiento,

organización social y cosmovisión.

Subsistencia. Los sistemas de subsistencia prehistóricos han dejado su huella en varios tipos de evidencia arqueológica. Arqueológicamente han sido recuperados desechos procedentes del uso de materiales naturales, como huesos de animal, conchas marinas y remanentes de material vegetal, testificando la obtención, procesamiento y uso de recursos de flora y fauna específicos prehistóricos para alimentación y otros propósitos. Los rasgos y artefactos utilitarios de piedra y hueso, concha, fibra y cerámica, que fueron originalmente asociados con la obtención, transportación, almacenaje y procesamiento de recursos específicos, indican el rango y la importancia relativa de los recursos que fueron explotados y las estrategias usadas en su explotación. (El estudio de las ubicaciones de varios tipos de sitios arqueológicos y de las correlaciones entre dichas ubicaciones con el acceso a recursos particulares, también sugiere sobre los recursos que fueron adquiridos de los sitios, la estacionalidad de su uso y las unidades sociales que las explotaron; la discusión de los análisis arqueológicos basados en ubicación de sitio será diferidos hasta la siguiente sección de este capítulo, relacionada con el asentamiento. La discusión sobre recursos de subsistencia y prácticas como se reflejan en el arte rupestre también serán diferidos, a la sección de cosmovisión.)

Los restos de fauna son una de las formas de evidencia arqueológica más sobresalientes en Baja California, notablemente en los extensos concheros que están presentes a lo largo de la mayoría de las porciones de la línea de costa. Sin embargo, extraordinariamente aún se le ha dado poco uso a esta evidencia para la reconstrucción de los patrones de subsistencia prehistórica.⁸⁶

Aunque muy variables en cantidad, los desechos de conchas marinas parecen haber sido un elemento constitutivo casi siempre presente en depósitos arqueológicos importantes en Baja California, tanto en tierra interior como en sitios costeros. En el trabajo de prospección de toda la península más exhaustivo que ha sido reportado, Massey (1947) ofreció observaciones generales sobre la ocurrencia de concheros y variaciones regionales en sus números, extensiones y profundidades. La costa del golfo de la región del Cabo y el área cerca de bahía Concepción fueron particularmente reconocidos por el tamaño de dichos depósitos. En contraste, “en la costa del Pacífico de la región del Cabo existe aparentemente una completa y confusa ausencia de sitios concheros; ninguno fue observado, ni tampoco conocido por la gente local” (Massey 1947:350).

Muchos de los estudios más localizados contienen listas de géneros o especies de moluscos representados en los sitios arqueológicos de Baja California (por ejemplo, Banks 1972a; Davis 1968b; DuShane 1981; Massey 1955; Massey y Osborne 1961; May e Ike 1981; Reygadas y Velázquez 1983; Ritter 1979; Schenck y Gifford 1952; Shor 1980b; Tuohy 1978). Ocasionalmente, dichos reportes incluyeron cuantificaciones de las proporciones relativas de taxones de los diferentes moluscos en el conchero como un todo o incluso en de diferentes niveles de excavación, pero la cuantificación completa ha sido poco común (cf. Ritter 1979), y la aplicación de los resultados a la reconstrucción de los modos de vida prehistóricos ha estado virtualmente ausente.⁸⁷

Los desechos de hueso han sido extensamente menos reportados que las conchas, presumiblemente porque los primeros son constituyentes menos sobresalientes en los concheros, menos bien preservados, particularmente sobre la superficie, y porque la identificación en campo de los géneros y las especies representadas por los desechos de hueso fue más difícil que la correspondiente identificación de conchas. Cuando se señaló la presencia de hueso, mamíferos

⁸⁶ Pero véase Celis Hernández 2015; Delgado Ramírez y Fonseca Ibarra 2013; Fujita y Guía Ramírez 2011; Guía Ramírez 2005b, 2009, 2013b; Laylander et al. 2013.

⁸⁷ Pero véase Sánchez García y Rosales-López 2001.

terrestres y peces fueron generalmente representados; menos comunes fueron piezas como caparazones de tortuga, huesos de aves, incluyendo aquellos de pelícanos (Banks 1972a) y huesos de nutrias marinas (May e Ike 1981). Raramente ha sido señalada las ausencias significativas de hueso en depósitos arqueológicos. En una excepción, de sitios concheros a lo largo de la península de Punta Negra en la costa oeste del desierto central, Rozaire (1964) observó que no estaba presente ningún hueso de pez o de mamíferos marinos o terrestres, ni tampoco se encontraron anzuelos. Rozaire consideró la posibilidad de una pobre conservación como explicación de dicha ausencia, pero concluyó que “parece que su ausencia refleja una aversión a esta fuente de alimento, ya que es probable que ocasionalmente un pez fuera arrastrado hasta la orilla y probado” (Rozaire 1964:13).

Si los datos sobre restos de fauna son a menudo incompletos, la recuperación y registro de restos de flora son aún más escasos. Restos de flora fueron recuperados en unos cuantos casos (por ejemplo, Ritter 1979; Tuohy 1978), pero incluso en dichos casos su interpretación no fue profunda. Una excepción interesante relacionada al tema de una posible agricultura prehispánica en la región de la Giganta-Magdalena, fue el reporte de Massey (1947) sobre el hallazgo de dos mazorcas de maíz en un depósito dentro de una cueva cercana a Comondú. Se dijo que las mazorcas eran

más similares a las mazorcas Basketmaker y las prehistóricas pima-pápago ... diferente a cualquier maíz conocido reciente o antiguo en la costa oeste de México ... hay sólo una ligera posibilidad de que estos rasgos hayan llegado a esta sección de la península durante el periodo misional temprano o subsecuentemente [Massey 1947:351].

Sin embargo, en una reevaluación posterior de los hallazgos, Tuohy concluyó:

Sabemos ahora de la asociación del ... maíz ... con bienes de contacto como el vidrio y los textiles que [éste] probablemente entró a la península durante el periodo misional jesuita.... La excavación de cuevas en la sierra de la Giganta excluye otras interpretaciones [Tuohy 1978:207-208].

Como ocurre con los restos de desecho de fauna, los rasgos, artefactos y desechos de manufactura de piedra, concha, hueso, textil y otros materiales que fueron asociados a la obtención, procesamiento y almacenaje de recursos y la satisfacción de otras necesidades esenciales de subsistencia fueron representados prominentemente en muchos sitios arqueológicos peninsulares. La tabla 23 indica la presencia de las mayores categorías de restos arqueológicos relacionados con la subsistencia que fueron reportados de reconocimientos y excavaciones conducidos a través de la península. La comparación entre las diversas áreas está seriamente limitada por diferencias en los tipos e intensidades de las investigaciones que fueron realizadas, sistemas de clasificación de artefactos variable, preservación variable de diferentes tipos de material en diferentes contextos arqueológicos, y diferencias en el grado de minuciosidad descriptiva con la que se reportaron las observaciones. Cuando se hace concesión de dichos factores, la impresión principal (no sorprendente pero sí probablemente significativa) es la de un grado sustancial de uniformidad en la tecnología de subsistencia básica usada prehistóricamente a lo largo de la península.

Dos excepciones a esta uniformidad general son dignas de una observación particular: la ausencia virtual de evidencia para tecnología de mortero-mano al sur de las regiones del noroeste y desierto del Colorado, y la probable ausencia prehistórica de la cerámica al sur de aproximadamente los mismos límites. Para la tecnología de mortero-mano, Aschmann comentó:

No observé ningún ejemplo del agujero de mortero profundo dentro del desierto central, aunque dichos agujeros aparecen en la frontera al norte. Esta ausencia tendería a

	Noroeste					Desierto del Colorado			Desierto Central	
	A	B	C	D	E	F	G	H	I	
Desechos líticos	X	-	X	X	X	X	X	X	X	
Piedras de martillo	-	X	X	X	-	-	-	X	X	
Herramientas para raspar	X	X	X	X	-	X	X	X	X	
Herramientas para picar	X	-	X	-	-	-	-	X	X	
Cuchillos / bifaciales	X	X	X	X	-	-	-	X	X	
Puntas de proyectil	-	X	X	X	X	X	-	X	X	
Perforadores	-	-	-	-	-	-	-	-	X	
Metates	-	X	X	X	X	X	X	X	X	
Manos	-	X	X	X	-	-	X	X	X	
Morteros	-	X	X	X	X	-	-	-	-	
Manos de mortero	-	-	X	-	X	-	-	(X)	(X)	
Tiestos	-	X	X	X	X	X	X	(X)	-	
Herramientas de hueso	-	-	-	-	-	-	-	X	-	
Artefactos de fibra	-	-	-	X	-	-	-	X	-	
Artefactos de madera	-	-	X	X	-	-	-	-	-	
Fogones	X	X	X	X	X	X	X	-	X	
Estructuras de piedra	-	-	-	X	X	X	-	-	X	
Abrigos habitacionales	X	-	X	X	X	X	X	-	-	
Desechos de hueso	X	X	-	X	-	-	X	X	X	
Desechos de concha	X	X	X	X	-	X	X	X	X	
X = reportado como presente (X) = reportado como presente, pero cuestionable (puede proceder del periodo histórico) - = no reportado como presente A = Islas Coronados (May e Ike 1981) B = Área de El Álamo (McKusick y Gilman 1959) C = Sierra Juárez (Fontaine 1965, 1968; Fontaine y Prosser 1965) D = Sierra Juárez y Cuenca Pattie (más áreas en los E.U.A.) (Treganza 1942) E = Base oriental de la sierra Juárez (Fontaine 1967, 1970) F = Área de Jamau-Jauijel (Hicks 1959) G = Arroyo Matomí (Douglas 1981) H = Bahía de los Ángeles (Davis 1968b; Massey y Osborne 1961) I = Laguna seca Chapala, laguna La Guija (Arnold 1957; Davis 1968b; Ritter et al. 1978, 1984)										

	Desierto Central				Giganta-Magdalena				Cabo
	J	K	L	M	N	O	P	Q	R
Desechos líticos	-	X	X	X	X	X	X	-	X
Piedras de martillo	-	-	-	-	-	X	X	-	X
Herramientas para raspar	-	-	X	X	X	X	X	X	X
Herramientas para picar	-	-	X	X	-	X	X	X	X
Cuchillos/Bifaciales	-	-	X	-	X	X	X	X	X
Puntas de proyectil	-	X	-	X	X	X	X	X	X
Perforadores	-	-	-	-	-	X	-	-	-
Metates	X	-	X	X	-	X	X	X	X
Manos	X	X	-	X	-	X	X	X	X
Morteros	-	-	-	X	-	-	-	-	-
Manos de mortero	-	-	-	-	-	-	X	-	-
Tiestos	-	-	-	(X)	-	(X)	(X)	-	-
Herramientas de hueso	-	-	-	X	-	X	X	-	X
Artefactos de fibra	-	-	-	X	-	X	X	-	X
Artefactos de madera	-	-	-	X	-	-	X	-	-
Fogones	-	-	X	-	-	X	X	-	X
Estructuras de piedra	X	X	X	-	-	X	-	-	-
Abrigos habitacionales	X	-	X	X	-	X	X	-	X
Desechos de hueso	-	-	X	-	X	X	X	-	X
Desechos de concha	X	-	X	X	X	X	X	-	X

J = Área de Punta Prieta (Massey 1947; Rozaire 1963, 1964)

K = Miller's Landing (Tuohy 1984)

L = Isla Cedros (Banks 1972a, 1978)

M = Sierra de San Francisco (Meighan 1969)

N = Área de San Ignacio (Banks 1972b)

O = Área de bahía Concepción (Davis 1971; Ritter 1977a, 1979; Schulz 1977)

P = Región de Comondú (Tuohy 1978)

Q = Arroyo Conejo (Massey 1947)

R = Región del Cabo (Massey 1955; Tyson 1979)

Notas sobre los contenidos de las categorías y las actividades inferidas a partir de éstos

Desechos líticos: núcleos, lascas, añicos; reflejan manufactura y reelaboración de herramientas de piedra.

Piedras de martillo: martillos, pisones, mazos; manufactura y reelaboración de herramientas de piedra, procesamiento de alimentos vegetales y animales y materiales.

Herramientas para raspar: raspadores, planos, unifaciales, lascas utilizadas; procesamiento de alimentos vegetales y animales y materiales.

Herramientas para picar: picadoras, cuchillas, picos, hachas de mano; obtención y procesamiento de alimentos vegetales y animales y materiales.

Cuchillos: bifaciales; obtención y procesamiento de alimentos vegetales y animales y materiales.

Puntas de proyectil: puntas de flechas, puntas de lanzas, puntas de dardos; obtención de alimentos animales y materiales.

Metates: piedras para moler, cuencos, losas inmóviles de piedra; procesamiento de alimentos vegetales y animales y materiales.

Manos: piedras de mano, moletas; procesamiento de alimentos vegetales y animales y materiales

Morteros: procesamiento de alimentos vegetales y animales.

Manos de mortero: procesamiento de alimentos vegetales y animales.

Tiestos: transportación, almacenaje y procesamiento de alimentos vegetales y animales y de agua.

Herramientas de hueso: punzones, alfileres, perforadores; procesamiento de materiales vegetales y animales.

Fibras: textiles, cestería, cordelería, esteras; transportación y procesamiento de alimentos y materiales vegetales y animales y de agua, calor y abrigo.

Herramientas de madera: palas, varas para cavar, picos, puntas, ejes; procesamiento de alimentos vegetales y animales y materiales.

Fogones: piedras afectadas por el fuego, carbón, pozos para asar; procesamiento de alimentos vegetales y animales y materiales, calor.

Estructuras de piedra: anillos de piedra, claros de piedra, cimientos de casas, escondites para cazar; obtención de alimentos vegetales y materiales, calor y abrigo.

Abrigos habitacionales: calor y abrigo.

Desechos de hueso: procesamiento y consumo de alimentos animales y materiales.

Desechos de concha: procesamiento y consumo de alimentos animales y materiales.

fundamentar la tesis de que el mortero fue un mecanismo especializado para procesar bellotas. (Aschmann 1959:64)

Como se vio en el capítulo anterior, los registros etnográficos testifican el uso de morteros y manos de mortero en la región noroeste y en la región del desierto del Colorado para otros propósitos además del procesamiento de bellotas, pero la correlación entre el uso significativo del mortero y el procesamiento de bellotas puede, no obstante, ser válida. Morteros reportados por Meighan (1969) en la sierra de San Francisco parece probablemente que fueron utilizados para preparar pintura, y no invalidan la tesis general. Sin embargo, la presencia de encinos en las regiones de la Giganta-Magdalena y del Cabo genera problemas en la explicación de la aparente ausencia de tecnología de mortero-manos de piedra en dichas áreas al sur. Las explicaciones podrían incluir la posibilidad de poca abundancia de árboles de encino en el sur, variedades de bellota que quizás tuvieron menos valor nutricional en dicha área, aparatos de procesamiento de bellotas alternativos y posiblemente efímeros (es decir, completamente hechos de madera) en uso allí, y una insuficiencia en el conocimiento de los procedimientos complejos para el procesamiento de bellotas a ser difundidos o reinventados en el sur.

Generalmente, se ha considerado que la producción y uso de cerámica prehistórica se detuvo aproximadamente a los 30° de latitud norte de la península. Massey (1947:355) notó la presencia de cerámica aborígen tan al sur como El Rosario en la costa del Pacífico, pero también observó un vacío de dichas ocurrencias entre Santo Domingo y El Rosario, y la concentración de cerámica en sitios adyacentes a las misiones dominicas. Estas observaciones implicaron que el límite meridional prehistórico de la manufactura de cerámica estaría más probablemente alrededor de Santo Domingo o más hacia el norte. Cantidades dispersas o cuantitativamente menores de alfarería que ha sido reportada más hacia el sur han sido interpretadas como una asociación con las actividades de las misiones jesuitas o, en bahía de los Ángeles, con cruzamientos del golfo

durante el periodo histórico por los indios seri de Sonora. En el sur, las funciones de las ollas de cerámica fueron presumiblemente llevadas a cabo por guajes, canastas y pieles y vejigas de animales. Las razones de la aparente insuficiencia para difundir prehistóricamente la tecnología cerámica hacia las regiones del sur no han sido exploradas cercanamente, pero pudo estar relacionada a una necesidad mayor de movilidad en las áreas desérticas más extremas, unos escasos de madera adecuada como combustible para los hornos, y un vacío temporal en la transmisión de información tecnológica desde el norte.

Los informes arqueológicos sobre la cultura material utilitaria no han estado limitada, por supuesto, al listado de las mayores categorías de rasgos, artefactos y desechos, que estuvieron presentes. En unos cuantos casos, se proporcionaron abundantes detalles descriptivos de dichos restos, o se emplearon clasificaciones elaboradas. La categoría de “fibra” utilizada arriba, por ejemplo, incluye un amplio rango de materiales, todos ellos raramente recuperados arqueológicamente en la mayoría de las regiones; en varios casos en Baja California, los materiales de fibra excavados en cuevas secas han sido reportados con un detalle analítico importante (Massey 1955, 1966a; Massey y Osborne 1961; Ritter 1979; Schulz 1977; Tuohy 1970, 1978; Tyson 1979). Sin embargo, la interpretación sociocultural de dichos hallazgos fue sustancialmente obstaculizada por sus escasos.

En el caso de herramientas líticas lasqueadas, en ejemplos en los que han sido aplicadas clasificaciones detalladas (por ejemplo, Massey 1955; Ritter 1979; Tuohy 1978), las interpretaciones de las funciones de las herramientas y las actividades indicadas por su presencia en un sitio estuvieron presumiblemente relacionadas en las clasificaciones, así como modos de explicación puramente espaciales-cronológicos. Sin embargo, dichos significados funcionales implicados, si estuvieron presentes, no fueron extensamente desarrollados o probados. La falta de comparabilidad en las clasificaciones empleadas, así como la falta de un reporte detallado de la procedencia de los artefactos recuperados, ha obstaculizado la identificación de grupos de herramientas funcionales o áreas de actividad. Las funciones específicas de los tipos de herramientas individuales han sido generalmente aceptadas en concordancia con las convenciones arqueológicas extra-peninsulares en lugar de ser probadas, por ejemplo a través de experimentos replicativos o análisis de desgaste.

El rango de artefactos utilitarios que han sido reportados de sitios arqueológicos en la península tampoco ha estado limitado a las categorías de artefactos mayores resumidas en la tabla 16. Sin embargo, la mayoría de otros tipos de piezas han sido raramente recuperados, usualmente debido a su pobre conservación, y sería peligroso bosquejar conclusiones sobre variabilidad regional en los sistemas de subsistencia dentro de la península a partir de su presencia o ausencia en el registro arqueológico. Un breve listado de unos cuantos objetos similares, de las mismas fuentes arqueológicas que reportan restos de categorías mayores, podría ayudar a sugerir lo que está más a menudo perdido en lugar de recuperado arqueológicamente, a partir del rango de cultura material utilitaria prehistórica en la península: ejes de flecha compuestos, ejes de dardos, atlats, espinas de mantarrayas para puntas de flecha, agarrador de percutor de madera, anzuelos de pitahaya, cuernos trabajados, pieles, tendones, sandalias de gamuza, anzuelos de concha y raspadores y cucharas de concha.

Asentamiento. Esta sección considerará el problema de la naturaleza y función, estructuración interna e interrelaciones externas, de las comunidades prehistóricas en Baja California tal y como se reflejan en el patrón de distribuciones espaciales y asociaciones de artefactos y sitios en el registro arqueológico. El paso interpretativo de la observación del patrón espacial al establecimiento de la inferencia sociocultural es de tamaño considerable, sin embargo, y la

literatura arqueológica de Baja California comprensiblemente ha sido más exitosa en apuntar patrones que en explicarlos. Por ejemplo, un sitio de depósito dado puede reflejar una única visita de corto plazo por parte de un grupo social grande; la ocupación de largo término, continua, de un sitio por un grupo pequeño; o visitas frecuentes de un grupo de tamaño mediano. Materiales exóticos encontrados en el depósito de un sitio pueden reflejar un intercambio motivado económicamente entre comunidades, una entrega de regalos socialmente sancionada o viajes estacionales de amplio espectro por individuos. Una provincia cultural definida arqueológicamente, conteniendo rasgos artefactuales similares distribuidos en un área amplia, puede reflejar necesidades y respuestas de adaptación comunes ampliamente distribuidas; la red prehistórica de interacción social entre comunidades, que ha promovido la difusión de patrones culturales; o la expansión, quizás por fuerza, de comunidades ubicadas desde un área central hacia nuevos territorios. La variabilidad entre colecciones contemporáneas en diferentes sitios arqueológicos dentro de un área limitada puede reflejar diferencias culturales entre las comunidades que usaron esos sitios, el uso de dichos sitios por diferentes sectores funcionales de una única comunidad, diferencias en la estación del año en que los sitios fueron ocupados, o diferencias en los recursos localmente disponibles que estaban siendo explotados desde los varios sitios. En principio, existen métodos con los cuales se intenta distinguir las variadas interpretaciones de las partes del registro arqueológico; en práctica, la evidencia necesaria para dichas distinciones a menudo no está disponible, y los patrones deben ser dejados de lado al menos provisionalmente bajo rúbricas ambiguas como “culturas arqueológicas” o “sistemas de intercambio”.

En el límite geográfico más amplio, los arqueólogos han señalado similitudes entre los conjuntos de artefactos en Baja California y aquellas en áreas fuera de la península. El más importante de estos vínculos extra-peninsulares ya ha sido mencionado arriba, en la discusión sobre cronología. Fuertes similitudes en la gama de formas de puntas de proyectil encontradas en la península y aquellas familiares en la arqueología del sur de California y el desierto occidental de los Estados Unidos, apuntan hacia conexiones socioculturales importantes entre dichas regiones. El amplio rango de periodos de tiempo vinculados a las variadas formas de puntas de proyectil compartidas, indicaría que la unión entre las dos áreas no estuvo firmemente limitada en tiempo –por ejemplo, representando un único episodio de migración– pero que en cambio estuvo reflejando posiblemente una secuencia de migraciones, o quizás más probablemente una secuencia continua de difusión entre las dos áreas. Otras de las similitudes entre Baja California y el oeste de Norteamérica, en general conjuntos líticos aparte de puntas de proyectil, también son sugeridos, aunque son bastante generales en naturaleza y lejos de ser convincentes en cuanto detalle.

Hacia el este, se ha sugerido la posibilidad de vínculos a través del golfo entre la costa central de Sonora y las partes centro y sur de la península. Bowen (1976:95-102) ofreció una revisión minuciosa y juiciosa de la evidencia arqueológica para dichos vínculos, concluyendo,

la actual evidencia arqueológica provee poca base tanto para aceptar como para rechazar la hipótesis de que la cultura de la costa central [de Sonora] derivó de una de las dos últimas culturas peninsulares [Comondú en el centro de la península, o Las Palmas en la región del Cabo] [Bowen 1976:108].

Lazos más amplios, y algo más vagos, entre la península y la tierra continental de México fueron propuestos por Kowta (1984). Notando similitudes en los tipos de puntas de proyectil, atlatls, redes y cestería entre posibles componentes arqueológicos tempranos del centro y sur de Baja California y restos procedentes del centro y el noroeste de la tierra continental de México (así como posibles vínculos lingüísticos remotos), Kowta sugirió que las similitudes arqueológicas

entre la península y el territorio continental de México para el periodo anterior a 2000 a.C. pueden ser más fuertes que las similitudes entre la península y las áreas fronterizas al norte. La evidencia fue admitida como “en el mejor de los casos sugerente en lugar de definitiva” (Kowta 1984:13), lo que parece significar antecedentes comunes hipotéticos para las culturas en esas áreas ampliamente separadas, en lugar de conexiones directas entre ellos.

En una escala geográfica todavía más amplia, Massey (1955:327-328, 337-340, 1961b) notó similitudes en los tipos de atlatl y practicas funerarias secundarias entre la región del Cabo y el norte de Suramérica. Con respecto a los atlatls, él escribió:

En vista de las notables similitudes entre los atlatls de estas dos áreas ampliamente separadas del Caribe y el sur de Baja California, se debe inferir que probablemente ellos están relacionados históricamente, dado que la invención independiente de la similitud entre las múltiples características es improbable. O bien hubo difusión directa desde el norte de Suramérica –o viceversa– o ambas representan retención y sobrevivencia esporádicas –en ambas áreas– de un tipo antiguo de atlatl [Massey 1961b:89].

Los entierros secundarios también fueron interpretados como poco probable que fueran de origen local independiente, en lugar de reflejar una retención o una transmisión del complejo de rasgos por migración o por difusión; en este caso, a Massey le parece que la evidencia es favorecedora de la transmisión de los rasgos más inmediatamente de Sonora a Baja California (Massey 1955:342-343). Sin embargo, debe ser cuestionado en ambos casos si las probabilidades de invención independiente no fueron subestimadas por Massey.

Se ha invocado evidencia arqueológica para respaldar la hipótesis, ya notada en otros contextos, de la relación prehistórica entre Baja California y el Pacífico sur (Polinesia, Melanesia o Australia, dependiendo de la línea particular de evidencia considerada). Específicamente con respecto a la evidencia arqueológica, Hambleton (1979:34) consideró que podría discernir para el arte rupestre Gran Mural del desierto central una “relación con el estilo de arte rupestre de Tierra de Arnhem [en Australia] y ... la falta de todo enlace con los estilos de otras regiones de la propia península o regiones colindantes”. Él lanzó la hipótesis del arribo de navegantes melanesios, llevados por la corriente Kuroshio y las corrientes del Pacífico norte hacia la bahía de Sebastián Vizcaíno, donde ellos pudieron caminar hacia la sierra de San Francisco y plasmar las pinturas Gran Mural. Un escenario aparentemente tan improbable como éste pide una especificación más concreta y examinación de la evidencia arqueológica que se dice está a su favor antes de que pueda ser aceptado o incluso considerado en serio.

Relaciones socioculturales de alcance geográfico más limitado están implicadas en las “culturas” prehistóricas que varios arqueólogos, en particular Rogers, Massey, Tuohy y Ritter, han discernido en el registro arqueológico de Baja California. De éstas, los complejos de La Jolla, Comondú y Las Palmas merecen aquí una mención particular.

El problema principal con el complejo de La Jolla como unidad sociocultural hipotética fue mencionado en la discusión sobre cronología arqueológica: la definición predominantemente negativa del complejo. Concheros a lo largo de la costa del Pacífico que tienen herramientas de piedra para moler y conjuntos de lascas líticas relativamente burdas se han agrupado bajo la denominación “La Jolla”, desde el condado de San Diego hacia el sur y hasta El Rosario por lo menos. No se han reportado investigaciones importantes para determinar o definir el límite sur del complejo, y el criterio para definir dicho límite no se ha sugerido. El límite tierra adentro para las reconocidas colecciones La Jolla, basado en gran medida en la presencia de depósitos de conchas más importantes, evidentemente ha sido un reflejo de las diferencias de los recursos entre los ambientes costeros e interiores, y de las diferencias funcionales consecuentes entre los conjuntos

de costa e interiores —contrastes adaptativos que no necesariamente correspondieron a cualquier diferenciación social, ni tampoco marcan ninguna frontera cultural general.

El complejo Las Palmas de la región del Cabo, descrito por Massey (1955), ha sido generalmente aceptado por los estudiantes de la prehistoria de Baja California como una unidad cultural distintiva dentro de la península. Sin embargo, el complejo Las Palmas fue definido casi por completo con base en conjuntos especializados de entierros, con sólo muy pocas y exiguas conexiones establecidas entre los conjuntos funerarios y los sitios habitacionales en la misma región. El entierro secundario, el sello distintivo de los conjuntos de Las Palmas, fue mostrado por el mismo Massey como sólo uno de varios patrones de enterramientos alternativos y aparentemente contemporáneos representados en dichos conjuntos, y entierros secundarios (aunque sin pintura ocre en los huesos característica de ciertos entierros de la región del Cabo) fueron subsecuentemente reportados en sitios peninsulares bastante fuera del área de Las Palmas (Ritter y Schulz 1975). Entre otros rasgos de diagnóstico arqueológico potenciales, la elaboración distintiva de puntas de proyectil y bifaciales grandes y pedunculados, abarcando las categorías de las puntas de La Paz y los cuchillos de Loreto, se han encontrado como compartidos por el complejo Las Palmas con colecciones más al norte que han sido asignadas a otros complejos. La situación es la misma con el uso de nudos presilla de alondra en las redes (Schulz 1977:29), previamente pensado como rasgo distintivo de Las Palmas. Mientras que existen diferencias genuinas entre los conjuntos en la región del Cabo y aquellas en áreas más al norte, particularmente en características funerarias, en la evidencia actual el patrón de variación parece tener gradación y continuidad.

Reservas similares aplican al complejo Comondú. En parte, la definición del complejo Comondú fue de tipo cronológico, que separaba conjuntos de la península central reflejando el uso de arco y flecha de conjuntos anteriores carentes de pequeñas puntas de proyectil. La ausencia argumentada de cerámica prehistórica verdadera del área del complejo Comondú, ha sido también un criterio útil para definirlo geográficamente. Sin embargo, implícitamente, la definición geográfica básica del complejo ha sido evidentemente lingüística, con el complejo Comondú equiparado con conjuntos arqueológicos de la prehistoria tardía en las áreas adscritas etnohistóricamente a los hablantes de cochimí. Dicha interpretación del complejo se indicó, por ejemplo, en sitios en arroyo Matomí lo cuales Douglas (1981) los denominó como Comondú, a pesar del hecho de que contenían cerámica. Un complejo arqueológico que ha sido definido con base en geografía lingüística en lugar de características observadas en el mismo registro arqueológico, es improbable que sea útil en la clasificación y prueba de inferencias sobre el patrón espacial de relaciones socioculturales prehistóricas.

Esfuerzos en una discriminación un tanto más fina de las unidades de geografía sociocultural prehistórica en las regiones del noroeste y del desierto del Colorado se hicieron con base en evidencia cerámica. Aunque no totalmente desarrolladas, dichas propuestas merecen algo de consideración detallada aquí.

Como fue anotado anteriormente, Malcolm J. Rogers del San Diego Museum of Man fue el responsable del trabajo pionero en las décadas de 1920 y 1930 que intentó establecer cronologías cerámicas y describir distribuciones de tipos de cerámica en un área que incluía las partes más septentrionales de Baja California. En un estudio así, Rogers combinó observaciones etnográficas y arqueológicas en una discusión sobre las distribuciones de rasgos cerámicos entre los pueblos hablantes de varias lenguas yumanas (Rogers 1936). Los pueblos estudiados, quienes vivían completamente o en parte en Baja California, según Rogers (1936:51a), incluyeron a los kiliwa, diegueño del norte, diegueño del sur, kamia, cucapá y yuma. Diferencias en arcilla y inclusiones,

técnicas de construcción, métodos de cocción, formas de vasija y decoraciones aplicadas fueron reportadas entre esos grupos. Desafortunadamente, la base cuantitativa de las generalizaciones de Rogers no fue presentada, lo cual vuelve difícil decidir cuándo los contrastes en las distribuciones de rasgos que Rogers reportó fueron genuinamente culturales y cuándo éstas pudieron reflejar una limitación en las muestras. La confirmación arqueológica de los contrastes cerámicos propuestos y una definición más detallada de sus distribuciones parecen ser metas de investigación valiosas y realistas.

A través de los años, Rogers trabajó en, pero nunca terminó ni publicó, una tipología cerámica arqueológica regional. En la forma en la que fue posteriormente publicada por Van Camp (1979:71, 81-86), las notas de Rogers sobre tipología cerámica tuvieron implicaciones geográficas fuertes. Los tipos propuestos por Rogers que fueron asociados a áreas específicas dentro o inmediatamente adyacentes a Baja California incluyeron el tipo San Diego Brown, en la esquina extrema del noroeste de la península; San Vicente Brown, en el límite suroeste del área de cerámica prehistórica; San Felipe Brown, al este de la sierra San Pedro Mártir; Hakum Brown, en las inmediaciones de Jacumba, California; Salton Brown, a la orilla de las partes meridionales del lago Cahuilla; Carrizo Buff, en la orilla occidental del lago Cahuilla; y Saltón Buff, en la orilla oriental del lago Cahuilla. Dado que las descripciones de estos tipos como fueron definidos por Rogers estaban incompletas o completamente ausentes, la tipología parecería ser de poca utilidad práctica sin un nuevo importante trabajo de campo y un análisis.

El propio enfoque básico de Van Camp (1979) sobre tipología cerámica fue notablemente estéril con respecto al análisis de la variabilidad geográfica. Aparte de utilizar el color de la superficie para discriminar entre vajillas marrón y bayo y reconocer diferentes tipos de decoración, los tipos cerámicos de Van Camp se definieron con base en la ocurrencia de cerámica tipificada dentro de territorios lingüísticos etnográficamente reportados; así, a los tipos representativos fueron otorgados nombres como Kumeyaay Brown Plain, Paipai Brown Plain, Kiliwa Brown Plain etcétera. Dicho enfoque ocultó completamente la empírica coincidencia o disyunción que existía entre las distribuciones arqueológicas de los rasgos cerámicos y los territorios ocupados por las comunidades lingüísticas en el periodo del contacto (cf. True 1980b).

No obstante, cierta variabilidad geográfica fue sugerida al menos por los tipos que Van Camp (1979) propuso. Al discutir las vajillas bayas, solo los “tipos” kumiai fueron enlistados, indicando que las colecciones examinadas por Van Camp procedentes de territorios etnográficos paipai y kiliwa no incluyeron tiestos color bayo. Entre las vajillas marrones, los tipos kumiai incluyeron liso, grabado, pintado, con aplique y punteado; mientras que los tipos paipai incluyeron liso, pintado y con baño rojo, y los tipos kiliwa fueron solamente lisos y con baño rojo; en este caso, de nuevo, fueron implícitas las distribuciones limitadas para los diferentes modos de decoración. Una precaución importante al bosquejar conclusiones a partir de estos patrones de presencia y ausencia, es que no se ofreció ninguna cuantificación que apoyara la suposición de que la ausencia de ciertos tipos cerámicos fue en efecto un hecho cultural significativo, en lugar de ser meramente un reflejo de cantidades limitadas de recolección arqueológica realizadas en algunas áreas. Esta reserva es reforzada por un mapa que mostró sitios con cerámica pintada y con cerámica grabada (Van Camp 1979:73). El mapa mostró distribuciones generalmente congruentes de los dos tipos de decoración en Baja California, pero sólo dos de los sitios que fueron mostrados estaban al sur de la cuenca Pattie, y ninguno estaba al oeste del centro de la península, sugiriendo que debieron existir muy pocas muestras de cerámica paipai y kiliwa en las colecciones usadas en el análisis de Van Camp.

Aunque también sin cuantificar y bastante imprecisas, Van Camp (1979:64-65) ofreció otras observaciones geográficamente específicas de distribuciones de ciertas técnicas decorativas y

acabados de superficies. Se dijo que el apliqué fue encontrado en áreas del valle Imperial y Jacumba en California, o cerca de la laguna Macuata. Cuellos anillados fueron encontrados en los desiertos de California y Baja California. Corrugados fueron encontrados en el valle Myers en California, cerca de la laguna Macuata y en Santa Catarina.

Schroeder (1958) notó rangos geográficos para varios tipos cerámicos de Lower Colorado Buffware, los cuales definió tanto con base en su propio trabajo de campo en los Estados Unidos como en las notas y materiales de Malcolm Rogers. De los varios tipos descritos, sólo a uno (Tumco Buff) le fue dado explícitamente un rango que incluyó una parte de Baja California, en el delta del río Colorado. No está claro si Schroeder estaba proponiendo la ausencia de otros tipos de vajilla bayo en esa región como una observación factual o si, como parece más probable, la falta de mención de otros tipos en Baja California fue meramente un reflejo de la relativamente poca investigación arqueológica que ha sido hecha en el área.

McKusick y Gilman examinaron unos 6,600 tiestos recolectados en Santa Catarina y Cerrito Blanco, cerca de la frontera etnográfica diegueño-paipai. Ellos concluyeron que este material fue “idéntico en todos los aspectos esenciales” (McKusick y Gilman 1959:52) al material cerámico que había sido recuperado por Meighan en el Anza-Borrego State Park en el sur de California y que había sido clasificado por él mismo como Palomar Brown, una variante occidental de la categoría Tizon Brown Ware, que fue descrita originalmente para el área oeste de Arizona. La identidad esencial de la cerámica de vajilla marrón procedente del área de estudio de Meighan que fue adscrita etnográficamente a los hablantes de la lengua yutoazteca cahuilla, con cerámica de vajilla marrón de territorio paipai o la parte más sureña del territorio diegueño, si es aceptada como válida, sugeriría que las vajillas marrones no son útiles como diagnósticos sociogeográficos.

May (1978) fue más optimista sobre hacer distinciones en la geografía social prehistórica basada en vajillas marrones, así como las vajillas bayas del sur de California y Baja California. Entre las variedades de Tizon Brown Ware que May distinguió y describió, estaban varias que se decían presentes en Baja California: San Diego Brown I, en la sierra Juárez; Palomar Brown, también en la sierra Juárez; Hakum Brown, al este de la sierra Juárez y los escarpes al oeste de la laguna Macuata; Pine Valley Red, en la sierra Juárez; Pine Valley Gray, en la parte norte de la sierra Juárez; San Felipe Brown, entre el margen oriental de la sierra San Pedro Mártir y la costa del golfo de California; y Salton Buff y Red-on-Buff, en la sierra Cucapá. Ninguna indicación fue ofrecida por May en base a su evidencia para los rangos propuestos. En la ausencia de respaldo explícito adicional, los rangos son mejor tratados como hipótesis de trabajo. Tampoco está claro si los patrones geográficos de la variación cerámica que se dijo se reflejaba en la tipología, debieran interpretarse como manifestaciones de variación en las características de las arcillas disponibles en las diferentes áreas, variación cultural en las prácticas locales de manufactura de cerámica, o el límite de varios sistemas de intercambio prehistóricos de piezas de cerámica.

Los estilos y técnicas de arte rupestre han sido otro índice de variabilidad geográfica ampliamente utilizado dentro de la Baja California prehistórica. Para el extremo norte, Hedges (1973b:7) delineó territorios sobrepuestos para los estilos rupestres Peninsular Range Representational, Great Basin Abstract y Colorado Desert Representational. El resumen más comprehensivo sobre la península fue presentado por Grant (1974:72), quien distinguió siete áreas estilísticas: Great Basin Abstract y Diegueño Representational al norte; Cochimí Abstract, Cochimí Representational y, dentro de este último, la región “Giant Figure”, en el centro; y Cape Abstract y Cape Representational en el sur. Se han sugerido varios ajustes a las áreas desde la publicación de Grant (por ejemplo, Crosby 1975b; Meigs 1976:5), y, en efecto, las áreas estilísticas como fueron bosquejadas en el propio mapa de Grant no abarcaron todos los sitios de arte rupestre

peninsulares a los que hacía referencia. La implicación de la existencia de áreas importantes de la península sin arte rupestre, como mostró Grant al separar los tres pares de áreas estilísticas al norte, centro y sur, no parece ser defendible. Sin esos vacíos espaciales, criterios más explícitamente definitorios serían necesarios para distinguir las áreas, y no está claro si los criterios válidos para dichas distinciones están disponibles. La noción de áreas geográficamente separables de arte rupestre “abstracto” y “representacional” dentro de cada una de las tres secciones de la península también no parece ser válido. Pueden estar presentes áreas de tamaño considerable en las que falta por mucho o por completo arte rupestre “representacional”, pero las formas “abstractas” parecen ser virtualmente ubicuas. Puede sugerirse que, con las áreas estilísticas de arte rupestre así como con los complejos arqueológicos propuestos que fueron basados en conjuntos líticos y de otros materiales (Las Palmas, Comondú, etc.), el problema radicaba con el tipo seleccionado de unidad interpretativa. Unidades comprensivas, territorialmente exclusivas con definiciones implícitas, no rigurosas, parecen inevitablemente chocar con la variación gradual e independiente en distribuciones que los rasgos arqueológicos parecen mostrar típicamente.

Una unidad de análisis de arte rupestre más exitosa ha sido el estilo “Giant Figure” de Grant, o el conjunto Gran Mural, caracterizada por pinturas convencionalizadas, tamaño natural o más grande, de humanos, venados, borregos cimarrones, conejos, peces, aves y otras formas vivientes en abrigos de las montañas del desierto central entre San Borja y bahía Concepción (por ejemplo, Crosby 1975a, 1984; Hambleton 1979; Meighan 1969). Dada su espectacular naturaleza, este estilo ha sido inventariado más exhaustivamente que cualquier otra faceta de la arqueología de Baja California, y se han hecho intentos de una formulación explícita de sus convenciones (por ejemplo, Crosby 1975c). Es claro que el estilo Gran Mural no excluye la ocurrencia de otros estilos y técnicas en su rango geográfico; tampoco carece de modificaciones graduales hacia sus periferias norte y sur. Sin embargo, el estilo parece ser definible territorialmente y ser bastante distinto en contenido y estilo del arte rupestre presente en otras partes de la península. Parece ser testimonio claro de un periodo de interacción cercana entre comunidades de las montañas del desierto central (o posiblemente de un patrón de migración).

Debido a su extensa documentación y estudio, es posible examinar el estilo Gran Mural en una escala más fina, con el fin de buscar variaciones internas que puedan ser socioculturalmente significativas. Cabe señalar que las prominentes variaciones observadas dentro del estilo Gran Mural ocurrieron a lo largo del eje norte-sur en lugar del eje este-oeste (por ejemplo, Crosby 1975a, 1975c; Hambleton 1979). En las cordilleras peninsulares del desierto central, el arte rupestre Gran Mural parece que fue producido de manera bastante equilibrada a lo largo de desagües corriendo tanto al este como al oeste. Dentro de una sola cordillera, como la sierra de San Francisco, se ha notado una variación estilística relativamente menor entre las pinturas de desagües particulares, pero no se han observado dicotomías claras este/oeste, comparables a los contrastes estilísticos norte-sur observados entre las pinturas en diferentes cordilleras. Esto sugiere que las sierras no fueron explotadas por grupos sociales separados al este y oeste con vínculos en las costas del golfo y Pacífico respectivamente, o por lo menos que dichos grupos separados, si existieron, mantuvieron lazos culturales más cercanos entre ellos que con los grupos hacia el norte y el sur.

A diferencia de las provincias extensas de cultura compartida, los patrones más localizados en la distribución de sitios y artefactos pueden testificar el movimiento regular y repetitivo de gente y materiales, por ejemplo en sistemas estacionales de trashumancia comunitaria y en sistemas de intercambio. Dentro de cualquier área particular, la correlación de ubicaciones de los sitios con varias características ambientales y la variación en el contenido arqueológico de sitios contemporáneos, puede ofrecer pistas a los objetivos y estrategias en el uso de recursos,

estructuración de comunidad y movimiento estacional, que fueron empleados prehistóricamente para adaptarse a dicha área.

El estudio de Ritter (1979) sobre bahía Concepción representa la investigación más intensa sobre patrones de asentamiento jamás llevada a cabo en Baja California. El objetivo principal del proyecto de Ritter fue identificar “los factores ambientales y culturales detrás de la distribución espacial de los sitios arqueológicos” en el área de estudio (Ritter 1979:2). La validez de los resultados estaba un tanto comprometida, como Ritter notó, por el hecho de que el programa de prospección de muestreo como originalmente se había definido no fue completado. Sin embargo, 25 cuadrantes de 1 kilómetro cuadrado, representantes aproximadamente del 3% del área proyectada, fueron prospectados, se localizaron 160 sitios, y la información fue recolectada sobre una gama sustancial de variables, incluyendo tipos de terreno, recursos de agua y asociaciones de vegetación, así como las características culturales de los sitios mismos.

Para interpretar estos datos, Ritter utilizó primero un análisis informático basado en la técnica de taxonomía numérica, para identificar el agrupamiento de las características del sitio y ambientales, un procedimiento que, como su propio autor concluyó, “proporcionó poca, o ninguna, información” (Ritter 1979:59). Un análisis de matrices más informal a partir de un número menor de rasgos intuitivamente seleccionados, fue considerado un poco más exitoso. Cabe señalar que, aunque Ritter introdujo su discusión de análisis de asentamiento en términos de proposiciones generales que fueron afirmadas como probables (Ritter 1979:2), no se formularon o probaron hipótesis explícitas, y los resultados obtenidos se caracterizaron por un enfoque analítico informal de “búsqueda de patrón”.

Varias de las conclusiones tentativas de Ritter sobre asentamiento son dignas de ser notadas. Una se relaciona con un aparente número más grande de sitios arqueológicos asignable al periodo de prehistoria tardía en lugar de a periodos más tempranos. Varias explicaciones posibles para este contraste fueron enlistadas, incluyendo “mayor dispersión de la población” durante el periodo prehistórico tardío (Ritter 1979:74). Diferencias en el contenido de arte rupestre entre sitios al interior y en la costa fueron parcialmente atribuidos a las diferencias en los recursos de subsistencia en las dos zonas, pero Ritter (1979:394-395) sintió que las diferencias también sugerían una división sociocultural entre pueblos costeros y del interior.

Ritter desarrolló un modelo de asentamiento estacional para el área de bahía Concepción, basado parcialmente en observaciones arqueológicas pero también en parte en analogías etnográficas y en razonamiento *a priori*. En el modelo, los asentamientos mayores fueron vistos como existentes tanto en las tierras altas del interior como a lo largo de la costa, pero no en las áreas intermedias. Grupos “tipo macro-bandas” habrían ocupado dichos asentamientos mayores en el verano o el otoño. En el invierno y la primavera, las unidades residenciales se habrían fragmentado para buscar comida en una extensión más amplia, con visitas de los grupos de las tierras altas a la costa y viceversa. Fue sugerido cierto intercambio, pero la movilidad y la laxa territorialidad habría promovido un alto grado de auto suficiencia entre los varios grupos sociales (Ritter 1979:429-430).

Ritter y sus socios (1978, 1984) también llevaron a cabo prospección en las orillas de la laguna La Guija, cerca de la laguna seca Chapala, y registraron 32 sitios, distinguiendo campamentos, estaciones de molienda, sitios de asado, canteras y talleres de lítica, así como otras áreas funcionales. Los sitios databan por lo menos predominantemente del periodo de la prehistoria tardía. Los asentamientos se interpretaron como estacionales, y el tiempo probable de ocupación fue identificada como “de la primavera al otoño” con base en la disponibilidad estacional de recursos vegetales (Ritter et al. 1984:24). Los restos de moluscos se vincularon a los sitios de la

orilla del lago específicamente con la costa del Pacífico, en lugar de al golfo (Ritter et al. 1984:25).

Davis (1968b:186), comentado sobre la distribución extensa de los concheros arqueológicos a lo largo de la costa del golfo en el área de bahía de los Ángeles, observó que “no encontramos ningún montículo de conchas indicando ocupación extensa o re-visitas regulares”. La interpretación de Davis evidentemente fue basada completamente en la aparente falta de profundidad en los depósitos, según infirió de observaciones en superficie.

Rozaire, estudiando concheros a cielo abierto y en abrigos rocosos en la península de Punta Negra en la costa Pacífico del desierto central, notó la presencia de círculos de rocas que “pudieron haber servido como bases estructurales para abrigos de ramas” (Rozaire 1964:14). Él también observó la ausencia de restos de fauna de vertebrados,

junto a la evidencia de concheros pequeños y delgados, sugieren una ocupación temporal, quizás estacional, de la región; la falta de una fuente de agua permanente podría también implicar esta situación. A pesar de la evidencia de una ocupación casi continua de la península [de Punta Negra], los tamaños restringidos y la naturaleza poco profunda de los depósitos indicarían que ocurrieron visitas breves al área [Rozaire 1964:15].

En otra área hacia el norte, Rozaire registró la coexistencia de un conchero, un claro hecho aparentemente para una vivienda, y un petroglifo grande. La asociación de estas características sugiere que la habitación estacional temporal, el procesamiento de alimentos y las actividades rituales, no estaban separadas espacialmente.

Killingley (1980, 1981) analizó perfiles de isótopos de oxígeno en 14 conchas marinas, que fueron recuperadas por Hubbs en el sitio de Punta Minitas. El análisis reveló una concentración importante de especímenes aparentemente recolectados durante la estación cálida del año, entre abril y septiembre. Si pudiera asumirse que las conchas estudiadas fueron una muestra aleatoria del conchero, los resultados indicarían con un 95% de confianza que entre el 56% y el 98% de la recolección de moluscos ocurrió durante los meses cálidos (Killingley 1981:155).

McKusick y Gilman observaron en los sitios arqueológicos en las áreas paipai al interior y diegueño al sur, que éstas tendían a ser “campos pequeños y dispersos” (McKusick y Gilman 1959:47), con depósitos casi siempre a poca profundidad o limitados a la superficie. Basados en testimonio etnográfico, los arqueólogos sugirieron que estos sitios fueron ocupados sólo durante la estación de recolección de bellotas, entre noviembre y febrero. Los sitios, que estaban hasta 3 kilómetros de cualquier encinar extenso, se pensó que fueron seleccionados en función de la calidad de afloramientos de roca firme disponibles para moler las bellotas. Una cantidad muy pequeña de conchas marinas que fueron recuperadas durante las excavaciones de McKusick y Gilman parecen confirmar el testimonio etnográfico de que los ocupantes estacionales de los sitios hacían también viajes a la costa del Pacífico para recolectar abulón.

En su reconocimiento de la región del Cabo, Massey (1955:270) encontró una escasez de sitios al interior. Él interpretó el interior del Cabo como una zona de campos semi-permanentes. (Reygadas Dahl y Velázquez Ramírez [1983:104] desarrollaron un modelo de asentamiento estacional dando al interior de la región del Cabo un papel mucho más prominente en el recorrido estacional. Sin embargo, este modelo se basó en las distribuciones de comunidades vegetales y la estimación de su valor como recurso, virtualmente sin ninguna aportación al modelo de datos obtenidos por los autores en el reconocimiento arqueológico.)

Se han sugerido interpretaciones estacionales con respecto al arte rupestre. Hambleton (1979:15) notó de manera impresionista que los abrigos rocosos con paneles con arte rupestre estilo Gran Mural “están orientados, en su mayoría, en tal manera que ofrecen un resguardo contra el viento que casi sin cesar sopla del noroeste y que en invierno se torna frío y penetrante”. Así,

una selección de paneles con esta ubicación podría utilizarse para argumentar la producción de arte rupestre durante una estación en la que dicha protección fuera deseable. Sin embargo, también debería ser verdad que los paneles no protegidos del viento se habrían borrado por siglos de viento chocando contra éstos.

El movimiento de materiales a través del intercambio y los viajes a larga distancia es otro aspecto de la cultura prehistórica en el que la arqueología resulta idónea para acercarse, y que ha sido notado en cierta medida en la arqueología de Baja California. Algunos materiales líticos, restos de fauna y otros elementos reconocidos como exóticos en los contextos en los que se han recuperado; en ciertos casos, se han identificado las áreas de las fuentes de las que proceden. Los mecanismos de movimiento son generalmente mucho más difíciles de distinguir, pero las variaciones en la frecuencia relativa de materiales exóticos con la distancia del área fuente y según el tipo y configuración del sitio dentro del área general receptora del material, pueden ofrecer pistas importantes (cf. Earle y Ericson 1977). A la fecha, sin embargo, el reporte arqueológico sobre la materia para Baja California ha sido casi exclusivamente cualitativo en lugar de cuantitativo.

Los tipos de rocas representadas en las herramientas líticas y desechos en depósitos arqueológicos son una fuente obvia de información sobre el intercambio. La obsidiana, un material de ocurrencia geológica relativamente rara y muy apreciada en la manufactura de herramientas talladas, es un caso notable. La discusión sobre cronología arqueológica en este capítulo ya ha enfatizado algo sobre las fuentes conocidas y rumoradas de este material para la península. Hasta que dichas fuentes sean inventariadas más completamente, y hasta que sean utilizados estudios de caracterización para determinar las fuentes de la obsidiana recuperada de contextos arqueológicos en la península, los hallazgos de obsidiana sólo pueden insinuar vagamente un patrón de intercambio. Sin embargo, vale la pena citar unas cuantas notas sobre los patrones variables de ocurrencia del material. Por ejemplo, en excavaciones llevadas a cabo por Davis en un resguardo rocoso de la prehistoria tardía en la sierra Juárez, la obsidiana representó menos del 2% de los desechos líticos (Van Camp 1979:34). Por el otro lado, McKusick y Gilman (1959) reportaron que raspadores de lascas burdas observados en Cerrito Blanco, un sitio de la prehistoria tardía cerca de Santa Catarina, estaban principalmente elaborados en obsidiana. En la colección Castaldí de puntas de proyectil del centro y sur de la península, la obsidiana fue en apariencia el material predominantemente usado (Massey y Osborne 1961). En el área de prospección de Ritter en bahía Concepción, la obsidiana parece haber sido relativamente escasa (Ritter 1979:120).

Otros materiales líticos son más problemáticos como indicadores de intercambio, a menudo con patrones más amplios de ocurrencia geológica natural y reportados arqueológicamente con menos frecuencia y menos fiabilidad. La esteatita y la sílice criptocristalina (calcedonia, sílex, jaspe, etc.) podrían ser marcadores útiles. Otros materiales que pueden ser indicativos de patrones de intercambio en virtud de su ocurrencia o sus frecuencias relativas en colecciones podrían ser identificados si los contenidos de colecciones líticas fueran reportados más rutinariamente. Por ejemplo, Fontaine y Prosser notaron tipos de rocas representadas en los desechos de astillas de sitios en el norte de la sierra Juárez, incluyendo obsidiana, así como “gabro, arenisca, serpentina, sílex, pizarra, cuarzo, turmalina, jaspe y calcedonia” (Fontaine y Prosser 1965:3), una lista un tanto improbable, pero intrigante y digna de reexaminación en el campo.

El valor potencial de los tipos de cerámica como indicadores de intercambio ya ha sido señalado. Al norte de la frontera internacional, en clasificaciones a nivel “vajilla”, la ocurrencia de tiestos de Lower Colorado Buff Ware en sitios arqueológicos al oeste de la división de la cordillera peninsular ha sido generalmente atribuida al intercambio, una interpretación que aplicaría también presumiblemente a la región noroeste de Baja California.

Las conchas marinas son un índice mayor potencial de los sistemas de intercambio prehistórico en Baja California, gracias a su ubicuidad virtual en la península, en sitios del interior y en sitios de costa por igual. Por ejemplo, conchas marinas fueron registradas en sitios arqueológicos cerca de la cima de la sierra Juárez, por lo menos 100 kilómetros tierra adentro de las fuentes posibles más cercanas (Fontaine 1965:4; Fontaine y Prosser 1965:6). Davis (1968b:186) notó la presencia de conchas marinas en la mayoría de los sitios cercanos a la laguna seca Chapala ubicada a 40 kilómetros hacia tierra interior. Meighan (1969:32) encontró residuos de conchas marinas en la sierra de San Francisco. Tuohy (1978) reportó conchas cerca de Comondú. La diferencia en la temperatura del agua entre las costas del golfo y del Pacífico y su relativo aislamiento han producido ciertas diferencias en las comunidades específicas de moluscos, lo cual también permite distinguir entre sistemas de intercambio de mariscos y productos de concha hacia el este y al oeste, por ejemplo como fue mencionado en el estudio de la laguna La Guija.

Organización social. La estructuración interna de comunidades, expresada en la variabilidad de papeles y gratificaciones entre los individuos, es más difícil de discernir arqueológicamente que la mayoría de los problemas discutidos hasta aquí. Sin embargo, pistas significativas de la división del trabajo y los estatus están presentes en el registro arqueológico, y a la fecha han sido discutidos en cierto grado en los estudios de Baja California.

El tratamiento y la ornamentación asociada con los entierros son quizás los aspectos más accesibles del registro arqueológico relacionados con la diferenciación social. Donde la uniformidad del tratamiento mortuario es encontrada, una uniformidad sustancial del estatus en vida puede ser sugerido (aunque la uniformidad aparente puede ser engañosa, si la mayor parte del contexto mortuario no ha sido preservado). La variabilidad en el tratamiento después de la muerte puede reflejar variabilidad en vida. El patrón de variación mortuoria puede sugerir el criterio, como edad, sexo, relaciones de parentesco y logros personales, que determinaron la variación de estatus en vida. Sin embargo, la variación mortuoria puede en cambio reflejar diferencias en las circunstancias inmediatas de muerte, independientemente del estatus de los individuos. El problema de establecer una contemporaneidad verdadera entre diferentes prácticas mortuorias debe ser también considerado a la hora de dar una interpretación social de los contrastes mortuorios.

El estudio más vasto sobre prácticas funerarias en Baja California fue una extensión del trabajo de Massey (1947, 1955) en la región del Cabo. La tabla 24 resume partes de los datos de Massey sobre entierros de la región del Cabo. Un considerable rango de variación en prácticas mortuorias fue documentado: entierros en sitios abiertos o en cuevas mortuorias de función especial; entierros con o sin acompañamientos funerarios no perecederos, incluyendo tanto elementos ornamentales como utilitarios; y entierros primarios y secundarios, el primero en posturas flexionadas o extendidas, y el último con o sin huesos pintados con rojo ocre. Casos únicos de cremación y de “descuartizamiento” del cuerpo poco después de la muerte, sin excarnación, también fueron reportados. Las observaciones estratigráficas de Massey parecieron establecer la contemporaneidad de los varios patrones funerarios de cuervas mortuorias, y se dijo que las similitudes en los artefactos asociados establecían una contemporaneidad probable entre sitios de cuevas y abiertos (Massey 1955:272). Entierros en sitios abiertos registrados por Massey, de una sola ubicación, fueron todos primarios. En los entierros en cuevas, la asociación más fuerte fue encontrada entre una abundancia relativa de acompañamientos funerarios y el enterramiento primario; entierros secundarios, sin pintura, incluyeron acompañamientos con la menor frecuencia.

Al evaluar la información de los entierros de la región del Cabo con respecto a la edad,

Tabla 24. Prácticas funerarias en la región del Cabo (después Massey 1955).

Entierro	Tipo	Edad, Sexo	Condición	Acompañamientos
Cerro Cuevoso (cueva funeraria)				
12-7191	Secundario	Adulto	Sin pintar	--
12-7192	Secundario	Adulto masculino	Pintado	Raspador ceremonial
12-7193	Secundario	Niño	--	Cuentas, plumas
12-7194	Primario	Adulto masculino	Flexionado	Adornos, semillas, bastón de madera con dientes de tiburón incrustados
12-7195	Secundario	Adulto masculino	Sin pintar	--
12-7535	Secundario	Adulto	Pintado	Atlátls, piel de ave cosida
Cañada de la Huertita (cueva funeraria)				
12-7208	Secundario	Adultos (incl. Individuo femenino)	Sin pintar	--
12-7209	Secundario	Adolescente	Sin pintar	--
12-7210	Secundario	Adulto masculino	Sin pintar	--
12-7211	Secundario	Adulto femenino	Pintado, quemado	--
12-7212	Secundario	Infante	Pintado	Adornos
12-7213	Secundario	Infante	Sin pintar	Adornos
12-7214	Primario	Infante	Flexionado	Adornos
12-7215	Secundario	3 adultos	Sin pintar	--
12-7216	Secundario	Adulto masculino	Sin pintar	--
Piedra Gorda (cueva funeraria)				
12-7217	Primario	Adulto femenino	Flexionado	Adornos, conchas, cuentas, plumas
12-7218	Secundario	Adulto masculino	Sin pintar	--
12-7219	Secundario	Adulto masculino	Sin pintar	--
12-7220	Secundario	Adulto masculino	Pintado	--
12-7221	Secundario	Adulto, infante	Sin pintar	--
12-7222	Secundario	Adolescente	Pintado	--
12-7223	Secundario	Adulto femenino, infante	Pintado	--
12-7224	Secundario	Adulto femenino	Sin pintar	--
12-7225	Secundario	Niño	Pintado	--
12-7226	Secundario	--	Pintado	--
12-7227	Secundario	Adulto masculino	Sin pintar, descuartizado	--
12-7228	Secundario	Adulto	Sin pintar	Punzón de hueso
12-7229	Secundario	Adultos	Sin pintar	Piel de pelícano cosida
12-7230	Secundario	Adulto femenino	Sin pintar	--
12-7231	Primario	Infante	Extendido	Adornos, plumas

Entierro	Tipo	Edad, Sexo	Condición	Acompañamientos
Los Frailes (sitio abierto)				
12-7202	Primario	Adulto femenino	Flexionado	--
12-7203	Primario	Adulto masculino	Flexionado	--
12-7204	Primario	Infante	Flexionado	Adornos, incisivos de venado
12-7205	Primario	Adulto femenino	--	--
12-7206	Primario	Adulto femenino	--	--
12-7207	Primario	Adulto masculino	--	--

registrada por Massey, y el sexo, registrado por Tyson, una ausencia interesante de patrones es evidente. Todas las categorías funerarias mayores fueron cruzadas por poblaciones adultas y no adultas, masculinas y femeninas, en aproximadamente las mismas proporciones. Si las diferentes prácticas funerarias relejaron diferencias de estatus, la ausencia de patrones de edad y sexo sugieren que por lo menos ciertas diferencias de estatus en la cultura de Las Palmas fueron asignadas sobre la base de lazos de parentesco (consanguíneos o por matrimonio) en lugar de sobre la base de logros individuales o por categorías prescritas de edad y sexo.

Ritter y Schulz (1975) informaron sobre varios entierros de sitios en el área de bahía Concepción. Su muestra limitada pareció incluir entierros primarios y secundarios, con y sin bienes mortuorios, con y sin cremación y con y sin montículos funerarios. Las relaciones cronológicas de los entierros de la bahía Concepción no fueron bien establecidos, ni tampoco completamente enumeradas las características de edad y sexo de los individuos. Sin embargo, esta evidencia, al igual que la de la región del Cabo, apunta hacia una diversidad importante en el tratamiento de la muerte, y posiblemente hacia distinciones sustanciales en los estatus sociales.

Van Camp (1979:35) reportó la tipología de Malcolm Rogers de las cremaciones yumanas, pero notó la aparente irrelevancia de las distinciones de cremación como marcadores cronológicos, lo cual había sido la sugerencia original de Rogers. Van Camp mencionó que estas diferencias podrían reflejar diferencias en estatus, pero la sugerencia no fue adicionalmente respaldada o explorada.

Un tipo diferente de argumento que relaciona práctica funeraria y diferenciación social, fue sugerido por Massey (1955:276), quien argumentó que entierros secundarios pintados de ocre en cuevas mortuorias habrían sido elaborados y consumidores de tiempo, y que la práctica probablemente reflejaba “cierto tipo de especialización” en la región del Cabo prehistórica, probablemente por chamanes.

El estudio de Tyson (1977b) sobre traumatismos craneales representados en colecciones esqueléticas de Baja California han sido discutidos en el Capítulo V. Una frecuencia ligeramente mayor de dicho trauma fue reportada para mujeres sobre los hombres, a pesar de la presumiblemente mayor participación de los hombres en actividades arriesgadas como la caza y por lo menos en las fases agresivas de los conflictos inter-grupales. Entre las posibles explicaciones para dicha frecuencia mayor de tales traumas entre mujeres estaría un papel más grande de la mujer en ciertos aspectos del duelo o un patrón de violencia masculina sobre las mujeres.

El arte rupestre puede también ser indicativo de ciertos aspectos de la organización social. Como con el argumento sobre las elaboradas costumbres funerarias de la región del Cabo, en las pinturas Gran Mural los requerimientos organizativos para ejecutar pinturas finas de grandes figuras polícromas, a menudo en lugares que requerían el uso de andamios y de acuerdo con un

sistema fuertemente desarrollado de convenciones representacionales, inevitablemente ha sugerido el trabajo de especialistas en arte. Crosby (1975a:166) especuló que el registro mural revelaba “un grado de organización tribal que mantenía a una clase de artistas, probablemente no de tiempo completo, pero ciertamente por ciertos periodos significativos.”

La representación de diferencias sociales en el arte rupestre Gran Mural ha sido también sugerida, aunque completamente sobre bases subjetivas e impresionistas. De acuerdo a Hambleton, “algunas figuras ... así como la reiteración de ciertos elementos en la decoración de las mismas, me llevan a suponer que son la representación de determinados miembros de un sector privilegiado: cazadores, guerreros, guamas” (Hambleton 1979:21). Él notó que esta impresión fue “puramente subjetiva”, pero no intentó de listar las características que habían producido esta impresión ni examinó las fuentes de su interpretación. Sin embargo, notó que las decoraciones más elaboradas elevándose de la cabeza de lo que era o se presumía eran figuras masculinas, usualmente tenían un patrón común de color para las figuras; “posiblemente representan a los guamas o a los jefes más importantes” (Hambleton 1979:22). Un argumento puede ser elevado contra esta propuesta, con base en la impresión igualmente subjetiva de que las elaboraciones individuales mencionadas no parecen haber caído dentro de pocos patrones ampliamente repetidos, como se podría esperar si las diferencias en los atavíos simbolizaron roles sociales bien definidos; por el contrario, las variaciones parecen haber sido más idiosincráticas. Dicho patrón de variación puede haber reflejado un rango de variabilidad menos estructurado, dentro de la imaginación de los artistas o en los papeles individuales e identidades sociales de las figuras a las que el pictograma pudo haberse referido.

Diferencias de sexo fueron indicadas algunas veces en las pinturas Gran Mural. Las mujeres fueron indicadas por los pechos, que en la convención del estilo parecían venir de los lados del cuerpo. En los extremos norte y sur del área del Gran Mural, pero no en el área central de la sierra de San Francisco, los genitales masculinos fueron algunas veces mostrados (Crosby 1984:142; Hambleton 1979:22). En general, por lo demás las figuras distinguidas por sexo no parecen haber sido tratadas en ninguna manera marcadamente diferente. Esto podría sugerir un grado razonable de igualdad sexual en la sociedad que produjo las pinturas.

En el arte rupestre Gran Mural, representaciones aparentes de lanzas, dardos y flechas, a menudo parecen traspasar figuras humanas y animales. Dicho tratamiento podría haber significado un conflicto social importante, quizás prácticas de guerra inter-comunitaria o brujería intra-comunitaria.

Cosmovisión. Una variedad de artefactos y elementos fijos reportados de la península han sido interpretados como reflejos de las actividades ceremoniales-religiosas. Entre los artefactos se encuentran excéntricos de piedra tallada, pipas de piedra y de cerámica, tablas de madera, figurillas de cerámica y de madera, bramaderas, varas mágicas, “bastones de espíritu”, capas de cabello, adornos de concha y de piedra, y ofrendas funerarias; entre los elementos fijos están los claros en el pavimento desértico, otros elementos fijos contruidos con piedra y arte rupestre.

Los excéntricos o crescéticos son artefactos bifaciales de lítico tallado, relativamente intrincados, a menudo con una forma general de media luna, pero típicamente con espuelas que se proyectan, para las cuales no ha sido demostrada ninguna función utilitaria. Dichas piezas han sido encontradas en la parte norte de la península, sobre la costa del Pacífico (Rogers 1966:980) y en la sierra de Juárez (Fontaine y Prosser 1965:3).

Las pipas han sido encontradas en números considerables a lo largo de los tres cuartos septentrionales de la península. Los *chacuacos*, o pipas de piedra tubulares y perforados biconicamente, han sido reportados más ampliamente; en las regiones del noroeste y del desierto

del Colorado, también hay ocurrencia de pipas cerámicas. Una revisión útil sobre la evidencia disponible de pipas de piedra en la península fue publicada por Lee Massey (1976), la cual puede ser completada con datos adicionales de Williams (1975a:9), Tuohy (1978:72-73) y Ritter (1979:326). Las pipas han sido generalmente interpretadas, con base en datos etnográficos, como elementos chamanísticos utilizados para fumar tabaco en el curso de actividades ceremoniales o de curación. Las posibles funciones de las pipas como tubos para extraer en prácticas de curación o para fumar tabaco de manera recreativa por no-chamanes, no ha sido evaluada seriamente.

“Tabla” es un término utilizado para un número de tipos de objetos de madera planos, que han sido identificados etnográficamente con actividades rituales y de los que varias contrapartes arqueológicas han sido recuperadas. Cuatro tablas –tableros rectangulares con un punto o lengüeta en un extremo y pintada con diseños abstractos en rojo y negro– fueron recuperados de un abrigo rocoso en territorio etnohistórico de hablantes de diegueño. Davis (1968a:52) juzgó que los artefactos fueron “evidentemente formados con herramientas de acero” y que uno de ellos tenía un agujero hecho por un clavo cuadrado. Cuatro tablas similares más fueron reportadas del valle de la Trinidad, junto a una figurilla antropomórfica de madera. Hedges (1973a) argumentó convincentemente que todos estos artefactos pertenecían al siglo XIX o XX. Tablas prehistóricas probables fueron reportadas de sitios arqueológicos más al sur. De un abrigo rocoso cerca de La Purísima en la sierra de la Giganta, provino un objeto de madera largo y delgado (145 cm. por 6 cm, a 12.5 cm. por 0.5 cm) en el cual una serie de agujeros habían sido perforados (Aschmann 1968; Massey 1972). De una cueva cercana a bahía Concepción, Ritter (1974b, 1979:335-336) reportó otra tabla larga y delgada, con dos agujeros perforados en ella y con un meteorizado diseño linear pintado. Esta pieza fue interpretada como una “tabla de chamán, y posiblemente una máscara” (Ritter 1979:336).

Una figurilla humana de madera, probablemente histórica en lugar de prehistórica, ha sido señalada arriba como procedente del valle de la Trinidad. Otras figurillas y cucharones efígies, hechos de arcilla horneada, han sido reportados en la parte interior septentrional de la región noroeste, donde éstos representan el extremo sur de un patrón cultural bien atestiguado en California del sur (Hedges 1973c).

Otra probable pieza ceremonial/ritual encontrada arqueológicamente fue una “bramadera”, recuperada de una cueva cercana a Comondú (Massey 1947:352). Sin mayor descripción, este artefacto podría haber estado relacionado a las tablas discutidas arriba.

Aschmann (1968:48) describió una pieza cilíndrica de madera dura pulida, puntiaguda en un extremo y con un collar de pequeñas cuentas de concha ensartadas en el otro. Esta pieza fue interpretada como una “vara mágica”.

Palos ahorquillados, apuntalados dentro de los abrigos rocosos con cultura material prehistórica, fueron notados en sitios en la sierra de Juárez (Fontaine y Prosser 1965:5; Treganza 1942:154) y en el área de bahía Concepción (Ritter 1984). Dichos palos han sido ampliamente reportados en las partes desérticas de California del sur y etiquetadas como “bastones de espíritu” (Campbell 1931:24), con una presumida función supernatural (Ritter 1984:53-54). Funciones más prosaicas, como soportes para colgar contenedores a fin de proteger sus contenidos de la humedad del suelo y plagas de roedores, han sido también sugeridas (Treganza 1942:155).

Las capas de cabello humano han sido discutidas en la literatura etnográfica de la península. Restos incompletos de una de dichas piezas fueron recuperada por Palmer de una cueva funeraria en bahía de los Ángeles y descritos por Massey y Osborne (1961:349-350). Otros, almacenados en una cueva, fueron mostrados a Meigs (1939:52), pero estos ejemplos probablemente no eran de la época prehistórica. Meighan (1969:58), Meigs (1970:25-26) y Grant (1974:112) sugirieron que

ciertas pinturas rupestres Gran Mural que muestran figuras humanas con líneas verticales en sus cuerpos, pueden estar describiendo personas vistiendo capas de cabello humano. La interpretación parece dudosa, particularmente porque de otro modo no se conoce que las pinturas Gran Mural muestren detalle representacional dentro de siluetas individuales (cf. Crosby 1975c:100).

Cuentas y pendientes de concha y de lítica han sido reportados en números importantes a lo largo de la península, tanto en contextos mortuorios como habitacionales. Ninguna tipología formal ha sido propuesta. Las posibles funciones de dichas piezas como decoración personal, marcadores de estatus, piezas religiosas-ceremoniales y como unidades económicas, sólo pueden ser actualmente sujetas a especulación.

Los patrones de entierros evidentemente reflejan algunos aspectos de la cosmovisión no utilitaria. La diversidad de dichos patrones dentro de partes particulares de la península ha sido notada en una sección previa de este capítulo. Ciertos patrones, como los entierros secundarios pintados, reflejan una considerable inversión de esfuerzos con los muertos. Acompañamientos funerarios, incluyendo comida, herramientas utilitarias y adornos, sugieren una creencia en cierta forma de persistencia del espíritu después de la muerte.

Claros de rocas y alineamientos en los pavimentos desérticos de California del sur y la región adyacente del desierto del Colorado en Baja California, fueron notados por Rogers (1939) y muchos investigadores que le siguieron. Mientras que algunos han sido interpretados como utilitarios (es decir, como “círculos para dormir”), otros sirvieron evidentemente a propósitos ceremoniales, religiosos o estéticos. Un área extensa de dichos elementos fijos en el extremo norte de la cuenca Pattie, primero hipotetizada como un “centro ceremonial”, ha sido mostrado más recientemente como moderno, por lo menos en gran parte.

Elementos fijos similares fueron también reportados en la isla de Cedros (Banks 1972a). “Círculos de danza”, consistentes en caminos circulares hollados en el pavimento desértico, y alineamientos de piedra con una longitud de cientos de pies, han sido señalados (Banks 1972a:20).

Un gran anillo circular de piedra, de 8.5 metros de diámetro, encontrado en un sitio en el área de bahía Concepción, fue sugerido por Ritter (1979:374, 1981:27) como una posible estructura ceremonial. Elementos fijos similares, pero más pequeños, fueron interpretados como áreas habitacionales.

Montículos de rocas en el desierto del Colorado han sido interpretados como altares de senderos, con la intención de “asegurar mágicamente un viaje exitoso y seguro” (Van Camp 1979:38).

El arte rupestre ha sido comprensiblemente un foco de especulaciones imaginativas particulares sobre los valores e ideas prehistóricas. En estas especulaciones, las impresiones subjetivas generalmente han tomado el lugar de deducciones confirmables; los estudios en los que las hipótesis interpretativas han sido probadas seriamente contra los datos han sido raros. Sin embargo, las interpretaciones especulativas son dignas de revisión, como fuentes de hipótesis fructíferas potenciales.

Algunas interpretaciones de arte rupestre han enfatizado principalmente motivaciones sociales en lugar de religiosas.⁸⁸ Por ejemplo, McKusick y Gilman (1959:49), reportando sobre pictogramas en un sitio de procesamiento de bellotas cerca de Santa Catarina, especularon que los diseños lineares rojos y negros “son marcas de propiedad de cierto tipo”. Williams (1973b:44) identificó un motivo de pictograma en la sierra Cucapá como un posible símbolo de propiedad de la ubicación por un grupo de parentesco específico. Cúpulas (petroglifos de pequeños hoyos) en

⁸⁸ Se han discutido algunos aspectos de estas interpretaciones en Gutiérrez Martínez y Hyland 2002; Hyland 1997; Laylander 2005a.

la región noroeste han sido vinculados tentativamente con las ceremonias de iniciación de las niñas (Hedges 1976a:17). Elementos vulviformes han sido interpretados como símbolos de fertilidad (Grant 1974:126). “Yonis”, estructuras rocosas vulviformes naturales o formadas, han sido identificadas en las porciones norte de la península y sugeridas como sitios ceremoniales de fertilidad (McGowan 1982; Ewing 1986a:54). Grant (1974:108) sugirió que las variaciones en los patrones de color de las figuras humanas en las pinturas Gran Mural podrían simbolizar las identidades de comunidades particulares o grupos de parentesco. Meighan (1978:13-14) también enfatizó el papel de las “marcas de identidad”, incluyendo huellas de manos y de pies, en el arte rupestre peninsular.

Las afirmaciones de la asociación del arte rupestre con observaciones astronómicas han recibido una atención creciente. En el norte de la sierra de Juárez, Hedges reportó una relación entre un pictograma antropomorfo y el patrón de luz producido durante la salida del sol en el solsticio de invierno (Hudson et al. 1979:38, 48, 51). En el sitio de la “supernova” en la sierra de San Francisco, algunos observadores discernirían la representación de la supernova de 1054 d.C. (Crosby 1975a:166-167, Hambleton 1979:26-27); la identificación está lejos de ser probada, sin embargo. Una afirmación para el uso de elementos fijos de piedra en conexión a observaciones calendáricas viene de Mono Alto, otro sitio de arte rupestre Gran Mural. Cover y Moore (1986) reportaron que el piso del abrigo rocoso de Mono Alto contenía numerosas rocas sobresalientes que habían sido teñidas y pulidas, evidentemente por actividad humana. La caída de la luz en algunas de esas rocas en tiempos cercanos al equinoccio de primavera y el solsticio de verano, sugirieron el uso del sitio como observador solar indirecto. La aceptación de los patrones como significativos tendrá que esperar, sin embargo, por un reporte mucho más detenido.

Muchas interpretaciones de arte rupestre peninsular se han relacionado a conexiones con prácticas religiosas chamanísticas. Hedges (1976a:17) concluyó que las pinturas rupestres diegueño fueron probablemente hechas por chamanes como parte de actividades ceremoniales o rituales. Hedges advirtió una nota etnográfica no publicada de Malcolm J. Rogers registrando

una declaración de una informante femenina de que los chamanes utilizaron el abrigo rocoso [en un sitio de California del sur] para prepararse para las danzas. Empleando la pintura restante, ellos supuestamente pintaron los pictogramas por diversión. Esto vincula al arte rupestre específicamente con chamanismo y danzas rituales, pero no es probable que el estilo desarrollado del arte rupestre del área sur fuera llevado a cabo por diversión. Esta última declaración es mejor interpretada como un rumor de la informante femenina con respecto a una actividad masculina chamanística sobre la que ella no tenía conocimiento de primera mano [Hedges 1970:150].

Hedges continuó con la proposición de que las pinturas rupestres

son el trabajo de chamanes locales, que reflejan seres supernaturales y quizás al mismo chamán, que ilustran las experiencias de sueños a través de los cuales el chamán obtenía algunos de sus poderes, y que marcan ubicaciones ritualmente importantes pero no necesariamente sacrosantas donde actividades religiosas como la preparación para las ceremonias tomaron lugar [Hedges 1970:153].

En la interpretación de las pinturas abstractas de Cataviñá, Grant (1976:1) sugirió que los pintores pudieron haber usado toloache u otra droga poderosa. Los varios autores de un volumen editado por Meighan y Pontoni (1978) favorecieron generalmente las explicaciones chamanísticas para los sitios peninsulares con petroglifos que ellos estudiaron. Ritter (1979:395) propuso una función curativa por lo menos en ciertos sitios de arte rupestre de bahía Concepción.

Una conexión específica entre el arte rupestre y la mitología fue reivindicada en la ocurrencia de un ciempiés en LC-59, un sitio en las montañas del extremo norte de Baja California. Fue sugerido que la figura rupestre puede representar a Maihiyowita, un personaje en el mito de creación (Van Camp 1979:24). Esta sugerencia es sustancialmente minada, sin embargo, por el hecho de que la fuente citada para el mito (DuBois 1908b:235; ver también DuBois 1907b:131, 1905a:627-628) describió al personaje como un “ser misterioso”, no específicamente un ciempiés, y otras referencias señalaron sin ambigüedad al personaje específicamente como una serpiente (Gifford 1918:172, 1931:78; Spier 1923:331).

Las representaciones de animales en el arte rupestre han sido interpretadas comúnmente como magia de cacería (Grant 1974:107; Meighan 1969:66; Ritter 1974a, 1979:391). Los animales representados fueron en general los que se espera que han formado una parte de la dieta prehistórica. La interpretación de magia de cacería es reforzada en el área del Gran Mural por la frecuente representación de lanzas, dardos o flechas penetrando animales. (Las figuras humanas en el área del Gran Mural a menudo muestran también proyectiles que las traspasan. Esto sugirió dichas pinturas pueden haber servido como magia de guerra [Ritter 1979:395]).

En adición al contenido, la manera de representación ha sido también sugestiva a algunos intérpretes. Una propuesta fue hecha de que existía un contraste entre el carácter “estático” de las figuras humanas en las pinturas Gran Mural del desierto central y la representación “dinámica” de animales en el mismo arte (por ejemplo, Crosby 1975a:4-5; Hambleton 1979:23). Sin embargo, este aparente contraste parece explicable en términos de convenciones más generales del arte mismo. Como todos los observadores de las pinturas Gran Mural han señalado, ciertos curiosos estándares en la representación fueron seguidos bastante uniformemente en la pintura. Todas las figuras fueron mostradas en siluetas, a menudo con relleno sólido o patrones geométricos dentro de la silueta, pero sin mostrar más detalle en la representación interna. Los humanos fueron mostrados en siluetas frontales (o traseras), con los brazos levantados y los dedos extendidos, pero con peculiaridades, como los pechos de las mujeres pareciendo surgir de sus axilas. Otros mamíferos fueron mostrados en vistas laterales, pero con las astas o cuernos a menudo mostrados de frente, y con los dedos de los pies o las garras extendidas. Las peculiaridades de orientación parecen haber reflejado necesidades descriptivas dentro del contexto de la convención de silueta, en lugar de ser imágenes estáticas o dinámicas de los sujetos. Las vistas frontales fueron las formas más simples y sin ambigüedad de representar humanos; las vistas laterales sacaron mejor la identidad de mamíferos y peces, mientras que vistas de las partes superior o inferior mostraron mejor las características de las aves. El propósito principal parece haber sido comunicar la identidad de la figura representada, en lugar de comunicar aspecto alguno de movilidad o inmovilidad.

Las relaciones de elementos individuales dentro de los paneles es también una pista para las motivaciones de los artistas. Para el área del Gran Mural, Meighan (1969:68) sugirió que una tendencia para las figuras humanas a ser sobrepintadas arriba de figuras de animales más frecuentemente que lo contrario expresó una “dominancia” del hombre sobre los animales y una motivación de caza en la pintura; la posibilidad alternativa de una interpretación cronológica de este patrón ha sido ya notada. Con respecto a la composición general, Diguett (Grant 1974:39, 43) interpretó mucho del arte rupestre que él visitó como compuesto de escenas, mostrando hombres muertos después del combate, o un cazador de venados, con animales siendo expulsados de la maleza. Crosby (1975c:101) reportó que las figuras Gran Mural a menudo ocurrían en grupos. Moore (1985) también argumentó la presencia de consideraciones composicionales complejas detrás del arreglo de los elementos en un sitio Gran Mural. Sin embargo, la mayoría de otros

observadores han notado una tendencia casi universal en las pinturas Gran Mural por toda la atención focalizada en los elementos individuales representados (figura humana, animal, etc.), en lugar de sobre cualquier composición de grupos integrados de elementos (por ejemplo, Crosby 1975a:11; Hambleton 1979:19). Dos excepciones en la parte sur de la sierra de San Francisco fueron señaladas: la Cueva de la Serpiente, en donde las figuras humanas y animales aparecen en una relación evidentemente organizada con dos figuras grandes de serpientes cornamentadas, y El Batequi, en donde apareció una “caravana” de venados, con otras figuras dispersas, todas en tamaños generalmente uniformes y orientadas en una dirección uniforme. Sin embargo, en la mayoría de los otros casos, parece de un mérito considerable en la observación que el acto de pintar en sí mismo parece haber sido más importante que el producto final pintado (Grant 1974:107; Meighan 1969:67); la sobrepintura abundante y las relaciones a menudo aleatorias entre los elementos apuntan ambos hacia dicha conclusión.

La ubicación de los paneles con arte rupestre también ha sugerido algo sobre su función. De acuerdo a Hedges, las pinturas en Hakwin en la sierra de Juárez “pueden ser vistas como lugares sagrados puestos aparte de las actividades cotidianas. En cuanto a esto son únicas entre las pinturas rupestres kumiai, la mayoría de las cuales están ubicadas en asociación con áreas habitacionales” (Hedges 1976a:17). La regla de asociación directa usual entre arte rupestre y escombros habitacionales parecen aplicar a la península en general. De nuevo con respecto al arte rupestre diegueño, según Hedges (1970:148-149), “las pinturas no pudieron haber sido excesivamente esotéricas, dado que a menudo están a la vista de cualquiera parado a cierta distancia.” Crosby (1975c:101) sintió que los paneles Gran Mural estaban generalmente ubicados para ser visibles a cierta distancia. Hambleton notó “una preocupación por pintar en lugares predeterminados” (Hambleton 1979:18), resultando en el uso pesado y repetitivo de ciertos lugares y la negación por otros sitios aparentemente adecuados. Si se verifica, dicha preocupación tendería a confirmar la importancia de la muestra pública, ritual y/o la marcación espacial como elementos en el arte rupestre, opuestas a un asunto exclusivo del acto de pintar por sí mismo. Hambleton también notó la presencia de rocas asociadas con las pinturas que muestran “un lustre o pátina resultante de un contacto repetido”, quizás con las manos de los solicitantes de poderes mágicos (Hambleton 1979:29). Él notó oscurecimiento por humo considerable en algunos abrigos rocosos, sugiriendo la práctica de cremación allí, o quizás de esfuerzos por neutralizar el poder mágico de las pinturas (Hambleton 1979:30).

Un papel para los pictogramas en las ceremonias de curación fue propuesto (Hedges, citado en Van Camp 1979:38) con base en la ubicación de arte rupestre en aguas termales, que se infiere fueron usadas medicinalmente.

Apoyando la hipótesis de magia de cacería, Diguett (Grant 1974:46) reportó que animales fueron pintados generalmente en las inmediaciones de las áreas donde estaban naturalmente: peces por el océano, venado sobre las mesetas, etcétera. Igualmente, en el área de bahía Concepción, Ritter (1974a, 1979:391) observó un patrón de representaciones de humanos y venados en sitios tierra adentro y animales marinos a lo largo de la costa. Sin embargo, reanálisis subsecuentes en dicha área del arte rupestre con representaciones de tortugas marinas (Rector y Ritter 1978) y peces (Rector 1981) encontraron que dichos motivos fueron proporcionalmente no significativamente más frecuentes en sitios costeros que en sitios del interior (a más de seis kilómetros de la costa), sugiriendo que la importancia en el arte rupestre de asociaciones inmediatas con prácticas de cacería ha sido sobrevalorada. Arte rupestre encontrado en lugares lejos de las costas pero centrado en la representación de vida marina, específicamente peces y mantarrayas, fue también notado en el reporte de Muscutt (1986) sobre petroglifos cerca de San Ignacio, quizás 30 kilómetros de la

línea de costa más cercana.

Entre las interpretaciones más elaboradas de las pinturas Gran Mural estuvo aquella desarrollada en una serie de artículos por Ron Smith (1983, 1985c, 1986), que tocaron temas de antropología cognitiva, simbolismo de color, taxonomía folk botánica, arqueoastronomía y calendarios, vínculos con mitología local y mundial, el hombre como amo de los animales, y los vuelos mágicos de los chamanes. Un detallado análisis crítico de las interpretaciones de Smith quizás iría demasiado lejos del campo del presente estudio; es suficiente decir que la evidencia reunida para estas propuestas hasta aquí no ha sido convincente.

Extensiones

Las investigaciones arqueológicas hasta la fecha en Baja California pueden generalmente ser caracterizadas como de naturaleza exploratoria. Con respecto a ello, han sido notablemente exitosas. La península no es ya más una *terra incognita*; los tipos básicos de sitios, elementos fijos y artefactos presentes, sus distribuciones geográficas generales y el contexto cronológico para la prehistoria han sido establecidos en líneas generales. Es de esperarse que investigaciones futuras moverán cada vez más fuera del inventario hacia investigación orientada hacia problemas sobre los modos de vida prehistóricos y procesos de cambio cultural.

Cronológicamente, la cuestión de la fecha de la ocupación inicial en Baja California está aún abierta. Es más probable que el tema sea resuelto en un contexto general continental que por investigaciones específicamente sobre la península. Sin embargo, la investigación sobre algunos de los ambientes desérticos expuestos de Baja California o de los abrigos rocosos secos y protegidos, aún notablemente remotos de las perturbaciones modernas, pueden tener un papel a jugar en la resolución de esta cuestión.

Una variedad de técnicas cronométricas disponibles o propuestas para el uso en la península han sido discutidas anteriormente en éste capítulo. La integración creciente de los resultados desde las diferentes técnicas a probar, confirmar y refinar cada una, debería producir un creciente marco cronológico seguro y preciso para la prehistoria de Baja California. Debería volverse posible el reemplazo de cronologías adoptadas en su conjunto de California del sur o la Gran Cuenca por secuencias localmente confirmadas.

El desarrollo de estudios arqueológicos de fauna para la prehistoria de Baja California más allá de la etapa de inventario parece ser posible y necesario. En el futuro, el análisis será capaz de centrarse en la identificación de la tecnología y las prácticas de obtención y procesamiento implicadas por las especies y por los particulares elementos anatómicos presentes, los valores nutricionales atestiguados y las razones que explicarían las variaciones en el rango y las proporciones de especies representadas en diferentes sitios y diferentes componentes estratigráficos, incluyendo el acceso a variados hábitats, cambios ambientales naturales o inducidos por el hombre, estacionalidad y preferencias culturales.

Los recursos de flora explotados y la extensión de manipulación ambiental en su explotación, incluyendo la posibilidad de agricultura prehistórica en la península fuera de la región del desierto del Colorado, merecen investigación adicional a través de estudios de polen, restos macroflorales y coprolitos humanos, particularmente en los abrigos rocosos secos de Baja California que tan a menudo han mostrado una conservación excepcional de otros materiales vegetales perecederos.

Las interpretaciones funcionales de colecciones de herramientas de subsistencia deberían continuar, empleando análisis hechos en otras regiones arqueológicamente desarrolladas, pero no limitadas por éstos. El análisis de desgaste por uso y el análisis cuantitativo de desechos líticos

pueden ser enfoques productivos.

Los patrones geográficos y el análisis de ubicación requerirán inventarios más completos de áreas específicas y una presentación cuantitativa de resultados más completa para avanzar sustancialmente fuera de la etapa de impresiones intuitivas. Con dichos datos, el hallazgo de patrones en las distribuciones de varios rasgos deberá decir mucho sobre el alcance de las esferas prehistóricas de interacción, y las correlaciones de sitios, elementos fijos y artefactos con variables ambientales deberán hacer posible entender más enteramente las estrategias y sistemas utilizados para explotar los recursos disponibles en la península.

Las cuestiones sobre organización social seguirán siendo difíciles, pero no imposibles, de elucidar arqueológicamente. La recuperación de colecciones funerarias adicionales y su análisis más extensivo ofrece las mejores esperanzas de progreso en ésta área.

Los aspectos del registro arqueológico agrupados aquí bajo el rubro de “cosmovisión” también presentan dificultades importantes. La mayoría de los artefactos no utilitarios probablemente continuarán siendo interpretados principalmente con base en interpretaciones etnográficas en lugar de arqueológicas. El arte rupestre es una excepción notable. El registro sistemático de motivos y sus contextos, así como el análisis cuantitativo de dicha información, ofrece cierta esperanza importante para desarrollar conocimiento de por lo menos facetas selectas de valores prehistóricos y entendimiento de los funcionamientos del mundo.

VIII – CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA PREHISTORIA DE BAJA CALIFORNIA

Este capítulo final considera brevemente varios modelos o generalizaciones que representan enfoques sintéticos sobre la prehistoria de Baja California, y que aprovechan información de fuentes en varios campos antropológicos. Discusiones importantes sobre dichas interpretaciones generales han sido ofrecidas por Kirchhoff (1942), Massey (1961a), Moriarty (1970) y Tuohy (1978).⁸⁹ Los modelos o generalizaciones propuestos anteriormente revisados aquí pueden ser ordenados bajo un número de encabezados principales: primitivismo extremo, aislamiento, el *cul-de-sac*, pasividad cultural, estratificación cultural y unidad de complejos de rasgos. En la mayoría de los casos, estos temas varios han sido propuestos en grupos interconectados, y de cierta manera aquí también son reevaluados en conjunto. Finalmente, en este capítulo se sugieren algunos otros modelos o generalizaciones.

El modelo del primitivismo extremo recibió su expresión más desinhibida en los reportes abiertamente etnocéntricos de los primeros exploradores y misioneros. La opinión del explorador Baltasar Obregón en la década de 1560, que los aborígenes de Baja California eran “la gente más primitiva, deshonesto, sucia, vil y miserable jamás vista o conocida en las Indias” (Hammond y Rey 1928:251), ya ha sido señalada en el Capítulo III. El misionero jesuita Jacobo Baegert escribió sobre Baja California en 1754 que “yo siempre he tenido curiosidad por aprender sobre los pueblos, los países y los mapas, pero me pregunto si existe bajo el sol un país tan miserable, y sobre este planeta un pueblo más deplorable. Lo dudo fuertemente” (Baegert 1982:162). Varios otros pasajes del mismo autor están elaborados elocuentemente de igual manera. Hacia finales del siglo XVIII, en un momento en el que los pueblos aborígenes de todas las partes de la península eran mejor conocidos por los euroamericanos, las opiniones del dominico Luis Sales seguían siendo iguales a las de Obregón y Baegert:

La estupidez, dexamiento, desidia y falta de reflexion suelen ser la misma generalmente en todos.... Soy de parecer, que en el mundo tal vez no habrá Naciones tan pobres, tan infelices y tan faltas de especies intelectuales como estas. Apenas pasan de las primeras aprehensiones, y estas por lo comun son erradísimas [Sales 1960:32].

Un historiador jesuita moderno, Peter Masten Dunne (1952:6), escribió sobre los primeros jesuitas como hombres que “eran normalmente de buen corazón y comprensivos y a menudo mantenían sus cargos espirituales en un cariño sincero e incluso místico; en consecuencia, no se inclinaban a exagerar el atraso moral y social de sus neófitos actuales o prospectivos”. Dunne repitió la imagen que los misioneros habían dibujado sobre el atraso cultural extremo de la península. James R. Moriarty, III, juzgó que “los pueblos de la península estaban cercanos de ser, si no es que ya lo eran, los hombres más primitivos de Norteamérica” (Moriarty 1970:7). Una guía estándar dijo sobre los indios bajacalifornianos: “Con la posible excepción de los habitantes de la Tierra del Fuego, estos eran el pueblo más primitivo en América en los tiempos históricos (Wheelock y Gulick 1980:16).

Dejando de lado la cuestión de la relevancia de los juicios de valor que se reflejan a partir de estas citas, los capítulos precedentes han sido suficientes para sugerir que las características

⁸⁹ Véase también Laylander 2010b, 2010c.

culturales de los aborígenes de Baja California no eran tan aberrantes dentro del contexto de los pueblos nativos del norte de América, o dentro de las culturas cazadoras-recolectoras a nivel mundial, como los puntos de vista citados pueden sugerir. A excepción del delta del río Colorado, los aborígenes de Baja California no practicaron la agricultura, pero explotaron, en maneras bastante sofisticadas, un muy diverso rango de fuentes naturales vegetales y animales. La presencia de recursos costeros probablemente significó que, a pesar de la extrema aridez de la península, los bajacalifornianos estaban menos sujetos al severo estrés por los recursos que los pueblos aborígenes de la Gran Cuenca, las Grandes Llanuras, el Subártico, el Ártico, y quizás otras partes del norte de América. Los estimados poblacionales, discutidos en el Capítulo V, sugieren que Baja California era una de las regiones más densamente habitadas de la Norteamérica aborígen. La tecnología no era altamente elaborada pero sí generalmente comparable con mucha de la tecnología típica de California, por ejemplo. De nuevo con la excepción del delta del río Colorado, la organización social a gran escala era mínima, pero los grupos familiares autónomos no parecen haber sido la regla en cualesquiera partes; un sistema ya fuera de comunidades de rancherías de quizás aproximadamente una centena de individuos, o bien un sistema de fuertes linajes flexiblemente vinculados a comunidades residenciales, fue el patrón general. Lo que sabemos a través de la etnología y la arqueología sobre la cosmovisión aborígen no sugiere estupidez o falta de imaginación intelectual o estética; cualquier limitación aparente en estos aspectos de la cultural probablemente reflejaban limitaciones en la información preservada en lugar de cualquier empobrecimiento aborígen cultural.

El aislamiento geográfico de la península de Baja California ha sido señalado en los primeros capítulos y ha sido comentado como un punto de interés particular de varios estudiosos modernos (por ejemplo, Kirchhoff 1942:xiv; Massey 1966b:83). Como un factor relativo, la generalización sobre el aislamiento cultural prehistórico aparece como confirmada a partir de la evidencia de la lingüística, la antropología física, la etnología y la arqueología. Si es interpretado como un absoluto, el modelo de aislamiento sería refutado abundantemente. Por lo menos dos tercios de la península estaban vinculados lingüísticamente al territorio continental por el grupo lingüístico yumano-cochimí. El guaycura era probablemente una lengua hokana también, no más aislada del resto de Norteamérica que otra media docena de familias hokanas que estaban dispersas a través de la Alta California. Las innovaciones tecnológicas de valor funcional, como el arco y la flecha, penetraron a lo largo de la península, aunque debieron haberlo hecho de manera muy lenta. Discontinuidades agudas, como debe ocurrir en los casos de aislamiento, no son identificables en los conjuntos arqueológicos o en las distribuciones de rasgos culturales dentro de la península.

La imagen de la Baja California prehistórica como un *cul-de-sac* o callejón sin salida también ha sido favorecida (Kirchhoff 1942:xiii; Massey 1961a:411). La punta sur de la península probablemente fijó un final brusco a cualquier movimiento hacia el sur de gente o difusión cultural. Es probable que para la mayor parte tanto pueblos como cultura entraron a la península a través del “embudo” o “entrada” por el norte. Incluso, la estrechez general de la península pudo haber dado, en cierto grado, una calidad “unidimensional” a las interacciones entre los grupos de Baja California, en contraste a la red más compleja de interacciones bidimensionales características de los grupos en entornos continentales. Sin embargo, la fuerza de estas características no debe ser exagerada. Como los postulantes del modelo del *cul-de-sac* ya lo han notado, también había una salida (o entrada) lateral a la península en la central zona del golfo, y el uso de dicha salida lateral puede estar reflejado en los vínculos lingüísticos, arqueológicos y etnológicos hipotéticos entre los pueblos peninsulares y los Seri en la costa central de Sonora. Que la entrada por el norte pudo haber funcionado también en ocasiones como una salida ha sido sugerido en la discusión sobre la

diferenciación del grupo lingüístico yumano-cochimí, en el Capítulo IV. El análisis cronológico de los registros arqueológicos y etnológicos para la península aún no está lo suficientemente avanzado como para respaldar las hipótesis de difusión cultural hacia fuera para varios rasgos, o bien, para refutar dichas hipótesis. En su unidimensionalidad, esta característica tampoco debe ser exagerada. Existe evidencia clara de una fuerte diferenciación este-oeste por lo menos en el extremo norte, entre las características arqueológicas, etnográficas y (menos claramente) lingüísticas de las áreas que se extienden desde la sierra peninsular hacia el oeste, por un lado, y por el otro aquellas características en el delta del río Colorado. Había una división este-oeste en el sur entre los hablantes de pericú de la costa del golfo y las islas y los guaycura orientados hacia el centro de la península, al oeste de aquellos. En una sección cruzada de la península corriendo hacia el oeste-suroeste de Loreto, lingüísticamente había monqui en el este, cochimí en el área central y guaycura sobre la costa del Pacífico. Aunque no estaban claramente distinguidos en términos lingüísticos, los habitantes aborígenes de la bahía de Magdalena y la isla de Cedros parecen haber sido social y culturalmente diferentes de sus vecinos orientales. La evidencia arqueológica y etnográfica aún es raramente capaz de indicar de manera concluyente si grupos en las varias porciones de la península ocuparon territorios que se extendían entre las dos costas, o entre la cumbre y una costa, o en algún otro patrón. Claramente, sin embargo, evidencia suficiente ha sido citado para garantizar la hipótesis de por lo menos una incipiente complejidad “bidimensional” en la interacción entre las sociedades prehistóricas de Baja California.

La hipótesis de la pasividad cultural sugiere que la Baja California prehistórica era esencialmente un recipiente de movimientos poblacionales y difusión cultural venida de cualquier lugar, en vez de ser un centro de iniciativa e innovación por sí misma. Esta hipótesis ya ha sido discutida parcialmente arriba en su relación a movimientos hacia fuera de gente y/o cultura a través del golfo central, y hacia el norte en el sur de California. Parece probable que las culturas peninsulares tomaran más de lo que dieron, solamente con base en el tamaño relativo de las áreas culturales en una comparación entre Baja California versus Norte y Centro América. Si una sola invención norteamericana es asumida para cualquier rasgo dato, como el arco y la flecha, entonces a falta de una buena evidencia cronológica de cualquier manera, debe asumirse como más probable que el rasgo se ha originado en cualquier parte de Norteamérica y difundido a Baja California, en lugar de haberse originado en la península. Sin embargo, no hay razones para concluir que la Baja California prehistórica era sustancialmente menos innovadora que otras áreas de Norteamérica en proporción a su población. Existe evidencia clara de innovación en la península. El arte rupestre del Gran Mural en la región del desierto central fue casi ciertamente una innovación local sin paralelo estrecho en otras áreas cercanas. La elaboración de puntas de proyectil talladas en el área sur de la península ha sido también reconocida como la elaboración local de un complejo de rasgos ampliamente compartido. Aunque Massey buscó en cualquier otro sitio el origen del complejo de entierros de Las Palmas, los paralelos que encontró no eran tan cercanos y los vínculos geográficos conectores estaban ausentes. Parece más razonable considerar el complejo de Las Palmas como una innovación local de la región del Cabo. Las capas de cabello humano, que fueron características del chamanismo a través de la mayor parte de la península, al parecer estaban ausentes en cualquier otra parte de Norteamérica a excepción de entre los Atapaskanos del Subártico. Los Atapaskanos han sido considerados los inmigrantes indígenas más recientes a Norteamérica. Por lo tanto, cualquier intento de explicar las capas de cabello humano en Baja California como un residuo de una cultura temprana importada parece poco probable, y la innovación local del rasgo en Baja California parece muy probable. Compartir carne atando una cuerda a ella y jalándola después de tragarla, parece ser otra innovación única específica de la parte

norte del desierto central. Rasgos menos distintivos que son encontrados ampliamente en otras áreas probablemente representen también reinversiones locales y adaptativas en la Baja California prehistórica, en lugar de rasgos ancestrales retenidos o productos de difusión.

La hipótesis de la estratificación cultural fue avanzada más claramente por Massey (1961a:419, 1966b:56). En el norte, Massey identificó un estrato que él llamó “yumano californiano”. Bajo ese estrato en el norte estaba otro, etiquetado “yumano peninsular” (es decir, cochimí), el cual también estaba representado en la parte central de la península. El tercer estrato, “guaicurano”, subyacía a los otros dos en el norte y el centro y estaba igualmente presente en las regiones del Cabo y la Giganta-Magdalena al sur. El modelo es quizás algo similar a las referencias de Kirchhoff (1942:xiv, xvi) a “olas” de migración o difusión alcanzando varias partes de la península.

El respaldo más claro para el modelo de estratificación parece venir de dos innovaciones tecnológicas en el periodo prehistórico tardío: la cerámica y el arco y la flecha. La alfarería fue evidentemente el producto de un episodio tardío de difusión o innovación entre los hablantes yumanos del extremo norte y puede decirse que “cubrió” la cultura anterior (pre-cerámica) de dicha área, pero no de las áreas más al sur, a donde la cerámica parece no haber llegado en tiempos prehistóricos. El arco y la flecha fueron otras innovaciones relativamente tardías en el oeste de Norteamérica. Reportes del periodo histórico temprano sobre el uso del atlatl, en adición al arco y la flecha en el extremo sur de la península, han sugerido que la “ola” de difusión que llevaba el arco y la flecha había alcanzado sólo recientemente dicha área, o que el arco y la flecha pertenecieron propiamente al estrato de la cultura cochimí o Comondú, presentes en el norte y en el centro, pero no perteneció al estrato prehistórico guaycura-pericú.⁹⁰ (Un “estrato” u ola adicional no discutida por Massey, puede ser sugerida en la agricultura del delta del río Colorado, la cual fue una innovación tardía introducida y cubrió los patrones de caza recolección.)

Más allá de los dos elementos de cerámica y el arco y la flecha, la hipótesis de la estratificación parece tener evidentemente poco que recomendar. La investigación arqueológica no ha presentado evidencia significativa de que el complejo de entierros de Las Palmas subyace en las últimas culturas en el norte y en el centro. El arte rupestre del Gran Mural, incluido en el complejo Comondú, no “subyace” las tradiciones particulares de arte rupestre en el norte. La hipótesis de la estratificación parece haber derivado su verosimilitud esencial *a priori* de la hipótesis de la pasividad cultural, con su suposición de que la sustancia de las culturas peninsulares prehistóricas se debió haber originado en cualquier otro sitio y ha sido llevada varias distancias abajo de la península por migración o difusión. Esta suposición es plausible con respecto a ciertos rasgos, particularmente en la esfera de tecnología funcional elaborada, que incluye ítems como la cerámica y el arco y la flecha, pero parece no haber razón para generalizarla a la cultura como un todo. Dentro de los límites de la evidencia etnohistórica, las culturas de la región del Cabo y la región de la Giganta-Magdalena no parecen haber sido más simples o empobrecidas en comparación a aquellas más al norte en el desierto central. Las culturas del norte no subsumieron los contenidos de las culturas del sur, y tampoco hay evidencia arqueológica o de otro tipo para afirmar que las culturas del norte hayan poseído previamente y reemplazado subsecuentemente los rasgos del sur que no compartían al momento del contacto.

El tema final de estas síntesis previas de la prehistoria de Baja California es el modelo de la unidad de los complejos de rasgos. Esta frase se refiere a la suposición de que una fuerte tendencia existió en la Baja California prehistórica en la que los complejos culturales mantuvieran su integridad como unidades completas e indivisibles, ya fueran llevadas por migración, difundidas

⁹⁰ Pero véase también Laylander 2007.

como bloques o permaneciendo en su lugar sin modificaciones locales. En el modelo de la estratificación cultural, los varios estratos fueron dibujados como dichos complejos de rasgos unificados, combinando una unidad interna relativa y diferenciación externa en lengua, estrategias de subsistencia, tecnología, cosmovisión e incluso en las características físicas humanas. Una fuente para la hipótesis de la unidad de los complejos de rasgos ha sido la tendencia de ciertos antropólogos a enfatizar fuertemente el papel de los factores históricos sobre los factores adaptativos, a la hora de explicar las características de la cultura, y al ver las culturas básicamente como poco creativas y hostiles a la innovación. Esta tendencia ha sido ya discutida como el tema de la pasividad cultural en Baja California. Una defensa alternativa de la unidad de los complejos de rasgos puede ser basada en una visión marcadamente holística sobre la cultura, la cual podría ser interpretada como un sistema altamente adaptativo integrado en homeostasis. Un modelo alternativo, opuesto a la unidad de los complejos de rasgos, podría ser uno que propusiera que las escalas continuas y las disyunciones fueron más características de las distribuciones de rasgos que reflejan los varios aspectos de la cultura.

La evidencia necesaria para asegurar la hipótesis de la unidad de los complejos culturales se compone de información detallada sobre las distribuciones geográficas y las correlaciones entre varios rasgos. Los datos disponibles actualmente sobre Baja California no son completamente satisfactorios para este propósito, pero los datos que están disponibles no parecen ofrecer mucho respaldo a esta hipótesis. Algunos ejemplos de rasgos distintivos arqueológicos y etnológicos con distribuciones que cruzan las áreas culturales lingüísticamente definidas o que incluyen partes sólo de dichas áreas, han sido citados ya arriba.

Tabla 25. Complejos de características de los nativos bajacalifornianos, según Massey (1961a).

Área yumana	Área cochimí	Área guaycura-pericú
Alfarería	Sociedades masculinas	Mucha mayor importancia de la cacería
Temazcal	secretas	
Perro	Ceremonia de decoración de árboles	Redes de pesca completamente desconocidas
Cultos al toloache y al Chingichngish	Ceremonia de distribución de riquezas	Pesca con anzuelo y sedal completamente desconocida
	Carreras a pie ceremoniales	Atlatl
		Ausencia de lanzamiento de palos
		Ausencia de cestería

La evidencia presentada por Massey (1961a:415) como respaldo de la existencia de complejos unificados es resumida en la Tabla 25. Sin embargo, un número de problemas serios existen en la aceptación de dicha evidencia. Algunas de éstas parecen ser materialmente inexactas. Por ejemplo, aunque existía cierto uso del toloache entre los yumanos de Baja California, no hay ninguna indicación de culto al toloache, mucho menos del culto entero a Chingichngish, ambos característicos de los luisño hablantes de yuto-azteca al sur de California. En otro ejemplo, mientras es cierto que se reportó que los pericú habían puesto un fuerte énfasis en la pesca con lanzas o arpones, el uso de redes y anzuelos y sedales en la región del Cabo también fue demostrado (Andrews 1979:38; Cardona 1974:100). La cestería en la misma región también fue reportada (Andrews 1979:45). La aseveración de Massey de que la cacería era mucho más importante en la región del Cabo que en cualquier otro lugar parece derivar de comentarios hechos por los corsarios ingleses que visitaron esa región y enfatizaron la caza y la pesca como las fuentes

de comida más importantes. Como fue señalado en el Capítulo VI, sin embargo, los misioneros jesuitas hicieron hincapié específicamente en la primacía de los alimentos vegetales en la región del Cabo como en cualquier parte de Baja California.

Otros rasgos usados para distinguir los complejos culturales parecen haber sido seleccionados por Massey con base en una información muy dispersa e incompleta. En estos casos, la ausencia de cualquier mención del rasgo en las fuentes etnohistóricas que fueron consultadas por Massey fue tomada implícitamente como indicativo de la ausencia del rasgo culturalmente. La ausencia sugerida del lanzamiento de palo en el área del sur es un ejemplo aparente de ello, y la realidad de dicha ausencia es una cuestión que está abierta. En otros casos, una rara referencia a determinado rasgo en áreas particulares, fue tomada como evidencia de dicho rasgo a través de un área lingüística completa. Por ejemplo, la “ceremonia de distribución de riquezas” citada por Massey, parece atribuirse a una sola referencia hecha por el misionero jesuita Píccolo a la ceremonia de distribución de piel de venado en San Ignacio. Dicha ceremonia pudo haber sido practicada más ampliamente entre los cochimí, pero no hay evidencia adicional de que eso ocurrió efectivamente, o de que su distribución estaba limitada al área “estrato peninsular yumano” de Massey. La referencia de Massey a “carreras a pie ceremoniales” puede tener relación con la misma ceremonia. (Baegert [1952:85] refirió a la gran rapidez de los guaycura, lo cual posiblemente esté sugiriendo la presencia de carreras a pie en el área guaycura.) Las referencias de Massey a “sociedades masculinas secretas” y a la ceremonia de decoración de árboles entre los cochimí no son claras, pero pueden también estar derivadas de reportes etnohistóricos locales particulares.

En general, la información disponible, ya sea etnológica, arqueológica o de la antropología física, parece ofrecer poco respaldo específico a la hipótesis de la unidad de complejos de rasgos. Los datos no son lo suficientemente detallados para distinguir satisfactoriamente entre continuidades y discontinuidades más abruptas en aspectos particulares de la cultura. Sin embargo, los datos indican una considerable disyunción entre las distribuciones de los rasgos de varios aspectos de la cultura.

Finalmente, unas pocas generalizaciones adicionales o modelos concernientes a la prehistoria de Baja California pueden ser ofrecidos sobre la base del presente estudio. La afirmación aquí no es que este estudio ha demostrado la validez de dichas generalizaciones, o incluso que se haya establecido necesariamente el predominio de evidencia a su favor. En lugar de ello, las generalizaciones ofrecidas parecen ser compatibles con la evidencia investigada, y sugerir avenidas fructíferas para futuras investigaciones.

Se propone que la Baja California prehistórica estaba aislada de otras influencias externas que no fueran las que eran transmitidas a través de California del Sur, el suroeste de Arizona o el norte o centro de Sonora. Las afirmaciones más sustanciales y sustentadas sobre lo contrario han venido del campo de la antropología física. Las afirmaciones de correlaciones entre las características métricas de la región del Cabo, las poblaciones óseas de La Jolla y las características de otras poblaciones del Pacífico necesitan ser reexaminadas. Los rasgos culturales para los que han sido sugerido vínculos exóticos, como formas de atlatl y el complejo de entierros de Las Palmas, también necesitan ser reevaluados en un contexto comparativo. Se sugiere aquí que dichas reexaminaciones no mostrarán ningún patrón de correlaciones consistentes relacionados con conjuntos de rasgos, pero en cambio sugerirán los efectos del aislamiento y la innovación independiente.

Se propone un alto grado de autonomía en las distribuciones geográficas de varios rasgos dentro de la península, en lugar de la presencia de complejos de rasgos unificados. Se puede demostrar este patrón a través del cernido más riguroso de los registros etnohistóricos y el

reanálisis de los reportes etnográficos. Es más probable que los estudios sobre la distribución de los rasgos arqueológicos sean satisfactorios si éstos se concentran en rasgos individuales en lugar de constructos tan dudosos como el complejo Las Palmas, el complejo Comondú, el complejo La Jolla, etc. La antropología física puede ser igualmente capaz de demostrar la existencia de distribuciones de rasgos continuos y disyuntivos, si puede ser recuperado material óseo suficiente para buscar dichos patrones. En la lingüística, el estudio del préstamo entre lenguas sería de interés por razones similares.

Es sugerido que contrastes adaptativos significativos existieron entre el centro de la península, por un lado, y sus extremos norte y sur por el otro. Se propone que la mayor parte del desierto central (probablemente sin incluir la isla de Cedros) y algunas de las partes del norte de la región de la Giganta-Magdalenita, en particular, fueron áreas en las que la adaptación al ambiente natural fue algo precario dada la aridez extrema y la irregularidad de la precipitación pluvial. El énfasis en motivos animales en el arte rupestre de estas áreas es tomado como un reflejo del fuerte énfasis cultural en el manejo de los recursos de subsistencia. La extendida unidad lingüística de los cochimí es interpretada como un reflejo de inestabilidad de los grupos sociales en el área y de la expansión relativamente reciente de un grupo norteño hacia territorio libre o a expensas de habitantes previos debilitados. En los límites norte y sur de la península, se propone que las tensiones adaptativas primarias estuvieron en las relaciones entre los varios grupos sociales en lugar de la relación entre los grupos y su ambiente físico. El arte rupestre más abstracto, la mayor diversidad lingüística y los elementos importantes de organización social sobre el nivel de la comunidad en el norte y el sur, pueden haber ilustrado este tema. Un análisis más detallado del arte rupestre, la determinación de patrones de estacionalidad y asentamiento para sitios habitacionales y la reconstrucción de los sistemas de intercambio basados en el movimiento de materiales exóticos, pueden haber sido usados para tratar dichas hipótesis. Una marca arqueológica para la intrusión cochimí en el área central puede ser recuperable. El análisis de los registros misionales y otros reportes fuertemente localizados pueden indicar el carácter de los asentamientos y las unidades sociales peninsulares en el centro y el sur. Un análisis lingüístico adicional de los registros sobrevivientes para el cochimí puede ser capaz de evaluar la presencia o ausencia de influencias guaycura, seri u otras influencias no yumanas en esa familia lingüística.

En resumen, el registro para la Baja California prehistórica es claramente complejo, y en la mayoría de sus aspectos dicho registro ha recibido sólo una exploración preliminar. Sin embargo, la imagen de la prehistoria peninsular que puede ser extraída de las fuentes antropológicas de información que están disponibles actualmente es sustancialmente más detallada y precisa que las imágenes que estaban posibles de hace 25, 50 o 100 años atrás. La presente imagen es mucho menos clara que aquellas que han sido reconstruidas para muchas otras regiones de México o Norteamérica. Se necesitan investigaciones más intensivas sobre problemas específicos y sobre la integración de diversos cuerpos de evidencia. Aunque no significa una concentración mayor de investigación antropológica actual, la investigación sobre la prehistoria de Baja California está hoy por hoy recibiendo pequeños pero continuados aumentos de conocimiento. En particular, los trabajos en curso de Mauricio Mixco en la lingüística, Rose Tyson en la antropología física, Eric Ritter en la arqueología y Michael Mathes en la edición y publicación de documentos etnohistóricos, son alentadores. El estudio de la prehistoria de Baja California continuará basándose en gran medida sobre los avances en la técnica antropológica explorada en otras partes, pero también comenzará a pagar la deuda a través de sus propias contribuciones a temas de mayor interés.

BIBLIOGRAFÍA

- Alegre, Francisco Javier (1956-1960), *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, Ernest J. Burrus y Felix Zubillaga, eds, 4 vols. Roma: Institutum Historicum S. J.
- Alfaro Castro, Martha Elena y H. Antonio García Zúñiga (2013), “Fuentes coloniales para el conocimiento de las lenguas cochimí-yumanas: un enfoque interdisciplinario”, *Proceedings of the Society for California Archaeology* 27:73-83.
- Álvarez, Ila (1967), “Water, Hot and Cold”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 3(1):42-49.
- (1972), “Chepa, A Kiliwa”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 8(1):41-44.
- (1978), “Stone Bowls of the Comondú Area”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 14(1):32-34.
- Álvarez de Williams, Anita (1987), “Los cucapá y su medio ambiente”, *Estudios Fronterizos* 14:99-109.
- (1993a), “Cañon Santa Isabel”, *Rock Art Papers* 10:67-70, San Diego Museum Papers No. 20.
- (1993b), “Painted Caves and Sacred Sheep: Bighorn Ethnohistory in Baja California”, en *Counting Sheep: 20 Ways of Seeing Desert Bighorn*, Gary Paul Habban, ed., pp. 42-58, Tucson: University of Arizona Press.
- (1995), “Bark Skirts of the Californias”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 31(1/2):56-78.
- (1997), “People and the River”, *Journal of the Southwest* 39:331-351.
- (2004), *Primeros pobladores de la Baja California: Introducción a la antropología de la península*, Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Andrews, Thomas F., ed. (1979), *English Privateers at Cabo San Lucas: The Descriptive Accounts of Puerto Segura by Edward Cooks (1712) and Woodes Rogers (1712), with Added Comments by George Shelvocke (1726) and William Betagh (1728)*, Los Ángeles: Dawson’s.
- Anónimo (1968), “About the Authors”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 4(1):67-68.
- Arnold, Brigham A. (1957), “Late Pleistocene and Recent Changes in Land Forms, Climate y Archaeology in Central Baja California”, *University of California Publications in Geography* 10:201-318, Berkeley.
- (1971), “The Earlier Traces of Man in the Two Californias”, Baja California Symposium 9.
- (1984), “Early Man in Baja California – Evidence and Interpretation”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 20(1):27-36.
- Arrillaga, José Joaquín (1969), *Diary of His Surveys of the Frontier, 1796*, John W. Robinson, ed., Los Ángeles: Dawson’s.
- Aschmann, Homer (1952a), “A Fluted Point from Central Baja California”, *American Antiquity* 17:262-263.
- (1952b), “A Primitive Food Preparation Technique in Baja California”, *Southwest Journal of Anthropology* 8:36-39.
- (1954), *The Ecology, Demography and Fate of the Indians of the Central Desert of Baja California*, tesis doctoral, Department of Geography, University of California, Berkeley.
- (1959), *The Central Desert of Baja California: Demography and Ecology*, Iberoamericana,

Vol. 42.

- (1966), *The Natural and Human History of Baja California*, Los Ángeles: Dawson's.
- (1968), "Historical Accounts and Archaeological Discoveries: Working Together Two Scholarly Disciplines Enlarge Our Understanding of the Extinct Indians of Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 4(1):46-51.
- Baegert, Jacobo (1942), *Noticia de la península americana de California*, introducción de Paul Kirchhoff, México: Antigua Librería de Robredo.
- (1952), *Observations in Lower California*, M. M. Brandenburg y Carl L. Baumann, eds., Berkeley: University of California Press.
- (1982), *The Letters of Jacob Baegert 1749-1761, Jesuit Missionary in Baja California*. Los Ángeles: Dawson's.
- Baeza Catalán, José Humberto (2005), "Características bio-corporales de los restos óseos humanos del entierro 1 de lote 20 en Costa Azul, Baja California, México", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 6:276-286.
- Bancroft, Griffing (1932), *Lower California: A Cruise, The Flight of the Least Petrel*, New York: G. P. Putnam's Sons.
- Bancroft, Hubert Howe (1884), *History of the North Mexican States and Texas*, 2 vols., San Francisco: A. L. Bancroft.
- Banks, Thomas Jeffrey (1970), "Aboriginal Inhabitants of Isla de Cedros, Baja California 1540-1732", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 6 (1):35-40.
- (1971), "Geologic Obsidian Sources for Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 7(1):24-26.
- (1972a), "A Multiple Horizon Cave and Surface Site: Isla de Cedros", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 8(1):15-24.
- (1972b), "The Oasis of Kadakaamang", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 8(1):45-61.
- (1978), "A Pine Nut Gathering Camp in the Vizcaino Desert", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 14(1):11-20.
- Barco, Miguel del (1973), *Historia natural y crónica de la antigua California*, Miguel León-Portilla, ed., México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- (1980), *The Natural History of Baja California*, Los Ángeles: Dawson's.
- (1981), *Ethnology and Linguistics of Baja California*, Los Ángeles: Dawson's.
- (1988), *Historia natural y crónica de la antigua California*, 2ª ed., Miguel León-Portilla, ed., México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Barrows, David Prescott (1900), *Ethno-botany of the Coahuilla Indians*, Chicago: University of Chicago Press.
- Bean, Lowell J. (1974), "Social Organization in Native California", en *'Antap: California Indian Political and Economic Organization*, Lowell John Bean y Thomas F. King, eds., pp. 11-34, Ramona, California: Ballena.
- Bean, Lowell John y Harry W. Lawton (1973), "Some Explanations for the Rise of Cultural Complexity in Native California with Comments on Proto-Agriculture and Agriculture". en *Patterns of Indian Burning in California: Ecology and Ethnohistory*, Henry T. Lewis, pp. v-xlvii, Ramona, California: Ballena.
- Bean, Lowell John y Katherine Siva Saubel (1972), *Temalpakh: Cahuilla Indian Knowledge and Usage of Plants*, Banning, California: Malki Museum.
- Belding, L. (1885), "The Pericue Indians", *West-American Scientist* 1(4):21-22.

- Bendímez Patterson, Julia (1989), *Historia oral: Benito Peralta de Santa Catarina, comunidad pai-pai*. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California.
- (1995), "Breve descripción de la comunidad cucapá del Río Hardy, Baja California", *Estudios Fronterizos* 35/36:239-263.
- (2004), *Raíces profundas, corazones ancestrales: María Emes Boronda, historia oral*, Mexicali: Centro INAH Baja California.
- Bendímez Patterson, Julia y Don Laylander (1985), "Wenceslaus Linck y la última frontera jesuita en Baja California", *Meyibó* 2(6):73-85.
- (2009), "Proposal for a Study of the La Rumorosa Rock Art Style", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 23.
- Bendímez, Julia, Don Laylander y Héctor León (1987), "Macahui: The Unmaking of an Enigma", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 8(2):263-269.
- Bendixen, Birgitte (1980), *Phonology and Temporal Properties of Cocopa*, tesis doctoral, Department of Linguistics, University of California, San Diego.
- Berger, Rainer (1983), "Sea Levels and Tring-Ring Calibrated Radiocarbon Dates", en *Quaternary Coastlines and Marine Archaeology: Towards the Prehistory of Land Bridges and Continental Shelves*, P. M. Masters y N. C. Flemming, eds., pp. 51-61, Londres: Academic.
- Betagh, William (1728), *A Voyage Round the World*, Londres: T. Combres.
- Bickel, Polly McW. (1978), "Changing Sea Levels Along the California Coast: Anthropological Implications", *Journal of California Anthropology* 5:6-20.
- Binford, Lewis R. (1968), "Archaeological Perspectives", en *New Perspectives in Archaeology*, S. R. Binford y L. R. Binford, eds., pp. 5-32, Chicago: Aldine.
- Blackburn, Thomas C. (1975), *December's Child: A Book of Chumash Oral Narratives*, Berkeley: University of California Press.
- Bolton, Herbert E. (1908), *Spanish Exploration in the Southwest*. Nueva York: Chas. Scribner's Sons.
- (1927), *Fray Juan Crespi, Missionary Explorer on the Pacific Coast, 1769-1774*, Berkeley: University of California Press.
- (1930), *Anza's California Expeditions*, 5 vols. Berkeley: University of California Press.
- (1936), *Rim of Christendom*, Nueva York: Macmillan.
- Bouey, Paul D. (1984), "Obsidian Studies and their Implications for Prehistory", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 20(1):55-60.
- Bowen, Thomas (1976), *Seri Prehistory: The Archaeology of the Central Coast of Sonora, Mexico*, Anthropological Papers of the University of Arizona 27, Tucson.
- (2009a), "Archaeology of the Islands of the San Lorenzo Chain, Gulf of California, Mexico", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 21:242-248.
- (2009b), *The Record of Native Peoples on Gulf of California Islands*, Arizona State Museum Archaeological Series 201, Tucson.
- (2015), "Elusive Glass: The Search for an Obsidian Source on Isla Ángel de la Guarda", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 51(3&4):79-89.
- Breschini, Gary S. (1983), *Models of Population Movements in Central California Prehistory*, Salinas, California: Coyote.
- Breton, Thaddeus R. T. (1961), "Prehistoric Cave Paintings and Petroglyphs in Baja California", *Las Californias Baja y Alta* 1(3):26-27.
- Bright, William (1956), "Glottochronologic Counts of Hokaltecan Material", *Language* 32:42-48.
- Burrus, Ernest J. (1954), *Kino Reports to Headquarters: Correspondence of Eusebio F. Kino, S.*

- J., *from New Spain with Rome*, Roma: Institutum Historicum S. J.
- (1961), *Correspondencia del P. Kino con los Generales de la Compañía de Jesús, 1682-1707*, México: Editorial Jus.
- (1964), *Kino escribe a la Duquesa: Correspondencia del P. Eusebio Francisco Kino con la Duquesa de Aveiro y otros documentos*, Madrid: J. Porrúa Turanzas.
- (1965a), *Kino and the Cartography of Northwestern New Spain*. Tucson: Arizona Pioneers' Historical Society.
- (1965b), *Kino Writes to the Duchess*, Roma: Jesuit Historical Institute.
- (1966a), "Four Letters of Lambert Hostell", *Western Explorer* 4:10-25.
- (1966b), *Wenceslaus Linck's Diary of his 1766 Expedition to Northern Baja California*, Los Angeles: Dawson's.
- (1967a), *Ducruet's Account of the Expulsion of the Jesuits from Lower California (1767-1769)*, Roma: Jesuit Historical Institute.
- (1967b), *La obra cartográfica de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, 1567-1967*, Madrid: J. Porrúa Turanzas.
- (1967c), *Wenceslaus Linck's Reports and Letters 1762-1778*, Los Angeles: Dawson's.
- (1971), *Kino and Manje, Explorers of Sonora and Arizona: Their Vision of the Future*, Roma: Jesuit Historical Institute.
- (1972), "Two Fictitious Accounts of Ortega's 'Third Voyage' to California", *Hispanic American Historical Review* 52:272-283.
- (1984), *Jesuit Relations: Baja California 1716-1762*, Los Angeles: Dawson's.
- Burrus, Ernest J. y Félix Zubillaga, eds. (1982), *Misiones mexicanas de la Compañía de Jesús 1618-1745: Cartas e informes conservados en La "Colección Mateu"*, Madrid: J. Porrúa Turanzas.
- Campbell, Elizabeth W. C. (1931), *An Archaeological Survey of the Twenty-Nine Palms Region, Los Angeles*. Southwest Museum Papers 7.
- Campbell, Lyle y Marianne Mithun, eds., (1979), *The Languages of North America: Historical and Comparative Assessment*, Austin: University of Texas Press.
- Campbell, Paul Douglas (1999), *Survival Skills of Native California*, Salt Lake City, Utah: Gibbs Smith.
- Cardenas, D. Sean (1986), "Avocado Highlands: An Inland Late La Jolla and Preceramic Yuman Phase Site from Southern San Diego County", *San Diego State University Cultural Resource Management Casual Papers* 2(2):59-84.
- Cardona, Nicolas de (1974), *Geographic and Hydrographic Descriptions of Many Northern and Southern Lands and Seas in the Indies, Specifically the Discovery of the Kingdom of California (1632)*, Los Angeles: Dawson's.
- Carmean, Kelli (1994), "A Metrical Study of Baja California Sur Projectile Points", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 30(1):52-74.
- Carrico, Richard L. (1983), "A Brief Glimpse of the Kumeyaay Past: An Interview with Tom Lucas, Kwaaymii of Laguna Ranch", *Journal of San Diego History* 29:115-139.
- Carrico, Richard L., Dennis Gallegos y Jay Theskin (1984), *Excavations of Diegueno/Ipai Subsistence Camps above Encinitas Creek: A Data Recovery Program for Fieldstone Northview, Units 5-9, Encinitas, California*, Westec Services, San Diego.
- Carter, Annetta (1970), "Some Ethnobotanical Notes of the Sierra de la Giganta, Baja California Sur", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 6(1):29-34.
- Castetter, Edward F. y Willis H. Bell (1951), *Yuman Indian Agriculture*, Albuquerque: University

- of New Mexico Press.
- Castillo Escobar, Ricardo (1967), "Pinturas rupestres en Baja California", *Baja California Symposium* 5:71-75.
- Celis Hernández, Ana Katalina (2015), "Shellfish Meet Otoliths in Shell Midden Archaeology of the Gulf of California, Mexico", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 51(1):59-70.
- Chace, Paul G. (1967), "A Note on Decorated Pottery in Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 3(1):50-52.
- (1974), "Redating the Buck Gully Site, with Implications for Settlement Patterns", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 10(3&4):99-113.
- (1980), "Dating the Obsidian Trade in San Diego: Evidence from the Nelson Site", *San Diego County Archaeological Society Newsletter* 8(5):8-10.
- Chartkoff, Joseph L. y Kerry Kona Chartkoff (1984), *The Archaeology of California*, Stanford, California: Stanford University Press.
- Chittenden, Newton H. (1901), "Among the Cocopahs", *Land of Sunshine* 14(3):196-204.
- Christian, Charles D. (1978), *Historical Geography of the Northern Vizcaino Coast, Baja California*, tesis de maestría, Department of Geography, San Diego State University.
- Christian, Charles Dermis y Alana Cordy-Collins (1986), "Aboriginal Occupation of a West Coast Rock Art Site in Baja California", *Rock Art Papers* 3:75-90, San Diego Museum Papers 20.
- Clavijero, Francisco Javier (1789), *Storia della California*, 2 vols., Venecia: Appresso Modesto Penzo.
- (1937), *The History of (Lower) California*, A. A. Gray, ed., Stanford, California: Stanford University Press.
- (1970), *Historia de la Antigua o Baja California*, México: Editorial Porrúa.
- Cline, Lora L. (1980), *The Kwaaymii: Reflections on a Lost Culture*, Imperial Valley College Museum Society Occasional Paper 5, El Centro, California.
- (1984), *Just Before Sunset*. Jacumba, California: J and L Enterprises.
- Cook, Sherburne F. (1937), "The Extent and Significance of Disease among the Indians of Baja California 1697-1773", *Ibero-Americana* 12:1-39.
- (1976), *The Population of the California Indians, 1769-1970*. Berkeley: University of California Press.
- Cooke, Edward. (1712), *A Voyage to the South Sea and Round the World*, 3 vols, Londres: Lintot.
- Cortés, Edna Alicia (1988), *Estudio etnobotánico comparativo de los grupos indígenas kamiai y paipai del norte de Baja California*, tesis, Universidad Autónoma de Baja California, Ensenada.
- (1994), *Análisis del conocimiento tradicional de la flora medicinal de la comunidad de Santa Catarina, B.C., México*, tesis, Universidad Autónoma de Baja California, Ensenada.
- Coues, Elliott, ed. (1900), *On the Trail of a Spanish Pioneer: The Diary and Itinerary of Francisco Garces*, 2 vols., Nueva York: Harper and Brothers.
- Couro, Ted y Christina Hucheson (1973), *Dictionary of Mesa Grande Diegueño*, Banning, California: Malki Museum Press.
- Couro, Ted y Margaret Langdon (1975), *Let's Talk 'Iipay Aa: An Introduction to the Mesa Grande Diegueño Language*, Banning, California: Malki Museum Press.
- Cover, Del y Elanie A. Moore (1986), "Mono Alto: A Summer Solstice Site", *Rock Art Papers* 3:13-18, San Diego Museum Papers 20.
- Coyle, Jeanette y Norman C. Roberts (1975), *A Field Guide to the Common and Interesting Plants*

- of *Baja California*, La Jolla, California: Natural History Publishing.
- Crawford, James Mack (1966), *The Cocopa Language*, tesis doctoral, Department of Linguistics, University of California, Berkeley.
- (1970), "Cocopa Baby Talk", *International Journal of American Linguistics* 36:9-13.
- (1976), "The Cocopa Auxiliary Verb ya, 'be located, happen'", *Southern Illinois University Museum Studies* 7:18-28.
- (1983), *Cocopa Texts*, Berkeley: University of California Press.
- (1989), *Cocopa Dictionary*, University of California Publications in Linguistics 114, Berkeley.
- (1998), "Classificatory Verbs in Cocopa", en *Studies in American Indian Languages: Description and Theory*, Leanne Hinton y Pamela Munro, eds., pp. 5-9, University of California Publications in Linguistics 131, Berkeley.
- Crespi, Juan (2001), *A Description of Distant Roads: Original Journals of the First Expedition into California, 1769-1770*, Alan K. Brown, ed., San Diego State University Press.
- Crosby, Harry W. (1974), *The King's Highway in Baja California: An Adventure into the History and Lore of a Forgotten Region*, San Diego: Copley.
- (1975a), *The Cave Paintings of Baja California: The Great Murals of an Unknown People*, Salt Lake City, Utah: Copley.
- (1975b), "Red-on-Granite Rock Painting in the Sierra de San Borja, Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 11(1):35-42.
- (1975c), "Convention and Variation in the Great Mural Rock Paintings of Pre-historic Baja California", *Baja California Symposium* 13.
- (1975d), "Pre-historia bajacaliforniana", *Calafia* 2(6):45-52.
- (1981), *Last of the Californios*, La Jolla, California: Copley.
- (1984), *The Cave Paintings of Baja California: The Great Murals of an Unknown People*, edición revisada, Salt Lake City: Copley.
- (1994), *Antigua California: Mission and Colony on the Peninsular Frontier, 1697-1768*, Albuquerque: University of New Mexico.
- (1995), "Red-on-granite Rock Painting in the Sierra de San Borja, Baja California", *Estudios Fronterizos* 35-36:83-91.
- (1997), *The Cave Paintings of Baja California: Discovering the Great Murals of an Unknown People*, edición revisada, San Diego: Sunbelt Publications.
- (2003a), *Gateway to Alta California: The Expedition to San Diego, 1769*, San Diego: Sunbelt.
- (2003b), "A First Mapping of the Overland Route, Antigua California to San Diego, 1769", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 4:82-112.
- Cuadra Gutiérrez, Oswaldo (2005a), "Archaeology of the Mexicali Desert", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 18:267-270.
- (2005b), "Sitios arqueológicos de la cuenca del Río Tijuana", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 6:269-275.
- (2006), "Dinámica cultural en el noroeste de Baja California", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 7:212-218.
- (2007), "Mesa de los Indios: estudios en campamentos intermontanos", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 8:114-120.
- Cuero, Delfina (1968), *The Autobiography of Delfina Cuero, a Diegueño Indian, as Told to Florence C. Shipek*, Los Ángeles: Dawson's.

- Curtis, Edward S. (1907-1930), *The North American Indian*, Cambridge, Massachusetts: Norwood.
- Dahlgren de Jordan, Barbro (1954), "Las pinturas rupestres de La Baja California", *Artes de México* 3:21-28.
- Dahlgren, Barbro y Javier Romero (1951), "La prehistoria bajacaliforniana: Redescubrimiento de pinturas rupestres", *Cuadernos Americanos* 58(4):153-177.
- Dávalos Hurtado, Eusebio (1961), "La osteología mexicana en el Museo del Hombre", en *Homenaje a Pablo Martínez del Río en el vigesimoquinto aniversario de la primera edición de Los orígenes americanos*, pp. 175-185, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Davis, Emma Lou (1968a), "Painted Wooden Tablas of Northern Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 4(1):52-54.
- (1968b), "An Archaeological Reconnaissance in the Central Desert of Baja California", *University of California, Los Angeles, Archaeological Survey Annual Report* 10:176-208.
- (1971), "Ancient Man in Baja California", *The Masterkey* 45:102-107.
- (1973), "Baja California: Cobble Smashing on Stone Anvils", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 9(1):2-4.
- (1976), "Two Dated La Jollan Burials and their Place in California Prehistory: A Review", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 12(4):1-44.
- Davis, E. L. y R. Shutler, Jr. (1969), "Recent Discoveries of Fluted Points in California and Nevada", *Nevada State Museum Anthropological Papers* 14:154-169, Carson City.
- Davis, Loren G. (2003), "Geoarchaeology and Geochronology of Pluvial Lake Chapala, Baja California", *Geoarchaeology* 18:205-224.
- (2013), "Evaluating Claims for Early Cultural Occupation in the Laguna Seca Chapala Basin, Baja California", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 7:11-25.
- (2007), "Results of Archaeological Investigations at the La Bocana Site, Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 39(4):57-73.
- (2010), "El contexto paleoambiental de Baja California", en *La prehistoria de Baja California: Avances en la arqueología de la península olvidada*, Don Laylander, Jerry D. Moore y Julia Bendímez Patterson, eds., pp. 19-30, Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Delgado Ramírez, Claudia y Enah Montserrat Fonseca Ibarra (2013), "Análisis diacrónico de la actividad pesquera en el corredor Tijuana-Ensenada: una propuesta transdisciplinaria", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 27:84-94.
- Des Lauriers, Matthew R. (2002), "Proyecto Arqueológico Isla de Cedros: ¿una sociedad antigua, marítima e insular?", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 3:39-58.
- (2005a), *Rediscovering Huamalguá, the Island of Fogs: Archaeological and Ethnohistorical Investigations of Isla Cedros, Baja California*, tesis doctoral, Department of Anthropology, University of California, Riverside.
- (2005b), "The Watercraft of Isla Cedros, Baja California: Variability and Capabilities of Indigenous Seafaring Technology along the Pacific Coast of North America", *American Antiquity* 70:342-360.
- (2006), "Terminal Pleistocene and Early Holocene Occupations of Isla de Cedros, Baja California, Mexico", *Journal of Island and Coastal Archaeology* 1:255-270.

- (2008), "A Paleoindian Fluted Point from Isla Cedros, Baja California", *Journal of Island and Coastal Archaeology* 3:271-276.
- (2010), "Isla Cedros", en *La prehistoria de Baja California: Avances en la arqueología de la península olvidada*, Don Laylander, Jerry D. Moore y Julia Bendímez Patterson, eds., pp. 191-209, Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- (2011), *Island of Fogs: Archaeological and Ethnohistorical Investigations of Isla Cedros, Baja California*, Salt Lake City: University of Utah Press.
- (2014), "The Spectre of Conflict on Isla Cedros, Baja California, Mexico", en *Violence and Warfare among Hunter-Gatherers*, Mark W. Allen y Terry L. Jones, eds., pp. 204-219, Walnut Creek, California: Left Coast Press.
- Des Lauriers, Matthew R. y Claudia García-Des Lauriers (2003), "Isla de Cedros: interacciones sociales y la perspectiva de sistemas mundiales", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 4:51-57.
- (2006), "The Huamalgüenos of Isla Cedros, Baja California, as described by Father Miguel Venegas' 1739 manuscript Obras californianas", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 26:123-152.
- Diebold, A. Richard, Jr. (1960), "Determining the Centers of Dispersal of Language Groups", *International Journal of American Linguistics* 26:1-10.
- Diguet, León (1895), "Note sur La pictographie de la Basse-Californie", *L'Anthropologie* 6:160-175.
- (1899), "Rapport sur une mission scientifique dans la Basse-Californie", *Nouvelle Archives des Missions Scientifiques et Littéraires* 9:1-53.
- (1905), "Anciennes sépultures indigènes de la Basse-Californie meridionale", *Journal de la Société des Américanistes de Paris* 2:329-333.
- (1973), "Ancient Native Burials of Southern Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 9(1):27-30.
- (1978), "Etnografía de la Baja California", *Calafia* 3(5):7-18.
- Dominici, Debra Ann (1984), *Calibration of the Obsidian Butte Hydration Rate and its Implications Regarding Late Prehistoric Exchange*, tesis de maestría, Department of Anthropology, San Diego State University.
- Donohue, John Augustine (1969), *After Kino: Jesuit Missions in Northwestern New Spain 1711-1767*, Roma: Jesuit Historical Institute.
- Douglas, Ronald D. (1981), "An Archaeological Reconnaissance in Arriba de Arroyo Matomi, Baja California Norte, Mexico", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 17(1):63-69.
- Drakic Ballivián, Danilo A. (2005), "Siguiendo la trayectoria del agua", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 6:29-66.
- (2006), "Costumbres funerarias en las costas de Baja California", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 7:52-60.
- (2009), "Initial Interpretations of the La Punta Site, Ensenada, Baja California", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 22.
- (2010), *Campamentos costeros y sus complejos funerarios en Baja California*, tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia. México.
- Drover, Christopher E. (1971), "Three Fired-Clay Figurines from 4-0ra-64, Orange County, California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 7(4):45-49.
- (1975), "Early Ceramics from Coastal California", *Journal of California Anthropology* 2:101-

- 107.
- (1978), "Prehistoric Ceramic Objects from Catalina Island", *Journal of California Anthropology* 5:78-83.
- Drover, Christopher E., R. E. Taylor, Thomas Carins y Jonathon E. Ericson (1979), "Thermoluminescence Determinations on Early Ceramic Materials from Coastal Southern California", *American Antiquity* 44:285-295.
- Drucker, Philip (1937), "Culture Element Distributions: V. Southern California", *Anthropological Records* 1:1-52, University of California, Berkeley.
- (1941), "Culture Element Distributions: XVII. Yuman-Piman", *Anthropological Records* 6:91-230, University of California, Berkeley.
- DuBois, Constance Goddard (1901), "The Mythology of the Diegueños", *Journal of American Folklore* 14:181-185.
- (1904), "The Story of the Chaup: A Myth of the Diegueños", *Journal of American Folklore* 17:217-242.
- (1905a), "Religious Ceremonies and Myths of the Mission Indians", *American Anthropologist* 7:620-629.
- (1905b), "The Mythology of the Diegueños, Mission Indians of San Diego County, California, as Proving their Status to be Higher than is Generally Believed", en *Proceedings of the Thirteenth International Congress of Americanists, New York, 1902*, pp. 101-106.
- (1906), "Mythology of the Mission Indians", *Journal of American Folklore* 19:145-164.
- (1907a), "Diegueño Mortuary Ollas", *American Anthropologist* 9:484-486.
- (1907b), "Diegueño Myths and their Connections with the Mohave", en *Proceedings of the Fifteenth International Congress of Americanists, New York, 1906*, 2:129-134.
- (1907c), "Two Types or Styles of Diegueño Religious Dancing", en *Proceedings of the Fifteenth International Congress of Americanists, New York, 1906*, 2:135-138.
- (1908a), "Ceremonies and Traditions of the Diegueño Indians", *Journal of American Folklore* 21:228-236.
- (1908b), "The Religion of the Luiseño Indians of Southern California", *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 8:69-186.
- Dunne, Peter Masten (1952), *Black Robes in Lower California*, Berkeley: University of California Press.
- (1955), *Jacob Sedelmayr: Missionary, Frontiersman, Explorer in Arizona and Sonora*, Tucson: Arizona Pioneers' Historical Society.
- (1957), *Juan Antonio Balthasar: Padre Visitador to the Sonora Frontier 1744-1745*, Tucson: Arizona Pioneers' Historical Society.
- DuShane, Helen (1981), "Shell Middens of El Requeson, Concepción Bay, Baja California Sur, Mexico", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 17(1):14-16.
- (1984), "Artifacts of the Pericues", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 20(1):69-70.
- Dyen, Isidore (1975), *Linguistic Subgrouping and Lexicostatistics*, La Haya, Países Bajos: Mouton.
- Dyen, Isidore y David F. Aberle (1974), *Lexical Reconstruction: The Case of the Proto-Athapaskan Kinship System*, Londres: Cambridge University Press.
- Earle, Timothy K. y Jonathon E. Ericson (1977), *Exchange Systems in Prehistory*, Nueva York: Academic.
- Eckhardt, William y Antonio Porcayo Michelini (2008), "Industria lítica paleoindígena de Cerro

- Pinto", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 9:28-33.
- Eidsness, Janet P. (1980), "Description of Lithics Recovered from Hubbs' 1957 Excavation at Punta Minitas, Mexico", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 16(4):24-26.
- Engelhardt, Zephryn (1929), *The Missions and Missionaries of California*, 2^a ed., 2 vols., Santa Barbara, California: Mission Santa Barbara.
- Engerrand, G. (1912a), "Nouveaux petroglyphes de la Basse-Californie", *Revue Anthropologique* 22:200-211.
- (1912b), "Nuevos petroglifos de Baja California", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología* 1(10):197-201.
- (1912c), "Nota complementaria acerca de los petroglifos de la Baja California", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología* 3:2-4.
- (1981), "Report of an Excursion to Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 17(1):3-13.
- Ericson, Jonathon Edward (1977), *Prehistoric Exchange Systems in California: The Results of Obsidian Dating and Tracing*, tesis doctoral, University of California, Los Angeles.
- Estrada Ramírez, Arnulfo y Leonor Fardlow Espinoza (2005), *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 6:252-268.
- Ewing, Eve (1983), "Two Rock Art Sites from the Sierra de San Juan, Central Baja California", *Rock Art Papers* 1:5-12, San Diego Museum Papers 16.
- (1985), "Tinaja Yubay: Preliminary Report of an Unrecorded Rock Art Site in Central Baja California", *Rock Art Papers* 2:1-18, San Diego Museum Papers 18.
- (1986a), "Pintadita: A Newly Discovered Painting Complex in the Sierra de San Luis, Baja California", *Rock Art Papers* 3:51-74, San Diego Museum Papers 20.
- (1986b), "Beginning the Search for Relationships between the Northern Abstract and Great Mural Art Styles of Central Baja California", *Rock Art Papers* 4:87-100, San Diego Museum Papers 21.
- (1989), "Serpiente: New Discoveries", *Rock Art Papers* 6:49-58, San Diego Museum Papers 24.
- (1990), "Summer Solstice: New Discoveries from San Carlos Mesa", *Rock Art Papers* 7:23-32, San Diego Museum Papers 26.
- (1992), "Cueva Flechas: A Shamanic Initiation Site in Baja California", *Rock Art Papers* 9:5-26, San Diego Museum Papers 28.
- (1993a), "A Covenant with Nature: The Great South Gallery of Cueva Pintada", *Rock Art Papers* 10:107-121, San Diego Museum Papers 29.
- (1993b), "Preliminary Report on Cueva Halcón: A Major Discovery in the Sierra Mescalera in Southern Baja California Norte, Mexico", *American Indian Rock Art* 12:111-122. Santa Barbara, California: American Rock Art Research Association.
- (1995), "San Carlos Mesa: An Integrated Sacred Landscape", *Rock Art Papers* 12:39-44, San Diego Museum Papers 33.
- Ewing, Eve y Marvin Patchen (1991), "A Summit Path Geoglyph from El Marmol in Northern Baja California, Mexico", *Rock Art Papers* 8:9-16, San Diego Museum Papers 27.
- Ewing, Eve y Marc Robin (1987), "Sunlight and Shadow", *Rock Art Papers* 5:113-124, San Diego Museum Papers 23.
- Ezell, Paul H. (1961), "Malcolm Jennings Rogers, 1890-1960", *American Antiquity* 26:532-534.
- Felger, Richard Stephen y Mary Beck Moser (1985), *People of the Desert and Sea: Ethnobotany*

- of the Seri Indians, Tucson: University of Arizona.
- Figueroa Beltrán, Carlos (2009a), "Surfacial Lithic Deposits as Evidence of Land-use Patterns in the Region of Colonet, Baja California, Mexico", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 23.
- (2009b), *La arqueología del Holoceno en el corredor costero Colnett-El Rosario (Baja California, México): un análisis orientado a la gestión*, tesis doctoral, Universidad Autónoma de Baja California.
- Flannery, Kent V. (1973), "Archeology with a Capital S", en *Research and Theory in Current Archeology*, Charles L. Redman, ed., pp. 47-53, Nueva York: John Wiley & Sons.
- Flint, Richard Foster (1971), *Glacial and Quaternary Geology*, Nueva York: John Wiley & Sons.
- Fonseca Ibarra, Enah Monserrat (2010), *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 11:33-40.
- (2013), "Baja California Shell Midden Camps: Similarities and Differences, a Research in Process in the Northern Coast of the Peninsula", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 27:73-83.
- (2014). "Hands Motifs in the Northern Part of the Baja California Rock Art", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 28:135-140.
- Fontaine, Joseph S. (1965), "A Preliminary Survey of Six Aboriginal Sites in the Sierra Juarez", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 1(4):3-18.
- (1967), "A Preliminary Survey of Two Palm Canyons along the Laguna Salada", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 3(1):7-33.
- (1968), "A Survey Report of Five Sites in the Las Pilitas Area, Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 4(1):2-10.
- (1970), "Petroglyphs of Palomar Canyon, Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 6(1):13-20.
- Fontaine, Joseph S. y Allen Prosser (1965), "A Preliminary Report on the Aboriginal Sites of the Sierra de Juarez", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 1(1):3-14.
- Forbes, Jack D. (1958), "Melchior Diaz and the Discovery of Alta California", *Pacific Historical Review* 27:351-357.
- (1963), "Indian Horticulture West and Northwest of the Colorado River", *Journal of the West* 2:1-14.
- (1965), *Warriors of the Colorado*, Norman: University of Oklahoma Press.
- Foster, George M. (1960), "Edward Winslow Gifford, 1887-1959", *American Anthropologist* 62:327-329.
- Foster, Michael K. (1996), "Language and the Culture History of North America", en *Languages*, Ives Goddard, ed., pp. 64-110, Handbook of North American Indians, Vol. 17, Washington, D.C.: Smithsonian.
- Fowler, Catherine S. (1983), "Some Lexical Clues to Uto-Aztecan Prehistory", *International Journal of American Linguistics* 49:224-257.
- Friedman, Irving y John Obradovich (1981), "Obsidian Hydration Dating of Volcanic Events", *Quaternary Research* 16:37-47.
- Friedman, Irving y Fred Trembour (1983), "Obsidian Hydration Dating Update", *American Antiquity* 48:544-547.
- Friedrich, Paul (1966), "Proto-Indo-European Kinship", *Ethnology* 5:1-36.
- Frisch, Jack A. y Noel W. Schutz, Jr. (1967), "Componential Analysis and Semantic Reconstruction: The Proto-central Yuman Kinship System", *Ethnology* 6:272-293.

- Fujita, Harumi (1995), "Prehistoric Coastal Adaptations in the Cape Region, Baja California Sur", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 31(1&2):4-19.
- (2001), "Madreperla: Símbolo económico e ideológico en el mundo prehistórico de la región del cabo, Baja California Sur", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 2:1-20.
- (2002), "Evidencias de una larga tradición cultural en la Isla Espíritu Santo, Baja California Sur", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 3:30-38.
- (2004), "Patrón de asentamiento prehistórico al noreste de La Paz, B.C.S.", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 5:26-37.
- (2005), "Concha como importante materia prima para herramientas, utensilios y ornamentos en la covacha Babisuri, Isla Espíritu Santo, B.C.S.", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 6:67-75.
- (2006), "Diez años de investigaciones arqueológicas en la Isla Espíritu Santo", en *Memorias de balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California, 2005-2011*, 2006:Mesa 1, Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia. *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 7:32-45.
- (2007), "Canteras y talleres líticos de riolita en el sitio A16 El Pulguero suroeste en el municipio de La Paz, B.C.S.", en *Memorias de balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California, 2005-2011*, 2007:Mesa 1, Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia. *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 8:17-25.
- (2008), "Poblamiento temprano y cambio de patrón de asentamiento en la Isla Espíritu Santo, B.C.S.", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 9:19-27.
- (2009), "Rhyolite Bifacial Preform Production at El Pulguero: A Prehistoric Quarry and Workshop Site in the Cape Region of Baja California", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 22.
- (2010a), "Región del Cabo", en *La prehistoria de Baja California: Avances en la arqueología de la península olvidada*, Don Laylander, Jerry D. Moore y Julia Bendímez Patterson, eds., pp. 103-122, Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- (2010b), "Prehistoric Occupation of Espíritu Santo Island, Baja California Sur, Mexico: Update and Synthesis", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 30:17-33.
- (2010c), "Manufactura de anzuelo/ornamento de madreperla desde el holoceno temprano en la Covacha Babisuri, B.C.S.", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 11:1-8.
- (2014), "Producción especializada de bifaciales grandes de riolita en el sitio El Pulguero, B.C.S.", en *La industria lítica en el norte de México*, Leticia González Arratia y Lorena Mirabel, eds., pp. 51-73, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Fujita, Harumi y Karmiah Bulhusen (2014), "Landscape, Raw Material and Prehistoric Settlement Patterns in the Area of La Paz, Baja California Sur", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 28:117-134.
- Fujita, Harumi y Andrea Guía Ramírez (2011), "Restos de fauna en algunas localidades de la Isla Espíritu Santo, B.C.S.", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 12:1-10.
- Fujita, Harumi y Emiliano Melgar (2014a), "Early Holocene Use of Pleistocene Fossil Shells for

- Hide-working at Covacha Babisuri on Espíritu Santo Island, Baja California Sur”, *Journal of Island & Coastal Archaeology* 9:111-129.
- (2014b), “Early Holocene Pearl Oyster Circular Fishhooks and Ornaments on Espíritu Santo Island, Baja California Sur”, *Monographs of the Western North American Naturalist* 7:129-134.
- Fujita, Harumi y Gema Poyatos de Paz (1997), “Continuidad de modo de subsistencia reflejada en el sitio arqueológico El Médano en Cabo San Lucas”, en *Baja California Indígena Symposium IV Memoria*, Martha Edna Castillo Sarabia, Miguel Wilken-Robertson y Laura Martínez Rios, eds., pp. 7-20, Ensenada, Baja California: Instituto de Culturas Nativas de Baja California.
- (1998), “Settlement Patterns on Espíritu Santo Island, Baja California Sur”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 34(4):67-105.
- (2007), “Prehistoric Quarrying and Stone Tool Production at El Pulguero, Baja California Sur, Mexico”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 39(2&3):23-36.
- Gallegos, Dennis (1986), “Early Man and a Cultural Chronology for Batiquitos Lagoon”, *San Diego State University Cultural Resource Management Casual Papers* 2(2):98-113.
- García Lozano, Rubén Fabián (2013), *Tipología y cadenas operatorias de puntas de proyectil de la costa noroeste de Baja California: Estudio de caso del sitio Bajamar-Jatay*, Ensenada, B.C., tesis, Universidad Veracruzana.
- García-Uranga, Baudelina (1987), “La antropología física y la arqueología en Baja California”, en *La antropología en el norte de México*, Carlos García Mora, ed., pp. 15-52, La antropología en México: Panorama histórico, vol. 12, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Gardner, Erle Stanley (1962a), *The Hidden Heart of Baja Nueva York*: Wm Morrow.
- (1962b), “The Case of the Baja California Caves: A Legendary Treasure Left by a Long Lost Tribe”, *Life* 53(3):56-64.
- (1967), *Off the Beaten Track in Baja*, Nueva York: Wm Morrow.
- Garvin, Gloria E. (1978), “Las Pintas Petroglyphs”, en *Seven Rock Art Sites in Baja California*, Clement W. Meighan y V. L. Pontoni, eds., pp. 19-50. Socorro, Nuevo México: Ballena.
- Gatschet, Albert S. (1877), “Der Yuma-Sprachstamm”, *Zeitschrift für Ethnologie* 9:341-350.
- Gayton, A. H. (1935), “Areal Affiliations of California Folktales”, *American Anthropologist* 37:582-599.
- Gerhard, Peter (1956), “Pearl Diving in Lower California, 1533-1830”, *Pacific Historical Review* 25:239-249.
- (1982), *The North Frontier of New Spain*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- Gierhoff-Emden, H. G. (1964), “Die Halbinsel Baja California: Ein Entwicklungsgebiet Mexicos”, *Mitteilungen der Geographische Gesellschaft in Hamburg* 55:1-160.
- Gifford, Edward Winslow (1918), “Clans and Moieties in Southern California”, *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 14:155-219, Berkeley.
- (1922), “California Kinship Terminologies”, *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 18:1-285, Berkeley.
- (1931), *The Kamia of Imperial Valley*, Bulletin of the Bureau of American Ethnology 97, Washington, D.C.
- (1933), “The Cocopa”, *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 31:257-334, Berkeley.
- Gifford, Edward Winslow y R. H. Lowie (1928), “Notes on the Akwa’ala Indians of Lower California”, *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*

- 23:338-352, Berkeley.
- Golla, Victor (2007), "Linguistic Prehistory", en *California Prehistory: Colonization, Culture, and Complexity*, Terry L. Jones y Kathryn A. Klar, eds., pp. 71-82, Lanham, Maryland: AltaMira.
- (2011), *California Indian Languages*, Berkeley: University of California Press.
- Gómez Estrada, José Alfredo (1989), *La aculturación de los indios cucapá en Baja California*, tesis, Universidad Autónoma de Baja California, Mexicali.
- (2000), *La gente del delta del Río Colorado: Indígenas, colonizadores y ejidatarios*, Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California.
- González-José, Rolando, Antonio González-Martín, Miquel Hernández, Héctor M. Pucciarelli, Marina Sardi, Alfonso Rosales y Silvina Van der Molen (2003), "Cranio-metric Evidence of Palaeoamerican Survival in Baja California", *Nature* 425:62-65.
- Gorbet, Larry (1976), *A Grammar of Diegueno Nominals*, Nueva York: Garland.
- (1979), "The Case Marking of Diegueno Complement Clauses", *International Journal of American Linguistics* 45:251-266.
- Graham, Michelle D., Antonio Porcayo Michelini, Patrick S. Quinn y Margie M. Burton (2014), "Analysis of the Ceramics Recovered from El Vallecito during the Seventh Season of the Archaeological Site Registry and Rescue Project of Baja California", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 28:141-156.
- Grant, Campbell (1967), *Rock Art of the American Indian*, Nueva York: Promontory.
- (1971), "Petroglyphs and Rock Paintings of Baja California", *Baja California Symposium* 9.
- (1973), "La Cuevas San Borjitas", *Museum Talk* 47(3):45-51, 56-57. Santa Barbara Museum of Natural History.
- (1974), *Rock Art of Baja California*, Los Ángeles: Dawson's.
- (1975), "Gente de montañas y pinturas antiguas", *Calafia* 2(6):32-40.
- (1976), "Cueva Catavina", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 12(1):1.
- (1983), *The Rock Art of the North American Indians*, Cambridge University Press.
- Griset, Suzanne (1996), *Southern California Brown Ware*, tesis doctoral, Department de Anthropology, University of California, Davis.
- (2008), "When is a Pot, Not?", en *Avodacos to Millingstones: Papers in Honor of D. L. True*, Georgie Waugh y Mark E. Basgall, eds., pp. 91-107, Monographs in California and Great Basin Anthropology 5, Archaeological Research Center, California State University, Sacramento.
- Gruhn, Ruth y Alan Bryan (2009), "An Interim Report on Two Rockshelter Sites with Early Holocene Occupation in the Northern Baja California Peninsula", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 42(2/3):1-16.
- Guía Ramírez, Andrea (2005a), "Human-Faunal Relationships in Northwestern Baja California", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 18:274-280.
- (2005b), "Diversidad faunística en los concheros de Costa Azul: la vida junto a las costas", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 6:1-13.
- (2006), "El hueso como materia prima entre los antiguos californios", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 7:26-31.
- (2008), "Fauna asociada a un entierro múltiple en el Desierto Central, B.C.", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 9:34-40.
- (2009), "Bivalves and Gastropods in the Gulf of California: Taking Stock on the Shorelines", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 23.

- Guía Ramírez, Andrea y Fernando Oviedo García (2011), "Realidad o mito: la cacería de mamut en Baja California", en *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 12:43-50.
- (2012), "The Fauna of the Pleistocene and Early Settlers in Baja California", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 26:71-77.
- Guía Ramírez, Andrea, Fernando Oviedo García y Gregorio Pacheco (2013), "San Quintín, Baja California: Una perspectiva paleontológica y arqueológica", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 27:46-56.
- Guillén, Clemente (1945), "Expedición a la nación guaycura en California y descubrimiento por tierra de la gran bahía de Santa María Magdalena en el Mar Pacífico", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía de México* 3:53-69.
- (1979), *Clemente Guillen, Explorer of the South: Diaries of the Overland Expeditions to Bahia Magdalena and La Paz, 1719, 1720-1721*, W. Michael Mathes, ed., Los Ángeles: Dawson's.
- Gursky, Karl-Heinz (1966), "On the Historical Position of Waicura", *International Journal of American Linguistics* 32:41-45.
- Gutiérrez Martínez, María de la Luz (2000), "Arqueología de la Sierra de San Francisco: Dos décadas de investigación del fenómeno Gran Mural", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 1:33-44.
- (2001), "Identidad social, comunicación ritual y arte rupestre, el Gran Mural de la Sierra de Guadalupe, Baja California Sur", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 2:64-72.
- Gutiérrez Martínez, María de la Luz y Justin R. Hyland (2002), *Arqueología de la sierra de San Francisco: Dos décadas de investigación del fenómeno Gran Mural*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- (2006), "Report on the Proyecto Arte Rupestre Sierra de San Francisco, Baja California Sur, Mexico", *American Indian Rock Art* 21:61-68, Flagstaff, Arizona: American Rock Art Research Association.
- Haas, Mary R. (1969), *The Prehistory of Languages*, La Haya, Países Bajos: Mouton.
- Hakluyt, Richard (1903-1905), *Principal Navigations, Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation Made by Sea or Over-land to the Remote and Farthest Distant Quarters of the Earth...*, 10 vols., Glasgow: J. MacLehose and Sons.
- Hambleton, Enrique (1979), *La pintura rupestre de Baja California*, México: Fomento Cultural Banamex.
- Hammond, Edwin Hughes (1954), *A Geomorphic Study of the Cape Region of Baja California*, University of California Publications in Geography 10(2), Berkeley.
- Hammond, George P. y Agapito Rey, eds. (1928), *Obregon's History of Sixteenth Century Explorations in Western America*, Los Ángeles: Wetzel.
- (1940), *Narratives of the Coronado Expedition, 1540-1542*, Albuquerque: University of New Mexico Press.
- (1953), *Don Juan de Onate, Colonizer of New Mexico*, 2 vols., Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Hanna, David C., Jr. (1982) *Malcolm J. Rogers: The Biography of a Paradigm*, tesis de maestría, Department of Anthropology, San Diego State University.
- Harding, Mabel (1951), "La Jollan Culture", *El Museo* 1(1):10-11, 31-38, San Diego.
- Hardy, R. W. H. (1829), *Travels in the Interior of Mexico, in 1825, 1826, 1827, & 1828*, Londres:

- Henry Colburn and Richard Bentley.
- Harman, Jon (2005), "Decorrelation Stretch Enhancement of Great Mural Paintings of Baja California", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 6:136-159.
- (2006), "Digital Enhancement of Pictographs from Baja California", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 7:129-138.
- (2007), "Two Great Mural Sites near Mission Santa Gertrudis, Baja California", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 8:82-86.
- (2014), "A Tale of Two Cañadas: The Most Northerly Great Mural Site Yet Discovered", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 28:206-218.
- Harris, Marvin (1968), *The Rise of Anthropological Theory: A History of Theories of Culture*, Nueva York: Harper & Row.
- Hassan, Fekri A. (1981), *Demographic Archaeology*, Nueva York: Academic Press.
- Hedges, Kenneth Everett (1970), *An Analysis of Diegueno Pictographs*, tesis de maestría, Department of Anthropology, San Diego State College.
- (1973a), "Painted Tablas from Northern Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 9(1):5-20.
- (1973b), "Rock Art in Southern California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 9(4):1-28.
- (1973c), "Hakataya Figurines from Southern California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 9(3):5-40.
- (1975a), "Notes on the Kumeyaay: A Problem of Identification", *Journal of California Anthropology* 2:71-83.
- (1975b), "Pintura rupestre kumeyai en las montañas de la península de Baja California", *Calafia* 2(6):21-22.
- (1976a), "Rock Art at Hakwin: A Preliminary Report", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 12(1):9-20.
- (1976b), "Rock Art in the Northernmost Part of Baja California", *Baja California Symposium* 14.
- (1976c), "Southern California Rock Art as Shamanic Art", *American Indian Rock Art* 2:126-138, El Paso, Texas: American Rock Art Research Association.
- (1977), "Rock Art in the Piñon Forests of Northern Baja California", *American Indian Rock Art* 3:1-8, Whittier, California: American Rock Art Research Association.
- (1983), "The Shamanic Origins of Rock Art", en *Ancient Images on Stone: Rock Art of the Californias*, Jo Anne Van Tilburg, ed., pp. 46-59, Los Ángeles: Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.
- (1985), "Archaeoastronomical Sites in the Territory of the Kumeyaay Indians of Southern California and Northern Baja California", en *Earth and Sky: Papers from the Northridge Conference on Archaeoastronomy*, Arlene Benson y Tom Hoskinson, eds., pp. 135-150, Thousand Oaks, California: Slo'w Press.
- (1986), "The Sunwatcher of La Rumorosa", *Rock Art Papers* 4:17-32, San Diego Museum Papers 21.
- (2008), "Shield Motifs in Yuman Rock Art", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 9:41-46.
- Hedges, Ken y Christina Beresford (1986), *Santa Ysabel Ethnobotany*, San Diego Museum of Man Ethnic Technology Notes 20.

- Heizer, Robert F. y Alfred L. Kroeber (1976), "For Sale: California at 47 Cents per Acre", *Journal of California Anthropology* 3(2):38-65
- Heizer, Robert F. y William C. Massey (1953), "Aboriginal Navigation of the Coasts of Upper and Baja California", *Bulletin of the Bureau of American Ethnology* 151:285-312, Washington, D.C.
- Henderson, Randall (1946), "We Camped at Cantú Palms", *Desert Magazine* 9(10): 12-15.
- (1953), "Ancients Were Here", *Desert Magazine* 16(4):10-15.
- (1971), *Palm Canyons of Baja California*, Glendale, California: La Siesta.
- Hernández Gómez, David Eduardo (1972), *Pinturas rupestres y petroglifos de Baja California Sur*, La Paz, México: Niños.
- (1977), "Six Little-Known Sites in the Municipio de Mulegé", en *Baja California Symposium* 15.
- (1978), "Seis sitios prehistóricos", *Calafia* 3(5):65-69.
- Hicks, Frederic Noble (1959), "Archaeological Sites in the Janau-Jauijel Region, Baja California: A Preliminary Report", *University of California, Los Angeles, Archaeological Survey Annual Report* 1958-59:59-66.
- (1963) *Ecological Aspects of Aboriginal Culture in the Western Yuman Area*, tesis doctoral, Department of Anthropology, University of California, Los Angeles.
- (1974), "The Influence of Agriculture in Aboriginal Socio-Political Organization in the Lower Colorado River Valley", *Journal of California Anthropology* 1:132-144.
- Hinton, Leanne (1975), "Notes on La Huerta Diegueño Ethnobotany", *Journal of California Anthropology* 2:214-222.
- Hinton, Leanne y Margaret Langdon (1975), "Object-Subject Pronominal Prefixes in La Huerta Diegueño", en *Hokan Studies: Papers from the First Conference on Hokan Languages Held in San Diego, California, April 23-25, 1970*, Margaret Langdon y Shirley Silver, eds., pp. 113-128, La Haya, Países Bajos: Mouton.
- (1984), "Diegueño Literature", en *Spirit Mountain: An Anthology of Yuman Story and Song*, Leanne Hinton y Lucille J. Watahomigie, eds., pp. 225-252, Tucson: University of Arizona Press.
- Hinton, Thomas B. y Roger C. Owen (1957), "Some Surviving Yuman Groups in Northern Baja California", *America Indígena* 17:87-102.
- Hohenthal, William D., Jr. (2001), *Tipai Ethnographic Notes: A Baja California Indian Community at Mid-Century*, Ballena Press Anthropological Papers 48, Menlo Park, California.
- Hoijer, Harry (1956), "Athapaskan Kinship Systems", *American Anthropologist* 58:309-333.
- Hovens, Pieter (1991), "The Origins of Anthropology in Baja California: The Fieldwork and Excavations of Herman ten Kate in 1883", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 27(4):15-23.
- Hrdlička, Aleš (1927), "Catalogue of Human Crania in the United States National Museum Collections: The Algonkin and Related Iroquois; Siouan, Caddoan, Salish and Sahaptin, Shoshonean y California Indians", *Proceedings of the United States National Museum* 69(5):1-127.
- Hubbs, Carl L. y George S. Bien (1967), "La Jolla Natural Radiocarbon Measurements V", *Radiocarbon* 9:261-294.
- Hubbs, Carl L., George S. Bien y Hans E. Suess (1960), "La Jolla Natural Radiocarbon Measurements I", *American Journal of Science, Radiocarbon Supplement* 2:197-223.

- (1962), "La Jolla Natural Radiocarbon Measurements II", *Radiocarbon* 4:204-238.
- (1965), "La Jolla Natural Radiocarbon Measurements IV", *Radiocarbon* 7:66-117.
- Hudson, Travis, Georgia Lee y Hedges, Ken (1979), "Solstice Observers and Observations in Native California", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 1(1):39-63.
- Hughes, Richard E. (1986), "Trace Element Composition of Obsidian Butte, Imperial County, California", *Bulletin of the Southern California Academy of Science* 85:35-45.
- Hyland, Justin R. (1997), *Image, Land, and Lineage: Hunter-Gatherer Archaeology in Central Baja California*, tesis doctoral, Department of Anthropology, University of California, Berkeley.
- (2010), "Las sierras centrales", en *La prehistoria de Baja California: Avances en la arqueología de la península olvidada*, Don Laylander, Jerry D. Moore y Julia Bendímez Patterson, eds., pp. 145-168. Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Hyland, Justin R., y María de la Luz Gutiérrez (1995a), "An Obsidian Fluted Point from Central Baja California", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 17:126-128.
- (1995b), "Valle de Azufre: A New Obsidian Source in Central Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 31(1&2):103-111.
- Hymes, D. L. (1960), "Lexicostatistics So Far", *Current Anthropology* 1:3-44.
- Ives, Ronald L. (1984), *José Velásquez: Saga of a Borderland Soldier (Northwestern New Spain in the 18th Century)*, Tucson, Arizona: Southwestern Mission Research Center.
- Jackson, Robert H. (1981), "Epidemic Disease and Population Decline in the Baja California Missions, 1697-1834", *Southern California Quarterly* 63:308-346.
- (1983), "Demographic Patterns in the Missions of Northern Baja California", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 5:130-139.
- (1984), "Demographic Patterns in the Missions of Central Baja California", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 6:91-112.
- Jennings, Jesse D. (1974), *Prehistory of North America*, Nueva York: McGraw-Hill.
- (1986), "Prehistory: Introduction" en *Great Basin*, Warren L. D'Azevedo, ed., pp. 113-119, *Handbook of North American Indians*, Vol. 11, Washington D.C.: Smithsonian.
- Joël, Judith (1964), "Classification of the Yuman Languages", en *Studies in California Linguistics*, William Bright, ed., pp. 99-105, Berkeley: University of California Press.
- (1966), *Paipai Phonology and Morphology*, tesis doctoral, Department of Anthropology, University of California, Los Angeles.
- (1976), "Some Paipai Accounts of Food Gathering", *Journal of California Anthropology* 3:59-71.
- (1978), "The Yuman Word for 'Bean' as a Clue to Prehistory", *Journal of California Anthropology Papers in Linguistics* 1:77-92.
- (1998), "Another Look at the Paipai-Arizona Pai Divergence", en *Studies in American Indian Languages: Description and Theory*, Leanne Hinton y Pamela Munro, eds., pp. 32-40, University of California Publications in Linguistics 131. Berkeley.
- Joesink-Mandeville, L. R. V. (1983), "Early Formative Archaeological Linkages between Nuclear America and Upper California", *Journal of New World Archaeology* 5(3):27-58.
- Johnson, Donald Lee (1977), "The Late Quaternary Climate of Coastal California: Evidence for an Ice Age Refugium", *Quaternary Research* 8: 154-179.
- Jordan, Fernando (1950), "La tierra incógnita", *Impacto* 3/11/50:58-70.
- (1951), *El otro México: Biografía de Baja California*, México: Publicaciones Mexicanas.
- Jorgensen, Joseph G. (1980), *Western Indians: Comparative Environments, Languages and*

- Cultures of 172 Western American Indian Tribes*, San Francisco: W. H. Freeman.
- Kaldenberg, Russell L. (1982), *Rancho Park North: A San Dieguito-La Jolla Shellfish Processing Site in Coastal Southern California*, El Centro: Imperial Valley College Museum Society.
- Kelly, William H. (1942), "Cocopa Gentes", *American Anthropologist* 44:675-691.
- (1949a), "The Place of Scalps in Cocopa Warfare", *El Palacio* 56:85-91.
- (1949b), "Cocopa Attitudes and Practices with Respect to Death and Mourning", *Southwestern Journal of Anthropology* 5:151-164.
- (1977), *Cocopa Ethnography*, Anthropological Papers of the University of Arizona 29, Tucson.
- Kendall, Martha B. (1983), "Yuman Languages", en *Southwest*, Alfonso Ortiz, ed., pp. 4-10, *Handbook of North American Indians*, Vol. 10, Washington, D.C.: Smithsonian.
- Killingley, J. S. (1980), "Seasonality of Mollusk Collecting at Hubbs' Midden Site 1959:VI:28A", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 16:19-23.
- (1981), "Seasonality of Mollusk Collecting Determined from O-18 Profiles of Midden Shells", *American Antiquity* 46:152-158.
- King, Jerome H. (1997), *Prehistoric Diet in Central Baja California, Mexico*, tesis de maestría, Department of Archaeology, Simon Fraser University, Burnaby, British Columbia.
- (2004), "Re-examining Coso Obsidian Hydration Rates", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 14:135-142.
- Kino, Eusebio Francisco (1939), *Kino's Historical Memoir of Pimeria Alta: A Contemporary Account of the Beginnings of California, Sonora y Arizona*, Cleveland, Ohio: Arthur H. Clark.
- Kirchhoff, Paul (1942), "Las tribus de la Baja California y el libro del P. Baegert", en *Noticia de la península americana de California*, Jacob Baegert, pp. xiii-xxxvii, México: Antigua Librería de Robredo.
- Kniffen, F. B. (1931), "The Primitive Cultural Landscape of the Colorado Delta", *University of California Publications in Geography* 5:43-66, Berkeley.
- (1932), "The Natural Landscape of the Colorado Delta", *University of California Publications in Geography* 5:149-244, Berkeley.
- Knowles, John William (1971), "Painted Rocks of the Cape Region of Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 7(1):3-8.
- Koerper, H. C., J. E. Ericson, C. E. Drover y P. E. Langenwaller, II (1986), "Obsidian Exchange in Prehistoric Orange County", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 22(1):33-69.
- Kowta, Makoto (1984), "The 'Layer Cake' Model of Baja California Prehistory Revised: An Hypothesis", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 20(1):1-16.
- Krantz, Grover S. (1977), "The Peopling of Western North America", en *Society for California Archaeology Occasional Papers in Method and Theory in California Archaeology* 1:1-64.
- Krmpotic, M. D. (1923), *The Life and Works of the Reverend Ferdinand Konschak S.J.*, Boston: Stratford.
- Kroeber, A. L. (1920), "Yuman Tribes of the Lower Colorado", *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 16:475-485, Berkeley.
- (1925), *Handbook of the Indians of California*, Bulletin of the Bureau of American Ethnology 78, Washington, D.C.
- (1931), *The Seri*, Southwest Museum Papers 6, Los Ángeles.
- (1939), "Cultural and Natural Areas of Native North America", *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 38, Berkeley.
- (1943), "Classification of the Yuman Languages", *University of California Publications in*

- Linguistics* 1:21-40, Berkeley.
- (1954), "The Nature of Land-Holding Groups in Aboriginal California", *University of California Archaeological Survey Reports* 56:19-58.
- Lafferty, Christopher M. (1983), "The Correct Identification of Two Cave Paintings in Baja California", *Rock Art Papers* 1:13-16, San Diego Museum Papers 16.
- Laird, Carobeth (1975), *Encounter with an Angry God: Recollections of My Life with John Peabody Harrington*, Banning, California: Malki Museum Press.
- Langdon, Margaret (1970), *A Grammar of Diegueno: The Mesa Grande Dialect*, Berkeley: University of California Press.
- (1974), *Comparative Hokan-Coahuiltecan Studies: A Survey and Appraisal*, La Haya, Países Bajos: Mouton.
- (1975a), "Kamia and Kumeyaay: A Linguistic Perspective", *Journal of California Anthropology* 2:64-70.
- (1975b), "The Proto-Yuman Vowel System", en *Hokan Studies: Papers from the First Conference on Hokan Languages Held in San Diego, California, April 23-25, 1970*, Margaret Langdon y Shirley Silver, eds., pp. 129-148.
- (1978), "Auxiliary Verb Constructions in Yuman", *Journal of California Anthropology Papers in Linguistics* 1:93-130.
- (1981), Discussion of Seri-Yuman linguistic relationships, San Diego State University, 3/16/81.
- (1990), "Diegueño: How Many Languages?", en *Papers from the 1990 Hokan-Penutian Languages Workshop Held at the University of California, San Diego, June 22-23, 1990*, James E. Redden, ed., pp. 184-190, Occasional Papers in Linguistics 15, Carbondale: Southern Illinois University.
- Langdon, Margaret y Pamela Munro (1980), "Yuman Numerals", en *American Indian and Indoeuropean Studies: Papers in Honor of Madison S. Beeler*, Kathryn Klar, Margaret Langdon y Shirley Silver, eds., pp. 121-135. La Haya, Países Bajos: Mouton.
- Law, Edward W. (1961), "A Reconstructed Proto-Culture Derived from Some Yuman Vocabularies", *Anthropological Linguistics* 3:45-57.
- Lawton, Harry W. (1974), "Agriculture Motifs in Southern California Indian Mythology", *Journal of California Anthropology* 1:52-79.
- Laylander, Don (1985), "Some Linguistic Approaches to Southern California's Prehistory", *San Diego State University Cultural Resource Management Casual Papers* 2(1):14-58.
- (1986), *Final Report of Archaeological Test Excavations of Sites CA-SDi-1103, CA-SDi-4615, CA-SDi-4627, CA-SDi-4629, CA-SDi-8121, CA-SDi-10,143 y CA-SDi-10,144*, County of San Diego, California, California Department of Transportation, District 11, San Diego, California.
- (1987), *Sources and Strategies for the Prehistory of Baja California*, tesis de maestría, Department of Anthropology, San Diego State University.
- (1991), "Organización comunitaria de los yumanos occidentales: Una revisión etnográfica y prospecto arqueológico", *Estudios Fronterizos* 24&25:31-60.
- (1992), "The Development of Baja California Prehistoric Archaeology", en *Essays on the Prehistory of Maritime California*, Terry Jones, ed., pp. 231-250, Center for Archaeological Research at Davis Publications 10, Davis, California.
- (1993), "Enfoques lingüísticos sobre la prehistoria del sur de California", *Estudios Fronterizos* 31/32:9-60.

- (1995a), "The Chronology of Lake Cahuilla's Final Stand", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 8:69-78.
- (1995b), "The Question of Prehistoric Agriculture among the Western Yumans", *Estudios Fronterizos* 35&36:187-203.
- (1997a), "The Last Days of Lake Cahuilla: The Elmore Site", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 33(1&2):1-138.
- (1997b), "Ideological and Situational Bias in Early Accounts of Native Californians, 1533-1825", en *Baja California Indígena Symposium IV Memoria*, Martha Edna Castillo Sarabia, Miguel Wilken-Robertson y Laura Martínez Rios, eds., pp. 107-122, Ensenada, Baja California: Instituto de Culturas Nativas de Baja California.
- (1997c), "The Linguistic Prehistory of Baja California", en *Contributions to the Linguistic Prehistory of Central and Baja California*, Gary S. Breschini y Trudy Haversat, eds., pp. 1-94, Coyote Press Archives of California Prehistory 44, Salinas, California.
- (2000), *Early Ethnography of the Californias, 1533-1825*, Coyote Press Archives of California Prehistory 47, Salinas, California.
- (2001a), "The Creation and Flute Lure Myths: Regional Patterns in Southern California Traditions", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 23(2):155-178.
- (2001b), "The question of Baja California's prehistoric isolation: evidence from traditional narratives", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 2:73-85.
- (2004a), "Geographies of Fact and Fantasy: Oñate on the Lower Colorado River, 1604-1605", *Southern California Quarterly* 86(4):309-324.
- (2004b), *Listening to the Raven: The Southern California Ethnography of Constance Goddard DuBois*, Coyote Press Archives of California Prehistory 51, Salinas, California.
- (2005a), "Ancestors, Ghosts, and Enemies in Prehistoric Baja California", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 25(2):169-186.
- (2005b), "Obsidian Studies and Baja California's Prehistory", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 6:103-115.
- (2006a), "The Regional Consequences of Lake Cahuilla", *San Diego State University Occasional Archaeological Papers* 1:59-77.
- (2006b), "Early Ethnographic Notes from Constance Goddard DuBois on the Indians of San Diego County", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 26:205-214.
- (2006c), "California Prehistory as a Remembered Past", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 26:153-177.
- (2007), "Large Projectiles and the Cultural Distinction of Southern Baja California: A Reexamination", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 39(2/3):11-21.
- (2009), "The Role of Islands in Baja California's Prehistory", en *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 10:1-15.
- (2010a), "Linguistic Prehistory and the Archaic-Late Transition in the Colorado Desert", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 30:141-155.
- (2010b), "Acerca de la arqueología de Baja California", en *La prehistoria de Baja California: Avances en la arqueología de la península olvidada*, Don Laylander, Jerry D. Moore y Julia Bendímez Patterson, eds., pp. 3-18, Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- (2010c), "Hacia un entendimiento más complejo del pasado de Baja California", en *La prehistoria de Baja California: Avances en la arqueología de la península olvidada*, Don Laylander, Jerry D. Moore y Julia Bendímez Patterson, eds., pp. 253-258, Mexicali: Instituto

- Nacional de Antropología e Historia.
- (2010d), "Baja California's Projectile Points: Moving beyond the Typological Approach", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 11:18-32.
- (2011), "Diversity in Prehistoric Burials and Cemeteries in the Western Yuman Region", *California Archaeology* 3:159-176.
- (2013a), "G. Engerrand's 'New Petroglyphs in Baja California'", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 33:211-221.
- (2014), "Beginnings of Prehistoric Archaeology in Baja California, 1732–1913", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 50(1&2):1-31.
- (2015a), "Bajacalifologia: Bases de Datos: Archaeological Radiocarbon Dates", documento electrónico, www.sandiegoarchaeology.org/Laylander/Baja/index2.htm.
- (2015b), "William C. Massey's Contributions to Baja California Prehistory", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 51(2):37-58.
- (2015c), "Three Hypotheses to Explain Pai Origins", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 50(3&4):115–130.
- (2016a), "The Berkeley Geographers and Baja California's Prehistory", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 36(1):126-137.
- (2016b), "The Novelist, the Professor, and the Paintings: Erle Stanley Gardner, Clement W. Meighan, and Baja California's Great Murals", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 52(3):1-20.
- Laylander, Don y Julia Bendímez Patterson (2013), "Malcolm Rogers in Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 48(3&4):43-55.
- Laylander, Don, Harumi Fujita y Andrea Guía Ramírez (2013), "Clues to Baja California's Prehistory from Marine Shell", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 27:57-72.
- Laylander, Don y Jerry D. Moore, eds. (2006), *Prehistory of Baja California: Advances in the Archaeology of the Forgotten Peninsula*, Gainesville: University Press of Florida.
- Laylander, Don, Jerry D. Moore y Julia Bendímez Patterson, eds. (2010), *La prehistoria de Baja California: Avances en la arqueología de la península olvidada*, Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Laylander, Don, Antonio Porcayo Michelini and Julia Bendímez Patterson (2016), "Lake Cahuilla's Little Sister: Exploring the Role of Laguna Macuata in Colorado Desert Prehistory", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 52(1):27-45.
- Laylander, Don y Jerry Schaefer (2006), "Vessels for Change: Perspectives on the Study of Prehistoric Ceramics in Baja California after Malcolm J. Rogers", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 7:139-148.
- Layton, Thomas N. (1973), "Temporal Ordering of Surface Collected Obsidian Artifacts by Hydration Measurements", *Archaeometry* 15: 129-132.
- Lazcano Sahagún, Carlos y Denis Perićić (2001), *Fernando Consag: textos y testimonios*, Ensenada: Fundación Barca.
- León-Portilla, Miguel (1970a), "El ingenioso don Francisco de Ortega: sus viajes y noticias californianas", *Estudios de Historia Novohispana* 3:83-128.
- (1970b), *Testimonios sudcalifornianos: Nueva entrada y establecimiento en el puerto de La Paz, 1720*, Instituto de Investigaciones Históricas serie documental 9, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- (1973), *Voyages of Francisco de Ortega: California 1632-1636*, Los Ángeles: Dawson's.
- (1976), "Sobre la lengua pericú de la Baja California", *Anales de Antropología* 13:87-101.
- (1977), *Indian Place Names of Baja California Sur: A Report Attributed to Esteban Rodriguez Lorenzo*, Southwest Museum Leaflets 38, Los Ángeles.
- (1995), *La California mexicana: Ensayos acerca de su historia*, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Levi, Jerome Meyer (1978), "Wii'ipay: The Living Rocks: Ethnographic Notes on Crystal Magic among Some California Yumans", *Journal of California Anthropology* 5: 42-52.
- Libby, W. F. (1952), "Chicago Radiocarbon Dates, III", *Science* 116:673-681.
- Linick, T. W. (1977), "La Jolla Natural Radiocarbon Measurements VII", *Radiocarbon* 19:19-48.
- Longinos Martínez, José (1961), *Journal: Notes and Observations of a Naturalist of the Botanical Expedition in Old and New California and the South Coast, 1791-1792*, Lesley Byrd Simpson, ed., San Francisco: J. Howell.
- (1994), *Diario de las expediciones a las Californias de José Longinos*, Salvador Bernabéu Albert, ed., Aranjuez, España: Doce Calles.
- López Ernesto Raúl (1972a), "Nuevos hallazgos de pinturas rupestres en Baja California", *Calafia* 1(2):19-25.
- (1972b), "New Discoveries of Cave Paintings in Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 8(1):10-14.
- Love, Bruce y Mariam Dahdul (2002), "Desert Chronologies and the Archaic Period in the Coachella Valley", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 38(2&3):65-86.
- Lumholtz, Carl S. (1912), *New Trails in Mexico: An Account of One Year's Exploration in North-western Sonora, Mexico y South-western Arizona, 1909-1910*, Nueva York: Charles Scribner's Sons.
- Luomala, Katharine (1963), "Flexibility in Sib Affiliation among the Diegueño", *Ethnology* 21:282-301.
- (1978), "Tipai and Ipai", en *California*, Robert F. Heizer, ed., pp. 592-609, Handbook of North American Indians, Vol. 8, Washington, D.C.: Smithsonian.
- MacDougal, D. T. (1907), "The Desert Basins of the Colorado Delta", *Bulletin of the American Geographical Society* 39:705-729.
- Martin, Paul S. y Richard G. Klein, eds. (1984), *Quaternary Extinctions: A Prehistoric Revolution*, Tucson: University of Arizona Press.
- Martínez, Pablo L. (1956), *Historia de Baja California*, México: Editorial Baja California.
- (1960), *A History of Lower California*, Ethel Duffy Turner, ed., México: Editorial Baja California.
- Massey, Lee Gooding (1972), "Tabla and Atlatl: Two Unusual Wooden Artifacts from Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 8(1):25-34.
- (1976), "Chacuaco: The Tubular Stone Pipe in Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 12(1):21-29.
- Massey, William C. (1947), "Brief Report on Archaeological Investigations in Baja California", *Southwestern Journal of Anthropology* 3:344-359.
- (1949), "Tribes and Languages of Baja California", *Southwestern Journal of Anthropology* 5:272-307.
- (1955), *Culture History in the Cape Region of Baja California, Mexico*, tesis doctoral, Department of Anthropology, University de California, Berkeley.
- (1957), "The Dart-Thrower in Baja California", *Davidson Journal of Anthropology* 3:55-62.

- (1961a), "The Cultural Distinction of Aboriginal Baja California", en *Homenaje a Pablo Martinez del Río en el vigesimoquinto aniversario de la primera edición de "Los orígenes americanos"*, pp. 411-422, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- (1961b), "The Survival of the Dart-Thrower on the Peninsula of Baja California", *Southwestern Journal of Anthropology* 17:81-93.
- (1966a), *The Castaldi Collection from Central and Southern Baja California*, Contributions of the University of California Archaeological Research Facility 2, Berkeley.
- (1966b), "Archaeology and Ethnohistory of Lower California", en *Archaeological Frontiers and External Connections*, Gordon F. Ekholm y Gordon R. Willey, eds., pp. 38-58, Handbook of Middle American Indians, Vol. 4, Austin: University of Texas Press.
- Massey, William C. y Carolyn M. Osborne (1961), "A Burial Cave in Baja California: The Palmer Collection, 1887", *Anthropological Records* 16:339-364, University of California, Berkeley.
- Masters, Patricia M. y Ivano W. Aiello (2007), "Postglacial Evolution of Coastal Environments", en *California Prehistory: Colonization, Culture, and Complexity*, Terry L. Jones y Kathryn A. Klar, eds., pp. 35-51, Lanham, Maryland: AltaMira.
- Mathes, W. Michael (1965), *Californiana I: Documentos para la historia de la demarcación comercial de California, 1583-1632*, Madrid: José Porrúa Turanzas.
- (1966), *The Pearl Hunters in the Gulf of California 1668*, Los Ángeles: Dawson's.
- (1968), *Vizcaino and Spanish Exploration in the Pacific Ocean 1580-1630*, San Francisco: San Francisco Historical Society.
- (1969a), *The Capture of the Santa Ana, Cabo San Lucas, November, 1584*, Los Ángeles: Dawson's.
- (1969b), *First from the Gulf to the Pacific: The Diary of the Kino-Atondo Peninsular Expedition, December 14, 1684 - January 13, 1685*, Los Ángeles: Dawson's.
- (1970), *Californiana II: Documentos para la historia de la explotación comercial de California, 1611-1679*, Madrid: José Porrúa Turanzas.
- (1973), *The Conquistador in California: 1535*, Los Ángeles: Dawson's.
- (1974a), *Californiana III: Documentos para la historia de la transformación colonizadora de California, 1679-1686*, Madrid: José Porrúa Turanzas.
- (1974b), "A Case of Idolatry among the Cochimi", *The Masterkey* 48:98-107.
- (1975a), "Some New Observations Relative to the Indigenous Inhabitants of La Paz, Baja California Sur", *Journal of California Anthropology* 2:180-182.
- (1975b), *Spanish Approaches to the Island of California, 1628-1632*, San Francisco: Book Club of California.
- (1977a), "Nuevas observaciones sobre los antiguos habitantes de La Paz", *Calafia* 3(4):21-22.
- (1977b), "A Cartographic Pictograph Site in Baja California Sur", *The Masterkey* 51:23-28.
- (1978), *Cortés en California 1535: El viaje de Fernando Cortés según los cronistas y manuscritos*, Mexicali, México: Universidad Autónoma de Baja California.
- (1980), "La adaptación del bajacaliforniano al medio ambiente desde la antigüedad hasta mediados del siglo XIV", *Calafia* 4(2):31-34.
- (1981a), "Adaptation of the Bajacalifornia to the Environment from Earliest Times to the Mid-Nineteenth Century", *Journal of San Diego History* 27:174-182.
- (1981b), "Problems of Ethnohistorical Research in Baja California", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 3:44-48.
- (2005), "Reflections and Considerations Regarding Baja California Demography before and

- during the Mission Period”, en *Archaeology without Limits: Papers in Honor of Clement W. Meighan*, Brian D. Dillon and Matthew A. Bost, eds., pp. 205-212, Lancaster, California: Labyrinthos.
- (2010), “Testimonio etnohistórico”, en *La prehistoria de Baja California: Avances en la arqueología de la península olvidada*, Don Laylander, Jerry D. Moore y Julia Bendímez Patterson, eds., pp. 53-83, Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- May, Ronald V. (1976), “An Early Ceramic Date Threshold in Southern California”, *The Masterkey* 50:103-107.
- (1978), “A Southern California Indigenous Ceramic Typology: A Contribution to Malcolm J. Rogers Research”, *ASA Journal* 2(2):1-54.
- (2001), “Ceramic Rims from the Rim of Lake Le Conte”, en *The Lake Le Conte Survey*, Lucille Ronan McCown, Gordon A. Clopine, Doris Hoover Bowers, Jay von Werlhof, Ruth DeEtte Simpson, Ronald V. May y Pat King, pp. 45-72, San Bernardino County Museum Association Quarterly 48(3).
- May, Ronald V. y Darcy L. Ike (1981), “Coronado Islands, Baja California, Mexico: Research Design”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 17(1):43-62.
- McGowan, Charlotte (1982), *Ceremonial Fertility Sites in Southern California*, San Diego Museum Papers No. 14.
- McKusick, M. B. y A. T. Gilman (1959), “An Acorn Grinding Site in Baja California”, *University of California, Los Angeles, Archaeological Survey Annual Report 1958-59*:47-56.
- McVaugh, Rogers (1956), *Edward Palmer: Plant Explorer of the American West*, Norman: University of Oklahoma Press.
- Meighan, Clement W. (1959), “Activities of the Archaeological Survey, Los Angeles: 1958-59 Report to President Clark Kerr and Chancellor Vern Knudsen for the Year Ending June 30, 1959”, *University of California, Los Angeles, Archaeological Survey Annual Report 1958-1959*:ixiii.
- (1965), “The Painted Caves of Baja”, *Desert Magazine* 28(7):16-19.
- (1966), “Prehistoric Rock Paintings in Baja California”, *American Antiquity* 31:372-392.
- (1969), *Indian Art and History: The Testimony of Prehistoric Rock Paintings in Baja California*, Los Angeles: Dawson’s.
- (1978), “Analysis of Rock Art in Baja California”, en *Seven Rock Art Sites in Baja California*, Clement W. Meighan y V. L. Pontoni, eds., pp. 1-18, Socorro, Nuevo México: Ballena.
- (1983a), “The Rock Art of Baja California”, en *Ancient Images on Stone: Rock Art of the Californias*, Jo Anne Van Tilburg, ed., pp. 62-65, Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.
- (1983b), “Obsidian Dating in California: Theory and Practice”, *American Antiquity* 48:600-609.
- Meighan, Clement W. y V. L. Pontoni, eds. (1978), *Seven Rock Art Sites in Baja California*, Socorro, Nuevo Mexico: Ballena.
- Meigs, Peveril (1935). *The Dominican Mission Frontier of Lower California*, University of California Publications in Geography 7, Berkeley.
- (1939), *The Kiliwa Indians of Lower California*, Iberoamericana 15, Berkeley.
- (1970), “Capes of Human Hair from Baja California and Outside”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 6(1):21-28.
- (1971), “Creation Myth and Other Reflections of the Nijí Mishkwish”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 7(1):9-13.

- (1972), "Notes on the La Huerta Jat'am, Baja California: Place Names, Hunting y Shamans", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 8(1):35-40.
- (1974a), "Field Notes on the Sh'un and Jat'am, Manteca, Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 10(1): 19-28.
- (1974b), "Meigs on Tablas", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 10(1):37-38.
- (1976), "Some Pictographs in Northern Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 12(1):2-8.
- (1977), "Notes on the Paipai of San Isidore, Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 13(1):11-20.
- Merbs, Charles F. (1980), "The Pathology of a La Jolla Skeleton from Punta Minatas, Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 16(4):37-43.
- Michelsen, Ralph C. (1967), "Pecked Metates of Baja California", *The Masterkey* 41:73-77.
- (1968), "A Tipai A-Frame House Built in 1953", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 4(1):1.
- (1970a), "A Piece of Cordage", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 6(1):1.
- (1970b), "'Making It' in a Technologically Simple Society", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 6(1):41-46.
- (1971), "Petra Makes Paddle and Anvil Pottery", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 7(1):1.
- (1974), "Ethnographic Notes on Agave Fiber Cordage", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 10(1):39-47.
- (1977a), "The Construction of a Kiliwa House", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 13(1):21-27.
- (1977b), "The Territoriality of the Native Americans in the Northern Highlands of Baja California", *Baja California Symposium* 15.
- (1981), *Peon: A North American Indian Game of Strategy*, University of California, Irvine, Social Science Research Reports 104.
- Michelsen, Ralph C. y Mary-Kay Michelsen (1979), "A Piñon Harvest by Paipai Indians", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 15(1):27-31.
- Michelsen, Ralph y Roger C. Owen (1967), "A Keruk Ceremony at Santa Catarina, Baja California, Mexico", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 3(1):33-41.
- Michelsen, Ralph y Helen C. Smith (1967), "Honey Collecting by Indians in Baja California, Mexico", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 3(1):53-57.
- Mixco, Mauricio (1971) *Kiliwa Grammar*, tesis doctoral, Department of Linguistics, University of California, Berkeley.
- (1975), "Historical Implications of Some Kiliwa Phonological Rules", en *Hokan Studies: Papers from the First Conference on Hokan Languages Held in San Diego, California, April 23-25, 1970*, Margaret Langdon y Shirley Silver, eds., pp. 149-159.
- (1976), "Kiliwa Texts", *International Journal of American Linguistics Native American Text Series* 1:92-101.
- (1977a), "Textos para la etnohistoria en la frontera dominicana de Baja California", *Tlalocan* 7:205-226.
- (1977b), "The innovation of /h, h^w/ in Kiliwa", *International Journal of American Linguistics* 43:167-175.
- (1977c), "J. P. Harrington's Cochimi Vocabularies", *Journal of California Anthropology* 4:42-49.

- (1977d), "The Linguistic Affiliation of the Nakipa and Yakakwal of Lower California", *International Journal of American Linguistics* 43:189-200.
- (1977e), "The Linguistic Response to Kiliwa in Hispanic Culture", *Proceedings of the Berkeley Linguistic Society* 3:12-23.
- (1978), *Cochimi and Proto-Yuman: Lexical and Syntactic Evidence for a New Language Family in Lower California*, University of Utah Anthropological Papers 101, Salt Lake City.
- (1979), "Northern Cochimi Dialectology and Proto-Yuman", *Journal of California and Great Basin Anthropology Papers in Linguistics* 1:39-64.
- (1983), *Kiliwa Texts: "When I Have Donned My Crest of Stars"*, University of Utah Anthropological Papers 107, Salt Lake City.
- (1984a), "Paipai Literature", en *Spirit Mountain: An Anthology of Yuman Story and Song*, Leanne Hinton y Lucille J. Watahomigie, eds., pp. 191-223, Tucson: University of Arizona Press.
- (1984b), "Etnohistoria paipai en la Baja California", Ms.
- (1985), *Kiliwa Dictionary*, University of Utah Anthropological Papers 109, Salt Lake City.
- (2000), *Kiliwa*, Múnich: Lincom.
- (2010), "Las lenguas indígenas", en *La prehistoria de Baja California: Avances en la arqueología de la península olvidada* Don Laylander, Jerry D. Moore y Julia Bendímez Patterson, eds., pp. 31-52, Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Möller, Harry y Ernesto I. Aguilar (1982), "El enigma de Macahui", *México Desconocido* 66:4-7.
- Molto, J. Eldon (2015), "Malintent Trauma among Prehistoric Las Palmas People", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 51(3&4):61-78.
- Molto, J. Eldon y Harumi Fujita (1995), "La Matancita: A Las Palmas Mortuary Site from the West Cape Region of Baja California Sur, Mexico", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 31(1&2):20-55.
- Molto, J. Eldon y Brenda Kennedy (1991), "Diet of the Las Palmas Culture in the Cape Region, Baja California Sur", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 27(4):47-59.
- Molto, J. Eldon, Joe D. Stewart, Denise Ens, Ben Kaminski y Harumi Fujita (2007), "BCS-1, a Las Palmas Mortuary Site in Baja California Sur: Archaeoskeletal Investigation", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 39(2/3):81-101.
- Molto, J. Eldon, Joe D. Stewart y Paula J. Reimer (1997), "Problems in Radiocarbon Dating Human Remains from Arid Coastal Areas: An Example from the Cape Region of Baja California", *American Antiquity* 62:489-507.
- Monroe, Cara y Brian M. Kemp (2008), "Genetic Relationships of Prehistoric Baja California Populations", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 9:132-142.
- Moore, Elanie A. (1985), "A Compositional Analysis of Two Baja California Murals: An Artist's Point of View", *Rock Art Papers* 2:19-32, San Diego Museum Papers 18.
- (1986a), "Recording Palmarito I: An Aboriginal Mural in Baja California", *Rock Art Papers* 3:19-25, San Diego Museum Papers 20.
- (1986b), "Solstice Observations at Cuesta del Palmarito I", *Rock Art Papers* 4:101-106, San Diego Museum Papers 21.
- (1989), "Serpiente: A New Recording", *Rock Art Papers* 6:37-47, San Diego Museum Papers 24.
- (1990), "Current Conservation in the Aboriginal Murals of Baja California", *Rock Art Papers* 7:19-22, San Diego Museum Papers 26.

- (1993), "Animation in the Aboriginal Murals of Baja California", *Rock Art Papers* 10:71-80, San Diego Museum Papers 29.
- (1994), "'The Cochimi Landscape' in the Great Murals of the Sierra San Francisco, Baja California: Is Ron Smith's System Valid?", *American Indian Rock Art* 13&14:47-56, Flagstaff, Arizona: American Rock Art Research Association.
- Moore, Jerry D. (1999), "Archaeology in the Forgotten Peninsula: Prehistoric Settlement and Subsistence Strategies in Northern Baja California", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 21:17-44.
- (2001), "Extensive Prehistoric Settlement Systems in Northern Baja California: Archaeological Data and Theoretical Implications from the San Quintín-El Rosario Region", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 37(4):29-51.
- (2008), "Changing Coastlines and Implications for Understanding the Archaeology of the San Quintín-El Rosario Region", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 5:61-76.
- (2010), "La región San Quintín-El Rosario", en *La prehistoria de Baja California: Avances en la arqueología de la península olvidada*. Don Laylander, Jerry D. Moore y Julia Bendímez Patterson, eds., pp. 224-243, Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Moranchel Mondragón, Érika (2014), *Desde el paralelo 28° al 32°: Puntas de proyectil de Baja California*, tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- Moratto, Michael J. (1984), *California Archaeology*. Orlando, Florida: Academic.
- Moratto, Michael J., Thomas F. King y Wallace B. Woolfenden (1978), "Archaeology and California's Climate", *Journal of California Anthropology* 5:147-161.
- Moriarty, James Robert, III (1966), "Cultural Phase Divisions Suggested by Typological Change Coordinated with Stratigraphically Controlled Radiocarbon Dating at San Diego", *Anthropological Journal of Canada* 4(4):20-30.
- (1968), "Climatologic, Ecologic and Temporal Inferences from Radiocarbon Dates on Archaeological Sites, Baja California, Mexico", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 4(1):11-38.
- (1970), "A Synthesis of the Prehistory of Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 6(1):3-12.
- Moriarty, James R., III y Mary Keistman (1963), *A New Translation of the Summary Log of the Cabrillo Voyage in 1542*, La Jolla, California: San Diego Science Foundation.
- Moriarty, James Robert, III y Norma Catherine Moriarty (1971), "Prehistoric Subsistence Modes in Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 7(1):15-23.
- Moriarty, James R., III, George Shumway y Claude N. Warren (1959), "Scripps Estate Site I (CA-SDi-525): A Preliminary Report on an Early Site on the San Diego Coast", *University of California, Los Angeles, Archaeological Survey Annual Report 1958-1959*:185-216.
- Moriarty, James Robert, III y Benjamin F. Smith (1970), *The Cora Indians of Baja California: The Relación of Father Ignacio Maria Napoli, S.J., September 20, 1721*, Los Angeles: Dawson's.
- Morris, C. Patrick (1977), "Heart and Feces: Symbols of Mortality in the Dying God Myth", en *Flowers of the Wind: Papers on Ritual, Myth and Symbolism in California and the Southwest*, Thomas C. Blackburn, ed., pp. 41-57, Socorro, Nuevo México: Ballena.
- Mosk, Sanford Alexander (1931), *Spanish Voyages and Pearl Fisheries in the Gulf of California: A Study in Economic History*, tesis doctoral, Department of History, University de California, Berkeley.

- (1934), "The Cardona Company and the Pear I Fisheries of Lower California", *Pacific Historical Review* 3:50-61.
- (1941), "Capitalistic Development in the Lower California Pearl Fisheries", *Pacific Historical Review* 10:461-468.
- Muscutt, Keith (1986), "A Preliminary Report on a Rock Art Site in the Vicinity of San Ignacio, Baja California", *Rock Art Papers* 3:1-12, San Diego Museum Papers 20.
- Nelson, Edward W. (1921), *Lower California and its Natural Resources*, Memoirs of the National Academy of Science 16(1).
- Nentvig, Juan (1980), *Rudo Ensayo: A Description of Sonora and Arizona in 1764*, Tucson: University of Arizona Press.
- Noble, Rose Adele (1973a), *Physical Anthropology of Baja California*, tesis de maestría, Department of Anthropology, San Diego State University.
- (1973b), "Human Crania Collected by Edward Palmer in 1887 from Bahia de Los Angeles, Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 9(1):31-47.
- North, Arthur W. (1908), "The Native Tribes of Lower California", *American Anthropologist* 10:236-250.
- (1910), *Camp and Camino in Lower California*. Nueva York: Baker & Taylor.
- Obregón, Baltasar de (1924), *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*, México: Secretaría de Educación Pública.
- Ochoa Zazueta, Jesús Ángel (1973), "Los Cucapá del Mayor Indígena", *Boletín del Departamento de Antropología Social* 1:17-43, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- (1975), "La identidad étnica en los grupos indígenas de Baja California", *Cuadernos de Trabajo* 10, Departamento de Etnología y Antropología Social, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- (1976a), *Esta es la escritura cucapá*, Colección Paisano 1, Universidad Autónoma de Baja California.
- (1976b), *Esta es la escritura paipai*, Colección Paisano 2, Universidad Autónoma de Baja California.
- (1976c), "Caciques, capitanes y gobernadores: Nombramientos indígenas en Baja California", *Calafia* 3(3):11-37.
- (1977a), *Esta es la escritura k'miai*, Colección Paisano 3, Universidad Autónoma de Baja California.
- (1977b), "El mito fundamental en la vida social kiliwa: Análisis contextual", *Calafia* 3(4):11-18.
- (1978a), *Esta es la escritura kiliwa*, Colección Paisano 4, Universidad Autónoma de Baja California.
- (1978b), *Los kiliwa y el mundo se hizo así*, México: Instituto Nacional Indigenista.
- (1978c), "El sistema numeral en las lenguas vernáculas nor-peninsulares y el sistema básico de los cochimi-laymón", *Calafia* 3(5):19-48.
- (1979), "Distribución actual de los grupos indígenas de Baja California", *Calafia* 4(1):21-60.
- (1980), "El origen del río Colorado, del golfo de California y del Valle de Mexicali en la tradición nativa cucapá", *Calafia* 4(2):51-76.
- (1982a), *Baja California: Diferenciación lingüística*, Los Mochis, México: Universidad de Occidente.
- (1982b), *Sociolingüística de Baja California*, Los Mochis, México: Universidad de Occidente.

- Ochoa Zazueta, Jesús Ángel y Violeta Martí Yáñez (1974), *La enfermedad: causa, concepto y terapia en el Valle de la Trinidad*, Estudios del Departamento de Etnología y Antropología Social, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Ochoa Zazueta, Jesús Ángel y Rogelio Ramírez Díaz (1975), "Los cucapá de Baja California: concepto racial", en *Balance y perspectiva de la antropología de Mesoamerica y del norte de Mexico: XIII reunión de mesa redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología* 1:97-104.
- O'Crouley, Pedro Alonso (1972), *A Description of the Kingdom of New Spain*, San Francisco: John Howell.
- O'Neil, Dennis (1984), "Late Prehistoric Microblade Manufacture in San Diego County, California", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 6:217-224.
- Ortega, José de (1944), *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús en su provincia de México*, México: Luis Álvarez y Álvarez de la Cadena.
- Oswalt, Wendell H. (1976), *An Anthropological Analysis of Food-Getting Technology*. Nueva York: Wiley.
- Oviedo García, Fernando (2002), "Proyecto arqueológico El Vallecitos y La Rumorosa, Baja California: investigaciones recientes, temporada 2001", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 3:164-176.
- (2005a), "El Vallecito: A Prehistoric Site in Baja California", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 18:271-273.
- (2005b), "Estado actual de la investigación arqueológica en el sitio 'El Vallecito,' Baja California", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 6:117-124.
- (2007), "Primeros resultados del proyecto gasoducto Costa Azul-El Carrizo, B.C.", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 8:95-104.
- Oviedo García, Fernando y Andrea Guía Ramírez (2003), "El Vallecito: los kumiais y su alimentación", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 4:14-24.
- (2004), "Primeras interpretaciones del rescate arqueológico en el conchero El Morro, Rosarito, Baja California", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 5:88-97.
- (2009), "Characteristics of a Shellfish Collecting Camp at Costa Azul, Baja California", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 23.
- Ovilla Rayo, Gengis Judith (2013), *Las tradiciones funerarias en los campamentos prehistóricos de Bajamar-Jatay, B.C., y su contexto regional*, tesis, Universidad Veracruzana, Xalapa.
- Owen, Roger C. (1959), "Semi-Sedentary 'Nomads' in Baja California", *University of California, Los Angeles, Archaeological Survey Annual Report* 1958-59:56-58.
- (1960), "Baja California: Paipai Indians", *Katunob* 1(3):19.
- (1963), "The Use of Plants and Non-Magical Techniques in Curing Illness among the Paipai, Santa Catarina, Baja California, Mexico", *America Indígena* 23:319-344.
- (1965), "The Patrilineal Band: A Linguistically and Culturally Hybrid Social Unit", *American Anthropologist* 67:675-690.
- (1966a), "Rapport, Informant Reliability y the Ethnographic Reconstruction of Events: An Incident of Witchcraft at Santa Catarina, Baja California, Mexico", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 2(4):50-55.
- (1966b), "On the Heterogeneity of Bands: A Rejoinder", *American Anthropologist* 68:1502-

- 1504.
- (1966c), "The Social Evolution of Northern Baja California Indian Bands", *Baja California Symposium* 4.
- (1969), "Contemporary Ethnography of Baja California, Mexico", en *Ethnology*, Parte 2. Evon Z. Vogt, ed., pp. 871-878, Handbook of Middle American Indians, Vol. 8, Austin: University of Texas Press.
- Owen, Roger C., Nancy Walstrom y Ralph C. Michelsen (1969), "Musical Culture and Ethnic Solidarity", *Folklore* 82:99-111.
- Palóu, Francisco (1926), *Historical Memoirs of New California*, Herbert E. Bolton, ed., 4 vols., Berkeley: University of California Press.
- (1943), *Noticia de la California*, 2 vols., México: Editorial Layac.
- (1955), *Life of Fray Junipero Serra*, Maynard J. Geiger, ed., Washington, D.C.: Academy of American Franciscan History.
- (1970), *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junipero Serra y de las misiones que fundó en California Septentrional, y nuevos establecimientos de Monterey*, Miguel León-Portilla, ed., México: Editorial Porrúa.
- (1994), *Cartas desde la península de California (1768-1773)*, José Luis Soto Pérez, ed., México: Editorial Porrúa.
- Panich, Lee M., Antonio Porcayo Michelini, Julia Bendímez Patterson y M. Steven Shackley (2010), "Recent Obsidian Provenience Studies in Baja California", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 11:9-13.
- Panich, Lee M., Antonio Porcayo Michelini y M. Steven Shackley (2012), "Obsidian Sources of Northern Baja California: The Known and the Unknown", *California Archaeology* 4:183-199.
- Panich, Lee M. y Michael Wilken-Robertson (2006), "The Yuman Ceramic Tradition in Baja California", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 7:275-284.
- (2013a), "Paipai Pottery Past and Present: Evolution of an Indigenous Ceramic Tradition", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 48(1&2):75-95.
- (2013b), "Malcolm J. Rogers as an Ethnoarchaeologist: Reflections from Santa Catarina, Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 48(3&4):100-119.
- Pattie, James Ohio (1833), *The Personal Narrative of James O. Pattie of Kentucky*. Cincinnati, Ohio.
- Pepper, Choral (1964), "Bewitched by Baja", *Desert Magazine* 27(8):22-25, 32.
- (1966), "The Magic of Baja", *Desert Magazine* 29(6):20-26, (7):20-25, (8-9):25-29, (10):18-23, (11):12-17, (12):17-21.
- Pepper, Jack (1965), "Bones of Baja", *Desert Magazine* 28(1):24-25, 36-37.
- Pérez Bastidas, Daniel (1982), "Ecología de la Laguna Salada", *Calafia* 4(7):59-66.
- Pérez de Ribas Andrés (1645), *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe*. Madrid: Alonso de Paredes.
- (1968), *My Life among the Savage Nations of New Spain*, Tomas Antonio Robertson, ed., Los Ángeles: Ward Ritchie.
- Píccolo, Francisco María (1962), *Informe del estado de la nueva cristiandad de California*, Ernest J. Burrus, ed., Madrid: J. Porrúa Turanzas.
- (1967), *Informe on the New Province of California, 1702*, George P. Hammond, ed., Los Ángeles: Dawson's.

- Piñera Ramírez, David, ed. (1983), *Panorama histórico de Baja California*, Tijuana, Mexico: Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC.
- Pompa y Padilla, José Antonio (1977a), "Dental Traits of the Pericú", *Baja California Symposium* 15.
- (1977b), "Características dentarias de los indígenas Pericú", *Calafia* 3(4):29-44.
- Porcasi, Judith F. (1998), "Middle Holocene Ceramic Technology on the Southern California Coast: New Evidence from Little Harbor, Santa Catalina Island", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 20:270-284.
- Porcayo Michelini, Antonio (2004), "La prehistoria del Estado de Baja California en su porción noroccidental", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 5:50-60.
- (2005), "Primeros resultados de las excavaciones del sitio Ignacio Zaragoza", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 6:23-31.
- (2006), "Dos sitios San Dieguito del norte de Baja California y su 'correlación' con el aspecto central y suroeste de Malcolm Rogers", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 7:98-107.
- (2009), "Advances in the Study of Prehistoric Yuman Ceramics on the Lower Colorado River Delta", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 23.
- (2010), "A Shell Midden in the Upper Gulf of California: Challenging the Paradigms of Isolation and Marginalization?", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 30:5-15.
- (2013), "Ceramics from Northern Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 48(1&2):55-73.
- (2014a), "El Vallecito: algo más que pintura rupestre", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 28:105-116.
- (2014b), "Industria lítica de puntas de proyectil tipo San Felipe", en *La industria lítica en el norte de México*, Leticia González Arratia y Lorena Mirabel, eds., pp. 31-50, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Porcayo Michelini, Antonio y Jon Harman (2009), "A Pictograph Rock Shelter in Guadalupe Canyon, Baja California, Mexico", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 22.
- Portillo, Álvaro del (1982), *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California 1532-1650*, Madrid: Ediciones Rialp.
- Poyatos de Paz, Gema y Harumi Fujita (1998), "Equilibrio entre el hombre y la naturaleza: los indígenas costeros de El Médano, Baja California Sur, Mexico", *Revista Española de Antropología Americana* 28:11-38.
- Raab, L. Mark y Matthew A. Bost (2007), "Radiocarbon Confusion Dating: Problems and Prospects for the Study of Baja California Sur Prehistory", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 39(2&3):1-10.
- Ramos, Roberto (1958a), *Relación del padre Ignacio María Nápoli acerca de la California, hecho el año de 1721*, México: Editorial Jus.
- (1958b), *Tres Documentos sobre el descubrimiento y exploración de Baja California por Francisco María Píccolo, Juan de Ugarte y Guillermo Stratford*, México: Editorial Jus.
- Rector, Carol H. (1981), "Fish Depictions in Central Baja California Rock Art", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 17(1):17-24.
- Rector, Carol Huber y Eric W. Ritter (1978), "Turtle Depictions in Central Baja California Rock Art", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 14(1):2-10.

- Reygadas Dahl, Fermín (1990), "Extracción de moluscos por los grupos indígenas en la región austral de la Baja California", en *Etnoarqueología: Coloquio Bosch-Gimpera*, Yoko Sugiura Yamamoto y Mari Carmen Serra, eds., pp. 241-262, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Reygadas Dahl, Fermín, Matthew A. Boxt y Guillermo Velázquez Ramírez (2009), "Stone Alignments of the Sierra de la Laguna, Baja California Sur", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 42(1):23-57.
- Reygadas Dahl, Fermín y Guillermo Velázquez Ramírez (1983), *El grupo Pericú de Baja California*, La Paz, México: Ciudad de los Niños.
- (2005), "Archaeology and Ethnohistory of Shellfish Exploitation in Baja California Sur, Mexico", en *Archaeology without Limits: Papers in Honor of Clement W. Meighan*, Brian D. Dillon y Matthew A. Boxt, eds., pp. 189-204. Lancaster, California: Labyrinthos.
- Río, Ignacio del (1980), *Nicolás Tamaral informa sobre las misiones del sur peninsular, año de 1730*, La Paz, México: Universidad Autónoma de Baja California Sur.
- (1990), *A la diestra mano de las Indias: Descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California*, Historia Novohispana 43, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- (2004), *El régimen jesuítico de la Antigua California*, Historia Novohispana 69, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ritter, Eric W. (1974a), "Prehistoric Hunting Patterns Inferred from Rock Art in Central Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 10(1):13-18.
- (1974b), "A Magico-Religious Wooden Tablet from Bahia Concepcion, Baja California Sur", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 10(1):29-36.
- (1976), "The Antiquity of Man in the Laguna Seca Chapala Basin of Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 12(1):39-46.
- (1977a), "Talus Depression Hunting Blinds in the Bahia Concepcion Region of Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 13(1):1-10.
- (1977b), "Bosquejos de cacería prehistórica que se infieren en la pintura rupestre de la región central de Baja California", *Calafia* 3(4):45-50.
- (1979), *An Archaeological Study of South-central Baja California, Mexico*, tesis doctoral, Department of Anthropology, University of California, Davis.
- (1980), "La arqueología meridional de la región central de Baja California". *Calafia* 4(2):43-50.
- (1981), "The Description and Significance of Some Prehistoric Stone Features, South-central Baja California, Mexico", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 17(1):25-42.
- (1984), "'Spirit Sticks' in Baja California Sur, Mexico", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 20(1):50-54.
- (1985), "Investigations of Archaeological Variability in Northeastern Baja California Sur, Mexico", en *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*, Michael S. Foster y Phil C. Weigand, eds., pp. 393-418. Boulder, Colorado: Westview.
- (1986), "Interpreting the Rock Art of La Trinidad, Baja California, Mexico, with Behavioral Implications", *American Indian Rock Art* 10:157-173, El Toro, California: American Rock Art Research Association.
- (1991a), "Baja California Rock Art: Problems, Progress, and Prospects", *Rock Art Papers* 8:21-35, San Diego Museum Papers 27.
- (1991b), "The Arroyo Portezuelo Petroglyphs of Baja California Sur", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 27(4):1-14.

- (1991c), "Los primeros bajacalifornianos: enigmas cronológicos y socioculturales", *Estudios Fronterizos* 24&25:9-30.
- (1992), "A Problem of Style, Settlement and Subsistence: Rock Art at Arroyo San Juan and Los Horconcitos, Baja California Sur, Mexico", *American Indian Rock Art* 17:84-101, Tucson, Arizona: American Rock Art Research Association.
- (1993), "A Petroglyph Complex in the Sierra de San Francisco Uplands, Baja California, Mexico", *Rock Art Papers* 10:81-102, San Diego Museum Papers 29.
- (1994), "Social Issues Regarding the Rock Art of Arroyo del Tordillo, Central Baja California", *Rock Art Papers* 11:9-26, San Diego Museum Papers 31.
- (1995), "Explaining Regional Differentiation in Central Baja California Rock Art", *Rock Art Papers* 12:9-22, San Diego Museum Papers 33.
- (1998), "Investigations of Prehistoric Behavioral Ecology and Culture Change within the Bahía de los Ángeles Region, Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 34(3):9-43.
- (2001), "Observations Regarding the Prehistoric Archaeology of Central Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 37(4):52-79.
- (2002), "The Archaeology of the Three Sisters Lagoons, Baja California, Mexico," *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 3:59-78.
- (2003), "The Practicality of Turning Stones into Flaked Tools among Prehistoric Peoples of West-Central Coastal Baja California", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 4:32-50.
- (2007), "An Archaeological Approach to the Rupestrian Images at La Angostura, Central Baja California", en *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 8:26-56.
- (2008), "Archaeology of the Sacred and the Secular at Cerro El Almacén, Baja California", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 9:1-18.
- (2009), "A Proposed Example of Sacred Geography and Sociospatial Occupation in Prehistoric Central Baja California", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 23.
- (2010a), "Baja California sur-central", en *La prehistoria de Baja California: Avances en la arqueología de la península olvidada*, Don Laylander, Jerry D. Moore y Julia Bendímez Patterson, eds., pp. 123-144, Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- (2010b), "El Desierto de Vizcaíno", en *La prehistoria de Baja California: Avances en la arqueología de la península olvidada*, Don Laylander, Jerry D. Moore y Julia Bendímez Patterson, eds., pp. 169-190, Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- (2010c), "Bahía de los Ángeles", en *La prehistoria de Baja California: Avances en la arqueología de la península olvidada*, Don Laylander, Jerry D. Moore y Julia Bendímez Patterson, eds., pp. 210-221. Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- (2010d), "An Archaeological Approach to the Rupestrian Images at la Angostura, Central Baja California", *California Archaeology* 2:147-184.
- (2011), "Toward Twigging the Prehistory of Laguna Manuela, Baja California", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 12:27-46.
- (2012), "Comprehending the Prehistory of Laguna Manuela, Baja California: A Summary", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 26:51-70.
- (2013), "Revisiting the Archaeology of Baja California Sur's Bahía de la Concepción", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 27:4-30.

- (2015), "Small Shell Disk Beads in a Prehistoric Central Baja California Site: Interaction Implications", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 50(3&4):101-113.
- Ritter, Eric W. y Patricia Aceves Calderón (2013), "Fragments of Archaeological Landscapes in North-Central Baja California, Mexico", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 7:61-97.
- Ritter, Eric W. y Julie Burcell (1998), "Projectile Points from the Three Sisters' Lagoons of West Central Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 34(4):29-66.
- Ritter, Eric W., John W. Foster, Robert I. Orlins, Louis A. Payen y Paul D. Bouey (1994), "Archaeological Insights within a Marine Cornucopia: Baja California's Bahía de las Ánimas", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 30(1):1-23.
- (1995), "Informative Archaeological Signatures at Bahía de las Ánimas, Baja California", *Estudios Fronterizos* 35&36:151-186.
- Ritter, Eric W., Bryan C. Gordon, Michael Heath y Richard Heath (2011), "Chronology, Context, and Select Rock Art Sites in Central Baja California", *Proceedings of the Society for California Archaeology* 25.
- Ritter, Eric W. y Louis A. Payen (1992), "Archaeological Discoveries along Laguna Ojo de Liebre, Baja California, Mexico", en *Essays on the Prehistory of Maritime California*, Terry L. Jones, ed., pp. 251-266, Center for Archaeological Research at Davis Publication 10, Davis, California.
- Ritter, Eric W., Louis A. Payen y Carol Huber Rector (1978), "A Brief Note on an Archaeological Reconnaissance to Laguna La Ouija, Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 14(1):21-24.
- (1984), "An Archaeological Survey of Laguna La Ouija, Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 20(1):17-26.
- (1989), "Rock Art Representation and Symbolism on the Concepción Peninsula, Baja California Sur", *Rock Art Papers* 6:59-68, San Diego Museum Papers 24.
- Ritter, Eric W., Carol Huber Rector y Luis A. Payen (1979), "The Pictographs of Cueva Huellitas, Baja California Sur", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 15(1):32-44.
- Ritter, Eric W. y Peter D. Schulz (1975), "Mortuary Practices and Health Conditions among a Small Prehistoric Population from Baja California Sur", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 11(1):43-53.
- Rivet. Paul (1909), "Recherches anthropologiques sur la Basse-Californie", *Journal de la Société des Américanistes de Paris* 6:147-253.
- Robles Uribe. Carlos (1965), "Investigación lingüística sobre los grupos indígenas del Estado de Baja California, México", *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia* 17:275-301.
- Rodríguez Tomp, Rosa Elba (2002), *Cautivos de dios: los cazadores-recolectores de Baja California durante el periodo colonial*, México: Instituto Nacional Indigenista.
- Rogers, Alexander K. (2009), "An Estimate of Coso Obsidian Hydration Rate, Based on Obsidian-Radiocarbon Pairings and the 'Weighted Total Least Squares' Method", *International Association of Obsidian Studies Bulletin* 14:9-20.
- Rogers, Malcolm J. (1929), "The Stone Art of the San Dieguito Plateau", *American Anthropologist* 31:454-467.
- (1936), *Yuman Pottery Making*, San Diego Museum Papers 2.
- (1938), "Archaeological and Geological Investigations of the Cultural Levels in an Old Channel of San Dieguito Valley", *Carnegie Institute of Washington Yearbook* 37:344-345.

- (1939), *Early Lithic Industries of the Lower Basin of the Colorado River and Adjacent Desert Areas*, San Diego Museum Papers 3.
- (1940), "California Archaeological Horizons", *American Anthropologist* 47:178.
- (1945), "An Outline of Yuman Prehistory", *Southwestern Journal of Anthropology* 1:167-198.
- (1966), *Ancient Hunters of the Far West*, San Diego: Union-Tribune.
- Rogers, Spencer L. (1963), *The Physical Characteristics of the Aboriginal La Jolla Population of Southern California*, San Diego Museum Papers 4.
- (1977), *The Stature of Early Southern California Indian Populations*, San Diego Museum Papers 11.
- Rogers, Woodes (1712), *A Cruising Voyage Round the World*, Londres: Andrew Bell.
- Rojas Chávez, Juan Martín y Antonio Porcayo Michelini (2015), "Lithic Workshops at Huerfanito, Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 51(1):43-57.
- Romano Pacheco, Arturo (1977a), "Some Cranial Traits of the Pericú", *Baja California Symposium* 15.
- (1977b), "Algunas características craneales de 108 indígenas Pericú", *Calafia* 3(4):23-28.
- Romney, A. Kimball (1967), "Internal Reconstruction of Yuman Kinship Terminology", en *Studies in Southwestern Ethnolinguistics: Meaning and History in the Language of the American Southwest*, Dell H. Hymes y William E. Bittle, eds., La Haya, Países Bajos: Mouton.
- Ronan, Charles E. (1977), *Francisco Javier Clavijero, S.J., 1731-1787, Figure of the Mexican Enlightenment: His Life and Works*, Chicago: Loyola University Press.
- Rosales-López, Alfonso y Harumi Fujita (2000), *La antigua California prehispánica: La vida costera en El Conchalito*, Colección Científica 423, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Rosales-López, Alfonso, J. Eldon Molto y Leticia C. Sánchez García (2007), "The Dead at El Conchalito: Ancient Burial Practices on La Paz Bay, Baja California Sur, Mexico", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 39(2&3):67-80.
- Rosales-López, Alfonso y Leticia Sánchez García (2002), "Los californios, ¿canibales?", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 3:127-141.
- (2003), "Manipular a la muerte: Ensenada de Muertos, recientes descubrimientos", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 4:136-141.
- Rouse, Irving (1972), *Introduction to Prehistory: A Systematic Approach*, Nueva York: McGraw-Hill.
- Rozaire, Charles E. (1963), "A Petroglyph and Dwelling Site in Baja California", *The Masterkey* 37:27-29.
- (1964), "Some Coastal Sites in Baja California", *The Masterkey* 38:11-16.
- Rubio Mora, Albert (2013), *El yacimiento arqueológico de la cueva de El Ratón: Una cueva con pinturas en la sierra de San Francisco (Baja California Sur, México), II. El mural pintado*. Seminar d'Estudis i Recerques Prehistòriques, Monografies 10, Universitat de Barcelona.
- Rudkin, Charles N. (1952), *Father Kino at La Paz, April 1683: A Translation of the Relación Puntual of 1683*, Los Ángeles: Dawson's.
- Sales, Luis (1956), *Observations on California, 1772-1790*, Charles N. Rudkin, ed., Los Ángeles: Dawson's.

- (1960), *Noticias de la provincia de California 1794*, Madrid: J. Porrúa. Turanzas.
- Salvatierra, Juan María (1946), *Misión de la Baja California*, C. Bayle, ed., Madrid: La Editorial Católica.
- (1971), *Selected Letters about Lower California*, Ernest J. Burrus, ed., Los Ángeles: Dawson's.
- Sánchez García, Leticia C. y Alfonso Rosales-López (2001), "La nutrición de una población cazadora-recolectora: Sitio El Centenario, Baja California Sur", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 2:21-34.
- (2003), "Salud dental en los antiguos californianos: El Conchalito", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 4:142-145.
- Sapir, Edward (1916), *Time Perspective in Aboriginal American Culture: A Study in Method*. Canada Geological Survey Memoir 90, Ottawa.
- (1921), "A Bird's-eye View of American Languages North of Mexico", *Science* 54:408.
- Sauer, Carl O. y Peveril Meigs (1927), "Site and Culture at San Fernando Velicatá", *University of California Publications in Geography* 2:271-302, Berkeley.
- Schaefer, Jerry y Don Laylander (2007), "The Colorado Desert: Ancient Adaptations to Wetlands and Wastelands", in *California Prehistory: Colonization, Culture, and Complexity*, Terry L. Jones y Kathryn A. Klar, eds., pp. 247-257, Lanham, Maryland: AltaMira Press.
- Schenck, W. Egbert y E. W. Gifford (1952), "Archaeological Sites on Opposite Shores of the Gulf of California", *American Antiquity* 17:265.
- Schmitt, Axel K., Arturo Martín, Daniel F. Stockli, Kenneth A. Farley y Oscar M. Lovera (2012), "(U-Th)/He Zircon and Archaeological Ages for a Late Prehistoric Eruption in the Salton Trough (California, USA)", *Geology*, publicado en línea.
- Schober, Theresa M. y J. Eldon Molto (2011), "Marine Resource Consumption in Ancient California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 45(1&2):31-47.
- Schroeder, Albert H. (1958), "Lower Colorado Buff Ware: A Descriptive Revision", en *Pottery Types of the Southwest*, Harold S. Colton, ed., Flagstaff: Museum of Northern Arizona.
- Schulz, Jeanette K. (1977), "Prehistoric Textile Remains from Bahía Coyote, Baja California Sur", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 13(1):28-34.
- Schurz, William Lytle (1939), *The Manila Galleon*, Nueva York: Dutton.
- Searle, D. J. y P. J. Woods (1986), "Detailed Documentation of a Holocene Sea-Level Record in the Perth Region, Southern Western Australia", *Quaternary Research* 26:299-308.
- Serafín Esquivel, Eduardo (1995), *Análisis tipológico de puntas de proyectil del área central de la península de Baja California, México*, tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- Serra, Junípero (1955), *Writings*, Antonine Tibesar, ed., 4 vols., Washington, D.C.: Academy of American Franciscan History.
- Serrano González, Jorge (1999a), "Los sitios arqueológicos del estado de Baja California", en *Antología de la arqueología de Baja California*, Julia Bendímez Patterson, ed., pp. 62-67, Mexicali: Centro INAH-BC.
- (1999b), "El Vallecito: restauración de un resguardo. En Antología de la arqueología de Baja California", Julia Bendímez Patterson, ed., pp. 46-50, Mexicali: Centro INAH-BC.
- (2001), "Proyecto de rescate arqueológico línea gasoducto Bajanorte", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 2:145-154.
- (2002), "Sitios arqueológicos en Mexicali y zonas adyacentes", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 3:23-39.

- (2003), "Sitios con evidencias culturales en el municipio de Tecate, Baja California", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 4:22-31.
- Shackley, M. Steven, Justin R. Hyland y María de la Luz Gutiérrez (1996), "Mass Production and Procurement at Valle de Azufre: A Unique Archaeological Obsidian Source in Baja California Sur", *American Antiquity* 61:718-731.
- Shelvocke, George (1726), *A Voyage Round the World*, Londres: Senex.
- Sherzer, Joel (1976), *An Areal-Typological Study of American Indian Languages North of Mexico*, North-Holland Linguistic Series 20, Amsterdam.
- Shimkin, D. B. (1941), "The Uto-Aztecan System of Kinship Terminology", *American Anthropologist* 43:223-245.
- Shipek, Florence C. (1981), "A Native American Adaptation to Drought: The Kumeyaay as Seen in the San Diego Mission Records, 1770-1798", *Ethnohistory* 28:295-312.
- (1982), "Kumeyaay Socio-Political Structure", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 4:296-303.
- (1985), "Kuuchamaa: The Kumeyaay Sacred Mountain", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 7:67-74.
- (1986), "The Impact of Europeans upon Kumeyaay Culture", en *The Impact of European Exploration and Settlement on Local Native Americans*, pp. 13-25, San Diego: Cabrillo Historical Association.
- (1987), *Pushed into the Rocks: Southern California Indian Land Tenure, 1769-1986*, Lincoln: University of Nebraska Press.
- (1989), "An Example of Intensive Plant Husbandry: The Kumeyaay of Southern California", en *Foraging and Farming: The Evolution of Plant Exploitation*, David Harris y Gordon C. Hillman, eds., pp. 159-170, Londres: University College.
- (1991), *Delfina Cuero: Her Autobiography, an Account of Her Last Years, and Her Ethnobotanic Contributions*, Ballena Press Anthropological Papers 38, Menlo Park, California.
- (1992), "The Shaman: Priest, Doctor, Scientist", en *California Indian Shamanism*, Lowell John Bean, ed., pp. 89-96, Ballena Press Anthropological Papers 39, Menlo Park, California.
- (1993), "Kumeyaay Plant Husbandry: Fire, Water and Erosion Control Systems", en *Before the Wilderness: Environmental Management by Native Californians*, Thomas Blackburn y Kat Anderson, eds., pp. 379-388. Menlo Park, California: Ballena Press.
- Shor, Elizabeth N. (1980a), "Carl L. Hubbs: His Contributions in Archaeology", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 16(4):2-5.
- (1980b), "A Long-Occupied Midden Location in Northern Baja California, Mexico (SDM-LC-219)", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 16(4):6-14.
- Shumway, George, Carl L. Hubbs y James R. Moriarty, III (1961), "Scripps Estate Site, San Diego, California: A La Jolla Site Dated 5460 to 7370 Years before Present", *Annals of the New York Academy of Sciences* 93(3):37-132.
- Smith, Helen C. (1971), "Indians of Santa Catarina: Photographs from the Collection of Ralph C. Michelsen", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 7(1):34-38.
- (1972), "The Making of Paddle and Anvil Pottery at Santa Catarina, Baja California, Mexico", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 8(1):2-9.
- Smith, Ronald (1983), "Color Encoding Sequences and the Pursuit of Meaning in the Great Mural Rock Art of Baja California", *Rock Art Papers* 1:17-24, San Diego Museum Papers 16.
- (1985a), "Forma y sensación: Venados versus conejos en las pinturas rupestres de la región

- de los grandes murales de la Sierra de San Francisco”, *Calafia* 5(6):8-16.
- (1985b), “The Cochimi Ritual Landscape”, *Earth and Sky: Papers from the Northridge Conference on Archaeoastronomy*, Arlene Benson y Tom Hoskinson, eds., pp. 163-185, Thousand Oaks, California: Slo’w.
- (1985c), “Rock Art of the Sierra de San Francisco: An Interpretive Analysis”, *Rock Art Papers* 2:33-54, San Diego Museum Papers 18.
- (1986a), “Serpent Cave”, *Rock Art Papers* 3:27-50, San Diego Museum Papers 20.
- (1986b), “Male and Female Symbolism in the Great Mural Paintings of the Sierra de San Francisco, Baja California”, *Rock Art Papers* 4:107-122, San Diego Museum Papers 21.
- (1987), “Rock Feature Incorporation”, *Rock Art Papers* 5:125-138, San Diego Museum Papers 23.
- Smith, Ronald Eugene y Frederick J. Teggart, eds. (1909), “Diary of Gaspar de Portola during the California Expedition of 1769-1770”, *Publications of the Academy of Pacific Coast History* 1(3):31-89.
- Spier, Leslie (1923), “Southern Diegueño Customs”, *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 20:295-358.
- (1933), *Yuman Tribes of the Gila River*, Chicago: University of Chicago Press.
- Steinbock, R. Ted (1976), *Paleopathological Diagnosis and Interpretation: Bone Diseases in Ancient Human Populations*, Springfield, Illinois: Charles C. Thomas.
- Steward, Julian Haynes (1929), “Petroglyphs of California and Adjoining States”, *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 24:47-238.
- Stewart, Omer C. (1978), “Litigation and its Effects”, en *California*, Robert F. Heizer, ed., pp. 705-712, Handbook of North American Indians, Vol. 8, Washington, D.C.: Smithsonian.
- Stone, Connie L. (1981), “Economy and Warfare among the Lower Colorado River” en *The Protohistoric Period in the North American Southwest, AD 1450-1700*, David R. Wilcox y W. Bruce Masse, eds., pp. 183-197, Arizona State University Anthropological Research Papers 24, Tempe.
- Suess, Hans E. (1954), “U. S. Geological Survey Radiocarbon Dates 1”, *Science* 120:467-473.
- Swadesh, Morris (1963), “Nuevo ensayo de glotocronología yutonahua”, *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia* 15:263-302.
- (1964), “Linguistic Overview”, en *Prehistoric Man in the New World*, Jesse D. Jennings y Edward Norbeck, eds., pp. 527-556, University of Chicago Press.
- (1967), “Lexicostatistic Classification”, en *Linguistics*, Norman A. McQuown, ed., pp. 79-115, Handbook of Middle American Indians, Vol. 5, Austin: University of Texas Press.
- Sykes, Godfrey (1937), *The Colorado Delta*, American Geographical Society Special Publication 19, Washington, D.C.
- Taraval, Sigismundo (1931), *The Indian Uprising in Lower California, 1734-1737*, Marguerite Eyer Wilbur, ed., Los Ángeles: The Quivira Society.
- (1996), *La rebelión de los Californios*, Eligio Moisés Coronado, ed., Madrid: Doce Calles.
- Taylor, R. E., ed. (1976), *Advances in Obsidian Glass Studies: Archaeological and Geochemical Perspectives*, Park Ridge, New Jersey: Noyes.
- Taylor, Walter W. (1961), “Archaeology and Languages in Western North America”, *American Antiquity* 27:71-81.
- Téllez Duarte, Miguel, Eloise Aparicio y Antonio Porcayo (2013), “Fuentes de obsidiana, ópalo y porcelanita como materiales arqueológicos diagnósticos en el Estado de Baja California”, *Proceedings of the Society for California Archaeology* 27:73-83.

- (2015), "Prehistoric Baja California Pottery: Preliminary Characterizations Using X-ray Diffraction", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 51(1):71-82.
- Téllez Duarte, Miguel, Guillermo Ávila Serrano y Karl W. Flessa (2000), "Los concheros arqueológicos del delta del Colorado y el uso sustentable de los recursos naturales", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 1:1-6.
- (2002), "Significado ambiental de isótopos de oxígeno en el molusco bivalvo *Protothaca grata* de sitios arqueológicos del noreste de Baja California", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 3:17-22.
- ten Kate, H. F. C. (1883), "Quelques observations ethnographiques recueillies dans la presqu'île Californienne et en Sonora", *Revue d'Ethnographie* 11:321-362.
- (1884), "Materiaux pour servir a l'anthropologie de la presqu'île californienne", *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris* 7:551-569.
- (1979), "Materiales para servir a la antropología de Baja California", *Calafia* 4(1):7-20.
- Thickens, Virginia E. y Margaret Mollins (1952), "Putting a Lid on California: An Unpublished Diary of the Portolá Expedition by José de Cañizares", *California Historical Society Quarterly* 31:109-124, 261-270, 343-354.
- Toffelmeier, G. y K. Luomala (1936), "Dreams and Dream Interpretation of the Diegueño Indians", *Psychoanalytic Quarterly* 5:195-225.
- Topography International (1986), *Baja Topographic Atlas Directory*, San Clemente, California: Topography International.
- Townsend, Jan (1986), *Prehistoric Lifeways in the Jacumba Valley*, San Diego: Wirth Associates.
- Treganza, A. E. (1942), "An Archaeological Reconnaissance of Northeastern Baja California and Southeastern California", *American Antiquity* 8:152-163.
- (1947), "Notes on the San Dieguito Lithic Industry of Southern California and Northern Baja California", *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 44:253-255.
- True, D. L. (1958), "An Early Complex in San Diego County, California", *American Antiquity* 23:255-263.
- (1980a), "The Pauma Complex in Northern San Diego County: 1978", *Journal of New World Archaeology* 3(4):1-39.
- (1980b), "Review of 'Kumeyaay Pottery: Paddle and Anvil Techniques of Southern California'", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 2(1):148-150.
- True, D. L. y Eleanor Beemer (1982), "Two Milling Stone Inventories from Northern San Diego County, California", *Journal of California and Great Basin Anthropology* 4:233-261.
- Trujillo R., Héctor Benjamín (1980), *Las lenguas hokanas de Baja California*, Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California.
- (1983), "Lenguas en extinción: las hokanas de Baja California", *Meyibó* 1(3):63-88.
- Tuohy, Donald R. (1970), "The Aboriginal Containers of Baja California, Mexico: A Search for Origins", *Tebiwa* 13(2):41-51.
- (1978), *Culture History in the Comondú Region, Baja California, Mexico*, tesis de maestría, Department of Anthropology, University of Nevada, Las Vegas.
- (1984), "On Sleeping Circles in Baja California...and Elsewhere", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 20(1):37-49.
- (1998), "Professor William C. Massey's Anthropological Field Schools in Baja California, 1953 and 1954", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 34(3):83-96.
- Tyson, Rose A. (1975a), "A Report on the Skeletal Material from the Central Desert Area of Baja

- California, Mexico”, *Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas* 1:103-115.
- (1975b), *Anthropometric Data Pertaining to an Atypical Human Skeleton from Northern Baja California*, San Diego Museum of Man Ethnic Technology Notes 14.
- (1976), “The Giant of Rancho Santa Ana, Baja California”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 12(1):30-38.
- (1977a), “Human Skeletal Material from the Cape Region of Baja California, Mexico: The American Collections”, *Journal de La Société des Américanistes* 64:167-181.
- (1977b), “Historical Accounts as Aids to Physical Anthropology: Examples of Head Injury in Baja California”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 13(1):52-58.
- (1979), “Artifacts from the Cape Region of Baja California in the Musée de l’Homme, Paris”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 15(1):18-26.
- (1980), “Physical Characteristics of a La Jolla Skeleton from Punta Minitas”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 16(4):27-36.
- Uriarte de Lang, María Teresa (1977), “Funeral Customs of the Baja California Indians”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 13(1):35-44.
- Valadés, Adrián (1974), *Historia de la Baja California, 1850-1880*, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Van Camp, Gena R. (1979), *Kumeyaay Pottery: Paddle-and-Anvil Techniques of Southern California*, Socorro, Nuevo México: Ballena.
- Van Devender, Thomas R. (1977), “Holocene Woodlands in the Southwestern Deserts”, *Science* 198:189-192.
- Vansina, Jan (1985), *Oral Tradition as History*, Madison: University of Wisconsin Press.
- Venegas, Miguel (1757), *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*, Madrid: M. Fernández.
- (1929), *Juan Maria de Salvatierra of the Company of Jesus, Missionary in the Province of New Spain y Apostolic Conqueror of the Californias*, Marguerite Eyer Wilbur, ed., Cleveland, Ohio: Arthur H. Clark.
- (1943), *Noticia de la California*, 3 vols., México: Luis Álvarez y Álvarez de la Cadena.
- (1979), *Obras californianas del padre Miguel Venegas, S.J.*, W. Michael Mathes, Vivian C. Fisher y E. Moisés Coronado, eds., La Paz, Mexico: Universidad Autónoma de Baja California Sur.
- Viñas Vallverdú, Ramón (2013), *La cueva pintada: Proceso evolutivo de un centro ceremonial, Sierra de San Francisco, Baja California Sur, México*, Seminari d’Estudis i Recerques Prehistòriques, Monografies 9, Universitat de Barcelona.
- Voegelin, Carl F. (1958), “The Dispersal Factor in Migrations and Immigrations of American Indians”, *Migrations in New World Culture History*, R. H. Thompson, ed., pp. 47-62, Tucson: University of Arizona.
- Wagner, Henry R. (1929), *Spanish Voyages to the Northwest Coast of America in the Sixteenth Century*, San Francisco: California Historical Society.
- Walker, Douglas (1970), “Diegueno Plural Formation”, *Linguistic Notes from La Jolla* 4:1-16.
- Walsh, Jane MacLaren (1976), *John Peabody Harrington: The Man and his California Indian Fieldnotes*, Ramona, California: Ballena.
- Walther Meade, Adalberto (1970), “Cultura rupestre en Baja California”, *Calafia* 1(1).
- (1983a), “La pintura rupestre”, en *Panorama histórico de Baja California*, David Piñera Ramírez, ed., pp. 46-50, Mexicali, México: Universidad Autónoma de Baja California.
- (1983b), *El partido norte de Baja California*, Mexicali: Universidad Autónoma de Baja

- California.
- Wares, Alan C. (1968), *A Comparative Study of Yuman Consonantism*, La Haya, Países Bajos: Mouton.
- Warren, Claude N. (1964), *Cultural Change and Continuity on the San Diego Coast*, tesis doctoral, Department of Anthropology, University of California, Los Angeles.
- (1966), *The San Dieguito Type Site: M. J. Rogers' 1938 Excavation on the San Dieguito River*, San Diego Museum Papers 6.
- (1967), "The San Dieguito Complex: A Review and Hypothesis", *American Antiquity* 32:68-185.
- Warren, Claude N. y Delbert L. True (1961), "The San Dieguito Complex and Its Place in California Prehistory", *University of California, Los Angeles, Archaeological Survey Annual Report 1960-1961*:246-291.
- Watchman, Alan, María de la Luz Gutiérrez Martínez y M. Hernández Llosas (2002), "Giant Murals of Baja California: New Regional Archaeological Perspectives", *Antiquity* 76:947-948.
- Waterman, T. T. (1909), "Analysis of the Mission Indian Creation Story", *American Anthropologist* 11:41-55.
- (1910), "The Religious Practices of the Diegueño Indians", *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 8:271-358, Berkeley.
- Waters, Michael R. (1982a), "The Lowland Patayan Ceramic Tradition", en *Hohokam and Patayan: Prehistory of Southwestern Arizona*, Randall H. McGuire y Michael B. Schiffer, eds., pp. 275-297, Nueva York: Academic.
- (1982b), "The Lowland Patayan Ceramic Typology", en *Hohokam and Patayan: Prehistory of Southwestern Arizona*, Randall H. McGuire y Michael B. Schiffer, eds., pp. 537-570, Nueva York: Academic.
- (1982c), "Ceramic Data from Lowland Patayan Sites", en *Hohokam and Patayan: Prehistory of Southwestern Arizona*, Randall H. McGuire y Michael B. Schiffer, eds., pp. 571-580, Nueva York: Academic.
- (1983), "Late Holocene Lacustrine Chronology and Archaeology of Ancient Lake Cahuilla, California", *Quaternary Research* 19:373-387.
- Watson, Patty Jo, Steven A. LeBlanc y Charles L. Redman (1984), *Archaeological Explanation: The Scientific Method in Archaeology*, Nueva York: Columbia University.
- Webb, Nancy (1977), "Yuman Language Interrelationships: The Lexical Evidence", *Proceedings of the 1976 Hoka-Yuman Languages Workshop*, pp. 60-68, Carbondale, Illinois: Southern Illinois University.
- Weide, David L. (1976), "Regional Environmental History of the Yuba Desert", en *Background to Prehistory of the Yuba Desert Region*, Philip J. Wilke, ed., pp. 9-20, Ballena Press Anthropological Papers 5.
- Wells, Philip V. (1976), "Macrofossil analysis of woodrat (*Neotoma*) middens as a key to the Quaternary vegetational history of Arid America", *Quaternary Research* 6:223-248.
- West, G. James, Wallace Woolfenden, James A. Wanket y Stott Anderson (2007), "Late Pleistocene and Holocene Environments", en *California Prehistory: Colonization, Culture, and Complexity*, Terry L. Jones y Kathryn A. Klar, eds., pp. 11-34. Lanham, Maryland: AltaMira.
- Wheelock, Walt y Howard E. Gulick (1980), *Baja California Guidebook: A Descriptive Traveler's Guide*, Glendale, California: Arthur H. Clark.

- White, Chris (1974), "Lower Colorado River Area Aboriginal Warfare and Alliance Dynamics", en *'Antap: California Indian Political and Economic Organization*, Lowell John Bean y Thomas F. King, eds., pp. 111-135. Ramona, California: Ballena.
- White, Raymond C. (1963), "Luiseño Social Organization", *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 48:1-194, Berkeley.
- Wiggins, Ira L. (1980), *Flora of Baja California*, Stanford University Press.
- Wilke, Philip J. (1978), *Late Prehistoric Human Ecology at Lake Cahuilla, Valle de Coachella, California*, Contributions of the University of California Archaeological Research Facility 38, Berkeley.
- Wilken-Robertson, Michael (1987), "The Paipai Potters of Baja California: A Living Tradition", *The Masterkey* 60:18-26.
- (2000), "Grupos indígenas de Baja California y el medio ambiente: manejo tradicional y perspectivas actuales", *Memorias: balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California* 1:79-90.
- (2011), *An Ethnobotany of Baja California's Kumeyaay Indians*, tesis de maestría, Department of Anthropology, San Diego State University.
- Wilken-Robertson, Miguel y Don Laylander (2010), "Etnografía", en *La prehistoria de Baja California: Avances en la arqueología de la península olvidada*, Don Laylander, Jerry D. Moore y Julia Bendímez Patterson, eds., pp. 84-102, Mexicali: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Wiley, Gordon R. (1966), *An Introduction to American Archaeology: Volume 1, North and Middle America*, Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall.
- Wiley, Gordon R. y Jeremy A. Sabloff (1980), *A History of American Archaeology*, San Francisco: W. H. Freeman.
- Williams, Anita Álvarez de (1973a), "Face and Body Painting in Baja California: A Summary", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 9(1):21-26.
- (1973b), "Five Rock Art Sites in Baja California South of the 29th Parallel", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 9(4):37-46.
- (1974), *The Cocopah People*, Phoenix, Arizona: Indian Tribal Series.
- (1975a), *Primeros pobladores de la Baja California*. Mexicali: Gobierno del Estado de Baja California.
- (1975b), "Sea Shell Usage in Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 11(1):1-22.
- (1975c), *Travelers Among the Cucapá*, Los Ángeles: Dawson's.
- (1978), "Assorted Facts Concerning the Eagle in Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 14(1):25-34.
- (1983), "Cocopa", en *Southwest*, Alfonso Ortiz, ed., pp. 99-112, Handbook of North American Indians, Vol. 10, Washington, D.C.: Smithsonian.
- Wilson, Thomas (1890), "Report on the Department of Prehistoric Anthropology in the U. S. National Museum, 1888", en *Annual Report of the U. S. National Museum under the Direction of the Smithsonian Institution, for the Year Ending June 30, 1888*, pp. 123-138.
- Winter, Werner (1957), "Yuman Languages I: First Impressions", *International Journal of American Linguistics* 23:18-23.
- (1967), "The Identity of the Paipai (Akwa'ala)", en *Studies in Southwestern Ethnolinguistics: Meaning and History in the Language of the American Southwest*, Dell H. Hymes y William E. Bittle, eds., pp. 371-378, La Haya, Países Bajos: Mouton.

- Workman, James E. (1983), "A Painted Rock Shelter at Arroyo Catavincita, Baja California", *Rock Art Papers* 1:1-4, San Diego Museum Papers 16.
- (1985), "The Los Cocos Petroglyph Site, Bahía El Coyote, Baja California", *Rock Art Papers* 2:55-60, San Diego Museum Papers 18.
- Zamponi, Raoul (2004), "Fragments of Wiakuri (Baja California)", *Anthropological Linguistics* 46:156-193.
- Zevallos, Francisco (1968), *The Apostolic Life of Fernando Consag, Explorer of Lower California*, Manuel P. Servin, ed., Los Angeles: Dawson's.